Charles Dickens
LAS AVENTURAS DE OLIVER TWIST

Capítulo I
Trata del lugar en que vio la luz primera Oliver Twist y de las circunstancias que concurrieron en su nacimiento

Entre los edificios públicos de que se siente orgullosa una ciudad, cuyo nombre creo prudente callar por varias razones, hay uno antiguamente común a la mayor parte de las ciudades, grandes o pequeñas: el hospicio. En el hospicio nació, cierto día cuya fecha no me tomaré la molestia de consignar, sencillamente porque ninguna importancia tiene para el lector, el feliz o desdichado mortal cuyo nombre encabeza este primer capítulo de la verídica historia que vamos a narrar.

Largo tiempo después de haber penetrado en este mundo de miserias y de lágrimas gracias a los cuidados del cirujano de la parroquia, dio lugar a dudas muy fundadas la cuestión de si el niño viviese lo bastante para poder llevar un nombre cualquiera. Si la importantísima cuestión se hubiera resuelto en sentido negativo, es más que probable que estas memorias no hubiese visto nunca la luz pública, y aun suponiendo que yo las hubiese escrito, no habrían abarcado más de dos páginas, y hubieran poseído el mérito inestimable de ser el ejemplar más fiel y conciso de biografía de que envanecerse pueda la literatura de todas las épocas y de todos los países.

Aunque no me atreveré a sostener que el hecho de haber nacido en un hospicio es en sí el favor más grande y envidiable que la Fortuna pueda dispensar a una criatura humana, declararé, sin embargo, que en el caso presente fue lo mejor que al pobre Oliver pudo ocurrir. Es el caso que costó ímprobos trabajos conseguir que Oliver se resolviera a llenar sus funciones respiratorias, función penosa, que la costumbre ha hecho necesaria para vivir con reposo. El pobre niño permaneció durante algún tiempo dando boqueadas sobre un colchón fementido, en equilibrio inestable en este mundo y el otro, más inclinado al otro que a éste. Bien seguro es que, si en aquellos momentos críticos hubieran rodeado a Oliver cariñosas abuelas, anhelantes tías, nodrizas expertas y médicos afamados, el niño hubiese muerto a sus manos indubitable e infaliblemente en menos tiempo del que tardo en referirlo; pero como allí no había más que una pobre vieja, casi siempre borracha por efecto del abuso de la cerveza, y un cirujano que prestaba sus servicios al establecimiento por un tanto alzado, entre el niño y la naturaleza pudieron salir airosos del lance. El resultado fue que, después de algunos esfuerzos, Oliver respiró, estornudó y anunció a los habitantes del hospicio que desde aquel instante iba a pesar una carga nueva sobre la parroquia con un grito tan agudo como racionalmente podía esperarse de un recién nacido que solamente desde tres minutos antes está en posesión de la facultad de emitir sonidos.

No bien Oliver dio esta primera prueba de la fuerza y libertad de sus pulmones, se agitó ligeramente la remendada colcha que en picos desiguales prendía por los lados de la cama de hierro; una joven, cuyo rostro cubrían livideces de muerte, alzó penosamente la cabeza sobre la almohada, y murmuró con voz apenas inteligible estas palabras:

—¡Dejen que vea al niño y moriré contenta!

El cirujano, que estaba sentado al amor de la lumbre de la chimenea calentándose las manos, se levantó al escuchar las palabras de la joven, y acercándose al lecho, dijo con

mayor dulzura de la que de él era de esperar:

—¡Bah! ¿Quién piensa ahora en morir?

—¡Oh, no! ¡Dios no lo querrá! —terció la enfermera, escondiendo presurosa una botella verde, cuyo contenido acababa de paladear con evidente fruición—. Cuando haya vivido tanto como yo, y sido, como yo, madre de trece hijos, y los haya perdido todos menos dos, que trabajan conmigo en esta santa casa, otra será su manera de pensar. ¡Piense en la dicha que supone ser madre de un corderito como éste!

Parece que aquella perspectiva consoladora de felicidad maternal no debió de producir grandes resultados. La paciente, moviendo con tristeza la cabeza, tendió sus manos temblorosas hacia el niño.

El cirujano lo depositó en sus brazos. La madre aplicó con ternura sus labios fríos y descoloridos a la frente del recién nacido, pasó después la mano por el rostro, tendió alrededor miradas de extravío, se estremeció convulsivamente, cayó con pesadez sobre la almohada y expiró.

El cirujano y la enfermera frotaron el pecho, las manos y las sienes de aquella madre desgraciada; pero la sangre se había helado para siempre. Le hablaron de esperanza y de consuelo; pero el remedio llegaba demasiado tarde.

—¡Esto concluyó, señora Thingummy! —exclamó, el cirujano al fin.

—¡Pobre mujer! ¡Demasiado lo veo! —contestó la vieja, recogiendo el tapón de la botella verde que había dejado caer sobre la almohada al inclinarse para tomar al niño— ¡Pobre mujer!

—Aunque el niño llore, no es menester mandarme a buscar —dijo el cirujano, calzándose los guantes con gran calma—. Es más que probable que resulte un huésped harto *bullicioso*; en ese caso, déle un poquito de papilla para calmarle.

Dicho esto, el cirujano se puso el sombrero y, deteniéndose un momento junto a la cama en su camino hacia la puerta, añadió:

—Era una muchacha hermosa; ¿de dónde venía?

—Anoche la trajeron aquí —contestó la enfermera— por orden del inspector. Encontráronla tendida sin conocimiento en medio de la calle. Debía de haber recorrido a pie grandes distancias, pues sus zapatos estaban destrozados; pero nadie sabe de dónde venía ni a dónde iba.

El cirujano se inclinó sobre el cadáver, alzó la mano izquierda de la muerta, y murmuró, moviendo la cabeza.

—¡La historia de siempre! ¡Comprendido!... No lleva anillo de boda... ¡Buenas noches!

Fue el buen cirujano a comer, mientras la enfermera, después de llevar una vez más la botella verde a sus labios, se sentó en una silla baja delante de la chimenea, y procedió a vestir al niño.

¡Cuán admirable ejemplo de la influencia del traje ofreció en aquel momento el niño Oliver! Envuelto en la colcha que hasta entonces fuera su único vestido, lo mismo podía ser hijo de un gran señor que de un mendigo. El hombre más experimentado no hubiera podido señalarle el rango que por su nacimiento debía ocupar en la sociedad; pero luego que le vistieron las mantillas de cotón burdo, amarillentas y deshilachadas a fuerza de años de servicio en el establecimiento, y le fajaron y numeraron convenientemente, el más miope lo hubiese clasificado sin vacilar: aquel niño era un expósito, un hijo de la parroquia, un huérfano del hospicio, el humilde, el mísero paria condenado a sufrir golpes y malos tratos, a vivir despreciado por todo el mundo y por nadie compadecido.

Lloraba Oliver con tesón; pero a buen seguro que si hubiese sabido que era un huérfano entregado a los dulces cuidados de los bedeles e inspectores del establecimiento, sus lloros habrían sido más amargos y desesperados.

Capítulo II
Que trata del crecimiento, educación y pupilaje de Oliver

Los ocho o diez meses siguientes a la escena referida en el capítulo anterior, fueron meses de engaños continuos y traiciones sistemáticas en contra de Oliver Twist. Hubo necesidad de criarle con biberón. Viéronse en el caso las autoridades del hospicio de dar cuenta a las de la parroquia del estado grave a que el hambre había reducido al huérfano, en vista de lo cual, las autoridades de la parroquia inquirieron con dignidad de las del hospicio si había en «la Casa» alguna mujer que pudiera proporcionar al niño los consuelos y alimentos de que tanta necesidad tenía. Las autoridades de «la Casa» contestaron con una negativa muy humilde, y, en consecuencia, las autoridades de la parroquia, llevando la magnanimidad y la humanidad hasta el exceso, resolvieron que Oliver fuera enviado a una sucursal sita tres millas de distancia, donde veinte o treinta niños, infractores de las leyes de los pobres, pasaban los días revolcándose por el suelo, seguros de no sufrir indigestiones y libres de las incomodidades del vestido, bajo la vigilancia maternal de una anciana, que recibía a los delincuentes a razón de siete peniques y medio semanales por cabeza. Ahora bien: siete peniques y medio semanales bastan y sobran para proporcionar a un niño siete días de dieta. Por la suma mencionada pueden comprarse muchas cosas para llenar su estómago, y hasta para producirle indigestiones, y como la vieja era mujer tan prudente como experimentada, y sabía muy bien lo que a los niños convenía, y más todavía lo que convenía a ella misma, reservaba para sí la mayor parte del socorro pagado por la parroquia, reduciendo a sus queridos pupilos a un régimen alimenticio más exiguo que el del establecimiento en que Oliver había nacido. La buena mujer, filósofa experimental consumada, parecía empeñada en demostrar que por hondo que sea el abismo de miseria en que nos encontramos, hay otros todavía más profundos. Todo el mundo conoce la historia de aquel otro filósofo experimental que inventó una teoría soberbia para conseguir que un caballo viviera sin comer, y que la demostró tan a maravilla, que gradualmente redujo el pienso de su caballo hasta dejarlo en una sola paja diaria. Es indudable que, merced al procedimiento, su corcel hubiera llegado a atesorar la ligereza y agilidad del viento si la fortuna, envidiosa del triunfo del sabio filósofo, no hubiera hecho que muriese el cuadrúpedo veinticuatro horas antes de recibir la primera ración completa de aire puro.

Por desgracia para la filosofía experimental de la vieja cariñosa encargada de atender a Oliver, su sistema daba por regla general el mismo resultado. Precisamente cuando el niño había conseguido subsistir con la porción más microscópica posible de alimento, hacía la fatalidad, de cada diez casos ocho, que un enfriamiento se llevase al pequeño, si éste no se ahogaba por casualidad en cualquier estanque, o perecía por descuido en un incendio. En cualquiera de los casos, el infortunado emprendía el viaje hacia el otro mundo, donde tal vez encontraría a los padres que en el de acá no conoció jamás.

Algunas veces, cuando la muerte desgraciada de un niño producía impresión inusitada en la parroquia, bien porque hubiera muerto como consecuencia de una caída desgraciada de la cama, bien porque inadvertidamente hubiese caído dentro del caldero de la colada, accidente éste último muy raro, pues la buena anciana tenía la buena costumbre de no lavar la ropa, y mucho menos de colarla, los vecinos se permitían la audacia de firmar

una reclamación, y el juzgado practicaba diligencias y averiguaciones por demás enojosas. Bien pronto el testimonio del bedel y el informe del cirujano ponían fin a esas impertinencias. Declaraba el segundo que había practicado la diligencia de autopsia y no encontrado dentro del cuerpo absolutamente nada, lo que ciertamente era más que probable, y juraba y perjuraba el primero lo que deseaban las autoridades parroquiales, de las cuales era en cuerpo y alma. A mayor abundamiento, la junta parroquial administrativa hacía a la sucursal visitas periódicas, teniendo buen cuidado de enviar la víspera al bedel para que anunciase la visita. Aquellos señores encontraban siempre a los pupilos muy limpios y aseaditos. ¿Podían exigir más?

Comprenderá el bondadoso lector que este sistema educativo no era el más indicado para dar a los educandos exceso de fuerza y de robustez. No es, pues, de admirar que Oliver, el día que celebró su noveno natalicio, fuera un niño pálido y delgadito, de estatura muy diminuta y de circunferencia muy poco desarrollada.

Mas la naturaleza o sus padres habíanle inoculado en el pecho fuerte dosis de inteligencia clara y despejada, que pudo desarrollarse sin peligro de que la materia le opusiera obstáculos, gracias al sistema de dieta que en el establecimiento imperaba. Quién sabe si a la dieta fuera deudor de haber podido ver su noveno cumpleaños. Sea como fuere, es el caso que el día de su natalicio encontrábase encerrado en la carbonera, en compañía de otros dos caballeritos de primera distinción, que, como él, habían tenido la audacia de quejarse de exceso de apetito, y recibido como contestación una paliza monumental, precursora del encierro en la carbonera, cuando la señora Mann, que tal era el nombre de la excelente señora directora de la sucursal, quedó estupefacta ante la aparición inesperada e imprevista del bedel, el señor Bumble, quien trataba de abrir la verja del jardín.

—¡Bendito sea Dios! ¿Es usted, señor Bumble? —preguntó la señora Mann, asomando la cabeza por la ventana y fingiéndose enajenada de alegría—. ¡Susana! —añadió en voz baja— ¡Inmediatamente, saca de la carbonera a Oliver y a los otros dos, y lávalos bien! ¡Dios mío! —prosiguió alzando la voz—. No puede figurarse cuánto me alegra su visita.

Bumble, hombre gordo y de temperamento colérico, lejos de responder con cortesía a tan lisonjera acogida, principió a sacudir con furia el picaporte y concluyó por descargar sobre la verja una patada terrible.

—¡Cómo! ¿Pero es posible? —gritó la señora Mann, saliendo presurosa a abrir en cuanto supo que los tres prisioneros habían sido sacados de la carbonera—. ¡Quién había de pensarlo! ¡Estos queridos niños hacen que por su causa lo olvide todo! ¡Ni se me ocurrió siquiera que la verja pudiera estar cerrada por dentro! Entre usted, señor Bumble, entre usted... tenga la bondad.

Aunque a la invitación acompañaban cortesías bastantes para ablandar a un guarda cantón, no parece que hicieron mucha impresión en e bedel.

—¿Le parece a usted, señora Mann, que su conducta tiene nada de respetuoso ni de conveniente? —preguntó el señor Bumble con expresión airada y oprimiendo con fuerza el puño de su bastón—. ¿Le parece a usted correcto tener esperando en la puerta del jardín a los funcionarios de la parroquia cuando en cumplimiento de su deber vienen a visitar a los huérfanos? ¿Olvida usted, señora Mann, que es dependiente de la parroquia, asalariada de la parroquia?

—No puedo olvidarlo, señor Bumble —contestó con humildad la señora Mann—. Ignorando que la verja estuviera cerrada, fui a llamar a uno o dos de los pobrecitos niños, que tanto le quieren, para decirles que había llegado usted.

El señor Bumble, muy pagado de sus dotes oratorias y de su importancia, como había ya dado pruebas de las primeras y vindicado la segunda, resolvió amansarse, Y dijo:

—Está bien, señora Mann. Es Posible que su falta no sea tan grave como parece. Entremos. Asuntos serios me traen aquí, y necesitamos hablar.

La señora Mann introdujo al bedel en un recibimiento de reducidas dimensiones y pavimento de ladrillo, acercó presurosa una silla y, tomando oficiosamente de manos del visitante su tricornio y su bastón, los colocó encima de una mesa. El señor Bumble secó el sudor que corría por su frente, miró su sombrero, y sonrió; sí, sonrió, aunque parezca extraño, que también los bedeles son hombres, y como tales pueden sonreír como sonríe un simple mortal.

—Sentiría que le ofendiera lo que voy a decirle —dijo la señora Mann, con seductora dulzura—. Ha hecho una caminata larga para que no se sienta un poquito fatigado; de no ser por esa consideración, no me atrevería a invitarle a tomar alguna cosita.

—¡Nada, nada absolutamente! —contestó el señor Bumble, accionando con dignidad, bien que con placidez de rostro.

—Me atrevo a abrigar la esperanza —replicó la señora Mann, a cuyos ojos perspicaces no había pasado inadvertido el tono de la negativa ni el gesto que la acompañó— que no rehusará unas gotitas mezcladas con un poco de agua fresca bien azucarada.

El señor Bumble se dignó toser.

—¡Si no es nada lo que le ofrezco! —insistió la señora Mann con acento persuasivo.

—Veamos de que se trata —contestó el bedel.

—Siempre procuro tener en casa alguna cosilla para mezclarla con el jarabe que doy a esos queridos niños en sus indisposiciones, señor Bumble —dijo la señora Mann, al tiempo que abría una alacena y sacaba de ella una botella y un vaso—. Es ginebra... No quiero engañarle a usted.

—¿Y da usted jarabe y ginebra a los niños, señora Mann? —preguntó el bedel, siguiendo con los ojos la interesante operación de la mezcla.

—¡Pobrecitos míos! Caro me cuesta, es verdad; pero no puedo verlos sufrir. ¡Me partiría el alma!

—¡Lo creo, señora Mann, lo creo! Es usted una buena mujer —contestó el bedel, tomando el vaso—. He de aprovechar la primera oportunidad para recomendarla a la junta —añadió, levantando el vaso—. Es usted una madre cariñosa para esos pobrecitos niños, y bebo de todo corazón a su salud, señora —terminó, envasando entre pecho y espalda la mitad del contenido del vaso—. Hablemos ahora del asunto que aquí me trae —prosiguió, sacando del bolsillo una cartera de cuero—. Hoy cumple nueve años el niño a quien pusimos en el bautismo el nombre de Oliver Twist...

—¡Querido niño!... —interrumpió la señora Mann, llevando a su ojo izquierdo la punta de su delantal.

—Y no obstante haber sido ofrecido un premio de diez libras esterlinas, que luego se ha elevado hasta doce; no obstante los esfuerzos increíbles, estoy por decir sobrenaturales, hechos por la parroquia, no ha sido posible averiguar quién es su padre, o cuál era la naturaleza, nombre y condición de su madre.

La señora Mann alzó los brazos al cielo en señal de asombro, y dijo al cabo de algunos momentos de reflexión:

—¿Cómo es, pues, que ese niño tiene apellido?

El bedel, irguiéndose en la silla con aire de orgullo, contestó:

—Lo inventé yo.

—¡Usted, señor Bumble!

—Yo, señora Mann. Ponemos apellidos a los niños expósitos ateniéndonos siempre a un riguroso orden alfabético. El último a quien correspondió la letra S, recibió el apellido de Swuble; a Oliver le correspondía la T, y le llamé Twist. El siguiente se llamará Unwin, y Wilkent el que le siga. Tengo apellidos preparados desde el principio hasta el final del alfabeto, y cuando llegue a la Z, volveré a comenzar.

—¡Qué sabio es usted, señor!

—¡Psch! ¡Un poquito, señora Mann, un poquito! —contestó el bedel, a quien agradó el cumplido.

Apuró el resto de la ginebra, y prosiguió así:

—En atención a que Oliver es ya demasiado crecidito para continuar aquí, la Junta ha resuelto que vuelva al asilo. He venido a buscarle en persona; así que me hará el favor de presentármelo al instante.

—¡Volando! —exclamó la señora Mann saliendo de la habitación.

Oliver, a quien durante este tiempo habían lavado la cara y manos, y adecentado un poco el ennegrecido traje, no tardó en ser presentado por su cariñosa protectora.

—Inclínate ante este caballero, Oliver —dijo la señora Mann.

El niño hizo una reverencia, que correspondió por partes iguales al bedel, sentado en la silla, y al tricornio, colocado sobre la mesa.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó el bedel con entonación majestuosa.

A punto estaba de contestar el niño que nada deseaba tanto como marcharse con quienquiera que fuese, cuando, alzando los ojos, acertó a ver una mirada de la señora Mann, la cual, puesta en pie detrás de la silla del bedel, tenía enarbolado un puño que agitaba con furia. El niño comprendió a las primeras de cambio el lenguaje mímico, no porque le hubieran enseñado esa ciencia, sino porque las relaciones de su cuerpo con aquel puño habían sido muy frecuentes y muy estrechas, y, como es natural, lo conservaba profundamente grabado en su memoria.

—¿Vendrá conmigo la señora? —se apresuró a preguntar el cuitado.

—No —contestó el señor Bumble—; pero te hará alguna que otra visita.

Tuvo el niño criterio bastante para fingir una pesadumbre que no sentía por su marcha, aunque, a decir verdad, no vio en ella una perspectiva de felicidad completa y absoluta. Tampoco tuvo que esforzarse mucho para verter algunas lágrimas, toda vez que la paliza recientemente recibida y el hambre, son poderosos auxiliares cuando se sienten deseos de llorar. Oliver, pues, lloró con naturalidad asombrosa. Diole la señora Mann mil abrazos y algo que fue más sustancioso que los abrazos: una rebanada de pan con manteca, a fin de que no diera señales de hambre excesiva a su llegada al hospicio. Con el pedazo de pan en la mano y la gorrilla de paño pardo en la cabeza, salió el desdichado Oliver, siguiendo al señor Bumble, de aquella casa espantosa en la que nunca una palabra o una mirada cariñosa habían venido a iluminar las negruras de sus años de niñez.

Esto no obstante, subieron los sollozos a su garganta cuando la puerta del jardín se cerró tras él. Por miserables que fueran los compañeros de infortunio que dejaba, eran los únicos amigos que había conocido, y la percepción de su soledad en el mundo penetró por primera vez en el tierno corazón del niño.

Caminaba el señor Bumble muy deprisa, y el pobre Oliver trotaba a su lado asido con fuerza a su bocamanga galoneada. Cada cuarto de milla que recorrían le preguntaba si llegarían pronto. El señor Bumble contestaba siempre con sequedad y dureza, pues la

influencia bienhechora que en su carácter operara el refresco se había evaporado, y volvía a ser el estirado bedel.

Un cuarto de hora apenas habría transcurrido desde que Oliver penetrara en el recinto del hospicio y no había hecho más que acabar de triturar entre sus dientes el segundo bocado de pan, cuando el señor Bumble, que al entrar le había confiado a los cuidados de una vieja, volvió para decirle que era noche de junta y que ésta le mandaba que se presentara ante ella.

Como el pobre Oliver no tenía noción exacta de lo que era una junta, quedó admirado al oír la noticia y sin saber con precisión si debía reír o llorar. Verdad es que no le concedió mucho tiempo para hacer grandes reflexiones el señor Bumble, quien le dio con el bastón, un golpecito en la cabeza para indicarle que se levantase, y otro en la espalda para despertar el movimiento de sus piernas, mandándole a continuación que le siguiese y conduciéndole a una habitación blanqueada de grandes proporciones, donde se hallaban sentados alrededor de una mesa ocho o diez señores muy gruesos, presididos por otro de mayor corpulencia y de cara redonda y colorada, que ocupaba un sillón más elevado que los de los demás.

—Saluda a la Junta —dijo Bumble.

Secó Oliver dos o tres lágrimas que rodaban por sus mejillas, y saludó.

—¿Cómo te llamas, niño? —preguntó el señor del abdomen más desarrollado.

La vista de tantos caballeros intimidó a Oliver, de quien se apoderó un temblor que le privó del uso de la palabra; pero a bien que allí estaba el señor Bumble para soltarle la lengua. Aplicóle un golpe en la espalda que le hizo llorar, y el miedo a las caricias del bedel, y el miedo a los señores de la junta, fueron acicates que obligaron al niño a responder, bien que con voz temblorosa. Uno de aquellos señores, que llevaba chaleco blanco, dijo a Oliver que era un imbécil, el más excelente medio para animarle y tranquilizarle.

—¡Niño! —dijo el señor del alto sillón—. Escúchame: supongo sabrás que eres huérfano.

—¿Qué es eso, señor? —preguntó el infeliz Oliver.

—Este chico es idiota... lo habría jurado en cuanto le vi —exclamó el del chaleco blanco.

—¡Silencio! —dijo el que había hablado primero—. Sabes que no tienes padre ni madre, y que te ha criado la parroquia, ¿no es cierto?

—Sí, señor —respondió Oliver llorando amargamente.

—¿Por qué lloras? —preguntó admirado el del chaleco blanco.

Cosa extraordinaria, en verdad; ¿por qué había de llorar el mimado de la fortuna?

—Supongo que rezas todas las noches —observó otro de aquellos señores con tono gruñón—, y que ruegas por los que te alimentan y cuidan de ti, como buen cristiano que sin duda eres, ¿no?

—Sí, señor —balbuceó el niño.

Sin darse cuenta, el que acababa de hablar había dicho una gran verdad. Hubiera sido muy de cristiano, pero de cristiano excepcionalmente perfecto, rezar por los que alimentaban y cuidaban de Oliver. Este, sin embargo, no lo hacía, sencillamente porque nadie le había enseñado a rezar.

—Muy bien —repuso el señor de cara extracolorada, el del alto sillón—. Te hemos traído aquí para que recibas una educación conveniente y aprendas un oficio útil.

—Así, pues, mañana a las seis comenzarás a recoger leña —añadió el del chaleco

blanco.

La combinación feliz de los dos beneficios que a Oliver se concedían, la educación y la enseñanza de un oficio útil, en una operación tan sencilla como la de recoger leña, bien acreedora era al agradecimiento más profundo. El niño hizo a la junta una reverencia profundísima, obedeciendo órdenes del bedel, y salió conducido por el mismo guía a una gran sala, donde se le permitió pasar la noche sollozando o riendo, como quisiera, tendido sobre una cama dura como un guijarro. ¡Ejemplo notabilísimo de la dulzura de los reglamentos de nuestra cariñosa Inglaterra! ¡Permiten dormir a los pobres!

¡Desventurado Oliver! Lejos estaba de pensar, mientras dormía en la dichosa ignorancia de lo que alrededor suyo pasaba, que aquel día mismo había tomado la junta una resolución que debía ejercer una influencia material inmensa en sus destinos futuros. El acuerdo estaba adoptado y era el siguiente:

Los miembros de la junta eran varones eminentemente sabios, eminentemente profundos y eminentemente filósofos, y como consecuencia, al fijar su atención en el hospicio, no pudieron menos de ver lo que espíritus superficiales nunca hubieran sospechado: ¡Los pobres huerfanitos tenían cariño a la casa! El hospicio venía a ser para ellos un lugar de recreo, una fonda donde no tenían que pagar; un almuerzo, comida, merienda y cenas gratis asegurado para todo el año, un lugar encantador, un cielo de mampostería donde todo el mundo se divertía y nadie trabajaba.

—¡Se acabó! —dijo la junta, como quien ha resuelto un gran problema—. Nosotros pondremos las cosas en su punto, haremos que cese el abuso, y lo haremos enseguida.

Y, en efecto, a reflexión tan cuerda, siguió el acuerdo, que vino a ser principio fundamental en la Casa: todo huérfano podía elegir libremente (a nadie se obligaba, téngase esto muy presente) entre morirse de hambre poco a poco y por grados, si permanecía en el hospicio, o rápidamente y de una vez saliendo de él.

Con ese objeto a la vista, contrataron con la administración de aguas cantidad ilimitada de este precioso líquido, y con un contratista de trigo, el suministro periódico de cantidades insignificantes de harina de avena. Hecho esto, señalaron a cada huérfano tres ligeras raciones al día de gachas muy claras, a las que se añadiría una cebolla dos veces por semana y medio panecillo los domingos. Con las mujeres, pues el establecimiento, a la par que hospicio era asilo, se tomaron así mismo otras disposiciones tan sabias como humanitarias, que no es necesario mencionar. La junta, llevando a extremos inconcebibles su bondad, acordó tomar a su cargo la obra de divorciar a los pobres casados, a fin de evitarles los gastos enormes y molestias de un proceso entablado ante el tribunal eclesiástico, y en vez de obligar al marido a sostener con su trabajo a la familia, le separaron de ella, convirtiéndolo en soltero.

Es incalculable el número de personas de todas las clases sociales que se hubieran aprovechado de esas dos ventajas, si no hubiesen ido aparejadas con la necesidad de ingresar en el establecimiento. Los miembros de la junta, hombres de gran talento y previsión, obviaron la dificultad. Para disfrutar de los beneficios era indispensable someterse al régimen de gachas, perspectiva que, como es natural, horripilaba a todos.

A los seis meses de la llegada de Oliver al hospicio-asilo, el nuevo sistema estaba en pleno vigor. Al principio ocasionó muchos gastos, pues hubo necesidad de pagar más al empresario de pompas fúnebres, así como también al sastre, quien hubo de estrechar los vestidos de todos los pupilos, cuyos cuerpos, adelgazados y reducidos a la condición de esqueletos vivos de milagro, después de una semana de alimentarse con gachas, daban a aquéllos aspecto de trajes vacíos ambulantes. En cambio, el número de pupilos disminuyó

notablemente, y los señores de la Junta estaban sumamente contentos.

Comían los niños en una gran sala, en cuyo extremo veíase una descomunal caldera, junto a la cual, el jefe de cocina, cubierto con un delantal, repartía, ayudado por dos mujeres, las gachas a las horas de comer. Cada niño tomaba una escudilla llena de gachas, nunca más, salvo los días de grandes festejos públicos, en que se les daban, además, dos onzas y un cuarto de pan. No era necesario fregar las escudillas, pues los niños las limpiaban y hasta les sacaban brillo con sus cucharas; y una vez terminada esta operación, que nunca duraba mucho por ser las cucharas tan grandes como las escudillas, quedaban sentados mirando con avidez tal a la caldera, que demostraban harto elocuentemente el placer con que hubieran devorado hasta el cobre de que estaba hecha, y chupando al propio tiempo sus dedos a fin de no dejar en ellos ni un átomo de gachas.

Por regla general, los niños disfrutaban de un apetito excelente. Tres meses hacía que Oliver Twist y sus compañeros sufrían las torturas de una consunción lenta, y el hambre concluyó por extraviarlos hasta extremo tal, que un muchacho, ingresado ya muy talludito en el benéfico establecimiento, y no habituado a semejante régimen alimenticio (su padre había sido dueño de una modesta casa de comidas antes de dejarle huérfano), dijo un día a sus compañeros que, si no le daban otra escudilla de gachas *per diem*, además de la reglamentaria, era más que probable que acabase por devorar alguna noche al niño que ocupaba la cama inmediata a la suya que acertaba a ser muy corto en años y más corto todavía en fuerzas.

Como al hablar de esta suerte, miraba con hosquedad a sus compañeros, creyéronle éstos. Celebraron junta, deliberaron, echáronse suertes para saber quién sería el que aquella misma noche, a la hora de cenar, pediría al jefe de cocina una ración más que la de costumbre, y la suerte designó a Oliver Twist.

Llegada la hora, los muchachos ocuparon sus puestos. El jefe de cocina, embutido en su delantal, se colocó al lado de la caldera. Los asilados se pusieron en fila; fue servida y consumida la ración y se dieron gracias. La cena estaba terminada; pero los chicos comenzaron a cuchichear entre sí, hicieron guiños y señas a Oliver, y los que estaban más cerca de éste le empujaron disimuladamente con el codo. Oliver, aunque niño, sentía el acicate del hambre; el exceso de miseria le había exasperado; y dejando su puesto, resuelto a todo, bien que un poquito asustado ante su propia temeridad, se adelantó hacia el jefe de cocina, llevando la escudilla en una mano y la cuchara en la otra.

—Tengo hambre, señor; hágame el favor de darme un poco más —dijo.

Grueso y coloradote era el jefe de cocina; pero la sorpresa le dejó pálido. En su estupefacción, mantuvo clavadas sus miradas atónitas sobre el pequeño rebelde por espacio de buen número de segundos. Las mujeres que le ayudaban dirigíanse miradas de estupor; los niños temblaban de espanto.

—¿Qué dices? —preguntó al fin el jefe de cocina, con voz débil.

—Que tengo hambre, señor; que necesito más.

El jefe de cocina tiró el cucharón la cabeza del muchacho, agarró éste entre sus brazos y llamó a grito herido al bedel.

Estaba la junta reunida en sesión solemne, cuando penetró en el salón el señor Bumble, presa de una excitación terrible, y, dirigiéndose al presidente, dijo:

—¡Perdóneme el señor Limbkins si le interrumpo! ¡Oliver Twist ha pedido más ración!

Estupefacción general; expresión de horror en todos los semblantes.

—¿Que ha pedido más? —contestó el señor Limbkins—. Tranquilícese usted, señor

Bumble, y contésteme con claridad. ¿Significan sus palabras que pidió más después de recibir la ración señalada por el reglamento?

—Sí, señor —respondió Bumble.

—Ese niño morirá en la horca —dijo el miembro del chaleco blanco—. Aseguro que ese niño ha de morir ahorcado.

A nadie se le ocurrió contradecir la opinión profética de aquel caballero. Sobrevino una discusión acalorada. Oliver fue recluido inmediatamente en el calabozo del establecimiento, y a la mañana siguiente, un anuncio, pegado a la puerta exterior del edificio, ofrecía cinco libras esterlinas de premio al que quisiera librar a la parroquia de la persona de Oliver Twist. Más claro: el anuncio ofrecía cinco libras, juntamente con la persona de Oliver, a todo hombre o mujer que necesitara un aprendiz para cualquier oficio, industria o empleo.

—Si en mi vida he estado alguna vez convencido de una cosa, es ahora —decía el caballero del chaleco blanco al día siguiente, al llegar al hospicio y ver el anuncio pegado en su puerta. Estoy convencido, firmemente convencido, de que ese niño ha de morir ahorcado.

Como quiera que en el curso de esta historia me propongo dar a conocer si se cumplió o no el vaticinio del caballero del chaleco blanco, sería despojar a esta narración de todo interés, suponiendo que alguno tenga, insinuar aquí si Oliver Twist tuvo fin tan desastroso.

Capítulo III
Trata de cómo Oliver estuvo a punto de obtener una colocación que no hubiera sido canonjía

Los ocho días que siguieron a la comisión del horrendo e impío crimen de pedir doble ración se los pasó Oliver recluido en el calabozo oscuro y solitario donde le arrojaban la misericordia y la sabiduría de la junta Administrativa. No es preciso ser muy lince para comprender que si el niño hubiera acogido con el respeto que merecía la predicción del caballero del chaleco blanco, la hubiese dado confirmación plena, de una vez y para siempre, sin más que atar una de las puntas de su pañuelo a una escarpia de la pared, y colgarse él de la otra.

Tropezaba, empero, este proyecto con un obstáculo, y es que, siendo los pañuelos de bolsillo objetos de lujo, la junta, en virtud de una orden firmada, revisada y sellada por todos los que la componían, había dispuesto, terminantemente y para siempre, que jamás pañuelo de bolsillo trabase relaciones con nariz de pobre. Existía también otro obstáculo, de mayor importancia todavía que el explicado: la tierna edad de Oliver. Dejó, pues, al tiempo el cargo de dar o no cumplimiento a la profecía, y se contentó con llorar amargamente un día y otro día. Cuando llegaban las interminables y tristes horas de la noche, cubríase los ojos con las manos a fin de no ver las tinieblas, y agazapándose en un rincón, procuraba conciliar el sueño. Con frecuencia despertaba sobresaltado y tiritando de frío, y se pegaba a la helada y dura pared del calabozo, como buscando en ella protección contra las tinieblas y soledad en que yacía.

Se engañarían grandemente los enemigos del «Sistema» si supieran que durante su cautiverio fueran negados a Oliver el placer del ejercicio, las ventajas de la sociedad ni las dulzuras de los consuelos religiosos. En cuanto a lo primero, como el tiempo era hermoso y frío, se daba permiso al niño para que todas las mañanas hiciera sus abluciones al aire libre,

colocándose bajo el chorro de una fuente que en el centro del patio había. ¿Que corría peligro de acatarrarse o de contraer una pulmonía? ¡Error! El señor Bumble, ante cuyos ojos tenía lugar la operación, se encargaba de evitar enfriamientos y de acelerar la circulación de la sangre propinando al muchacho frecuentes bastonazos. En cuanto a los encantos de la sociedad, todos los días le conducían al refectorio donde comían los niños, y le administraban una buena azotaina para que sirviera de saludable ejemplo y fuera edificación de los demás. Por lo que respecta a los consuelos religiosos, todas las noches se le hacía entrar a puntapiés en la sala, llegada la hora de rezar, y se le permitía escuchar, para consuelo de su alma, la oración de sus compañeros, a la que la junta había añadido una cláusula especial, que recomendaba la virtud, la docilidad y la obediencia, para librarse de los pecados y vicios de Oliver Twist, a quien la plegaria colocaba bajo la protección y amparo de los espíritus de las Tinieblas, y de quien decía que era horrenda muestra de los productos fabricados por el mismo Satanás.

Una mañana, mientras los asuntos de Oliver Twist tomaban un curso tan poco favorable y ventajoso, aconteció que un tal Gamfield, deshollinador de oficio, pasó por la calle poniendo en tortura su imaginación para excogitar un medio que le permitiera pagar varios alquileres vencidos, por los cuales le estrechaba en extremo el casero. Muchas cuentas hizo el buen Gamfield; muchos cálculos; mas no le fue posible reunir, ni mentalmente siquiera, la suma de cinco libras esterlinas a que ascendían los alquileres. Presa de desesperación aritmética se golpeaba la frente y aporreaba alternativamente al burro cuando, al cruzar frente a la puerta del hospicio, sus ojos tropezaron con el anuncio pegado a aquélla.

—¡So...! ¡So-o-o! —dijo Gamfield a su jumento.

El borrico, muy distraído a la sazón, pues probablemente se preguntaba si le regalarían con dos o tres tronchos de berza luego que hubiera llevado a su destino los dos sacos de sebo cargados en el carretón que arrastraba, sin hacer caso de la indicación de su amo, continuó su camino.

Gamfield lanzó a su burro una maldición de las más mal sonantes y, corriendo tras él, propinóle en la cabeza un golpe bastante fuerte para romper cualquier cráneo que el de un burro no fuera; agarró a continuación las riendas, aplicó otro porrazo a las quijadas del cuadrúpedo como para recordarle que no era dueño de sus actos, lo obligó a permanecer quieto, por vía de despedida le sacudió un segundo estacazo en la cabeza, a fin de que permaneciera tranquilo hasta su vuelta, y encaramándose en lo alto de la verja, leyó el anuncio pegado en la puerta del hospicio.

Estaba a la sazón a la puerta con las manos a la espalda el señor del chaleco blanco, tranquila la conciencia y libre su pecho del peso de los sentimientos humanitarios que vertiera en la junta. La pequeña disputa habida entre Gamfield y su burro, de que acababa de ser testigo, y el acto del hombre al acercarse a leer el anuncio, arrancáronle una sonrisa de satisfacción, pues desde el primer momento comprendió que Gamfield era el amo que Oliver necesitaba. También sonreía Gamfield a medida que recorría los renglones del anuncio, pues cinco libras era justamente la cantidad cuya falta tan apurado le traía, y en cuanto al chico de quien habría de encargarse, estando, como estaba, al tanto del régimen alimenticio del hospicio, bien se le alcanzaba que sería un ejemplar de cuerpo sutil, el más a propósito para meterse por el cañón de una estufa. Tornó a deletrear el anuncio de principio al fin, y luego, llevando respetuosamente la diestra al gorro de piel que cubría su cabeza, se acercó al caballero del chaleco blanco.

—¿Hay aquí un muchacho, señor, a quien la parroquia desea colocar de aprendiz?

—preguntó Gamfield.

—Sí, buen hombre —contestó el del chaleco blanco, sonriendo con expresión benévola—. ¿Por qué lo pregunta usted?

—Porque si la parroquia desea que aprenda un oficio útil y agradable, el de deshollinador, por ejemplo, yo, que necesito un aprendiz, me encargaré de enseñárselo —dijo Gamfield.

—Entre usted —contestó el caballero del chaleco blanco.

Gamfield, no sin propinar antes a su borrico un estacazo en la cabeza y una puñada en las quijadas, a guisa de suave aviso para que no tuviera el capricho de largarse durante su ausencia, siguió al del chaleco blanco a la sala donde Oliver había tenido el placer de verle por primera vez.

—El oficio es muy sucio —observó el señor Limbkins, luego que Gamfield hubo reiterado su pretensión.

—Se han dado casos en que han perecido niños en las chimeneas, ahogados por el humo —terció otro caballero de la junta.

—Eso ocurría cuando, para hacerlos bajar, mojaban la paja antes de prenderle fuego —replicó Gamfield—. La paja, en esas condiciones, produce mucho humo y ninguna llama, y se ha demostrado que el humo es la carabina de Ambrosio para nuestro objeto, pues no hace más que dormir al niño, que es precisamente lo que ellos desean. Los chicos son muy tercos, caballeros, muy holgazanes, y para obligarlos a bajar volando no hay remedio mejor que encender una buena llama. El remedio, señores, a la par que eficaz, es humanitario, pues por apurado que el niño se encuentre dentro del cañón de la chimenea, en cuanto siente que le tuestan las plantas de los pies, se desembaraza de todas las dificultades.

Esta explicación pareció divertir en extremo al señor del chaleco blanco, pero una mirada severa de Limbkins vino a verter un jarro de agua fría sobre su alegría. La junta procedió a deliberar por espacio de algunos minutos, pero con voz tan baja, que sólo de tanto en tanto se oían frases, parecidas a las siguientes:

«Reducción de gastos...» «Economías...» «Hacer publicar un informe impreso» No fue la casualidad la que motivó que se oyeran esas frases y no otras, sino la circunstancia de que fueran repetidas con mucha frecuencia y con énfasis extraordinario.

Cesaron al fin los cuchicheos; y vueltos los miembros de la junta a sus respectivos sillones, el señor Limbkins dijo:

—Examinada su pretensión, hemos acordado no acceder a ella.

—La rechazamos en absoluto —añadió el del chaleco blanco.

—Decididamente y por unanimidad —dijeron otros.

Daba la pícara casualidad que el buen Gamfield había tenido la desgracia de que murieran en un lapso muy breve de tiempo tres o cuatro aprendices suyos, y como sabía que malas lenguas afirmaban que aquellas desgraciadas muertes habían sido consecuencia de otras tantas palizas propinadas por él, asaltóle la sospecha de que la junta, inspirándose en hablillas calumniosas, pudiera recelar que en la mayor o menor duración de la vida de sus aprendices influyera el sistema educativo con aquéllos empleado. No acertaba a comprender que los administradores del establecimiento rechazasen su pretensión; pero hombre de temperamento dulce, poco dispuesto a reñir una batalla contra la voz pública hasta consentir que fueran rectificadas las especies calumniosas a las que me he referido, alejóse lentamente y dando vueltas entre las manos a su gorra de pieles, y al llegar al umbral de la puerta preguntó:

—¿Conque no quieren cedérmelo, señores?

—No —contestó Limbkins—. En las condiciones señaladas en el anuncio, desde luego no. En atención a la suciedad del oficio, entendemos que procede disminuir el premio ofrecido.

Gamfield, cuyo rostro iluminó la alegría, se acercó de nuevo a la mesa y preguntó:

—¿Cuánto quieren darme, señores? Les suplico que sean compasivos con un pobre hombre como yo. ¿Cuánto me darán?

—Tres libras y diez chelines bastan y sobran —dijo Limbkins.

—Sobran en efecto; pues con tres libras estaría bien pagado —añadió el del chaleco blanco.

—¡Vaya, señores! —suplicó Gamfield—. ¡Pongan cuatro libras! ¡Cuatro libras, y se libran del muchacho en cuestión!

—Tres libras y diez chelines —repitió Limbkins con firmeza.

—Partamos la diferencia —insistió Gamfield—. Lo dejaremos en tres libras y quince chelines.

—Ni un penique más —replicó Limbkins con la misma decisión.

—¡Vaya, vaya! ¡Tonterías y ganas de perder tiempo! —exclamó el del chaleco blanco— ¿No comprende usted que, aun tomándole sin premio, haría un buen negocio? ¡No sea usted tonto y lléveselo! Es precisamente el muchacho que le conviene. Algún correctivo necesita, es verdad; pero en cambio lo mantendrá usted con muy poca cosa, pues desde que nació, está acostumbrado a un régimen de parquedad extraordinaria. ¡Ja, ja, ja, ja!

Gamfield miró con aire socarrón a los miembros de la junta, y como observara la sonrisa que animaba los semblantes de todos, no quiso ser menos y sonrió también. El trato estaba hecho. Bumble recibió orden de presentar aquel mismo día a Oliver Twist, juntamente con el contrato de aprendizaje, ante el magistrado, que debía aprobar y firmar el acuerdo de la junta.

Como resultado de esta determinación, Oliver fue sacado del calabozo, con gran sorpresa suya, que subió de punto al ver que le ponían camisa limpia. Apenas terminada esta operación a la que tan poco acostumbrado estaba, Bumble le sirvió, con sus propias manos, un enorme tazón de gachas, y a continuación, dos onzas y un cuarto de pan, ni más ni menos que si fuera día de fiesta.

Oliver, ante espectáculo tan inconcebible, rompió a llorar amargamente, creyendo, no sin fundamento, que la Junta había resuelto matarle con, algún objeto utilitario, y a ese efecto principiaban por engordarlo.

—No llores, Oliver —dijo Bumble con prosopopeya—. Come bien y alégrate. Vas a aprender un oficio.

—¡Un oficio, señor! —exclamó Oliver.

—Sí, Oliver, sí. ¡Los hombres generosos y caritativos que han sido para ti padres cariñosos, supliendo a los que tú no tienes, van a darte un oficio, van a lanzarte al mundo, a hacer de ti un hombre de provecho, aunque su generosidad cueste a la parroquia tres libras y diez chelines! ¡Tres libras y diez chelines... Oliver!... ¡Setenta chelines!... ¡Ciento cuarenta monedas de seis peniques!... ¡Y asómbrate! ¡Todo ello, por un miserable expósito a quien nadie quiere!

Detúvose el bedel para tomar aliento, después de pronunciado aquel discurso con tono doctoral. El muchacho sollozaba amargamente. Por sus mejillas corrían copiosas lágrimas.

—¡Vamos! —prosiguió Bumble con menos majestad, halagado sin duda su amor

propio por la impresión producida por su elocuencia—. ¡Sosiégate, Oliver! Seca tus ojos con la manga de tu chaqueta y no viertas lágrimas sobre las gachas. ¡Es una tontería!

Lo era, en efecto, pues las gachas tenían agua sobrada.

Mientras se encaminaban a la casa del magistrado, Bumble manifestó a Oliver que todo lo que tenía que hacer se reducía a aparentar mucha alegría y contestar, cuando el caballero en cuestión le preguntara si deseaba aprender un oficio, que ése era su anhelo más ferviente. Instrucciones que Oliver prometió cumplir, tanto más cuanto que el buen señor Bumble le insinuó muy cariñosamente que, si faltaba a alguna de ellas, no respondía de lo que podría sucederle.

Llegados al domicilio del magistrado, Oliver fue encerrado en un gabinetito, donde Bumble le mandó esperar hasta que volviera a recogerle.

Media hora permaneció allí el niño, con el corazón palpitante de temor, al cabo de la cual, Bumble asomó la cabeza, desnuda del lujoso tricornio, y dijo en alta voz:

—Oliver, queridito mío, el señor magistrado te espera.

Bajando la voz, y clavando en el infeliz una mirada amenazadora, añadió.

—¡Cuidado con lo que te he dicho, granujilla!

Oliver, un poquito desconcertado, volvió sus inocentes ojos hacia el señor Bumble al oírse tratar en dos formas tan contradictorias, pero Bumble previno las observaciones que a este propósito pudiera hacerle el niño introduciéndole bruscamente en la sala contigua, cuya puerta estaba abierta de par en par. Era una habitación espaciosa, provista de una gran ventana. Detrás de una mesa escritorio había dos señores ancianos con pelucas empolvadas, uno de los cuales leía un periódico, mientras el otro, con ayuda de unos quevedos montados en concha, recorría con la vista un pequeño pergamino que delante tenía. A un lado de la mesa, y de pie, estaba el señor Limbkins, y al otro Gamfield, cuya cara había lavado a medias. Dos o tres mocetones, con botas de montar, paseaban por la sala.

Parece que el señor de las gafas se fue ensimismando poco a poco en la lectura del pergamino. Después que Oliver fue colocado delante de la mesa, continuó, aunque por breves momentos, el mutismo general.

—El niño, señor —anunció Bumble.

Alzó la cabeza el anciano que leía el periódico y tiró al de las gafas de la manga. El de las gafas salió de su ensimismamiento.

—¡Ah! ¿Es este el niño? —preguntó.

—Sí, señor —contestó Bumble—. Inclínate ante el señor magistrado, mi querido Oliver.

El afligido Oliver, haciendo acopio de valor, saludó lo mejor que pudo. Fijos sus ojos en la empolvada peluca de los magistrados, preguntábase mentalmente si eran hombres privilegiados que venían al mundo con aquella estopa blanca por cabellera, debiendo a ese hecho el derecho de ser magistrados.

—Muy bien —dijo el señor de las gafas—. Supongo que tendrá afición al oficio de deshollinador, ¿es verdad?

—Le encanta, señor —respondió Bumble, dando un soberbio pellizco a Oliver para indicarle que se guardara muy mucho de contradecirle.

—Es decir, que *quiere* ser deshollinador, ¿eh?

—Si se le diera cualquier otro oficio, se nos escaparía inmediatamente, señor —contestó Bumble.

—Y ese hombre... usted, ¿ha de ser su amo? —repuso el magistrado—. Le tratará usted bien, le dará alimentación suficiente, le cuidará, ¿no es cierto?

—Cuando hago una promesa, la cumplo —contestó Gamfield, saliéndose por la tangente.

—Habla usted con cierto tono de brusquedad, amigo mío, pero tiene aspecto de hombre honrado y franco —observó el anciano, dirigiendo sus anteojos al candidato al premio que acompañaba a la persona de Oliver.

La justicia me obliga a decir que su rostro de villano reflejaba fuerte dosis de crueldad; pero el magistrado estaba casi ciego y del todo chocho, circunstancias ambas que le impedían distinguir lo que saltaba a la vista de todos los demás.

—Tengo la presunción de creer lo que soy —contestó Gamfield, con sonrisa lúgubre.

—Y yo no dudo que lo es —dijo el magistrado, afianzando las gafas sobre la nariz y buscando el tintero.

En aquel momento crítico se decidía la suerte futura de Oliver. Si hubiera estado el tintero en el sitio en que creyó el anciano que estaría, éste hubiese mojado la pluma y firmado el acta que ponía al pobre muchacho en manos del deshollinador; pero quiso el destino que el tintero se hallase precisamente debajo de sus narices mientras el magistrado lo buscaba por todas partes sin verlo; quiso también el destino que en el curso de aquellas pesquisas alzase el buen anciano los ojos, y que éstos repararan en el semblante pálido y desencajado de Oliver Twist, quien, a pesar de las miradas tremebundas y de los dolorosos pellizcos de Bumble, contemplaba la cara repulsiva de su futuro amo con expresión de horror y de espanto harto visibles para que dejara de notarla hasta aquel magistrado medio ciego.

Quedó suspenso el caballero, y, dejando la pluma sobre la mesa, miró con fijeza a Limbkins, quien intentó disimular su turbación apelando a su cajita de rapé.

—¡Hijo mío! —exclamó el magistrado, inclinándose sobre la mesa.

Estremecióse Oliver al escuchar aquellas dos palabras. Harta disculpa merece su conducta, pues le fueron pronunciadas con acento de dulzura, y los sonidos desconocidos asustan siempre. El niño, temblando de pies a cabeza, rompió a llorar.

—¡Hijo mío! —repitió el magistrado—. Te veo pálido y como alarmado; ¿por qué?

—Sepárese usted del niño, bedel —dijo el otro magistrado, dejando el periódico y mirando con interés a Oliver—. Veamos, hijo mío —repuso— ¿qué te pasa? ¿Por qué tienes miedo?

Oliver no pudo resistir más. Cayendo de rodillas, y juntando las manos en actitud suplicante, rogó a los magistrados que dispusieran que fuera encerrado de nuevo en el calabozo obscuro, donde se resignaría que le hicieran perecer de hambre, que le pegaran y azotaran, a que le mataran de una vez, siempre que no le pusieran en manos de aquel hombre que le horrorizaba.

—¡Bien! —exclamó Bumble, alzando los ojos y las manos al cielo con expresión de gran majestad—. ¡Muy bien, Oliver! ¡Embusteros astutos y cínicos he visto en el mundo; pero jamás vi ejemplar tan archirrequetedescarado como tú!

—¡Cállese usted, bedel! —exclamó el segundo magistrado, luego que Bumble profirió el calificativo triplemente compuesto.

—Ruego a Su Señoría que me perdone —dijo Bumble, como no dando crédito a sus oídos—. ¿Es a mí a quien se dirige Vuestra Señoría?

—Sí. ¡Cállese usted!

La estupefacción dejó atortolado a Bumble. Imponer silencio a un bedel era cosa inaudita; una revolución moral.

Los dos magistrados cruzaron entre sí una mirada de inteligencia y a continuación, el de las gafas de concha, dejando el pergamino que en la mano tenía, dijo:

—Negamos nuestra sanción al acta.

—Espero —observó el señor Limbkins— que el testimonio sin pruebas ni valor de un niño no influirá en el ánimo de los señores magistrados en el sentido de hacerles formar opinión de que las autoridades del hospicio se han conducido mal.

—No somos los magistrados llamados a pronunciar la opinión que el asunto nos merezca —contestó con severidad el anciano del periódico—. Lleven nuevamente al niño al asilo, y trátenle bien y con dulzura, que me parece que harto lo necesita.

Aquella misma tarde aseguraba el señor del chaleco blanco, de la manera más rotunda y categórica, no sólo que Oliver moriría ahorcado, sino también que su cuerpo, previamente descuartizado, adornaría los postes colocados para el objeto en los márgenes de los caminos reales. Bumble, encogiéndose de hombros con expresión sombría y misteriosa, dijo que sus deseos eran que el chico se enmendara y tuviera un buen fin, a lo que replicó el señor Gamfield que hubiera deseado llevarse al muchacho.

Al día siguiente se hizo saber que Oliver Twist pasaba de nuevo a la condición de *alquilable*, y que sería entregado, juntamente con la prima de cinco libras esterlinas, a quien de él quisiera hacerse cargo.

Capítulo IV
Cómo Oliver consigue otra colocación que le introduce en el mundo

Las grandes familias, cuando no pueden proporcionar a un hijo ya crecido una colocación ventajosa, sea a título posesorio o en virtud de derecho de sucesión, bien adjudicándole parte de los bienes patrimoniales, bien señalándole una renta, generalmente lo envían a la marina. El Consejo de Administración del hospicio, inspirándose en ejemplo tan saludable, deliberó sobre la conveniencia de embarcar cuanto antes a Oliver en cualquier buque mercante de poco porte que se hiciera a la vela para cualquier puerto insalubre, partido el más acertado que podían tomar, toda vez que era lo más probable que el capitán del mismo distrajera sus ocios zurrándole hasta matarle, o bien por vía de pasatiempo le rompieran la cabeza con una barra de hierro, recreos ambos muy del agrado de la gente de mar, según es público y notorio. Cuanto con mayor atención estudiaba el Consejo el asunto, desde el punto de vista indicado, mayores ventajas le encontraba, y al fin se acordó que el medio más acertado, el único, de asegurar de una vez el porvenir de Oliver, era embarcarlo sin dilación.

Comisionaron al señor Bumble para que practicara algunas diligencias preliminares encaminadas a encontrar un capitán cualquiera que necesitara para paje de escoba a un muchacho que estuviera solo en el mundo. El buen bedel, cumplido su cometido, volvía al hospicio para dar cuenta a la Junta del resultado de su misión, cuando tropezó en la puerta con el empresario de pompas fúnebres de la parroquia, el señor Sowerberry en persona.

Era el señor Sowerberry un hombre alto y delgado, embutido en un traje negro muy raído, que completaban unas medias remendadas del mismo color que el traje y unos zapatos en armonía con el resto de la indumentaria. No ofrecía un semblante risueño por obra y gracia de la naturaleza; pero, esto, no obstante, era dado a la jocosidad y alegría. Al ver a Bumble, avivó el paso y le tendió cordialmente la diestra.

—Vengo de tomar las medidas de dos mujeres que emprendieron el viaje la noche pasada, señor Bumble —dijo el funerario.

—Usted hará fortuna, señor Sowerberry —contestó el bedel, metiendo el pulgar y el índice en la cajita de rapé del funerario, cajita que era reproducción en pequeño de un féretro de la invención de su propietario, convenientemente patentado—. Le digo que se hará rico —repitió el bedel, dándole con su bastón un golpecito amistoso en la espalda.

—¿Lo cree usted así? —preguntó el funerario, con tono que medio admitía medio ponía en duda la exactitud del pronóstico—. Los precios señalados por la Administración del hospicio son excesivamente pequeños, señor Bumble.

—También lo son sus ataúdes, señor Sowerberry —replicó el bedel dando a sus palabras la migajita de tonillo zumbón compatible con la dignidad de un funcionario de su importancia.

El señor Sowerberry, a quien encantó, como no podía menos, la agudeza, rompió a reír a carcajadas, que se prolongaron durante largo rato.

—Le diré a usted, señor Bumble —contestó, cuando la hilaridad le permitió articular palabra—, que no puede negarse que, desde que implantaron el nuevo sistema alimenticio, los ataúdes son más estrechos y menos profundos de lo que solían ser; pero justo es que el que trabaja obtenga algún beneficio; la madera seca cuesta cara, y las abrazaderas de hierro vienen de Birmingham por el Canal.

—¡Bien, bien! —exclamó Bumble—. No hay oficio que no tenga sus inconvenientes, y como compensación, justo es que dejen buenos rendimientos cuando salen bien.

—¡Y que lo diga usted! Poco gano en cada artículo en particular; pero saco mis bonitas ganancias del conjunto; ¿no le parece a usted que nada más natural?

—Claro que sí.

—Debo decir, no obstante —repuso el funerario, reanudando el hilo de la conversación que el bedel había interrumpido—, que he de luchar contra una desventaja de consideración, y es, que los más robustos, son los primeros que estiran la pata. Quiero decir, que precisamente los que gozan de salud más perfecta, los que han vivido vida regalada y pagando contribuciones muchos años, son los que primero mueren en cuanto entran en el establecimiento. Comprenderá usted, señor Bumble, que tres o cuatro pulgadas de exceso sobre los cálculos hechos, representan en los beneficios una merma de importancia, sobre todo, cuando uno tiene una familia a la que mantener.

Como Sowerberry dijera estas palabras con el acento indignado propio de quien tiene motivos sobrados para quejarse, y Bumble le viera en camino de hacer reflexiones que dejaran malparado el honor de la parroquia, creyó oportuno variar de conversación. Oliver Twist, cuya persona llenaba por completo su mente, le deparó un tema nuevo.

—¡A propósito! —dijo—. ¿Conoce usted por casualidad a alguien que necesite un aprendiz? Se trata de un muchacho que pesa enormemente... más todavía; que es un dogal ajustado a la garganta de la parroquia. Condiciones ventajosísimas, señor Sowerberry, ventajosísimas.

Mientras hablaba, Bumble llevó la contera del bastón al anuncio que ya conocemos, y dio tres golpecitos sobre las sugestivas palabras, «cinco libras esterlinas» impresas con letras mayúsculas de tamaño gigantesco.

—¡Que Dios me asista si no era ése precisamente el asunto de que deseaba hablarle! —exclamó el funerario, cogiendo a Bumble por la solapa galoneada de su levita—. Usted sabe... ¡pero qué hermosos botones luce usted, señor Bumble! ¡No me había fijado hasta este instante en ellos!

—Sí... no están del todo mal —contestó el bedel, contemplando con orgullo los

grandes botones de cobre que adornaban su levita—. El dibujo es el mismo que el del sello de la parroquia: El buen Samaritano curando al viandante herido. El Consejo me hizo este regalo el día de Año Nuevo, y recuerdo que lo estrené para asistir a las indagatorias practicadas con motivo de la muerte de un mercader sin recursos que falleció cierta noche junto a una puerta.

—Lo recuerdo. De las indagatorias resultó que había muerto de hambre y de frío, ¿no es verdad?

Bumble contestó con una señal afirmativa.

—Y si no me equivoco, terminaba el informe haciendo constar terminantemente que el oficial de socorros...

—¡Disparate! —interrumpió Bumble—. ¡Arreglado estaría el Consejo si fuera a hacer caso de las majaderías de esos jurados ignorantes!

—Es verdad —asintió el funerario.

—Los jurados —prosiguió Bumble oprimiendo nervioso su bastón, lo que era en él indicio cierto de extraordinaria iracundia—, los componen hombres sin educación, ignorantes, vulgares, serviles y rastreros.

—También eso es verdad.

—Toda su filosofía, toda su economía política, no vale lo que esto —añadió Bumble escupiendo al suelo.

—No vale tanto —asintió el funerario.

—¡Me dan náuseas! —gritó el bedel, cuya furia subía de punto por momentos.

—¡Y a mí, y a mí!

—¡Quisiera tener a todos esos jurados por espacio de una semanita o dos en nuestro asilo! ¡Ya se encargarían de bajarles los humos los reglamentos y disposiciones de la junta y el régimen alimenticio a que se les sometería!

—¡Seguro, seguro! Pero dejémosles ahora —contestó el funerario, con sonrisa encaminada a calmar la embravecida cólera del funcionario parroquial.

Bumble se quitó el galoneado tricornio, sacó del interior de su copa un pañuelo con el que secó el copioso sudor que la explosión de furia hacía correr por su frente, encasquetóse de nuevo el sombrero y volviéndose al funerario le dijo con más calma:

—Vamos a ver, ¿qué hacemos del muchacho?

—¡Oh! —exclamó el funerario—. Sabe usted perfectamente, señor Bumble, que yo pago sumas de consideración para los pobres.

—¡Hum! —murmuró el bedel—. ¿Y qué?

—Soy de opinión señor Bumble, que si pago sumas de consideración para los pobres, me asiste el derecho de explotarlos en la medida que me sea posible; y, por tanto... por tanto... se me figura que el muchacho me convendría.

El señor Bumble, sin contestar siquiera, agarró por un brazo al funerario y le hizo entrar en el asilo. Al cabo de cinco minutos de conferencia entre el funerario y la junta quedó convenido que Oliver entraría en la casa del primero aquella misma tarde por inclinación, frase que tratándose de aprendices del hospicio significaba que, si al cabo de breve periodo de prueba, veía el dueño que del muchacho podía sacar buen partido sin necesidad de darle mucho alimento, dueño era de retenerlo a su lado durante un número determinado de años, con facultades plenas para hacer de él y con él lo que le viniera en gana.

Cuando aquella misma tarde fue conducido Oliver a presencia del Consejo de Administración, y le comunicó éste que iba a entrar inmediatamente, como aprendiz en la

casa de un fabricante de ataúdes, haciéndole al propio tiempo presente que si se quejaba de su colocación, no volvía jamás a ingresar en el establecimiento, lo embarcarían para que se ahogara o le rompieran la cabeza a palos, fue tan nula la emoción de que el muchacho dio pruebas, que todos de común acuerdo lo calificaron de pillete sin corazón y ordenaron a Bumble que lo quitase de su presencia cuanto antes.

Aunque es muy natural que la junta, con doble motivo que nadie en el mundo, experimentara asombro y horror virtuosos ante la muestra más liviana de carencia de sensibilidad, es el caso que en la ocasión presente se equivocó de medio a medio. La verdad era que Oliver, lejos de adolecer de falta de sensibilidad, la poseía en grado máximo, aunque los malos tratos le habían puesto en camino de permanecer durante toda su vida en un estado de estupidez brutal y de idiotismo lamentable. Escuchó la noticia de su nuevo destino sin despegar los labios, y hecho su equipaje, operación por cierto poco costosa y de transporte sencillo, pues se reducía a un paquetito de papel de medio pie cuadrado por unas tres pulgadas de fondo, se encasquetó bien la gorra y siguió al excelso dignatario que debía conducirle a su nuevo teatro de torturas.

Largo rato caminaron juntos sin que Bumble se dignara dirigir una palabra ni una mirada al muchacho, sin duda porque ponía todo su pensamiento en llevar la cabeza muy erguida, cual cuadra a un buen bedel. El viento soplaba con violencia, agitando los faldones de la levita de Bumble, los que, más compasivos que los hombres, envolvieron al huérfano a la par que dejaron a descubierto el chaleco y los calzones de paño amarillento que completaban la indumentaria de aquél.

Próximos a llegar a la casa del funerario, Bumble se dignó bajar los ojos para cerciorarse de si el muchacho estaba presentable, lo que hizo con aires de benévolo protector.

—¡Oliver! —llamó Bumble.

—¡Señor! —respondió con voz débil y temblorosa el niño.

—Alce el caballerito esa gorra que le cubre los ojos y levante la cabeza.

Obedeció al instante Oliver y se pasó con ligereza el dorso de la mano que tenía libre por los ojos, no obstante lo cual, quedó una lágrima temblando en el extremo de sus pestañas cuando dirigió la vista a su conductor, lágrima que se desprendió y rodó lentamente por sus mejillas al conjuro de la mirada severísima que le dirigió el bedel. A la primera lágrima siguió la segunda, y a ésta otra y otra. Quiso el infeliz dominarse, pero en vano. Al fin, soltó la levita del bedel, y tapándose la cara con entrambas manos, comenzó a verter torrentes de lágrimas que corrían a lo largo de sus descarnados dedos.

—¡Bien! ¡Pero que muy bien! —exclamó Bumble, cesando bruscamente de andar y posando en el huérfano una mirada de malignidad infinita—. De *todos* los muchachos ingratos y *viciosos* que jamás he conocido, eres, Oliver, el más...

—¡No!... ¡No, señor! —articuló Oliver entre sollozos, aferrándose a la mano que empuñaba el famoso bastón.

—¡Yo seré bueno... sí... quiero serlo... y dócil y obediente también... sí, señor... ¡Soy un niño, señor... muy niño... y me veo tan... tan...!

—¿Tan qué? —inquirió Bumble admirado.

—¡Tan solo, señor! ¡Tan abandonado! ¡Todo el mundo me detesta!... ¡Oh, no se enfade conmigo, señor, se lo suplico!

El niño sin ventura se golpeaba el pecho mientras hablaba, y miraba con expresión de angustia al bedel a través de una cortina de lágrimas.

Por algunos segundos permaneció Bumble contemplando el aspecto triste y

lastimoso de Oliver; tres o cuatro veces tosió con estrépito; y al fin, murmurando entre dientes algunas palabras acerca de aquella «importuna tos», mandó a Oliver que se enjugase las lágrimas y que fuera buen chico.

Seguidamente volvió a tomarle de la mano y siguió su camino en silencio.

Acababa el fabricante de ataúdes de cerrar la tienda y se disponía a hacer algunos asientos en su libro diario a la luz de una mala vela, cuando se presentó Bumble.

—¡Ah! —exclamó alzando la cabeza y soltando la pluma, sin importarle dejar incompleta la palabra que estaba escribiendo—. ¿Es usted, señor Bumble?

—El mismo, señor Sowerberry —contestó el bedel—. Le traigo al muchacho.

Oliver hizo una reverencia.

—¡Ah! ¿Este es el muchacho? —preguntó el funerario, acercando la vela a la cara de Oliver para examinarle mejor—. ¡Ven un momento, querida, hazme el favor!

De un cuartito pequeño de la trastienda salió la señora del funerario a la que iban dirigidas las últimas palabras de aquél. Era una mujer alta y enjuta, de cara de arpía.

—Querida mía —dijo con deferencia exquisita el funerario—, te presento al muchacho del hospicio de quien te he hablado.

Oliver se inclinó de nuevo.

—¡Cielo santo, y qué flaco está! —exclamó la mujer.

—No es muy robusto, en efecto —contestó Bumble, dirigiendo al niño una mirada torva, como haciéndole responsable de no estar más gordo—. Pero él engordará... él engordará.

—No lo dudo —replicó con petulancia la mujer—; pero será gracias a nuestra comida y bebida. ¿Qué ventajas reportan estos niños del hospicio? Ninguna. Gastan más de lo que valen. Yo creo que se les debería dejar abandonados; pero, en fin, hay que pasar por lo que quieren los hombres, empeñados en sostener que saben del mundo más que nosotras... ¡Vaya! ¡Vete abajo, saquito de huesos!

Diciendo y haciendo, abrió una puerta y empujó a Oliver por una escalera al pie de la cual había un sótano reducido, obscuro y húmedo especie de antesala de la carbonera y llamado pomposamente «la cocina», donde había una muchacha sucia y astrosa, descalza y ostentando unas medias azules llenas de zurcidos y agujeros.

—Mira, Carlota —dijo la mujer del funerario, que había seguido a Oliver—; da a este muchacho los restos que se dejaron para *Trip*. No se le ha visto desde esta mañana, y muy bien podrá pasarse sin ellos. Supongo que no te vendrán mal, ¿eh?

Oliver, cuyos ojos lanzaron destellos de alegría al oír hablar de comida, y que temblaba de ansiedad a la idea sola de trasladarla a su desfallecido estómago, contestó, como es natural, que no, y entonces le pusieron delante un plato de nauseabundas sobras.

¡Ojalá uno de esos filósofos orondos y bien alimentados, uno de esos filósofos de sangre de hielo y de corazón de diamante, cuyos estómagos transforman en bilis y en hiel la carne y el vino que ingieren, hubiera visto a Oliver cuando se arrojó sobre aquellos restos que el perro había desdeñado! ¡Ojalá hubiese tenido ocasión de contemplar la horrible avidez, la ferocidad canina con que los devoró! ¡Deseara yo muy de veras proporcionar ese espectáculo al filósofo, aunque a decir verdad, hubiese preferido otra cosa: hubiese preferido ver al filósofo devorando aquellas piltrafas asquerosas, y devorándolas con la furia misma con que las devoraba el desventurado huérfano!

—¡Vaya! —exclamó la mujer del funerario, luego que Oliver hubo dado fin a la comida, operación que contempló aquélla con horror silencioso y haciendo presagios espantosos sobre tan descomunal apetito—. ¿Acabaste?

Como Oliver no vio al alcance de sus dientes nada comestible, contestó afirmativamente.

—Pues ven conmigo —dijo la mujer, tomando un farol sucio y ahumado y echando a andar escalera arriba—. Tu cama está debajo del mostrador. Supongo que no te importará dormir rodeado de ataúdes, ¿eh? Lo sentiría, pues te importe o no, entre ellos has de dormir. ¡Deprisa, deprisa! ¡No me tengas aquí toda la noche!

Oliver siguió con gran docilidad a su nueva ama.

Capítulo V
Contrae Oliver nuevas relaciones. La primera vez que asiste a un entierro, forma opinión favorable del oficio de su amo

Solo Oliver en la tienda de su amo, dejó el farol sobre un banco de trabajo y tendió en torno suyo miradas de terror, que comprenderán sin esfuerzo muchas personas de bastante más edad que el infeliz huérfano. Una caja mortuoria sin, concluir, colocada en el centro de la tienda sobre unos banquillos negros, ofrecía aspecto tan lúgubre, que el pobre niño temblaba de miedo cada vez que su mirada dilatada por el espanto se dirigía hacia el pavoroso objeto, pues esperaba en todo momento ver que algún espectro horrible alzaba lentamente la cabeza para enloquecerle de terror. Larga fila de tablas de olmo, todas de la misma medida, flanqueaban la pared, semejando, a la luz incierta del farol, otros tantos fantasmas de anchas espaldas con las manos metidas en los bolsillos de sus calzones. Planchas brillantes de metal, astillas del olmo, clavos de cabeza dorada y pedazos de paño negro cubrían el suelo en horrible confusión. Si Oliver separaba sus miradas de los fantasmas de anchas espaldas y las dirigía al testero de la tienda, se encontraba con un cuadro que presentaba en primer término dos esqueletos envueltos en rígidos sudarios estacionados a uno y otro lado de la puerta de una casa, y en el fondo, una carroza fúnebre tirada por cuatro caballos, negros como la noche, que se iban acercando a aquélla. La atmósfera de la tienda, cálida y enrarecida, parecía saturada de olor a féretros y el sitio en que Oliver estaba tendido debajo del mostrador tenía todas las apariencias de una fosa.

Y no era sólo este espectáculo, con ser tan lúgubre, lo que impresionaba y deprimía a Oliver. Encontrábase solo en lugar extraño, y es natural que su terror llegase a lo inconcebible, pues a cualquiera de nosotros, aun a los que por más valientes nos tengamos, nos sucedería otro tanto si en situación análoga nos encontráramos. Carecía de amigos que se interesaran por él, o por quienes él pudiera interesarse; no tenía que llorar la ausencia de una persona amada, la muerte de un ser querido ni en su corazón pesaba como losa de plomo el recuerdo de un rostro adorado; pero esto no obstante, gemía su corazón; su tristeza era infinita. Al revolverse en su estrecha cama, hubiera deseado que ésta fuera un ataúd, y que le dejaran dormir tranquilo el sueño eterno de la muerte en el cementerio, a la sombra de la lozana hierba que creciera sobre su cuerpo, arrullado por el doblar grave y fúnebre de las campanas.

A la mañana siguiente le despertó el ruido de una patada descargada con furia contra la puerta de la tienda, patada veinte veces repetida con cólera durante el breve tiempo que invirtió en vestirse, y cuenta que lo hizo más que deprisa. Mientras corría los cerrojos, cesaron las patadas y gritó el propietario sin duda, de las extremidades que acocearon la puerta:

—¿Abrirás de una vez?

—¡Corriendo, señor! —respondió Oliver, dando una vuelta a la llave.

—Supongo que serás el nuevo aprendiz, ¿no? —preguntó la misma voz por el ojo de la llave.

—Sí, señor —contestó Oliver.

—¿Cuántos años tienes?

—Diez, señor.

—Entonces, prepárate a recibir una tanda de palos en cuanto entre. Yo te enseñaré, miserable galopín, a tenerme siglos enteros esperando a la puerta.

Anunciados unos propósitos tan halagüeños, el de la voz comenzó a silbar.

Había experimentado Oliver demasiadas veces los efectos del cumplimiento de promesas análogas a la que acababan de hacerle; para que se le ocurriera dudar, ni por un momento, que el propietario de la voz, quienquiera que fuese, haría honor a la palabra empeñada. Acabó, pues, de descorrer los cerrojos con mano trémula, y abrió la puerta.

A nadie vio. Dirigió temerosas miradas a derecha e izquierda, creyendo que el desconocido que le dirigiera la palabra por el ojo de la llave estaría paseando para entrar calor, y como no viera a nadie que a un muchachote de la Casa de Caridad, que sentado sobre un guardacantón frente a la casa comía con avidez una rebanada de pan con manteca, que dividía en trozos tamaño de su boca con una navaja a él se dirigió diciendo:

—Perdone usted, señor; ¿es usted el que llamaba?

—Yo soy el que daba patadas —respondió el interrogado.

—¿Necesita algún ataúd? —preguntó con ingenuidad Oliver.

El muchachote de la Casa de Caridad se puso hecho una furia.

—¡Tú vas a necesitarlo muy pronto —contestó— si tienes el atrevimiento de gastar bromas semejante con tus superiores! ¿No sabes quién soy, miserable expósito? —gritó el energúmeno, descendiendo del guardacantón con edificante gravedad.

—No, señor —contestó Oliver—. Soy el señor Noé Claypole, tú eres mi subordinado. ¡Abre las puertas, sinvergüenza!

El señor Claypole apoyó su orden con una patada administrada a Oliver, y entró en la tienda con aire de dignidad poco en armonía con su grosera catadura, pues, en realidad la prosopopeya y aire de dignidad ha de contrastar por necesidad con un individuo de cabeza inmensa, ojos pequeños, nariz aplastada, boca semejante y extenso desgarrón y fisonomía brutal y grosera, y con doble motivo, si a tantos atractivos físicos se une una nariz colorada y una tez amarilla.

Oliver, después de abrir las puertas, y de romper un cristal al intentar trasladar la primera al pequeño patio en que se guardaban durante el día, fue cariñosamente ayudado por Noé, quien condescendió hasta el extremo de auxiliarlo, no sin consolarle con la seguridad de que *lo pagaría*. Poco después bajó el funerario y algunos segundos más tarde la mujer de éste. Oliver, luego que *pagó* su torpeza, sin duda para que no quedara incumplida la predicción de Noé, bajó, siguiendo a este último, a la cocina, donde les esperaba el almuerzo.

—Acércate a la lumbre, Noé —dijo Carlota—. Del almuerzo de tu amo, he separado para ti un pedazo de tocino. Tú, Oliver, cierra esa puerta y engúllete esos mendrugos que he dejado encima de la panera. Ahí tienes el té: vete al rincón y despacha cuanto antes, pues tienes que ir pronto a la tienda. ¿Entiendes?

—¿Has oído, zopenco? —dijo Noé.

—¡No te ensañes con él, Noé! —dijo Carlota—. ¡Qué mal corazón tienes, muchacho! ¿Por qué no le dejas en paz?

—¡Dejarle! —repitió Noé—. ¡Dejado y bien dejado le tiene todo el mundo! No

tiene padre ni madre, y en cuanto a sus parientes, bien seguro es que no han de importunarle; ¿no es verdad, Carlota? ¡ja, ja, ja!

—¡Burlón! —exclamó Carlota, riendo también a carcajada.

Ama y dependiente dirigieron miradas desdeñosas al desventurado Oliver Twist, que, sentado en un rincón, devoraba los mendrugos expresamente reservados para él.

Noé, aunque procedente de la Casa de Caridad, no se tenía por expósito ni por hijo de la casualidad, Pues podía hacer remontar su genealogía hasta su padre y madre que habitaban cerca de la funeraria. Lavandera era su madre, y su padre fue en sus buenos tiempos soldado demasiado aficionado al vino, y en la actualidad estaba retirado del servicio, paseando de taberna en taberna la pierna de palo, y emborrachándose a diario gracias a la pensión de dos peniques y una fracción infinitesimal de la misma moneda que cobraba todos los días.

Tenían los muchachos del barrio la buena costumbre de apostrofar constantemente a Noé con los epítetos de «hospiciano», «asilado» y otros semejantes, todos a cuál más injurioso, que el mozalbete sobrellevaba sin replicar palabra; pero ahora que la fortuna le deparaba a un huérfano sin nombre, a un desventurado a quien hasta los más viles tenían derecho a despreciar, vengábase con usura. ¡Curioso ejemplo que sugiere graves reflexiones! Nos demuestra cuán hermosas cualidades atesora la naturaleza humana, y la equidad imparcial, con que ésta las distribuye lo mismo entre los caballeros más encumbrados que entre los seres más humildes y hasta entre los más degradados de la escala social.

Tres semanas, quizá un mes, llevaba Oliver en la casa del empresario de pompas fúnebres. Cenaban una noche los esposos Sowerberry en la trastienda, después de cerrado el establecimiento, cuando el marido, previas frecuentes y sostenidas miradas de respeto dirigidas a su mujer, dijo:

—Querida mía...

Una mirada furibunda de su cara mitad cerró el paso a las palabras que debían seguir a las pronunciadas.

—¿Qué hay? —preguntó con frialdad ella.

—Nada, amiga mía, nada absolutamente.

—¡Estúpido!

—¡No lo creas, amiga mía! —exclamó con humildad el funerario—. Me pareció que no deseabas escucharme... Iba a decir...

—¿Y a mí qué me importa lo que ibas a decir? —interrumpió la cariñosa esposa—. Aquí no soy nadie, así que, hazme el favor de no consultarme, de guardarte tus secretos.

La señora Sowerberry lanzó una carcajada histérica, presagio seguro de escenas violentas.

—Pero, mi querida amiga... Es que necesito tu opinión... —murmuró con dulzura el marido.

—¡No, no! ¿Qué te importa mi opinión? Pide la de cualquier otro.

Soltó la buena esposa otra carcajada histérica que llenó de espanto al marido.

Merced a este sistema, muy usado por las mujeres y de eficacia reconocida en los matrimonios, el señor Sowerberry se vio obligado a solicitar como favor especial el permiso de decir a su mujer lo que ésta rabiaba por saber, permiso que fue concedido al cabo de un altercado que no duraría menos de tres cuartos de hora.

—Deseaba hablarte de Oliver Twist, amiguita —dijo el funerario—. ¿Has reparado en el hermoso aspecto del muchacho?

—Bien puede estar guapo y lucido quien come tanto como él. ¡Estaría gracioso que así no fuera!

—Tiene su cara cierta expresión de tristeza que resulta interesante en extremo —observó el empresario de pompas fúnebres—. En verdad que podría hacer un papel delicioso en los entierros.

Alzó la cara mitad del dicente su cabeza en señal de asombro; el marido, al observarlo, sin darle tiempo para hacer ninguna reflexión, añadió:

—No me refiero a los entierros de lujo de los adultos, amiga mía, sino a los de los niños. Sería una novedad que seguramente daría resultados soberbios añadir al cortejo corriente un niño cuyos pocos años estuviesen en relación con la edad del difunto.

Admiró la novedad de la idea a la señora Sowerberry, quien siempre demostró tener un gusto exquisito en cuanto a todo lo que con los asuntos fúnebres tuviera relación; pero, como quiera que confesarlo en aquellas circunstancias hubiera sido comprometer su dignidad, se limitó a preguntar, por cierto con mucha acritud, cómo no se le había ocurrido antes a su marido una idea tan sencilla y natural. De la pregunta infirió Sowerberry, con razón sobrada, que su idea merecía la aprobación de su mujer, y en el acto mismo quedó decidido que Oliver sería iniciado en los misterios de la profesión, a cuyo fin acompañaría a su amo en la primera ocasión que se presentase.

No se hizo esperar ésta. A la mañana siguiente, media hora después del almuerzo, entró en el establecimiento el señor Bumble, el cual apoyando su bastón contra el mostrador, sacó su enorme cartera de cuero, y de ésta un pedacito de papel que alargó a Sowerberry.

—¡Ah! —exclamó el funerario recorriéndolo con la vista con expresión placentera—. Encargo de un féretro, ¿eh?

—De un féretro, lo primero; y lo segundo, de un entierro costeado por la parroquia —contestó Bumble, atando la cartera, poco más o menos tan voluminosa como él.

—¡Baytón!... —murmuró Sowerberry, mirando ora al papel ora al orondo Bumble—. Es la primera vez que oigo semejante apellido.

—Debe pertenecer a una familia de testarudos, amigo Sowerberry, pero muy testarudos —observó Bumble, moviendo la cabeza—. Una familia de testarudos, y lo que es peor, de orgullosos.

—¿Orgullosos también? —preguntó el funerario con sonrisa burlona—. ¡Vaya por Dios! Eso es peor que lo otro.

—Es cosa que irrita, que apena se comprende.

—Convenidos.

—Nada supimos de esa familia hasta anoche, y es bien seguro que nada sabríamos aún si una buen mujer, que vive en la misma casa no se hubiera dirigido a la junta Parroquial suplicando que fuera enviado un médico para visitar a una mujer gravemente enferma. El médico se había ido a cenar y no pudo ir, pero su practicante, muchacho que se pierde de listo, les envió sin pérdida de momento la medicina que le hacía falta en una botella de tinta.

—¡Eso se llama prontitud! —observó el funerario.

—¡Y tanto! ¿Pero qué sucedió? ¿Quiere usted saber hasta qué punto llegó la ingratitud de esos necios? El marido envió a decir que no era aquella medicina la que convenía a la dolencia de su mujer, y como consecuencia, que no la tomaría. ¿Qué le parece a usted? ¡Que no la tomaría!... ¡Una medicina excelente, enérgica, saludable, que con tanto éxito se administró, no hace más que ocho días, a dos jornaleros irlandeses y a un cargador

de carbón... que por añadidura se le da gratis... y la devuelve diciendo que no la tomará la enferma!

Con tal fuerza hirió la imaginación de Bumble la enormidad de conducta tan desatentada, que, rojo de cólera, descargó un bastonazo terrible sobre el mostrador.

—¡Oh! exclamó el funerario. —La verdad es que... nunca en mi vida...

—¡No, nunca! —barbotó el bedel—. ¡No usted; nadie ha visto en su vida ejemplo tan monstruoso de ingratitud; pero, en fin, muerta está esa mujer, y no hay más remedio que enterrarla. Aquí tiene usted las señas de la casa; cuanto antes despachemos, mejor.

Ciego de ira el señor Bumble, se caló el tricornio del revés y salió del establecimiento como un torbellino.

—¡Demonio! —exclamó el funerario—. Tan furioso está, Oliver, que ni se acordó de preguntar por ti.

—Es cierto, señor —contestó el huérfano, quien había tenido buen cuidado de hacerse todo lo menos visible durante la conferencia, y que temblaba de miedo sólo con recordar la voz del bedel.

En realidad, pudo el muchacho dispensarse de la molestia de esquivar la presencia de Bumble, pues éste, en quien la predicción del caballero del chaleco blanco había producido intensa impresión, pensó que, toda vez que el empresario de pompas fúnebres había tomado a Oliver a prueba, lo mejor era no mencionar siquiera el asunto del muchacho hasta que éste quedase escriturado por tiempo de siete años, en cuyo caso desaparecía el peligro de que nunca más volviera a la parroquia, de cuya dependencia quedaba por siempre separado.

—¡Vaya! —exclamó el funerario tomando el sombrero—. Cuanto antes terminemos, mejor. Noé, cuida de la tienda; y tú, Oliver, ponte la gorra y sígueme.

El muchacho obedeció sin despegar los labios la orden de su amo.

Anduvieron durante algún tiempo por el barrio más populoso de la ciudad y bajando luego por una callejuela más sucia y miserable que ninguna de las que hasta entonces tuvieron ocasión de recorrer, hicieron alto para buscar la casa objeto de sus pesquisas. A uno y otro lado de la calle eran las casas altas y de grandes proporciones, pero viejísimas y destartaladas, habitadas por gente de la clase más pobre, hecho que desde luego saltaba a la vista aun cuando no hubiera venido a confirmarlo la presencia de las personas escuálidas que por allí cruzaban doblados los cuerpos y con paso vacilante. La mayor parte de los edificios tenían huecos para tiendas en las plantas bajas; pero casi todas estaban cerradas y en estado ruinoso, no presentando señales de estar habitadas más que las habitaciones de los pisos altos. Gruesas vigas sólidamente sujetas al suelo y apuntalando los muros intentaban oponerse a la acción de los años en muchas casas que amenazaban venirse abajo, siendo de notar que hasta aquellas que no presentaban más que paredes cuarteadas habían sido escogidas por los vagabundos para asilo nocturno, como lo demostraba el hecho de que muchas de las tablas toscas que hacían en ellas el oficio de puertas o ventanas, ofrecían portillos para dar paso a un cuerpo humano. Corría por el arroyo un agua sucia y corrompida, y hasta las ratas, que se alimentaban de las basuras y podredumbres, tenían aspecto de nauseabundos esqueletos.

La puerta, abierta de par en par, frente a la cual se detuvieron el funerario y Oliver, no tenía aldabón ni campanilla, en vista de lo cual, Sowerbery, deslizándose a tientas por un corredor obscuro, e indicando a Oliver que le siguiese sin miedo, subió la escalera hasta llegar al primer piso, en una de cuyas puertas llamó con los nudillos.

Una jovencita de trece a catorce años abrió sin tardanza. El funerario,

comprendiendo por el aspecto de la habitación que era allí donde hacían falta sus servicios, entró resueltamente, acompañado de Oliver.

No había lumbre en la estancia, no obstante lo cual, un hombre aparecía recostado automáticamente contra la chimenea apagada. A su lado había una anciana sentada en un banquillo tosco, y en un rincón, unos niños macilentos y cubiertos de harapos. En otro rincón, frente a la puerta, yacía sobre el frío suelo un bulto tapado con una manta raída. Oliver se estremeció al mirar hacia aquel sitio y se estrechó contra su amo, adivinando que bajo la manta había un cadáver.

Densa palidez cubría la chupada cara del hombre; grises eran sus cabellos y barba y sus ojos estaban inyectados en sangre. Profundas arrugas surcaban en todos sentidos la cara de la mujer, por bajo de cuyo labio superior asomaban los dos dientes únicos que le quedaban. Sus ojos eran pequeños y de mirada penetrante. No osaba Oliver volver los ojos hacia ninguno de aquellos dos seres, que le recordaban las ratas repugnantes que fuera había visto.

—¡Que nadie la toque! —aulló el hombre, al ver que Sowerberry se acercaba al cadáver—. ¡Atrás!

—¡Atrás, digo, si en algo estiman sus vida!

—¡Déjese de tonterías, buen hombre! —dijo Sowerberry, muy acostumbrado a ver la miseria bajo todas sus formas—. La vida es así amigo mío.

—Repito —gritó el hombre, agitando los puños y pateando con furia, que no se la enterrará, que no la llevarán a la fosa, donde no podría dormir y los gusanos la martirizarían... sin provecho, pues sólo huesos habrían de encontrar.

No contestó el funerario a aquel hombre delirante. Sacó una cinta del bolsillo, y se arrodilló un momento, junto al cadáver.

—¡Ah! —exclamó el que más loco que cuerdo parecía, prorrumpiendo en sollozos y cayendo de rodillas a los pies de la difunta—. ¡De rodillas todo el mundo, de rodillas, y escuchadme! Digo que esta infeliz ha muerto de hambre. No sabía yo que estuviera tan enferma hasta que de ella se apoderó la fiebre, pero entonces, ya sus huesos horadaban su piel. Carecíamos de lumbre, carecíamos de luz y ha muerto en las tinieblas... ¡Sí! ¡En las tinieblas! ¡No le fue dado ver los rostros de, sus hijos, aunque todos oíamos cómo los llamaba en sus momentos postreros! ¡Pedí para ella en las calles, y por toda limosna, me enviaron a la cárcel! Cuando volví, la encontré moribunda, y mi corazón gime bajo el peso de una opresión horrible porque me consta que la han dejado perecer de hambre. ¡Ante Dios vivo, testigo irrecusable, juro que ha muerto de hambre!

Acabadas de pronunciar las palabras anteriores, el hombre se mesó los cabellos y, lanzando un grito terrible, se revolcó por el suelo, extraviada la mirada y con los labios cubiertos de espuma.

Asustados los niños rompieron a llorar amargamente, pero la anciana, muda hasta entonces, sorda a cuanto sucedía en torno suyo, les amenazó para que callaran. Desató a continuación la corbata del que continuaba revolcándose por el suelo y avanzó con paso incierto hacia Sowerberry.

—¡Era mi hija! —dijo, volviendo sus ojos de loca al cadáver y con sonrisa más espantosa aún que el espectáculo de la misma muerte—. ¡Dios mío... Dios mío! ¡Es singular que yo que la di el ser, yo, que era ya mujer cuando ella vino al mundo, esté sana y buena mientras ella yace fría y rígida en ese rincón! ¡Dios mío!... ¡Parece un sueño!... ¡Sí! ¡Verdaderamente parece sueño!

Mientras aquella desventurada murmuraba palabras incoherentes y sonreía

lúgubremente. Sowerberry dio media vuelta y se dispuso a salir.

—¡No se vaya usted... espere! —exclamó la mujer con voz que sonaba a hueco—. ¿Van a enterrarla mañana, pasado mañana o esta misma noche? Es mi hija, la he amortajado yo, y debo acompañarla, ¿no es cierto? Envíeme un abrigo muy largo... de mucho abrigo, porque hace un frío horrible. También deberíamos tomar un pastel y vino antes de marchar, pero nos conformaremos con algún alimento... envíe un buen pan y un vaso de agua. ¿Nos enviará usted pan, amigo mío? —preguntó con ansiedad asiendo al funerario por la levita cuando éste se dirigía a la puerta.

—¡Sí, sí! —contestó Sowerberry—. ¡No faltaba más! ¡Todo lo que haga falta!

Escapó de las manos de la vieja y, seguido de Oliver, se precipitó hacia la puerta.

Al día siguiente, no sin que antes recibiera la familia de la muerta un pan de dos libras y un pedazo de queso, que les llevó Bumble en persona, volvieron al mísero tugurio Oliver y su amo. Antes que ellos había llegado el bedel, acompañado de cuatro asilados, los cuales debían conducir el cadáver. La anciana y el viudo habían recibido unos abrigos raídos con los que cubrían sus harapos. Clavada la tapa del desnudo féretro, lo alzaron los asilados y lo bajaron a la calle.

—Haga usted todo lo posible por avivar el paso, mi buena señora —dijo el funerario a la anciana en voz baja—. Hemos perdido mucho tiempo y sería grave desatención obligar a esperar al sacerdote. ¡En marcha, muchachos! —prosiguió, dirigiéndose a los portadores del ataúd. ¡Rápido, rápido!

Así aguijoneados, los que sobre sus hombros llevaban el ligero ataúd salieron trotando, seguidos penosamente por las dos personas, vieja y viudo, que formaban el duelo. Bumble y Sowerberry caminaban delante del cortejo fúnebre, y Oliver, menos largo de piernas, quedaba un poquito rezagado.

Los hechos demostraron que no urgía apresurar la marcha tanto como el funerario había dicho, pues cuando llegaron al solitario rincón del cementerio donde crecían lozanas las ortigas al borde de las zanjas en que recibían sepultura los pobres de la parroquia, no había llegado todavía el sacerdote, y el sacristán, a quien encontraron sentado tranquilamente al amor de la lumbre de la sacristía, manifestó que sería muy probable que el cura tardase una hora en llegar. En consecuencia depositaron el ataúd al borde de la zanja que debía recibirlo, los que formaban el duelo esperaron con paciencia a la intemperie, azotados por una llovizna fría, mientras algunos muchachos desarrapados, a quienes había atraído la curiosidad, jugaban al escondite saltando sobre las tumbas y corriendo por entre los grupos de nichos. Bumble y Sowerberry, amigos antiguos del sacristán, sentáronse junto a la lumbre y mataban el tiempo leyendo el periódico.

Al cabo de una hora larga de espera, Bumble, el funerario y el sacristán corrieron presurosos en dirección a la zanja, a tiempo que hacía su aparición el cura que se ponía la sobrepelliz por el camino. Bumble dio unos pescozones a los muchachos más desvergonzados a fin de salvar las apariencias, y el respetable reverendo, leído el oficio de difuntos en menos de cuatro minutos, se despojó de su sobrepelliz, que entregó al sacristán y se fue.

—¡A tu tarea, Guillermo! —dijo Sowerberry al sepulturero—. Rellena la fosa.

A decir verdad, no resultó penosa la tarea, pues tan llena estaba la zanja, que el último ataúd quedaba muy pocos pies por bajo del nivel del suelo. El sepulturero echó sobre el féretro cuatro paletadas de tierra, que aprisionó con sus pies; echóse al hombro la pala y se alejó, seguido por los muchachos, que murmuraban y lamentaban que la diversión hubiera sido tan breve.

—¡Vamos, buen hombre, vamos! —dijo Bumble al viudo, tocándole ligeramente en un hombro—. Vámonos, que es hora de cerrar el cementerio.

El interpelado, que no había hecho el menor movimiento desde que se estacionó al borde de la zanja, se estremeció, alzó la cabeza, clavó sus ojos en el hombre que acababa de hablarle, caminó algunos pasos, y cayó desvanecido. No reparó en él la vieja, atenta únicamente a llorar la pérdida del abrigo que el funerario arrebató una vez terminado el oficio de sepultura, por cuyo motivo, hubieron de socorrerle los demás. Un cubo de agua fría vertido sobre su cabeza bastó para que el desgraciado recobrara el uso de los sentidos. A continuación le sacaron del cementerio, cerraron la puerta con llave, y cada cual se fue por su lado.

—¡Vamos a ver, Oliver! —dijo el funerario a su flamante aprendiz, mientras se dirigían a casa—. ¿Qué te ha parecido?

—Bien... bastante bien, muchas gracias —contestó el muchacho con vacilación manifiesta—. Como gustarme... pues... no me ha gustado mucho, señor.

—Ya te irás haciendo, muchacho —replicó Sowerberry—: Todo es empezar. Cuando tengas alguna costumbre, verás cómo le tomas gusto.

De buena gana hubiera preguntado Oliver a su amo si se necesitaba mucho tiempo para acostumbrarse; pero creyó prudente no aventurar la pregunta y volvió a la tienda, sin que de su imaginación se apartara el recuerdo de lo que acababa de ver y de oír.

Capítulo VI
Cómo, Oliver, agotada la paciencia ante los insultos de Noé, lucha con su enemigo y obtiene la victoria

Transcurrido el mes de prueba, Oliver pasó a la categoría de aprendiz formal. Su avance en la carrera coincidió con una cosecha hermosa de enfermedades epidémicas seguidas de defunciones abundantes. Los ataúdes, hablando en términos comerciales, estuvieron en alza, y en el transcurso breves semanas, el joven aprendiz adquirió mucha práctica. El éxito de la ingeniosa idea del señor Sowerberry rayó a mucha mayor altura que sus esperanzas. No recordaban los más ancianos haber visto en su vida epidemia de sarampión tan virulenta ni que segara tantas vidas infantiles. Como consecuencia, fueron numerosísimos los cortejos fúnebres a cuyo frente hubo de colocarse el aprendiz del señor Sowerberry, luciendo un sombrero del que arrancaba una gasa negra que le llegaba hasta las rodillas, lo que producía admiración y emoción indescriptibles en todas las madres de la ciudad. Como por otra parte Oliver acompañaba también a su amo en casi todos los entierros de adultos a fin de adquirir esa expresión de impasibilidad y fría indiferencia que tan bien sienta en un enterrador cumplido, tuvo infinidad de ocasiones de observar la ejemplar resignación y heroica fortaleza de ánimo con que muchas personas de corazón robusto sobrellevaban las dolorosas pérdidas de los seres queridos.

Así, por ejemplo, cuando encargaban a Sowerberry un entierro para cualquiera persona anciana y rica que dejaba en el mundo abundante cosecha de sobrinos y sobrinas, todos los cuales se habían mostrado inconsolables durante la última enfermedad, y cuyo dolor había sido tan acerbo que ni en público les fue posible refrenar su explosión, veíalos Oliver en su casa alegres y contentos, conversando entre sí con tanta placidez de espíritu y tanta serenidad, como si nada desagradable les hubiese acontecido. No faltaban tampoco maridos que soportaban la pérdida de sus queridas esposas con resignación heroica, ni mujeres que, al vestir luto por sus maridos, procuraban dar a su traje el mayor atractivo

posible. Observó asimismo que aquellos precisamente cuyo dolor había sido más profundo durante el entierro, aquellos que más inconsolables parecían, se calmaban al llegar a su casa y reconquistaban la tranquilidad más beatífica antes que hubiera pasado la hora de la merienda.

Un espectáculo como ese, curioso y consolador a la vez, excitaba la admiración de Oliver.

Que el ejemplo de aquellas buenas gentes moviera a Oliver a la resignación, es lo que no me atreveré a asegurar en mi calidad de biógrafo; lo que sí afirmaré categóricamente es que nuestro joven continuó por espacio de varios meses soportando sumiso la dominación y los malos tratos de Noé Claypole, quien comido por la envidia que le produjera ver al nuevo aprendiz luciendo hermoso sombrero adornado con gasa y empuñando lujoso bastón negro, mientras él, con toda la antigüedad que en la casa llevaba, lucía su raída capa y sus calzones de cuero, le pegaba cada vez con más furia y cada día con mayor frecuencia. La criada Carlota, émula de Noé, le sacudía de lo lindo, al paso que la señora Sowerberry era su enemiga encarnizada, sencillamente porque su marido se sentía inclinado a ser su amigo. Comprenderán los lectores que Oliver, atormentado por un lado por la terrible coalición indicada, y disgustado y cansado de funerales y enterramientos por otro, no podía estar, ni con mucho, tan contento como un cerdo encerrado por equivocación en un granero.

Y héteme en un incidente de la vida de Oliver, incidente que no puedo pasar en silencio aunque a primera vista acaso parezca frívolo y sin importancia, sencillamente porque, aun cuando en forma indirecta, determinó un cambio radical en el porvenir de nuestro héroe.

Habían bajado un día Oliver y Noé a la cocina a la hora corriente de comer, dispuestos a regalarse con una buena tajada de carnero (sobre libra y media de la porción extrema del cuello), cuando la salida de Carlota sugirió a Noé Claypole, muchacho de malos instintos y por añadidura hambriento, la idea de pasar un buen rato a costa de Oliver.

Dio comienzo a la inocente distracción poniendo los pies sobre el mantel de la mesa, la continuó tirando del cabello a Oliver, pellizcándole las orejas y llamándole «espurio vil», y terminó manifestándole que era su deseo y su intención ir a verle ahorcar el día, no lejano, que tuviera lugar tan fausto acontecimiento. No se contentó con tan poco, sino que, como sujeto ruin y de maliciosos instintos que era, tocó varios otros temas, a cual más mortificantes y depresivos para Oliver. Mas como no consiguiera el efecto que apetecía, que era hacer llorar a Oliver, Noé intentó echárselas de gracioso, y en su intento, semejante a tantos otros de corto ingenio, aunque desde luego más listos que Noé, queriendo caer en gracia, recurrió a las personalidades.

—¡Hola, bastardo! —exclamó— ¿Cómo está tu madre?

—Ha muerto —contestó Oliver—. Suplico a usted que no me hable de ella.

Coloreáronse las mejillas de Oliver al contestar; su respiración se hizo rápida y entrecortada, contrajéronse sus labios y se agitaron en temblor convulsivo las ventanas de su nariz, y Claypole, creyendo que todos esos síntomas eran de llanto, volvió a la carga.

—¿De qué enfermedad murió tu madre, *borde*? —preguntó.

—De desesperación, según me han dicho —contestó Oliver como hablando consigo mismo—. De una enfermedad que creo conocer bien.

—¡Tra-la-rala-ra!

Viendo Noé que por las mejillas de Oliver se deslizaba una lágrima silenciosa, añadió:

—¿Qué lloriqueas, expósito? ¿Quién te hace llorar ahora?

—¡Seguramente no es usted el que me hace llorar! —replicó Oliver, secándose vivamente la lágrima—. Si se lo ha creído, se engaña.

—Conque no soy yo, ¿eh? —preguntó con sorna Noé.

—¡No! ¡No lo es! —dijo secamente Oliver—. ¡Y no hablemos más! Lo mejor que usted puede hacer, es no nombrar a mi madre.

—¡Lo mejor que puedo hacer! —exclamó Noé—. Lo mejor ¿eh?

Mira; no me vengas con insolencias, vil expósito. Tengo entendido que tu madre fue una mujer muy hermosa y...

Terminó la frase con un movimiento muy expresivo de cabeza y frunciendo su colorada nariz cuanto le fue posible.

Envalentonado al observar el silencio de Oliver, continuó hablando con tono de burlona lástima, ese tono que tanto molesta.

—Bien sabes, mi pobre expósito —dijo—, bien sabes que... ¡Claro! La cosa no tiene ya remedio hoy, ni lo tenía entonces, lo que siento muy de veras, como todos lo sienten; pero no se puede negar que tu madre fue una... meretriz de tomo y lomo.

—¿Una qué? —preguntó Oliver irguiendo la cabeza.

—Una meretriz, una ramera de las más viles —repitió Noé con entonación glacial—. Preferible es que muriera cuando murió, pues de haber seguido en el mundo, o estaría en presidio, o la habrían deportado o ahorcado. Esto último es lo más probable.

Rojo de cólera, ardiendo en ira, Oliver dio un salto prodigioso, que derribó la silla y la mesa, y agarrando a Noé por la garganta, le sacudió con vigor y fiereza espantosos. Castañeteaban sus dientes y sus ojos amenazaban salirse de sus cuencas mientras pugnaba por tender en tierra a su enemigo, lo que consiguió al fin.

Un instante antes, aquel niño, abatido por los malos tratamientos, era la dulzura, la sumisión personificada; pero los crueles insultos dirigidos contra la memoria de su madre fueron para él a manera de dolorosos fustazos que excitaron su valor y encendieron su sangre. Latía con violencia su corazón; erguido el cuerpo, llameantes los ojos, arrebatado el semblante, transformado por completo, contemplaba a su enemigo con mirada de reto, desafiaba con una energía de la que nadie le hubiera creído capaz al que hasta entonces fuera su verdugo, al que osó ultrajar a su madre, al que ahora se arrastraba cobarde a sus pies.

—¡Me va a matar! —balbuceó Noé—. ¡Carlota!... ¡Señora!... ¡Que me asesina el aprendiz!... ¡Socorro!... ¡Auxilio!... ¡Oliver se ha vuelto loco!... ¡Carlota!

A los gritos de Noé contestó Carlota con otro más recio y la señora Sowerberry con un tercero que muy bien pudo pasar por ensordecedor bramido. La criada penetró en la cocina por una puerta lateral, y la señora se detuvo al pie de la escalera, hasta que se aseguró que no corría peligro su vida si pasaba adelante.

—¡Miserable! —rugía Carlota, cogiendo a Oliver y sacudiéndole con todas sus fuerzas, iguales, si no mayores, que las de un hombre robusto—. ¡Ingrato... asesino... monstruo... víbora ponzoñosa!

Cada epíteto iba acompañado de su correspondiente puñetazo y de un alarido ensordecedor.

Nada de ligero tenía el puño de Carlota; pero por si no era bastante para calmar la furia de Oliver, penetró también en la cocina la señora Sowerberry y tomó parte activa en la paliza, sujetando al muchacho con una mano mientras con la otra le arañaba despiadada el rostro. Noé, advirtiendo lo favorable de las circunstancias, se atrevió a ponerse en pie, y por

la espalda, descargó sobre el desdichado Oliver una lluvia espesa de golpes.

El ejercicio era demasiado violento para que pudiera tener mucha duración. Rendidos los tres verdugos, faltos de fuerzas para continuar aporreando y arañando, arrastraron a Oliver, que se revolvía furioso, hasta el sótano, donde le dejaron encerrado. Hecho esto, la señora Sowerberry se dejó caer sobre una silla y rompió a llorar ruidosamente.

—¡Dios mío! —exclamó Carlota— ¡Se va a desmayar!... ¡Un vaso de agua, Noé... corre!

—¡Oh, Carlota! —exclamó la señora del funerario con voz entrecortada como consecuencia del chorro de agua fría que Noé acababa de verter por su espalda—. ¡Qué suerte no haber sido asesinados todos por ese monstruo, mientras descuidados dormíamos en nuestras camas!

—¡Mucha suerte, señora, mucha suerte! Veremos si ahora aprende el amo a no recibir en su casa a esos miserables que sólo han venido al mundo para asesinar y para robar. ¡Pobre Noé! ¡Casi muerto estaba cuando yo entré en la cocina!

—¡Pobrecillo! —repitió la señora Sowerberry, dirigiendo al canalla una mirada de compasión.

Noé, a cuyo pecho apenas si alcanzaba Oliver con la coronilla, frotábase los ojos con las mangas y sollozaba desconsolado al oír que compadecían su suerte.

—¿Y qué haremos? —preguntó la señora del funerario—. Mi marido no está en casa, no podemos recurrir a ningún hombre, y ese monstruo estoy viendo que echará abajo la puerta antes de diez minutos.

Las furiosas arremetidas de Oliver contra las carcomidas tablas de la puerta del sótano hacían temer que tal fuera el resultado.

—¡Dios mío! —exclamó Carlota—. ¿Qué hacer, señora? Yo enviaría a llamar a la policía.

—O a los soldados —propuso Noé.

—¡No, no! —dijo la señora Sowerberry, acordándose del antiguo amigo de Oliver—. Vete corriendo a buscar al señor Bumble, Noé. Dile que venga inmediatamente, sin perder minuto... ¡Deja estar la gorra y vuela! Si quieres que se rebaje la hinchazón que veo en tu ojo, aplícate a él la hoja de un cuchillo... pero sin dejar de correr.

Noé se lanzó a la calle sin contestar. Las personas con quienes tropezó no salían de su asombro al ver a un muchacho de la Casa de Caridad corriendo frenético sin gorra, y con la hoja de un cuchillo aplicada sobre el ojo.

Capítulo VII
Oliver persiste en su rebelión

Corrió y corrió Noé Claypole, sin detenerse una sola vez para tomar aliento, hasta que llegó a la puerta del hospicio. Hizo antes de entrar un pequeño alto para almacenar abundante provisión de sollozos y soltar las compuertas a sus lágrimas, comunicó a su rostro una expresión de dolor imponente, y descargó a continuación fuertes aldabonazos sobre la puerta. Tan triste, tan apenada cara presentó al pobre viejo que salió a abrir, que aquél retrocedió espantado, aunque sólo caras tristes y doloridas veía en torno suyo desde que entró en el asilo.

—¿Qué le habrá sucedido a este muchacho? —se preguntó el viejo.

—¡Señor Bumble!... ¡Señor Bumble!... —gritó Noé con terror admirablemente

fingido y al propio tiempo con fuerza tal, que no sólo llegó a oídos del mayestático bedel, que no andaba lejos, sino que también llevó la consternación y la alarma a su pecho en tales términos, que penetró como una bomba en el patio, olvidando su tricornio... circunstancia tan curiosa como notable que pone de relieve que, hasta un bedel, bajo la acción terrible de un choque inesperado, puede perder, siquiera sea momentáneamente, la serenidad y compostura, y dar al olvido la dignidad personal—. ¡Oh... señor Bumble! ¡Oliver... señor... Oliver se ha...!

—¿Qué? ¿Qué? —interrumpió el bedel, en cuyos ojos brillaron destellos de alegría—. ¿Se ha escapado? Dime, Noé, ¿es que se ha escapado?

—¡No, señor, no! ¡No se ha escapado, pero se ha vuelto criminal! —contestó Noé—. Quiso asesinarme, señor; luego intentó asesinar a Carlota, y más tarde intentó hacer lo mismo con la señora. ¡Oh, cuánto sufro, señor! ¡Qué dolores tan terribles!

Hablaba Noé entre sollozos, retorciéndose y enroscándose como una anguila, a fin de hacer creer al bedel que el feroz ataque de Oliver le había ocasionado graves lesiones internas que le producían agudos dolores.

Cuando Noé vio que sus palabras producían en el señor Bumble el efecto apetecido, quiso conmoverle aún más acentuando sus lloros y hablando a grito herido de sus pretendidas heridas, y como observase que en aquel momento cruzaba el patio un caballero que lucía un chaleco blanco, comenzó a gemir de la manera más lastimosa, dando a sus lamentaciones intensa entonación trágica, creyendo que sería muy conveniente a sus fines llamar la atención y despertar la indignación de aquel ilustre personaje.

En efecto, consiguió Noé llamar la atención del caballero en cuestión y hasta despertar su indignación, pues no había caminado tres pasos cuando se volvió furioso y preguntó por qué aullaba aquel cachorro y por qué Bumble no le obsequiaba con algunos porrazos que le ayudasen a quejarse con más fuerza.

—Es un pobre muchacho de la Casa de Caridad, señor —contestó el bedel—, que por milagro se ha librado de morir asesinado a manos de Oliver Twist.

—¡Demonio! —exclamó el caballero del chaleco blanco, deteniéndose de improviso— ¡No me engañé! ¡Desde el principio sentí el presentimiento de que ese muchacho acabaría en la horca!

—También ha querido asesinar a la criada —repuso Bumble, pálido como la muerte y espantado.

—Y a su ama —añadió Noé.

—Y también a su amo... ¿No me dijiste que también intentó asesinar a su amo, Noé?

—No, señor, no. No pudo intentarlo porque el señor Sowerberry estaba fuera de casa; pero dijo que quería asesinarle.

—¡Ah! ¿Conque dijo que quería asesinarle? —preguntó el caballero del chaleco blanco.

—Sí, señor —afirmó Noé—. Mi señora me envía a preguntar si el señor Bumble dispondrá de algunos momentos para venir inmediatamente a casa y dar a ese asesino su merecido. Como el amo no está en casa...

—¡Sí, hijo mío, sí! ¡Pues no faltaba más! —contestó el del chaleco, blanco, sonriendo con dulzura y pasando su mano por la cabeza de Noé, que era tres pulgadas más alto que él—. Eres un buen chico, un chico excelente. Toma un penique... y usted, Bumble, lléguese a casa de Sowerbery, bien armado de su bastón, y ponga en cintura a ese tunante. Sin compasión, ¿eh?

—Pierda usted cuidado —respondió el bedel, ajustando al extremo del bastón el látigo que siempre tenía a la mano para las flagelaciones de los acogidos a la tierna misericordia parroquial.

—Diga a Sowerberry que no le tenga lástima, que le zurre sin piedad, pues sólo a fuerza de golpes pudiera ser que sacase algún partido de ese pillete —añadió el del chaleco blanco.

—Así lo haré, señor —dijo el bedel.

Calado el tricornio y dispuesto el bastón a satisfacción suya, el bedel, seguido por Noé, emprendió el camino en dirección a la funeraria.

No había mejorado en ésta la situación. Sowerberry continuaba ausente y Oliver arreciaba cada vez más sus ataques contra la puerta del sótano. Tan exagerada pintura hicieron la señora del funerario y Carlota de la ferocidad del preso, que Bumble consideró prudente parlamentar antes de abrir la puerta. A este objeto, inició las negociaciones dando una patada a la puerta por vía de exordio, y a continuación, aplicando la boca al ojo de la llave, dijo con voz profunda e imponente:

—¡Oliver!

—¡Abra usted la puerta! —contestó desde dentro el muchacho.

—¿Conoces la voz del que te habla, Oliver? —preguntó el bedel.

—Sí.

—¿Y no te aterra? ¿No tiembla usted de pavor al oír mi voz, caballerito?

—¡No! —contestó Oliver con resolución.

Aquella respuesta, tan distinta de la que esperaba, tan contraria a las que tenía costumbre de recibir, dejó estupefacto al bedel. Retrocedió un paso, se irguió arrogante y paseó sus miradas por los tres testigos de la imponente escena sin despegar los labios.

—Ya lo está usted viendo, señor Bumble; sin duda está loco —dijo la señora Sowerberry—. Un niño que no haya perdido por completo la razón no es capaz de atreverse a contestar a usted así.

—¡No es locura, señora, no! —replicó Bumble, al cabo de breves momentos de reflexión— ¡Es la carne!

—¿Cómo? —Preguntó sin comprender la señora del funerario.

—¡La carne, señora, y nada más que la carne! —insistió con entonación enfática el bedel—. Le ha alimentado usted con exceso, señora, ha hecho que naciera en él un alma y un espíritu superficiales, señora, espíritu y alma que no convienen a los que son de su condición. Pregunte usted, señora, a la Junta Administrativa, formada por varones profundamente versados en lo que a filosofía práctica se refiere, y le dirán lo mismo que acabo de decirle yo. ¿Para qué quieren los pobres el alma y el espíritu? ¡Harto hacemos nosotros consintiéndoles que tengan cuerpos! No habría sucedido lo que sucede, señora, si usted hubiera tenido a esa víbora a gachas y agua.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó la señora Sowerberry, alzando, los ojos al techo de la cocina—. ¡He aquí las consecuencias de ser generosa!

La generosidad de la señora del funerario para con Oliver consistía en darle sin tasa todos los manjares inmundos y restos de comida que nadie hubiera querido; pero, dando pruebas de mansedumbre y abnegación sublimes, sufrió silenciosa la terrible acusación del bedel, no obstante creerse inocente de ella, de pensamiento, palabra y obra.

—¡Escuchad! —dijo el señor Bumble, obligando a la señora Sowerberry a bajar de nuevo los ojos—. Lo único que en este momento puede hacerse, en mi sentir, es dejarle en la cueva unos cuantos días, encomendando al hambre la tarea de amansarle, y sacarle luego

para tenerle a gachas y agua todo el tiempo que dure su aprendizaje. ¡Índole excitable, señora, adquirida por herencia! La enfermera y el médico me han referido que su madre llegó aquí después de luchar con trabajos y fatigas tan grandes, que hubieran concluido muchas semanas antes con la vida de cualquier mujer sana y robusta.

En este punto estaba el discurso de Bumble, cuando Oliver, a cuyos oídos llegó lo suficiente para darse cuenta de que se hablaba de su madre, arreció en sus patadas contra la puerta con furia tal, que el estruendo ahogó la voz del bedel.

Entró en aquella coyuntura el señor Sowerberry, el cual, oída la historia del atentado de Oliver, historia que las mujeres ponderaron y adornaron con cuantas exageraciones creyeron indicadas para hacerle montar en cólera, abrió inmediatamente la puerta del sótano, agarró por el cuello al rebelde aprendiz, y le sacó a rastras a la cocina.

En la lucha se había hecho jirones la ropa de Oliver; tenía el rostro surcado por terribles arañazos y el cabello caía en desorden sobre su frente. Su cólera no había disminuido, sin embargo, y al salir de su encierro, lejos de parecer intimidado, miró con aire de reto a Noé y con valor indomable a los demás circunstantes.

—¡Eres un chico modelo, a fe mía! —exclamó Sowerberry, dando a Oliver un puñetazo terrible.

—¡Ultrajó a mí madre! —replicó Oliver.

—Y aunque así fuese, ¿qué? —terció la señora del funerario—. Por mucho y muy mal que sobre tu madre hablara, miserable expósito, se quedaría corto. Tu madre merecía mucho más.

—Eso no es verdad —replicó Oliver.

—Eso es verdad —insistió la señora Sowerbery.

—¡Miente usted, señora!

La señora del funerario rompió a llorar desconsolada.

Aquel torrente de lágrimas colocó a su marido en la necesidad de obrar. Si hubiera vacilado en castigar a Oliver más duramente, se habría acreditado de bruto, de esposo desnaturalizado, de ser despreciable que no tenía de humano más que el rostro, y de otras cosas más que me abstendré de mencionar, a los ojos de cualquier persona medianamente versada en los usos y costumbres establecidas de las reyertas conyugales. La justicia nos obliga a hacer constar que, en lo que de su autoridad, harto limitada por cierto, dependía, sentíase fuertemente inclinado a tratar con benignidad al muchacho, fuera porque el interés le indujera a ello, fuera porque su mujer aborrecía a aquél. Pero el río de lágrimas no le dejó otro recurso, y en consecuencia, administró a Oliver un correctivo tan eficaz, que hasta la buena señora Sowerberry hubo de darse por satisfecha e hizo inútil el uso del bastón parroquial del señor Bumble.

Oliver pasó el resto del día encerrado en la recocina sin más alimento que un pedazo de pan y un jarro de agua; y cuando cerró la noche, la señora del funerario, previas algunas observaciones poco lisonjeras a la memoria de su madre, hechas desde la cocina y sin abrir la puerta de comunicación, le puso en libertad para que fuera a dormir al sitio de costumbre.

Hasta que quedó solo en la tienda triste y silenciosa del funerario no se entregó Oliver a las reflexiones que los insultos y tratos crueles habían de despertar en el pecho de un niño, por niño que fuera. Había escuchado los insultos con desdén y recibido los golpes sin exhalar una queja, pues la ola de orgullo que se alzó en su corazón era más que bastante para impedir que diera salida a las quejas, aun cuando le hubieran asado vivo; pero en aquel momento se encontraba ya solo, nadie podía verle, nadie podía oírle, y cayó de rodillas, y escondió el rostro entre las manos, y vertió mares de amargas lágrimas, lágrimas de las que

Dios concede al hombre como lenitivo de sus pesares, pero que rara vez tienen motivo para verter los niños de la edad de Oliver.

Largo rato permaneció el desventurado huérfano inmóvil, sin variar de actitud. Cuando se levantó, la vela estaba próxima a extinguirse. Oliver tendió sus miradas alrededor, escuchó con atención, descorrió sin ruido los cerrojos de la puerta, y miró a la calle.

La noche estaba fría y tenebrosa. Las estrellas centelleaban a muchísima mayor distancia de la tierra que otras veces. No hacía viento, y las sombras de los árboles, proyectándose sobre la tierra con persistente inmovilidad, tenían algo de siniestro y pavoroso. Sigilosamente volvió a cerrar la puerta, y aprovechando los últimos resplandores de la luz que expiraba en la palmatoria, colocó en un pañuelo los contados efectos de su pertenencia, se sentó en un banco, y esperó impaciente la llegada de la aurora.

No bien consiguió filtrarse por entre las hendiduras de la puerta de la calle el primer rayo de luz matinal, se levantó Oliver, descorrió nuevamente los cerrojos, dirigió tímidas miradas en su torno, titubeó algunos instantes, y se lanzó a la calle, cerrando la puerta tras sí.

Miró a derecha e izquierda, incierto acerca de la dirección que le convendría seguir, y recordando que los carromatos, al salir de la ciudad, subían penosamente la colina, emprendió el mismo camino, y al dar con unas veredas de travesía que sabía que le llevarían al camino real, aventuróse por ellas, no tardando en dar con aquél, por el cual avanzó con paso rápido.

Recordó perfectamente Oliver que, algún tiempo antes, había recorrido aquel mismo camino en compañía del señor Bumble, cuando éste fue a buscarle a la sucursal del hospicio, y sabía que, de continuar en línea recta, iba a parar a dicha casa. Esta idea perturbóle en tales términos, que a punto estuvo de volverse atrás. Pero había avanzado ya demasiado, y retroceder le haría perder un tiempo precioso. Además, era tan temprano, que apenas si existía peligro de que le viesen. Prosiguió, pues, su camino.

Llegado a la sucursal, no vio indicios de que ninguno de sus pequeños moradores se hubiera levantado a hora tan temprana. Oliver hizo alto y dirigió al jardín una mirada furtiva. Un niño estaba arrancando hierbajos. Como éste levantara en aquel punto la cabeza, Oliver reconoció en aquel pálido semblante a uno de sus antiguos camaradas. Alegróse infinito de verle, pues aunque de menos años que él, había sido su amiguito y compañero de juegos. Juntos habían compartido los castigos, el hambre y las miserias, y juntos habían sufrido encierros más de una vez.

—¡Silencio, Ricardito! —murmuró Oliver, al ver que su amiguito, llegándose corriendo hasta la verja del jardín, pasaba sus bracitos chupados por entre las barras—. ¿Se han levantado ya?

—Nadie más que yo —contestó el niño.

—A nadie digas que me has visto. Ricardito —prosiguió Oliver—. Me escapé, harto de palizas y crueles tratos, y voy a buscar fortuna lejos de aquí; ignoro dónde. ¡Pero qué pálido estás!

—Oí decir al médico que no tardaré en morir —contestó el niño con triste sonrisa—. Mucho me alegra verte, amigo mío; pero no te detengas: vete.

—¡Sí, sí! Me voy; pero no me despido de ti para siempre. Volveremos a vernos, Ricardito; me lo da el corazón, y entonces te encontraré contento y feliz.

—Esa esperanza abrigo; pero cuando haya muerto, no antes —replicó el niño—. Sé que el médico no se equivoca, Oliver, y lo sé, porque en sueños veo con frecuencia el cielo,

los ángeles, caras hermosas y dulces como jamás tropiezan mis ojos cuando estoy despierto. ¡Dame un beso! —añadió el niño, trepando a lo alto de la verja y rodeando con sus brazos el cuello de Oliver—. ¡Adiós, querido amigo, adiós! ¡Que Dios te bendiga!

Aquella bendición salía de los labios de un niño, y era la primera que Oliver recibía. Jamás la olvidó en medio de las rudas pruebas y sufrimientos que la fortuna le tenía deparados, jamás se borró de su mente en los cambios, mudanzas y vicisitudes de la vida.

Capítulo VIII
Oliver va a Londres y tropieza en el camino con un caballerito singular

Oliver una vez se hubo despedido de su amiguito, volvió al camino real. Serían las ocho de la mañana, y aun cuando se había alejado ya una distancia de cinco millas de la ciudad, prosiguió la marcha, ora corriendo, ora escondiéndose detrás de los setos, hasta el mediodía, siempre temiendo ser perseguido y alcanzado. A la hora indicada se sentó junto a un poste para descansar, y comenzó a pensar por primera vez adonde debería dirigirse para ganarse el sustento.

El poste junto al cual se había sentado Oliver llevaba escrito con grandes caracteres que Londres distaba de aquel sitio setenta millas, y el nombre de la capital de Inglaterra dio rumbos nuevos a las ideas que bullían en el cerebro del niño. «¡Londres!... ¡Ciudad inmensa!... ¡Ni el mismo señor Bumble sería capaz de encontrarle allí!» Con frecuencia había oído decir a los pupilos antiguos del hospicio que ningún muchacho listo pasaba hambre en Londres, que aquella ciudad populosa brindaba ocupaciones y medios de vivir de los que ni idea podían formarse los que habían nacido y crecido en provincias. Aquél, pues, era el lugar indicado para un muchacho desvalido y sin amparo, condenado a perecer de hambre si no se le socorría. Dando mil y mil vueltas en su imaginación a estas ideas, Oliver se levantó y reanudó su penoso viaje.

En otras cuatro millas disminuyó la distancia que de Londres le separaba sin darse cuenta de los sufrimientos que le esperaban antes que llegase al término de su viaje. Al ocurrírsele esta reflexión, acortó un poquito el paso y comenzó a pensar en los medios de llegar a su destino. En el hatillo llevaba un mendrugo, de pan, dos pares de medias y una camisa bastante mala. Además, en el bolsillo guardaba un penique, propina con que le obsequió Sowerberry después de un funeral en el cual se portó el muchacho excepcionalmente bien. «Una camisa limpia —pensó Oliver—, es prenda de gran valor, como lo son también dos pares de medias recosidas y un penique; pero resultan socorros insuficientes para hacer un viaje de sesenta y seis millas, a pie, y en invierno» Oliver, quien, semejante a la mayor parte de los jóvenes, poseía una inteligencia clara y no carecía de ingenio para descubrir las dificultades, aunque se aturdía cuando de vencerlas se trataba, después de torturar en vano su imaginación en busca de remedio, echóse de nuevo el hatillo a cuestas y prosiguió su marcha.

Veinte millas anduvo aquel día Oliver, sin comer otra cosa que el mendrugo de pan ni beber más que algunos vasos de agua que de limosna le dieron en las casas de labor que junto al camino encontró. Cuando cerró la noche, entró en un campo y se acurrucó al abrigo de un almiar, donde esperó la llegada del nuevo día. Dominóle al principio un sentimiento de terror al oír los lastimeros quejidos del viento que pasaba sin encontrar obstáculos sobre aquellos dilatados campos desolados, al sentir las punzantes molestias del hambre y los rigores del frío, y sobre todo, al encontrarse más solo y abandonado que nunca; pero, como la caminata había rendido sus fuerzas, no tardó en dormirse y en dar al olvido sus pesares.

Despertó a la mañana siguiente entumecido de frío y con un hambre tan impaciente, que hubo de cambiar su penique por un panecillo en el primer pueblo que encontró. Sorprendióle la segunda noche cuando apenas si había recorrido doce millas. No había podido avanzar más, porque sus pies estaban hinchados y sus piernas tan débiles, que con dificultad podían sostener el peso de su cuerpo. Una noche más pasada a la intemperie concluyó con sus fuerzas, y cuando a la mañana siguiente intentó proseguir el viaje, a duras penas consiguió arrastrarse.

Esperó al pie de una colina el paso de alguna diligencia, resuelto a pedir una limosna a los viajeros. La diligencia llegó, en efecto, Oliver pidió una limosna, pero fueron pocos los viajeros que lo vieron, y los que en su persona repararon, contestáronle que esperase a que ganasen la cresta de la colina, y que entonces, según fuera la distancia que recorriera a la velocidad misma del coche, le darían medio penique. Intentó Oliver ganar el premio ofrecido, y al efecto echó a correr tras la diligencia; pero el cansancio y lo dolorido de los pies pudieron más que su voluntad, y hubo de detenerse incapaz de dar un paso más. El del medio penique volvió la moneda al bolsillo, diciéndole que era un perro holgazán que nada merecía, y la diligencia se alejó dejando tras sí al muchacho y levantando una nube de polvo.

En algunos pueblos de relativa importancia encontraba Oliver a la orilla del camino grandes cartelones en los cuales se anunciaba que toda persona que mendigase en su distrito sería conducida a la cárcel, prevención que asustaba tanto al desdichado, que procuraba salir de la jurisdicción de aquéllos con toda la prisa posible. En otros, buscaba la posada y, de pie en la entrada del corral, dirigía miradas lastimeras a cuantos acertaban a pasar por su lado, recurso que solía terminar con una orden dada por la posadera a los mozos de la casa de que echaran al desconocido que sin duda rondaba la casa con intención de robar alguna cosa. Si pedía una limosna a la puerta de una casa de labor, de cada diez veces nueve se encargaban de contestarle los perros, azuzados por el amo, y si se atrevía a asomarse a una tienda, resonaba inmediatamente en sus oídos el terrorífico nombre del alguacil, nombre que le ponía el corazón en la boca... única cosa que en ella había tenido en muchas horas.

De no haber sido por el buen corazón de un encargado del portazgo y la caridad de una pobre vieja, los sufrimientos de Oliver hubieran terminado como terminaron los de su madre, es decir, habría caído muerto sobre el camino real. El encargado del portazgo le dio un pedazo de pan y queso, y la anciana, que tenía un nieto caminando con los pies desnudos por tierras desconocidas después de haber naufragado el barco en que navegaba, apiadóse del pobre huérfano, dióle lo poco que tenía, y por añadidura, le prodigó palabras cariñosas y excelentes consejos, a lo cual añadió tantas lágrimas de simpatía, que el corazón del pobre muchacho se conmovió hasta el punto de hacerle olvidar por algunos instantes sus propios sufrimientos.

La mañana del día séptimo de marcha, después de abandonar su país natal, Oliver entró caminando pesadamente en la pequeña población de Barnet. Las ventanas de las casas estaban cerradas, desiertas las calles y todo el mundo durmiendo. Alzábase el sol radiante, pero sus resplandores solamente servían para mostrar al muchacho todo el horror de su miseria y desamparo mientras cubierto de polvo, destrozados y cubiertos de sangre los pies, se sentó a descansar un poco sobre los fríos peldaños de una escalinata que daba acceso a la puerta de una casa.

Poco a poco fueron abriéndose las maderas de las ventanas, alzándose las persianas y dejándose ver algunas personas, que comenzaron a circular de aquí para allá. Hubo algunas que se detuvieron durante breves instantes a contemplar a Oliver, otras que

volvieron la cabeza sin detener sus pasos; pero nadie le socorrió, nadie se tomó la molestia de preguntarle qué hacía allí. Oliver, en cuyo pecho no latía un corazón de mendigo, permanecía inmóvil y silencioso.

Llevaba ya algún tiempo sentado en la escalinata, admirándose de que hubiera tantos establecimientos públicos (en Barnet, una puerta sí y otra también eran tabernas), mirando con envidia las diligencias que pasaban y pensando con cierto sentimiento de dolor que aquellos carruajes podían recorrer en pocas horas y con comodidad la distancia inmensa que él tardó toda una semana en franquear, cuando llamó su atención un muchacho, que pocos instantes antes había pasado por su lado sin mirarle, al parecer, y ahora se había detenido frente a él y le miraba con atención. Al principio, apenas si Oliver hizo caso; pero tanto rato duró la muda observación del muchacho, que al fin nuestro héroe alzó la cabeza y contestó a la mirada con la mirada. El desconocido cruzó entonces la calle, y encarándose con Oliver, le preguntó:

—¡Hola, compañero! ¿Qué te pasa?

El que así interrogaba al viajero tendría poco más o menos la misma edad que éste, pero era el tipo más extraño que Oliver había visto en su vida. Tenía la nariz achatada, deprimida la frente, las facciones de lo más ordinario y su aspecto resultaba todo lo repugnante que es compatible con un rostro de niño, pues niño era aunque de hombre quería darse importancia y de tal afectaba los modales. Tipo desmedrado, de piernas combadas y ojos muy pequeños y vivos, llevaba el sombrero tan a flor de la cabeza, que se le hubiera caído irremisiblemente a cada paso si un movimiento peculiar de aquélla no le llevara nuevamente a su puesto, cada vez que principiaba a caer, lo que ocurría con mucha frecuencia. Vestía una levita de hombre de gran talla cuyos faldones le llegaban hasta los talones, y las mangas eran tan largas, que las había doblado en una mitad para poder hundir las manos en los bolsillos de sus calzones de pana. En una palabra, parecía tan pagado de sí mismo como jamás lo haya estado un galán de cuatro pies y seis pulgadas, pues ésta venía a ser su estatura.

—¡Hola, compañero! ¿Qué te pasa? —preguntó a Oliver el singular personaje que acabo de describir.

—Tengo mucha hambre y estoy rendido —contestó Oliver con lágrimas en los ojos—. He hecho un viaje muy largo: siete días hace que ando.

—¿Andando siete días? —repitió el caballerito desconocido—. Comprendo, compañero, comprendo. Cosas de algún *plumífero*, ¿verdad? ¡Vaya! —añadió reparando en la expresión de sorpresa de Oliver—. ¿Acaso ignoras lo que es un *plumífero*, mi cándido compañero?

Oliver contestó con mansedumbre que siempre había oído aplicar a los volátiles el término en cuestión.

—¡Dios mío, y qué inocentón! —exclamó el desconocido—. Sepa mi querido compañero que un *plumífero* es un juez, y que cuando viajamos por cosas de un *plumífero*, nuestra obligación es correr siempre sin dejarnos alcanzar por él ¿Has estado alguna vez en *chirona*?

—¿En qué *chirona*? —inquirió Oliver.

—¡En qué *chirona*! ¡Válgame Dios! En un palacio donde dan de comer gratis, y visten gratis y dan otras muchas cosas gratis, y, sin embargo, tiene pocos aspirantes a su ingreso, y muchos a su salida. Pero dejemos estas cosas, y vente conmigo. Necesitas comer, y comerás. No está mi bolsa tan repleta que amenace romperse; pero mientras haya algo en ella, no faltará qué comer. ¡Ea! ¡Media vuelta sobre tus goznes, y andando!

El joven ayudó a Oliver a levantarse y le condujo a una tienda de comestibles inmediata, donde compró un buen pedazo de jamón y un pan de dos libras. A fin de preservar de polvo el jamón, ocurriósele la ingeniosa idea de practicar un agujero en el pan, quitándole la miga, e introducir en él el jamón. Pagado el pan, lo colocó debajo de su brazo y entró seguido de Oliver en una taberna, donde pidió una habitación reservada para él y su compañero. El joven misterioso mandó que les sirvieran un jarro de cerveza, y Oliver, invitado por su nuevo amigo, comenzó a comer con ansia, mientras el otro le miraba con extraordinaria curiosidad.

—¿A Londres? —preguntó el joven desconocido, luego que Oliver trasladó a su estómago el pan y el jamón.

—Sí.

—¿Tienes allí casa?

—No.

—¿Y dinero?

—Tampoco.

El desconocido empezó a silbar, metidas ambas manos en los bolsillos de sus calzones.

—¿Vive usted en Londres? —preguntó Oliver.

—Sí, allí vivo cuando no viajo. Supongo que también tú necesitarás una casa donde pasar la noche, ¿no es cierto?

—Mucha falta me hace, en efecto; no he dormido bajo techado desde que salí de mi país.

—Pues no te preocupe tan poca cosa. Esta noche necesito llegar a Londres, donde conozco a un anciano respetable, vecino de la ciudad, que te alojará de balde... siempre que te presente uno de sus conocidos. ¿Pero me conoce a mí? ¡No!... ¡Ciertamente que no! ¡Pero no importa!

Sonreía picarescamente el joven mientras pronunciaba las palabras últimas de su discurso, como indicando que eran irónicas, y terminó su ofrecimiento dando fin a la cerveza del jarro.

La oferta inesperada de un albergue era demasiado tentadora para que a Oliver se le ocurriera siquiera la idea de rehusarla, sobre todo después de asegurar el joven desconocido a Oliver que el buen caballero a quien se había referido le buscaría un acomodo excelente sin pérdida de tiempo.

Como es natural, la conversación fue tomando giro amistoso y confidencial, que puso en conocimiento de Oliver que su amigo se llamaba Santiago Dawkins, y que era protegido y favorito del repetido anciano.

Muy poco decía el exterior de Dawkins en favor de las comodidades y bienandanzas que el anciano proporcionaba a aquellos que tomaba bajo su protección; pero, como la conversación del joven era ligera y amena, y por añadidura, él mismo confesó que sus íntimos le distinguían con el sobrenombre del *Truhán*, supuso Oliver que era por temperamento atolondrado y calavera y que no habían hecho mella alguna en él los preceptos morales de su bienhechor. Cediendo a esta impresión, Oliver decidió cultivar la buena opinión del anciano caballero tan pronto como se le deparase oportunidad, y caso que llegara a comprobar que el *Truhán* resultaba incorregible, como lo sospechaba, declinar el honor de continuar su trato.

Como se negara Santiago Dawkins a entrar en Londres hasta después de cerrar la noche, eran próximamente las once cuando llegaron nuestros viajeros a la barrera de

Islington, atravesaron desde el camino del Ángel hasta el de San Juan, descendieron por la callejuela que termina en el teatro Sadler Wells, recorrieron las calles Exmouth y Coppice Row, pasaron junto a la Casa de Misericordia, cruzaron los clásicos terrenos llamados antiguamente Hockley-in-the-Hole, desde donde pasaron a la Little-Saffron —Hill y desde ésta a la Great-Saffron —Hill, donde el *Truhán* aceleró considerablemente el paso, recomendando a Oliver que le imitara.

Aunque harto que hacer tenía Oliver con no perder de vista a su guía, no pudo menos de dirigir algunas miradas a uno y otro lado del camino que recorrían, observando que en los días de su vida había visto lugares más sucios y desolados. La calle era angosta y fangosa y la atmósfera estaba saturada de fétidas emanaciones. No escaseaban las tiendecillas, aunque parecía que los artículos únicos en venta eran montones de chiquillos, mercancías que, no obstante lo intempestivo de la hora, corrían y se arrastraban dentro y fuera de las casas o bien alborotaban y chillaban en el interior de las mismas. Las únicas casas que ofrecían aspecto adecentado en medio de aquella miseria general eran las tabernas, donde la hez del pueblo, de la especie humana, disputaba ruidosamente. Callejuelas y patios que de tanto en tanto desembocaban en la calle principal ofrecían grupo de viviendas donde hombres borrachos y mujeres viciosas se revolcaban descaradamente en el cieno más inmundo, y de varias puertas salían individuos de aspecto poco recomendable que, a juzgar por sus movimientos cautelosos, debían abrigar propósitos que nada tenían de inocentes.

En escapar, más que en otra cosa, estaba pensando Oliver, cuando llegaron al pie de la colina donde su guía, cogiéndole por un brazo, empujó una puerta, que no estaba más que entornada, de una casa de la callejuela Field, y le hizo entrar en un patio.

—Ahora, ¿qué? —gritó una voz desde dentro, contestando un silbido del *Truhán.*

—*Desplumado y Capote* —respondió el joven.

Debían ser sin duda las palabras anteriores una contraseña convenida, pues brilló en el fondo de un pasadizo obscuro una luz y momentos después asomaba una cabeza por encima de la desvencijada barandilla de una escalera que conducía a la cocina.

—Sois dos —dijo el hombre de la vela, poniéndose una mano sobre los ojos a guisa de pantalla—. ¿Quién es el otro?

—Un recluta nuevo —contestó el *Truhán,* invitando a Oliver a que le siguiera.

—¿De dónde viene?

—Del país de los inocentes. ¿Está arriba Fajín?

—Arreglando pañuelos lo tienes. Adelante —contestó el hombre desapareciendo con la vela y dejando a obscuras a los jóvenes.

Oliver, una de cuyas manos tenía fuertemente asida su compañero, subió con dificultad tentando con la otra las paredes por una escalera más abundante en agujeros que en peldaños, en medio de una obscuridad, escalera que su guía subió con la ligereza del que conoce perfectamente el camino. Llegados arriba, abrió una puerta de una habitación interior e introdujo en ésta a Oliver.

Los años y la suciedad habían ennegrecido las paredes y el techo de la habitación. Delante de la chimenea, sobre una mesa desvencijada, derramaba turbios resplandores una vela introducida en el cuello de una botella de ginebra, junto a la cual se veían dos o tres cubiletes de estaño, manteca y un pan, así como también un plato. En una sartén puesta a la lumbre, se freían unas morcillas, a las que hacía guardia, tostadera en mano, un judío de cara arrugada y facha innoble y repulsiva, sobre la primera de las cuales caían espesos mechones de cerdas de un rojo sucio que la ocultaban en parte. Vestía una especie de túnica

de franela cubierta de pringue, y al parecer dividía su atención entre la sartén y una percha de la cual pendían infinidad de pañuelos de seda. Varios lechos a cual más sucios, hechos de sacos viejos, aparecían alineados en la habitación, y sentados alrededor de una mesa, fumaban en pipas de yeso y bebían, como pudieran hacerlo hombres hechos y derechos, cuatro o cinco muchachos de la misma edad que el *Truhán*. Todos ellos se agruparon en torno del judío mientras éste escuchaba algunas palabras que en voz baja le dijo el *Truhán*, después de lo cual dieron media vuelta Y miraron con sonrisa burlona a Oliver, como lo hizo también el judío, tostadera en mano.

—Fajín —dijo Santiago Dawkins, le presentó a mi amigo Oliver Twist.

Hizo el judío un guiño, seguido de una reverencia, y tomando a Oliver por la mano, le dijo que abrigaba la esperanza de estrechar más y más su amistad. A continuación le rodearon los jovencitos de las pipas y menudearon tanto los enérgicos apretones de manos, que a poco más pierde el hatillo que en una llevaba, que fue precisamente la que todos estrechaban con más fuerza. Fue una escena encantadora. Todos se desvivían por servir a Oliver. Uno le quitaba la gorra otro llevaba su complacencia hasta el extremo de desocupar sus bolsillos a fin de que, al irse a dormir, no tuviera que tomarse la molestia de vaciarlos por sí mismo. Es más que probable que aquellas atenciones hubieran llegado hasta bastante más lejos, de no haber prodigado el judío algunas *caricias* a los complacientes jóvenes con el mango de la tostadera.

—Nos alegramos infinito de verte. Oliver... infinito —dijo el judío—. Tú, *Truhán*, saca las morcillas y acerca a la lumbre un banco para que se siente tu amigo... ¡Ah! Veo que atraen tus miradas los pañuelos de la colección, ¿eh? Son muchos y de calidad superior, ¿no? Acabamos de sacarlos para ponerlos en colada, Oliver. ¡Ja, ja, ja!

Las palabras del judío arrancaron aplausos estrepitosos a la concurrencia.

Sirvieron la cena. Oliver comió su parte, y cuando hubo terminado, el judío le preparó en un cubilete una mezcla de ginebra y agua caliente, diciéndole que la bebiera sin tardanza en atención a que otro caballero estaba esperando su cubilete. Obedeció Oliver, quien muy pronto se dejó caer sobre uno de los sacos, donde seguidamente recibió la visita del buen Morfeo.

Capítulo IX
En el que dan más detalles acerca del agradable caballerito y de sus aventajados discípulos

Estaba bastante avanzada la mañana siguiente cuando Oliver despertó de su dilatado y profundo sueño. En la estancia no vio a nadie más que al judío, quien removía con una cuchara de hierro el café que estaba hirviendo en una cacerola. Silbaba entre dientes el judío mientras estaba entregado a la ocupación indicada, y de tanto en tanto interrumpía los silbidos y la operación para escuchar atento ruidos o rumores que no sonaban, volviendo a su tarea luego que había adquirido el convencimiento de que el silencio era absoluto.

Aunque Oliver no dormía ya, es lo cierto que tampoco estaba completamente despierto. Existe un estado de sopor, intermedio entre la vigilia y el sueño, durante el cual sueña el hombre más en cinco minutos, con los ojos medio entornados y medio dándose cuenta de todo lo que en torno suyo pasa, que en cinco noches pasadas con los ojos completamente cerrados y sumidos todos los sentidos en una inconsciencia absoluta. En esas ocasiones es cuando el hombre puede formarse una idea ligera de las portentosas facultades del espíritu, que, desligado de las trabas que a sus operaciones opone la

envoltura material, lánzase lejos de la tierra y se burla del tiempo y del espacio.

Tal era el estado en que Oliver se encontraba. Con los ojos casi cerrados estaba viendo al judío, oía sus silbidos y hasta reconocía el rumor producido por el roce de la cuchara contra las paredes de la cacerola, y al propio tiempo su espíritu volaba libre y sin trabas por el espacio, reanudando sus relaciones con cuantos mortales había conocido en la tierra.

Hecho el café, el judío retiró la cacerola y permaneció algunos instantes como indeciso, cual si no supiera cómo emplear el tiempo. Giró luego sobre sus talones, miró a Oliver, le llamó por su nombre, y como no recibiera respuesta, supuso que el muchacho continuaba durmiendo profundamente.

Satisfecho al parecer sobre este particular, el judío se llegó hasta la puerta y la cerró. Seguidamente alzó algo, que Oliver creyó que era la tapadera de una trampa abierta en el suelo, y de su fondo retiró una cajita que colocó cuidadosamente sobre la mesa. Lanzaban sus ojos destellos luminosos al abrir la cajita y mirar ansioso su contenido. Arrastrando una silla junto a la mesa, se sentó, y del interior de la cajita sacó un reloj magnífico de oro guarnecido de brillantes.

—¡Ah! —exclamó el judío, encogiéndose de hombros y haciendo una, mueca espantosa—. ¡Son unos perros fieles esos muchachos, perros fieles! ¡Constantes hasta el fin! ¡El anciano sacerdote no ha conseguido arrancarles una palabra acerca de su paradero! ¡No han hecho traición al viejo Fajín! Por supuesto... ¿qué hubieran salido ganando? No hubiesen aflojado el dogal ni conservado su posición un segundo más... ¡No, no, no! ¡Famosos muchachos... famosos, sí!

Haciendo a media voz estas y otras reflexiones semejantes, el judío volvió a colocar el reloj en la caja. Sucesivamente fue luego sacando de ella otros cinco o seis, que contempló con idéntico arrobamiento, tras los cuales aparecieron varias cadenas, sortijas, aderezos, brazaletes y, otras joyas, todas ellas de metales preciosos y trabajo tan artístico, qué dejaron atónito a Oliver, aunque, ni idea tenía de sus nombres.

Vueltos a colocar en la cajita todos aquellos objetos, el judío sacó otra tan pequeña, que cabía en la palma de su mano. Sobre la tapa de la cajita debía haber alguna inscripción microscópica, pues el judío la dejó sobre la mesa y, haciendo pantalla con sus manos, la estudió largo rato con atención. Dejóla al fin como desesperanzado de leer los diminutos caracteres, y arrellanándose en la silla murmuró:

—¡Qué hermosa es la pena de muerte! Los muertos no se arrepienten jamás, los muertos nunca tienen el extraño capricho de venir a sacar a luz historias desagradables. Es la mayor de las garantías del comercio. Cinco de ellos quedaron en hilera entre el cielo y la tierra, y ninguno ha venido a reclamar su parte en el botín.

Diciendo esto, sus ojos, que parecían luciérnagas, perdidos hasta entonces en el vacío, vinieron a fijarse en Oliver. Este le estaba contemplando con mucha curiosidad, y aunque cerró los ojos no bien se vio descubierto por el judío, éste comprendió que había sido acechado. Cerró de golpe la caja, empuñó un cuchillo que sobre la mesa había, y se levantó furioso. Temblaba empero en tales términos, que hasta Oliver, no obstante la impresión de terror que le invadió, pudo ver que la hoja del cuchillo se movía temblorosa.

—¡Cómo se entiende! —gritó el judío—. ¿Por qué me acechas? ¿Por qué estás despierto? ¿Qué es lo que has visto? ¡Habla, muchacho! ¡Habla pronto, que te va en ello la vida!

—No me ha sido posible dormir más, señor —contestó con dulzura Oliver—. Siento muy de veras haberle molestado.

—¿Estabas despierto hace una hora? —preguntó el judío con fiereza.

—¡No, no, señor!

—¿Estás de ello bien seguro? —insistió el judío, mirando al muchacho con fiereza mayor y con expresión amenazadora.

—¡No lo estaba, señor! ¡Palabra de honor!

—Está bien, querido —contestó el judío, adoptando bruscamente su actitud habitual y jugueteando con el cuchillo antes de dejarlo sobre la mesa, como para dar a conocer al niño que lo había tomado por distracción—. Sé que dices verdad, amiguito, y si he hablado como lo he hecho, ha sido sencillamente para asustarte. Pero eres un valiente, sí, un valiente, a fe mía.

Frotábase el judío las manos, pero no cesaba de mirar al cofrecillo con muestras de inquietud.

—¿Has visto algunos de los hermosos objetos que contiene, Oliver? —preguntó, al cabo de algunos momentos de silencio.

—Sí, señor —respondió Oliver.

—¡Oh! —exclamó el judío, poniéndose intensamente pálido—. Son míos, Oliver, míos... Propiedad mía... La única fortuna que me resta para sostenerme en mi ancianidad. Las gentes me llaman miserable, querido, avaro miserable.

Oliver pensaba en efecto que el viejo debía ser un avaro, cuando vivía en aquel lugar mísero siendo dueño de tantos relojes, pero creyendo que la protección que dispensaba al *Truhán* y a otros infelices debía costarle mucho dinero, miró al judío con respeto y le preguntó si podía levantarse.

—Sí, hijo mío, sí —respondió el judío—. Detrás de la puerta de casa encontrarás un cubo de agua. Tráelo aquí, y yo te daré una palangana para que te laves.

Bajó Oliver por el cubo, y cuando volvió a la habitación, la cajita había desaparecido.

No bien se lavó y tiró el agua por la ventana, siguiendo las instrucciones del judío, entró el *Truhán* acompañado por uno de los jóvenes a quien Oliver encontrara fumando la noche anterior, y que le había sido presentado con el nombre de Carlos Bates. Sentáronse los cuatro a la mesa, e hicieron honor al desayuno, compuesto de café, panecillos calientes y un poco de jamón que el *Truhán* había traído dentro de su sombrero.

—Vamos a ver —dijo el judío, mirando maliciosamente a Oliver y dirigiéndose al *Truhán*—. Supongo que no habréis pasado la mañana cruzados de brazos, ¿eh, hijos míos?

—Hemos trabajado de firme —contestó el *Truhán.*

—Como burros —terció Bates.

—¡Bien, muchachos, muy bien! ¿Qué has apandado, *Truhán*?

—Dos carteras.

—¿Repletas? —preguntó con ansiedad el judío.

—Así, así —contestó el *Truhán*, presentando dos carteras, verde una y roja la otra.

—Más provistas podrían estar —observó el judío, después de registrar su contenido—. Pero, en fin, son nuevas y están primorosamente hechas. Parecen de un hábil fabricante: ¿no es verdad, Oliver?

—Es verdad, señor —contestó Oliver.

Esta respuesta arrancó estrepitosas carcajadas a Carlos Bates, con no poca estupefacción de Oliver, quien no acertaba a comprender el motivo de la risa.

—Y tú, querido, ¿qué traes? —Preguntó el judío a Bates.

—Unos cuantos pañuelos —contestó el interrogado, sacando cuatro del bolsillo.

—¡Bien! —dijo el judío, después de examinarlos detenidamente—. Son buenos, pero los han marcado bien, Carlos; en consecuencia, será preciso quitar las marcas que tienen, de lo se encargará Oliver, luego que le hayamos enseñado cómo se hace. Poco le costará aprenderlo; ¿no es verdad, Oliver? ¡Ja, ja, ja, ja!

—Lo que usted mande, señor.

—¿Te agradaría aprender a hacer pañuelos tan a la perfección como los hace Carlos Bates, querido mío?

—De todo corazón, señor, si usted se digna enseñarme —contestó Oliver.

Tan chistosa encontró Bates esta contestación, que rompió a reír más estrepitosamente que antes, risa que, habiendo coincidido con la entrada de un sorbo de café en su garganta, fue causa de que el líquido equivocara el camino y determinase una sofocación prematura y funesta.

—¡La inocencia personificada! —dijo cuando pudo hablar.

No despegó los labios el *Truhán*; pero pasó la mano sobre la cabeza de Oliver e hizo caer sus cabellos sobre sus ojos. Como el anciano observara que las mejillas de nuestro héroe se teñían de vivo carmín, cambió de conversación preguntando si había asistido mucho público a la ejecución de aquella mañana. Ante la contestación de los dos muchachos subió de punto la sorpresa de Oliver, quien no acertaba a comprender cómo habiendo asistido a la ejecución, dispusieran de tiempo para trabajar.

Terminado el almuerzo, el complaciente viejo y sus dos protegidos dieron comienzo a un juego tan curioso como peregrino. He aquí en qué consistía: el gracioso viejo metió una cajita para rapé en uno de los bolsillos de sus calzones y una cartera en el otro, un reloj en el bolsillo del chaleco sujeto a una cadena sólida que llevaba pendiente del cuello; adornó la pechera de su camisa con un alfiler de brillantes, abrochóse la levita de arriba abajo, y poniendo en los bolsillos de ésta el pañuelo y un estuche con unos anteojos, empezó a pasear a lo largo de la habitación jugueteando con su bastón, como suelen hacerlo los caballeros de alguna edad cuando salen a paseo. Parábase unas veces delante de la chimenea y otras frente a la puerta, como si estuviera admirando los escaparates de las tiendas, pero siempre que así lo hacía, miraba constantemente en derredor como temiendo la proximidad de *ratas* que le aligerasen los bolsillos, y llevaba a éstos las manos a fin de asegurarse de que nada había perdido, y todo con aire tan cómico y natural, que Oliver reía a carcajadas. Los dos jóvenes seguían de cerca al viejo, pero esquivando sus miradas con tanta ligereza cada vez que el judío se volvía a mirarles, que era imposible seguir sus movimientos. El *Truhán* al fin salió al paso al viejo, pisó accidentalmente a éste, y Bates, que se aproximó por detrás, en un abrir y cerrar de ojos le quitó la cajita para rapé, la cartera, el reloj con la cadena, el alfiler de brillantes, el pañuelo y todo cuanto en los bolsillos llevaba el viejo todo lo cual pasó a los suyos con rapidez incomprensible. Si el judío sentía la mano dentro de alguno de sus bolsillos, decía en cuál, y el juego volvía a principiar.

Luego que repitieron muchas veces el mismo entretenimiento, llegaron dos señoritas, cuyo objeto era hacer una visita a los jóvenes protegidos del judío. Llamábase la una Belita y Anita la otra. Sus cabellos eran abundantes, pero el peinado dejaba bastante que desear, aunque no tanto como sus medias y zapatos, más que medianamente deteriorados. Como Oliver observó que sus modales eran un tanto desenvueltos y hasta su pizquita libres, las deputó por personas sumamente amables y complacientes, en lo que probablemente no se equivocaba.

La visita duró largo tiempo. Hubo necesidad de traer algunos licores con el objeto

de tonificar el cuerpo de una de las señoritas que se quejó de frialdad estomacal, y la conversación se fue animando por grados. Carlos Bates indicó al fin que era ya hora de dedicarse al *birlen*, palabra que Oliver creyó que significaba salir, puesto que el *Truhán*, Bates y las dos *señoritas* se fueron al instante, no sin que el viejo judío les proveyera de dinero abundante para que se divirtieran.

—No es desagradable este género de vida, ¿verdad? —preguntó el viejo Fajín—. Ya están libres por el resto del día.

—¿Han concluido el trabajo de hoy, señor? —preguntó Oliver.

—Han concluido, sí —contestó el judío—. ¡Digo! A no ser que inesperadamente y por casualidad se les presente oportunidad de hacer algo en la calle, en cuyo caso no la desperdiciarán; está seguro de ello. Tómalos como modelos, hijo mío —añadió el viejo, dando golpes con la badila sobre el suelo, como para añadir fuerza a sus palabras—. Haz cuanto te manden, obedéceles en todo, inspírate en sus consejos... sobre todo en los que te dé el *Truhán*, llamado a ser un gran hombre. Él te hará entrar en carrera, a poco que procures imitarle... ¿Asoma por mi bolsillo la punta del pañuelo, hijo mío?

—Sí, señor.

—Procura sacarlo sin que yo lo note, tal como viste que lo hacían ellos mientras estábamos jugando.

Oliver sujetó con una mano el fondo del bolsillo del viejo, como había visto que lo hacía el *Truhán*, y con la otra tiró ligeramente del pañuelo.

—¿Ya? —preguntó el judío.

—Sí, señor —contestó el huérfano, enseñándole la prenda.

—Veo que eres listo, hijo mío —dijo el alegre anciano, pasando la mano por la cabeza de Oliver—. No he visto mano más hábil... ¡Toma! Este chelín es para ti. Si continúas de este modo, te auguro que no tardarás en ser el primer hombre del siglo. Ven ahora, y te enseñaré a quitar las marcas de los pañuelos.

El muchacho se preguntó interiormente qué relación podía haber entre escamotear pañuelos por pasatiempo y las probabilidades de llegar a ser el primer hombre del siglo; pero considerando que el judío, hombre de muchos años y de experiencia, no hablaría a tontas ni a locas, le siguió tranquilamente a la mesa y momentos después se entregaba con ardor a su nueva ocupación.

Capítulo X

Oliver conoce más a fondo el carácter de sus nuevos amigos y adquiere alguna experiencia pagándola a buen precio. No obstante la brevedad de este capítulo, es uno de los más importantes de la historia

Oliver permaneció por espacio de varios días en la casa del judío, haciendo desaparecer las marcas de los pañuelos de bolsillo, que en gran número le entregaban, tomando parte alguna vez en el juego descrito en el capítulo anterior, que indefectiblemente jugaban todas las mañanas el alegre viejo y los dos muchachos. Sintió al fin Oliver la nostalgia del aire libre, y suplicó varias veces y con insistencia al anciano caballero que le permitiera salir a trabajar con sus dos compañeros.

Mucho había influido en que el huérfano anhelara emplearse en trabajos activos lo que había presenciado referente a la rígida moralidad de carácter de su protector. Siempre que el *Truhán* o Carlos Bates se presentaban por la noche en casa con las manos vacías, dirigíales un discurso severo y vehemente sobre los estragos que en el mundo producían los

hábitos de ociosidad y holganza, ponderábales la necesidad de ser activos y trabajadores, y reforzaba sus argumentos enviándolos a la cama sin cenar, medio el más indicado para que las lecciones quedaran indeleblemente grabadas en sus tiernas imaginaciones. En una ocasión, hasta los arrojó por la escalera, que los holgazanes bajaron rodando; pero fue una excepción motivada por el exceso de celo de su virtud severa.

Obtuvo al fin Oliver una mañana el permiso que solicitara con tanto afán. Hacía dos o tres días que no le daban pañuelos cuyas marcas hubiera de hacer desaparecer y las comidas habían sido excesivamente parcas. Tal vez influyera este motivo en el ánimo del viejo para acceder a lo solicitado por Oliver; pero fuéralo o no, lo cierto es que contestó a Oliver que podía salir, y le colocó bajo la tutela y vigilancia de Carlos Bates y de su amigo el *Truhán.*

Juntos se lanzaron los tres muchachos a la calle: el *Truhán* con las mangas de su levita dobladas y el sombrero en equilibrio inestable, como de costumbre; Bates caminando a saltitos con las manos metidas en los bolsillos, y Oliver colocado entre los dos, serio y con ganas de trabajar, y sobre todo, ardiendo en deseos de saber adónde se dirigían y qué rama industrial iban a enseñarle.

Tan perezosamente y con indiferencia tan marcada andaban, que Oliver comenzó a sospechar que la intención de sus dos maestros era engañar una vez más a su protector, entregándose a la holganza y dejando para otros el trabajo. Observó Oliver que el *Truhán* tenía la mala costumbre de arrebatar las gorras de las cabezas a los pobres niños que por su lado pasaban y tirarlas dentro de las tiendas, mientras Bates, cuyas nociones acerca de los derechos de propiedad parece que eran excesivamente amplias, daba pruebas de habilidad maravillosa para trasladar manzanas y cebollas de los cestos de los vendedores a sus propios bolsillos, que, al parecer, más que bolsillos, debían ser alforjas. Oliver, entendiendo que semejante conducta no era de las más laudables, estaba a punto de declarar su intención de volverse a casa, cuando una variación altamente misteriosa en la conducta del *Truhán* dio rumbos nuevos a sus pensamientos.

Acababan de salir de un pasadizo estrecho poco distante de la plazoleta abierta de Clerkenwell, llamada hoy, merced a una perversión singular de la palabra, «La Verde», cuando el *Truhán* cesó de andar bruscamente y, aplicando un dedo a sus labios, indicó a sus compañeros que retrocedieran con la mayor cautela y circunspección.

—¿Qué pasa? —preguntó Oliver.

—¡Chitón! —murmuró el *Truhán.*—. ¿Ves aquel vejestorio plantado frente a la puerta de aquella librería?

—¿Aquel caballero anciano de la acera de enfrente? —dijo Oliver—. Sí... viéndolo estoy.

—Vamos a meternos con él —observó el *Truhán.*

—El encuentro promete —terció Bates.

Oliver miró alternativamente a sus compañeros con expresión de sorpresa, pero no le dieron tiempo de formular preguntas, pues los dos muchachos cruzaron cautelosamente la calle y se colocaron a espaldas del caballero que había llamado su atención. Siguióles el huérfano quien, no sabiendo si avanzar o retroceder, permaneció inmóvil mirando con ojos desmesuradamente abiertos una escena que no comprendía.

Era el anciano un caballero de aspecto respetable, cuya cabeza estaba perfectamente empolvada. Usaba anteojos de oro. Vestía una levita de color verde botella con cuello de tercio pero negro y pantalón blanco, y llevaba bajo el brazo un elegante bastón de bambú. Había tomado un libro del puesto, y lo hojeaba con tanta atención como si se encontrase

cómodamente arrellanado en el sillón de su despacho. Es muy posible que imaginase que en él se encontraba, pues saltaba a la vista que para él no existían ni puestos de libros, ni calle, ni muchachos cerca ni lejos de su persona, ni otra cosa que el libro que estaba leyendo, cuyas hojas volvía cuando había llegado a la línea última para empezar por la primera de la página siguiente. Su interés no podía ser mayor.

¡Cuál no sería el horror, la alarma de Oliver cuando vio que el *Truhán* llevaba la mano al bolsillo del caballero y sacaba un pañuelo, que entregaba seguidamente a Bates, y sobre todo, al ver que los dos salían corriendo como alma que lleva el diablo y desaparecían a la vuelta de la primera esquina!

En la imaginación espantada del pobre huérfano surgió, envuelta en torrentes de luz vivísima, la misteriosa historia de los pañuelos, relojes y alhajas, y hasta la de la misma existencia del judío. Por espacio de algunos momentos permaneció Oliver en el mismo sitio, sintiendo que la sangre, al circular por sus venas, le producían, confuso, aguijoneado por el terror, y sin saber qué hacía, emprendió tan desatinada carrera, que puede asegurarse que sus pies apenas si tocaban en el suelo.

Fue cosa de un instante. En el punto mismo que Oliver emprendió la fuga, el caballero del libro llevó la mano al bolsillo buscando el pañuelo, y al no encontrarlo, dio media vuelta rápida. La vista del muchacho que tan desatinado corría hízole suponer que aquél era el ratero, y lanzando un: «¡Al ladrón!», con toda la fuerza de sus pulmones, emprendió su persecución sin soltar el libro.

No faltó quien hiciera coro a los gritos del caballero del libro. El *Truhán* y Bates, a quienes no convenía llamar la atención corriendo, se habían escondido en el primer portal que les salió al paso después de doblar la esquina; pero no bien llegaron a sus oídos los gritos del caballero y vieron la velocidad con que Oliver corría, dándose cuenta cabal del estado de cosas, salieron a la calle y se unieron al grupo de los buenos ciudadanos, gritando más alto que nadie: «¡Al ladrón! ¡Al ladrón!» Buenos filósofos había tenido Oliver por maestros; pero desconocía la teoría de aquel axioma admirable según el cual es la conservación propia la primera y más sagrada de las leyes naturales. Acaso si la hubiese conocido se habría preparado para substraerse al rayo que sobre su cabeza se estaba forjando; pero su ignorancia sirvió para acrecentar su espanto, y el acrecentamiento de su espanto se tradujo en acrecentamiento de velocidad dada a sus piernas, que le llevaban con la celeridad del viento, seguido por el caballero y sus compañeros los rateros, que no daban reposo a sus gargantas.

El grito de «¡Al ladrón! ¡Al ladrón!» parece evocación mágica. El tendero abandona su mostrador no bien lo oye, el carretero su carro, arroja el carnicero su cuchilla, tira el panadero su canasto y la lechera su cántaro, el mozo de cordel deja su carga, el escolar sus libros, el empedrador su pico y el niño su raqueta, y todos corren, y todos se lanzan en revuelto desorden, chillando, rugiendo, aullando, atropellando a los transeúntes, excitando a los perros y ahuyentando a los volátiles. En calles, plazas y paseos resuena el mismo grito ensordecedor: «¡Al ladrón! ¡Al ladrón!», grito que lanzan cien gargantas, grito que repiten una y mil veces, y el estruendo crece, y crecen también las turbas, y todos corren desatinados, saltando sobre el lodo de las calles que salpica sus rostros. Las ventanas se abren, todas las puertas vomitan gente, todos dejan sus ocupaciones, y hasta los titiriteros se ven en un abrir y cerrar de ojos abandonados por sus espectadores, que han corrido a unirse a las turbas y entonan con nuevo vigor el grito «¡Al ladrón! ¡Al ladrón!» «¡Al ladrón! ¡Al ladrón!» ¡Arraiga muy hondo en el corazón humano la pasión por *dar caza* a algo! Un infeliz muchacho, falto de alientos, rendido, reflejando en su semblante el terror que le

mata y en sus ojos la espantosa agonía que le aflige, sudando a mares, casi sofocado, redobla sus esfuerzos para librarse de los que con saña le persiguen; pero le van a los alcances, le ganan terreno por momentos, y en la proporción en que decrecen sus fuerzas aumentan en intensidad los gritos «¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Detenedlo, por favor»!

¡Al fin le detienen!... ¡Ya le han cogido!... ¡Hermosa hazaña! ¡Tendido le tienen sobre el arroyo, y en torno suyo se agrupa la gente, que hasta lucha y riñe para no privarse de la satisfacción de verle!

—¡Despejen ustedes! ¿No ven que se ahoga? ¡Déjenle respirar!

—¡No lo merece el miserable!

—¿Dónde está el caballero?

—No tardará en llegar... Ya está cerca.

—Abran paso a este caballero.

—¿Es éste el muchacho?

—Sí.

Yacía Oliver sobre el suelo, cubierto de pies a cabeza de lodo y de tierra, sangrando copiosamente por la boca y mirando con ojos de espanto a los que le rodeaban, cuando algunos oficiosos le llevaron, abriéndole paso a fuerza de puños, hasta el centro del círculo.

—¡Sí! —dijo el caballero—. ¡Me temo que sea ése el muchacho!

—¡Se lo teme! —murmuraron las turbas—. Debía alegrarse, por el contrario.

—¡Pobre muchacho! —replicó el anciano—. ¡Está herido!

—¡Gracias a mí! —contestó un ganapán adelantándose—. Le di un puñetazo de los míos... Por cierto que me corté los nudillos al dar con ellos en su boca. Yo le detuve, caballero.

Al mismo tiempo que así hablaba llevó la mano a la gorra y sonrió estúpidamente, abrigando a no dudar la esperanza de que el caballero premiaría con alguna propina su heroicidad. Llevóse un chasco. El anciano le miró con expresión de disgusto y tendió alrededor miradas inquietas, como si buscara manera de escapar de aquellas turbas, lo que probablemente habría hecho dando así ocasión a una nueva caza, de no haberse presentado en aquel punto un agente de policía, últimas personas que por regla general llegan en casos semejantes, y agarrando por el cuello a Oliver.

—¡Arriba! —dijo con aspereza.

—¡No fui yo, señor! ¡Fueron otros dos muchachos, lo juro! —exclamó Oliver, retorciéndose las manos con desesperación y mirando alrededor—. Deben estar por aquí...

—¡No, hombre, no! ¡No los busques! —replicó el policía, quien creyendo chancearse, decía la verdad, pues tanto el *Truhán* como Bates habían dado *esquinazo* a las turbas en la ocasión primera que se les deparó—. ¡Vaya! ¡Arriba, he dicho!

—¡No le trate usted con severidad! —exclamó el compasivo caballero.

—¡Oh, no! ¡No pienso hacerle ningún daño! —replicó el policía rasgando de un tirón la chaqueta de Oliver como para demostrar con hechos la suavidad de sus maneras—. ¡Vamos, buena pieza! ¡Te conozco muy bien, tunante! ¿Pero vas a sostenerte sobre tus patas, demonio?

Oliver, que apenas si podía mantenerse en pie, se levantó con trabajo y fue arrastrado por el policía. Siguióles el anciano, quien se colocó al lado del policía. Algunos curiosos quisieron prolongar por más tiempo la distracción, y siguieron al grupo durante algunos minutos, y los pilluelos proferían gritos de alegría, clavadas sus miradas en el desventurado Oliver.

Capítulo XI
Que trata del magistrado de policía señor Fang y ofrece un ejemplo de su manera de administrar justicia

Habíase cometido el robo en el distrito de un juzgado central muy conocido y a corta distancia del edificio en que aquél funcionaba, y como consecuencia, las turbas hubieron de renunciar al Placer de escoltar a Oliver no bien le hubieron acompañado durante el recorrido de dos o tres calles. Al llegar al lugar llamado Mutton-Hill, hicieron entrar al ladronzuelo por debajo de una bóveda de escasa elevación a un patio muy sucio que daba acceso a la sala de justicia. En el patio encontraron a un hombretón de descomunales patillas que llevaba en la mano un manojo de llaves.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó con indiferencia.

—¡Nada! ¡Un raterillo! —contestó el agente de policía.

—¿Es usted el robado, caballero? —preguntó el de las llaves al anciano.

—Sí, soy yo —respondió el interrogado—, pero no puedo asegurar que fuera este muchacho el que me quitó el pañuelo. Yo... quisiera que no se le tratase con rigor.

—Es preciso ver antes al señor magistrado —replicó el hombretón—. Dentro de medio minuto estará Su Señoría en disposición de oírnos. ¡Por aquí, tunante!

Estas últimas palabras eran una invitación dirigida a Oliver para que entrase por una puerta, que el de las patillas abrió mientras hablaba, y que conducía a un cuartito cuyos muros eran de mampostería. Allí fue registrado el muchacho, y como nada le encontraran encima, dejáronle solo y encerrado.

Por su forma y dimensiones, el cuarto parecía un sótano, aunque con menos luz de la que éstos suelen tener. Estaba sucio hasta lo inconcebible, sin duda porque, como era lunes, habían pasado en él la noche del domingo seis u ocho borrachos, poniéndolo perdido. Por supuesto, que esto no tiene importancia. En nuestras delegaciones encierran todas las noches a hombres y mujeres por los motivos más frívolos en mazmorras inmundas comparadas con las cuales son verdaderos palacios las celdas que en Newcastle ocupan los facinerosos más repugnantes después de presos, juzgados y condenados. Si hay quien dude de mi aserto, tómese la molestia de visitar unas y otras y comparar.

Tan afligido parecía el anciano como el mismo Oliver. Cuando vio que el de las barbas hacía girar la llave en la cerradura, exhaló un suspiro profundo y, mirando al libro, causa inocente de lo que pasaba, murmuró, paseando por el patio con aire preocupado:

—Algo advierto en la cara de ese muchacho que me interesa y conmueve. ¿Será inocente? Voy sospechando que sí... ¡Es particular! —añadió, poniendo fin brusco a su paseo y clavando los ojos en la atmósfera—. ¿Dónde he visto yo antes una cara como la suya?

Al cabo de breves instantes de inmovilidad, el caballero se retiró a un rincón del patio, donde evocó todas las caras que en su vida había tenido ocasión de ver.

—¡No! —dijo después de un rato de meditación profunda—. ¡Debo estar engañado!

Lejos de darse por convencido, insistió con nuevos bríos en su labor imaginativa. Ante el conjuro de su voluntad potente se rasgaron las tinieblas que envolvían su pasado, y surgieron ante sus ojos caras de amigos y caras de enemigos, caras de doncellas frescas y hermosas que la zarpa cruel de los años había trocado en apergaminadas viejas, caras que la tumba había destruido, pero que su fantasía, más potente que la misma tumba, reconstituyó engalanándolas con la lozanía y belleza que en vida tuvieron, devolviendo el brillo a sus ojos y el encanto a su sonrisa, dotándolas de un alma más radiante, más pura y más

hermosa que la que les sirvió de carroza en su glorioso viaje a los cielos.

¡Imposible! El buen caballero no recordó un rostro determinado del que los rasgos característicos de Oliver fueran imagen. Exhaló otro suspiro sobre los recuerdos que acababa de evocar y, como buen distraído que era, no tardó en engolfarse de nuevo en la lectura del libro.

Interrumpió su ocupación el de las llaves, quien, tocándole en un hombro, le suplicó que le siguiera. El buen anciano cerró el libro y momentos después se encontraba ante la imponente y famosa persona llamada el señor Fang.

Era la sala de justicia una estancia cuyos muros tenían zócalos de madera que llegaban hasta la mitad de su altura. En el fondo estaba sentado, detrás de una mesa, el señor Fang, y a uno de los lados de la puerta había un banquillo de madera, en el cual estaba ya sentado Oliver, temblando y muerto de miedo ante lo pavoroso de la escena.

El señor Fang era de mediana edad, de mediana estatura, de espaldas más que medianamente anchas, de cuello más que medianamente rígido y de cabellos más que medianamente escasos. La expresión de sus facciones era dura y el color de su cara de un rojo subido.

El caballero anciano hizo una reverencia respetuosa y, adelantándose hasta la mesa, dijo:

—He aquí mi nombre y mis señas, caballero.

Seguidamente retrocedió dos pasos, hizo, otra reverencia tan profunda, como la anterior, y esperó a que le interrogasen.

No ocurrió así, sin embargo. Hizo la casualidad que el señor Fang estuviera en aquel momento embebido en la lectura de un periódico de la mañana que daba cuenta detallada de una sentencia dictada recientemente por él, sentencia que inspiró al articulista sabrosos comentarios a su costa. El artículo terminaba llamando por tricentésima vez la atención del ministro de Gracia y Justicia sobre la peregrina manera de administrar justicia del señor Fang, quien, como es natural, estaba de mal talante y de pésimo humor.

—¿Quién es usted? —preguntó el juez.

Por toda contestación, el anciano extendió la mano hacia la tarjeta que poco antes dejara sobre la mesa.

—¡Guardias! —exclamó el Juez, separando desdeñosamente la tarjeta—. ¿Quién es este sujeto?

—Mi nombre, caballero —contestó el anciano con severo continente—, es Brownlow: séame ahora permitido preguntar a mi vez cómo se llama el juez que, escudándose en la Ley, se permite dirigir insultos gratuitos e inmerecidos a una persona respetable.

Mientras hablaba, el señor Brownlow paseó sus miradas por la sala, como buscando persona o personas que pudieran contestar su pregunta.

—¿De qué se acusa a ese sujeto, guardia?, —preguntó el señor Fang.

—No se le acusa de nada, señor —replicó el guardia—; es él quien acusa a ese muchacho. —Nada dijo el guardia que el juez no supiera perfectamente, pero era hombre aficionado a molestar y zaherir, sobre todo cuando podía hacerlo impunemente.

—Acusa a ese muchacho, ¿eh? —dijo Fang, midiendo al anciano de pies a cabeza—. ¡Que preste juramento!

—Antes de prestar juramento —replicó el señor Brownlow— quiero hacer constar que, si no lo estuviera viendo, jamás hubiera creído...

—¡Cállese usted! —gritó Fang.

—¡No me acomoda callar! —contestó resueltamente el anciano.

—¡Cállese usted inmediatamente, o le mando echar de la sala! Es usted un insolente, un impertinente. ¿Cómo osa usted replicar a un magistrado?

—¡Magistrado!... —exclamó el anciano, rojo de cólera.

—¡Que preste juramento ese hombre! —dijo Fang, dirigiéndose al escribano—. No quiero oír una palabra más. ¡Que jure!

La indignación del señor Brownlow había llegado a su colmo; pero reflexionando que si se excedía, perjudicaría la suerte de Oliver, se contuvo y prestó el juramento que se le exigía.

—Veamos, ¿de qué acusa usted a ese muchacho? ¿Qué cargos puede formular contra él?

—Estaba frente a un puesto de libros...

—¡Silencio, señor mío! —interrumpió el señor Fang—. ¡A ver!... ¡Guardia!... ¿Dónde está ese guardia? ¡Que preste juramento el guardia! ¿Qué ha ocurrido, guardia?

El guardia refirió con humildad lo que había visto, tal como los lectores lo conocen.

—¿Y los demás testigos? —inquirió el juez.

—No hay ninguno, señor —respondió el guardia.

Calló Fang por espacio de algunos minutos, y vuelto luego con arrogancia hacia el caballero anciano, dijo:

—¿Va usted a manifestar de una vez qué cargos presenta contra ese muchacho, o es que se ha propuesto permanecer como un pasmarote toda su vida? Ha prestado usted juramento; tenga entendido que, si se niega ahora a presentar pruebas, le castigaré por faltar al respeto debido a la justicia. Le castigaré por...

Nadie es capaz de conjeturar por qué o por quién pensó decir el juez, pues en aquel momento preciso estornudaron ruidosamente el carcelero y el escribano, este último dejó caer simultáneamente un libraco enorme sobre el suelo, y entre el estornudo y el ruido producido por el libro impidieron que fuera oída la palabra... accidentalmente y por casualidad, claro está.

No sin sufrir varias interrupciones y sin verse obligado a oír repetidos insultos, el señor Brownlow consiguió hacer historia de lo que le había pasado, haciendo observar que, llevado de la sorpresa del momento, echó a correr tras el chico porque vio que éste huía, y manifestando deseos de que, si el magistrado creía que aquél no era en realidad ladrón, y sí cómplice de ladrones, le tratase con toda la lenidad compatible con la justicia.

—Ha resultado herido —terminó diciendo el anciano—, y me temo —añadió con gran energía, encarándose con el juez—, me temo que se encuentre enfermo de cuidado.

—¡Oh, sí! —exclamó Fang con sonrisa burlona—. ¡Desde luego! ¿Cómo no? ¡Ven acá, vagabundo miserable, que conmigo de nada sirven tretas! ¿Cómo te llamas?

Quiso contestar Oliver, pero la voz se cuajó en su garganta. Densa palidez cubrió su cara, y ante sus ojos espantados miraba vertiginosamente la habitación.

—¿Cómo te llamas, canalla empedernido? —repitió Fang—. ¡Guardia! ¿Cómo se llama ese cachorro?

La pregunta iba dirigida a un individuo viejo, de aspecto rudo y cara de bestia, que estaba de pie junto a la mesa. El viejo de cara de bestia se acercó a Oliver y repitió la pregunta; pero, como viera que el interrogado no se encontraba en disposición de poder contestar, y supiera por otra parte que su silencio centuplicaría la furia del magistrado, furia que se traduciría en aumento considerable en la severidad de la sentencia, echóse a adivinar, y contestó:

—Dice que se llama Tomás White, señor.

—¡Ah! ¿Es que no quiere hablar en voz alta? ¡Está muy bien... está muy bien! ¿Dónde vive?

—Donde puede, señor —respondió el funcionario, simulando que repetía la contestación dada en voz baja por Oliver.

—¿Tiene padres?

—Dice que murieron cuando era muy niño, señor.

En este punto estaba el interrogatorio, cuando Oliver alzó la cabeza y con voz suplicante pidió un sorbo de agua.

—¡Tonterías y tretas que no valen conmigo! —replicó el juez—. ¡Cuidadito con pretender engañarme!

—¡Creo que en verdad está enfermo de cuidado, señor! —intercedió el que tomó a su cargo contestar al interrogatorio.

—Y yo sé que está demasiado sano —replicó Fang.

—Sosténgalo usted, guardia; va a caer desplomado —terció el anciano.

—¡Atrás, guardia! —rugió el juez—. ¡Qué caiga, si ése es su gusto!

Aprovechando Oliver el permiso que se le concedía, cayó pesadamente en tierra y quedó desvanecido. Los funcionarios que había en la sala se miraron unos a otros, pero nadie osó acercarse al muchacho.

—Viendo estaba yo la comedia que preparaba —observó Fang con fatuidad—. Nadie le toque; él mismo se cansará pronto de estar así.

—¿Qué medios piensa adoptar Su Señoría para esclarecer el asunto? —preguntó el escribano.

—Ninguno —respondió el juez—. Queda sentenciado a tres meses..., de trabajos forzados, como es natural. ¡Despejen la sala!

Abierta estaba ya la puerta de la sala de justicia y dos hombres se disponían a sacar al desmayado muchacho para encerrarlo en el calabozo, cuando penetró rápidamente en la estancia y adelantó hasta la mesa del juez un hombre de bastante edad y de aspecto decente, aunque pobre, vestido de negro de pies a cabeza.

—¡Deténganse! ¡Deténganse! ¡No le saquen aún!... ¡Por Dios vivo, un momento de paciencia! —gritó el recién llegado, jadeante y casi sin alientos.

Aunque el genio que preside en las salas de justicia es dueño absoluto y arbitrario de las libertades, fama, buen nombre, carácter y hasta de la vida de los fieles vasallos de Su Majestad, sobre todo si son pobres, y aun cuando en el misterioso interior de esas salas se cometan a diario mil injusticias y se inventen cuentos fantásticos capaces de hacer verter lágrimas a los mismos ángeles, cuídase por lo menos de que las tropelías no transpiren al público, a cuyo conocimiento nunca llega más que aquello que la prensa quiere que llegue. Teniendo esto en cuenta, natural es que el señor Fang se indignara y tocara el cielo con las manos cuando vio penetrar en la sala en forma tan irreverente a un huésped a quien nadie había invitado.

—¿Pero qué es eso? ¿Cómo se entiende? ¡Sacadme a ese intruso a puntapiés! ¡Fuera!... ¡Despejen! —aulló el señor Fang.

—¡Quiero hablar! —replicó con entereza el desconocido—. Es preciso que me oigan. Lo he visto todo... Soy el dueño del puesto de libros. Pido que se me tome juramento... pido, exijo que se oiga mi declaración. Señor Fang. Vuestra Señoría tiene el deber de oírme. Vuestra Señoría no puede negarse a recibir mis deposiciones.

Tenía razón aquel hombre. Dada su resolución, dado su carácter determinado, eran

de temer complicaciones graves si intentaban imponerle silencio a la fuerza.

—¡Que preste juramento ese sujeto! —gruñó Fang con cara hosca—. ¿Qué es lo que usted tiene que decir?

—Lo siguiente —contestó el del vestido negro—: Vi correteando por la calle a tres niños, uno de los cuales era el prisionero, mientras este caballero estaba leyendo. El robo lo cometió uno de los tres, pero no el que ha caído en poder de la justicia. Lo vi todo, vi cómo sacaban el pañuelo, y vi que el hecho llenó de asombro y de estupefacción a ese infeliz que tienen preso.

A continuación, el librero procedió a contar la historia del robo de forma más ordenada con las circunstancias que en él concurrieron.

—¿Por qué no se presentó usted antes? —preguntó Fang después de una pausa.

—Porque no podía dejar abandonado mi comercio —replicó el librero—. Cuantas personas hubieran podido reemplazarme, se unieron a los perseguidores del inocente. A nadie encontré hasta hace cinco minutos. No bien me fue posible, vine corriendo.

—¿El robado estaba leyendo? —preguntó el juez después de otra pausa.

—Sí, señor; leía el libro mismo que ahora tiene en la mano.

—¡Ah! El libro que conserva en la mano, ¿eh? ¿Lo ha pagado?

—No, señor —contestó el librero sonriendo.

—¡Es verdad! ¡Lo había olvidado! —terció el caballero con ingenuidad.

—¡Desaprensivo necesita ser usted, señor mío, para atreverse a formular acusaciones contra ese pobre niño! —exclamó el señor Fang, haciendo cómicos esfuerzos para aparentar sentimientos humanitarios—. Entiendo que se ha apoderado de ese libro por medios feos y reprobables. Dé usted gracias a que el librero renuncia al derecho que le asiste de perseguirle criminalmente... Sea para usted lección saludable lo que acaba de suceder si no quiere que la ley descargue su espada contra usted. El niño queda absuelto... ¡Despejen inmediatamente!

—¡Me dará usted satisfacciones! —bramó el anciano, dando rienda suelta a la cólera comprimida desde hacía rato en los estrechos límites de su pecho—. ¡Exijo... usted!...

—¡Despejen! —repitió el juez—. ¿Oyen ustedes, guardias? ¡Despejen inmediatamente!

La orden fue obedecida. Bien a su pesar hubo de salir de la sala el señor Brownlow, con el libro en una mano y el bastón en la otra, aunque ni por un momento dejó de lanzar frases de reto. Su furia se disipó no bien llegó al patio. El desventurado Oliver Twist yacía boca arriba sobre las losas, desabrochada la camisa y chorreando agua que acababan de verter sobre su cabeza. Mortal palidez invadía su cara, y todo su cuerpo se estremecía.

—¡Pobre niño... pobrecillo! —exclamó el señor Brownlow, inclinándose sobre él—. ¡Llamen un coche, por favor!

No tardó en llegar un coche en cuyo interior acondicionó el anciano a Oliver, sentándose a continuación a su lado.

—¿Me permite que le acompañe? —preguntó el librero acercándose.

—¡Perdóneme, mi querido amigo, perdóneme! —contestó el anciano—. ¡Ya le había olvidado otra vez! ¡Dios mío!... ¡Aún conservo este desgraciado libro! ¡Entre usted, entre usted! ¡Pobre niño!... ¡No podemos perder tiempo!

El librero tomó asiento en el coche, y éste emprendió seguidamente la marcha.

Capítulo XII

Oliver es curado y atendido mejor que nunca. La historia vuelve a encontrar al jovial anciano y a sus dos amiguitos

Descendió el coche por Monte Alegre y subió por la calle Exmouth, siguiendo casi la misma ruta que siguiera Oliver el día que hizo su primera entrada en Londres en compañía del *Truhán*, y torciendo al llegar al Ángel, en Islington, vino a detenerse frente a una hermosa casa, sita en una calle tranquila y retirada, no lejos de Pentonville. Sin pérdida de momento fue preparada una cama en la que acostaron a Oliver, a quien el señor Brownlow hizo objeto de su paternal solicitud y de los cuidados y atenciones más tiernos.

Largos días permaneció Oliver insensible a las atenciones y desvelos de sus nuevos amigos. Varias veces salió el sol y varias veces se hundió por poniente después de visitar al desgraciado huérfano con sus rayos, sin que éste pudiera abandonar el lecho del dolor, en el que le retenía y devoraba una fiebre que gradualmente minaba su organismo. La obra del gusano que devora la carne de un cadáver no es más resistente, segura e implacable que la de ese fuego interno que penetra en la envoltura material y la corroe y aniquila.

Débil, desencajado, pálido y flaco despertó Oliver al fin de aquel sueño penoso y prolongado, e incorporándose trabajosamente y apoyando la cabeza sobre su brazo tembloroso, miró con ansiedad alrededor.

—¿Qué habitación es ésta? —preguntó Oliver—. ¿Dónde estoy? No es aquí donde solía dormir.

Pronunció estas palabras con voz muy débil, casi ininteligible, no obstante lo cual fueron oídas al momento, pues alguien corrió la cortina y en el acto se dejó ver una anciana de rostro dulce y expresión afable.

—¡Chitón, hijo mío! —dijo la anciana con voz dulce—. Es preciso que no te muevas, si quieres ponerte bueno. Has estado enfermo, muy enfermo, hijo mío, y hay que evitar las recaídas. ¡Ea! ¡Acuéstate otra vez, y quietecito, que así lo ha dispuesto el médico!

Uniendo la acción a la palabra, la buena señora colocó la cabeza de Oliver sobre la almohada y, separando los cabellos que en desorden caían sobre la frente del enfermo, miró a éste con solicitud y ternura tales, que Oliver no pudo menos de tomar entre su mano descarnada la de la anciana, y pasarla alrededor de su cuello.

—¡Bondad divina! —exclamó la buena señora con lágrimas en los ojos—. ¡Qué tesoro de agradecimiento guarda este pobre niño en su corazón! ¡Pobrecito! ¿Cuál no sería el placer de su madre, si después de haberle velado como yo, le viera tal como ahora se encuentra?

—Acaso me esté viendo —murmuró Oliver juntando las manos—. Acaso me ha velado durante mi enfermedad... ¡Hasta me parece que la veo ahí!...

—Efecto de la fiebre, hijo mío —contestó la señora con dulzura.

—Eso creo —dijo Oliver—. El Cielo está muy lejos, y los que en él moran son demasiado dichosos para bajar a velar junto a la cama de un pobre niño. Sin embargo, si mi madre ha sabido que he estado enfermo, aun desde el Cielo me habrá compadecido mucho... ¡Sufrió ella tanto antes de morir! ¡Pero no! —añadió Oliver después de algunos momentos de reflexión—, No ha debido saber lo que me ha sucedido. Si me hubiese visto enfermo y abatido, habría estado triste, y yo la he visto siempre alegre y risueña cuando se me ha aparecido en sueños.

No contestó la buena anciana; pero secó primero sus ojos, y a continuación sus anteojos que estaban sobre el cubrecama, cual si formaran parte integrante de su rostro,

sirvió a Oliver una bebida refrescante y le pasó cariñosamente la mano por la mejilla, recomendándole de nuevo que permaneciera quietecito a fin de evitar recaídas.

Calló Oliver y permaneció quietecito, tanto porque anhelaba obedecer a aquella amable señora, cuanto porque las pocas palabras que acababa de pronunciar habían agotado sus fuerzas. No tardó en conciliar un sueño tranquilo y reparador, del cual vino a despertarle la luz de una bujía que de repente aproximaron al lecho. Oliver abrió los ojos, y éstos tropezaron con la respetable figura de un caballero que, inclinado sobre él y fijos los ojos sobre un reloj enorme de oro, que en la mano tenía, le tomaba el pulso y declaraba que el enfermo estaba mucho mejor.

—Te encuentras muchísimo mejor, ¿no es verdad, querido? —preguntó el caballero.

—Sí, señor; muchas gracias —respondió Oliver.

—Seguro estaba yo de que mejorabas; ¿tendrás apetito, verdad?

—No, señor.

—¡Claro que no! —exclamó el caballero—. ¡No! ¡Ya sé que no puedes tenerlo! ¡No tiene apetito, señora Bedwin! —añadió con tono sentencioso.

La señora anciana hizo una inclinación respetuosa de cabeza, como queriendo significar que tenía al doctor, pues médico era el caballero en cuestión, por hombre de gran talento. Parece que ésta era la opinión que de sí tenía el propio interesado.

De seguro que tienes sueño, ¿no es cierto, amiguito?

—No, señor.

—¡Desde luego! —contestó el médico—. No tienes sueño, y así debe ser. ¿A que tampoco tienes sed?

—Sí, señor. Sed tengo mucha.

—¡Lo que yo esperaba, señora Bedwin, lo que yo esperaba! —dijo el médico—. Es muy natural que sienta sed. Déle un poquito de té con una tostada, pero sin manteca. No le arrope demasiado, pero cuide al propio tiempo de que no se enfríe mucho... ¿Lo hará así?

Inclinóse la anciana en señal de asentimiento, y el doctor, después de probar una tisana fría y de manifestar que le parecía bien, salió presuroso como quien tiene mil enfermos a quienes atender. Oliver se durmió de nuevo, siendo casi medianoche cuando despertó. La anciana le dio poco después las buenas noches y se fue, dejándole confiado a los cuidados de una mujer gruesa que acababa de entrar en la habitación llevando en una mano un librito de oraciones y en la otra un gorro de dormir. Luego que dejó el libro sobre la mesa y colocó el gorro de dormir en su cabeza acercó una butaca a la chimenea no sin antes manifestar a Oliver que había venido a velarle, y comenzó a descabezar sueñecitos y más sueñecitos, interrumpidos de tanto en tanto por terribles cabezadas y alguna que otra caída de bruces, sin consecuencias graves, por supuesto, ya que aquéllas solía sufrirlas por regla general la nariz.

Así se deslizó perezosamente la noche. Oliver permaneció largo rato despierto, ora contando los circulitos luminosos que la luz de la lámpara proyectaba sobre el techo filtrándose a través de la pantalla, ora intentando seguir con la vista las líneas del complicado dibujo del panel que cubría las paredes.

La semioscuridad y el silencio que en la estancia reinaban no podían ser más solemnes. Invitaban a la meditación y terminaron por impresionar profundamente a Oliver, quien creyó que la muerte inexorable, después de haber rondado su lecho durante varios días y otras tantas noches, podía volver más terrible, más espantosa. Estas reflexiones le llenaron de pavor, que creyó disipar hundiendo la cara en la almohada y elevando al Cielo ferviente oración.

Invadióle gradualmente ese sueño tranquilo que sólo recientes enfermedades pueden proporcionar, ese reposo saludable y dulce del cual no quisiera uno despertar. ¿Quién, aun cuando del descanso de la muerte se tratara, desearía sacudirlo para verse envuelto de nuevo en las luchas por la vida, para sentirse arrastrado por el torbellino de las necesidades, para volver a encontrarse con las tristes eventualidades del presente, las sombrías inquietudes del porvenir y, más que nada, con los recuerdos amargos del pasado?

Era muy entrado el día cuando Oliver abrió los ojos. Al despertar, invadióle una sensación de bienestar inefable. Había pasado la crisis; volvía a pertenecer al mundo de los vivos.

Tres días después pudo abandonar el lecho y permanecer algunas horas sentado en un sillón bien guarnecido de almohadas, y como su debilidad excesiva no le consintiera andar, la buena señora Bedwin dispuso que le bajasen a su misma habitación, donde le sentó junto a la chimenea. A su lado tomó aquélla asiento, y fue tal su alegría al ver al enfermo fuera de peligro, que comenzó a llorar, sin ser dueña de sí misma.

—No hagas caso de mi llanto, hijo mío, que el llanto es para mí un desahogo necesario—. ¡Mira! Ya estoy bien. Ya me tienes tranquila.

—Es usted muy buena para mí, señora —contestó Oliver.

—No hables de eso, querido, que no vale la pena. Vas a tomar ahora una tacita de caldo, que es ya hora de dar a tu cuerpo un refrigerio. Dice el médico que probablemente vendrá esta mañana el señor Brownlow a hacerte una visita, y es necesario que te encuentre bien, pues cuanto mejor sea tu aspecto, mayor será su alegría.

Mientras hablaba, la anciana calentaba una cacerolita llena de un caldo tan substancioso, que hubiera bastado para alimentar a trescientos cincuenta personas, por lo menos, de las habituadas a las suculentas comidas del hospicio en que fue criado Oliver.

—¿Te gustan los cuadros, hijo mío? —preguntó la anciana observando que Oliver contemplaba extasiado un retrato que pendía de la pared.

—No puedo decirlo, señora —respondió Oliver, sin apartar los ojos del lienzo—. He visto tan pocos, que no entiendo de ello. ¡Qué hermoso y qué dulce es el rostro de esa señora!

—¡Ah! Los pintores embellecen siempre a las damas que retratan, sin lo cual pronto perderían la clientela, hijo mío. El hombre que inventara un aparato que reflejara con exactitud el rostro humano, es más que probable que se pasaría la vida cruzado de brazos. Lo que digo es tan cierto como el Evangelio —dijo la señora, sonriendo maliciosamente.

—¿Se parece a alguien esa pintura, señora?

—Sí; es un retrato.

—¿De quién?

—Si quieres que te diga la verdad, no lo sé. Seguramente de alguna persona que ni tú ni yo hemos conocido. Observo que te llama mucho la atención, hijo mío.

—¡Es tan hermoso, tan bello!

—¡Cómo! ¿Será posible que te infunda temor? —preguntó la señora Bedwin, observando la especie de respeto con que Oliver contemplaba el retrato.

—¡Oh, no, no! —replicó vivamente Oliver—. Pero es que la mirada me parece triste, melancólica, y visto el retrato desde aquí, creo que está mirando... esa mirada hace que mi corazón lata con más fuerza —añadió el muchacho en voz baja—. ¡Diríase que esa señora quiere hablarme y no puede!

—¡Dios mío! —exclamó la buena enfermera—. ¡No hables así, hijo de mi alma! Estás débil de resultas de tu enfermedad, eres impresionable sin duda y tus nervios están

excitados. Daremos media vuelta a tu butaca y así no verás el retrato... ¡así! —dijo la anciana, uniendo la acción a la palabra—. ¡Vaya! ¡Ya no lo tienes de frente!

Oliver, empero, lo veía con los ojos del alma tan clara y distintamente como si no hubiesen alterado la posición de su butaca, pero en su deseo de no importunar a la buena señora, sonrió con dulzura, llevando la tranquilidad al ánimo de su enfermera, la cual, contenta y satisfecha, echó sal al caldo, cortó en pedacitos el pan tostado y los puso en la taza, haciendo todas las operaciones con la solemnidad y delicadeza que aquéllas merecían. Oliver tomó el sopicaldo con excelente apetito, y cuando acababa de llevar a la boca la última cucharada, llamaron suavemente a la puerta.

—Adelante —dijo la señora Bedwin.

En el marco apareció acto seguido el señor Brownlow.

Entró el buen caballero con paso ligero; pero no bien alzó sus anteojos hasta la frente y se inclinó, llevando las manos a los faldones de su levita, para ver mejor a Oliver, sus facciones pasaron por una serie variadísima de contorsiones a cuál más extraña.

Extenuado Oliver de resultas de su enfermedad, hizo un esfuerzo para levantarse impulsado por su deseo de dar a su bienhechor una prueba de respeto, pero cayó desplomado en el sillón. El corazón del señor Brownlow, tan grande que muy bien hubieran podido sacarse de él seis corazones para otros tantos caballeros de sentimientos nobles y humanitarios, merced a misteriosas operaciones hidráulicas que no intentaré explicar, porque para hacerlo satisfactoriamente sería preciso que poseyera conocimientos filosóficos que no poseo, llevó a sus ojos torrentes de agua que brotaron en raudal traducidos en lágrimas. Hasta tal extremo le conmovió la actitud del muchacho.

—¡Pobre niño! ¡Pobre niño! —exclamó el señor Brownlow, esforzándose por dar a su voz su timbre habitual—. Estoy un poco afónico, señora Bedwin... temo haber cogido un catarro muy regular.

—Yo creo que no, señor —contestó la señora Bedwin—. He tenido buen cuidado de que su ropa estuviera bien seca.

—¡No sé... no sé! —replicó el señor Brownlow—. Me parece que ayer, en la comida, me puso usted una servilleta húmeda... pero, en fin, no hablemos de ello. ¿Qué tal te encuentras, hijo mío?

—Feliz, señor, y agradecidísimo a las bondades de usted —contestó Oliver.

—¡Buen muchacho! —exclamó el anciano con emoción—. ¿Le ha dado usted de comer, señora Bedwin? Algún caldo, ¿eh?

—Una taza acaba de tomar en este instante, pero muy substancioso —contestó la enfermera, recalcando la última palabra con gran énfasis.

—Un par de vasitos de vino generoso me parece que le hubieran sentado mejor que el caldo, ¿no es verdad Tomás White?

—Me llamo Oliver, señor —replicó sorprendido el enfermo.

—¡Oliver!... —repitió el señor Brownlow— ¿Oliver qué? Oliver White, ¿verdad?

—No, señor... Twist, Oliver Twist.

—¡Es particular! Entonces, ¿por qué dijiste al juez que tu apellido era White?

—¡Yo no he dicho tal, señor! —contestó Oliver desconcertado.

Tales visos de mentira tenía la contestación, que el caballero fijó en la cara de Oliver una mirada severa. La sinceridad, empero, que reflejaban sus facciones disiparon inmediatamente sus dudas.

—Oí mal, sin duda —murmuró.

Parece natural que el anciano caballero dejara de mirar con fijeza, a Oliver desde el

momento que desapareció la causa que a ello le impulsara. No ocurrió así, sin embargo: siguió contemplándole con tenacidad, con mirada intensa. ¿Por qué? Sencillamente porque se fijó de nuevo en su imaginación la idea de que las facciones del muchacho eran reproducción de otras que él había conocido.

—¡Sentiría que se hubiese enojado conmigo, señor! —dijo Oliver dirigiendo a su protector una mirada suplicante.

—¡No, no! —replicó el anciano—. Pero... ¡Cielo santo! ¡Mire usted, señora Bedwin, mire usted!

Así diciendo, extendió el brazo hacia el retrato y luego hacia la cara de Oliver, que con la de aquél ofrecía una semejanza asombrosa. Los mismos ojos, la misma boca, las mismas facciones. La expresión de los rostros era tan idéntica que todas las líneas del semblante del muchacho parecían trasladadas al lienzo.

No pudo Oliver conocer la causa que arrancó al anciano su brusca exclamación, porque, demasiado débil para resistir la impresión que le produjo, se desmayó. Por cierto que su desmayo proporciona al cronista una ocasión feliz para poner fin a la suspensión en que dejó a los lectores acerca de la suerte que corrieron los dos juveniles discípulos del festivo caballero Judío.

Cuando el *Truhán* y su digno camarada Carlos Bates, después de haberse apropiado en forma de legalidad harto discutible del pañuelo del señor Brownlow, se mezclaron a la muchedumbre que perseguía a Oliver, y no fueron los más tardos en gritar: «¡Al ladrón! ¡Al ladrón!» obraron impulsados por un motivó, laudable, cual es el de la conservación de sí mismos, con doble razón si se tiene en cuenta que el derecho a la libertad individual es el privilegio de que más nos enorgullecemos los verdaderos ingleses. No seré yo quien afee un acto que, lejos de desdorar a los que lo llevaron a cabo, no puede menos de ensalzarlos en la opinión del público genuinamente patriótico, toda vez que por lo mismo que es prueba brillante del celo, de la ansiedad con que defendieron la hermosa prerrogativa de su libertad individual, viene a confirmar y a corroborar ese hermoso ramillete de leyes con que algunos filósofos profundos, inspirándose en la Naturaleza, han enriquecido a la humanidad, reduciendo muy sabiamente a máximas y fórmulas precisas y determinadas las operaciones de aquella señora, aun cuando a la sabiduría incontestable de la misma hayan tenido que sacrificar todos los impulsos generosos y todas las consideraciones humanitarias y sentimentales. Verdad es que aquéllos y éstas se empequeñecen, se esfuman y se borran ante la grandeza de la ama que, según el consentimiento unánime de todos los hombres y de todos los siglos, se encuentra muy por cima de las pequeñeces y debilidades comunes a las de su sexo.

Si para poner de relieve la profunda filosofía en que inspiraron su conducta los dos caballeritos para salir airosos del predicamento verdaderamente delicado en que se encontraban, hubiera de necesitar una prueba más, la buscaría y hallaría terminante en el hecho, mencionado ya en la parte expositiva del asunto de que abandonaran la persecución y emprendieran el regreso a su domicilio por el camino más breve no bien observaron que la atención general se había concentrado en Oliver, pues aunque no es mi ánimo afirmar que sea práctica corriente de los grandes sabios llegar a conclusiones de trascendencia por el camino más corto, toda vez que, por el contrario, suelen alargar indefinidamente las distancias recurriendo a circunloquios y digresiones ajenas las más de las veces al asunto, defectillo que, si bien no puede negarse que les da cierta semejanza con los borrachos que al regresar a sus casas lo hacen invariablemente por el camino más largo, hay que perdonarles en gracia a que se sienten arrastrados y desviados de su objetivo por el torrente

de ideas que su fecundo genio elabora, diré, sin embargo, y lo haré constar con tanta claridad como decisión, que es práctica invariable de los filósofos profundos, de los filósofos verdaderamente grandes, dar pruebas brillantísimas, al sentar sus teorías, de sabiduría y de previsión maravillosas en lo que se refiere a hacer acopio de razones en virtud de las cuales nunca, y en ningún caso, pueden verse sus respetabilísimas personalidades obligadas a atemperar su conducta a las máximas por ellos sustentadas, que dicho se está, no deben ni pueden afectarles. Así, por ejemplo, a trueque de conseguir un gran bien, puede permitirse al filósofo la comisión de un mal pequeño, aunque redunde en perjuicio de tercero, toda vez que el fin ha de justificar los medios empleados, con doble motivo si se tiene en cuenta que la *cantidad* de malicia, como la *cantidad* de lo justo de la acción, y hasta la diferencia entre la bondad y malicia de la misma, son accidentes que competen de derecho al filósofo, nimiedades que ha de precisar y determinar su clara y profunda inteligencia previo estudio de cada caso particular, estudio que no puede menos de ser imparcial por lo mismo que se refiere a asuntos en los cuales es parte interesada el mismo que juzga.

Y basta de consideraciones filosóficas.

Luego que los dos simpáticos caballeritos hubieron recorrido con celeridad prodigiosa infinidad de calles y callejas, las más intrincadas y laberínticas de la ciudad, hicieron alto, de común acuerdo, bajo un arco sombrío y de escasa elevación. No bien transcurrió el tiempo necesario para recobrar el aliento, Carlos Bates lanzó un grito de alegría y rompió a reír a carcajadas de violencia tan extremada, que concluyeron por agotar sus fuerzas y por obligarle a rodar por el suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó el *Truhán.*

—¡Ja, ja, ja, ja!

—No armes ese escándalo —observó el *Truhán*, tendiendo alrededor miradas inquietas—. ¿Quieres que te echen mano, animal?

—¡No puedo menos! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡No puedo menos! Me parece verle corriendo como alma que lleva el diablo, doblando esquinas y más esquinas, pasar de una calle a otra, atropellando a los transeúntes, chocando contra los guarda-cantones y continuando la marcha como si su cabeza fuera de acero y no de carne y hueso, mientras yo, llevando en el bolsillo el pañuelo robado, corría frenético en su persecución, y gritaba con toda la fuerza de mis pulmones: «¡Al ladrón! ¡Al ladrón!» ¡Ja, ja!

La viva imaginación de Bates le representaba la escena bajo una aspecto tan cómico, que hubo de interrumpir su narración para revolcarse de nuevo por el suelo.

—¿Qué dirá Fajín? —preguntó el *Truhán*, aprovechando un instante en que Bates tomaba aliento.

—¿Qué dirá? —repitió Bates.

—Eso pregunto, sí.

—¿Qué quieres que diga? —respondió Bates, poniéndose serio al observar la seriedad de su compañero.

En vez de contestar, el *Truhán* comenzó a silbar, y al cabo de un par de minutos se quitó el sombrero, se rascó la oreja, y concluyó inclinando la cabeza por tres veces consecutivas, dando a su rostro una expresión muy picaresca.

—¿Qué quieres darme a entender con eso? —preguntó Bates.

—Nabos, jamón y espinacas, ranas que no saltan y mozos con *quinqué* —contestó el *Truhán* con sorna.

Respuesta era, aunque no satisfactoria ni clara. Bates, entendiéndolo así, preguntó

de nuevo:

—¿Qué quieres darme a entender con eso?

No se dignó contestar el *Truhán*. Calóse el sombrero, echó bajo el brazo los largos faldones de su levita, arrugó su nariz en forma sumamente expresiva y, girando sobre sus talones, emprendió la marcha, seguido de Bates, cuyo rostro reflejaba honda preocupación. Momentos después de sostenida la conversación que queda copiada, llegaba a oídos del judío rumor de pasos que hacían crujir los decrépitos peldaños de la escalera. El divertido viejo se hallaba sentado al amor de la lumbre, teniendo un panecillo en una mano, un cuchillo en la otra, y frente a su persona, sobre unas trébedes, un cacharro de peltre. Sus labios descoloridos se plegaron en una sonrisa picaresca al volver la cabeza y escuchar con gran atención.

—¡Cómo! —exclamó el judío, cuyo rostro varió brusca y radicalmente de expresión—. ¿Qué es eso? ¿Sólo dos? ¿Dónde está el tercero? ¡No es posible que les hayan ocurrido contratiempos!...

Los pasos se acercaron: muy pronto resonaron en el rellano la puerta se abrió lentamente y entraron el *Truhán* y Bates, que se apresuraron a cerrarla tras sí.

Capítulo XIII

Se hace la presentación de nuevos personajes que han de figurar en varios incidentes agradabilísimos de esta historia

—¿Dónde está Oliver? —gritó colérico el judío, levantándose con expresión amenazadora—. ¿Qué habéis hecho del muchacho?

Los dos pilletes miraron a su maestro con expresión de temor, cual si la violencia del tono empleado por aquél les hubiera alarmado; contempláronse luego mutuamente, y no contestaron palabra.

—¿Qué ha sido de Oliver? —rugió Fajín, agarrando por el cuello al *Truhán* y lanzando por la boca un torrente de maldiciones—. ¡Habla, o te estrangulo!

Tan en serio parecía hablar Fajín, que Carlos Bates, mozo prudentísimo, amigo de curarse en salud e inclinado por temperamento a esquivar los peligros, considerando altamente probable ser la segunda víctima inmolada por el judío, si éste se decidía a estrangular a su camarada, cayó de rodillas y lanzó un grito recio y prolongado, un grito que lo mismo podía confundirse con el mugido de un toro enfurecido, como con el bramar de una bocina.

—¿Hablarás con cien mil de a caballo? —vociferó el judío, sacudiendo al *Truhán* con tal furia, que sólo un milagro pudo impedir que se le quedara su levita entre las manos.

—Ha caído en la ratonera, y nada más —contestó el granuja con expresión sombría—. ¡Vaya! ¿Me suelta usted o no?

Desprendiéndose de un salto de la levita, que quedó en manos del judío, el *Truhán* se apoderó de la tostadera con la cual tiró un viaje tan violento al jovial caballero, que si acierta a alcanzarle, es más que probable que hubiera concluido para siempre con su jovialidad.

Merced a un salto atrás, dado con agilidad increíble en un hombre de sus años, logró esquivarle el golpe, y agarrando al propio tiempo el jarro de peltre, lo levantó con ánimo de estrellarlo contra la cabeza de su agresor. Por fortuna para éste, Bates llamó su atención lanzando un aullido espantosamente terrorífico, y el jarro destinado al *Truhán*, partió en busca de la cabeza de Bates.

—¿Qué demonios pasa aquí? —gritó en aquel punto una voz bronca—. ¿Quién se atreve a tirarme un jarro a la cara? ¡Gracias a que fue la cerveza y no el jarro el que me hirió, que de lo contrario, alguno lloraría lágrimas de sangre! No creía yo que un judío infernal, rico, ladrón y viejo, fuera capaz de tirar otro líquido que el agua... y ni siquiera agua, si no fuera porque la roba a la empresa que la proporciona a la ciudad. ¿Qué ocurre, Fajín? ¡Voto a...! ¡Me has manchado con cerveza la corbata!... ¡Entra tú, animal gruñón! ¿Qué haces ahí, como si te diera miedo tu maestro? ¡Entra enseguida!

El hombre que barbotaba estas palabras era un mocetón robusto, de unos treinta y cinco años de edad, que vestía levita negra de terciopelo, calzones muy manchados y deteriorados y medias de algodón gris, que encerraban un par de pantorrillas de gran diámetro... unas pantorrillas de esas que siempre parecen incompletas y sin terminar si en los tobillos no presentan unos grilletes a guisa de adorno. Cubría su cabeza un sombrero de color oscuro y rodeaba su cuello un pañuelo sucio y grasiento, con cuyas puntas limpiaba su dueño la cerveza que corría por su cara. Cuando hubo terminado esa operación, quedó al descubierto una cara de líneas rudas y barba crecida, animada por dos ojos de siniestra expresión, uno de los cuales presentaba síntomas indubitables de haber trabado recientemente estrechas relaciones con un puño.

—¡He dicho que entres!... ¿Has oído? —rugió el rufián.

Arrastrándose por el suelo, entró en la habitación un perro lanudo y muy sucio, cuya cabeza estaba llena de chirlos y descalabraduras.

—¿Por qué no entraste antes? —repuso el mocetón—. ¿Es que vas echando orgullo y ya no quieres reconocerme delante de la gente? ¡Échate ahí!

Al mandato acompañó una patada que lanzó el animal al extremo opuesto de la habitación. Muy acostumbrado debía estar el perro a caricias como aquélla, pues se acurrucó tranquilamente en un rincón, sin exhalar un quejido, y abriendo y cerrando sus feos ojos más de veinte veces en menos de un minuto, pareció entregarse de lleno a la obra de examinar la habitación en que se encontraba.

—¿Por qué reñías... por qué maltratabas a los muchachos, viejo avaro, tunante y ladrón? —gritó el recién llegado con aire resuelto—. ¡No comprendo cómo no te matan! Tiempo ha que te habría cortado el pescuezo si yo fuera tu aprendiz, y, además... ¡pero no! No hubiera podido venderte luego, como no fuera para exhibirte como modelo de deformidad encerrado en una botella, y creo que no fabrican botellas bastante grandes para contener a una bestia como tú.

—¡Chitón, señor Sikes! —exclamó el judío temblando—. ¡Hable usted más bajo!

—A mí no me llames señor, gran canalla, que es cosa sabida que cuando apelas al registro de las dulzuras, es porque meditas alguna granujería. Conoces mi nombre, así que puedes llamarme por él. Te aseguro que sabré hacerle honor cuando llegue el caso.

—¡Bien, Guillermo Sikes, muy bien! —dijo el judío con humildad abyecta—. Parece que venimos de mal humor...

—Puede ser, aunque creo que no es muy bueno el tuyo, a no ser que por distracción te divirtieras tirando jarros de peltre a la cabeza de tus amigos, lo cual confieso que es menos malo que denunciarlos.

—¿Estás loco? —exclamó el judío, asiendo a su interlocutor por una manga y extendiendo el brazo hacia los muchachos.

Contentóse Sikes con echarse al pescuezo un nudo corredizo imaginario y con dejar caer la cabeza sobre el hombro derecho, pantomima que el judío comprendió perfectamente, y a continuación, empleando un vocabulario extravagante, que

probablemente resultaría ininteligible para mis lectores si de él hiciera uso aquí, pidió un vasito de licor.

—¡Cuidado con mezclarle algún veneno! —dijo Sikes, dejando el sombrero sobre la mesa.

Díjolo como en son de broma; pero si al decirlo hubiera reparado en la sonrisa infernal que vagó por los labios del judío, quizá habría comprendido que la recomendación no era del todo innecesaria y que no eran ganas lo que al jovial viejo faltaban de perfeccionar la industria *destilatoria*.

Luego que trasegó dos o tres vasos de licor, Sikes llevó su condescendencia hasta el extremo de *enterarse* de la presencia de los dos pilletes, a los cuales consintió que tomaran parte en una conversación que versó principalmente sobre el cómo y el porqué de la prisión de Oliver. Huelga decir que los cronistas de la misma hicieron una narración circunstanciada, en la que introdujeron cuantas alteraciones creyó el *Truhán* que aconsejaba la prudencia.

—Temo que ese muchacho diga cosas que nos proporcionen algún disgusto —observó el judío.

—Es muy probable —respondió Sikes, sonriendo con malicia—. Me parece que te veo bailando el zapateado en el aire, Fajín.

—Y temo también —repuso el judío, afectando no haberse percatado de la interrupción y mirando con fijeza a su interlocutor—, que sí comienza el baile conmigo, puedan bailar muchos otros, con la circunstancia de que el baile que éstos bailen, y sobre todo el que baile usted, mi querido amigo, será más movido que el mío.

Estremecióse Sikes y se revolvió con furia contra el judío, pero vio que éste tenía fija la mirada en el techo y que la expresión de su rostro era de inocencia perfecta.

Sobrevino un silencio prolongado. Todos los individuos de aquella asociación respetabilísima parecían embebidos en sus propias reflexiones, sin exceptuar el perro, el cual se lamía el hocico como estudiando la manera de probar la fuerza de sus colmillos en las pantorrillas del primer mortal que topara en la calle en cuanto saliera de casa.

—Es preciso que alguien vaya a informarse de lo que haya en el juzgado —dijo Sikes, con voz más baja de la que desde que llegó había empleado.

El judío hizo un gesto de aprobación.

—Si no ha movido la sin hueso, y le han encerrado ya en la cárcel, ningún peligro corremos hasta que lo suelten —añadió Sikes—. Habrá que estar sobre aviso para entonces, y sobre todo, amarrarle de alguna manera.

Nueva señal de aprobación del judío.

La conveniencia de adoptar la norma de conducta sugerida por Sikes saltaba a la vista, pero para traducirla en hechos, precisaba vencer obstáculos de consideración. Tanto el *Truhán* como Carlos Bates, lo mismo que Fajín y Guillermo Sikes, miraban con profunda antipatía a los jueces, antipatía extensiva a las salas en que aquéllos administraban justicia y hasta a sus inmediaciones.

Es difícil predecir cuánto tiempo hubieran permanecido callados mirándose unos a otros reflejando indecisiones siempre desagradables. Verdad es que sería innecesario hacer conjeturas, pues la súbita llegada a escena de las dos *señoritas* que Oliver había tenido el honor de conocer anteriormente, dio nuevo pábulo a la interrumpida conversación.

—¡Feliz coincidencia! —exclamó el judío—. Belita irá; ¿verdad, querida?

—¿Adónde? —preguntó la interrogada.

—Al juzgado, querida —respondió con voz melosa el judío.

En honor a la verdad, debo decir que la joven no afirmó explícitamente que no iría, pues se limitó a expresar el deseo de ser ahorcada antes que visitar el lugar que se le indicaba; forma delicada de eludir el cumplimiento de un favor que se nos pide, que demuestra que Belita había recibido esa educación exquisita que nos impide causar a nuestros semejantes la pesadumbre consiguiente a las negativas expresas y formales.

Anublóse el semblante del judío, quien volviendo la espalda a Belita, ataviada con un vestido magnífico por no decir soberbio, de seda encarnada, y calzada con botitas verdes, se dirigió a su compañera.

—Y tú, querida Anita, ¿qué me dices? —preguntó el judío con dulzura exquisita.

—Que eso no reza conmigo, Fajín, así que, puede evitarse la molestia de insistir —contestó Anita.

—¿Sabes lo que dices? —preguntó Sikes con acento amenazador.

—Sé que lo dicho, dicho está —replicó con tranquilidad la joven.

—Precisamente eres tú la única que puede hacerlo —insistió Sikes—. Nadie te conoce en el distrito.

—Y como ni me conviene, ni quiero que me conozcan —replicó Anita conservando la misma calma—, digo que no voy, lisa y llanamente, Guillermo.

—Ella irá, Fajín —dijo Sikes.

—No, Fajín, no irá —dijo Anita.

—Repito que irá, Fajín; no hay más que hablar —gritó Sikes.

Los hechos dieron la razón a Sikes. Alternando sabiamente las amenazas con los requiebros y promesas, la complaciente joven concluyó por aceptar la comisión. A decir verdad, su repugnancia no reconocía las mismas razones que motivaban las de su amiga, pues recién llegada al barrio de Field Lane desde el lejano pero elegante distrito de Ratcliffe, no debía temer ser reconocida por sus numerosos amigos, como le ocurría a Belita.

En consecuencia, después de haber ceñido alrededor de su cuerpo un delantal blanco y escondido los hermosos rizos de su cabeza bajo un modesto sombrero de paja, prendas sacadas del bien provisto guardarropa del judío, la señorita Anita se dispuso a lanzarse a la calle para desempeñar su cometido.

—Un momento, querida mía —dijo el judío, entregándole una cestita cubierta—. Lleva esto en la mano, y presentarás un aspecto más respetable.

—Dale una llave de buen tamaño para que la lleve en la otra mano —insinuó Sikes—. Así representará su papel más al natural.

—¡Sí, sí! —exclamó el judío, colgando de uno de los dedos de la mano derecha de la joven una llave mayúscula—. ¡Es verdad! ¡Magnífico, querida! ¡Estás admirable! —terminó, frotándose las manos.

—¡Oh, mi hermano querido! ¡Mi desgraciado, mi inocente, mi angelical hermanito! —exclamó Anita, vertiendo raudales de lágrimas, y apretando con mano convulsa la cesta y la llave, cual si se debatiera en las amargas agonías de la desesperación—. ¿Qué ha sido de mi pobrecito hermano? ¿Dónde le han llevado? ¡Oh, caballero! ¡Compadézcanse de mí, y díganme por piedad qué ha sido de mi hermanito! ¡Háganlo, caballeros, háganlo, por favor!

Pronunciadas las palabras que quedan copiadas con voz lastimera entrecortada por los sollozos, con alegría indecible de los que la escuchaban, Anita calló, hizo algunos guiños graciosísimos, se inclinó profundamente ante sus oyentes, y salió.

—¡Oh! ¡Es lista, amigos míos, lista como la que más! —exclamó el judío, volviéndose, hacia sus discípulos y moviendo la cabeza con gravedad, como para

recomendarles que procurasen seguir el brillante ejemplo que la joven acababa de darles.

—Hace honor a su sexo —contestó Sikes, llenando otro vaso y descargando sobre la mesa un puñetazo terrible.

—¡Bebo a su salud, y hago votos porque su conducta tenga imitadores!

Mientras todos los presentes se esforzaban por prodigar encomios a Anita, ésta se encaminaba al juzgado de guardia, al cual no tardó en llegar sana y salva, aunque probablemente debió experimentar en el camino ese sentimiento de timidez natural común a todas las jóvenes que se encuentran solas y sin protección en la vía pública.

Entró en el juzgado de guardia por la parte trasera, encaminándose en derechura a una de las celdas cerradas, en cuya puerta llamó suavemente con la llave que en la mano llevaba.

Escuchó; pero, como no contestaran, tosió, y volvió a esperar. Continuó el silencio en el interior de la celda, y entonces se decidió a hablar.

—¡Oliver... querido mío! —llamó Anita con voz dulce—. ¡Oliver!...

No había allí más que un mísero vagabundo, preso por haber cometido el horrendo crimen de tocar la flauta, Probada su culpabilidad, demostrada con plena evidencia la exactitud del acto delictivo perpetrado contra la sociedad, fue condenado por el justiciero señor Fang a un mes de prisión correccional. En la sentencia hizo constar el mencionado señor Fang el siguiente considerando, tan gracioso como apropiado al caso: «Considerando que el criminal disponía de tiempo sobrado, que dedicaba a tocar la flauta; considerando que este ejercicio es poco sano, y en cambio nada es tan, higiénico como el trabajo corporal, se entenderá que el mes de prisión correccional lleva como accesoria los trabajos forzados» Tal era, pues, el réprobo que ocupaba la celda a cuya puerta llamó Anita, el cual no contestó porque no tenía potencias ni sentidos más que para llorar mentalmente la pérdida de la flauta, confiscada en favor del Estado. Anita llamó en la puerta de la celda contigua.

—¿Quién va? —preguntó una voz débil y temblorosa.

—¿Hay ahí encerrado un muchacho? —inquirió Anita, no sin que a guisa de preámbulo precediera a la pregunta el correspondiente sollozo.

—¡No! —respondió la voz—. ¡No lo permita Dios!

El que así contestaba era un criminal peligroso de unos sesenta y cinco años de edad, a quien habían metido en la cárcel por *no tocar* la flauta... En otras palabras: por pedir limosna públicamente sin hacer cosa alguna para ganarse la vida.

Ocupaba la tercera celda un forajido que iría a presidio por vender jarros y cacerolas sin autorización, es decir, por trabajar para ganarse el sustento con menosprecio y perjuicio de la Hacienda Pública.

Como ninguno de los criminales mencionados respondía al nombre de Oliver, ni daba razón del muchacho, Anita abordó resueltamente al guardián de las barbas y del manojo de llaves, a quien conocen ya mis lectores, y a vuelta de mil suspiros y otros tantos sollozos, preguntó por su idolatrado hermanito.

—No está aquí, querida —contestó el interrogado.

—¿Dónde está, pues? —preguntó Anita, dando a sus palabras un tono desgarrador.

—Se lo llevó el caballero.

—¿Qué caballero? ¡Dios mío!... ¿Pero qué caballero?

Al fin de dejar satisfecha de una vez a la joven, librándose de paso de contestar sus preguntas incoherentes, el funcionario judicial refirió a la desolada hermana que Oliver se había desmayado en la sala del tribunal, y que habiéndose presentado un testigo a

demostrar que el robo que se le atribuía había sido cometido por otro muchacho, tuvo el juez a bien declararle absuelto, a raíz de lo cual el acusador se llevó al muchacho, todavía desmayado, a su propio domicilio, que debía estar hacia Pentonville, si no mentían las señas que aquél dio al cochero.

Debatiéndose en un mar agitado de dudas y de ansiedades, la dolorida joven se dirigió con paso vacilante hacia la puerta, donde sin duda debió recobrar todas sus fuerzas, pues regresó con paso rápido, firme y seguro a la casa del judío, siguiendo la ruta más tortuosa y complicada que pudo imaginar.

No bien conoció Guillermo Sikes el resultado de la comisión desempeñada por Anita, se caló el sombrero y salió como una flecha, sin tomarse la molestia de despedirse de sus compañeros.

—¡Es preciso averiguar dónde está! —exclamó el judío sin poder disimular su agitación—. Hay que encontrarle a todo trance. Tú, Bates, sal inmediatamente y no vuelvas a casa hasta que me traigas noticias suyas... Anita, querida mía, es preciso que me le encuentres... En ti confío... y en el *Truhán*. ¡Esperad un momento! —añadió, abriendo con mano trémula un cajón—. Tomad dinero, amigos míos. Esta noche cerraré la tienda... ya sabéis dónde podéis encontrarme. No perdáis tiempo, queridos, ni un segundo.

Hablando de esta suerte les acompañó hasta la escalera, cerró con dos vueltas de llave la puerta y sacó la cajita que bien a su pesar dejara otro día ver a Oliver. Con gran precipitación guardó en sus bolsillos los relojes y joyas que aquélla contenía.

No había terminado la operación, cuando recibió un susto mayúsculo al oír que llamaban a la puerta.

—¿Quién va? —preguntó temblando.

—Soy yo —contestó el *Truhán*, pegados los labios al ojo de la llave.

—¿Qué pasa? —inquirió el judío con impaciencia.

—Anita quiere saber si debemos encerrarlo en la otra guarida.

—Lo primero es encontrarle, que yo sabré lo que después debe hacerse: no tengas cuidado.

Murmuró el *Truhán* algunas palabras entre dientes, y bajó apresuradamente la escalera para no hacer esperar a sus compañeros.

—No ha hablado hasta ahora —dijo para sí el judío—. Si su intención es hablar demasiado, todavía es tiempo de cerrarle la boca.

Capítulo XIV

Nuevos detalles sobre la estancia de Oliver en casa del señor Brownlow y vaticinio hecho por cierto señor Grimwing acerca del resultado de una comisión encargada al muchacho

Repuesto muy en breve Oliver del desmayo que la brusca exclamación del señor Brownlow le produjera, tanto este señor como la enfermera evitaron con diligencia volver a hablar del retrato, entablando una conversación que no versó ni sobre la historia ni sobre el porvenir de Oliver, sino sobre cosas encaminadas a distraerle sin producirle impresiones fuertes. No se sentó a la mesa a la hora de comer porque su debilidad era mucha para consentirlo; pero cuando a la mañana siguiente bajó al cuarto de la señora que le atendió y cuidó durante su enfermedad, lo primero que hizo fue dirigir una mirada a la pared, llevado de la esperanza de encontrar allí el retrato de la hermosa señora. El retrato había desaparecido.

—No está ya, ¿eh? —dijo la señora Bedwin, que había seguido la dirección de la mirada de Oliver.

—En efecto —contestó Oliver exhalando un suspiro—. ¿Por qué lo han quitado?

—Lo hemos quitado, hijo mío, porque dijo el señor Brownlow que la vista del retrato te hacía daño y acaso retardase tu curación.

—¡Oh, no! ¡No me hacía daño, señora! Me agradaba verlo... ¡Lo quería tanto!

—¡Bien, bien! Procura ponerte bueno pronto, y yo te aseguro que el retrato volverá a su sitio. Hablemos ahora de otra cosa.

Fue lo único que por entonces pudo saber Oliver acerca del retrato en cuestión. Agradecido el muchacho a la tierna solicitud con que la buena enfermera le trataba, esforzóse por olvidar el asunto y prestó toda su atención a las historias y cuentos que aquélla le contó acerca de una hermana suya, buena y hermosa, casada con un hombre bueno y guapo, que vivía en el campo, y acerca de un hijo que estaba de dependiente en el establecimiento de un comerciante de las Indias Occidentales, que también era joven y muy bueno, y le escribía tres o cuatro veces cada año cartas tan cariñosas, que sólo su recuerdo llenaba de lágrimas sus ojos. Luego que la buena señora explicó a su sabor los méritos y perfecciones de sus virtuosos hijos, sin olvidar los de su excelente marido, fallecido ya, ¡pobrecillo!, veintiséis años antes, hubo de suspender la narración de tan interesantes historias para tomar el té pues era ya la hora, y después del té, enseñó a Oliver a jugar un juego de naipes, que el muchacho aprendió con rapidez asombrosa, juego que les entretuvo hasta que llegó, para el enfermito la hora de tomar un vaso de vino generoso caliente mezclado con agua y una tostadita, refrigerio precursor de la cama.

Felices, muy felices, fueron los días de la convalecencia de Oliver. Respiraba tal ambiente de tranquilidad, lo veía todo tan limpio, tan ordenado, hacíanle objeto de cuidados y atenciones tan tiernas, que acordándose del ruido, de la turbulencia, de la agitación que fue siempre su medio ambiente, creía encontrarse en un paraíso de delicias. No bien recobró fuerzas bastantes para vestirse y andar, el señor Brownlow le compró un traje nuevecito, sin olvidar su gorra y zapatos, manifestando al propio tiempo a su protegido que podía hacer con el viejo lo que le acomodara. Oliver lo regaló todo a una criada que le había atendido con solicitud cariñosa durante su enfermedad, topándole que lo vendiera a cualquier judío y se quedara con su valor. La sirvienta no se lo hizo repetir. Oliver, que desde una ventana presenció la venta, y vio cómo el judío guardaba todas las prendas en un saco y se alejaba, experimentó viva alegría al pensar que no existían probabilidades de que jamás aquellas prendas volvieran a adornar su cuerpo. En rigor, eran una colección de harapos, pues el pobre muchacho no había tenido hasta entonces la satisfacción de vestir una prenda nueva.

Ocho días después de la escena del retrato, encontrábase Oliver departiendo alegremente con la señora Bedwin, cuando recibió recado del señor Brownlow, quien le manifestaba que, si Oliver Twist se sentía bien, desearía verle en su despacho para hablar con él un ratito.

—¡Dios mío! ¡Levántate, hijo mío, y deja que te peine! —exclamó la señora Bedwin—. ¡Señor! ¡No haber sabido que pensaba llamarte, pues te hubiera puesto un cuello limpio para que estuvieras hermoso como un sol!

Obedeció Oliver las órdenes de la anciana, la cual, aunque lanzó al aire mil y mil lamentaciones, no bien le arregló la cabeza, encontróle tan delicado y hermoso, que llegó en su entusiasmo a decir, previo examen de cabeza a pies, que le parecía imposible que en tan breve espacio de tiempo hubiera podido ganar tanto.

El muchacho, animado por las entusiastas ponderaciones de la anciana llamó con los nudillos en la puerta del despacho de su protector, y al entrar, después de oír la frase sacramental de *adelante*, encontró al señor Brownlow en una estancia reducida, escondida en el centro de la casa, cuyas paredes desaparecían detrás de las estanterías llenas de libros que la cubrían. La habitación tenía una ventana que daba a unos jardines preciosos, frente a la cual estaba la mesa de trabajo ante la que encontró sentado al cariñoso anciano. Cuando éste vio entrar a Oliver, dejó vivamente el libro que estaba leyendo e hizo que el muchacho se acercara y sentara a su lado. Obedeció Oliver, maravillándose de que hubiera en el mundo mortal que pudiera leer tantos libros, que seguramente bastaban y aun sobraban, para hacer sabio a todo el género humano. No es de admirar que se maravillase, pues muchos, de bastante más experiencia que Oliver Twist, no aciertan a comprender el fenómeno de que, habiendo tantos libros, haya tan pocos sabios.

—Muchos libros y muy buenos, ¿no es verdad, hijo mío? —preguntó con dulzura el señor Brownlow al reparar en la curiosidad con que Oliver contemplaba los estantes.

—Muchos, sí, señor; nunca tuve ocasión de ver tantos —contestó Oliver.

—Todos podrás leerlos si te portas bien —observó el caballero—. Por cierto que su lectura te agradará mucho más que sus cubiertas... es decir, no siempre, pues libros hay cuyo mérito único está en la encuadernación.

—Serán esos tan grandes, señor —dijo Oliver, extendiendo el brazo hacia unos volúmenes en cuarto mayor, cuyos lomos ostentaban hermosos relieves dorados.

—No me refiero a ésos precisamente —replicó el anciano, dando unos golpecitos en la espalda al muchacho—. Otros hay que pesan tanto como éstos, aun cuando sus dimensiones sean muchísimo más pequeñas. ¿Te gustaría llegar a ser un sabio y escribir libros, hijo mío?

—Creo que preferiría leerlos, señor.

—¡Cómo! ¿No te agradaría ser autor?

Al cabo de algunos momentos de reflexión, contestó Oliver que, a su juicio, era mejor el oficio de librero que el de autor, contestación que hizo reír de muy buena gana al caballero, quien concluyó por declarar que no dejaba de estar en su punto la respuesta. Huelga decir que Oliver quedó sumamente satisfecho, bien que sin comprender el porqué de la risa de su protector.

—¡Bien, hijo mío, bien! —exclamó el señor Brownlow con seriedad—. No te asustes, que mientras haya un oficio que aprender, te prometo que no serás autor.

—Gracias, señor, muchas gracias —respondió Oliver, con entonación que arrancó nuevas risas al anciano, a la par que murmuraba entre dientes algo acerca del instinto.

—Ahora, hijo mío, necesito que prestes toda tu atención a lo que voy a decirte —repuso el señor Brownlow, hablando con entonación más dulce, si cabe, a la par que con solemnidad excepcional—. Voy a hablarte sin rodeos ni reservas, seguro de que estás en estado de comprenderme tan bien como si fueras hombre de más edad.

—¡Oh, señor! ¡No me diga que trata de despedirme de su casa, por favor! —exclamó, Oliver con ansiedad, lleno de temor ante la solemnidad del preámbulo—. No me ponga a la puerta de su casa, obligándome a correr de nuevo las calles. Permítame continuar a su lado como criado. No me envíe al lugar repugnante de donde salí. ¡Tenga piedad de este pobre muchacho, señor!

—Hijo mío —replicó el señor Bhownlow ante el calor con que Oliver imploraba su protección—. No temas que yo te abandone, a no ser que para ello me des motivos.

—¡Nunca los daré, señor!

—Así lo espero —repuso el anciano—. Persuadido estoy de que no has de dármelos jamás. He sufrido muchos desengaños, me han pagado con ingratitud las personas a quienes he querido proteger, pero esto no obstante, me siento muy inclinado a creer en ti, y una fuerza misteriosa, que ni yo mismo podría explicar, me impulsa a protegerte. Yacen bajo tierra los seres que más queridos me han sido, y aunque al morir llevaron tras sí toda la felicidad de mi vida, todos los encantos que el mundo pueda ofrecerme, no por ello he hecho de mi corazón un ataúd, no por ello he cerrado mi pecho a los efectos puros y a las emociones dulces; antes por el contrario, aquéllos y éstas se robustecen, adquieren mayor fuerza, cuando los agita el recio vendaval de la desgracia.

Como el anciano pronunciara las últimas palabras a media voz, y como hablando consigo mismo, y guardara silencio durante unos cuantos segundos, Oliver permaneció callado, sin atreverse casi a respirar.

—Si te hablo de esta suerte, hijo mío —continuó el señor Brownlow, con mayor dulzura en la voz—, es porque alienta en tu pecho un corazón joven, y sabiendo cuántos dolores, cuántas pesadumbres han herido el mío, evitarás con mayor cuidado enconar las heridas, no bien cerradas todavía. Dices que eres huérfano, y que no tienes un solo amigo en el mundo; y, en efecto, los informes que he logrado obtener son confirmación de tus palabras. Deseo conocer la historia de tu vida, saber de dónde has venido, quién te ha criado y educado, y cómo fuiste a dar con las personas en cuya compañía te encontré. Dime la verdad, y te aseguro que no te faltará un amigo mientras yo viva.

Agolpáronse los sollozos a la garganta del desdichado Oliver, impidiéndole hablar durante unos minutos. Cuando tranquilizado a medias, se disponía a narrar cómo fue criado en la sucursal del hospicio desde la cual pasó a la casa matriz, donde hubo de sufrir los tormentos consiguientes a la animosidad declarada del señor Bumble, sonó en la puerta de la calle un repique de aldabón movido por una mano impaciente, y momentos después entró en el despacho un criado anunciando la visita del señor Grimwig.

—¿Sube ya? —preguntó el señor Brownlow.

—Sí, señor —contestó el criado—. Preguntó si había en casa bizcochos, y cuando le contesté que sí, dijo que venía a tomar el té.

Sonrió el buen anciano, y volviéndose hacia Oliver, díjole que el señor Grimwig era un amigo antiguo suyo, añadiendo que no hiciera caso si observaba que sus modales eran un tanto bruscos, pues bajo una corteza ruda latía un corazón tierno y cariñoso, como tendría ocasión de comprender.

—¿Quiere usted que me vaya, señor? —preguntó Oliver.

—No, no; prefiero que te quedes —contestó el señor Brownlow.

En aquel momento entró en la estancia, apoyándose sobre un bastón extraordinariamente grueso, un caballero de gran corpulencia, cojo de una pierna, que vestía levita azul, chaleco rayado, calzón y polainas de mahón, y cubría su cabeza con un sombrero blanco, de alas muy anchas, vueltas hacia arriba y guarnecidas de verde. Su chaleco dejaba escapar la chorrera de su camisa y una cadena larga de acero, de cuyo extremo pendía no un reloj, sino una llave. Los extremos de su corbata, también blanca, formaban dos bolas del tamaño de naranjas muy regulares. En cuanto a su rostro, la variedad de guiños, gestos y contorsiones que lo animaban al hablar o al escuchar desafían el lápiz del caricaturista más competente. Las revoluciones de su cabeza alrededor del cuello, que hacía las funciones de pivote, eran tan rápidas y frecuentes, y al propio tiempo miraba a sus oyentes o interlocutores tan por los ángulos de los ojos, que todo el mundo, al verle, sin darse cuenta se acordaba de los loros. En esa actitud entró en el despacho,

llevando en la mano un pedacito de cáscara de naranja, a la par que gritaba con entonación airada.

—¿No lo está usted viendo? ¿Exagero o no exagero? ¡Es cuento este que no pueda yo subir a una casa sin encontrar en la escalera una de esas cáscaras que liarían la fortuna de un pobre cirujano! ¿Ha visto usted nunca nada tan singular, tan extraordinario, tan maravilloso? A una cáscara de naranja soy deudor de esta maldita cojera, y una cáscara de naranja ocasionará mi muerte. ¡Sí, señor! ¡Una cáscara de naranja me matará! Tan cierto estoy de ello, que no tengo inconveniente en comerme la cabeza si me equivoco.

Era la pena que el buen señor Grimwig se imponía siempre que sentaba alguna afirmación, penalidad verdaderamente peregrina, pues aun dando como buena, que es mucho dar, la posibilidad de que un caballero se coma su propia cabeza, suponiendo que en hacerlo no tenga inconveniente, era tan descomunal la del señor Grimwig, que difícilmente hubiera sido capaz de engullirla el mortal más tragón en una sola sentada, y cuenta que, al hablar de dificultades, no tengo en cuenta la espesa capa de polvo que la cubría.

—¡Sí, señor, sí! ¡Me comería la cabeza! —repitió el señor Grimwig golpeando el suelo con su garrote—. ¡Hombre!... ¿Qué es eso? —preguntó, clavando sus ojos en Oliver y retrocediendo dos pasos.

—Es Oliver Twist, el muchacho de quien le hablé —contestó el señor Brownlow.

Oliver saludó con una reverencia profunda.

—¡Supongo que no será éste el muchacho que ha pasado la fiebre! —exclamó el señor Grimwig, retrocediendo dos pasos más—. ¡Alto! ¡Espere usted! —añadió con brusquedad, olvidando en medio del alborozo que le produjo el descubrimiento el temor a contagiarse—. ¡Apuesto a que éste es el que ha tirado en la escalera la cáscara de naranja! ¡Si no ha sido él, me como mi cabeza, y hasta la suya!

—¡No, no! ¡No ha sido él! —replicó el señor Brownlow riendo a más no poder—. Pero hablemos de otra cosa. Deje usted el sombrero, y tratemos de mi amiguito.

—Me preocupa lo que usted no puede figurarse este asunto —dijo el irritable caballero quitándose los guantes—. Todos los días encuentro más o menos cáscaras de naranja en la acera de nuestra calle, y me consta que las tira el muchacho del cirujano de la esquina. Anoche, sin ir más lejos, resbaló en una de ellas una joven, y en su caída fue a chocar contra la verja de mi jardín. No bien se levantó, vi que dirigía sus ojos hacia ese infernal farol rojo que baña la calle en una luz siniestra. «¡No vaya usted a esa casa! —grité yo desde la ventana—. ¡Es un asesino!... ¡Un embaucador! ¡Y lo es en verdad! Si me engaño, me...

El irascible caballero puso fin a su discurso descargando sobre el piso un garrotazo formidable, lo que era tanto, y todos sus amigos lo sabían perfectamente, como formular su ofrecimiento de costumbre.

Sentóse a continuación, sin soltar el garrote, abrió unos impertinentes que llevaba pendientes del cuello por medio de una cinta muy ancha, y comenzó a examinar con atención a Oliver, el cual, viendo que era objeto de la inspección del caballero, se ruborizó y saludó de nuevo.

—¿Este es el muchacho? —preguntó el señor Grimwig.

—Este es el muchacho —respondió el señor Brownlow.

—¿Cómo vamos, muchacho?

—Mucho mejor, muchas gracias —contestó Oliver.

El señor Brownlow, viendo que su excéntrico amigo iba a decir algo desagradable, dijo a Oliver que subiera a preguntar a la señora Bedwin si estaba dispuesto el té. El

muchacho, a quien no agradaban mucho los modales del recién llegado, alegróse de que le depararan ocasión para salir.

—Es un guapo chico, ¿verdad? —preguntó el señor Brownlow.

—¡Yo qué sé! —contestó el interrogado con entonación brusca.

—¿Que no lo sabe?

—¡Claro que no lo sé! Para mí todos los muchachos son iguales: mejor dicho, no encuentro más que dos clases de muchachos: muchachos espátulas, y muchachos toros.

—¿En qué clasificación incluye a Oliver?

—En la de muchachos espátulas. Un amigo mío tiene un hijo de los de la categoría de muchachos toros... una preciosidad, según dicen. Tiene una cabezota tremebunda, unos mofletes proporcionados a aquélla, rojos como la sangre, por añadidura, y unos ojos como carbones encendidos, en fin, un horror.

—¿Pues qué diremos de su cuerpo? La carne amenaza romper el traje por todas partes, tiene voz de marinero y apetito de lobo. He tenido, ocasión de conocer bien a ese cetáceo.

—Conformes; pero, como no es ése el tipo de Oliver Twist, creo que no tiene usted motivos para enojarse.

—Reconozco que no es ése el tipo de Oliver; pero con mejor tipo, puede ser de peor condición que el otro.

El señor Brownlow tosió con impaciencia, lo que al parecer produjo viva satisfacción a su interlocutor.

—Repito que probablemente será mucho peor —insistió el señor Grimwig—. ¿De dónde viene? ¿Quién es? ¿Qué es? Por lo pronto, ha tenido fiebre, y la fiebre sólo ataca a los malos sujetos. ¿Eh? ¿Qué edad? Conocí a un individuo que fue ahorcado en Jamaica por haber asesinado a su amo: pues bien, ese individuo había contraído la fiebre seis veces. ¿Que le parece?

Lo bueno del caso es que allá en los repliegues más recónditos de su corazón, el señor Grimwig estaba dispuesto a reconocer que el semblante de Oliver le había sido altamente simpático, pero por encima de los dictados de aquella víscera estaba su prurito por contradecir, prurito agudizado en aquel momento por haber encontrado en la escalera la cáscara de naranja. He aquí por qué, resuelto a no consentir que ningún nacido le dijera si un muchacho era guapo o feo, simpático o antipático, desde el primer instante decidió llevar la contraria a su amigo. Cuando el señor Brownlow reconoció que no podía dar contestación satisfactoria a sus preguntas acerca de la honradez del muchacho, y que había diferido toda clase de investigaciones acerca de la historia pasada de aquél hasta que su estado de salud le permitiera referirla, el señor Grimwig sonrió sarcástica y maliciosamente, preguntando con punzante ironía si su ama de gobierno tenía la costumbre de contar todas las noches el servicio de plata, añadiendo que si dentro de un plazo brevísimo no echaba de menos uno o dos cubiertos, estaba dispuesto a comerse... lo que ya se sabe.

El señor Brownlow, aunque de temperamento vivo e impetuoso, como conocía a fondo las cualidades peculiares de su amigo, sufrió con calma sus excentricidades.

Durante el té, como el señor Grimwig tuvo la dignación de encontrar excelentes los bizcochos, la conversación siguió derroteros menos escabrosos, y Oliver, que también estuvo presente a té, comenzó a sentirse más tranquilo ante aquel fiero y destemplado caballero.

—¿Y cuándo vamos a tener el placer de escuchar la historia completa, verídica y detallada de la vida y aventuras de Oliver Twist? —preguntó el señor Grimwig mirando de

soslayo a Oliver.

—Mañana por la mañana —contestó el señor Brownlow—; pero deseo que me la cuente a mí solo. Sube a mi despacho mañana a las diez, hijo mío.

—Está bien, señor —contestó Oliver con cierta vacilación, provocada por las furibundas miradas que le dirigía el señor Grimwig.

—¿Quiere usted que le diga una cosa? —preguntó Grimwig, pegando su boca al oído de su amigo—. No subirá: no le espere usted. He visto su vacilación. Le está engañando a usted, amigo mío.

—¡Juraría que no! —replicó con calor el señor Brownlow.

—¡Y yo me... —aquí descargó un bastonazo tremendo— si no le engaña!

—¡Garantizaría la honradez del chico con mi vida! —insistió el señor Brownlow descargando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Y yo con mi cabeza que es un bribón!

—El tiempo nos lo dirá.

—¡Al tiempo, al tiempo!

Quiso la fatalidad que en aquel punto entrase en la estancia la señora Bedwin llevando un paquete de libros que el señor Brownlow había comprado en el mismo puesto de libros que ha figurado ya en esta historia. Dejó el paquete sobre la mesa y se disponía a salir, cuando le dijo Brownlow:

—Haga usted subir al criado, que tiene que ir a un recado.

—Ha salido, señor —respondió la, señora Bedwin.

—Mándelo llamar. Necesito devolver algunos libros y pagar otros, que no están pagados. El librero no es rico, y quiero pagar inmediatamente mi deuda.

Salió la anciana de la estancia, seguida de Oliver, a quien envió por un lado de la calle para que llamara al criado mientras la criada hacía lo propio en dirección opuesta, pero ni aquél ni ésta dieron con el que buscaban. Ambos regresaron jadeantes sin haber conseguido su objeto.

—Lo siento de veras —dijo el señor Brownlow—. Tenía grande empeño en devolver los libros esta noche.

—Puede enviarlos con Oliver —Observó Grimwig con ironía—. Nadie cumplirá el encargo más escrupulosamente que él.

—¡Sí, señor! Yo lo haré —terció Oliver—. Iré volando.

A punto estaba el buen caballero de contestar que no quería que Oliver saliera a la calle bajo ningún pretexto, cuando una tosecilla maliciosa de su extravagante amigo le hizo variar de resolución. Decidió, pues, confiar el encargo al muchacho, manera de demostrar con hechos que las sospechas de Grimwig eran infundadas y maliciosas.

—Vas a ir tú, hijo mío —dijo a Oliver—. Los libros están sobre una silla junto a mi mesa: ve a buscarlos.

Oliver, encantado al ver que podía ser de alguna utilidad a su protector, volvió segundos después con los libros bajo el brazo, y esperó, gorra en mano, las órdenes de Brownlow.

—Dirás al librero que le devuelves estos libros de mi parte —dijo Brownlow, mirando con fijeza a Grimwig—, y que vas a pagarle las cuatro libras y diez chelines que le adeudo. Toma un billete de cinco libras: te devolverá diez chelines.

—No tardaré ni diez minutos, señor —contestó Oliver.

Después de guardar el billete en el bolsillo y de colocar cuidadosamente los libros bajo el brazo, hizo Oliver una reverencia profunda y salió. La señora Bedwin le acompañó

hasta la puerta de la calle, indicándole cuál era el camino más corto, el nombre del librero y el de la calle, indicaciones que Oliver manifestó haber entendido perfectamente, y después que le recomendó una y otra vez que se abrigara bien, dejóle marchar.

—¡Angelito! —exclamó la buena anciana, siguiendo a Oliver con la vista—. No puedo decir por qué, pero hubiera deseado que no saliera de casa.

El muchacho, que llegaba a la esquina volvió la cabeza y sonrió a la señora Bedwig antes de doblarla. Esta devolvió la sonrisa y, cerrando la puerta, subió a su habitación.

—Vamos a ver —dijo Brownlow, sacando el reloj del bolsillo y poniéndolo sobre la mesa—. Estará de vuelta dentro de veinte minutos a lo sumo: ya habrá anochecido entonces.

—¿Pero espera usted que vuelva? —preguntó Grimwig.

—¿Lo duda usted? —replicó Brownlow sonriendo.

El espíritu de contradicción respiraba con fuerza en aquel momento en el pecho de Grimwig, pero aún le dio mayores proporciones la sonrisa de confianza de su amigo.

—¡Lo dudo, sí! —respondió, descargando otro puñetazo sobre la mesa—. No sólo lo dudo: afirmo que no volverá. El muchacho lleva un traje nuevo, algunos libros de valor, y un billete de cinco libras en el bolsillo. Desde aquí irá en derechura a encontrar a sus antiguos amigos los ladrones, y todos se burlarán de usted. ¡Si ese muchacho vuelve a aparecer por esta casa, me como mi cabeza!

Pronunciadas estas palabras, acercó su silla a la mesa, y los dos amigos guardaron silencio, fijas sus miradas en la esfera del reloj que tenían delante.

Bueno será hacer constar, a título de ejemplo que pone de relieve la importancia que el hombre suele conceder a sus apreciaciones y el orgullo con que ve confirmadas por los hechos conclusiones temerarias y hasta odiosas que se permitió aventurar, que el señor Grimwig, no obstante su buen corazón, que bueno lo tenía de veras, y el pesar sincero que le proporcionaría ver engañado y estafado a su amigo, en aquel momento deseaba de todas veras y con toda su alma que Oliver Twist no volviera.

La noche fue llegando por sus pasos contados. Apenas se distinguían ya las agujas del reloj; pero los dos caballeros continuaban inmóviles y silenciosos, con los ojos clavados en el reloj.

Capítulo XV
Que prueba cuánto querían a Oliver Twist el gracioso viejo judío y la señorita Anita

En la obscura y hedionda sala de una taberna situada en una de las calles más pobres de Little-Saffron-Hili, guarida tenebrosa donde durante el verano no recibe la visita de un solo rayo de sol, hállase sentado frente a un jarro de latón y un vasito de vidrio, ambos impregnados de fuerte olor a alcohol, un hombre que viste casacón de terciopelo de color pardusco, calzón, medias y medias botas, en quien cualquier agente de policía poco experto, aun a la media luz de la estancia, hubiera reconocido sin dificultad a Guillermo Sikes. Tendido a sus pies, había un perro de capa blanca y ojos colorados, que ora miraba a su amo, ora lamía una herida sanguinolenta que presentaba su hocico, prueba inequívoca de alguna riña reciente.

—¡Te estarás quieto, maldito! —exclamó Sikes, rompiendo un silencio que perduraba desde mucho antes de presentarlo a los lectores.

Aquel hombre meditaba, parecía absorto en hondas preocupaciones; esto es indudable; pero en cambio ofrece dudas muy serias, tan serias que las dejo a la

consideración del lector decidir si las meditaciones de aquel hombre eran de tal naturaleza que el movimiento de los ojos de un perro bastaba para interrumpirlas, o bien en sus operaciones discursivas influían tan poderosamente sus sentidos, que exigían aquéllas ir acompañadas de sendas patadas propinadas al inofensivo can. La causa podía ser una u otra; pero el efecto era el mismo: patadas y blasfemias descargadas simultáneamente.

Por regla general, no suelen vengar los perros las injurias que de sus amos reciben, pero el del distinguido señor Sikes, acaso por ser de genio tan irascible como su amo, acaso resentido en aquellos momentos por recientes detrimentos recibidos en su integridad perruna, es lo cierto que, perdidos todos los miramientos, hincó con rabia sus colmillos en la media bota de su amo. Tirada una dentellada soberbia, se retiró gruñendo, buscando debajo de un banco protección contra el jarro de metal que Sikes había lanzado sobre su cabeza.

—Te atreves a morderme, ¿eh? —gritó Sikes, abriendo con calma siniestra una navaja descomunal que sacó de uno de los bolsillos—. ¡Ven acá, demonio! ¿No oyes?

El perro debía oír perfectamente, pues el señor Sikes hablaba con voz potente y había apelado al registro más alto, pero como el perro, por motivos que él se sabría, no estaba al parecer muy dispuesto a que le rebanasen la cabeza, permaneció donde estaba gruñendo con mayor fiereza que nunca, enseñando los colmillos y clavando su hermosa dentadura en las patas del banco.

La resistencia del animal no sirvió sino para exasperar más y más a Sikes, quien, poniéndose de rodillas, dio comienzo a un ataque formidable contra el perro. Saltaba el can de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, aullando, gruñendo y ladrando furioso. Sikes alternaba las puñaladas con las imprecaciones o simultaneaba las segundas con las primeras, y la contienda amenazaba tener un desenlace enojoso para uno de los dos contendientes, cuando se abrió bruscamente la puerta, y el perro huyó no menos bruscamente, dejando a Sikes con la navaja en la mano.

Dicen, y dicen bien, que para reñir precisa que haya dos contendientes. Si Guillermo Sikes hubiera quedado solo, la contienda hubiese terminado con la fuga del perro, pero como la puerta había sido abierta por alguien, con este alguien quiso Sikes desfogar su cólera.

—¿Quién demonios viene a interponerse entre mi perro y yo? —rugió Sikes, haciendo un gesto amenazador.

—Ignoraba que estuviese usted ocupado, amigo mío... no lo sabía —contestó el judío Fajín con humildad extraordinaria, pues Fajín era quien acababa de entrar.

—¿Que no lo sabías, viejo ladrón? —tronó Sikes—. ¿No oíste el estrépito?

—Nada he oído: es tan cierto como lo digo, Guillermo.

—Puede que tengas razón, que no hayas oído nada —replicó Sikes con sonrisa siniestra—; pero en cambio tienes habilidad bastante para meterte en todas partes sin que nadie te oiga. Hubiera querido que fueras mi perro hace un minuto, Fajín.

—¿Por qué? —preguntó el judío, riendo con risa forzada.

—Porque el Gobierno, que protege las vidas de miserables como tú, consiente que un hombre mate a cuantos perros le venga en gana: ya lo sabes —replicó Sikes cerrando la navaja.

El judío tomó asiento frente a la mesa, y frotándose las manos, aparentó reír los chistes de su interlocutor, aunque lo cierto es que no estaba muy a su gusto en su compañía.

—Ríe, ríe —gruñó Sikes, mirando despectivamente al judío—; ríe cuanto quieras, aunque te aseguro que no has de reírte nunca a mi costa, como no sea escondiendo antes tu

cabeza bajo un saco de tela gruesa. Te tengo bajo mi férula, Fajín, y... bajo ella continuarás estando mucho tiempo. Si me muevo yo, te moverás tú; si yo estoy inmóvil, inmóvil estarás tú; ya lo sabes. ¡Cuidadito, pues!

—Está bien, amigo mío, está bien. Todo eso lo sé... Tenemos... tenemos interés recíproco, Guillermo... interés mutuo.

—¡Hum! —murmuró Sikes, como queriendo dar a entender que el interés era mayor por parte del judío que por la suya. ¡Al grano! ¿Qué quieres decirme?

—Que todo sale a las mil maravillas, y que aquí está la parte que corresponde a usted. Es mayor de lo que debería ser, amigo mío; pero ya sé que en otra ocasión sabrá compensarme...

—¡Vaya, vaya! ¡Me molestan las tonterías! —interrumpió Sikes—. ¿Dónde está mi parte? ¡Venga pronto!

—¡Conformes, conformes, Guillermo!, pero déjeme un poquito de tiempo. He aquí el paquetito, sano y salvo.

Acompañando el judío la acción a la palabra, sacó del seno un pañuelo viejo, y desatando un nudo que había en una de sus puntas, exhibió un paquetito envuelto en papel basto, que Sikes le arrebató presuroso de la mano.

—¿Es esto todo? —Preguntó, desgarrando la envoltura y contando las monedas de oro que aquélla contenía.

—Cabal —contestó el judío.

—¿No se te habrá ocurrido la idea de desliar el paquetito por el camino y tragarte una o dos monedas? —preguntó Sikes con expresión de recelo—. No te hagas el ofendido, granuja, que más de una vez lo has hecho. ¡Anda! ¡Tira de la repicadora!

La frase, traducida al lenguaje corriente, significaba que hiciera sonar la campanilla. Obedeció Fajín, y al llamamiento entró otro judío, más joven que el que acompañaba a Sikes, pero de aspecto no menos innoble y repulsivo que el de aquél.

Sikes se limitó a extender la mano hacia el jarro vacío. El judío, comprendiendo perfectamente la señal, salió para llenarlo de nuevo, no sin cambiar antes una mirada extraña con Fajín, quien alzó los ojos durante una fracción de segundo como si de antemano supiera que su compatriota había de mirarle, e hizo al propio tiempo un movimiento de cabeza tan imperceptible, que seguramente hubiera pasado inadvertido a cualquiera que estuviese observando. No reparó en ello Sikes, ocupado entonces en arreglar el lazo de uno de sus zapatos destrozado por el perro. Es más que probable que de haber reparado en aquel cambio de señales, no hubiera augurado nada bueno.

—¿Quién hay por aquí, Barney? —preguntó Fajín sin alzar los ojos del suelo, pues sabía que Sikes le observaba.

—Ni un alma —respondió Barney, cuyas palabras ignoramos si partían del corazón o de otra parte, pero desde luego aseguramos que salían por la nariz.

—¿Nadie? —preguntó Fajín con expresión de sorpresa, que acaso iba encaminada a indicar a Barney que podía decir la verdad.

—Nadie más que la señorita Anita —contestó Barney.

—¡Anita! —exclamó Sikes—. ¿Dónde está? ¡Ciegue yo ahora mismo si no rindo a esa joven el honor a que sus talentos naturales la hacen acreedora!

—Está tomando una ración de ternera guisada —contestó Barney.

—Envíamela inmediatamente —repuso Sikes sirviéndose otro vasito de licor—. Hazla venir.

Barney miró con timidez a Fajín como solicitando permiso, pero, como el judío no

alzara los ojos del suelo ni despegara los labios, salió aquél para volver poco después acompañando a Anita, la cual venía ataviada con gorro, delantal, cesta y una llave enorme en la mano.

—¿Estás sobre la pista, Anita? —preguntó Sikes, ofreciéndole un vasito.

—Sobre la pista estoy, Guillermo —respondió la joven—, vaciando el vasito—. Encontré la pista, y por cierto que me he cansado más de la cuenta. El bribonzuelo ha estado enfermo, ha permanecido recluido en la casa y...

—¡Ah, Anita querida! —exclamó el judío—. ¡Mi querida Anita!

No me atreveré a asegurar si la contracción especial que sufrieron las rojas cejas del viejo judío y el guiño apenas perceptible de sus pequeños ojos hundidos profundamente en sus órbitas dieron a entender a la joven que procurara ser poco comunicativa: son detalles esos que apenas si tienen importancia. Lo que a la exactitud de la narración interesa son los hechos; y los hechos, mejor dicho, el hecho fue que la joven cortó en redondo las explicaciones y que, después de prodigar a Sikes sonrisas llenas de gracia, cambió bruscamente de conversación. Al cabo de unos diez minutos, el buen Fajín sufrió un acceso de tos, visto, mejor dicho oído lo cual, la caritativa Anita echó sobre sus hombros su propio chal y manifestó que era hora de recogerse. Sikes manifestó que él debía seguir durante un buen trecho la misma dirección, y que, por tanto, tendría el placer de acompañarla; en consecuencia, salieron juntos, seguidos a corta distancia por el perro, que salió de un corral próximo cuando su dueño se hubo alejado.

El judío asomó la cabeza por la puerta de salida, siguió con la vista a Sikes mientras éste se perdía en las obscuridades del lóbrego pasadizo, amenazóle con el puño cerrado murmurando al propio tiempo horribles imprecaciones, y luego, plegados sus labios en una sonrisa siniestra, sentóse frente a la mesa y no tardó en absorberse en la lectura interesante de una revista.

Mientras en la taberna tenía lugar la escena que dejo descrita, Oliver Twist, sin soñar siquiera que pudiera estar tan cerca como estaba del judío de las marrullerías, se encaminaba a buen paso a la tienda del librero. Al llegar a Clerkenwell, tomó, sin darse cuenta, una calle que no debió tomar, pero como no se percató de su equivocación hasta que había recorrido la mitad de la misma, y supuso por otra parte que apenas si le alejaba de la dirección exacta, consideró inútil retroceder y prosiguió avanzando con toda la ligereza posible, con el paquete de los libros bajo el brazo.

Andaba contento, pensando en el bienestar que su nueva situación le proporcionaba y en el placer que le proporcionaría ver al pobre Ricardito, quien probablemente en aquel momento mismo estaría muerto de hambre y molido a palos llorando con amargura, cuando disipó estas meditaciones el grito de una joven, que exclamó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Hermano querido!

Sin que Oliver tuviera tiempo de alzar los ojos, se encontró preso entre dos brazos que rodearon su cuello.

—¡Déjeme usted! —dijo Oliver, pugnando por desprenderse—. ¿Quién es usted? ¿Por qué me detiene?

Por toda contestación, la joven que estrechaba a Oliver entre sus brazos, joven que llevaba en una mano una cesta y en la otra una llave descomunal, dejó escapar de sus labios un verdadero diluvio de lamentaciones y quejas, pero a grito herido.

—¡Oh! ¡Gracias, Dios mío! —gritaba—. ¡Le encontré al fin! ¡Oh, Oliver... Oliver! ¡Qué de sufrimientos, qué de agonías por tu culpa, cruel! ¡Vamos a casa, querido, vamos a

casa! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué felicidad haberle encontrado! ¡Gracias, Dios mío, gracias!

Lanzadas al viento las exclamaciones que dejo copiadas, y otras que no copiaré, tan incoherentes como las primeras, la joven continuó alternando los gritos con los suspiros y acabó por ser presa de tan violento ataque de nervios, que dos mujeres de las que habían acudido a los gritos se creyeron en el caso de preguntar al mozo de un tablajero, cuya cabellera hirsuta y crespa rezumaba el sebo con que su propietario solía frotarla, si no sería mejor que permanecer allí como un pasmarote correr en busca de un médico, a lo que contestó el de la cabeza sebosa, más aficionado por lo visto a mirar que a correr, que a su juicio no eran necesarios los auxilios de la ciencia médica.

—¡No, no! —exclamó la joven, asiendo con fuerza la mano de Oliver—. ¡No hay necesidad! Esto no es nada... Me siento ya mejor. ¡Vamos, vamos a casa, ingrato!

—¿Pero qué es lo que pasa? —preguntó una de las curiosas.

—¡Oh! —respondió la joven—. Que se escapó hace ya un mes de su casa, dejando desesperados a sus padres, personas honradas y trabajadoras, para correr a sus anchas en compañía de una cuadrilla de pilletes tan malos como él: ¡Oh! ¡Su madre ha estado a punto de morir de dolor!

—¡Tunante! —exclamó una mujer.

—¡A casa, bribonzuelo! —añadió otra.

—Esta joven se equivoca —replicó Oliver, comenzando a alarmarse—. Debe confundirme con otro, pues no la conozco siquiera. Además: no tengo hermanas, ni madre ni padre. Soy huérfano y vivo en Pentenville.

—¡Habráse visto desvergüenza!, —exclamó la joven.

—¡Cómo! ¡Si es Anita! —dijo Oliver, viendo la cara de la joven y retrocediendo un paso sin poder disimular su asombro.

—Ya están ustedes viendo cómo me conoce —arguyó Anita, dirigiéndose a los curiosos. No ha podido sostener su negativa. Oblíguenle a venir conmigo, buenas gentes, si quieren evitar que su pobre madre muera de dolor y yo me desespere.

—¡Pero qué diablos es esto! —gritó un hombre, saliendo bruscamente de una cervecería, seguido por un perro blanco—. ¡Toma! ¡Pues si es Oliver! ¡Anda! ¡Vete con tu pobre madre, granuja! ¡A casa inmediatamente!

—¡No es verdad... no les conozco!... ¡Socorro! ¡Socorro! —gritó Oliver intentando desasirse de la poderosa zarpa de aquel hombre.

—Socorro, ¿eh? —repitió el intruso—. ¡Yo te socorreré, pillete! ¿Qué libros son ésos? ¿Dónde los ha robado? ¡Vengan aquí!

Mientras de esta suerte increpaba al muchacho, arrebatóle el paquete de libros y con el mismo le golpeó la cabeza.

—¡Así se hace! —gritó un hombre desde una ventana—. No hay medio mejor para hacer entrar en cuerda a esos granujillas.

—¡El Evangelio! —terció un carpintero dirigiendo una mirada de aprobación al de la ventana.

—Eso le servirá de lección provechosa —dijeron dos mujeres.

—Y más si la lección se prolonga —repuso el de los golpes, administrando al muchacho un par más y agarrándole por el cuello—. ¡A casa, malvado! ¡A ése, *León*, a ése... ¡Cuidado con el perro, muchacho, que tiene malas pulgas!

Debilitado por efecto de la reciente enfermedad, aturdido por los golpes y desconcertado ante lo imprevisto del ataque, espantado por añadidura por los amenazadores gruñidos del perro y por la brutalidad de aquel hombre, y avergonzado al ver que todos los

presentes por ladrón le tenían, ¿qué podía hacer el desventurado? Había cerrado la noche, no podía esperar socorros humanos, la resistencia era inútil.

Momentos después se veía arrastrado por un laberinto de callejas estrechas y solitarias a velocidad que imposibilitaba por completo la emisión de gritos en demanda de socorro. Verdad es que nada hubiera salido ganando si se le hubiese permitido gritar, pues nadie había por aquellos parajes dispuesto a prestárselo a ningún desgraciado.

Los faroles de las calles derramaban ya su incierta claridad. La señora Bedwin esperaba con ansiedad junto a la puerta de la calle. Veinte veces había salido el criado camino de la casa del librero por si daba con las huellas de Oliver, y los dos ancianos continuaban sentados frente a frente, inmóviles y silenciosos, fijos sus ojos en la esfera del reloj, que no veían, pues en la estancia en que se encontraban nadie había cuidado de encender luces.

Capítulo XVI
De lo que aconteció a Oliver Twist después de haber sido reclamado por Anita

La madeja confusa de callejas sucias y estrechas vino a terminar en una explanada en la cual se veían diseminados varios corrales y otras indicaciones de ser aquél el mercado de ganados. Sikes acortó el paso al llegar al punto mencionado, disposición acertada, pues la muchacha estaba rendida y no hubiera podido continuar caminando con tanta prisa. Volvióse entonces hacia Oliver, y con el tono áspero que le era habitual, mandóle que tomara la mano de Anita.

—¿Oyes? —gritó Sikes, viendo que Oliver titubeaba y tendía alrededor sus miradas.

Encontrábanse en un sitio solitario, aislado, fuera de todo tránsito, y convencido Oliver de que la resistencia habría de ser inútil, alargó su mano que la muchacha agarró con fuerza.

—Dame la otra —gruñó Sikes, apoderándose de ella a la par que hablaba. —¡*León*... aquí!

El perro se acercó gruñendo.

—Escúchame bien —repuso Sikes, poniendo la mano desocupada en el cuello de Oliver—. Si habla una palabra, una sola, hazle presa aquí, ¿entiendes?

El animal gruñó por segunda vez, se lamió el hocico y miró a Oliver como deseando no esperar a que éste hablara para hundir sus colmillos en su garganta.

—¡Ciego me quede si no lo hace como se lo he mandado! —exclamó Sikes, contemplando al animal con sonrisa de feroz aprobación—. Ya sabes lo que te espera, amiguito, así que, llama si te atreves, que el perro te obligará a enmudecer. ¡Andando, y vivo, vivo!

El perro movió el rabo, único lenguaje que le estaba permitido, y lanzando otro gruñido a guisa de aviso saludable, echó a andar rompiendo la marcha.

Estaban cruzando Smithfield aunque hubiera podido ser la Plaza Gobernor sin que Oliver dijera lo contrario, sencillamente porque tan desconocido le era uno como otro sitio. La noche estaba obscura y brumosa. Las luces de las tiendas apenas si conseguían taladrar la densa niebla que por momentos se espesaba más, envolviendo a la ciudad en un sudario negro que acentuaba la depresión de ánimo y el espanto que inundaban el alma de Oliver.

Avanzaban presurosos cuando la campana de una iglesia dio la hora. A la primera campanada hicieron alto los dos conductores y volvieron sus cabezas hacia el sitio del que partía el sonido.

—Las ocho, Guillermo —dijo Anita, cuando calló la campana.

—¿Por qué me lo dices? —contestó Sikes—. Me parece que tengo buen oído, ¿no lo crees así?

—Pero no sé si lo habrán oído los otros —replicó Anita.

—Claro que sí; pues no faltaba más. La feria de septiembre era cuando me echaron mano, y te aseguro que hasta las trompetillas de a penique llegaron a mis oídos. Cuando me *enchiqueraron*, el tumulto y vocerío exterior eran tan ensordecedores, que aquella vieja cárcel parecía una tumba por su silencio. Te aseguro que no sé cómo no me rompí la cabeza contra las puertas de hierro.

—¡Pobres chicos! —exclamó Anita, vuelta aún hacia el sitio donde había sonado la campana—. En verdad que son simpáticos y dignos de mejor suerte.

—¡Así sois todas las mujeres! —replicó Sikes—. Conque simpáticos, ¿eh? ¡Muertos fuera mejor que estuvieran!

Sikes pronunció las últimas palabras con la entonación de quien reprime a duras penas un impulso de celos, y agarrando con más fuerza la mano de Oliver, ordenó a éste que echase a andar.

—Espera un momento —dijo Anita—. No tendría yo tanta prisa si fueras tú el que debías morir ahorcado en el punto y hora en que suene el reloj las primeras ocho campanadas, Guillermo, que en ese caso, me pasaría la vida rondando por estos lugares, aun cuando hubiera de caminar sobre espesa capa de nieve y no tuviera un chal con que abrigarme.

—¡Y que sacaría yo buen provecho de todo eso, como hay Dios! —exclamó Sikes, poco dado al parecer a lo sentimental—. Como no llevaras a prevención una buena lima y veinte varas de cuerda fuerte, me importaría tanto que rondaras por estos lugares como a cincuenta millas de distancia. ¡Vamos, vamos! Déjate de músicas, y no pierdas el tiempo diciendo necedades.

La joven rompió a reír a carcajadas, se arrebujó más en el chal, y echó a andar. Oliver, sin embargo, observó que su mano temblaba, y a la luz de un farol junto al cual pasaron pudo ver que su cara estaba blanca como un sudario.

La marcha continuó por espacio de media hora por parajes poco frecuentados. Fueron contadas las personas que nuestros excursionistas tropezaron, y aun éstas, a juzgar por sus trazas, debían pertenecer poco más o menos a la misma clase social que Sikes. Llegaron al fin a una callejuela obscura y sucia, prodigiosamente abundante en tiendas de ropavejeros. El perro se había adelantado un buen trecho, cual si supiera que la vigilancia era ya inútil, vino a detenerse frente a una puerta, cerrada al parecer y deshabitada. La casa en cuestión ofrecía aspecto ruinoso y sobre su puerta había un rótulo que anunciaba que estaba por alquilar, rótulo que llevaba allí seguramente muchos años.

—Todo va bien —dijo Sikes, después de mirar cautelosamente alrededor.

Anita se detuvo junto a una ventana y Oliver oyó el repique de una campanilla. Los paseantes nocturnos cruzaron la calle y esperaron algunos momentos debajo de un farol. Oyóse un cerrojo que se corría con precaución, y segundos después giraba silenciosa la puerta sobre sus goznes. Sikes agarró entonces por el cuello a Oliver, sin andarse con ceremonias, y lo introdujo en la casa. Anita penetró tras la pareja.

El patio estaba completamente a obscuras. La misma persona que había abierto la puerta volvió a cerrarla.

—¿Hay alguien? —preguntó Sikes.

—No —contestó una voz que Oliver creyó haber oído antes.

—¿Y el viejo? —repuso el ladrón.

—Escuchándonos, probablemente. La visita lo va a poner contento como unas castañuelas.

Oliver creía conocer aquella voz, pero las tinieblas no le permitían distinguir no ya las facciones, sino tampoco el bulto de quien hablaba.

—Que traigan una luz, o nos expondremos a rompernos la crisma o a atropellar al perro, en cuyo caso, no respondo de la integridad de nuestras pantorrillas.

—Un momento de paciencia y traeré luz —contestó la misma voz.

Sonaron pasos de alguien que se alejaba, y un minuto más tarde apareció la auténtica personalidad de Dawkins, alias *el Truhán*, llevando en la diestra una vela fija en la punta de un palo.

El caballerito sonrió irónicamente mirando a Oliver, y sin dignarse dar otras señales de reconocimiento, giró sobre sus talones haciendo a todos seña de que le siguieran. Bajaron una escalera, atravesaron una cocina desnuda de enseres y cacharros y, abriendo la puerta de una estancia subterránea y húmeda, excavada debajo de un corral, penetraron todos en aquélla, donde fueron recibidos con una salva dé risotadas.

—¡Hijo mío!... ¡Hijo mío! —gritó Carlos Bates, de cuyos pulmones habían salido las carcajadas más sonoras—. ¡Aquí le tenemos!... ¡Oh! ¡La ovejita descarriada volvió al redil! ¡Mírelo, Fajín, mírelo! Yo no puedo... no puedo mirar su facha... ¡Sujétenme el vientre, por compasión, que voy a reventar de risa!

El buen Carlos Bates en su explosión de alegría, cayó por el suelo, donde permaneció más de cinco minutos revolcándose o pateando. Después, poniéndose en pie de un salto, arrancó el palo de las manos del *Truhán* y, aproximándose a Oliver, le examinó por delante y por detrás mientras el judío, gorro de dormir en mano, hacía mil y mil cómicas reverencias ante el desconcertado Oliver. El *Truhán*, en cambio, de carácter más melancólico que su compañero, poco propenso a la risa cuando ésta podía entorpecer los negocios, registraba mientras los bolsillos de Oliver con limpieza y asiduidad ejemplares.

—¡Hay que ver sus *trapos*, Fajín! —decía Bates, acercando tanto la vela a la ropa de Oliver que amenazaba prenderle fuego. ¡Hay que ver sus *trapos*... tela de lo más rico y divinamente cosidos! ¿Pues y sus zapatos? ¡Nada, nada! ¡Un caballerito completo! ¡Si hasta lleva libros!...

—Me encanta verte en estado tan próspero, querido —dijo el judío, haciéndole reverencias burlescas—. El *Truhán* te dará otro vestido a fin de que no estropees éste, que debes guardar para los días de fiesta. ¿Cómo no has escrito dos líneas, querido, anunciando tu llegada? Te habríamos preparado un banquete opíparo.

Bates se entregó a otro acceso de risa tan violento, que hasta Fajín perdió su seriedad y el *Truhán* se dignó sonreír. Verdad es que como en aquel momento preciso sacaba este último el billete de cinco libras del bolsillo del desventrado Oliver, cabe dudar si fue la risa de su camarada o el hallazgo del dinero lo que despertó su alegría.

—¡Hola! ¿Qué es eso? —preguntó Sikes, dando un paso rápido al frente al ver que el judío se apoderaba del billete—. Eso es mío, Fajín.

—¡No, no, amigo mío! —replicó el judío—. Es mío. Guillermo, mío; usted se quedará con los libros.

—Si te atreves a decir que eso no es mío... mío y de Anita, quiero decir, me vuelvo con el muchacho —gritó Sikes, encasquetándose el sombrero con ademán resuelto.

Estremecióse el judío, y Oliver se estremeció también, mas el motivo del estremecimiento no fue el mismo para los dos. Tembló el judío de ira porque vio perdido el

billete, y tembló Oliver de alegría, porque creyó que el desenlace de la contienda sería su libertad.

—¡Vaya! —repuso Sikes—. ¿Me entregas eso? ¿Sí, o no?

—No es justo, Guillermo... ¿Verdad que no es justo, Anita? —preguntó el judío.

—Justo o no, repito que quiero ese billete —insistió Sikes—. ¿Crees por ventura que Anita y yo hemos venido al mundo para seguir la pista y secuestrar en plena calle a los muchachos que escapan de tus uñas? ¡Suelta la mosca, ladrón sin entrañas, si no quieres que acabemos muy mal!

A la par que Sikes dirigía al judío tan dulce y cariñosa representación, arrancaba el billete de entre el pulgar y el índice de la diestra de aquél, y escondía rápidamente el precioso papel, después de bien doblado, en una de las puntas de su corbata, donde lo anudó.

—Es el premio de nuestro trabajo —observó Sikes—, aunque bien seguro es que vale doble. Puedes quedarte con los libros, si eres aficionado a leer; caso que te molesten, no seré yo quien te impida que los vendas.

—¡Hermoso... interesantísimo! —exclamó Bates haciendo mil muecas y contorsiones, mientras aparentaba leer uno de los libros—. ¡Qué estilo tan sublime! ¿No es verdad, Oliver?

Al reparar en la expresión de desaliento de Oliver, Carlos Bates propenso a ver las cosas por el lado cómico y burlesco, sufrió el tercer acceso de hilaridad.

—Esos libros —contestó Oliver, juntando las manos en actitud suplicante— son del anciano excelente, del caballero compasivo que me recogió en su casa y que me cuidó y, atendió cuando yo moría como consecuencia de una fiebre violenta. ¡Por Dios santo, por lo que más quieran ustedes en el mundo, devuélvanselos juntamente con el dinero! ¡Reténganme aquí preso toda la vida, pero por compasión, devuélvanle lo que es suyo! ¡Creerá que le he robado, y la anciana que con solicitud tan tierna me atendió, y todos los de la casa, me tendrán por ladrón ¡Compadézcanse de mí, y devuelvan los libros y el billete!

Diciendo esto con la energía que da a veces el dolor exacerbado, Oliver cayó de rodillas a los pies del judío retorciéndose las manos en un acceso de desesperación.

—El muchacho tiene razón —contestó el judío enarcando las cejas—. Estás en lo cierto, Oliver. Creerán que los has robado. ¡Ja, ja, ja, ja! ¡No saldría todo tan a pedir de boca si yo mismo lo hubiese preparado! —terminó, frotándose las manos de gusto.

—Eso ya lo sabía yo cuando le cogí en Clerkenwell con los libros debajo del brazo —dijo Sikes—. La cosa no sale mal. Las personas que le recogieron deben ser unos sacristanes cándidos, de corazón de cera pues no le hubieran atendido en caso contrario. Tampoco se tomarán el trabajo de buscarle a fin de evitarse la crueldad de tener que denunciarlo por ladrón; por tanto, bien seguro le tenemos aquí.

Mientras se cruzaban las palabras anteriores, Oliver paseaba sus miradas atónitas de uno a otro de los interlocutores, aturdido, espantado, y sin darse cuenta cabal de su situación; pero no bien terminó su discurso Sikes, levantóse el muchacho de un salto y salió precipitado de la habitación, gritando con todas sus fuerzas en demanda de socorro. Sus gritos resonaban por todos los ámbitos de aquella casa en ruinas.

—¡No dejes salir al perro, Guillermo! —gritó Anita, colocándose delante de la puerta al ver que el judío y Sikes pretendían salir en persecución de Oliver—. ¡No le dejes salir, que va a destrozar a ese infeliz!

—¡Es lo que merece! —aulló Sikes, debatiéndose para desembarazarse de la

joven—. ¡Fuera de ahí, o te estrello la cabeza contra la pared!

—¡No me importa, Guillermo, no me importa! —replicó la muchacha, luchando vigorosamente con el ladrón—. Para que el perro destroce entre sus dientes al muchacho, será preciso que antes me mates a mí.

—Sí, ¿eh? —rugió Sikes, rechinando los dientes—. ¡Pronto verás cumplido tu deseo como no dejes el paso franco!

Y diciendo esto, aquel canalla lanzó a la joven contra la pared opuesta, en el momento preciso que volvía el judío con los dos pilletes que traían arrastrando a Oliver.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Fajín.

—¡Nada! ¡Que ésa se ha vuelto loca!

—¡No, no me he vuelto loca! —contestó la Joven —. ¡No lo crea usted, Fajín!

—Pues si no estás loca, cállate; hazme el favor —dijo el judío con aire de amenaza.

—Ni estoy loca ni quiero callar —gritó la muchacha alzando mucho la voz—. ¿Tiene usted algo que objetar?

El ladino Fajín conocedor perfecto de los usos y costumbres de la rama especial humana a la que Anita pertenecía, creyó un poquito peligroso prolongar la conversación en aquel momento psicológico, y, en consecuencia, deseando desviar la atención, se volvió hacia Oliver.

—Conque pretendías escapar, ¿eh? —dijo, tomando en su mano un garrote nudoso, que había en un rincón de la estancia.

No contestó Oliver, pero espiaba los movimientos del judío y, su respiración se hizo jadeante.

—Querías pedir socorro, llamar a la policía, ¿no es cierto? —repuso el judío con entonación sarcástica agarrando al muchacho por un brazo—. Yo te quitaré las ganas de volver a hacerlo.

Acompañando la acción a la palabra, descargó un garrotazo sobre las espaldas de su víctima, y se disponía a repetir el golpe, cuando la joven, interponiéndose con ligereza, le arrancó la tranca de las manos. Seguidamente la arrojó al fuego con tal fuerza, que las brasas encendidas saltaron por los aires para caer en lluvia abundante en la habitación.

—¡No toleraré esas brutalidades, Fajín! —gritó Anita—. Ya tiene usted al muchacho, ¿qué más quiere? ¡Déjelo en paz... pues de lo contrario, voy a estampar en su cuerpo una marca de las que se pagan con una porción de años en galeras!

Pateaba la joven con furia al lanzar la amenaza. Pálida de ira, crispados los labios y cerrados los puños, miraba ora al judío, ora al otro bandido con ojos que parecían carbones encendidos.

—¡Muy bien, Anita, muy bien! —exclamó el Judío con voz melosa al cabo de algunos momentos, durante los cuales cambió con Sikes miradas que reflejaban su desconcierto.

—Nunca te vi tan admirable como esta noche. ¡Palabra de honor, chiquilla! ¡No cabe representar más maravillosamente el papel!

—¿De veras? —replicó la muchacha—. ¡Cuidado, pues, con las equivocaciones que pueda sufrir, que yo le juro, Fajín, que han de ser fatales para usted! ¡Aviso con tiempo; así que cuidadito!

Hay algo en la irritación de la mujer, sobre todo si disgustos y la desesperación exacerban sus demás pasiones, que muy contados hombres se atreven a provocar. Fajín hubo de comprender que sería tonto y peligroso continuar tomando a chacota la cólera de Anita, y poco dispuesto a tocar las consecuencias de aquélla, dirigió a Sikes una mirada en

la que campeaban por igual súplicas mudas y cobardías manifiestas, como indicándole que era misión suya poner a aquella rebelde persona en disposición de continuar el diálogo.

Guillermo, comprendiendo al punto el lenguaje mudo del judío, y viendo comprometidos muy seriamente su orgullo e influencia personal si no reducía en el acto a la razón a la irritada Anita, comenzó por barbotar unas cuantas docenas de ternos, imprecaciones y amenazas tan variadas y pintorescas, que hicieron honor a la fecundidad de su inventiva. Como observara, sin embargo, que el chaparrón no producía el menor efecto en la persona sobre cuya cabeza descargaba, apeló a argumentos más contundentes.

—¿Qué significa lo que estás haciendo? —preguntó, lanzando contra la parte más hermosa del rostro humano una maldición muy corriente que, si fuera oída en el Cielo una sola vez por cada cincuenta mil que se pronuncia en la tierra, serían muchas más las personas ciegas que las que tienen vista—. ¡Di! ¿Qué significa tu actitud? ¡Maldita sea mi alma... ¿Has olvidado quién eres y qué eres?

—¡Oh, no! ¡No lo he olvidado! —contestó la joven con risa histérica y moviendo la cabeza—. Sé muy bien quién soy y qué soy.

—Pues, entonces, cállate, si no quieres que yo te haga enmudecer para mucho tiempo.

Anita soltó otra carcajada más descompuesta que la anterior, y después de mirar con desprecio a Sikes, volvióle la espalda y se mordió el labio hasta que brotó la sangre.

—Estás realmente encantadora cuando te da por lo sentimental y humanitario —repuso Sikes, mirándola con expresión de supremo desdén—. La ocasión es que ni pintada para que ese muchacho como tú le llamas, te tome por amiga.

—¡Dios me es testigo de que amiga suya soy! —gritó con acento apasionado la joven—. ¡Ojalá hubiera caído muerta en la calle, o bien hubiese cambiado de alojamiento con aquéllos junto a los cuales pasamos esta noche, antes de haber contribuido a traer aquí a este infeliz! De hoy en adelante será un ladrón, un embustero, un falsario, un demonio, un conjunto de todas las maldades; ¿no basta eso? ¿Hace falta que por añadidura lo mate a golpes ese nauseabundo viejo?

—¡Voto a...

—¡Por Dios, Guillermo! —exclamó el judío, extendiendo el brazo hacia los muchachos que atentos y anhelantes escuchaban la disputa. Nada cuesta hablar bien, Guillermo... Nada de palabras gruesas.

—¡Hablar bien! —repitió Anita— ¡Hablar bien, villano miserable! ¡Nada de palabras gruesas, monstruo! ¡Sí!... ¡Vas a oírlas... muy gruesas, pero muy verdaderas, y las oirás de mis labios! No tenía yo la mitad de los años de este muchacho, cuando me enseñaste a robar, y me obligaste a que robara por tu cuenta y para tu provecho. Doce años hace que no tengo otro oficio... ¿Lo has olvidado? ¡Habla, reptil asqueroso! ¿Lo has olvidado?

—¡Bueno, sí! —contestó el judío, intentando calmar a la joven—. Es verdad, pero esa ocupación, tan buena como otra cualquiera, te vale el sustento.

—¡En efecto! —replicó Anita, no hablando, sino disparando las palabras una a una, como si fueran cañonazos—. Me vale el sustento... es mi oficio... y mi hogar son las calles sucias, llueva o nieve copiosamente, haga frío o calor, y tú eres quien me ha arrastrado a esa condición horrenda, en la cual perseveraré hasta el día de mi muerte.

—La que no tardará en venir, yo te lo juro, como sigas hablando como lo haces —replicó el judío, exasperado por tantas reconvenciones.

Calló la joven; pero, presa de un frenesí rabioso, cerró contra el judío con violencia

incontrastable, y seguramente hubiera dejado en su cuerpo señales perdurables, de no haberla agarrado Sikes, por las muñecas impidiéndole moverse. Anita, reducida a la impotencia, se desmayó.

—Ahora está bien —observó Sikes, dejándola tendida en un rincón—. No sabes la fuerza que tiene cuando se enoja, Fajín.

Secóse Fajín la frente inundada de sudor y sonrió complacido. La terminación de la escena, su poquito movida, no pudo menos de producirle satisfacción, aunque a decir verdad ni él, ni Sikes, ni los muchachos daban importancia a incidentes como el pasado, demasiado frecuentes en la casa.

—No hay cosa peor que tener que tratar con mujeres —observó Fajín—. El demonio sin duda fue quien las puso en el mundo; pero son tan astutas, que estoy por decir que liada podríamos hacer sin ellas los hombres... ¡Bates! Acompaña Oliver a su cama.

—Supongo que mañana no deberá ponerse el traje de señorito acomodado, ¿verdad, Fajín? —preguntó Carlos Bates.

—No, no —contestó el judío, devolviendo el guiño con que Bates acompañó su pregunta.

Bates, contento con la comisión que acababan de confiarle, tomó la vela y condujo a Oliver a la cocina, donde había dos o tres camas de las que ya antes había ocupado Oliver. Una vez allí, el gracioso Bates, después de reír a su sabor, devolvió a Oliver la misma ropa de que con tanto placer se despojara en la casa del señor Brownlow, ropa que había comprado el judío, y que fue la pista, el hilo que condujo a sus enemigos en sus pesquisas.

—Quítate el vestido nuevo —dijo Bates—. Fajín cuidará de él. ¡Ja, Ja, ja, ja! ¡La broma no puede ser más divertida!

Oliver obedeció, bien contra su voluntad. Bates, haciendo un lío de la ropa nueva de Oliver lo colocó bajo el brazo y salió dejando al prisionero a obscuras y cerrando con llave la puerta.

Las risotadas de Bates, y la fresca voz de Belita, que no pudo llegar con mayor oportunidad para rociar con agua fresca la cara de su amiga desmayada y para desempeñar otros menesteres propios de manos femeninas, hubieran bastado y aun sobrado para disipar el sueño de otras personas puestas en circunstancias menos tristes que las en que Oliver se encontraba colocado inopinadamente; pero, como nuestro héroe estaba rendido, quebrantado, molido a golpes y extenuado, no tardó en dormirse profundamente.

Capítulo XVII
La suerte siempre infausta de Oliver lleva a Londres a un personaje que se complace en difamarle

En todo buen melodrama deben alternar las escenas trágicas con las cómicas, de la misma manera que todo jamón bien preparado ofrece una combinación regular de capas blancas y capas encarnadas. El héroe que acabamos de ver tendido sobre un mísero jergón de paja y agobiado bajo el peso de las cadenas y de los infortunios, abre de par en par las compuertas de nuestros ojos, y en la escena siguiente, su fiel escudero, ignorante de la suerte de su señor, nos entretiene y alegra con un canto cómico. Aquí vemos, con emoción intensa, a la heroína entre las garras de un conde cruel y orgulloso, expuesta a perder el honor y la vida y blandiendo afilada daga merced a la cual intenta salvar el uno a costa de la otra, y en el momento crítico, cuando el interés ha llegado a su punto culminante, suena un silbido y hétenos transportados de repente al gran salón del castillo, donde un senescal

de larga cabellera gris entona una cantiga graciosísima rodeado de nutrido grupo de vasallos, más graciosos aún que la cantiga, cuyo oficio es cantar y trinar perpetuamente a coro en iglesias, palacios y teatros.

Habrá quien tenga por absurdas tan bruscas mutaciones; y, sin embargo, preciso es convenir que no son tan inverosímiles como a primera vista pudiera creerse. De continuo nos ofrece la vida real transiciones no menos bruscas, contrastes no menos vivos. Es muy frecuente pasar desde un salón de baile a un lecho de muerte, cambiar de la noche a la mañana los negros crespones indicadores de duelo y de quebranto por las vistosas galas símbolo de la alegría y del contento.

No existe en ello más que una diferencia, bien que diferencia de mucha entidad: en este caso último somos nosotros los actores y en el primero los espectadores. En la vida mímica del teatro, los actores no tienen ojos para ver las transiciones violentas y los ímpetus de súbita cólera y explosiones repentinas de dolor o de pasión, transiciones, ímpetus y explosiones que, servidos a meros espectadores, son desde luego condenados como absurdos e inverosímiles.

Tal vez haya quien asegure que este breve preámbulo es innecesario, pero en todo caso, debe considerarse como una manera delicada de advertir a los lectores que se les va a conducir otra vez a la ciudad natal de Oliver, porque hay muy buenas razones para emprender este viaje.

Con los primeros rayos del sol salió una mañana del hospicio egregio el señor Bumble. Avanzó con paso majestuoso y digno por la Calle Alta. La altivez, el orgullo de su alto cargo resplandecían en su persona. Los rayos tangentes de un sol matinal se quebraban su tricornio y era de ver el aire suelto con que manejaba el bastón emblema de poderío y de autoridad. Siempre caminaba el señor Bumble con la cabeza erguida, pero la mañana a que se refiere este párrafo la llevaba más enhiesta que nunca. Reflejaban abstracción sus ojos y la elevación su frente, signos inequívocos para cualquier observador que la imaginación del bedel elaboraba pensamientos demasiado abstrusos e importantes para ser comunicados a nadie.

No se detuvo el señor Bumble en el camino para charlar con los vendedores de tres al cuarto que respetuosos le saludaban o le dirigía la palabra. Limitábase a contestar su saludo con una ligera inclinación de cabeza y seguía adelante con el mismo paso digno y reposado, que no interrumpió hasta llegar a la granja-sucursal del hospicio, dirigida con solicitud verdaderamente parroquial por la buena señora Mann.

—¡Maldito sea el condenado bedel! —exclamó la señora Mann al oír la impaciencia con que llamaba a la verja—. ¡No puede ser otro que él! ¡Oh, señor Bumble! —gritó alzando la voz— ¡Quién había de pensar que era usted!... ¡Qué placer me produce su visita!... ¡Entre usted... entre en el salón!

Las frases primeras fueron dirigidas a Susana; y las de júbilo y regocijo al bedel, mientras la tierna señora Mann abría la verja de entrada e introducía a Bumble, con tanta atención como respeto, en el interior de la casa.

—Señora Mann —comenzó diciendo el señor Bumble, no sentándose, sino dejándose caer de golpe en el sofá—, señora Mann, muy buenos días.

—Buenos días tenga usted, señor —contestó la señora Mann, prodigando sonrisas a su visitante—. Deseo que su estado de salud sea inmejorable.

—¡Así, así, señora Mann! —replicó el bedel—. La vida parroquial, señora Mann, no es lecho de rosas.

—¡Oh! ¡Ciertamente que no! ¡Son tantos los desgraciados a quienes hay que atender

y cuidar!...

—La vida parroquial, señora Mann —repuso el bedel, golpeando la mesa con el bastón—, es una vida penosa, sembrada de contrariedades y de disgustos; pero a bien que no me quejo, toda vez que a todos los altos funcionarios públicos ocurre lo propio.

La señora Mann, sin comprender muy bien lo que el bedel quería decir, alzó las manos al cielo y exhaló un suspiró muy hondo.

—¡Bien puede usted suspirar, señora Mann!

La buena señora, viendo que había estado acertada, suspiró por segunda vez, con gran satisfacción sin duda del alto funcionario público, quién, reprimiendo una sonrisa indiscreta y mirando con gravedad a su galoneado tricornio, dijo con voz campanuda:

—Señora Mann, voy a Londres.

—¡Dios nos asista, señor Bumble! —exclamó la señora Mann, retrocediendo asustada.

—A Londres, sí, señora —repuso el inflexible bedel—, en diligencia... yo y dos pobres, señora Mann. Va a entablarse una acción legal, y el Consejo de Administración me ha encargado que presente el asunto a la decisión de los tribunales. No ceso de preguntarme, señora Mann, cómo van a arreglárselas los jueces de Clerkenwell para salir airosos del paso, teniendo que habérselas conmigo.

—¡Oh, señor! ¡No extreme usted su severidad con ellos! —exclamó la señora Mann con acento entre lastimero y zumbón.

—La Sala de justicia de Clerkenwell ha provocado el asunto —replicó con majestad el señor Bumble—. Si la Sala de justicia de Clerkenwell tropieza con dificultades más insuperables de las que suponía para salir de su mal paso, a nadie más que a sí mismos deberán echar la culpa los que la forman.

Tanta resolución, tanta seguridad supo poner el señor Bumble en sus palabras, tanta amenaza, que la señora Mann retrocedió espantada.

—¿Y va usted en diligencia, señor? —preguntó al cabo de un rato—. Yo creía que la costumbre era transportar a los pobres en carreta.

—En carreta descubierta solemos llevarlos cuando están enfermos, señora Mann, sobre todo en días de lluvia, pues lo esencial es impedir que, al desmontar, cojan enfriamientos, siempre peligrosos.

—¡Ah!... —exclamó la señora Mann.

—Los asientos de los individuos de que ahora se trata nos han costado baratos —añadió el señor Bumble—. Ambos se encuentran en deplorable estado de salud, y hemos calculado que los gastos del viaje importarán dos libras menos que los de su entierro... suponiendo, como es natural, que podamos endosarlos a otra parroquia, que creo podremos, siempre que no se les ocurra la mala idea de morírsenos por el camino, aunque no es de esperar llegue a tanto su mala intención. ¡Ja, ja, ja, ja!

¡Cosa rara! El señor Bumble se permitió soltar la carcajada, bien que apenas sus ojos tropezaron el tricornio, se extinguió bruscamente aquélla y el rostro del bedel recobró la gravedad habitual.

—Estamos olvidando los negocios, señora Mann —dijo el bedel después de una pausa—. Aquí tiene usted el sueldo mensual que la parroquia le tiene asignado.

Así diciendo, el bedel sacó un cartuchito de monedas de plata y exigió a la señora Mann un recibo, que ésta se apresuró a escribir.

—Tiene muchos borrones, pero está en regla —dijo la encargada de la sucursal—. Muchas gracias, señor Bumble; le quedo muy reconocida.

El bedel contestó con una inclinación de cabeza a las exageradas cortesías de la señora Mann, y a continuación pidió noticias acerca de los niños confiados a sus maternales cuidados.

—¡Angelitos! —exclamó hondamente emocionada la mujer—. Todos siguen perfectamente... todos, excepto dos que murieron la semana pasada, y el pobrecito Ricardo.

—¿No mejora este último?

La señora Mann movió negativamente la cabeza.

—¡Es un expósito de pésima condición, de índole viciosa, de carácter rebelde! —exclamó el bedel con entonación colérica—. ¿Dónde está?

—Lo traeré al instante, señor... ¡Ricardito, ven enseguida!

No tardó la mujer en encontrar a Ricardito, a quien puso debajo de la bomba y secó bien con su mismo vestido antes de conducirlo ante la terrible presencia del respetable bedel.

El muchacho estaba pálido y extremadamente flaco; tenía las mejillas hundidas y sus grandes ojos brillaban allá en las profundidades del cráneo. Flotaban alrededor de su desmedrado cuerpo las pobres prendas de vestir regalo de la parroquia librea viviente de la miseria, y su miembros flaqueaban como los de un anciano decrépito.

Tal era el desventurado que, presa de temblor convulsivo provocado por la espantable persona del bedel, permanecía en pie sin osar alzar los ojos y temiendo oír la voz de aquél.

—¿No sabes mirar a este caballero, niño testarudo? —preguntó la señora Mann.

Alzó el niño la cabeza con timidez y su mirada se encontró con la del señor Bumble.

—¿Qué deseas, hijo de la parroquia? —preguntó el bedel con expresión burlona.

—Nada, señor —contestó con voz temblorosa el niño.

—Lo creo —terció la señora Mann—. Muy descontentadizo habías de ser para que pudieras apetecer nada.

—Desearía... no obstante... —balbuceó el niño.

—¡Cómo! —interrumpió la señora Mann—. ¿Serás capaz de decir que te hace falta algo? ¡Di, pillete deslenguado!...

—¡Calma señora Mann, calma! —dijo el bedel, alzando la mano en señal de autoridad—. Desearías... ¿qué, caballerito?

—Desearía —tartamudeó el muchacho—, que alguien me hiciera la caridad de escribir algunas palabras en un pedazo de papel, y lo guardase cerrado y lacrado hasta después que me hayan enterrado.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir con esto, muchacho? —exclamó el señor Bumble, en cuyo pecho hizo alguna impresión al acento suplicante y dolorido del niño, no obstante estar muy habituado a incidentes análogos—. ¿Qué significan tus palabras, niño?

—Quisiera escribir algunas palabras de cariño al pobre Oliver Twist, haciéndole saber cuántas lágrimas he vertido al pensar en las muchas noches que habrá pasado a la intemperie, sin hogar donde cobijarse, sin alma caritativa que le tendiera una mano compasiva: quisiera también decirle —añadió el niño, agitando las manos y hablando con mucho fervor—, que es para mí un consuelo morir joven, pues si viviese mucho tiempo, si llegase a ser hombre, quizá mi hermanita, que está en el Cielo, me olvidara o no me reconociera cuando nos juntáramos. Vale más que nos encontremos allá arriba siendo niños los dos.

Bumble miró al diminuto orador de pies a cabeza, asombrado de lo que oía, y volviéndose al cabo de breves momentos hacia la señora Mann, dijo:

—¡Todos están contados por el mismo patrón, señora! ¡Ese pillete de Oliver los ha pervertido a todos!

—¡No lo hubiera creído nunca, señor! —exclamó la mujer juntando las manos—. ¡En mi vida vi muchacho de corazón más endurecido!

—¡Quítemelo de delante, señora! —gritó Bumble autoritariamente—. Hay que dar cuenta al Consejo de Administración.

—Espero que los señores consejeros comprenderán que la culpa no es mía —dijo la señora Mann lloriqueando.

—Lo comprenderán, señora; yo me encargo de hacerles ver con toda claridad el asunto... ¡Llévese a ese Pillete! ¡Quítemelo de delante, que no puedo soportar su presencia!

Ricardito fue llevado inmediatamente a la carbonera, donde quedó encerrado. Poco después se fue el señor Bumble para hacer los preparativos de viaje.

A la mañana siguiente, a las seis, Bumble, después de cambiar su tricornio por un sombrero redondo y de ponerse un capote azul con capucha, tomó asiento en la imperial de la diligencia con los dos *criminales* de quienes la Administración quería librarse.

Llegó a Londres sin más contratiempo que la detestable compañía de los dos pobres que se obstinaban en quejarse de frío, hasta el punto de hacer exclamar al bedel que le estremecían con sus lamentaciones, y que estaba helado de frío a pesar de su confortable capote.

Después de haberse desembarazado por la noche de aquellos dos seres desagradables, el señor Bumble se instaló en la misma hostería de la diligencia, y después de pedir una modesta comida, sentóse tranquilamente cerca de la chimenea para tomar un refrigerio. Cuando hubo concluido, entregóse a varias reflexiones morales sobre la culpable tendencia que tienen los hombres a murmurar y quejarse de su suerte. Finalmente cogió un diario y se dispuso a leer.

Lo primero que llamó su atención fue el anuncio siguiente:

«CINCO LIBRAS DE GRATIFICACIÓN»

«Un muchacho, llamado Oliver Twist, desapareció de su casa el jueves último por la noche, sin que desde entonces se hayan tenido noticias suyas. La gratificación mencionada se entregará a la persona que facilite informes merced a los cuales se pueda dar con el citado Oliver, o arrojen alguna luz sobre su historia pasada, que el autor de este anuncio, por varias razones, desea conocer.»

Seguía después una descripción detallada y minuciosa del traje de Oliver, de sus señas personales, de su aparición y desaparición y terminaba con las señas del domicilio del señor Brownlow y con el nombre y apellido de éste.

El bedel abrió los ojos admirado. Leyó el anuncio con calma y atención tres o cuatro veces, y antes que pasaran cinco minutos, caminaba en dirección a Pentonville, dejando intacto sobre la repisa de la chimenea el vaso de ginebra y agua, del que ni siquiera se acordó.

—¿Está en casa el señor Brownlow? —preguntó a la criada que salió a abrirle la puerta.

La criada contestó con esa evasiva tan corriente en la vida:

—No lo sé... ¿De parte de quién viene usted?

Apenas pronunció el señor Bumble el nombre de Oliver a guisa de explicación del motivo de su visita, la señora Bedwin, que ella era en persona la que había abierto la puerta,

se apresuró a franquearle el paso.

—¡Entre usted... entre usted! —exclamó anhelante—. Me daba el corazón que tendríamos noticias suyas... ¡Pobrecillo!... Me lo figuraba... lo consideraba seguro... ¡Entre usted!

Una vez dentro de la casa, la buena mujer se dejó caer sobre un sofá y comenzó a llorar, mientras una criada, menos impresionable que el ama de gobierno, subió corriendo a anunciar la visita, no tardando en reaparecer para rogar al señor Bumble, de parte del señor, que subiera inmediatamente. El bedel no se lo hizo repetir.

Condujeron al recién venido a un gabinetito reservado, donde encontró al señor Brownlow acompañado por su buen amigo Grimwig, ambos sentados frente a una mesa sobre la que se veían algunas botellas y vasos.

—¡Un bedel! —exclamó el señor Grimwig en cuanto divisó Bumble—. ¡Es un bedel de parroquia, me como mi propia cabeza!

—Le suplico, amigo Grimwig, que nos deje hablar sin interrumpirnos —dijo Brownlow—. Siéntese usted —añadió indicando una silla bedel.

Sentóse Bumble, intrigado por extrañas palabras pronunciadas por Grimwig. Brownlow, luego que colocó la lámpara en forma que la luz diera de lleno sobre el rostro desconocido, preguntó con cierta impaciencia:

—¿Viene usted a consecuencia anuncio inserto en los periódicos?

—Sí, señor —respondió Bumble.

—¿Y es usted bedel, verdad? —preguntó Grimwig, sin poder contenerse.

—Bedel de parroquia, caballeros —contestó con orgullo Bumble.

—¡Claro! —exclamó Grimwig—. ¡De sobra sabía yo que lo era! ¡Un bedel auténtico!

Brownlow, imponiendo silencio su amigo por medio de un movimiento de cabeza, repuso:

—¿Sabe usted dónde está en este momento ese pobre muchacho?

—Lo ignoro en absoluto, caballero.

—Entonces, ¿qué sabe usted a propósito? Hable usted, amigo mío sí es que tiene algo que decir. ¿Qué sabe?

—Me parece que no viene usted a decir nada bueno a su propósito —terció Grimwig con cáustica entonación, después de estudiar durante algunos segundos las facciones de bedel.

Bumble movió negativamente la cabeza con aire hipersolemne.

—¿Lo está usted viendo? —preguntó Grimwig a su amigo, con expresión de triunfo.

Brownlow dirigió al bedel una mirada de desconfianza, y le rogó expusiera con la concisión posible todo lo que supiera referente a Oliver.

Bumble dejó el sombrero en el suelo, se desabrochó el levitón, inclinó la cabeza, adoptó expresión reflexiva y, al cabo de algunos momentos, dio comienzo a su historia.

Sería inútil y pesado reproducir aquí un relato que duró veinte minutos largos. En resumen, vino a decir que Oliver era un expósito nacido de padres de baja ralea y de pésima condición; que desde que vino al mundo, el niño reveló hermosas disposiciones para todo cuanto fuera hipocresía, ingratitud y perversidad; que cerró su carrera en su país natal intentando asesinar de la manera más cobarde y villana a un niño inofensivo y huyendo a media noche de la casa de su amo. En apoyo de su aserto, el bedel dejó sobre la mesa los documentos que llevaba consigo y que demostraban que real y positivamente era Oliver la

persona de quien tan pobres informes daba, después de lo cual, cruzándose de nuevo de brazos, esperó las observaciones que el señor Brownlow tuviera a bien hacerle.

—Mucho me temo —dijo el anciano con tristeza— que sea cierto cuanto usted me dice. Tome usted las cinco libras ofrecidas. No es grande el precio; pero con alma y vida la triplicaría si las noticias que usted me ha dado fueran más favorables al muchacho.

Es muy probable que Bumble, de haber sabido las disposiciones del señor Brownlow antes de dar comienzo a la conferencia, hubiera dado colorido distinto y hasta contrario a su historia. Era ya muy tarde: el daño no tenía remedio, y moviendo con gravedad la cabeza, el buen bedel guardó en el bolsillo las cinco libras y se retiró.

Por espacio de varios minutos estuvo el señor Bownlow paseando por la habitación con tal expresión de tristeza reflejada en su noble rostro, que Grimwig no se atrevió a vejarle con cuchufletas.

Cesó al fin en su paseo y acercándose al cordón de la campanilla, tiró de él violentamente.

—¡Señora Bedwin! —dijo no bien se presentó el ama de gobierno—. ¡Oliver es un impostor!

—¡Imposible, señor imposible! —replicó con energía la anciana.

—Repito que es un impostor. ¿Qué importa que usted lo conceptúe imposible? Acabamos de saber toda su historia desde el día que vino al mundo, de la que resulta probado y averiguado que siempre ha sido un pillete.

—¡No me lo harán creer nunca, señor! —replicó con calor la anciana—. ¡Nunca!

—Ustedes, las viejas, jamás creen más que a los charlatanes y los cuentos de hadas y de brujas —gruñó el extravagante Grimwig—. Lo que usted no cree lo venía yo sospechando hace ya tiempo. ¿Por qué no me consultaron el día mismo que el muchacho entró en esta casa? Probablemente lo habría usted hecho, amigo Brownlow, de no haberle visto devorado por la fiebre, ¿eh? ¡Claro!... Un muchacho con fiebre es una cosa interesante, ¿no?

—Era un niño dulce, cariñoso, humilde —objetó la señora Bedwig indignada—. Cuarenta años hace que trato niños, caballero, y sé muy bien lo que son: aquéllos que no pueden decir otro tanto, deberían callarse en vez de hablar de lo que no entienden ni conocen: ésa es mi opinión.

La indirecta debía dar forzosamente en el blanco, pues hay que tener presente que Grimwig era solterón recalcitrante, y dio, en efecto; pero como no produjera más resultados que una sonrisa de conmiseración por parte del *blanco* herido, la señora Bedwin se quitó el delantal, dispuesta a pronunciar otro discurso más o menos breve, cuando la interrumpió el señor Brownlow, diciendo con entonación de cólera que estaba muy lejos de sentir:

—¡Silencio! ¡Que nadie vuelva nunca a pronunciar en mi presencia el nombre de ese desdichado! ¡Bajo ningún pretexto quiero oírlo! ¿Ha entendido usted bien? Puede retirarse, señora Bedwin, y no olvide que quiero ser obedecido.

Aquella noche, la tristeza fue la diosa que presidió en el hogar del señor Brownlow.

Sufría Oliver horriblemente al acordarse de sus buenos amigos de Pentonville. Por fortuna para él, ignoraba las noticias que a oídos de aquéllos habían llegado. Si hubiera escuchado la historia narrada por Bumble, probablemente habría muerto de dolor.

Capítulo XVIII

Explica cómo pasaba el tiempo Oliver en la agradable compañía e sus amigos intachables

Al día siguiente, a eso del mediodía, en ocasión en que el *Truhán* y el caballerito Carlos Bates habían salido a la calle por asuntos de su profesión, aprovechó Fajín la coyuntura para leer a Oliver un largo sermón sobre el deplorable y horrendo pecado de la ingratitud, en el que con claridad meridiana le demostró que había incurrido, y no a medias por cierto, alejándose libre y deliberadamente de la dulce compañía de sus ejemplares compañeros, sin reparar en que los dejaba sumidos en la ansiedad más viva, y mucho más al intentar escapar de nuevo, cerrando los ojos a las grandes molestias y gastos enormes que encontrarle les había costado.

Fajín insistió de una manera particular la hospitalidad que le había concedido y en las muestras cariño que le había prodigado cuando lo llevaron a su casa por primera en estado tan deplorable, que sin caridad hubiera perecido de hambre. Hízole asimismo historia de las desgracias que ocurrieron a un muchacho a quien socorrió por caridad en circunstancias análogas, el cual muchacho, habiéndose mostrado indigno de su confianza hasta el inconcebible extremo de mostrar deseos de ponerse al habla con la policía, minó funestamente su vida una buena mañana en la horca alzada en afueras del Castillo Viejo. No tomó el Judío el trabajo de ocultar la parte principal que en aquella catástrofe había tenido, pero deploró, con lágrimas en los ojos, el extravío y la conducta pérfida aquel desventurado hicieran necesario presentarle como autor del robo de una corona, hecho que, si no rigurosamente exacto, en cambio preciso para la seguridad suya (de Fajín) y de sus buenos amigos.

El judío terminó su arenga haciendo una descripción terrorífica de la horca y expresando, con entonación dulce y extremadamente fina, que sentiría verse obligado a someter a Oliver Twist a suplicio tan poco agradable.

Congelábase la sangre en las venas del pobre Oliver a medida escuchaba el discurso del judío comprendía, aunque a medias, las encubiertas amenazas con que las acompañaba. Que cabe en lo posible que la justicia confunda inocente con el culpable, cuando circunstancias ponen al primero contacto con el segundo, lo sabía por experiencia propia, y que el judío tenía tomadas todas las medidas para prevenir las delaciones y hacer desaparecer a las personas excesivamente comunicativas, así como también que más de una vez había recurrido a ellas, lo tuvo como más que probable, al recordar la índole del altercado ocurrido entre el viejo filántropo y el caballero Sikes, altercado que parecía hacer referencia a algún complot de esta índole.

Cuando Oliver levantó tímidamente la cabeza, su mirada asustada tropezó con la penetrante del judío, y el desventurado hubo de comprender que la palidez lívida de su rostro y el temblor de sus miembros no habían pasado inadvertidos para el viejo bribón ni dejaron de ser de su gusto.

Contrajéronse los labios delgados del judío en una sonrisa espantosa, y después de dar a Oliver un golpecito en la cabeza, y de decirle que estuviera tranquilo, que si trabajaba volverían a ser excelentes amigos, tomó el sombrero, púsose un levitón lleno de remiendos y salió cerrando la puerta con doble vuelta de llave.

Todo aquel día, y gran parte de los siguientes, por espacio de largo tiempo, Oliver permanecía solo, sin ver a nadie desde las primeras horas de la mañana hasta media noche. En sus eternas horas de soledad, disponiendo de tiempo sobrado para abandonarse a sus

pensamientos, acordábase sin cesar de sus caritativos amigos de Pentonville, y vertiendo lágrimas arrancadas por el más acerbo de los dolores, imaginábase la pésima opinión que de él tendrían formada.

Al cabo de una semana, o poco más, el judío dejó de cerrar con llave la puerta de la cárcel de Oliver, y éste quedó en libertad para recorrer la casa.

Imposible imaginar nada más triste y sucio. Las habitaciones de arriba tenían grandes chimeneas y descomunales puertas, y sus muros estaban revestidos con tableros de madera y variadas cornisas que, aunque ennegrecidas por la acción del tiempo y cubiertas de espesa capa de polvo, dejaban entrever varias esculturas y adornos. De ello infirió Oliver que, mucho tiempo antes que el judío viniera al mundo, el inmueble había pertenecido a personas de rango más elevado, y que probablemente, por aquella época, la morada sería alegre y elegante no obstante el aspecto de desolación que entonces presentaba.

Las arañas habían tendido sus sutiles telas por todos los ángulos de los muros y de los techos, y hasta ocurría con frecuencia, cuando Oliver pasaba de una a otra estancia, que más de un ratón asustado corriera presuroso a esconderse en su agujero al oír ruido de pasos. Salvas estas excepciones, ni la vista ni el oído encontraban en la casa vestigios de ser viviente. Llegada la noche, cuando Oliver se sentía cansado de recorrer habitaciones, solía agazaparse en un rincón del pasillo que terminaba en la puerta de la calle en su afán de estar más cerca de la sociedad de los vivientes, y allí se pasaba el tiempo, atento el oído y contando las horas, hasta que regresaban el judío y los muchachos.

En todos los aposentos se veían las ventanas cerradas y sólidamente sujetas por medio de barras de hierro cuyas piezas de sujeción estaban atornilladas en el marco con gruesos tornillos, y en ellas no entraba más luz que algunos hilos sutiles que conseguían filtrarse a través de algunos agujerillos redondos abiertos en el techo, luz que acrecentaba extraordinariamente el aspecto tétrico de las habitaciones, que parecían morada de sombras fantásticas. Un granero, empero, tenía un hueco sin ventanas, aunque defendido con sólidas barras de hierro comidas por la herrumbre, al cual solía asomarse con frecuencia Oliver para contemplar con mirada melancólica el mundo exterior. Por desgracia nada se descubría desde aquel observatorio más que una masa confusa de tejados, aleros y negras chimeneas. Cierto que algunas veces conseguía ver asomada sobre el parapeto de alguna casa lejana una cabeza desmelenada que más que humana parecía de oso, pero ni ese consuelo duraba mucho, pues aquélla volvía a retirarse con presteza y, por otra parte, como la ventana que a Oliver servía de observatorio estaba condenada, y los años y la lluvia habían depositado sobre los cristales una capa espesa de polvo y de partículas de hollín, a duras penas le permitía distinguir los bultos y nunca las formas de los objetos exteriores. En cuanto a las probabilidades de hacerse ver u oír, podía considerarlas tan remotas como si hubiese vivido en la gran bola que corona la catedral de San Pablo.

Una tarde que el *Truhán* y el elegante señorito Bates tenían en proyecto pasar la velada fuera, ocurriósele al primero atender al ornato de su persona con mayor esmero que de costumbre cosa que en honor a la verdad se le ocurría muy contadas veces, y con este objetivo a la vista, llevó su condescendencia hasta el extremo de mandar a Oliver que le ayudase.

Contento Oliver al ver que se te ofrecía ocasión de ser útil, feliz con poder mirar rostros humanos, siquiera éstos fueran desagradables, y deseoso de conciliarse el afecto de los que le rodeaban, siempre que honradamente pudiera hacerlo, no opuso la menor objeción a los deseos del *Truhán*. Manifestóse dispuesto a complacerle, y arrodillándose en el suelo mientras el *Truhán* se sentaba en una mesa, dio comienzo a la operación que el

digno discípulo de Fajín llamaba «barnizar las trotonas», frase que en lenguaje más asequible a la generalidad equivale a «lustrar las botas».

Fuera impulsado por ese sentimiento íntimo de libertad e independencia que es de suponer experimenta todo animal racional cuando está cómodamente sentado sobre una mesa, fumando una pipa y moviendo a su antojo las piernas mientras le lustran las botas sin que para ello haya de tomarse la molestia de descalzarse ni como consecuencia, la de calzarse de nuevo, fuera que la excelente calidad del tabaco que fumaba dulcificase sus sentimiento o la bondad de la cerveza enterneciera su corazón, lo cierto, lo evidente es que el *Truhán* se dejó llevar por una vez de cierta especie de romanticismo o entusiasmo que contrastaba con su carácter habitual.

—¡Lástima que no sea un *randa* —exclamó mirando con simpatía a Oliver y acompañando su exclamación con un suspiro.

—¡Ah, sí! —respondió Carlos Bates—. Le sale al encuentro la felicidad, y la desdeña.

El Truhán suspiró de nuevo y dio otra chupada a la pipa. Otro tan hizo Bates. Al cabo de algunos momentos de silencio, añadió el *Truhán* con tono de lástima:

—Apostaría a que ni siquiera sabes qué es *randa.*

—Creo que sí —contestó Oliver—. *Randa* es ladr... y ustedes, ¿verdad?

—Lo soy —respondió el *Truhán*—. Lo soy, y me merecen el desprecio más profundo todos los demás oficios. Lo soy, como lo es también Carlos, como lo es Sikes, como lo es Belita. Todos lo somos, hasta el perro, que figura en la cuadrilla en último lugar.

—Y es el menos dispuesto a vendernos —añadió Carlos Bates.

—No es capaz de respirar si le pone en el banco de los testigos ante un tribunal de justicia por miedo a venderse —observó el *Truhán*—. Si quince días le tuvieran atado al banco mencionado, bien seguro es que no soltaría un ladrido.

—Claro que no —asintió Bates.

—Es un perfecto perro, la caballerosidad personificada. ¿Has notado cómo mira con fiereza a cualquier desconocido que se permite la inconveniencia de reír estrepitosamente o de cantar cuando estamos en asuntos de servicio? ¿Has oído cómo gruñe y enseña los dientes cuando a sus oídos llegan las armonías de un violín? ¿Has reparado en el odio que profesa a todos los perros que no pertenecen a su rango y condición social? ¡Oh! ¡Es el honor de su especie!

—¡Es un verdadero santo! —dijo Bates.

El objeto de Bates al lanzar la última exclamación no fue otro que rendir tributo de admiración a la habilidad del perro, sin que se le ocurriera que aquélla podía tener otro sentido, no menos exacto. Son muchas las señoras, muchos los caballeros que pretenden ser santos, dignos de figurar en los altares, que presentan muchos puntos de perfecta semejanza con el perro de Sikes.

—¡Bueno! —dijo el *Truhán*, reanudando el hilo de la conversación con el método diligente que informaba todos sus actos—. Nada tiene que ver lo que estamos diciendo con el angelito que tenemos presente.

—¡El Evangelio! —exclamó Bates—. ¿Por qué no entras al servicio Fajín, Oliver?

—Con lo que harías tu fortuna en un quítame allá esas pajas —exclamó el *Truhán* riendo.

—Y podrías retirarte a vivir de tus rentas como un gran señor, como pienso hacer yo el primer año bisiesto que venga seguido de otros cuatro en el jueves cuadragésimo segundo de la semana de la Trinidad — repuso Bates.

—No me gusta —contestó con timidez Oliver—. Lo que deseo es que me dejen marchar... Yo... iría de muy buena gana.

—Pero, si no me engaño, Fajín no parece muy dispuesto a dejarte marchar —replicó Bates.

Demasiado bien lo sabía Oliver; pero creyendo peligroso expresarse con más claridad, suspiró y prosiguió la operación de lustrar las botas.

—¡Pero, hombre! —exclamó el *Truhán*—. ¿Es que no tienes amor propio? ¿No conoces la dignidad? ¿Te has propuesto vivir a costa de tus amigos?

—¡Quita allá! —contestó Bates, sacando del bolsillo dos o tres pañuelos de seda y dejándolos sobre un aparador—. ¿Por tan ruin e innoble le tienes?

—¡Por nada del mundo lo haría yo! —exclamó el *Truhán* con altiva repugnancia.

—Pero en cambio sabe dejar en la estacada a los amigos y no le importa que sufran el castigo correspondiente a pecados cometidos por usted —objetó Oliver sonriendo.

—Eso —replicó el *Truhán*— fue consideración hacia Fajín. Los espías saben muy bien que trabajamos juntos, y los perjuicios hubieran sido para nuestro maestro si nosotros no hubiésemos *ahuecado* a tiempo. Fue sencillamente un ardid, ¿no es cierto, Carlos?

Bates contestó con un gesto de asentimiento, y habría contestado también verbalmente; pero le asaltó tan de repente el recuerdo de la huida de Oliver, que el humo de la pipa, al mezclarse con la carcajada provocada por aquél, subió hasta su cerebro, penetró por su garganta, descendió a los pulmones y determinó una tempestad de ruidosos estornudos que duró sus cinco minutos largos.

—¡Mira esto, Oliver! —dijo el *Truhán*, sacando del bolsillo un puñado de chelines y peniques—. ¡Esto es vivir! ¿Qué importa la procedencia? ¡Aprende, Oliver, aprende, y no seas tonto! El tesoro de donde los saqué no se ha agotado todavía. ¿No quieres probar?... ¿No? ¡Oh! ¡Idiota, más que idiota!

—Es cosa fea, ¿verdad, Oliver? —observó Bates—. Es oficio que lleva en derechura a los amorosos brazos de la *viuda*, ¿eh?

—No sé qué es eso —contestó Oliver.

—Una cosa semejante a esto: fíjate —dijo Bates.

Esto diciendo, tomó una de las puntas de su corbata, la alzó en el aire y seguidamente dobló la cabeza sobre un hombro, sacó la lengua y castañeteó los dientes de una manera especial, dando a entender por medio de aquella expresiva pantomima que abrazarse a la *viuda* y bailar en la horca era una misma cosa.

—Eso significa... ¿Ves con qué ojos de espanto me mira, *Truhán*? ¡En mi vida vi angelito tan cándido como ese muchacho...! Ya sé la enfermedad que me llevará a la tumba... ¡la risa!

Bates, después de reír hasta que le saltaron las lágrimas, tomó de nuevo su pipa y continuó fumando.

—No es muy brillante la educación que has recibido, Oliver —dijo el *Truhán*, mirando con satisfacción las botas, que el muchacho había dejado como espejos—. Pero bien que Fajín hará de ti carrera, serías tú el primer nacido que, puesto en tan buenas manos, resultase una nulidad. Lo más acertado sería que dieras desde luego comienzo a la carrera. Quieras o no, has de ser del oficio más pronto de lo que sospechas, y entretanto, estás perdiendo lastimosamente el tiempo.

Bates apoyó el consejo con infinidad de consejos y máximas morales de su cosecha, y cuando el depósito de unos y de otras se hubo agotado, entre él y su amigo el *Truhán* trazaron un cuadro encantador de los infinitos placeres que eran anejos a la vida que

llevaban, insistiendo una y otra vez en aconsejar a Oliver que sin pérdida de momento procurase granjearse el favor de Fajín por los mismos medios que ellos habían empleado para conquistarlo.

—Y nunca olvides lo que voy a decirte, que es una verdad como un templo —dijo el *Truhán*, oyendo que el judío estaba abriendo la puerta de arriba—. Si no birlas tú *sonajeros* y *sonadores*...

—¿A qué hablarle en nuestro culto lenguaje si no entiende? —interrumpió Bates.

—Si tú no robas relojes y pañuelos de bolsillo —repuso el *Truhán*, acomodándose en su explicación a la capacidad de su oyente—, otros se encargarán de hacerlo; así que peor para ti. Tanto derecho tienes tú como otro cualquiera a dedicase a ese lucrativo oficio, y te prevengo que en esta casa, el que no trabaja no come.

—¡Ah, sí, sí! —dijo el judío, que había entrado sin que lo viera Oliver—. El oficio es muy sencillo hijo mío, muy sencillo. Sigue consejos del *Truhán*, que nadie conoce como él el catecismo de la profesión.

El viejo se frotó las manos aplaudió con placer el talento de discípulo.

No continuó la conversación por entonces porque el judío había llegado acompañado por Belita y por un caballero a quien Oliver no había visto nunca, el cual se había quedado rezagado en la escalera cambiando unas palabras con la joven.

El caballero en cuestión, a quien el *Truhán* llamó Tomás Chitling, era de más edad que aquél, pues probablemente habría visto dieciocho inviernos, pero esto no obstante, trataba a su compañero con una deferencia especial que parecía indicar que se reconocía un poquito inferior a él en punto a genio y destreza en el ejercicio de su profesión. Sus ojos, que guiñaba sin cesar, eran pequeñitos y en su rostro se destacaban las señales de la viruela. Un gorra de piel, una chaqueta de pana de color aceituna y unos calzones de lo mismo, pero rotos y cubiertos de grasa, y un delantal, componían su indumentaria. A decir verdad, su ropa pedía a grito herido pasar al montón de la basura, pero el joven se excusó diciendo que, como no hacía más que una hora había salido de la cárcel, donde le habían obligado a vestir de etiqueta durante seis semanas habíale faltado tiempo para ocuparse de su guardarropa. Añadió el buen señor Chitling, con grandes muestras de irritación, que el nuevo sistema de fumigación de ropas empleado en la cárcel era infernalmente anticonstitucional, pues las quemaba y llenaba de agujeros contra los cuales no conocía remedio. Habló también enérgicamente contra la odiosa medida de cortar el cabello a sus Pupilos, disposición que calificó de escandalosamente ilegal, y puso fin a su discurso asegurando que en cuarenta y dos mortales días no había entrado en su cuerpo una sola gota de licor y que tenía el gaznate más seco que un horno.

—¿De dónde crees que viene este caballero, Oliver? —preguntó el judío haciendo un guiño a los muchachos, que estaban poniendo unas botellas de aguardiente sobre la mesa.

—Supongo... yo creo que... no lo sé, señor —contestó Oliver.

—¿Quién es ése? —preguntó Tomás Chitling, mirando despectivamente a Oliver.

—Un amiguito mío, querido —respondió el judío.

—Está de suerte, pues —repuso Chitling, dirigiendo al judío una mirada amenazadora—. No preguntes de donde vengo, pimpollo, que no tardarás tú mucho en aprender el camino: ¡apuesto una corona!

Los pilletes rieron a rabiar aquella chanza, y después de bromear un rato sobre el mismo tema, cambiaron con Fajín algunas palabras en voz baja y salieron de la estancia.

El judío y el recién venido, después de cuchichear durante breves segundos,

acercáronse al fuego, y el primero, mandando a Oliver que se sentase a su lado, llevó la conversación a los temas que supuso habían de interesar más a su auditorio. Extendióse en particular sobre las grandes ventajas que reportaba el oficio, sobre la destreza maravillosa del *Truhán*, la amabilidad de Carlos Bates y la generosidad sin límites del dicente. Cuando estuvo agotada la materia, en atención a que Chitling se caía materialmente de sueño, cosa muy natural después de haber pasado seis semanas, recluido en la cárcel, centro que rinde y postra al más fuerte después de una o dos semanas de estancia, se retiró la señorita Belita a fin de dejar a los demás en libertad de irse descansar.

Muy contadas veces dejaron solo Oliver a partir de aquel día, pues constantemente tenía a su lado a los dos simpáticos ladrones que se entretenían practicando todos los días el ejercicio favorito con el judío... no se sabe si para adiestrarse ellos o si para acostumbrar y adiestrar a Oliver; quizá el judío pudiera sacarnos de dudas. Otras veces el judío les narraba historias entretenidas de robos cometidos por él mismo en su juventud, dando a la narración un colorido tan vivo y salpicándola con chistes tan graciosos y originales, que Oliver no podía menos de reír a carcajadas, demostrando que, pese a la delicadeza de sus sentimientos, le divertían sobremanera aquellas historias.

En una palabra: el ladino judío tenía al muchacho prendido en sus redes; y luego que merced a la soledad y al aislamiento consiguió despertar en él el gusto por la compañía, desagradable, desde luego, pero nunca tanto como la de sus amargos pensamientos, dedicóse a infiltrar lentamente en su corazón la ponzoña con que esperaba corromperlo para todo el resto de su vida.

Capítulo XIX
Donde asistirá el lector a la discusión y aprobación de un plan notable de operaciones

Era una noche húmeda, fría y ventosa. El judío Fajín, luego que arrebujó su aterido cuerpo con su gran levitón y alzó el cuello de éste hasta cubrir con él sus orejas, más que para preservarlas del frío para ocultar toda la parte inferior de su rostro, salió cauteloso de su guarida.

Detúvose junto a la puerta en la parte de afuera hasta que oyó que cerraban con llave y sujetaban las cadenas, y después de escuchar con atención y de felicitar mentalmente a sus discípulos por las medidas de precaución que adoptaban, alejóse con rapidez.

La casa en la cual estaba recluido Oliver distaba poco de Whitechapel. El Judío se detuvo un instante en la esquina de la calle, y después de tender en torno suyo miradas recelosas, alejóse en dirección a Spitalfields.

Espesa capa de lodo cubría las calles envueltas en negra bruma, caía lentamente la lluvia y hacía un frío horrible. En una palabra: la noche era que ni de encargo para un individuo como el judío. Al deslizarse con ligereza rozando las paredes y buscando abrigo en los huecos de las puertas, aquel viejo repugnante parecía un reptil monstruoso, salido del fango y de las tinieblas en que se movía, que se arrastraba a favor de la noche en busca de alguna apetitosa provisión de carne putrefacta.

Recorrió varias callejas tortuosas y sucias hasta que llegó a Bethnal Green, donde, torciendo bruscamente hacia la izquierda, no tardó en aventurarse por la intrincada red de inmundos callejones que tanto abundan por el distrito a que me refiero.

Era evidente que el judío conocía a la perfección el terreno que pisaba a juzgar por lo bien que se orientaba no obstante la oscuridad tenebrosa de la noche y lo laberíntico de

las calles. Recorrió no pocas de éstas y al fin entró en una iluminada por un solo farol. Hizo alto frente a una puerta, llamó y, después de cambiar algunas palabras en voz baja con el que le franqueó la entrada, penetró en su interior.

Oyóse el gruñido de un perro no bien el judío puso la mano sobre el picaporte de la puerta de una habitación, y desde el interior de ésta preguntó una voz bronca:

—¿Quién va?

—Yo solo, Guillermo, yo solo —contestó el judío entrando.

—Que entre tu humanidad —dijo Sikes—. ¿Estarás quieto, condenado perro? ¿Es que cuando el demonio viste levitón no le conoces ya?

Parece que el animal se engañó en los primeros momentos, pues no bien Fajín se desabrochó el levitón y le colocó sobre el respaldo de una silla retiróse aquél al rincón de donde antes saliera meneando el rabo con muestras de satisfacción.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Sikes.

—Pues hay... ¡Ah! Buenas noches, Anita.

El judío saludó a la joven con timidez manifiesta, cual si tuviera sus dudas acerca de la acogida que le dispensaría su amiga, a la que no había visto desde que aquélla había abrazado la defensa de Oliver. Sus dudas, sin embargo, desvanecieron en el acto, pues Anita retiró los pies de los morillos la chimenea, arrastró hacia atrás la silla en que estaba sentada y dijo al judío que aproximara la suya. No explicó el objeto; pero como la noche estaba extraordinaria fría. Fajín lo comprendió de sobra.

—Fría está de veras la noche, querida Anita —observó el judío acercando a la lumbre sus arrugadas manos—. Penetra hasta la médula de los huesos.

—Mucho más intenso habría de ser para que penetrase hasta tu corazón —dijo Sikes—. Dale algo de beber, Anita, y despacha pronto ¡voto al infierno! Me pone nervioso ver a ese carcamal tiritando de esa manera... ¡Si parece un espectro recién salido de la fosa!

Anita se apresuró a sacar una botella de una alacena en la que había otras varias de formas y tamaños diversos, llenas sin duda de distintos licores. Sikes llenó un vaso de aguardiente que ofreció al judío.

—Muchas gracias, Guillermo, muchas gracias —dijo el judío, dejando el vaso sobre la mesa sin haber hecho más que humedecer los labios en el líquido.

—¡Cómo! ¿Tienes miedo de emborracharte? —preguntó Sikes mirando al judío con fijeza—. ¡Uf!

Lanzando a Fajín una mirada despectiva, vertió el contenido del vaso en la lumbre para llenarlo de nuevo, lo que hizo en el acto.

Mientras su camarada echaba entre pecho y espalda el contenido del primer vaso y el de otro segundo, el judío tendía la vista en derredor, no con curiosidad, que harto conocía la habitación en que se encontraba y aun toda la casa, sino con esa expresión de recelo que le era peculiar. Pobre era a más no poder el mueblaje de la estancia, en la que nada había que hiciera suponer que estuviera habitada por un hombre amigo del trabajo más que el contenido de la alacena, ni presentaba más objetos sospechosos que tres trancas descomunales, puestas en un rincón, y un *salvavidas* —acaso le cuadrase mejor el nombre de *destruyevidas* — que pendía de la chimenea.

—A tu disposición —dijo Sikes, castañeteando la lengua—. Ya me tienes dispuesto.

—¿Para tratar de negocios? —preguntó Fajín.

—Para tratar de negocios. Suelta lo que traigas en el buche.

—¿Sobre la casa Chertsey, Guillermo? —preguntó el judío, acercando más su silla y bajando mucho la voz.

—Sí. ¿Qué hay?

—¡Oh! De sobra sabe usted lo que hay, amigo mío, ¿no es cierto, Anita?

—¡No! ¡No lo sabe! —replicó Sikes—. Y si lo sabe, es como si no lo supiera, que para el caso es lo mismo. Habla pronto y llama las cosas por su nombre. Y acaba ya de una vez de gruñir y hacer mueca, así como también de hablarme con enigmas y reticencias, como si no fueras tú el primero que concibió el proyecto del robo. ¡Al grano, al grano, y basta de rodeos!

—¡Calma, calma, Guillermo! —exclamó Fajín, intentando en vano poner diques a la indignación desbordada de su amigo—. Pudieran oírnos, querido amigo... pudieran oírnos.

—¡Que nos oigan! —gritó Guillermo—. ¡Me da lo mismo!

Sin embargo, como parece que no le daba lo mismo, al cabo de un momento de reflexión, optó por bajar la voz.

—Me guiaba la prudencia, amigo mío... nada más que la prudencia —observó con zalamería Fajín—. Hablemos ahora de la casa Chertsey: ¿cuándo se da golpe, amigo mío? ¡Cuánta vajilla de plata, querido amigo, cuánta riqueza! —añadió el judío frotándose las manos de gusto y elevando los ojos en un éxtasis de deleite.

—No puede darse —contestó Sikes con frialdad.

—¡Que no puede darse! —repitió como un eco el judío.

—No —insistió Sikes—. Por lo menos, no es el negocio que nosotros creíamos.

—¡Luego no se ha sabido hacer bien la cosa! —gritó el judío, pálido de cólera—. ¡No me lo diga usted!

—Te lo diré, quieras o no. ¿Quién eres tú, para que yo calle? Digo que Tomás Crackit hace quince días que ronda la casa y aun no ha conseguido sobornar a ninguno de los criados.

—¿Quiere usted decirme, amigo mío —preguntó Fajín, dulcificando la voz a medida que su interlocutor la alzaba— qué ninguno de los dos criados se aviene al juego?

—Eso precisamente. Veinte años hace que la vieja los tiene a su servicio, y nada consigues de ellos aun cuando les des quinientas libras.

—¿Pero y las criadas? —objetó el judío—. No me dirá usted que tampoco es posible conseguir nada de ellas.

—Eso es lo que diré, pues tampoco ellas dan chispas.

—¿Con un eslabón tan bueno como Tomás Crackit? —preguntó el judío con expresión de incredulidad—. Tomás es un seductor de primera fuerza, y usted sabe muy bien lo que son las mujeres.

—Pues con todas sus seducciones, nada ha conseguido, y eso que, según dice, se presentaba con unas patillas encantadoras, llevaba un chaleco color canario y se pasaba todo el santo día rondando de aquí para allá.

—Debió ponerse bigote postizo y pantalones de soldado, amigo mío —dijo el judío.

—También lo ha hecho; pero con el mismo resultado negativo que todo lo anterior.

El desconcierto del judío al oír la contestación anterior fue inmensa. Al cabo de algunos minutos de profunda meditación, durante los cuales permaneció con la barbilla hundida en el pecho, alzó la cabeza, exhaló un suspiro tras el cual parecía que iba a salir su alma, y confesó que, en efecto, si los informes de Tomás Crackit eran exactos, temía que el negocio había fracasado.

—¡Y, sin embargo, amigo mío —añadió el viejo, apoyando las manos sobre sus rodillas—, es muy triste, muy doloroso, resignarse a perder lo que ya considerábamos

nuestro!

—Cierto... ¿Pero qué remedio? ¡Suerte perra!...

Siguió un silencio que se prolongó mucho durante el cual Fajín meditaba como nunca. Su cara contraída dábale aspecto de verdadero demonio. De tanto en tanto le dirigía Sikes miradas furtivas, y Anita, cual si temiera excitar la irritación de su amigo, permanecía con los ojos clavados en la lumbre, sorda y como indiferente a lo que tan cerca de ella pasaba.

—¡Fajín! —exclamó de pronto Sikes, rompiendo el silencio—. ¿Me das cincuenta amarillas de premio, además de lo que me corresponde si realizo el negocio?

—Sí —respondió el judío, despertando de sus reflexiones.

—¿Trato hecho? —inquirió Sikes.

—Trato hecho —respondió el judío, relampagueantes los ojos y revelando la emoción que la pregunta le producía.

—Entonces —repuso Sikes, rechazando desdeñosamente la mano que el judío acababa de tenderle—, el negocio se hará tan pronto como quieras. Anteanoche reconocimos el jardín Tomás y yo, escalando la tapia, como es natural, y probamos las ventanas y las puertas. Una cárcel no se cierra y atranca con mayor cuidado que esa casa; pero hay un sitio por el cual podremos penetrar sin ruido y sin peligro.

—¿Por dónde, Guillermo? —preguntó anhelante el judío.

—Escucha —susurró Sikes—. Luego que se atraviesa el prado...

—¡Sí... sí! —exclamó el judío adelantando la cabeza y con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Hum! —murmuró Sikes, reparando en la seña que le hacía Anita para que se fijase en la cara del judío—. No te importe averiguar el sitio. Ya sé que nada podrás hace sin mí, pero el que trata contigo por mucho que extreme las precauciones, siempre se expone a quedase corto.

—Como usted quiera, amigo mío, como usted quiera —contestó el judío—. ¿Pero son bastantes usted y Tomás?

—Bastamos. Únicamente nos hará falta un berbiquí y un muchacho. El primero lo tenemos nosotros; tú habrás de encárgarte de proporcionarnos al segundo.

—¡Un berbiquí y un muchacho! —exclamó el judío—. Luego se trata de introducirse por un boquete abierto en un tabique...

—¿Volvemos a las andadas? Repito que necesito un muchacho, que éste debe ser un poco corpulento... ¡Demonio! —exclamó Sikes—. Si tuviera yo a mi disposición a aquel chico de Ned, el deshollinador... Impedían a propósito que se desarrollase, a fin de que sirviera para el objeto, y lo alquilaban a quien lo necesitaba; pero su padre cometió la tontería de dejarse matar, y esos entrometidos de la Sociedad Protectora de Delincuentes jóvenes sé llevaron al muchacho, privándole de un oficio que le hubiera hecho rico y enseñándole a leer y a escribir. Ahí tienes lo que hacen esos tunantes: si tuvieran dinero bastante, lo que gracias a la Providencia divina no sucede, antes de un año no encontraríamos un solo muchacho que quisiera aprenden el oficio.

—Ni uno; es verdad —asintió el judío, quien absorto en sus reflexiones durante el discurso de su camarada, solamente había oído las últimas palabras—. ¡Dígame, Guillermo!

—¿Qué tripa se te ha roto?

El judío hizo una seña de que convenía alejar de allí a Anita, que continuaba inmóvil y como abstraída contemplando el fuego de la chimenea, seña que el bandido acogió con un movimiento de impaciencia que traducido al lenguaje vulgar significaba que

no creía necesaria la precaución. Esto no obstante, accediendo a los deseos de Fajín, rogó a la joven que fuera a buscar un jarro de cerveza.

—Ninguna falta te hace ahora la cerveza —contestó Anita, cruzándose de brazos y sin moverse de la silla.

—Y yo te digo que sí —replicó Sikes.

—¡Tonterías! —exclamó con calina glacial la joven—, puede usted continuar sin reparo, Fajín: sé lo que va usted a decir, así que, no le importe mi presencia.

El judío vacilaba, y Sikes paseó sus miradas de uno a otra reflejando honda sorpresa.

—Creo que no debe detenerte la presencia de la muchacha, Fajín —dijo Sikes al fin—. La conoces de antiguo, y se me figura que si ella no te merece confianza, tendrás que dejar de depositarla hasta en el mismísimo diablo. La chica es poco aficionada a la murmuración, ¿no es verdad, Anita?

—Eso creo —contestó Anita, acercando la silla a la mesa y apoyando sobre ésta los codos.

—Si ya lo sé, hija mía... no lo dudo... pero...

El judío no terminó la frase.

—Pero, ¿qué? —inquirió Sikes.

—Que yo no sé si continuará tan prevenida en contra mía como la otra noche.

Anita soltó una carcajada al oír la confesión del judío. A continuación, echándose al cuerpo un vaso de aguardiente, comenzó a mover la cabeza con aire provocativo y a proferir frases incoherentes que llevaron la tranquilidad al ánimo de sus dos oyentes. Fajín río con expresión de contento y otro tanto hizo Sikes.

—¡Vaya, Fajín! —exclamó Anita entre carcajada y carcajada—. Ya puede exponer a Guillermo los proyectos que tiene entre ceja y ceja a propósito de Oliver.

—¡Ah, picarilla! —dijo el judío, dando unos golpecitos sobre los hombros de Anita—. ¡No he conocido en mi vida muchacha más ladina que tú! De Oliver quería hablar, es verdad, ¡Ja, ja, ja, ja!

—¿Pero qué tiene que ver Oliver con lo que estamos hablando?

—¡Mucho! Oliver es el muchacho que usted necesita, amigo mío —dijo el judío en voz muy baja, colocando la punta del índice a un lado de la nariz y guiñando un ojo.

—¿Él? —preguntó Sikes.

—¡Tómale, Guillermo! —exclamó Anita—. Yo, en tu lugar, no vacilaría un momento. Convengo en que no es tan práctico como los demás; pero no es experiencia lo que necesitas, sino que te abra una puerta. Para el papel que has de confiarle tiene capacidad bastante.

—¡Sobrada! —añadió el judío—. Está en buenas manos desde hace algunas semanas, y hora es ya de que empiece a ganarse el sustento. Además: los otros son muy gruesos.

—En realidad es del tamaño que me conviene —murmuró Sikes.

—Y hará todo lo que usted le mande, mi querido amigo —repuso el judío—. Es de los que no saben resistirse... es decir, siempre que usted le atemorice.

—¿Atemorizarle? —repitió Sikes—. Puede que no me conforme con tan poca cosa, Fajín. Si da un paso en falso o sospechoso luego que estemos *metidos en harina*, perdido por uno, perdido por mil: no volverás a verle vivo. Piénsalo bien antes de enviármelo, Fajín —añadió con expresión feroz el ladrón, sacando una tranca de debajo de la cama.

—Lo tengo bien pensado —contestó el judío con energía—. No le pierdo un

momento de vista, amigos míos; le observo de cerca... muy de cerca... Que se convenza de una vez de que es de los nuestros... que sea una sola vez ladrón... y ya no se nos escapa mientras viva... ¡Nuestro para siempre! ¡Oh! ¡Es una idea hermosa!

El viejo cruzó sobre el pecho los brazos con ademán de fervor, y movió la cabeza estremecido de júbilo.

—¿Nuestro? —observó Sikes—. Querrás decir tuyo.

—Es posible, mi buen amigo; mío, si usted lo prefiere.

—¿Y a qué diablos es debido —preguntó Sikes, mirando con fiereza a su agradable amigo— que te tomes tanto interés por ese mocoso de cara de cera, cuando sabes que todas las noches rondan por los alrededores de Common Garden cincuenta mejores que él, entre los cuales podrías escoger?

—Porque ésos no me sirven, amigo mío —contestó el judío con visible embarazo—. No valen lo que el trabajo de cogerlos. Si les encomendaba algún trabajo, su facha solo bastaría para descubrirlos. En cambio Oliver, manejado con destreza, puede hacer lo que no harían veinte de aquéllos juntos. Además —añadió el judío, recobrando su sangre fría habitual—, si volviera a tomar el portante, nos tendría a merced suya y para evitarlo se impone embarcarlo en la misma barquilla en que navegamos nosotros. Cómo haya venido a parar a mis manos es lo que menos importa; lo esencial es que tome parte en un robo, y entonces, ya es mío. Es preferible esto a tener que *suprimirle*, lo que además de ser poco humanitario no dejaría de entrañar peligros para nosotros.

—¿Cuándo es el golpe? —preguntó Anita, impidiendo que Sikes lanzara la exclamación brutal que tenía en el pico de la lengua encaminada a exteriorizar el disgusto con que veía los sentimientos humanitarios de Fajín.

—¡Ah, sí! —dijo el judío—. ¿Cuándo se da el golpe, Guillermo?

—Convine con Tomás darlo pasado mañana por la noche, si no recibe aviso mío en contrario —respondió Sikes.

—Muy bien; por lo pronto no habrá luna —observó Fajín.

—No —contestó Sikes.

—¿Está todo preparado? —preguntó el judío.

Sikes contestó con un gesto afirmativo.

—¿Han previsto...?

—¡He dicho que está preparado, todo, y basta ya de detalles! —exclamó Sikes interrumpiendo a su interlocutor—. Tráeme al muchacho mañana por la noche, pues quiero emprender la marcha al romper el día siguiente. Hasta entonces, cierra el pico y ten preparado el crisol. No tienes que hacer más por ahora.

Después de larga discusión, en la cual tomaron parte los tres personajes presentes, decidióse que al día siguiente por la noche, iría Anita a la casa del judío a fin de llevarse a Oliver, quien era de esperar siguiese de mejor grado a la joven que a ninguna otra persona, toda vez que muy recientemente había aquélla roto lanzas en su favor. Estipulóse formalmente que el desdichado Oliver sería abandonado en absoluto y sin reservas, en todo lo que con la expedición en proyecto tenía relación, a los cuidados solícitos y vigilancia del señor Guillermo Sikes. Además, el repetido Sikes trataría al muchacho en la forma que estimase oportuno, no siendo responsable en ningún caso ante el judío de nada de cuanto a aquél le ocurriese, y bastando, una vez acallada la empresa, que las manifestaciones de Sikes fueran confirmadas, en los detalles de importancia, por el testimonio del seductor Tomás Crackit.

Convenidos y puestos de acuerdo sobre todos los puntos, Sikes comenzó a trasegar

sin tasa vasos de aguardiente, blandiendo de una manera alarmante la tranca, aullando como un condenado y cantando a voz en cuello aires musicales que alternaba con terribles blasfemias. Al fin, en un acceso de entusiasmo profesional, se empeñó en exhibir su caja de herramientas del oficio; pero no bien la hubo abierto con ánimo de explicar el uso y propiedades de los variados instrumentos que contenía, cayó rodando al suelo y quedó dormido al instante.

—Buenas noches, Anita —dijo el judío, abotonándose el levitón.

—Buenas noches.

Encontráronse las miradas de entre ambos, y Fajín clavó sus ojos penetrantes en Anita. Esta no pestañeó siquiera. ¡Nada! ¡No había duda! Estaba tan identificada con el negocio como pudiera estarlo Tomás Crackit.

El judío dio por segunda vez las buenas noches, y dando ligeramente con el pie al borracho, junto al cual hubo de pasar, abrió la puerta y descendió por la escalera.

—¡Lo de siempre! —murmuraba entre dientes el judío mientras se dirigía a su casa—. Tienen de malo esas mujeres que basta una insignificancia para despertar en ellas sentimientos dormidos de antiguo; pero tienen de bueno que aquéllos vuelvan a dormirse muy pronto.

Entreteniendo el camino con reflexiones tan agradables, no tardó Fajín en llegar a su antro, donde le esperaba con gran impaciencia el *Truhán.*

—¿Se ha acostado ya Oliver? Necesito hablarle —dijo Fajín en cuanto entró.

—Hace ya muchas horas —contestó el *Truhán*, abriendo una puerta—. Ahí lo tiene usted.

Allí estaba en efecto Oliver, dormido profundamente sobre un mísero jergón tendido sobre el duro suelo. La ansiedad, la tristeza y lo duro de su cautiverio habían comunicado a su rostro la palidez de la muerte, pero no tal como se ofrece a nuestras miradas envuelta en un sudario o encerrada en un ataúd, sino tal como la vemos en el instante en que la vida se extingue, en el momento en que un alma pura abandona para siempre la envoltura material y sube volando al Cielo, huyendo del aire infecto y corrompido del mundo antes que éste pueda contaminarla.

—¡No! ¡Ahora no! —dijo el judío, alejándose sin hacer ruido—. ¡Mañana!... ¡Mañana!

Capítulo XX
Oliver es entregado al honrado Guillermo Sikes

La mañana siguiente, tenía reservada para Oliver una sorpresa: a los pies de su cama, en vez de los zapatos rotos y sucios que dejó al acostarse, encontró al despertar otros completamente nuevos. La sorpresa le regocija al pronto, pues creyó que era precursora de su libertad, mas no tardaron en desvanecerse sus ilusiones. Al sentarse a almorzar con el judío, díjole éste, en tono y con expresión que acrecentó hasta el infinito sus temores y alarmas, que vendrían a buscarle para conducirle a la morada de Guillermo Sikes.

—¿Para... para permanecer en ella, señor? —preguntó Oliver anhelante.

—No, no querido mío; no es para permanecer allí —respondió Fajín—. Te queremos demasiado para resignarnos a perderte, así que no temas, Oliver, que a casa volverás, ¡ja, ja, ja! Nunca tendremos la crueldad de despedirte... ¡Oh, no!

El miserable viejo que se entretenía tostando una rebanada de pan mientras tanto sin miramiento se mofaba de Oliver, reía con risa sardónica como para demostrar que sabía

perfectamente que Oliver escaparía de muy buena gana si le fuera posible.

—Supongo —repuso Fajín, clavando sus ojillos en Oliver—, que te agradará saber a qué vas a la casa de Guillermo, ¿eh?

Encendióse el rostro de Oliver al comprender que el viejo leía como en libro abierto en su pensamiento, pero sobreponiéndose a su turbación, contestó resueltamente:

—Es verdad, quisiera saberlo.

—Pues qué, ¿no lo adivinas? —preguntó el judío, eludiendo la cuestión.

—No, señor —respondió Oliver.

—¡Bah! —exclamó el judío, dejando de examinar el rostro del muchacho—. Ten paciencia, que Guillermo te pondrá al corriente de todo.

Pareció contrariar al judío el hecho de que Oliver no manifestara más curiosidad por conocer de qué se trataba; pero a bien que no selló los labios del muchacho la falta de curiosidad, sino la inquietud, la turbulencia de sus propios pensamientos. Hubiera preguntado de buen grado, y no le fue posible en los primeros momentos, y cuando repuso algún tanto, no volvió a presentársele ocasión, porque el judío no desarrugó el entrecejo ni volvió a hablar palabra hasta que cerró noche.

—Puedes encender luz —dijo judío, poniendo una vela sobre mesa—, y distraerte leyendo este libro hasta que vengan por ti. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Oliver.

Encaminóse Fajín hacia la puerta pero sin dejar de mirar de soslayo al muchacho. De pronto hizo alto, y llamó por el nombre a Oliver.

Alzó el desventurado la cabeza, el judío le hizo una seña para que encendiera la vela. Obedeció Oliver, y al colocar el candelero sobre la mesa, observó que el viejo le contemplaba con fijeza desde el extremo de la estancia.

—¡Mucho cuidado, Oliver, mucho cuidado! —dijo moviendo la mano derecha en forma harto significativa—. Es un hombre excesivamente duro, un bruto, que no repara en libra de sangre más o menos a poco que se irrite. Suceda lo que suceda, no digas palabra y haz todo todo cuanto te mande. ¡Repito cuidado!

Recalcando extraordinariamente la última palabra, dejó que la dureza de su expresión fuera poco a poco resolviéndose en una sonrisa siniestra y, previa una inclinación de cabeza, se fue.

Oliver, en cuanto se encontró solo, hundió la cara entre las manos y dióse a reflexionar con angustia sobre las palabras de Fajín. Cuando más vueltas daba en su imaginación a las recomendaciones del judío, menos acertaba ni conjeturaba el alcance y significación de las mismas. ¿Perseguirían algún objetivo criminal? ¿Pero qué proyectos eran visibles en casa de Sikes, que no lo fueran también en la del judío? A fuerza de meditar, llegó a convencerse de que le enviaban para que se encargara del desempeño de las faenas domésticas hasta tanto encontrase Sikes otro muchacho más idóneo para el caso. Si ése era el objeto, había sufrido demasiado en la casa del judío para que la perspectiva de un cambio de colocación arrancase a sus ojos lágrimas muy amargas. Permaneció algunos minutos sumido en estos pensamientos, y luego, exhalando un suspiro y despabilando la vela, abrió el libro que para entretenerse le dejara Fajín y comenzó a leer.

Hojeó al principio sus páginas sin prestar atención a lo que leía; mas habiendo encontrado un párrafo que despertó su atención, no tardó en consagrarla completa a la lectura. Era la historia de la vida y hechos gloriosos de los grandes criminales. En aquellas páginas, manchadas y manoseadas millares de veces, pudo leer Oliver la narración de crímenes espantosos que helaban la sangre en las venas, de asesinatos misteriosos

perpetrados en encrucijadas o caminos solitarios, de cadáveres arrojados al fondo de fosos o de pozos profundos que, no obstante su profundidad, al cabo de los años concluían por devolverlos a la luz del sol, enloqueciendo a los asesinos que les arrancaron la vida e inoculando en sus negras almas tal pánico, que ellos mismos confesaban a grito herido su delito y clamaban por la horca, a fin de que ésta viniera a poner término a sus horribles remordimientos. Leyó también de hombres que, sucumbiendo (según ellos) a tentaciones que en sus lechos les asaltaron, se levantaron a media noche y cometieron horrores cuyo solo pensamiento ponía los pelos de punta. Las escenas aparecían pintadas en el libro tan gráficamente y con colores tan vivos, que las grasientas páginas tomaron a los ojos de Oliver el tono rojo de la sangre, y las palabras impresas en las mismas sonaban en sus oídos como gemidos ahogados, como susurros siniestros emitidos por los espectros de las víctimas.

En el paroxismo del terror, Oliver cerró el libro y lo arrojó lejos de sí; y luego, cayendo de rodillas, pidió con fervor a Dios que le librara de cometer hazañas semejantes, quitándole la vida antes que permitirle que fuera culpable. Poco a poco fue serenándose, y con voz débil y temblorosa pidió a los Cielos que le salvaran de los peligros de que se veía cercado, y que, si algún auxilio habían de aportar al pobre niño abandonado, que nunca conoció el cariño de los amigos ni el dulce amor de los suyos, se lo prestaran en aquel trance, cuando desesperado y sin humano apoyo, hallábase a merced de hombres perversos y criminales.

Había terminado su plegaria y continuaba aún de rodillas y con la cara entre las manos, cuando le devolvió al mundo de la realidad un rumor que oyó cerca de sí.

—¿Quién va? —preguntó estremecido, viendo un bulto en el umbral de la puerta—. ¿Quién es?

—Yo... yo sola —contestó una voz temblorosa.

Oliver levantó sobre su cabeza el candelero y miró hacia la puerta. La que acababa de llegar era Anita.

—Baja la luz —dijo la joven volviendo la cabeza—, me hace daño a la vista.

Como Oliver observara que Anita estaba intensamente pálida, preguntóle si se encontraba enferma. La joven se dejó caer pesadamente sobre una silla, volvió la espalda a Oliver, y comenzó a retorcerse las manos sin contestar.

—¡Dios me perdone! —exclamó al cabo de un rato—. ¡No había yo pensado en esto!

—¿Ocurre algo? —preguntó Oliver—. ¿Puedo serle útil? Mándeme, que lo que yo pueda, lo haré con gusto.

Anita se agitó violentamente, llevó una mano a su garganta, exhaló un gemido sordo y buscó aire que respirar.

—¡Anita! ¿Qué tiene usted? —preguntó Oliver alarmado.

La joven se golpeó las rodillas con las manos y el suelo con los pies, y luego, deteniéndose de pronto, comenzó a dar diente con diente y se arrebujó en el chal.

Oliver avivó el fuego; Anita acercó a éste su silla, guardó silencio durante algunos momentos, y al fin alzó la cabeza y miró en su torno.

—No sé lo que algunas veces me sucede —dijo, fingiendo arreglar con ansiedad el desorden de sus vestidos—. Será efecto de la humedad de esta habitación repugnante sin duda. ¿Estás ya dispuesto, querido Oliver?

—¿Es que me voy con usted? —preguntó el muchacho.

—Sí. Vengo de parte de Guillermo para llevarte conmigo.

—¿Para qué? —preguntó Oliver retrocediendo.

—¿Para qué? —repitió la joven, alzando los ojos y separándolos tan pronto como su mirada encontró a la del muchacho—. ¡Para nada malo, desde luego!

—¡No lo creo! —replicó Oliver, que observaba con ojo penetrante a Anita.

—Como quieras —dijo la joven con sonrisa forzada—. Para nada bueno, entonces.

Observó Oliver que ejercía alguna influencia sobre la sensibilidad de Anita y concibió por un momento la idea de apelar a su conmiseración; pero de repente se le ocurrió que no eran aún las once y que las calles debían estar muy concurridas, En este caso, personas buenas encontraría que darían crédito a sus palabras. Hecha esta reflexión, se puso en pie con vivacidad y dijo que estaba dispuesto.

Ni los pensamientos del joven ni el proyecto que acababa de elaborar en su imaginación escaparon a penetración de Anita, la cual, fija en Oliver su mirada, y con expresión que indicaba bien a las que había comprendido su pensamiento, dijo, señalando la puerta tendiendo en derredor miradas cautelosas.

—¡Imposible, pobre amigo mío! No puedes escapar. He hecho por ti cuanto he podido para que huyeras, pero no hay remedio. Estás cercado por todas partes, y si alguna vez has de escapar, cree que no será en esta ocasión.

El acento enérgico de la joven llenó de asombro a Oliver. Que hablaba con formalidad, harto lo demostraban la palidez de su cara y el temblor de sus miembros.

—Te libré una vez de crueles tratos —continuó la joven—, te libraré otras, y te estoy librando en ese momento, pues aquéllos en cuyo poder estás, con mayor dureza te tratarían si no fuera yo. He prometido que me seguirás sumiso y silencioso; si así no lo haces, no has de conseguir otra cosa que empeorar tu reputación y perjudicarme a mí... ser tal vez causa de mi muerte. ¡Mira! Esto te dará idea de lo que por causa tuya he sufrido... tan cierto como Dios está en el Cielo.

Esto diciendo, la joven enseñó a Oliver sus brazos y cuello cubiertos de cardenales.

—¡No olvides lo que has visto —repuso la joven hablando con rapidez vertiginosa—, y procura no aumentar en este instante mis sufrimientos! Si pudiera ayudarte, con alma y vida lo haría; pero no me es posible. No piensan hacerte daño, y ten en cuenta que de lo que te obliguen a hacer, no puedes tú ser responsable... ¡Chitón! Cualquier palabra tuya me hace daño... Dame la mano... ¡Deprisa, deprisa! Dame la mano.

Tomó Anita la mano que Oliver le tendió maquinalmente y, apagando la vela, le condujo a la escalera. La puerta que daba salida a la calle les fue franqueada por alguien oculto en la obscuridad, quien la volvió a cerrar no bien salieron aquellos. En la calle esperaba un coche. Con la misma vehemencia con que hablara antes a Oliver obligó a éste a montar en el coche a su lado y bajó inmediatamente las cortinillas. El cochero, sin esperar instrucciones, descargó un fustazo al caballo, el cual Partió con la rapidez del viento.

Anita continuaba oprimiendo la mano de Oliver y, dirigiéndole en voz baja recomendaciones, consejos, advertencias. El viaje fue tan rápido, que antes que el muchacho pudiera darse cuenta cabal de lo que le ocurría, antes que supiera dónde se encontraba y cómo había llegado, el coche hacía alto frente a la casa a la cual dirigiera el judío su paso la noche anterior.

Dirigió Oliver una mirada de desesperación a la solitaria calle y hasta vagó por sus labios un grito en demanda de socorro; pero continuaba sonando en su oído la voz de la joven, voz que con acento de desgarradora agonía le suplicaba que no la comprometiese, y el desdichado no tuvo valor para gritar. Mientras duraron sus vacilaciones perdió la oportunidad, pues cuando aquéllas cedieron, no era ya tiempo. encontrábase va dentro de la

casa, cuya puerta había vuelto a cerrarse.

—Por aquí —dijo la joven, soltando la mano de Oliver—. ¡Guillermo!

—¿Qué hay? —contestó Sikes, apareciendo en lo alto de la escalera con una vela en la mano—. Llegáis a tiempo... Sube.

Para un hombre del carácter de Sikes, aquellas palabras eran una acogida cordial que evidenciaban intensa satisfacción. Anita, agradecida al recibimiento, saludó complacida.

—He mandado fuera al perro y a Tomás —dijo Sikes—. Cuantos menos bultos, menos estorbos.

—Has hecho bien, contestó Anita.

—¿Conque ya tenemos aquí al corderillo? —dijo Sikes mientras cerraba la puerta de la habitación en la que los recién llegados acababan de entrar.

—Sí, aquí está.

—¿Ha estado quieto?

—Como una oveja.

—Lo celebro por tu pellejo —dijo Sikes con acento feroz —que hubieras sufrido graves deterioros si te hubieses portado mal. Ven acá, rapaz, que voy a leerte un cuento que te conviene no olvidar.

Mientras dirigía las palabras anteriores a su nuevo discípulo, Sikes quitó a éste la gorra de la cabeza y la arrojó a un rincón, y luego, agarrándole por un brazo, le llevó hasta la mesa, frente a la cual tomó él asiento mientras, el niño permanecía en pie.

—Ante todo —exclamó Sikes, sacando una pistola del bolsillo—, ¿sabes qué es esto?

—Oliver contestó afirmativamente.

—¡Atención, pues! Esto es pólvora, esto una bala, y esto un pedazo de sombrero que servirá de taco.

Oliver dijo que conocía el uso de los diversos objetos, después de, lo cual, Sikes procedió a cargar la pistola con exquisito cuidado.

—Ya está cargada —dijo al terminar.

—Sí, ya lo veo —contestó Oliver.

—Pues bien —repuso el bandido, agarrando con violencia a Oliver por la muñeca y aplicándole el cañón de la pistola a la sien—, si cuando salgas conmigo de casa, hablas una sola palabra, salvo si yo te pregunto, la carga de esta pistola quedará alojada inmediatamente en tu cabeza. Así pues, si se te ocurriera el desdichado capricho de hablar sin mi permiso, encomienda antes tu alma a Dios.

Luego que barbotó una blasfemia como para dar mayor fuerza a su amenaza, repuso Sikes.

—Si no mienten los informes que sobre ti tengo, nadie ha de venir a pedirme cuentas después que te envíe al otro mundo, así que si no fuera por tu bien, comprenderás que no tendría yo necesidad de darte explicaciones, ¿me entiendes?

—Eso significa sencillamente —dijo Anita con entonación enfática y mirando con ligero ceño a Oliver para que éste se fijara bien en sus palabras—, que si te estorba o contraría en el asunto que traes entre manos, le levantarás la tapa de los sesos para impedir que hable, exponiéndote a que te ahorquen, como te expones a diario por mil otras cosas en el ejercicio de tu arriesgado oficio.

—¡Ni más ni menos! —exclamó Sikes dando muestras de aprobación—. No hay quien gane a las mujeres a explicar con claridad y pocas palabras las cosas... menos cuando

están de mal talante, pues entonces no acaban nunca. Puesto que nos hemos entendido ya, vamos a cenar, y descabezaremos luego un sueño antes de emprender la marcha.

Anita extendió el mantel sobre la mesa y salió, para volver momentos después con un jarro de cerveza y una fuente de cabezas de cordero, que dieron a Sikes ocasión de gastar algunas bromas. Aquel hombre, estimulado de la perspectiva de una expedición lucrativa próxima, estaba de excelente humor, y en un acceso de alegría, parecióle gracioso beberse todo el enorme jarro de cerveza de un trago. Durante el refrigerio, soltaría por su boca sus ochenta blasfemias mal contadas.

Terminada la cena, a la que como se supondrá hizo poco honor Oliver, el bandido apuró dos vasos de aguardiente y se tumbó en la cama, mandando a Anita que le despertase a las cinco en punto, y amenazándola con mil horrores si dejaba incumplida su orden. Oliver, por orden de Sikes, se tendió vestido y calzado sobre un jergón, y la joven, por su parte, sentóse junto a la lumbre a fin de poder despertar a tiempo al ladrón.

Largo rato permaneció despierto Oliver, creyendo muy posible que la joven deslizara en sus oídos algún consejo provechoso, pero como aquélla permaneciera junto a la lumbre, sin moverse más que muy de tarde en tarde para avivarla, rendido de cansancio y agotado como resultado de su ansiedad, concluyó por dormirse.

Cuando despertó, sobre la mesa habían preparado el servicio de té y Sikes acondicionaba una porción de herramientas variadas en los bolsillos de un gabán colocado sobre el respaldo de una silla, mientras Anita preparaba con actividad el almuerzo. No era aún de día, puesto que la vela continuaba luciendo. La lluvia azotaba los vidrios de la ventana y el cielo estaba negro y amenazador.

—¡Arriba! —gruñó Sikes al ver que Oliver levantaba la cabeza—. Las cinco y media. Vuela, si no quieres quedarte sin almorzar, pues se va haciendo tarde.

Poco rato exigió la *toilette* de Oliver y escasos segundos su almuerzo, que apenas probó, pues dijo qué se encontraba indispuesto.

Anita, sin mirarle casi, le dio un pañuelo para que se abrigase el cuello y Sikes le obligó a ponerse una capucha que le bajaba hasta lo hombros, donde hizo que se la abrochase. Así ataviado, el chico dio la mano al bandido, quien se detuvo un momento para mostrarle la pistola que llevaba al cinto. Despidióse de Anita, salió.

Desde el umbral de la puerta volvió Oliver la cabeza creyendo que encontraría la mirada de la joven pero ésta había vuelto a sentarse al amor de la lumbre, donde permanecía perfectamente inmóvil.

Capítulo XXI
La expedición

Pocos encantos ofrecía la mañana a los dos madrugadores. Negros nubarrones obscurecían el firmamento amenazando tormenta, el viento soplaba con furia y llovía torrencialmente. La lluvia, que debía datar de muchas horas, había inundado las calles y convertido en mares los caminos.

Débiles resplandores anunciaban por Oriente la proximidad del día, pero lejos de tender a disminuir la tristeza lúgubre de la escena, contribuían a hacerla más sombría, pues aquéllos tenían intensidad lumínica bastante para debilitar la de los faroles públicos y no para inocular un átomo de vida al ambiente y menos para iluminar los húmedos tejados y las calles solitarias. Ni un alma se veía por aquel distrito de la ciudad. Todas las puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas, el reposo era absoluto, el silencio completo.

Cuando Sikes y Oliver llegaron al camino llamado Bethnal Green, el amanecer se había declarado abiertamente.

Gran parte de los faroles del alumbrado estaban apagados, algunos carros rodaban perezosamente en dirección a Londres y de vez en cuando, pasaba saltando sobre los baches del camino una diligencia, cubierta de fango, cuyo mayoral dispara a una lluvia de imprecaciones sobre el carrero que, por no haberle cedido a tiempo la derecha, sería causa de que llegase a su destino con un cuarto de minuto de retraso. Estaban ya abiertas las tabernas, en cuyo interior lucían los mecheros de gas, poco a poco se iban abriendo las demás tiendas y gradualmente salían a la calle algunas personas. Grupos nutridos de obreros se dirigían a sus fábricas, y no tardaron en aparecer hombres y mujeres llevando sobre sus cabezas anchas canastas llenas de pescado, carretas cargadas de hortalizas tiradas por borricos, vehículos portadores de ganado vivo o de carne muerta, lecheras portadoras de enormes cántaros del rico líquido, y al fin compactas muchedumbres conduciendo víveres y provisiones de toda clase a los suburbios orientales de la ciudad.

Cuando el bandido y Oliver llegaron a las inmediaciones de la City, el ruido y el movimiento ensordecían y mareaban, y al enfilar las calles situadas entre Shoreditch y Smithfield, la algarabía era atronadora. Era día claro y la mitad de los habitantes de Londres habían dado comienzo a las faenas diarias.

Después de dejar a sus espaldas las calles del Sol y de la Corona y de atravesar la plaza de Finsbury, Sikes entró en la parte conocida por Barbacana pasando por la calle de Chiswell, y luego tomando por Long Lane, llegó a Smithfield, que era la fuente de la horrible algarabía de ruidos discordantes que tanta sorpresa y temor produjeron a Oliver.

Era día de mercado. El suelo desaparecía bajo una capa de inmundo y mal oliente fango en la que se hundían los pies humanos hasta el tobillo, y la atmósfera era mezcla negruzca formada por los vapores que constantemente brotaban de los cuerpos de los animales y la neblina que semejaba fúnebre cortina tendida sobre las chimeneas que coronaban los edificios. Todos los corrales situados en el centro de aquella dilatada explanada y muchos otros instalados con carácter provisional en los huecos vacantes estaban atestados de carneros, y a uno y otro lado de los mismos, en hileras interminables, veíanse bueyes y reses de toda clase formadas en filas de a cuatro en fondo. Lugareños, campesinos, carniceros, carreros, arrieros, muchachos, ladrones, raterillos, ociosos y vagabundos de toda clase se mezclaban, confundían y apelmazaban en revuelta masa. Los silbidos de los carreros, los ladridos de los perros, los bramidos y mugidos de los bueyes, los balidos de las ovejas, los chillidos y gruñidos de los puercos, los gritos de los cocheros, los juramentos, blasfemias y vocerío que se alzaban por todas partes, el repicar de las campanas y el estruendo que se alzaba en las tabernas, los apretones y encontronazos de aquella masa humana que se apretujaba y revolvía semejante a alborotado mar, el horrible desconcierto de alaridos que llenaba los ámbitos todos del inmenso mercado y el tropel de hombres y mujeres astrosos, escuálidos, sucios, sin afeitar los primeros y sin peinar las segundas, que se arremolinaban codeándose sin piedad, eran más que bastantes para aturdir y desconcertar al hombre de ánimo más sereno.

Sikes, arrastrando siempre a Oliver, abrióse paso a codazos por entre lo más compacto de la muchedumbre, sin parar mientes en el tumulto que tanto asombraba al muchacho. Dos o tres veces saludó con inclinaciones de cabeza a otros tantos amigos con quienes tropezó al paso, y sin detenerse a tomar en su compañía la *mañana* que le ofrecían, continuó avanzando resueltamente hasta que, libre de aquel mar humano, entró en Holborn por la Hosier Lane.

—¡Deprisa, deprisa! —exclamó con brusquedad, mirando al reloj de la iglesia de San Andrés—. ¡Las siete ya! ¡Cuidado con quedarte atrás, holgazán!

Sikes acompañó la recomendación con una sacudida violenta cuyos efectos sintió la muñeca de Oliver. Este hubo de dejar el paso para ponerse al trote para acomodar su marcha a la del bandido.

Continuaron con la misma celeridad hasta después de dejar a sus espaldas el Hyde Park y encontrarse en el camino de Kensington, donde Sikes acortó el paso para dar lugar a que los alcanzara una carreta vacía que los seguía a alguna distancia. Como viera escrita en la tablilla de aquélla la palabra «Hounslow», preguntó al conductor, con cuanta urbanidad le fue posible, si quería darles asiento hasta Isleworth.

—Arriba —contestó el conductor—. ¿Es hijo suyo este muchacho?

—Sí, es mi hijo —contestó Sikes, mirando con dureza a Oliver y llevando la mano al bolsillo donde guardaba la pistola.

—Tu padre camina demasiado de, prisa, ¿no es verdad, mocito? —preguntó el de la carreta, reparando en el cansancio de Oliver.

—No hay tal —se apresuró a responder Sikes—. Está muy acostumbrado... Toma la mano, Eduardo... ¡arriba!

Diciendo estas palabras, hizo subir a Oliver en la carreta, y el conductor, indicándole un montón de sacos le dijo que se tendiera sobre ellos.

Como viera que en el camino se sucedían los postes indicadores de millas, preguntábase Oliver con extrañeza adónde pensaría llevarlo, su compañero. Dejaron a sus espaldas a Kensington, a Hammersmith, a Chiswick, a Kew Bridge, a Brentford, y, sin embargo, continuaban el viaje como si entonces lo principiaran. Llegaron al fin a una venta llamada *La Silla de Postas*, y un poco más allá, en un sitio en que otro camino cortaba el que seguían, hizo alto la carreta.

Desmontó Sikes precipitadamente sin soltar la mano de Oliver, a quien dirigió una mirada furiosa a la par que llevaba la mano al bolsillo de la pistola con ademán significativo.

—Adiós, muchacho —dijo el de la carreta.

—Es muy huraño —respondió Sikes—. Un cachorro completo. No le haga caso, buen hombre.

—Dispensado desde luego; pues no faltaba más —dijo el conductor montando en su carruaje—. Adiós.

Esperó Sikes a que la carreta se perdiera de vista, y entonces reanudó la marcha diciendo a Oliver que quedaba en libertad de esparcir la vista por donde le acomodase.

Evitando la proximidad de la posada, que dejaron a su izquierda, torcieron nuevamente a la derecha para continuar luego en línea recta durante mucho tiempo. Hermosos jardines y elegantes casas de campo flanqueaban el camino, que no detuvieron, sin embargo, pese a su hermosura, a nuestros viandantes, hasta que llegaron a la población. En la entrada de ésta, vio Oliver escrita sobre una lápida la palabra *Hampton*. En vez de entrar en la ciudad, estuvieron rondando los campos por espacio de varias horas, volviendo al fin a aquélla y buscando albergue en una mísera posada en cuya muestra borrosa nada podía leerse. Sikes pidió comida Y un asiento junto a la lumbre.

La cocina era una estancia de techo muy bajo cruzado por el centro por una viga. Delante del hogar, había bancos de altos respaldos ocupados por varios hombres de blusa que fumaban y bebían. Ninguno de ellos prestó atención a Oliver y apenas si repararon en Sikes, el cual, por su parte, sin hacer de ellos el menor caso, fue a sentarse con su

compañero en un rincón.

Sirviéronles para comer carne fiambre; y como Sikes, terminada la comida, fumó tres o cuatro pipas con calma, y no parecía tener prisa por abandonar la mesa, Oliver comenzó a creer que habían llegado al término del viaje. Rendido por el madrugón y más todavía por la caminata, cabeceó al principio y concluyó por dormirse profundamente, dominado por la fatiga y atontado por el humo del tabaco.

La noche había cerrado por completo cuando Sikes le despertó con la suavidad que es de suponer en un hombre de su condición y carácter. Al abrir Oliver los ojos, vio a su compañero en conferencia íntima con un labriego, con el cual bebía un jarro de cerveza.

—Conque vas a Lower Halliford, ¿eh? —preguntó Sikes.

—Allí voy —contestó el interrogado, que tenía trazas de estar más que medianamente *alumbrado*—. Por cierto que necesito hacer el viaje con rapidez. No me será difícil, pues el caballo no lleva ni con mucho la carga que llevaba esta mañana. Volaremos, amigo mío, volaremos. Es un caballo como pocos.

—¿Podrías conducirnos a mí y al muchacho hasta allí? —preguntó Sikes, sirviendo a su nuevo amigo otro vaso de cerveza.

—No hay inconveniente, si montáis enseguida. ¿Vais a Halliford?

—Vamos hasta Shepperton.

—Pues cuenta conmigo hasta donde he dicho. ¿Está pagado todo, Rebeca?

—Todo. Pagó este señor —contestó la criada.

—Eso no puede ser —dijo el hombre, con gravedad de beodo—. Comprenderás que no puedo tolerarlo.

—¿Por qué no? —replicó Sikes—. Vas a hacernos un favor que nos evita los perjuicios de haber de quedarnos aquí; me parece que bien merece que te obsequie con una pinta o dos de cerveza en justa correspondencia.

El borracho pesó con gravedad cómica la fuerza del argumento, y al cabo de algunos instantes de madura reflexión, dio a Sikes un apretón de manos declarando a la vez que era un buen mozo. Contestó Sikes que sólo como broma podía aceptar el elogio, y en efecto: sólo en son de broma hubiera podido decir aquella frase el nuevo amigo de Sikes si no hubiese estado ya borracho.

Despidiéronse de los concurrentes no sin cambiar con ellos muchos cumplidos, y salieron seguidos por la maritornes que, retirados los jarros y los vasos, salió a la puerta para tener el gusto de verlos marchar.

El caballo, a cuya salud bebió su dueño más de la cuenta, esperaba fuera, enganchado al carruaje y en disposición de emprender la marcha. Oliver y Sikes montaron sin ceremonia, y el borracho, después de un par de minutos de marcha a pie, durante los cuales no cesó de prodigar elogios a su rocín ni de retar al posadero a que presentase otro que con el suyo pudiera compararse, montó también. Dijo entonces al posadero que le entregase las riendas de las cuales hizo un uso harto desagradable pues las tiró desdeñosamente por los aires. El caballo se encabritó repetidas veces, recorrió un buen trecho caminando sobre sus patas traseras, y al fin partió como una flecha.

La noche estaba obscura como boca de lobo. Del río inmediato y de las marismas que rodeaban el camino subía una niebla densa que semejaba negro tul tendido sobre los campos. El frío penetraba hasta los huesos y todo ofrecía aspecto lúgubre y siniestro. Los viajeros no cambiaron una sola palabra, pues el dueño del vehículo se había dormido y Sikes no tenía ganas de entablar conversación. Oliver, acurrucado en un rincón del carro, se estremecía de horror, creyendo ver en los árboles, cuyas ramas zarandeaba el viento,

espantables fantasmas que venían a hacer más lúgubre y terrorífica la escena.

Las siete sonaron en el reloj de la iglesia de Sunbury cuando pasaron frente a ella. Brillaba una luz en una de las ventanas de la casa-embarcadero, a cuya débil claridad se destacaba con más fuerza la sombra gigantesca de un corpulento y copudo tejo. A lo lejos se oía el rumor monótono de una cascada dominando los susurros de las hojas de los árboles azotados por el viento. Hubiérase dicho que aquello era una melodía fúnebre que tenía por objeto invitar a los muertos al descanso.

Después de atravesar a Sunbury, se encontraron nuevamente en el camino solitario. Dos o tres millas más adelante hizo alto el vehículo. Sikes saltó a tierra, tomó por la mano a Oliver, y prosiguió la marcha a pie.

No se detuvieron en Shepperton, como hubiera deseado el fatigado muchacho, sino que continuaron avanzando por caminos detestables, envueltos en fango y entre tinieblas, hasta que dieron vista a las luces de una ciudad poco distante. Oliver vio que a sus pies corría un río y que se dirigían a un puente.

Sikes prosiguió caminando en derechura al puente, pero llegado a la entrada de éste, en vez de tomarlo, descendió por el talud hasta llegar a la orilla del agua.

—¡El río! —Pensó el desventurado Oliver yerto de espanto—. Me ha traído a este paraje solitario para asesinarme.

A punto estaba de tirarse al suelo resuelto a intentar un esfuerzo supremo para salvar su temprana vida, cuando se encontró frente a una casa solitaria casi en ruinas. No tenía más que un solo piso, y a uno y otro lado de la puerta había una ventana. No se veía, sin embargo, luz alguna. La casa era obscura, desmantelada, tétrica, y según todas las apariencias, estaba deshabitada.

Sikes, sin soltar la mano de Oliver se acercó a la puerta y levantó el picaporte. Abrióse aquélla sin resistencia y nuestros viajeros se perdieron inmediatamente en su interior tenebroso.

Capítulo XXII

El robo

—¿Quién va? —gritó una voz bronca no bien hubieron entrado en la casa.

—Menos ruido y más luz, Tomás —contestó Sikes, corriendo los cerrojos.

—¡Ah! ¿Eres tú, compadre? —preguntó la misma voz—. ¡Una luz, Barney de los demonios, una luz! ¡Enseña el camino a ese *caballero* y abre los ojos, si me haces el favor!

El que hablaba debió tirar una horma de zapato o algún objeto por el estilo a la persona a quien se dirigía, sin duda para disipar su somnolencia, pues se oyó claro y distinto al ruido de un artefacto de madera que chocaba con violencia contra una pared seguido de murmullos menos distintos como de hombre a quien despiertan en lo mejor de su sueño.

—¿Pero no me oyes? —repuso la misma voz—. ¡Ahí tienes en el pasillo a Guillermo Sikes sin que nadie le dé la bienvenida, mientras tú duermes como un tronco, ni más ni menos que si en las comidas te atiborraras de láudano! ¿Estás más despierto o hace falta que el candelero entable relaciones íntimas con tu cabeza para despabilarte?

A la interpelación siguió un ruido sordo como de alguien que caminase en zapatillas

sobre el piso desnudo de la habitación de arriba, y segundos después, salía por una puerta situada a la derecha una vela primero y luego el individuo de quien dije que hablaba por la nariz y que ejercía el cargo de mozo de una taberna en Saffron-Hill.

—¡Señor Sikes! —exclamó Barney, con expresión de alegría, verdadera o fingida—. ¡Buenas noches, señor Sikes, buenas noches!

—¡Adelante! —dijo Sikes, empujando a Oliver—. ¡Deprisa, si no quieres que te dé algún pisotón!

Maldiciendo la lentitud del muchacho, Sikes empujó a Oliver y ambos entraron en una habitación de techo muy bajo, tétrica y ahumada, en la cual ardía un fuego que despedía más humo que calor, y tenía por todo mueblajes tres sillas rotas, una mesa desvencijada y un sofá respetable por su antigüedad. Tendido sobre este último mueble había un hombre fumando. Vestía una levita de corte irreprochable y color castaña, adornada con grandes botones brillantes, corbata color naranja, chaleco arco iris por la variedad de tonos y calzón gris. Poco cabello tenía el señor Crackit, que él era en persona, ni en la cabeza ni en la cara, pero la muestra era de color rojo y estaba divinamente peinada en tirabuzones, entre los cuales su propietario pasaba de vez en cuando los dedos sucios, cubiertos por descomunales sortijas de lo más ordinario. De estatura regular, más bien alto que bajo, parecía adolecer de cierta debilidad en las piernas, lo que no le impedía admirar sus botas, que contemplaba con satisfacción evidente.

—¡Mi querido Guillermo! —exclamó el del sofá, volviendo la cabeza hacia la puerta—. ¡Encantado de verte! Principiaba a temer que hubieras renunciado a la empresa, en cuyo caso, resuelto estaba a tentarla yo solo... ¡Hombre!...

Al lanzar la exclamación, con tono de inmensa sorpresa, clavados los ojos en Oliver, Crackit se incorporó vivamente y preguntó quién era aquel chaval.

—El niño que nos hace falta —contestó Sikes, acercando una silla a la lumbre.

—Uno de los aprendices de Fajín —terció, Barney sonriendo.

—De Fajín, ¿eh? —exclamó Crackit mirando a Oliver—. Una preciosidad para limpiar los bolsillos de las viejas en la iglesia, ¿verdad?

—Hablemos de otra cosa —dijo con impaciencia Sikes.

Seguidamente se inclinó sobre Crackit, pronunció en voz baja algunas palabras que arrancaron estrepitosas carcajadas a quien las escuchó y el del sofá favoreció a Oliver con una mirada que reflejaba asombro.

—Ahora —dijo Sikes volviendo a sentarse—, si mientras esperamos nos obsequiaras con algo que echar a perder en forma de comida y bebida, te aseguro que no nos vendría mal... a mí al menos. Tú, muchacho, siéntate y descansa, que aún tienes que salir esta noche, aunque no muy lejos.

Oliver miró a Sikes con muda sorpresa, acercó un banco a la lumbre y se sentó, descansando en sus manos su dolor de cabeza y sin saber dónde se encontraba ni darse cuenta cabal de lo que le sucedía.

—¡Brindo por el buen éxito de nuestra empresa! —gritó Crackit, poniéndose en pie, no bien Barney dejó sobre la mesa una botella y algo de comer.

Seguidamente dejó con mucha compostura su pipa en un ángulo de la mesa, llenó un vaso, y envasó entre pecho y espalda su contenido. Otro tanto hizo Sikes.

—Un vaso para el muchacho —repuso Crackit, llenándolo hasta la mitad—. ¡Bébete eso, inocente!

—No tengo... crea que yo... —balbuceó Oliver.

—¡Bebe, repito! —interrumpió Crackit—. ¿Te parece que no sé lo que te conviene?

Dile que se lo beba, Guillermo.

—Bebe esto te digo —exclamó Sikes, llevando la diestra al bolsillo—. ¡Bebe, hijo mío, si no quieres que disminuya la familia de Fajín!... ¡Bebe, impío de los demonios!... ¡Bebe!

Muerto de miedo ante los gestos amenazadores de los dos hombres, Oliver se tragó de una vez el contenido del vaso, e inmediatamente le acometió un acceso de tos que divirtió en extremo a Crackit y a Barney, y hasta hizo reír al terrible Sikes.

Satisfecho el apetito de Sikes (Oliver no pudo comer otra cosa que un mendrugo de pan que le obligaron a tragar a la fuerza), los dos hombres descabezaron un sueño en las sillas que ocupaban. Oliver continuó sentado en su banco junto a la lumbre y Barney, arrebujado en una manta, se tendió sobre el santo suelo cerca de la chimenea.

Durmieron, o aparentaron dormir, durante algún tiempo. Nadie se movió, excepción hecha de Barney que se levantó una o dos veces para echar carbón en la chimenea. Oliver había caído en un sopor profundo y soñaba que vagaba por tétricas callejuelas, que rondaban por lúgubres cementerios, cuando le despertó Tomás Crackit al ponerse en pie de un salto y declarar a grito herido que era la una y media.

Fue obra de un instante ponerse en pie los otros dos durmientes, quienes inmediatamente dieron comienzo con ejemplar actividad a los preparativos de la expedición. Sikes y su compañero se abrigaron el cuello y parte inferior de la cara con anchas bufandas negras y el cuerpo con sendos abrigos, mientras Barney, abriendo un armario, sacó diversos objetos que fue colocando en los bolsillos.

—Dame las *ladradoras*. Barney —dijo Crackit.

—Aquí están —contestó Barney, entregándole un par de pistolas—, cargadas por ti mismo.

—Muy bien —repuso Crackit guardándolas—. ¿Y los *convincentes*?

—Los tengo yo —contestó Sikes.

—¿Va todo? Ganzúas, berbiquíes, palanquetas, destornilladores, linternas sordas... ¿no se olvida nada? —preguntó Crackit, suspendiendo de su cintura una palanqueta.

—Está todo —contestó su compañero—. No nos faltan más que las *batutas*... Dánoslas, Barney.

Barney entregó un garrote a cada uno.

—En marcha —dijo Sikes, tomando a Oliver por la mano.

El muchacho, rendido de resultas de la marcha, mareado por el ejercicio y más que nada por el alcohol, puso maquinalmente su mano en la que Sikes le tendía.

—Cógele la otra, Tomás, y tú, Barney, da un vistazo por fuera.

Salió el criado a la puerta y volvió segundos después anunciando que todo estaba tranquilo. Los dos ladrones salieron llevando a Oliver en medio, y Barney, luego que cerró la puerta de la casa, envolvióse de nuevo en la manta y no tardó en dormirse.

La obscuridad era profunda. La niebla, muchísimo más espesa que en las primeras horas de la noche, saturaba de tal suerte de humedad la atmósfera, que a los pocos minutos de haber salido de la casa, aunque no llovía, los cabellos y cejas de Oliver parecían púas aceradas por efecto de la cristalización del rocío en ellos depositado y helado. Cruzaron el puente y caminaron en derechura a las luces que antes había visto Oliver. La distancia no era grande, y como caminaban a buen paso, poco tardaron en llegar a Chertsey.

—Atravesaremos la población —dijo en voz baja Sikes—; a estas horas y con esta noche no creo que encontremos perro que nos ladre.

Como Tomás no opuso objeción alguna, penetraron por la calle principal de la

población, completamente desierta. En alguna que otra casa se filtraban débiles hilos de luz por las rendijas de algún balcón, y de vez en cuando interrumpían el silencio de la noche ladridos de perros, pero en las calles no tropezaron alma viviente los nocturnos viandantes, que dejaban a sus espaldas la población en el momento que en el reloj de la iglesia sonaban las dos.

Apretaron el paso tomando un camino a la izquierda, y al cabo de un cuarto de milla de recorrido, hicieron alto frente a una casa aislada, cuyo jardín estaba cercado por un muro. Tomás Crackit, sin detenerse para tomar aliento, trepó hasta lo alto del caballete en un abrir Y cerrar de ojos.

—¡El muchacho ahora! —dijo Tomás—. Alárgamelo; yo te ayudaré desde arriba.

Antes que el desdichado Oliver tuviera tiempo de mirar en torno suyo, se encontró entre los brazos de Sikes, y no habrían pasado cuatro segundos, cuando se vio al lado de Tomás en la parte opuesta del muro. Sikes apareció en el acto y los tres juntos comenzaron a deslizarse cautelosamente en dirección a la casa.

Hasta entonces no había comprendido Oliver que el objetivo de la expedición era nada menos que penetrar con fractura en una casa para robar, y quizá para asesinar. El espanto, el pánico le enloquecieron. Retorciéndose desesperado las manos dejó escapar involuntariamente un grito ahogador de horror. Ante sus ojos pasó una nube rojiza, sudor helado inundó su cadavérico rostro, flaqueáronle las piernas, y cayó desplomado en tierra.

—¡Levántate! —rugió Sikes, sacando una pistola del bolsillo—. ¡Levántate, o te dejo los sesos pegados a la hierba!

—¡Por amor de Dios, déjeme marchar! —exclamó Oliver—. ¡Déjeme que huya lejos, muy lejos, que muera solo y abandonado en medio de los campos! ¡Jamás me acercaré a Londres... nunca, nunca! ¡Apiádese de mí, y no me obligue a ser ladrón! ¡Por todos los ángeles del Cielo, por lo que más querido le sea en el mundo, tenga lástima de mí!

El miserable a quien dirigió la ferviente plegaria lanzó una blasfemia horrenda y había amartillado ya la pistola dispuesto a cometer un asesinato, cuando Tomás se la arrancó de la mano y, tapando la boca al muchacho, le arrastró hacia la casa.

—¡Chitón! —gruñó—. No es tiempo de suplicar. Si pronuncias una palabra más, te abro la cabeza con el garrote, que es la manera de despacharte sin ruido, con mayor seguridad y con menos escándalo. Haz saltar el postigo, Guillermo, que con eso tiene bastante el muchacho. Otros he visto de más edad que él que en noches de frío han seguido el mismo camino en un par de minutos de tiempo.

Sikes, renegando entre dientes de Fajín y maldiciendo de la mala ocurrencia del viejo al enviarle a Oliver para la expedición que entre manos llevaba, manejó con vigor pero sin ruido la pesada palanqueta, no tardando en dejar abierto el postigo.

Era una ventana pequeña, abierta a cinco pies del suelo a espaldas de la casa, y que daba a una especie de bodega. Tan poca luz tenía la ventana en cuestión, que los habitantes de la casa no estimaron necesario defenderla con alguna reja. Bastaba, sin embargo, para dar paso al cuerpo de Oliver.

—Ahora, muñeco, escucha bien y procura no olvidar palabra de lo que voy a decirte —dijo Sikes, sacando del bolsillo una linterna sorda y proyectando su luz sobre la aterrada cara de Oliver—. Vas a entrar por esa ventana. Toma esta linterna. Subirás sin hacer el menor ruido la escalera que encontrarás dentro, atravesarás el pasillo hasta llegar a la puerta principal, y la abrirás.

—La puerta tiene en la parte superior un cerrojo al que tal vez no alcances —observó Tomás—. En el vestíbulo encontrarás sillas. Súbete sobre el asiento de una y

llegarás perfectamente. Hay tres, Guillermo, tres; todas ellas con su correspondiente unicornio azul sobre campo de oro, que son las armas de la señora.

—¡Quieta la lengua, si es que puedes! —replicó Sikes, dirigiendo a su compañero una mirada terrible—. La puerta de la habitación está abierta, ¿no es verdad?

—Completamente —contestó Tomás, después de mirar por la ventana—. Lo bueno del caso es que siempre la dejan abierta para que el perro, que duerme allí, pueda entrar y salir a su antojo. ¡Ja, ja, ja! Barney ha tenido la buena idea de librarnos de semejante estorbo.

Aunque Tomás pronunció las palabras anteriores en voz que parecía un susurro, y rió muy por lo bajo Sikes le ordenó imperiosamente que callara de una vez y pusiera mano a la obra. Obedeció Tomás, sacando ante todo su linterna y dejándola en tierra, después de lo cual apoyó su cabeza contra la pared, debajo de la ventana, y las manos sobre las rodillas, con lo que quedó convertido en banco viviente. Sikes saltó inmediatamente sobre su espalda, hizo pasar a Oliver por la ventana, llevando delante los pies, y no le soltó hasta dejarle sano y salvo en e suelo.

—Toma la linterna —dijo mirando al interior—. ¿Ves la escalera que tienes delante?

—¡Sí... se... ñor! —balbuceó Oliver, más muerto que vivo.

Sikes le señaló la puerta de entrada con el cañón de la pistola, advirtiéndole que lo tendría siempre a tiro, y que si tropezaba o vacilaba, lo mataría en el acto.

—Es cosa de un minuto —añadió Sikes en voz baja—. En cuanto te suelte, avanza en línea recta y ¡cuidado!

—¿Qué pasa? —susurró Tomás y prestó oído.

—No es nada —dijo Sikes, soltando a Oliver—. En marcha.

En el breve espacio de tiempo de que dispuso Oliver para coordinar sus ideas, resolvió irrevocablemente dar la voz de alarma al llegar a lo alto de la escalera, aun cuando le costase la vida. Con este propósito, echó a andar con resolución.

—¡Atrás! —gritó con todas su fuerzas Sikes—. ¡Atrás!... ¡Atrás!

Presa de un pánico horrible Oliver al oír el grito que ponía fin al silencio aterrador de la noche y al rasgar los aires otro vocerío que al primero hizo eco, dejó caer la linterna y no supo si avanzar o retroceder.

Resonó otro grito en el interior de la casa, aparecieron luces... cruzó ante sus ojos horrorizados la visión de dos hombres medio desnudos en lo alto de la escalera... brotó un relámpago, sonó un trueno horrísono... vio humo, oyó un crujido como de huesos rotos... allí... muy cerca de su persona, aunque no pudo precisar dónde, y cayó de espaldas.

Sikes había desaparecido momentáneamente; pero reapareció de nuevo agarrando a Oliver por el cuello, antes que se disipara el humo, disparó su pistola contra los hombres, que retrocedían ya, y se llevó arrastrando al muchacho.

—¡Agárrate con fuerza de mi brazo! —exclamó Sikes, sacando a Oliver por la ventana—. ¡Dame un pañuelo... pronto... lo han herido!... ¡Maldición! ¡Está desangrándose!

El repicar de una campana sacudida con furia se unió al estruendo de las detonaciones y a los gritos de las gentes de la casa. Oliver pudo darse cuenta de que le llevaban por un terreno desigual a paso fantástico. Los ruidos que en sus oídos resonaban fueron apagándose, creyó que partían de distancias enormes, sintió que el frío penetraba hasta su corazón, se nublaron sus ojos, se embotaron sus oídos, y perdió el sentido.

Capítulo XXIII

Trata de la agradable conversación que el señor Bumble tuvo con una dama y demuestra que hasta en el pecho de un bedel pueden caber ciertos sentimientos

Era una noche horriblemente fría. La capa espesa de nieve que cubría la tierra habíase convertido en diamantina costra, contra la cual nada podía el recio viento que soplaba, cuya acción únicamente se sentía en las crestas de los montones de nieve acumulados en las cunetas y en las esquinas de las calles. Era una noche lóbrega, heladora, de frío insoportable, una de esas noches en que las personas bien alimentadas y abrigadas se agrupan en torno de la alegre lumbre y bendicen regocijadas a Dios, que les concedió un hogar, en tanto que los desdichados que carecen de pan y de abrigo se tienden rendidos y se duermen a la intemperie para despertar en la eternidad. Son muchos los desheredados, los hambrientos, los criminales, que no tienen más lecho que la calle, en la que cierran los ojos que no han de volver a abrir en este mundo de miserias.

Tal era el estado de cosas al aire libre cuando la señora Corney, matrona del hospicio, donde repetidas veces hemos obligado a penetrar a nuestros lectores, por haber sido el lugar en que Oliver Twist vio la luz primera, acababa de tomar asiento al amor de un alegre fuego encendido en su reducida habitación y contemplaba con no poca complacencia un veladorcito, sobre el cual había una bandeja de regular tamaño, bien provista de todos los materiales necesarios para constituir la más suculenta de las cenas que una matrona pueda apetecer. En rigor, disponíase la respetable señora a regalarse con una soberbia taza de té. Al separar sus miradas del velador para fijarlas en la chimenea, donde la más microscópica de las teteras entonaba en voz muy baja la más suave de las melodías, la satisfacción interna de la comadrona crecía tanto, que sus labios sonreían jubilosos.

—¡Ah! —exclamó la matrona, apoyando un codo sobre el velador y contemplando como abstraída la que era una noche horriblemente fría—. ¡Cuánto tenemos que agradecer a la Providencia, mientras hundiendo la cucharilla de plata (propiedad particular) en los últimos rincones de una cajita de hoja de lata de unas dos onzas de capacidad, procedía a hacer la aromática infusión.

¡Oh dolor! ¡Cuán poco basta para perturbar la feliz ecuanimidad de nuestras almas! Como la tetera era muy pequeña y estaba excesivamente llena, el líquido al empezar a cocer se derramó, mientras la señora Corney moralizaba a su gusto, y el agua hirviente escaldó su mano.

—¡Maldita tetera! —exclamó retirando vivamente la mano—. ¿Quién sería el estúpido inventor de estos endiablados artefactos donde apenas caben dos tazas de agua? ¿Para qué sirven? ¡Únicamente para un ser tan pobre y abandonado como yo! ¡Ay de mí!

Mientras de esta suerte se quejaba, la buena matrona se dejó caer de nuevo sobre el sillón y, apoyando otra vez el codo sobre el velador, comenzó a reflexionar sobre su solitaria suerte. La microscópica tetera y la taza única acababan de despertar en su imaginación el recuerdo del señor Corney, fallecido nada más que veinticinco años antes, y el recuerdo la sumió en una melancolía profunda.

—¡Jamás tendré otro! —exclamó con acento lastimero—. ¡Jamás tendré otro... que se le parezca!

Si la exclamación hacía referencia al cacharro en que hervía el té o a su difunto marido, es lo que no podemos precisar. Es de presumir que se refiera al primero, pues en él fijaba sus ojos mientras hablaba y el cacharro fue lo que levantó apenas dejó de hablar.

Principiaba a saborear la primera taza de té, cuando llamaron suavemente a la puerta

de su cuarto, cerrada para impedir el paso al frío.

—¡Adelante quien sea! —contestó con acento irritado la matrona—. ¡Siempre será alguna vieja que se empeña en morirse! ¡Pero lo intolerable es que se les ocurre morirse cuando más molestan, cuando estoy comiendo! ¡Así, hombre, así! ¡Esté usted ahí hasta que me convierta el cuarto en una nevera! ¿Qué pasa hombre de Dios, qué pasa?

—Nada, señora, nada —contestó una voz de hombre.

—¡Bondad divina! —exclamó la matrona, dulcificando extraordinariamente la voz—. ¡Si es el señor Bumble!

—Para servir a usted, señora —contestó el señor Bumble, quien se había detenido en el umbral para limpiar sus zapatos sacudiendo nieve que cubría su abrigo, y penetró en la estancia llevando el galoneado tricornio debajo de un brazo y un fardo debajo del otro—. ¿Desea que cierre la puerta, señora?

Vaciló un momento la dama sin saber qué contestar, temiendo sin duda faltar a las conveniencias si a puerta cerrada sostenía con bedel una conversación a solas. El señor Bumble, sensible al parecer al frío, aprovechó la vacilación aquélla para cerrar la puerta sin esperar el permiso.

—¡Mal tiempo, señor Bumble! —dijo la matrona.

—¡Pésimo, señora, pésimo! —contestó el bedel—. ¡Tiempo antiparroquial! ¡Veinte panes de cuatro libras y un queso y medio hemos distribuido en este día de bendición señora, y aún no están contentos los pobres! ¿Qué le parece a usted?

—Muy natural... Esa gente no se contenta nunca —respondió la matrona, tomando un sorbo de té.

—Así ocurre, por desgracia. Hay un individuo a quien, en consideración a su numerosa familia se le ha dado un pan de cuatro libras y una libra de queso ¿Le parece a usted que está satisfecho, que lo agradece? ¡Que ha de agradecer! ¡Había de pedir carbón... el carbón que cupiese en un pañuelo! ¡Carbón!... ¿Para qué querrá el carbón? ¡Como no fuera para tostar queso y venir luego a pedir más! ¡Esos tunantes son siempre lo mismo! Déles hoy un delantal de carbón, y mañana volverán por otro, y pasado pedirán una columna de bronce o de alabastro.

La matrona expresó su conformidad por medio de un movimiento de cabeza, y el bedel repuso:

—Imposible figurarse siquiera hasta dónde llega su insolencia. Sin ir más lejos, anteayer, un hombre —como ha sido usted casada, señora, me permitiré entrar en ciertos detalles—, un hombre, sin más indumentaria que un trapo pendiente de su espalda (la señora Corney creyó llegado el momento de bajar la vista al suelo) se presentó en la habitación de nuestro mayordomo, quien precisamente tenía convidados, y dijo que era indispensable que le diera algún socorro, ¡pásmese usted! Como se obstinó en no marcharse, con no poco escándalo de los invitados que no podían menos de ver sus desnudeces, el mayordomo mandó que se le socorriera con una libra de patatas y media pinta de cebada. «¡Dios mío! —exclamó aquel saco de villanías—, ¿Qué quiere usted que yo haga con eso? ¡Es como si me regalara unas antiparras con discos de metal en vez de cristales!» El mayordomo se quedó con las patatas y la cebada, y replicó: «Está muy bien: no hay otra cosa» «¿Va usted a consentir que muera de hambre en medio de la calle?», repuso el mendigo. «¡No, hombre, no! ¡No le dará tan fuerte!», dijo el mayordomo.

—¡Ah! ¡Pero que muy bien! —exclamó la dama—. ¿Conque eso hizo el buen señor Grannet? ¿Y qué pasó luego, señor Bumble?

—¿Qué pasó? Pasó, que se fue y murió en la calle... ¡y luego hablan de la tozudez

de la mula! ¡Como si pudiera compararse a la de esos villanos!

—A trueque de dejar en evidencia a los que valen más que ellos capaces de los mayores disparates —observó con dignidad la matrona—. ¿No le parece a usted que es un desatino dar socorro fuera del establecimiento, señor Bumble? Usted, que es hombre de experiencia, es autoridad indiscutible en la materia.

—Diré a usted... diré a usted, señora Corney —contestó el bedel, sonriendo como sonríen los seres superiores que están convencidos de su superioridad—. Los socorros que se dan a los pobres de fuera... con discernimiento... repare usted bien, señora; digo con discernimiento, son la salvaguardia de la parroquia. El gran principio que debe servir de base a la distribución de socorros al exterior, consiste en dar a cada pobre lo contrario precisamente de lo que necesita, quiero decir, de lo que pide, que es la manera de que se cansen y dejen de molestar e importunar.

—¡Es verdad! —exclamó admirada la matrona—. ¡Es una idea luminosa!

—Lo es; sí, señora. Aquí para entre los dos, añadiré que es el gran principio del sistema de la casa —añadió el señor Bumble—. Si usted hojea alguna vez los periódicos, escritos por hombres insolentes, amigos de meterse en lo que no les importa, encontrará que casi siempre se socorre a las familias enfermas con pedacitos de queso, y ello obedece a la razón apuntada. Hoy puede decirse que impera el mismo sistema en todo el reino. Lo que acabo de decir, señora, es uno de los muchos secretos parroquiales —añadió, desliando el paquete—, de los cuales no debe hablarse nunca como no sea entre funcionarios parroquiales... como nosotros, por ejemplo. He aquí el vino de Oporto, señora, que el Consejo de Administración hizo traer expresamente para la enfermería...; vino auténtico, legítimo, genuino, sacado de la caja poco antes del mediodía de hoy, claro como el cristal, sin mezcla, sin sedimentos.

Después de levantar una de las botellas a la altura de la luz y de agitarla como para comprobar la excelente calidad de su contenido, Bumble la colocó, juntamente con la otra, sobre el aparador, dobló el pañuelo que las contenía, lo guardó en el bolsillo, y tomó su sombrero como para marcharse.

—Va usted a tener mucho frío, mi buen amigo —dijo la matrona.

—Sopla un viento capaz de llevársele a uno las orejas, señora —respondió el bedel, subiéndose el cuello del abrigo.

La señora Corney llevó sus ojos a la tetera y desde ésta al señor Bumble, quien se dirigía hacia la puerta; y como le oyese toser antes de dar las buenas noches, preguntó tímidamente si... si quería aceptar una tacita de té.

A guisa de contestación, muy elocuente por cierto, aunque muda, el bedel bajó inmediatamente el cuello de su abrigó, giró sobre sus talones, dejó sobre una silla el tricornio y el bastón y acercó otra a la mesa. La comadrona fijó de nuevos los ojos en la tetera: Bumble tosió otra vez y sonrió.

La señora Corney se levantó para traer otra taza, y al sentarse de nuevo, sus miradas se encontraron con las de Bumble. El rubor coloreó sus mejillas, puso manos a la obra de hacer el té, y el gallardo bedel tosió... con más fuerza que la vez anterior.

—¿Muy dulce, señor Bumble? —preguntó la matrona tomando el azucarero.

—Mucho, señora, mucho —contestó Bumble, clavando sus ojos en los de la dama.

Si desde que el mundo existe ha habido bedel que pusiera los ojos tiernos, no cabe dudar que ese bedel fue el mayestático Bumble en la ocasión presente.

Servido el té, el señor Bumble extendió un pañuelo sobre sus rodillas a fin de evitar que las migas de pan empañasen el esplendor de sus elegantes calzones, y comenzó a comer

y, a beber, operaciones que alternaba con miraditas y profundos suspiros que, lejos de producir efectos sedativos en su apetito, parecían acrecentarlo más y más, a juzgar por la prisa con que engullía tostadas y tazas de té.

—Por lo visto, tiene usted una gata, señora —observó Bumble, contemplando una muy lucida que, rodeada de sus hijitos, se calentaba cerca de la lumbre—, y gatitos también.

—No puede usted figurarse cuánto me gustan, señor Bumble. Son tan: felices, tan cariñosos tan agradecidos, que los tengo por amigos deliciosos.

—En efecto, señora; son unos animales encantadores... muy domésticos.

—¡Ah, sí! Tan encariñados están con la casa, que disfrutan a rabiar; no me cabe duda.

—Permítame que le diga, señora Corney —dijo Bumble, pronunciando una a una y con solemnidad las palabras—, que todo gato, gata o gatito que tenga la suerte de vivir en su compañía y no se aficione a la casa y disfrute a rabiar, será un asno de tomo y lomo.

—¡Por Dios, señor Bumble!

—¿Por qué no decir las cosas como son, señora? —repuso Bumble, moviendo la cucharilla del té con delectación digna, que daba a sus palabras doble solemnidad—. Al gato que no le cobrase afición, lo ahogaría yo con mis propias manos.

—En ese caso, es usted muy cruel —contestó la matrona alargando la manó para tomar la taza del bedel—; cruel, y de corazón de bronce, por añadidura.

—¡De corazón de bronce yo, señora... de corazón de bronce! —exclamó Bumble.

El buen bedel dejó que retiraran su taza, oprimió el dedo meñique de la dama aprovechando el momento en que ésta tomaba la taza dio dos golpecitos con la diestra abierta a su chaleco galoneado, exhaló un suspiro muy profundo, y retiró un poco su silla de la chimenea.

La mesa era redonda; y como la señora Corney y el señor Bumble se habían sentado frente a frente, cerca de la lumbre y muy cerca uno de otro, claro está que, al separarse el segundo de la chimenea, y no de la mesa, aumentó la distancia interpuesta entre su compañera y él, conducta que algunos lectores prudentes admirarán sin duda y considerarán como acto de sublime heroísmo por parte del señor Bumble, a quien la hora, el sitio, la ocasión, tentaban evidentemente para que diera salida a ciertos pensamientos dulces y galantes que, si bien sientan admirablemente en labios de personas aturdidas, no se avienen con la dignidad de los magistrados de la tierra, con los miembros del parlamento, con los ministros de la Corona, con los alcaldes, y muchísimo menos todavía con la gravedad y majestad de un bedel, que debe ser, según es público y notorio, el más severo e inflexible de todos los altos funcionarios.

No entra en nuestros propósitos analizar las intenciones del bedel, excelentes sin duda alguna, pero ocurría por desgracia, según hemos observado ya dos veces, que la mesa era redonda, de lo que resultó que, como el señor Bumble tenía propósito decidido de alejarse de la lumbre, pero sin perder el contacto de la mesa, a medida que se alejaba de la primera disminuía insensiblemente la distancia que de la dama le separaba, y continuando el viaje alrededor del borde de la segunda, llegó el momento en que las sillas se juntaron. Entonces fue cuando cesaron los movimientos del bedel.

Ahora bien: si la matrona hubiera movido su silla hacia la derecha, forzosamente había de dar con la lumbre, y si hacia la izquierda lo hacía, hubiera caído en los brazos de Bumble. Puesta en tan cruel alternativa, como matrona prudente y discreta que era, previendo a no dudar las consecuencias de uno u otro acto, optó por permanecer donde se

encontraba y ofreció otra taza de té al señor Bumble.

—¿Corazón de bronce, señora? —preguntó, mirando a su interlocutora a los ojos—. ¿Y usted, señora, lo tiene duro como el bronce o blando como la cera?

—¡Dios mío! —exclamó la matrona—. ¡Curiosa pregunta en boca de un hombre soltero! ¿Para qué quiere usted saberlo, señor Bumble?

El bedel apuró su segunda taza de té de un trago, acabó de engullir la tostada, sacudió las migas que habían caído sobre sus rodillas, se limpió los labios, y, con calma y dignidad extraordinaria, dio un beso a la dama.

—¡Señor Bumble! —exclamó con voz que parecía un susurro la discreta señora (el espanto, sin duda, la dejó sin voz)—. ¡Voy a gritar, señor Bumble, voy a gritar!

El bedel, en vez de replicar, rodeó con su brazo, de la manera más digna, el talle de la matrona.

Como la dama había manifestado su intención de gritar, es claro que hubiera gritado al ver que el galán arreciaba en sus atrevimientos, pero vinieron a dispensarla de la necesidad de hacerlo unos golpes insistentes dados contra la puerta del cuarto. Oír los golpes el bedel, abalanzarse con agilidad sorprendente al aparador, tomar las dos botellas de vino y hacerlas desaparecer en sus bolsillos, fue todo obra de un momento. La matrona, mientras tanto, preguntaba con sequedad quién llamaba.

Como ejemplo curioso que demuestra la eficacia que una sorpresa repentina tiene para atenuar los efectos de un miedo grande, diremos que la voz de la señora Corney había recobrado como por encanto la aspereza oficial acostumbrada.

—Con permiso de usted señora —dijo una vieja de cara de bruja, asomando la cabeza por la puerta—. La anciana Sara está agonizando.

—¿Y a mí qué me cuenta usted? —contestó la matrona con violencia—. ¿Puedo yo impedir que se muera?

—No... no, señora; nadie puede impedirlo, puesto que se muere sin remedio. He visto morir a muchos... lo mismo niños débiles que hombres fuertes y robustos; y he aprendido a conocer cuándo llega la muerte. Pero es el caso que Sara parece agitada, y cuando los accesos le dejan un momento de reposo, cosa que ocurre rara vez, pues se muere a chorros, dice que es preciso que diga a usted algo muy importante, que no morirá tranquila hasta que haya hablado con usted.

La buena matrona se deshizo en invectivas y lanzó mil maldiciones contra las viejas que ni morir saben sin molestar a propósito y con dañina intención a las personas dignas, y arrebujándose en un abrigo, suplicó al señor Bumble que la esperase hasta su vuelta. Seguidamente dijo a la mensajera que caminase deprisa, porque no era caso de eternizarse ni de pasar toda la noche fuera de su cuarto, y echó a andar tras aquélla, de muy mala gana y refunfuñando sin cesar.

La conducta del señor Bumble, una vez le dejaron solo, fue en realidad inexplicable. Abrió el armario, contó las cucharillas de té, pesó las tenacillas para azúcar, examinó con gran cuidado una lechera de plata cual si deseara convencerse de que era plata de ley, y una vez hubo satisfecho su curiosidad acerca de esos puntos, calóse el tricornio de través y ejecutó con gran gravedad un paso de baile, dando cuatro vueltas en torno de la mesa. Terminado ejercicio tan extraño, quitóse el sombrero, sentóse junto a la lumbre, pero de espaldas a la misma, y adoptó la actitud del que mentalmente hace un inventario detallado y exacto del mueblaje de la habitación en que se encuentra.

Capítulo XXIV
Trata de un asunto muy pobre, pero muy breve, que acaso tenga alguna importancia en esta historia

No era mensajera impropia de la muerte la vieja que había perturbado la tranquilidad del cuarto de la matrona. El peso de los años encorvaba su cuerpo, un temblor convulsivo, resultado de una parálisis, agitaba sus descarnados miembros, y su cara momificada más parecido tenía con una caricatura grotesca dibujada por un lápiz extravagante que con las obras de la Naturaleza.

¡Triste sino el de la humanidad!

¡Son muy contados los rostros que se nos dejan en el mundo para que alegren nuestras miradas con sus encantos! Las zozobras, ansiedades, penas y anhelos desordenados los truecan y deforman de la misma manera que truecan y cambian los corazones, y sólo cuando esas pasiones duermen, cuando han perdido para siempre su imperio, es cuando se disipan las nubes y refleja la frente la hermosa serenidad de los Cielos.

Casi siempre los rostros de los muertos, no obstante su rigidez e inflexibilidad característica, vuelven a adquirir la expresión de la infancia, de tanto tiempo olvidada, y recobran la dulce tranquilidad de los años juveniles. Tal es la calma que reflejan, tal la beatitud, que las personas que los conocieron de niños, caen de rodillas junto al ataúd y creen ver todavía al ángel que bajó a visitar la tierra.

La vieja mensajera cruzó tambaleándose varios pasadizos, subió con paso vacilante la escalera contestando con palabras apenas inteligibles a las preguntas que su superiora le dirigía. Hubo de detenerse al fin para tomar aliento y entregar la luz a la matrona, la cual la dejó rezagada y entró en el cuarto donde la enferma se hallaba.

Era una especie de buhardilla apenas iluminada por una mísera lámpara. Junto al lecho velaba otra anciana y el aprendiz de la botica parroquial, de pie en un rincón, transformaba en mondadientes una pluma de ave.

—¡Vaya una noche fría, señora Corney! —exclamó el aprendiz al ver entrar a la matrona.

—¡Horriblemente fría, es cierto! —contestó la señora con amabilidad y haciendo una reverencia.

—Debería usted exigir carbón de mejor calidad a los abastecedores —dijo el aprendiz de boticario, revolviendo el fuego con una tenaza enmohecida—. No es éste el más indicado para las noches frías.

—Es cosa de la Administración —replicó la matrona—. Convengo que lo menos que ésta debería hacer en nuestro obsequio sería defendernos contra el frío, pues nuestras funciones son harto penosas.

Un gemido de la moribunda vino a interrumpir la conversación.

—¡Ah! —exclamó el boticario, mirando hacia el lecho como si el gemido le hubiera recordado que había allí una enferma—. Es el *finis*, señora Corney, el *finis definitivus.*

—¿El *finis*... qué?

—Me sorprendería muchísimo si viviera dos horas —respondió el aprendiz, volviendo a la tarea de fabricar un mondadientes—. Todo su sistema está destrozado, aniquilado, destruido. ¿Duerme, anciana?

La anciana a la que se dirigió el boticario se acercó al lecho y contestó con un gasto afirmativo.

—Entonces, lo probable es que no despierte, como no hagamos algún ruido. Ponga la luz sobre el suelo para que no la vea.

Obedeció la vieja moviendo la cabeza, como si dudase que la enferma muriera con la tranquilidad que anunciaba el boticario. Seguidamente fue a tomar asiento junto a la otra enfermera, que ya había vuelto por aquel tiempo. La comadrona, sin tomarse la molestia de disimular su impaciencia, arrebujóse en el abrigo y se sentó al pie de la cama.

El aprendiz de boticario, terminada ya la fabricación de su mondadientes, se instaló cómodamente delante del fuego, pero a los diez minutos, aburrido sin duda, dio las buenas noches a la matrona y salió de la estancia, caminando sobre las puntas de los pies.

Las dos viejas enfermeras, después de permanecer largo rato inmóviles, se alejaron del lecho para acercarse a la chimenea, donde procuraron calentar sus ateridas manos. La llama proyectaba siniestros resplandores sobre las arrugadas caras, haciendo resaltar su espantosa fealdad. En la posición que acabo de indicar, comenzaron a conversar en voz baja.

—¿Ha dicho algo mientras yo estuve fuera Ana? —preguntó la que había ido a buscar a la matrona.

—Ni una palabra —contestó la llamada Ana—. Principió a retorcerse los brazos, pero yo la sujeté por las muñecas y pronto fue mía. Apenas si conserva fuerzas, y yo, para los años que tengo, y no obstante el régimen alimenticio del asilo, conservo bastantes bríos, gracias a Dios.

—¿Bebió el vino caliente que recetó el médico?

—Quise hacérselo beber; pero apretó tanto los dientes y agarró con tal fuerza el cubilete, que a duras penas, conseguí hacérselo soltar. El vino me lo bebí yo, y por cierto que no me ha sentado mal.

No sin antes tender una mirada de precaución alrededor, las dos arpías se acercaron más al fuego y continuaron charlando en voz baja.

—Me acuerdo del tiempo en que ella hubiera hecho lo que hacemos nosotras, y encima se hubiera reído después.

—¡Oh, seguramente! ¡Siempre fue alegre de cascos! ¡Cuántos muertos ha, amortajado, blancos como la cera! Mis cansados ojos lo han visto... y hasta mis manos los han tocado, pues docenas de veces la he ayudado.

Alargando su temblona mano mientras hablaba, la vieja movió con alegría los dedos y los metió en una faltriquera, de donde sacó una mísera caja de rapé, de la que tomó un polvo, ofreciendo luego otro a su compañera.

Mientras las dos viejas entretenían tan agradablemente el tiempo, la matrona, que había estado esperando con impaciencia a que la moribunda saliese de su estupor, se acercó también al fuego y preguntó con voz agria si tendría que esperar mucho tiempo.

—No mucho, señora —respondió una de las viejas—. Ninguna de nosotras espera largo tiempo a la muerte. ¡Paciencia... paciencia! ¡Harto pronto llegará para todas nosotras!

—¡Cállese la lengua larga! ¡Idiota! —gritó airada la matrona—. Dígame usted, Marta, ¿ha caído en ese estado de sorpor alguna otra vez?

—Muchas —contestó la interpelada.

—Pero no volverá a caer —añadió la otra vieja—. Y digo que no volverá a caer, porque no despertará de ése... más que una vez, y cuente usted que no tardará mucho.

—Tarde mucho o poco, no me encontrará aquí cuando despierte —dijo la matrona con voz destemplada—. Cuidado con que vuelvan ustedes a molestarme por nada, que no es incumbencia mía presenciar la muerte de todas las viejas de la casa. ¡Ea! ¡Se acabó! Si

en su vida vuelve a ocurrírseles llamarme, brujas de Lucifer, yo les aseguro que me las pagarán a buen precio.

Iba a salir disparada del cuarto, cuando un doble grito lanzado por las dos viejas, al tiempo que se precipitaban hacia la cama, la obligó a volver la cabeza. La moribunda, se había incorporado y tendía los brazos hacia la matrona.

—¿Quién es ésa? —preguntó con voz sepulcral.

—¡Quieta... quieta! —exclamó una de las enfermeras— ¡Acuéstese, acuéstese!

—¡No volveré a acostarme viva! —replicó la moribunda debatiéndose—. ¡Es preciso que yo le hable!... ¡Acérquese... más... más cerca de mí!... ¡Quiero hablarle a oído!

Diciendo esto, asió a la matrona por el brazo y la obligó a sentarse en una silla pegada a la cama. Había abierto la boca para hablar, cuando tendiendo los ojos alrededor, vio a las dos viejas que se inclinaban sobre el lecho como si estuvieran decididas a no perder palabra, y dijo con voz desfallecida:

—¡Que salgan!... ¡Hágalas salir... pronto... pronto!

Las dos brujas alzaron un coro de lamentaciones asegurando que la pobre enferma no estaba en sus cabales, como lo probaba el hecho de que desconociera a sus amigas más tiernas y cariñosas, y protestaban con energía que por nadie ni por nada saldrían de la habitación. De nada les sirvieron sus protestas, pues su superiora jerárquica las agarró por el brazo y las echó fuera, cerrando a continuación la puerta y volviendo a sentarse junto al lecho. Al verse expulsadas, las viejas variaron de actitud y empezaron a gritar por el ojo de la llave que la moribunda estaba borracha, lo que a decir verdad no dejaba de ser muy probable, puesto que, además de encontrarse bajo los efectos de una dosis regular de opio, que el aprendiz de boticario le había suministrado, sentía la influencia de un vasito de ginebra que las compasivas viejas, en un acceso de conmiseración, le habían hecho beber por su cuenta.

—¡Escúcheme! —dijo la moribunda alzando la voz, esforzándose por encontrar en su aniquilada naturaleza una chispa latente de energía—. En esta misma habitación... en esta misma cama, estuve cuidando a una joven de rostro angelical, que había sido traída al asilo con los pies destrozados, como consecuencia de una caminata larguísima, llenos de sangre y de lodo. Aquí dio a luz a un niño, y murió... Déjeme pensar, déjeme que busque en mis recuerdos... ¿En qué año fue?

—El año no viene al caso —contestó su impaciente oyente— ¿Qué hay de ella?

—¡Ah! —murmuró la moribunda, cuya inteligencia iba ganando nuevamente el sopor—. ¿Que qué hay de ella? Que... sobre... ¡Ah, sí! ¡Ya sé! —continuó, incorporándose con furia, arrebatado el semblante y con los ojos fuera de las órbitas—. ¡Que la robé... sí... la robé... yo! ¡La robé cuando aún no estaba fría!... ¡Aseguro que la robé sin esperar a que se apoderara de ella el frío de la muerte!

—Pero la robó... ¿el qué, por Dios santo? —gritó la matrona, haciendo ademán de pedir auxilio.

—*¡Aquello!* —contestó la moribunda, poniendo su mano sobre la boca de la que la escuchaba —¡Lo único que tenía! Ella carecía de ropas con que abrigarse, de alimentos que la reconfortaran, pero aquello lo conservaba intacto... lo llevaba en el pecho. ¡Era oro... oro, lo juro... oro rico que hubiera podido salvar su vida!

—¡Oro! —repitió la matrona, inclinándose con avidez sobre la mujer, que había caído de espaldas —¡Adelante... siga, siga!... ¿Y después? ¿Qué pasó? ¿Quién era aquella joven, aquella madre? ¿Cuándo sucedió eso?

—Me había encargado que lo guardase cuidadosamente —repuso la enferma,

exhalando un gemido de angustia—. Me lo confió, porque a nadie más que a mí tenía a su lado. Interiormente, con el corazón, se lo había yo robado desde el instante que vi el paquetito pendiente de su cuello... Probablemente soy también responsable de la muerte del niño. ¡Mejor le habrían tratado si lo hubieran sabido todo!

—¿Sabido qué? —inquirió la matrona—. ¡Hable, por Dios, hable!

—Tan parecido era aquel niño a su madre —repuso la moribunda, sin tener en cuenta la pregunta—, que cuantas veces le veía, acudía a mi memoria la desdichada joven. ¡Pobrecilla!... ¡Infeliz! ¡Tan joven!... ¡Tan dulce!... ¡Espere usted!... Me queda mucho por decir... No se lo he dicho todo, ¿verdad?

—¡No, no! —respondió la matrona, pegando su oído a la boca de la enferma, más débil por momentos—. ¡Dése prisa, hermana, no sea que le falte tiempo!

—La madre —prosiguió la mujer, no sin hacer un esfuerzo mucho más violento que los anteriores—, la madre, al sentirse próxima a la muerte, me dijo al oído que si su hijo nacía con vida y se hacía hombre, llegaría un día en que podría oír pronunciar, sin avergonzarse, el nombre de su madre. «¡Oh, Dios misericordioso! —me dijo, juntas sus manos enflaquecidas en actitud de súplica—. ¡Sea niño o niña lo que nazca, búsquele amigos que en este mundo de miserias tengan lástima de un huérfano sin ventura abandonado a su conmiseración!»

—¿El nombre del niño? —preguntó anhelante la matrona.

—Le *pusieron* por nombre Oliver... El oro que yo robé está...

—¿Dónde... dónde?

—Pegaba su cara con la de la moribunda para poder oír su contestación, pero la infeliz enferma retrocedió instintivamente sin responder, oprimió la colcha de la cama entre sus crispados dedos, murmuró algunos sonidos inarticulados, y cayó desplomada sin vida.

—¡Muerta! —exclamó una de las viejas, precipitándose dentro de la habitación en cuanto la matrona franqueó la puerta.

—¡Y sin decir nada! —contestó la matrona, saliendo con fría indiferencia.

Las dos brujas, sobre las cuales pesaba la obligación de amortajar el cadáver, quedaron junto a la muerta.

Capítulo XXV
Donde se vuelve a encontrar al señor Fajín y compañía

Mientras en el hospicio-asilo de provincias ocurrían los sucesos que quedan narrados en el capítulo anterior, encontrábase el buen judío Fajín en su caverna, la misma de la que Oliver había sido sacado por Anita, sentado junto a la chimenea, que despedía más humo que calor, sumido en profundas cavilaciones. Sobre las rodillas tenía un fuelle, con cuyo auxilio parece que había intentado avivar el fuego, pero las funciones mentales pusieron fin a las de orden físico, y cruzado de brazos, doblada la cabeza sobre el pecho, contemplaba con expresión distraída los mohosos morillos del hogar.

Sentados alrededor de la mesa que había a sus espaldas estaban el *Truhán*, Carlos Bates y Chitling, atentos a la partida de *whist* que jugaban, partida entablada por el primero de los caballeritos nombrados contra los otros dos. La fisonomía del *Truhán*, siempre viva e inteligente, era sin comparación mucho más merecedora de interés en aquellos momentos a causa de la atención inmensa que al juego prestaba, y más aún por la sagacidad con que aprovechaba los menores descuidos de Chitling para mirarle las cartas, y, como consecuencia, por la maestría con que acomodaba sus jugadas a las cartas de los contrarios.

Como la noche estaba sumamente fría, el *Truhán* conservaba el sombrero puesto, costumbre que, dicho sea de paso, había constituido en él una segunda naturaleza cuando en casa se encontraba. Sus dientes oprimían una pipa de escayola que no sacaba de su boca más que durante el tiempo estrictamente necesario para trasladar a su estómago un buen trago de la bebida refrescante que contenía un jarro enorme que sobre la mesa había, cuya bebida era una composición de ginebra y aguardiente.

También Bates prestaba atención al juego; pero, individuo de temperamento más excitable que su compañero, repetía con mucha frecuencia las visitas al jarro de los refrescos, y por añadidura se permitía bromas pesadas y cuchufletas del peor gusto, poco en armonía con su esmerada educación v menos con suposición social. El *Truhán*, aprovechando la amistad estrecha que los unía, reprendíale a cada momento sus impropiedades de lenguaje, reprensiones que Bates echaba siempre a la buena parte y recibía con paciencia ejemplar, pues a lo sumo se permitía decirle que se fuera al diablo o desearle que se le secara la lengua, o le decía cualquier otra lindeza por el estilo, todas dulces y mesuradas, con no poca admiración de Chitling, que las escuchaba maravillado. Como circunstancia extraña e incomprensible, diremos que el caballero nombrado en último lugar y su compañero perdían invariablemente, pero lo más raro del caso es que el buen Bates, lejos de enfurruñarse, parecía por el contrarío soportar sus pérdidas con viva y ruidosa alegría; por lo menos, cada juego perdido arrancaba a su garganta una tempestad deshecha de ruidosas carcajadas, y un torrente de protestas encaminadas a hacer constar que jamás desde que vino al mundo había conocido hombre de suerte tan insolente como la del *Truhán.*

—¡Perderíamos hasta la camisa! —exclamó Chitling, sacando del bolsillo, con cara compungida, una moneda de media corona—. No he conocido hombre como tú. Tienes la suerte de ganar siempre, con buenas cartas o con malas. En cambio, Bates y yo, aunque reunamos el mejor juego, perdemos irremisiblemente.

La observación, o tal vez el tono con que fue hecha, hizo tanta gracia a Bates, que las carcajadas que fueron su consecuencia disiparon las preocupaciones de Fajín, quien preguntó de qué se trataba.

—¿Que de qué se trata? —preguntó Carlos—. ¡Quisiera que hubiese presenciado usted la partida! Chitling no ha ganado un solo juego, y yo era su compañero de desgracia contra el *Truhán.*

—¡Ay, ay, ay! —exclamó el judío, haciendo muecas que demostraban que sin gran esfuerzo de imaginación adivinaría la causa—. ¡Prueba otra vez, Tomás, prueba otra vez, y verás!

—Muchas gracias, Fajín, pero antes ciegue que hacer nuevas pruebas —replicó Chitling—. Es mucha la suerte del *Truhán* para poder resistirla.

—La verdad es, amigo mío, que tienes que madrugar mucho para ganar al *Truhán*. ¡Ja, ja, ja!

—¡Madrugar! —exclamó Carlos Bates—. Para competir con él, necesitarías ponerte un telescopio en cada ojo y echarte a la espalda unos gemelos de teatro.

El señor *Truhán* recibió aquellas alabanzas con modestia filosófica, y se comprometió a hacer salir de la baraja cualquier carta que le fuera indicada, sin mirar, por supuesto, apostando un chelín cada vez. Como nadie tuvo a bien aceptar el reto y se hubiera terminado el tabaco de su pipa, entretúvose, por vía de pasatiempo, en trazar sobre la mesa con el pedazo de tiza que utilizara para apuntar los tantos, un plano de la cárcel de Newgate, silbando mientras trabajaba.

—¡Qué tonto tan delicioso eres, Tomás! —exclamó el *Truhán* al cabo de un rato de silencio, suspendiendo su trabajo y mirando a Chitling—. ¿A que no acierta usted, Fajín, en qué estaba pensando?

—¿Y cómo quieres que lo acierte, querido? —respondió el judío—. En lo que acaba de perder, tal vez, o acaso en el retiro delicioso en que ha pasado una temporadita... ¡ja, ja, ja! ¿Acierto, amigo?

—¡Ni a cien leguas! —replicó el *Truhán*—. ¿Y tú, Carlos qué dices?

—Yo digo —contestó Bates— que Belita le trae loquito... ¡Mira cómo se ruboriza! ¡Es para morirse de risa!... ¡Tomás Chitling enamorado como un colegial!

El pensamiento sólo de que Tomás Chitling fuera víctima de una pasión tierna produjo en Carlos Bates tal explosión de risa, que al dejarse caer con alguna violencia contra el respaldo de la silla, perdió ésta el equilibrio y le envió rodando al suelo. Pero a bien que el accidente en nada atenuó su hilaridad. Tendido cuán largo era y revolcándose permaneció hasta después de pasado el primer acceso, que fue seguido por otro no menos violento apenas se hubo puesto en pie.

—¡No le hagas caso, amigo mío! —dijo el judío, guiñando un ojo al *Truhán* y dando con el fuelle un golpecito en la espalda a Chitling—. Belita es una niña angelical. Quiérela, Tomás, quiérela mucho.

—No contestaré más que una cosa, Fajín —replicó Chitling, rojo como un pimiento—, y es que a nadie de los que están aquí importa ese asunto.

—¡Justo! —dijo el judío—. Tienes razón que te sobra. Bates es un hablador, del que no debes hacer caso, amigo mío. Belita es una niña encantadora. Haz lo que ella te mande, Tomás, y tienes hecha la fortuna.

—Que hago lo que ella me manda —contestó Chitling—, lo prueba el hecho de que por seguir sus inspiraciones me he pasado una temporada a la sombra; pero a bien que no fue mal negocio para usted; ¿no es cierto, Fajín? ¿Pero qué suponen seis semanas de encierro? De todas maneras, tenía que ser un día u otro; ¿por qué no durante el invierno, cuando no son muchas las ocasiones que de operar se presentan? ¿Qué dice usted, Fajín?

—Que hablas como un libro, amigo mío —respondió el judío.

—Y no te importaría gran cosa volver allá siempre que el regreso te valiera las simpatías de Belita, ¿no es cierto? —preguntó el *Truhán* guiñando el ojo a Bates y al judío.

—¡Pues bien, sí! ¡Me sería completamente igual! —contestó Chitling con cólera—. ¡Oh! Me gustaría conocer a quien dijera otro tanto; ¿digo bien, Fajín?

—Dices lo que es, amigo —respondió Fajín—. Ten por seguro que ninguno de ellos sabría imitarte.

—Y hubiera yo salido tan campante del negocio si hubiese querido acusarla a ella —repuso aquel cándido—. Una palabra más habría sido bastante, ¿acierto, Fajín?

—Como en todo, querido, no hay duda.

—Pero a mí no hay quien me sonsaque, ¿eh, Fajín? —preguntó Chitling, que menudeaba las preguntas con extraordinaria volubilidad.

—¡No, no! —contestó el judío—. Un corazón tan noble como el tuyo es incapaz de vender a los demás.

—¡El Evangelio! —exclamó Chitling, mirando alrededor—. Y si tengo un corazón noble, ¿soy por eso motivo de risa, Fajín?

Percatado el judío de que la indignación de Tomás iba en aumento, apresuróse a asegurarle que nadie se reía de él, y en su afán por demostrar la gravedad de todos los que escuchándole estaban, apeló al testimonio de Bates, que era el más dado a las cuchufletas.

Por desgracia, en el momento que Carlos abría la boca para afirmar que en su vida había estado tan serio, ni que nunca tuvo menos ganas que entonces de burlarse de nadie, fuéle imposible contener una carcajada atronadora que hizo desbordar la cólera de Chitling. Este, creyéndose mortalmente agraviado, sin andarse con ceremonia se abalanzó sobre Bates y le dirigió un puñetazo furibundo, que tuvo habilidad para esquivar el que debía recibirlo merced a un salto de costado, pero que recibió en pleno pecho Fajín, quien salió proyectado contra la pared y acabó por dar con su humanidad en tierra, mientras Chitling quedaba con la boca abierta mirándole aterrado.

—¡Cuidado! —exclamó de pronto el *Truhán*—. Acabo de oír el cencerro.

Mientras tomaba la luz y subía cauteloso la escalera, dejando a sus contertulios a obscuras, la campana, repicó nuevamente con mayor fuerza que la vez primera. Al cabo de breves momentos reapareció el *Truhán*, quien habló en voz baja y con aires de misterio con Fajín.

—¡Cómo! —exclamó el judío ¿Solo?

Contestó el Truhán afirmativamente, y acto seguido, colocando una mano delante de la luz, dio a entender a Bates por medio de una seña que era hora de poner fin a las bromas. Cumplido este deber de amistad, volvió sus ojos hacia e judío y esperó las instrucciones d éste.

Mordíase el viejo las yemas de sus amarillentos dedos, Y permaneció meditabundo durante algunos segundos. Las contracciones de su cara demostraban claramente que esperaba recibir una mala noticia que temía que ésta fuera la peor de las que podía esperar. Al fin alzó la cabeza y preguntó:

—¿Dónde está?

Por medio de una seña indicó el *Truhán* que en el piso alto, e hizo ademán de marcharse.

—Sí —dijo el judío, como contestando a una consulta muda—. Que baje. Silencio, amigos... Tú, Carlos, y tú Tomás, despejad, pero muy calladitos.

Obedecieron al instante Bates y su enemigo de momentos antes. No se oyó el menor rumor, no sonaron pasos en la escalera, pero de pronto penetraron en la estancia el *Truhán*, llevando la luz en la mano, seguido por un sujeto pobremente vestido, el cual, después de recorrer con la vista la habitación, quitóse una bufanda que cubría toda la parte inferior de su cara, dejando visibles las facciones chupadas, amarillas, desencajadas, sucias y barbudas del... petimetre Tomás Crackit.

—¿Cómo va, Fajín? —preguntó el recién venido, dirigiéndose al judío—. ¡Mira! Ponme este tapanarices donde pueda encontrarlo luego, *Truhán*. No importa que por una vez me sirvas de ayuda de cámara.

Seguidamente acercó una silla a la lumbre y se sentó, poniendo los pies sobre los morillos.

—¡Mire usted, Fajín! —exclamó con acento de desconsuelo, mostrando sus botas—. No han visto betún, ni crema ni cepillo desde aquel día... ¡Chitón! ¡Pero no me mire usted así, hombre de Dios, que todo llegará a su tiempo! Me es imposible hablar de asuntos hasta después que haya refrescado el gaznate; así que engráselo usted, y póngale antes algodones, pues uno y otro necesita. Tres días hace que no funciona.

Mandó Fajín al *Truhán* que pusiera algunas viandas sobre la mesa, y tomando asiento frente al recién llegado, esperó la narración de la historia.

O mentían descaradamente las apariencias, o maldita la prisa que Tomás tenía de romper el fuego de la conversación. En los primeros momentos, conformóse el judío con

estudiar pacientemente su rostro cual si en la expresión del mismo esperara encontrar las explicaciones que con verdadera ansiedad deseaba oír; pero fue en vano. La cara de Tomás revelaba cansancio, agotamiento de fuerzas, pero conservaba la misma tranquilidad, la complacencia misma que le era habitual, y aunque sucio, con la barba crecida y el cabello en desorden, brillaba en sus ojos el contentamiento consiguiente a la persuasión en que Tomás estaba de que nadie podía competir con él en elegancia. El judío, muerto de impaciencia al cabo del rato, seguía con mirada angustiada cuantos bocados llevaba su huésped a su boca, midiendo la estancia a zancadas. Su excitación era tremenda, pero perfectamente inútil. Tomás seguía comiendo con la mayor indiferencia, y no dio reposo a sus mandíbulas hasta que le fue imposible engullir más. Entonces mandó salir de la habitación al *Truhán*, cerró la puerta, echóse al coleto un vaso de aguardiente, y se dispuso a hablar.

—Empezaremos primero por el principio, Fajín —dijo.

—¡Sí, sí! —contestó el judío, acercando su silla.

Tomás hizo una pausa para envasar en su cuerpo otro trago de aguardiente, declaró a continuación que el licor era de superior calidad, y apoyando sus pies sobre la repisa de la chimenea, a fin de tenerlos al nivel de su cabeza Y poder contemplar sus botas mientras hablaba repuso:

—Empezando, pues, por el principio, conforme hemos convenido, pregunto: ¿cómo está Guillermo?

—¿El qué? —gritó el judío, poniéndose en pie de un salto.

—¡Demonio! —exclamó Tomás, poniéndose densamente pálido ¿Quiere decir eso...?

—¡Quiere decir que espero noticias! —barbotó el judío, pateando con furia —¿Dónde están? ¿Dónde están Sikes y el muchacho? ¡Di! ¿Dónde están? ¿Dónde han estado?

—¿Dónde se han escondido? ¿Por qué no están aquí?

—El negocio fracasó —contestó con timidez Tomás.

—¡Demasiado lo sé! —gritó el judío, sacando un periódico del bolsillo y clavando la punta del dedo en un sitio determinado—. ¿Y luego?

—Hicieron fuego e hirieron al muchacho. Emprendimos la retirada por los campos llevando al muchacho entre nosotros... ¡Nos perseguían!... ¡Nos daban caza!... ¡Ira de Dios! ¡Medio mundo nos pisaba los talones y los perros se nos venían encima!

—¿Pero y el muchacho... y el muchacho? —preguntó Fajín con voz ahogada.

—Guillermo se lo echó a cuestas y corría como el viento. Nos detuvimos un instante para llevarlo entre los dos. La cabeza le colgaba y estaba helado. Nos daban alcance, nos pisaban nuestros perseguidores, y en esos casos, se impone el sálvase quien pueda. Soltamos al muñeco y le dejamos al borde de un foso, no sé si muerto o vivo. Amigo mío, cuando se trata de nada menos que de la horca, la ley natural obliga a todo hijo de vecino a mirar por sí, aunque a su semejante lo parta un rayo.

No quiso escuchar más el judío. Lanzando una blasfemia horrible y mesándose los cabellos, salió como un torbellino de la estancia y de la casa.

Capítulo XXVI

Se presenta en escena un personaje misterioso y ocurren muchas cosas relacionadas íntimamente con esta historia

El judío ganó la esquina de la calle antes de reponerse de la emoción que le produjeron las noticias de Tomás Crackit. Descompuesto, presa de terrible agitación interior y exterior, en vez de acortar el paso caminaba cada vez con más prisa cuando un coche lanzado a galo lo hubiera atropellado sin remedio si los gritos de los transeúntes, que le avisaron a tiempo del peligro, le hubieran detenido en la acera. Evitando en lo posible el paso por las calles principales y siguiendo callejas y solitarios pasadizos, llegó al fin a Snow-Hill, donde aún apresuró más la marcha, que no fue normal hasta que Fajín se encontró en sitio que sin duda consideró como su elemento, puesto que se vio que recobraba la ecuanimidad de ánimo.

Próximo al punto de donde arrancan las Snow-Hill y Holborn Hill y a mano derecha saliendo de la ciudad, cruza una callejuela sucia y triste que termina en Saffron-Hill Sus asquerosos tenduchos ofrece para la venta pilas enormes de pañuelos de seda usados, de todas formas y tamaños, pues allí residen los traficantes que los compran a los rateros. Centenares de esos pañuelos penden de las pértigas sujetas a las ventanas o empotradas en la pare sobre las puertas. No obstante los reducidos límites de la Field Lane, cuenta con su barbería, su café, su cervecería y su taberna. Es una colonia comercial con vida propia, el emporio de los géneros robados, donde todos los días al amanecer y al atardecer acuden mercaderes silenciosos que tratan sus negocios en obscuras trastiendas y se van tan sigilosa y misteriosamente como han llegado. Allí el traficante en ropas hechas, el zapatero de viejo y el trapero exponen sus géneros que son a manera de invitaciones al robo, mientras en húmedos y tétricos sótanos se enmohecen y pudren montones de hierro viejo y de huesos, mezclados con piezas de telas de lana o de algodón.

Tal era el lugar en el cual acababa de entrar el judío. Mucho debían conocerle los sucios moradores de aquel mercado hediondo, pues ni uno solo de los que se encontraban en el umbral de las puertas, fuera vendedor, fuera comprador, dejaba de saludarle familiarmente al pasar de viva voz o con una inclinación de cabeza. Fajín contestaba los saludos en la forma misma que le eran dirigidos, pero no se detuvo hasta llegar al extremo, donde dirigió la palabra a un mercader de baja altura que había colocado en una silla de niño la parte de su persona de que aquélla era capaz, y fumaba una pipa frente a la puerta de su casa.

—La verdad es, señor Fajín, que con verle a usted basta y sobra para curarse de la oftalmía —dijo el honrado mercader, respondiendo al saludo del no menos honrado judío.

—Había en la vecindad una temperatura excesivamente alta, Lively —dijo Fajín, enarcando las cejas y cruzando las manos a su espalda.

—Dos o tres quejas de esa clase han llegado a mis oídos; pero ya se refrescará pronto, ¿no le parece, Fajín?

Contestó Fajín con un gesto de asentimiento, y extendiendo a continuación un brazo hacia Saffron-Hill, preguntó:

—¿Hay alguien allí?

—¿En *Los Lisiados*?

—Sí.

—Espere usted... déjeme que haga memoria... Sí, que yo sepa, han entrado media docena; pero no creo que entre ellos esté su amigo.

—¿No está allí Sikes? —inquirió el judío con desaliento.

—*Non est inventus*, como dicen los letrados —contestó el hombrecillo, moviendo la cabeza—. ¿Trae usted algo que pueda convenirme?

—Nada —contestó el judío, girando sobre sus talones.

—¿Va usted a *Los Lisiados*, Fajín? —gritó el mercader—. Si me espera un momento le acompaño.

Como por una parte el judío volvió la cabeza e hizo con la mano una seña indicadora de que prefería ir solo, y por otra el mercader no pudo sacar de la silla la parte de cuerpo empotrada en ella, la razón social *Los Lisiados* hubo de renunciar, por aquella vez, al placer de recibir la visita del señor Lively. Cuando el digno comerciante pudo ponerse sobre sus extremidades, el judío se había perdido de vista, y como consecuencia, el señor Lively, después de permanecer un ratito sobre las puntas de los pies, esperando divisar al judío, volvió a empotrarse en la silla y, después de cambiar con la señora de la tienda de enfrente una seña en la cual campeaban por igual la desconfianza y la duda, volvió a empuñar su pipa con grave continente.

Los Tres Lisiados, o mejor dicho *Los Lisiados*, título bajo el cual conocían perfectamente el establecimiento todos los recomendables habitantes de aquellos lugares, era la misma taberna en la cual han figurado ya Sikes y su perro. Fajín, sin más que hacer una seña al individuo que estaba sentado en el mostrador, tomó escalera arriba, abrió una puerta y, penetrando sigiloso en la sala, miró alrededor con ansiedad y haciéndose pantalla con la mano sobre los ojos, cual si fuera en busca de una persona determinada.

Daban luz a la sala dos o tres mecheros de gas, cuyo resplandor no era posible se viese desde fuera, gracias a las maderas de las ventanas, perfectamente ajustadas, y a unas cortinas rojas tendidas sobre las mismas. El humo que despedían las lámparas no podía ennegrecer el techo, sencillamente porque era humo de tabaco, que en los primeros momentos era de todo punto imposible distinguir un solo objeto o persona. Cuando la llegada de algún *parroquiano* descargaba en parte la atmósfera de humo, que buscaba salida por la puerta abierta, podía medio distinguirse una colección de cabezas agrupadas, pero tan confusamente, como confusos eran los sonidos que recogía el oído; pero a medida que la vista se acostumbraba, el espectador acababa por ver a muchos hombres y mujeres, apelmazados junto a una mesa muy larga, en cuya cabecera se veía sentado un presidente empuñando el martillito propio de su cargo, mientras en un rincón de la sala, sentado frente a un piano bastante averiado, había un *artista* de nariz roja, que aporreaba el teclado del instrumento con la furia que es de suponer en quien sufre un dolor violento de muelas, como le ocurría al *virtuoso.*

Los dedos del artista recorrían suavemente el teclado a guisa de preludio cuando Fajín entró en la sala, lo que ocasionó un griterío general. Todo el mundo pedía a voz en cuello una canción. Apaciguado el alboroto, una joven hizo las delicias del público cantando una balada de cuatro estrofas, que el pianista acompañó golpeando las teclas sin piedad. Aplaudió el presidente, y a continuación, dos cantantes, sentados a derecha e izquierda del presidente, cantaron un dúo que fue premiado con ruidosos y generales aplausos.

No dejaba de ser curioso observar algunas de las fisonomías de los que más se destacaban en la concurrencia. En primer lugar, el presidente, que era el mismísimo dueño del establecimiento, individuo de cara embrutecida y cuerpo de atleta, mientras se ejecutaron los números anteriores, no daba punto de reposo a sus ojos, que lo escudriñaban todo, ni a sus oídos, por cierto muy finos, que todo lo oían. A su derecha e izquierda

estaban los dos cantantes, recibiendo con indiferencia profesional los cumplimientos del auditorio y apurando docenas de vasos de licores que por doquier les ofrecían sus admiradores más entusiastas, cuyas cataduras llevaban impreso el sello de los vicios más abyectos, llegando hasta el punto de llamar de una manera irresistible la atención a fuerza de ser repulsivas. Allí se mostraban bajo el aspecto más hediondo, la astucia, la ferocidad, la borrachera. Pero los tonos más tristes, más desconsoladores, más sombríos del cuadro, los daban las mujeres, unas que conservaban aún tonalidades borrosas de su frescura juvenil otras desecadas ya por el vicio, sin conservar el vestigio más insignificante de lo que su sexo tiene más preciado, manchadas por la disolución y el crimen. Las había niñas todavía y las había ya mujer pero ninguna había rebasado la primavera de la vida.

Fajín, a quien todo aquello traía sin cuidado, hombre en cuyo pecho no tenían cabida las emociones, escudriñaba con mirada anhelante las caras del auditorio, pero sin encontrar al parecer la que buscaba. Como al cabo del rato tropezaran sus ojos con los del presidente de la sala, hízole una seña imperceptible y salió de la estancia tan sigilosamente como había entrado.

—¿Qué desea usted, señor Fajín? —preguntó el presidente, que salió inmediatamente detrás del judío—. ¿Desea ser de los nuestros? Le aseguro que no habría uno que no se alegrase.

El judío movió con impaciencia la cabeza, y preguntó con voz m baja:

—¿Está él aquí?

—No —contestó el interrogado.

—¿No hay noticias de Barney?

—Ni una. Tenga usted por seguro que no dará señales de vida hasta que se disipe la tormenta. Le siguen la pista, eso es indudable, y si en estas circunstancias se dejase ver le pescarían de fijo. Nada ha debido ocurrir a Barney, puesto que nada se dice de él. De todas manera esté usted tranquilo, que no es Barney de los que se ahogan aunque agua les llegue hasta el cuello.

—¿Vendrá esta noche *aquél*? —preguntó Fajín, recalcando la palabra *aquél*.

—Se refiere usted a Monks, ¿verdad?

—¡Chitón, hombre! A él me refiero; pero la prudencia aconseja que no le nombremos.

—Vendrá de seguro —contestó el propietario de *Los Lisiados*, sacando del bolsillo un reloj de oro—. Debía estar ya aquí... pero si espera usted diez minutos, seguramente...

—¡No, no! —exclamó el judío, cual si no obstante sus deseos de ver a la persona en cuestión se hubiera alegrado de no encontrarla, Dígale que he venido a verle, y que le espero en mi casa esta noche sin falta... ¡No! Dígale que mañana. Puesto que no está aquí... sí, mañana será tiempo todavía.

—Está muy bien. ¿Nada más?

—Por ahora, nada más —contestó el judío, tomando la escalera.

—A propósito —dijo el tabernero en voz muy baja, inclinándose sobre la barandilla—. ¡Qué ocasión tan hermosa para *despenar* a Felipe Barker! Lleva a cuestas una *jumera* tan colosal, que un niño podría hacerse con él.

—¡Ah! —exclamó el judío levantando la cabeza—. ¡Pero no! No ha sonado aún la hora para Felipe Barker. Podemos sacar algún partido todavía antes de ajustarle la cuenta, así que, amigo mío, vuelva a la sala y recomiende a la concurrencia que procure divertirse mucho y gozar de la vida... mientras dure. ¡Ja, ja, ja, ja!

Hizo el tabernero eco a las carcajadas de Fajín y entró nuevamente en la sala. En

cuanto el judío se encontró solo, su rostro recobró la expresión de ansiedad anterior, y al cabo de algunos momentos de reflexiones, llamó un coche y se hizo conducir a Bethnal Green. A un cuarto de milla de distancia de la residencia de Guillermo Sikes despidió el carruaje e hizo el resto del camino a pie.

—Si aquí hay gato encerrado —murmuró el judío mientras llamaba a la puerta—, yo lo descubriré, hija mía, por ladina y astuta que seas.

Anita estaba en su cuarto, según dijo la criada. Fajín subió la escalera sin hacer ruido y entró sin ceremonia en la habitación. La joven estaba sola, apoyada la cabeza sobre la mesa y con el cabello en desorden.

—O está borracha o apenada —pensó con frialdad el judío.

Al mismo tiempo que el viejo se hacía esta reflexión, cerraba la puerta, y el ruido de ésta al cerrarse despertó a la muchacha. Anita clavó sus ojos en la astuta cara del judío, preguntóle si tenía noticias y escuchó la historia narrada a Fajín por Tomás Crackit. Terminada la narración, adoptó de nuevo la postura anterior sin despegar los labios, empujó dos o tres veces con impaciencia el candelero que sobre la mesa había, hizo algunos movimientos febriles, pateó el suelo, y hada más.

Mientras tenía lugar aquella es cena muda, el judío escudriñaba hasta el último rincón de la estancia, como para asegurarse de que Sikes no estaba allí. Satisfecho, sin duda, de su examen, tosió dos o tres veces e hizo varias tentativas para entablar conversación, tentativas que dieron el mismo resultado que hubieran dado si a una piedra fueran dirigidos. Intentó entonces la última prueba, y frotándose las manos dijo con voz melosa:

—¿Dónde crees que puede estar Guillermo, hija mía?

Contestó la joven con voz lastimera y apenas inteligible que nada sabía. Al parecer sollozaba.

—¿Y el muchacho? —repuso el judío, procurando ver la cara de Anita para leer en su expresión—. ¡Pobrecillo! ¡Abandonado al borde de un foso!... ¿No es verdad que sólo el pensarlo parte el corazón?

—¡El muchacho! —repitió la joven—. ¡Mejor está mil veces donde se halla que entre nosotros! ¡Qué nada haya ocurrido a Guillermo es lo que deseo, que en cuanto al muchacho, ojalá haya muerto en aquel foso y se pudran en su fondo sus tiernos huesos!

—¡Cómo! —exclamó Fajín, sin volver de su asombro.

—Digo y repito que será para mí motivo de alegría no volver a verle y saber que han terminado sus pruebas en este mundo —replicó la joven, clavando sus ojos en los del judío.

—Me es imposible soportar su presencia. Cuando le veo, me aborrezco a mí misma y detesto a todos ustedes.

—¡Bah! —exclamó el judío con desdén—. ¡Estás borracha, hija mía!

—¿Que estoy borracha? —replicó con amargura Anita—. No será suya la culpa si no lo estoy, pues borracha quisiera verme siempre... excepto en este momento. Parece que no es de su gusto el humor en que me encuentra, ¿no es cierto?

—¡No! —gritó el judío con furia—. ¡Maldita la gracia que me hace!

—Cómpreme usted otro, en ese caso —dijo la muchacha riendo.

—¡Que te compre otro! —rugió el judío, exasperado hasta lo indecible ante la obstinación inesperada y la actitud agresiva de Anita—. ¡Te lo compraré, sí te lo compraré! ¡Escúchame... arrastrada! ¡Escúchame a mí, que con seis palabras, fíjate bien, con seis palabras puedo ahorcarle con tanta seguridad como si en este momento tuviera entre mis

dedos su cuello de toro! Si vuelve sin el muchacho, si se presenta y no me lo trae muerto o vivo, asesínale tú misma en cuanto ponga los pies en casa, si quieres evitarle que baile en la horca. Pero hazlo enseguida, porque a poco que tardes, te juro que no llegarás a tiempo.

—¿Y por qué todo eso? —preguntó involuntariamente la joven.

—¿Que por qué? —bramó Fajín, loco de rabia—. Cuando ese muchacho vale para mí centenares de libras esterlinas, ¿crees que voy a ser tan idiota que me resigne a echar por la ventana un beneficio tan seguro, por culpa de una caterva de borrachos a quienes puedo hacer ahorcar cuando me acomode? Además. ¿Crees que voy a ponerme a merced de un desalmado, de un verdadero demonio, que si como tiene poder tuviera voluntad de... de...

Al hacer una pausa para toma aliento, perdió sin duda el hilo d su fogoso discurso, y mientras buscaba una palabra que responder a su pensamiento, apaciguóse d pronto la tempestad rugiente de su rabia. El que segundos antes azotaba el vacío con sus manos crispadas, dilatadas las pupilas y encendido el rostro por el fuego de la pasión dejóse caer desfallecido sobre la silla y tembló al pensar que el mismo acababa acaso de venderse, descubriendo el secreto de alguna villanía misteriosa. Al cabo de alguno momentos de silencio, resolvióse mirar a su compañera, y parecía tranquilizarse algún tanto al encontrarla en la misma actitud de indiferencia e insensibilidad que ofrecí cuando él entró en la habitación.

—¡Anita, hija mía! —exclamó con acentos de dulzura en la voz—. ¿Has oído algo de lo que he dicho?

—¡No me moleste usted, Fajín! —dijo la joven, alzando con languidez la cabeza—. Si en esta ocasión no ha estado Guillermo a la altura que era de desear, en cambio otras veces ha rebasado sus esperanzas. Por cuenta de usted ha dado golpes muy hermosos, y dará otros a poca ocasión que se le ofrezca, y si no los da, será porque no le sea posible. Y basta ya, que me molesta hablar del asunto.

—¿Y del muchacho, querida? —preguntó el judío, frotándose las manos con movimiento nervioso.

—No es de mejor condición que los demás —se apresuró a interrumpir Anita—. En este mundo, cada palo que aguante su vela. He dicho antes, y vuelvo a repetirlo, que desearía que hubiese muerto, manera de que para él terminaran los males y para usted el peligro... suponiendo que a Guillermo nada le haya ocurrido. Por supuesto, que si Tomás ha escapado, ha debido escapar él también, que vale mucho más que su compañero.

—¿Y sobre lo que yo te estaba diciendo, hija mía? —interrogó el judío, fijando en la joven una mirada escrutadora.

—Preciso será que me lo repita, si es que desea que haga algo, y sí ha de repetírmelo, preferible es que lo deje para mañana. Me ha despertado usted por un momento, pero confieso que sigo atontada.

Hizo Fajín varias preguntas más para convencerse de que la joven no había tomado nota de sus imprudentes palabras, pero con tal naturalidad las contestó Anita y tan impasible resistió sus miradas penetrantes, que acabó de convencerse de que la muchacha llevaba en su cuerpo una dosis de licor más que regular.

No estaba libre Anita de ese defecto, a decir verdad, como no lo estaba ninguna de las discípulas del judío, habituadas por éste a la bebida desde sus más juveniles años. El desorden de su vestido y persona unido al fuerte olor a ginebra que en la estancia se percibía era prueba que confirmaba la suposición de Fajín, y luego, el apaciguamiento brusco que siguió a la explosión no menos brusca de cólera, su atontamiento y más tarde su sensiblería, tan evidente que arrancó no pocas lágrimas a sus ojos y no pocas frases raras a

sus labios, llevaron el convencimiento más profundo a un hombre de la experiencia de Fajín de que Anita se encontraba bajo los efectos de una borrachera tremebunda, y por tanto, de que no había podido tomar nota de sus palabras.

Tranquilo por esta parte, y realizado el doble objetivo que le llevara a la casa, consistente en poner a la muchacha en autos de lo que Tomás Crackit le había contado y de asegurarse por sus propios ojos de que Sikes no había vuelto, Fajín emprendió la vuelta a su casa dejando a la muchacha durmiendo con la cabeza apoyada sobre la mesa.

Sería la una de la madrugada. Dada la tenebrosidad de la noche y lo extraordinario del frío, dicho se está que el buen judío no sintió tentaciones de entretener el tiempo rondando las calles. El viento impetuoso que las barría las limpiaba de trasnochadores así como también de polvo y hasta de barro. Eran muy contados los transeúntes, y los pocos que encontró al paso, dirigíanse presurosos a sus moradas.

Llegado a la esquina de la calle en que vivía, aguantando un viento helado de frente, y tiritando, buscaba la llave de la puerta, cuando se destacó un bulto de un cobertizo obscuro, el cual atravesó la calle y se aproximó con paso sigiloso hasta tocar el hombro del judío.

—¡Fajín! —susurró una voz.

—¡Ah! —murmuró el judío—. Eres...

—Sí —interrumpió con brusquedad el desconocido—. Dos horas hace que estoy esperando aquí, muerto de frío. ¿Dónde demonios ha estado usted?

—Ocupado en tus asuntos, amigo mío, en tus asuntos —respondió el judío, mirando con inquietud a su interlocutor y moderando el paso—. En tus asuntos, sí.

—¡Puede ser! —replicó con expresión irónica el desconocido—. ¿Y qué hay?

—Nada bueno.

—Supongo que tampoco habrá nada malo, ¿eh? —preguntó el otro, deteniéndose y mirando alarmado al judío.

Movió el judío la cabeza e iba a contestar, cuando su interlocutor, indicándole la casa frente a cuya puerta acababan de llegar, le interrumpió diciéndole que sería preferible hablar dentro en atención a que estaba helado y el viento penetraba sus carnes.

Hizo Fajín lo posible por declinar el honor de recibir una visita a hora tan intempestiva, diciendo que en su casa no había lumbre; pero ante la insistencia de su compañero hubo de abrir la puerta, rogando seguidamente a este último que la volviese a cerrar sin hacer ruido mientras él encendía luz.

—Nada tiene que envidiar esto a una tumba en punto a obscuridad —observó el desconocido, buscando a tientas la escalera—. ¡Luz, hombre del diablo, luz!

—Cierra la puerta —murmuró Fajín desde el extremo del pasillo.

La puerta se cerró con estrépito.

—No es culpa mía —observó el desconocido—. Fue el viento o se cerró por sí sola. ¡Alumbre usted pronto, pues de lo contrario voy a dejarme los sesos pegados a cualquier pared de esta maldita caverna!

Sin hacer el menor ruido, bajó Fajín la escalera que conducía a la cocina, volviendo a poco con una vela encendida, no sin antes cerciorarse de que Tomás Crackit y los demás discípulos dormían a pierna suelta en la habitación interior del sótano. Por medio de una seña indicó al desconocido que le siguiera, y ambos subieron a las habitaciones altas de la casa.

—Podremos celebrar aquí nuestra breve conferencia, amigo mío —dijo el judío, abriendo una puerta del piso primero—. Sin embargo, como las ventanas tienen algunos

agujeros, y jamás entramos con luz en esta habitación, bueno será que dejemos la vela en la escalera.

Uniendo la acción a la palabra, el judío dejó el candelero en el descansillo que daba frente a la habitación, entrando seguidamente en ésta. No había en la estancia más muebles que un sillón roto y un diván o sofá destartalado. Sobre este último se dejó caer el desconocido como quien está rendido de cansancio, y el judío, arrastrando el sillón, tomó asiento frente a aquél. La obscuridad no era completa, gracias al débil resplandor que penetraba por la puerta, no cerrada del todo.

Conversaron durante algún tiempo en voz baja. Aunque sólo contadas palabras sueltas, pero cualquier persona habría comprendido sin gran esfuerzo que Fajín procuraba defenderse contra cargos formulados por su interlocutor, y que éste se encontraba en momentos de violenta irritación. Duraría la conferencia sobre un cuarto de hora, o más, cuando Monks, que con este apellido había designado el judío al desconocido varias veces en el curso de su coloquio, alzando un poquito el diapasón, dijo:

—Repito que ha sido un desatino. ¿Por qué no haberle guardado aquí con los demás, y hacer de él un raterillo distinguido?

—Porque no siempre consigue uno lo que se propone —replicó Fajín encogiéndose de hombros.

—¿Pretenderá usted hacerme creer que se lo ha propuesto y no lo ha logrado? —preguntó con acento duro Monks—. ¿No lo ha conseguido cien veces con otros tantos muchachos? Si usted hubiera tenido paciencia, antes de un año le habría hecho caer en manos de la justicia, convicto y confeso, y habría salido del reino, condenado tal vez a cadena perpetua.

—¿Y a quién hubiera aprovechado eso, amigo mío?

—A mí.

—Pero no a mí, y si no estoy equivocado, cuando las partes contratantes son dos, deben consultarse los intereses de entrambas; ¿digo bien, amigo mío?

—¡Siga usted, siga usted! —dijo Monks con impaciencia.

—Vi que no era fácil hacerle entrar en vereda —repuso el judío—. En nada se parece a los demás muchachos que se encuentran en circunstancias parecidas a las suyas.

—¡Que no se lo llevara el demonio... o hiciera de él un miserable!

—Me ha sido imposible convertirle, ni por medio de la persuasión, ni recurriendo a amenazas —continuó el judío, acechando con manifiesta inquietud la expresión de cara de su interlocutor—. Está limpio de culpa, no ha *entrado por uvas*, hasta hoy, y como consecuencia, me encuentro sin armas con que atemorizarle, armas indispensables en los comienzos de nuestros trabajos catequísticos, si no queremos exponernos a que nos ocurra lo que al que predica en desierto. ¿Qué podía yo hacer? ¿Enviarle a la calle con el *Truhán* y Carlos Bates? Lo hice, y quedé escarmentado para siempre, amigo mío... Las consecuencias me hicieron temblar por todos nosotros.

—No fue culpa mía —observó Monks.

—¡No, no! ¡Me guardaré muy mucho de culparte, amigo mío! Tampoco me quejo... Antes bien debo alegrarme de que ocurriera lo que ocurrió. Gracias al incidente en cuestión reparaste en el chico y pudimos descubrir al cabo que era precisamente el mismo que con tanto afán y desde tanto tiempo antes veníamos buscando. ¡Lo que son las cosas! A Anita somos deudores de haberlo recuperado, y ahora Anita es la que se declara en favor suyo.

—¡Retuérzale el pescuezo —exclamó Monks con cólera.

—No podemos hacerlo en este momento, amigo mío —replicó sonriendo el

judío—. Además, no entran en nuestros proyectos esa clase de soluciones, que si entraran, probablemente estaría ya hecho lo que dices. Sé muy bien lo que son esas muchachas, Monks. En cuanto el chico tome gusto al asunto, no vuelve Anita a acordarse ni del santo de su nombre. ¿Quieres hacer de él un ladrón? ¡Perfectamente! Si vive, yo te aseguro que lo será; Y si... si... si lo que no es probable, aunque conviene ponerse siempre en lo peor, si... ha muerto...

—¡No sería por culpa mía! —interrumpió Monks con violencia, mirando con expresión de espanto a su interlocutor—. ¡Téngalo usted muy presente, Fajín! ¡Me lavo las manos! Desde el principio le dije a usted que todo menos matarle. No me gusta la efusión de sangre, que siempre deja rastros y por añadidura persigue a un hombre como fantasma implacable. Si lo han muerto, la culpa no es mía, ¿entiende usted? Pero... ¡Maldita sea esta huronera infernal!... ¿Qué es eso?

—¿El qué? —preguntó el judío, abrazándose al cobarde con entrambos brazos a tiempo que se ponía en pie—. ¿Dónde?

—¡Allá!... —exclamó Monks, fijos sus ojos en el muro de enfrente—. ¡La sombra!... ¡He visto pasar como una exhalación la sombra de una mujer, envuelta en un manto y con sombrero!...

—¡Visiones tuyas! —dijo el judío levantando la luz y volviéndose hacia su compañero.

—¡He visto una sombra de mujer, lo juro! —insistió Monks temblando—. Cuando la descubrí, estaba quieta, con el cuerpo inclinado hacia delante, pero en cuanto hablé, desapareció.

El judío miró despectivamente a su compañero y echó escalera arriba diciéndole que podía seguirle si lo deseaba. No dejaron habitación que no escudriñaran: todas las encontraron desiertas. Bajaron hasta la cueva; ¡nada! Por doquier reinaba un silencio de muerte.

—¿Qué dices ahora? —Preguntó el judío, terminada la exploración—. Excepción hecha de nosotros, no hay en la casa más alma viviente que Tomás Crackit y los muchachos, y todos ellos duermen como troncos. Puedes verlo con tus propios ojos.

Esto diciendo, el judío sacó dos llaves del bolsillo y manifestó que a fin de evitar intrusiones, antes de dar comienzo a la conferencia había encerrado en sus habitaciones respectivas a los muchachos y a Tomás.

Tantas pruebas reunidas conmovieron no poco la solidez de la convicción de Monks. Sus protestas fueron perdiendo vehemencia a medida que avanzaban en su exploración sin encontrar nada, y al fin terminó por reírse de su propio miedo y por confesar que su imaginación sobreexcitada le había jugado una de las suyas. Negóse, sin embargo, a continuar la conversación comenzada, por habérsele ocurrido de pronto que era más de la una de la noche, y se despidió amistosamente del judío.

Capítulo XXVII
Repara la descortesía cometida en un capítulo anterior abandonando a una dama sin ceremonia

Como no sería correcto, ni proprio, ni decoroso, que un humilde autor dejase a un personaje de tantas campanillas como un bedel, sentado de espaldas a la lumbre y con los faldones de su levitón debajo de los brazos, hasta que se le hiciera conciencia de hacerle variar de postura y la incorrección se trocaría en desconsiderada falta de galantería si

hiciera objeto de idéntico olvido a la dama que el egregio bedel había mirado con ternura y afecto, a la beldad en cuyo oído había deslizado palabras dulces y frases rebosantes de pasión que, viniendo de donde venían, por necesidad habían de hacer estragos en el corazón de cualquier doncella o matrona, el historiador, cuya pluma consigna estas palabras, presumiendo de conocer su oficio, y en su deseo de tratar con la reverencia debida a aquellos personajes que en la tierra han sido investidos de tan alta autoridad, se apresura a rendirles el tributo de respeto que su posición social exige, y a tratarlos con la ceremonia a que su elevado rango y, como consecuencia, sus excelsas virtudes, les hacen acreedores. De buena gana escribiría aquí el autor una disertación conmovedora acerca del derecho divino de los bedeles, disertación que demostraría hasta la saciedad que un bedel no puede errar jamás, en la seguridad de que resultaría agradable e instructiva a la par; pero apremios del tiempo y falta de espacio le obligan a dejarle para otra ocasión más oportuna y conveniente, ocasión que, si se presenta, aprovechará el autor para demostrar que un bedel propiamente constituido, es decir, un bedel parroquial, afecto a un hospicio parroquial y que desempeña su cargo policial en una iglesia parroquial, atesora en su persona, por derecho propio y en virtud de su oficio, todas las excelencias y virtudes más preciadas de la humanidad; y que esas excelencias, esas virtudes excelsas, no las poseen ni pueden poseerlas los simples bedeles de colegio, ni los de las salas de justicia, ni siquiera los de las capillas, a no ser en grado muy ínfimo.

El señor Bumble había contado y, recontado las cucharillas, pesado y vuelto a pesar las tenacillas de azúcar, examinado con más estrecha atención la tetera de plata y evaluando casi con exactitud el mobiliario de la habitación, teniendo en cuenta hasta el valor del relleno de las sillas. Habría practicado tan diversas operaciones sus seis u ocho veces antes que se le ocurriera la idea de que era ya tiempo de que volviese la señora Corney, y como los pensamientos se enredan y entrelazan entre sí como las cerezas, y de una idea se pasa fácilmente a otra idea, ocurriósele al bedel que en satisfacer por completo su curiosidad, llevando sus investigaciones hasta el interior de la cómoda de su Dulcinea.

No sin antes aplicar el oído al ojo de la llave para asegurarse de que nadie llegaba a la habitación, el señor Bumble, comenzando por el cajón de abajo, pasó revista a lo que aquél y los tres restantes contenían. Los encontró llenos de ropas y vestidos en perfecto estado de conservación y conformes a las exigencias de la última moda, acondicionados entre dos cavas de periódicos antiguos, perfumados con espliego. El examen le dejó plenamente satisfecho. Al llegar, en el curso de sus pesquisas, a una gaveta que había en la parte superior y lado derecho del mueble, en la que estaba puesta la llave, encontró una cajita cerrada que, al ser movida, dejó oír el hermoso y agradable tintineo de monedas, que acabó de *convencer* al desinteresado bedel. El señor Bumble volvió con paso firme y altivo continente a ocupar el asiento de junto a la chimenea en que antes estuvo sentado, y adoptando su severa expresión habitual, dijo con resolución:

—¡Lo haré!

A semejante declaración, en realidad notable, siguió un movimiento de cabeza que duró diez minutos, movimiento semejante al que suelen hacer los perros cuando están de buen humor, y luego contempló sus pantorrillas de perfil con tanto interés como satisfacción.

Todavía continuaba embebido en este examen cuando penetró precipitadamente en la estancia la señora Corney, la cual, jadeante y sin aliento se dejó caer sobre una silla, puesta una mano sobre su corazón y la otra delante de los ojos.

—¿Qué ocurre, señora? —preguntó solícito Bumble, inclinándose sobre la

matrona—. ¡Por favor, contésteme! Estoy sobre... sobre...

Tan viva era la alarma del señor Bumble, que no encontrando la palabra ascuas, con la cual deseaba terminar su frase, la substituyó por botellas rotas.

—¡Ay, señor Bumble! —exclamó la dama—. ¡Estoy trastornada, completamente trastornada!

—¡Trastornada, señora! ¿Quién ha tenido el inconcebible atrevimiento de...? ¡Ya lo sé! ¡Sin duda han sido esos despreciables pobres!

—¡El pensarlo sólo me horroriza!

—No piense usted, pues, señora.

—¡Ojalá pudiera no pensar!

—Lo mejor será que tome usted algo, señora... ¿Un poquito de vino?

—¡No, no, no! ¡Me sería imposible! ¡Ah!... En el estante último del aparador, a mano derecha... ¡Oh!

La congoja acometió de nuevo a la pobre señora, que principió a agitarse presa de espasmos violentos. El señor Bumble se precipitó corriendo hacia la alacena, tomó una botella de ginebra del estante que en forma tan incoherente le había sido indicado, llenó con su contenido una taza de las de té, y la acercó a los labios de la dama.

—¡Me siento mejor! —murmuró aquélla luego que vació la taza.

El bedel alzó los ojos al techo como para dar gracias al cielo, los bajó hasta colocarlos en los bordes de la taza, y concluyó acercando ésta a la nariz.

—Pipermint —dijo la dama con voz débil, sonriendo al propio tiempo al bedel—. Pruébelo usted, amigo... También tiene un poquito de otra cosa.

Cató Bumble la pócima con gesto de duda, la paladeó, volvió a tomar otro sorbito, y al tercer intento, apuró la taza llena.

—Vivifica y conforta —observó la señora Corney.

—Mucho, señora, es verdad —contestó el bedel, acercando su silla a la de la matrona y preguntando a ésta con tierna solicitud, qué le había sucedido.

—¡Nada!... ¡Soy tan impresionable... tan sensible, tan débil!...

—¡Débil no, señora! —replicó Bumble, acercando más su silla—. ¿Dice que es débil?

—Lo somos todos —contestó la dama, sentando un principio general.

—Es verdad, señora.

Ambas partes guardaron silencio por espacio de uno o dos minutos, pero al cabo de este tiempo, Bumble había rectificado su posición, llevando la mano, apoyada al principio sobre el respaldo de la silla de su interlocutora, a las cintas del delantal de ésta, con las cuales comenzó a juguetear.

—¡Todos somos frágiles, señora, muy frágiles! —exclamó el bedel.

La señora Corney suspiró.

—¡Por Dios santo, no suspire usted! —exclamó Bumble.

—¡No puedo menos! —contestó la matrona, lanzando otro suspiro más profundo.

—Es ésta una habitación encantadora —observó Bumble, dirigiendo una mirada alrededor—. Con que tuviera usted otra parecida, el paraíso.

—Para una persona sola serían demasiadas habitaciones —murmuró la dama.

—Pero no para dos —replicó Bumble con acento seductor—. ¿Eh, señora Corney?

La matrona dobló la cabeza al escuchar esas palabras y bajó la suya el bedel para continuar admirando la cara de aquélla. Siguió una escena muda, pero encantadora por la inocencia que revelaban los personales que la representaron. La señora Corney volvió la

cara con timidez a fin de esquivar las miradas del bedel y llevó una mano al bolsillo de su delantal, sin duda para sacar el pañuelo, pero encontró en el camino la del señor Bumble, y sin darse cuenta, la dejó entre la de su adorador.

—La Administración se encarga de suministrar a usted el carbón necesario, ¿verdad? —preguntó Bumble, oprimiendo dulcemente su mano.

—Y luz también —contestó la matrona, correspondiendo a la presión.

—Carbón, luz, y casa... ¡Oh, señora! ¡Es usted un ángel!

La señora Corney, incapaz de resistir arranques tan tremendos de ternura, cayó en los brazos de Bumble, quien a su vez, en un rapto pasión, estampó sus ardorosos labios sobre la casta nariz de su Dulcinea.

—¡Son un encanto las instituciones parroquiales! —exclamó el bedel—. Hablando de otra cosa, ¿sabes, ángel mío, que el señor Stout se ha agravado mucho esta noche?

—¡Sí! —contestó ruborizada dama.

—Según el médico, no le queda ni una semana de vida. Es el director de este establecimiento, su muerte producirá una vacante y esta y vacante habrá de ser provista. ¡Oh, alma mía! ¡Qué perspectiva tan deliciosa se abre ante nuestros ojos! ¡Qué ocasión para unir dos corazones y dos hogares!

La señora Corney sollozó.

—¿Y la palabrita? —preguntó Bumble, pegando casi su cara con la de la avergonzada beldad—. Esa palabrita dulce, que trastorna y embriaga... ¿no me la dices, cielo mío?.

—¡Sí-sí-sí! —suspiró la matrona.

—Otra palabra más... Procura dominar tu emoción, y contéstame ángel de amor: *¿Cuando?*

Dos veces abrió la boca para hablar la señora Corney, y las dos la voz quedó cuajada en su garganta. Al fin, reuniendo todo su valor buscando en otra parte el que faltaba, echó los brazos al cuello a su rendido galán, y contestó que *sería* cuando él dispusiera, llamádole al fin *patito encantador*.

Arreglados satisfactoriamente los asuntos tan amigables, ratificóse con toda solemnidad el convenio, apurando ambas partes contratantes otra taza de pipermint, indispensable para calmar algún tanto el estado de agitación en que la dama encontraba. Entre sorbo y sorbo manifestó la señora Corney a Bumble que la enferma había dejado de existir.

—Está muy bien —dijo el galán—. Cuando vaya a mi casa, pasaré por la de Sowerberry para que envíe un ataúd mañana temprano. ¿Fue eso lo que te asustó, amor mío?

—No, querido, no; mi susto no obedeció a causa determinada —contestó evasivamente la dama.

—¡Algo habrá pasado, sin embargo, cielito! ¿No se lo dirás a tu querido patito?

—Ahora no; un día de éstos. Después que estemos casados.

—¡Después que estemos casados!... —exclamó Bumble—.

—¿Acaso alguno de esos descamisados habrá sido tan insolente que...?

—¡No, no, amor mío! —se apresuró a contestar la matrona.

—Si así fuera, si alguno de esos miserables hubiera osado poner sus ojos impúdicos en el adorable rostro de...

—Nadie se atrevería a tanto, querido mío.

—¡Y harán muy bien! —gritó Bumble agitando el puño—. ¡Que un individuo

cualquiera, parroquial o extraparroquial se permita tamaño atrevimiento, y yo respondo que no repetirá la suerte!

Si estas palabras no hubiesen ido acompañadas de gestos violentos, habrían resultado pobre cumplimiento vara una dama enriquecida por el cielo con tantos encantos; pero, como Bumble profirió la amenaza con tono de iracundia y gestos belicosos, emocionó tanto a la señora Corney que confesó, hondamente impresionada, que su galán era un verdadero diablillo, tan valiente como encantador.

El diablillo se alzó el cuello de su levitón, calóse el tricornio y, después de cambiar con su futura mitad un tierno y ardiente beso, salió a desafiar de nuevo el aire de la noche, no deteniéndose más que contados minutos en la sala de los asilados para martirizarlos un poco, a fin de convencerse de que poseía la rudeza necesaria para desempeñar con acierto las funciones de director. Seguro de su aptitud, Bumble salió del edificio con el corazón alegre y saboreando la deliciosa perspectiva de su próximo ascenso. Tal era el pensamiento que le embargaba cuando llegó a la funeraria.

Habían cenado aquella noche fuera de su casa los señores Sowerberry, y como su encargado Noé Claypole, en ninguna ocasión ni momento mostró disposiciones para consumir sus energías físicas en movimientos que no tuvieran relación con las funciones de comer y beber, únicas dignas de no ser desatendidas, el establecimiento continuaba abierto, no obstante ser muy pasada la hora de cerrar. Dio el bedel varios bastonazos sobre el mostrador, pero como nadie acudiera, y por otra parte viera luz en la trastienda, resolvióse a mirar, y a decir verdad, no quedó poco admirado ante el espectáculo que se ofreció a sus ojos.

Estaba puesta la mesa, y sobre el blanco mantel había pan, manteca, platos y vasos, un jarro de cerveza y una botella de vino. Noé Claypole, sentado a la cabecera de la mesa, aparecía tumbado negligentemente en una butaca, puestas las piernas sobre los brazos de aquélla, con una navaja abierta en una mano y una rebanada inmensa de pan cubierta de manteca en la otra. A su lado y en pie estaba Carlota, abriendo ostras que el buen Noé engullía con ligereza sin igual. La rubicundez, mayor que de ordinario, de la región de la nariz del caballerito y cierto movimiento de su ojo derecho pregonaban a voz en cuello que había rendido culto exagerado a las botellas, síntomas que venía a confirmar la avidez con que se zampaba las ostras, sólo explicable en casos de fiebre interna que exige ser compensada por medio de manjares de propiedades refrescantes.

—Toma, Noé; aquí tienes una grande, hermosa... cómetela —decía Carlota.

—¡Qué deliciosas son las otras! —exclamaba Noé, después de engullir la grande y hermosa—. ¡Qué lástima que no pueda uno comerse todos los centenares que desee, sin exponerse a sentir molestias en el aparato digestivo! ¿verdad, Carlota?

—¡Cómo que es una crueldad de la Naturaleza! —dijo Carlota.

—Lo es, sí. ¿Y a ti no te gustan las ostras?

—No mucho; prefiero ver cómo las comes tú, mi querido Noé.

—¡Mira que es extraño!

—Toma otra, Noé... mira, aquí hay una con unas barbas tan delicadas...

—No puedo más... lo siento muy de veras, pero en mi cuerpo no cabe ni una más. Ven aquí, Carlota, que te daré un beso.

—¡Cómo se entiende! —gritó Bumble, penetrando como una bomba en la trastienda, ¡Repite eso si te atreves, desvergonzado!

Lanzó un chillido Carlota, al tiempo que se tapaba la cara con el delantal. Claypole, sin hacer más movimiento que el indispensable para sentar los pies en el suelo, quedó

contemplando al bedel con expresión de borracho asustado.

—¡Dilo otra vez, impúdico rapaz! —bramó el señor Bumble—. ¿Cómo te atreves a mencionar cosas tan reñidas con la decencia? ¿Y cómo se atreve a tolerarlo esta pícara? ¡Un beso!... —exclamó el bedel, en el colmo de la indignación— ¿Uf! ¡Qué asco!

—¡No tenía intención de dárselo! —tartamudeó él borracho—. Es ella la que me besa constantemente, quiera yo o no quiera.

—¡Noé... oh! —exclamó la Maritornes con acento de queja.

—¡Tú, sí, tú eres la que siempre me pides besos! —insistió Noé—. ¡Y me los da a cada paso, señor Bumble, me coge por debajo de la barba, y me besa, y me abraza, y me hace el amor de todas las maneras!

—¡Silencio! —gritó con severidad el bedel—. ¡Vete a la cocina, desvergonzada! Y tú, Noé, cierra la tienda, y a callar. Cuando venga tu amo, dile que el señor Bumble manda que mañana temprano envíe el cascarón para la vieja, que ha muerto esta noche. ¿Oyes? ¡Besos! —exclamó Bumble, juntando las manos con expresión de horror—. ¡Asusta, espanta la maldad, la depravación de la clase baja de este distrito parroquial! ¡Si el Parlamento no adopta medidas eficaces, la patria está perdida sin remedio! ¡Las costumbres puras y sencillas de los honrados lugareños han naufragado en el corrompido mar de la depravación universal!

Hablando de esta suerte, el ejemplar bedel salió de la funeraria con continente sombrío y majestuoso.

Y ahora, puesto que le hemos seguido hasta la calle, puesto que le dejamos en el camino de su casa después de haber hecho todos los preparativos para el sepelio de la pobre anciana, iremos a buscar al infeliz Oliver Twist, de quien ignoramos si continúa todavía sin conocimiento al borde del foso en el que le dejó Tomás Crackit.

Capítulo XXVIII
En el que se busca a Oliver y se continúa el relato de sus aventuras

—¡Qué el infierno os trague! —murmuró Sikes, rechinando los dientes—. ¡Si os pudiera atrapar uno a uno, vive el diablo que os hiciera aullar con más fuerza!

Mientras Sikes lanzaba estas imprecaciones, y otras más horrendas con la rabia de su natural feroz, colocó al herido sobre su rodilla doblada y volvió la cabeza hacia sus perseguidores.

Poco, nada, mejor dicho, dejaban ver la niebla y la obscuridad de la noche; pero resonaban por doquier gritos de hombres, ladridos de perros y furioso repicar de campanas que tocaban a rebato.

—¡Alto, miserable cobarde! —gritó el bandido a Tomás Crackit, que huía con cuanta velocidad daban de sí sus largas piernas—. ¡Alto!

La petición hizo que Tomás quedara como clavado en el sitio en que se hallaba, pues suponía que estaba a tiro de la pistola de Sikes, y éste no era de los hombres con quienes puede jugarse, y menos en aquel instante.

—¡Ven a ayudarme a llevar al muchacho! —rugió Sikes, haciendo a su cómplice gestos que reflejaban su furia—. ¡Ven acá!

Volvió Tomás sobre sus pasos, pero con calma desesperante y repugnancia manifiesta.

—¡Más deprisa, ira de Dios! —bramó Sikes, dejando al herido en tierra y sacando una pistola—. ¡No te hagas el remolón, que puede pesarte!

El estruendo creció considerablemente en aquel momento. Sikes dirigió nuevamente alrededor miradas inquietas, y pudo ver que sus perseguidores rebasaban la cerca de la posesión en que se encontraba él, y que a su frente venían dos perros.

—¡Estamos perdidos, Guillermo! —gritó Tomás—. ¡Deja al muñeco y enseñemos los talones a esos bárbaros!

A la par que daba el consejo, Tomás Crackit, prefiriendo arrostrar el peligro de ser fusilado por su cómplice a la certidumbre de caer en manos de sus perseguidores, volvió grupas resueltamente y echó a correr cual si en los pies le hubieran nacido alas. Sikes rechinó los dientes, volvió a mirar alrededor, tendió sobre el inanimado cuerpo de Oliver la esclavina con que le abrigara antes, y emprendió veloz carrera a lo largo de la cerca con ánimo de llamar la atención de sus perseguidores y alejarlos del sitio en que el muchacho quedaba tendido. Frente a otra cerca que le salió al paso, y que cortaba a la primera en ángulo recto, hizo breve salto, disparó al aire su pistola, saltó el obstáculo, y desapareció.

—¡Eh, valientes! —gritó una voz, que el miedo hacía temblar—. ¡*Tigre!*... ¡*Neptuno*... aquí!

Los perros, tan poco contentos, al parecer, como sus amos con el género de caza a que los habían lanzado, obedecieron la orden a la primera intimación, y los hombres que se habían destacado algún tanto del ejército de perseguidores, y que sumaban tres, hicieron alto para deliberar.

—Mi parecer... mejor dicho, mi *orden* es que volvamos inmediatamente a casa —dijo el más grueso de los tres.

—Todo lo que al señor Giles parezca bien, lo encuentro yo de perlas —contestó el más pequeño de la trinidad, hombre que nada tenía de delgado aunque sí mucho de palidez en su rostro, mucha finura en el decir, y muchísimo miedo en el corazón.

—No cometeré yo la descortesía de llevarles la contraria, señores —dijo el tercero, que era el mismo que acababa de llamar a los perros—. El señor Giles sabe muy bien lo que hace.

—¿Qué duda cabe? —exclamó el bajo—. Ni podemos ni debemos ofrecer la oposición más ligera a las instrucciones del señor Giles. ¡No, no! Gracias a Dios, conozco cuál es mi posición y sé a lo que ésta me obliga.

Fuerza es hacer justicia al hombrecillo, y reconocer que, en efecto, sabía cuál era su situación, y estaba a la par perfectamente convencido de que nada tenía aquélla de envidiable, pues sus dientes se entrechocaban mientras hablaba.

—Usted tiene miedo, Britles —dijo Giles.

—No es verdad —contestó Britles.

—¡Repito que tiene miedo!

—Y yo repito que falta —usted a la verdad, señor Giles.

—¡Quién miente es usted, Britles!

Las cuatro réplicas y contrarréplicas cuya dulzura salta demasiado a la vista para que me entretenga en hacerla resaltar, fueron resultado de la observación irónica de Giles, de la misma manera que ésta brotó de la indignación que en el pecho de Giles alzó la frase última de Britles, que muy doradita, y adornada con el ropaje de galante cumplido, echaba toda la responsabilidad de la retirada sobre los hombres de Giles. El tercer individuo puso fin a la controversia de la manera más filosófica.

—¡Bah! —exclamó—. Voy a ser más franco que ustedes: todos tenemos miedo.

—¡Hable usted por sí mismo, señor mío! —replicó Giles, que era el que estaba más pálido de los tres.

—Por mí hablo —dijo el mismo que hablara antes—. Es natural y justo tener miedo en estas circunstancias. De mí puedo decir que tengo miedo.

—Y yo también —afirmó Britles—; pero no me gusta que me lo digan así, a boca de jarro.

Aquellas confesiones tan francas y espontáneas calmaron a Giles, quien reconoció inmediatamente que sentía tanto miedo como los demás, después de lo cual, el trío volvió grupas con ejemplar unanimidad. Era en realidad hermoso verles correr con acuerdo tan perfecto. Al fin el señor Giles, cuya respiración era más corta, y a quien dificultaba no poco una horquilla descomunal de que se había armado, pidió, de la manera más cortés, que se hiciera alto, asegurando que necesitaba excusarse por haber empleado con ellos un lenguaje demasiado vivo.

—Asusta verdaderamente pensar —dijo Giles luego que hubo dado sus explicaciones— lo que un hombre es capaz de hacer cuando se le enciende la sangre. Yo hubiera cometido un homicidio... sí, no me cabe la menor duda, si llego a atrapar a cualquiera de esos canallas.

Como sus dos compañeros abundaban en el mismo parecer, y el ardor de su sangre se había enfriado también, a las palabras de Giles siguió algo así como una investigación de las causas que hubieran determinado cambio tan radical en sus temperamentos.

—Creo saber a qué fue debido —observó Giles—: a la cerca.

—No me extrañaría que así fuera —contestó Britles, apoderándose de la misma idea.

—Puede usted tener la seguridad más absoluta de que la cerca dio, al traste con nuestra furia. De mí puedo decir que me abandonó la mía no bien la salté.

Por una coincidencia notabilísima, los otros dos habían experimentado la misma sensación en el mismo momento. Era, pues, evidente, que la causa del fenómeno fue la cerca, tanto más, cuanto que no podía caber ni sombra de duda acerca del momento preciso en que se produjo en ellos el cambio, pues recordaban todos tres perfectamente que al saltar la cerca fue cuando divisaron a los ladrones.

Formaban el trío los dos hombres que sorprendieron a los malhechores en la casa y un calderero ambulante que había pasado la noche en un cobertizo anejo al edificio visitado por los bandidos, a quien despertaron, juntamente con sus dos mastines cruzados, para que tomara parte en la persecución. Giles desempeñaba en la casa las funciones dobles de despensero y mayordomo de la anciana dueña de la misma, y Britles hacía de todo. Había entrado en la casa de niño, y como niño que prometía era tratado todavía, aunque había visto ya más de treinta abriles.

Con la conversación que sostenían procuraban infundirse mutuamente valor, y con paso rápido, estrechándose los unos contra los otros y mirando en torno suyo con inquietud, cada vez que el viento agitaba las ramas de los árboles, retrocedieron hasta colocarse el abrigo del tronco de un árbol añoso, donde habían dejado una linterna encendida, laque apagaron para que su luz no fuera para los ladrones indicación que les permitiese hacer fuego. Recogida la linterna, emprendieron la vuelta a la casa a un trote muy regularcito. No tardaron en perderse; pero durante algún tiempo pudieron verse sus bultos deslizándose, semejantes a negros e informes fantasmas, entre las tinieblas de la noche.

Descendía más y más la temperatura a medida que se avecindaba el día y se despegaba la niebla de la tierra sobre la cual corría semejante a inmensa nube de humo. La hierba estaba mojada, los senderos convertidos en lodazales, y el húmedo respirar del viento dejaba oír lúgubres quejidos.

Oliver continuaba tendido en el sitio mismo en que le dejara Sikes.

Llegó la aurora. El frío se hizo más intenso al aparecer en Oriente esos resplandores pálidos que más que el nacimiento del día indican la terminación de la noche; los objetos que envueltos en tinieblas ofrecían aspecto terrorífico y formas extrañas y espantables iban presentando mayor claridad en sus perfiles y recuperando gradualmente sus figuras habituales. Las nubes enviaban a la tierra una lluvia menuda y compacta que azotaba con ruido el boscaje. Oliver de nada se daba cuenta: continuaba tendido, inmóvil, insensible, falto de conocimiento al borde del foso.

Rompió al fin el silencio de los campos un grito ahogado de dolor, y, al lanzarlo, el muchacho despertó de su letargo. Su brazo izquierdo, mal envuelto con una bufanda, pendía sin fuerza, inútil: la bufanda estaba empapada en sangre. Era tal la debilidad del herido, que le costó trabajo ímprobo sentarse, y una vez lo hubo conseguido, tendió alrededor miradas de angustia, como buscando quien le socorriera, y el dolor le hizo gemir. Aterido de frío, cansado, postrado, intentó ponerse en pie: un estremecimiento terrible que se extendió desde sus pies hasta su cabeza le postró nuevamente en tierra.

Vuelto el desventurado Oliver al estado de estupor en el que durante tanto tiempo había estado sumido, azuzado sin duda por el malestar horrible que iba penetrándole hasta el corazón, y que parecía anunciarle que si continuaba mucho tiempo en el sitio en que se encontraba no tardaría en morir, consiguió ponerse en pie e intentó dar unos pasos. Tan completo era el trastorno de su cabeza, que se tambaleaba al andar como un borracho, mas a pesar de esto, mantúvose en pie y continuó andando, doblada sobre el pecho la cabeza, sin rumbo determinado, sin saber adónde iba.

Cruzábanse en su mente infinidad de ideas extrañas y confusas. Parecíale que caminaba todavía entre Sikes y Crackit, los cuales debían sostener a no dudar furibundo altercado pues en sus oídos resonaban las palabras coléricas que pronunciaban, y hasta en una ocasión en que el desdichado puso todo su cuidado para librarse de caer rendido, se dio cuenta que les estaba hablando. Luego se imaginó que quedaba solo con Sikes, caminando sin cesar como habían hecho el día anterior, y hasta sentía la presión de la mano de aquél en su muñeca cada vez que en su camino cruzaban con viandantes. De pronto retrocedió un r)aso al herir sus oídos el estruendo de un disparo de arma de fuego, al que siguieron gritos y alaridos. Ante sus espantados ojos brillaron muchas luces, los gritos se triplicaron en espantoso tumulto, y un brazo invisible se apoderó de él y lo transportó a lugares desconocidos con fantástica velocidad. A las visiones rápidas y poco definidas se unía la sensación vaga y penosa de un dolor agudo que le atormentaba sin cesar.

De esta manera, cayendo aquí y levantándose allá, siempre vacilando, siempre tambaleándose, salvó como un autómata cercas y vallas hasta que llegó al camino. La lluvia, qué ya caía espesa y compacta, acabó de disipar su aturdimiento.

Dirigió alrededor miradas de angustia, y sus ojos divisaron a no gran distancia una casa a la que acaso pudiera llegar. Quizá se compadecieran de él al verle en estado tan deplorable, y aun en caso contrario, aun suponiendo lo peor, preferible sería, pensó el desventurado, morir cerca de seres humanos que en medio de la soledad de los campos. Reunió, en consecuencia, todas sus fuerzas para intentar la última prueba, v avanzó con paso incierto.

A medida que se aproximaba a la casa, figurábase, bien que muy vagamente, que no era aquella la vez primera que la veía. Detalles no recordaba ninguno, pero la figura y el aspecto general del edificio parecíanle familiares.

¡El muro de aquel jardín! Sobre la hierba que crecía en la parte opuesta del mismo

había caído de rodillas la noche anterior, y suplicado en vano la piedad de los dos miserables bandidos. ¡Se encontraba frente a la misma casa que intentaran robar!

Fue tal el espanto que se apoderó de Oliver cuando reconoció el lugar en que se encontraba, que hasta dio al olvido por un momento los dolores lacerantes de su herida para no pensar más que en la fuga. ¡La fuga! ¡Huir él que apenas si en pie podía tenerse! Y aun cuando hubiera tenido toda la fuerza, toda la agilidad de un muchacho de sus años, ¿adónde iría? Empujó la puerta del jardín, y como no estaba más que entornada, giró inmediatamente sobre sus goznes. Casi desfallecido atravesó un pequeño prado, subió una escalinata que precedía a la puerta de entrada, llamó débilmente, y las fuerzas le abandonaron por completo: cayó contra el antepecho de la especie de terraza que se tendía frente a la casa.

Ocurrió que, en aquel momento los valerosos Giles, Britles y el calderero ambulante se reponían en cocina de las fatigas y peligros de noche pasada, reforzando sus estómagos con apetitosas viandas y regando éstas con sendas tazas excelente té. No vayan a figurarse los lectores que el señor Giles lleva su condescendencia hasta el extremo de permitir que le tratasen con familiaridad los criados de condición menos elevada que la suya; se engañarían lastimosamente si tal creyeran. El señor Giles solía tratarlos con cierta afabilidad altiva, esa afabilidad digna que tan bien sienta las personas deseosas de que nunca ni en ningún caso quede desconocida u olvidada su jerarquía social; pero como la muerte, los incendios y los robos a mano armada igualan a todos los hombres, el señor Giles estaba sentado en la cocina, cruzadas las piernas al amor de la lumbre con el codo izquierdo sobre la mesa, mientras accionaba con severa propiedad el brazo derecho, acompañando una explicación detallada circunstancial del robo, explicación que su auditorio, y muy especialmente la cocinera y la doncella, que del mismo formaban parte, escuchaba con avidez.

—Serían poco más o menos las dos y media —decía el señor Giles—, aunque si me pidieran juramento no me atrevería a afirmar que no fueran muy cerca de las tres cuando desperté, y al darme un vuelta en la cama, parecida a ésta —Giles dio media vuelta en la silla tirando al propio tiempo de una las puntas del mantel, con el que se envolvió—, creí oír un ruido.

En este punto de la narración, palideció la cocinera y rogó a la doncella que cerrase la puerta; la doncella transmitió el ruego a Britles y éste a su vez al calderero, el cual se hizo el sordo.

—... creí oír un ruido —repitió Giles—. Al principio, me dije, «será una ilusión»; pero cuando me disponía a dormirme otra vez, cátate que oigo de nuevo el ruido, pero muy claro, muy distinto.

—¿Qué clase de ruido era? —preguntó la cocinera.

—Una especie de ruido indefinible, sordo —contestó Giles, mirando a sus oyentes.

—Más bien el que suele producir una palanqueta de hierro cuando separa los barrotes de una reja —terció Britles.

—Eso fue cuando lo oíste tú —replicó Giles—; pero no en el momento de que hablo. Me desembocé entonces —el señor Giles soltó el mantel que había echado sobre su cuerpo—, me senté en la cama, y presté oído atento.

—¡Dios mío! —exclamaron a un tiempo la cocinera y la doncella.

—Esta vez lo oí muy claro —repuso Giles—, y me dije: «Alguien está forzando la puerta o alguna ventana, ¿qué haces, Giles? Llamaré al pobre Britles, no sea que le corten la cabeza o lo estrangulen en la cama sin que se dé cuenta siquiera»

Los ojos de todos los circunstantes se volvieron hacia Britles, quien tenía los suyos

fijos en el narrador, y le contemplaron con la boca abierta y expresión de horror.

—Pues, señor —continuó Giles, clavando los ojos en la cocinera y en la doncella—, tiré a un lado las ropas de la cama —Giles tiró a un rincón el mantel de la mesa—, salté fuera de ella sin hacer ruido, me puse un par de...

—¡Cuidado, señor Giles, que hay señoras delante! —interrumpió el calderero.

—... de *zapatos*, señor mío —repuso Giles, volviéndose hacia el calderero y acentuando bien la palabra—, empuñé una pistola cargada que siempre tengo junto a la caja de la plata de la mesa, y caminando sobre las puntas do los pies, bajé a la habitación de Britles, a quien dije, después de haberle despertado: «¡No te asustes, Britles!»

—Exacto —dijo Britles.

—A continuación, añadí: «Creo que podemos contarnos los dos con los difuntos, pero no tengas miedo»

—¿Es que *sentía* miedo? —preguntó la cocinera.

—¡Ni por asomo! —contestó Giles—. ¡Impertérrito, valiente... casi tan valiente como yo!

—Si a mí me pasa, me quedo muerta en el acto —observó la doncella.

—Usted es mujer —contestó Britles, que se iba serenando.

—Tiene razón Britles —dijo Giles—. De una mujer, no cabe esperar otra cosa. Nosotros, que somos hombres, y muy hombres, tomamos una linterna sorda que en el cuarto de Britles había sobre una repisa, y bajamos caminando entre tinieblas que se podían tocar de este modo.

Habíase levantado Giles y dado unos pasos con los ojos cerrados, para acompañar el relato con un accionar apropiado, cuando se estremeció violentamente, así como también todos los que en la cocina estaban, y retrocedió de un salto a la silla que antes ocupaba. La cocinera y la doncella lanzaron dos o tres chillidos de espanto.

—Han llamado a la puerta —dijo Giles, fingiendo una serenidad que no tenía—. Que salga alguien a abrir.

Nadie se movió.

—No deja de ser extraño que vengan a llamar a hora tan intempestiva —observo Giles, contemplando los pálidos rostros de sus oyentes, no más pálidos ciertamente que el suyo—. La hora es intempestiva, lo reconozco, pero fuerza es que alguien abra la puerta. ¿No me oís?

Miraba Giles a Britles mientras hablaba; pero este joven, modesto de suyo y poco amigo de singularizarse, debió figurarse sin duda que él no era *alguien*, y convencido de que la orden no podía rezar con él, ni contestó, ni se movió. Giles, entonces, hizo una seña elocuente al calderero; pero el calderero se había dormido de pronto: en cuanto a las mujeres, no había por qué contar con ellas.

—Si Britles prefiere abrir la puerta en presencia de testigos —dijo Giles al cabo de un rato de pausa—, me presto desde luego a acompañarle.

—Y yo también —terció el calderero, tan brusco en el despertar como en el dormirse.

Bajo tales condiciones, capituló Britles. Los tres hombres, más tranquilos al descubrir (por haber abierto en aquel momento las ventanas) que era ya muy entrado el día, subieron la escalera llevando de vanguardia a los perros, y cerrando la retaguardia las mujeres, a quienes asustó la idea de quedar solas en la cocina. Por consejo de Giles, comenzaron todos a hablar con voz recia a fin de que los malhechores, suponiendo que malhechores fueran los que llamaban, supieran que en la casa había muchas personas. Al

mismo caballero, hombre fecundo en recursos, se le ocurrió la idea luminosa, que puso inmediatamente en práctica, de tirar de los rabos de los perros hasta hacerlos ladrar con furia.

Adoptadas esas medidas aconsejadas por la prudencia, Giles agarró al calderero por el brazo (para que no escapase, según dijo en tono humorístico), y dio orden de abrir la puerta. Obedeció Britles, y todas las personas que formaban el grupo, al asomar tímidamente las cabezas sobre los hombros de los que delante estaban, no vieron ante sí otro objeto formidable que al pobrecito Oliver Twist, aniquilado y sin voz, que entreabría penosamente los ojos implorando compasión.

—¡Un chicuelo! —exclamó Giles, empujando briosamente al calderero—. ¿Qué vienes a buscar?... ¡Demonio! ¡Britles!... ¡Mira! ¿No le conoces?

Britles, que al abrir la puerta había quedado detrás de la misma, lanzó un grito penetrante o no bien vio a Oliver, mientras Giles, levantando al muchacho por una pierna y por un brazo (por su suerte, no fue por el herido), lo entró en el vestíbulo y lo dejó tendido sobre, el suelo.

—¡Aquí le tenemos... aquí tenemos a uno... un bandido, señora! —gritó Giles desde la escalera—, ¡Un ladrón, señora... herido, señorita, herido! ¡Yo fui quien le descerrajé el tiro, y Britles tenía la vela!

—¡No era vela, señorita, sino una, linterna! —gritó Britles, poniendo junto a la boca las manos a manera de bocina.

Las dos criadas subieron veloces con la noticia de que Giles había capturado a uno de los ladrones mientras el calderero procuraba socorrer a Oliver, temeroso de que muriera antes de ser llevado a la horca. Cuando el ruido era mayor y más vivo el movimiento, sonó una voz de mujer, voz dulce y argentina, que lo apaciguó todo como por encanto.

—¡Giles! —llamó la voz desde lo alto de la escalera.

—Mándeme usted, señorita —contestó Giles—. No se asuste la señorita, que no he salido de la refriega con heridas de importancia. Como vio que era muy poca cosa para mí, la resistencia que me opuso no fue desesperada.

—¡Silencio... silencio! —exclamó la misma voz—. Va usted a asustar más a mi tía de lo que la asustaron los ladrones. ¿Es grave la herida de ese infeliz?

—¡De muerte, señorita! —contestó Giles complacido.

—Se está muriendo a chorros, señorita —terció Britles—. ¿Quiere verlo la señorita por si...?

—¡No, no! —replicó la voz—. Háganme el favor de esperar quietos y sin hablar hasta tanto consulte con mi tía.

Con tanta gracia en el andar como dulzura en la voz, la que acababa de dirigir la palabra a los criados se retiró, para reaparecer al cabo de breves instantes y mandar que el herido fuera instalado, con las precauciones del caso, en la habitación del señor Giles, que Britles ensillase inmediatamente un caballo y se dirigiera con cuanta velocidad le fuera posible a Chertsey, de donde debería mandar a la casa a un médico y avisar al juzgado.

—¿Pero no quiere usted verle antes, señorita? —preguntó Giles, tan orgulloso como si Oliver fuera algún pájaro de raro plumaje herido por el plomo de su escopeta.

—¡Por nada del mundo! —replicó la joven—. ¡Pobre hombre! ¡Trátelo con dulzura, Giles, aunque no sea más que por consideración a mí!

El criado miró a su señorita con tanto orgullo y admiración como si su propia hija hubiera sido, e inclinándose seguidamente sobre Oliver, le subió a su habitación con cuidado y solicitud tan tiernas como no hubiera podido excederlas una mujer.

Capítulo XXIX
Se hace la presentación de algunos de los habitantes de la casa a la que fue a parar Oliver

En un comedor elegante, amueblado más bien con arreglo a la moda antigua que de conformidad con las leyes del gusto moderno, dos señoras, sentadas frente a una mesa irreprochablemente servida, se disponen a dar comienzo a su almuerzo. Giles, en traje de etiqueta completamente negro, era el encargado de servirlas. Situado entre el aparador y la mesa, erguido el cuerpo, alta y un poquito ladeada la cabeza, algún tanto adelantada la pierna izquierda, colocada la mano derecha sobre el Chaleco y tendida la izquierda, que tenía entre los dedos una servilleta, a lo largo del cuerpo, ofrecía aspecto de hombre que está perfectamente convencido de su mérito y de su importancia.

De las dos damas, era una de edad bastante avanzada, pero el alto respaldo de roble de la silla en que estaba sentada no era ciertamente más recto que su espalda. Luciendo un vestido prodigio de pulcritud y precisión, modelo singular de gusto pasado de moda con ligeras concesiones a las exigencias modernas, que lejos de atenuar el efecto del primero le realzaba, por el contrario, la dama en cuestión ofrecía una actitud de severa dignidad, sentada en su sillón y puestas las manos sobre la mesa. Sus ojos, cuyo brillo apenas si habían empañado muy ligeramente los años, contemplaban con atención a su joven compañera.

La otra dama estaba en la flor de su juventud y de su hermosura, en esa edad en que, si alguna vez los ángeles, para realizar en la tierra alguna misión especial encomendada por el mismo Dios, han asumido formas corpóreas, hay que creer, sin temor de ser impío, que lo han realizado en algún cuerpo tan en cantador como el de la angelical niña que encontramos sentada frente a la anciana.

No pasaba de los diecisiete años. Era su talle tan esbelto, tan exquisitas sus formas, sus facciones tan correctas y hermosas y tan suave y dulce la expresión de su mirada, que no parecía que la tierra hubiera de ser su elemento, ni los groseros seres que la pueblan sus compañeros. Ni tampoco la luz de la inteligencia que brillaba en sus ojos, de un azul purísimo, y resaltaba en su serena frente, parecía propia de su edad ni de este mundo. Y, sin embargo, la expresión inefable de dulzura y de felicidad que ofrecía su rostro los mil destellos que parecían juguetear en sus ojos, en cuyas profundidades no se observaba la sombra más insignificante, y más que nada su sonrisa, sonrisa placentera, embriagadora, significaban otros tantos tesoros creados exclusivamente para el hogar, para hacer la ventura, la felicidad domésticas.

Los pequeños menesteres de la mesa embargaban por completo su atención. Cuando levantó los ojos y vio que la señora de edad la estaba mirando, echó atrás su hermosa cabellera y devolvió la mirada con otra tan encantadora, tan divina, que los ángeles del Cielo debieron sonreír entusiasmados al verla.

—Hace ya más de una hora que salió Britles, ¿verdad? —Preguntó la anciana.

—Una hora y doce minutos, señora —respondió Giles, no sin consultar antes su reloj de plata.

—Nunca tiene prisa —observó la dama.

—Siempre fue Britles un muchacho cachazudo, señora —dijo el servidor—. Por supuesto, que si treinta años no han bastado para despertar un poco su actividad pocas, probabilidades hay de que cambie.

—Lejos de corregirse, empeora —contestó la señora.

—Únicamente no tendría excusa cuando su tardanza fuese debida a que se entretuviera jugando con los chicos —terció la joven riendo.

Meditaba Giles al parecer sobre si las conveniencias le consentían acomodarse al buen humor de la señorita sonriendo con todo el respeto posible, cuando hizo alto frente a la puerta del jardín un carruaje, del cual saltó un caballero gordo, que corrió presuroso a la puerta y no tardó en penetrar como una bomba y sin previo anuncio en el comedor, derribando casi a Giles y faltando muy poco para que volcar la mesa.

—¡Es inaudito! —exclamó, el caballero gordo—. ¿Habráse visto atrocidad semejante, mi querida señora Maylie? ¡Bendito sea Dios!... ¡En el silencio de la noche... hasta aprovechando las tinieblas! ¿verdad? ¡Digo y repito que jamás oí cosa semejante!

Mientras disparaba estas frases de pésame, el gordo estrechaba con fuerza las manos a las dos damas, y acercando una silla, les preguntaba por su salud.

—¡Casi se habrán muerto ustedes del espanto! —prosiguió diciendo el caballero—. ¿Por qué no enviaron por mí? Mi criado hubiera acudido sin tardanza, y yo también. Para mi criado habría sido un verdadero placer, como para cualquiera, en circunstancias análogas. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Cosa más inesperada!... ¡Y en el silencio de la noche!...

A juzgar por las exclamaciones del recién llegado, no era el hecho del robo lo que le conmovía, sino que los ladrones hubieran intentado llevarlo a cabo inesperadamente y a favor de las sombras de la noche, como si los señores ladrones tuvieran la costumbre de trabajar a la luz del sol y previo aviso por tarjeta postal de su visita, con dos o tres días de anticipación.

—Y usted, señorita Rosa —repuso el caballero, dirigiéndose a la joven—, también...

—¡Mucho, señor doctor, mucho! —contestó la joven interrumpiéndole—. Permítame que le recuerde que hay arriba un desgraciado a quien mi tía desea que usted visite...

—¡Ah, sí, ya lo sé! Tengo entendido que usted, Giles, es quien le ha puesto en tal estado, ¿no?

Giles, que en aquel momento colocaba en su sitio las tazas, se puso colorado como un pavo y contestó que él había tenido aquel alto honor.

—Honor, ¿eh? —exclamó el doctor—. ¡Psch! ¡Vaya usted a saber! Quizá sea tan honroso herir a un ladrón en la recocina como descalabrar al adversario a doce pasos de distancia. Hágase usted cuenta de que ha tenido un duelo, Giles, y que su enemigo disparó al aire.

Giles, para quien la ligereza con que el doctor trataba el asunto no podía significar otra cosa que un propósito injusto de disminuir su gloria, contestó muy respetuosamente que no creía fuera él el llamado a juzgar el asunto y mucho menos a echarlo a broma, pues seguramente su adversario lo había tomado en serio, y muy en serio.

—Verdad es, Giles —contestó el doctor—. Vamos a ver, ¿dónde está el herido? Acompáñeme. Tendré el gusto de entrar otra vez cuando baje, señora Maylie. ¡Ah! He aquí la ventana por donde entró... jamás hubiera creído que nadie pudiera pasar por ella.

El doctor siguió a Giles, sin dejar de hablar un momento. Mientras sube la escalera, bueno será que sepa el curioso lector que el señor Losberne, cirujano rural, conocido en diez leguas a la redonda con el pomposo título de «doctor», engordaba más cada día, no tanto por la buena vida que se daba, cuanto por su constante buen humor. Era un buen hombre en toda la extensión de la palabra, de gran corazón y un tanto excéntrico, solterón empedernido y tan honrado y cumplidor de sus deberes, como jamás haya existido otro en

el mundo.

La ausencia del doctor duró mucho más tiempo del que él y las señoras habían supuesto. Del carruaje en que había venido sacaron una caja de descomunal tamaño, la campanilla del cuarto en que estaba el herido sonó infinidad de veces, el subir y bajar de los criados se prolongó bastante, síntomas todos los mencionados de que arriba ocurría algo de importancia. Al fin se presentó en el comedor, y ante las preguntas anhelantes que le dirigieron las señoras, adoptó una expresión de misterio y cerró cuidadosamente la puerta.

—Lo que pasa es verdaderamente extraordinario, señora Maylie —respondió, apoyando su espalda contra la puerta con objeto de impedir que nadie la abriera.

—Sentiría muy de veras que la herida fuera peligrosa —contestó la dama.

—Que fuera peligrosa, no sería *extraordinario*, dadas las circunstancias —replicó el doctor—; pero opino que no lo es. ¿Ha visto usted al ladrón?

—No —contestó la señora.

—¿Ni oído hablar de él?

—Tampoco.

—Dispénseme la señora —dijo Giles terciando en la conversación—. Iba a dar a usted algunos datos cuando se presentó el señor doctor.

Era el caso que Giles no había podido resolverse, en los primeros momentos, a confesar que el formidable ladrón a quien había herido era sencillamente un pobre niño. Tantos elogios le había valido su bravura, que por todo el oro de la tierra no hubiera abreviado ni en un segundo aquellos instantes deliciosos durante los cuales brillaba, envuelta en nimbos de imperecedera gloria, su reputación de héroe.

—Rosa hubiera deseado ver a ese hombre, pero yo me opuse a ello —dijo la señora Maylie.

—¡Hum! ¡Nada de espantable tiene su aspecto! —exclamó el doctor—. ¿Tiene usted reparo en verle a presencia mía?

—Ninguno, si usted cree que es necesario.

—Entiendo que es necesario, y de todas suertes casi me atrevería a pronosticar que sentiría usted no verle, si a ello se negara. En este momento está perfectamente tranquilo. Permítame, señorita Rosa... ¿tiene la bondad? No hay que temer en absoluto; se lo juro por mi honor.

Capítulo XXX
Refiere lo que pensaron de Oliver sus caritativos visitantes

Después de asegurar a las damas que las sorprendería muy agradablemente la catadura del criminal, el buen doctor, ofreciendo un brazo la señorita Rosa y la mano libre la señora Maylie, las condujo, con tanta ceremonia como majestad, escaleras arriba.

—Ahora —dijo el doctor, mientras volvía con extremada suavidad el picaporte de la puerta de la alcoba— van a decirme lo que piensan. El herido hace mucho, muchísimo tiempo que no se ha afeitado, mas no por ello tiene un aspecto de los más feroces. ¡Alto!... ¡Esperen un momento! Entraré delante para ver si todo está en orden.

Avanzó solo el doctor, paseó una mirada por la habitación, y haciendo una seña a las señoras para que pasaran, cerró la puerta, luego que aquéllas hubieron entrado, y apartó las cortinas del lecho.

Sobre éste, en vez de criminal de aspecto rufianesco que esperaban ver, encontraron a un pobre muchacho, aniquilado de resultas de la fatiga y de los sufrimientos y sumido en

profundo letargo. Sobre su pecho descansaba su brazo herido, vendado y entablillado, sobre el otro reposaba su cabeza, medio oculta entre los rizos de su larga cabellera esparcida sobre la almohada.

El honrado doctor permaneció un instante sin despegar los labios, fijos los ojos en el herido y sosteniendo con la diestra el pesado cortinón. Mientras duraba el silencioso examen del galeno, la linda joven se aproximó silenciosa y, tomando asiento a la cabecera de la cama, separó los cabellos que medio cubrían la cara de Oliver. Poco después, mientras se hallaba inclinada sobre la cabeza del muchacho, dos o tres lágrimas de las que brota de sus ojos fueron a caer sobre frente de aquél.

Estremecióse ligeramente el niño y sonrió en su sueño cual si aquellas pruebas de piedad y de compasión hubieran despertado en su alma dulces emociones de amor desconocidas hasta aquel instante para él, de misma manera que una armonía deliciosa, el murmullo del agua, el perfume de una flor y hasta el empleo de una palabra que nos es familiar evocan a veces en nosotros, recuerdos vagos de escenas que nunca tuvieron realidad en nuestra vida añoranzas fugaces que se disipa como un soplo, recuerdos y añoranzas que sólo la memoria de un existencia más feliz ha podido despertar, toda vez que las facultad de nuestro espíritu, por mucho, lo intentasen, no serían capaces d sacarlos del mundo del olvido.

—¡Qué es esto! —exclamó la señora Maylie—. ¡No es posible que ese pobre niño haya sido jamás cómplice de ladrones!

—El vicio —contestó suspirando el doctor, dejando caer la cortina—, recibe culto en muchísimos templos ¡Quién sabe si se ocultará también bajo esta apariencia seductora!

—¡Pero si es tan joven! —exclamó Rosa.

—Mi querida señorita —replicó el doctor, moviendo dolorosamente la cabeza—, el crimen, como la muerte, no se ceba sólo en los viejos y gastados; con mucha frecuencia escoge sus víctimas entre los jóvenes y lozanos.

—¿Pero es posible?... ¡Oh, señor doctor! ¿Es posible que usted crea que un niño tan delicado se haya unido voluntariamente a los que constituyen el grupo más repugnante de la sociedad?

Encogióse de hombros el doctor, como queriendo dar a entender que lo conceptuaba muy posible, y haciendo presente a las señoras que la conversación podía perjudicar al herido, dirigióse con ellas a la habitación contigua.

—Aun suponiendo que fuera culpable, —continuó Rosa—, piense usted en sus pocos años; piense en que quizá no ha conocido jamás el amor de una madre, ni saboreado la tranquilidad de un hogar, y que malos tratos, golpes, acaso el hambre, han podido obligarle a vivir en compañía de hombres que contra su voluntad le han arrastrado al delito. ¡Tía, mi querida tía, por Dios le suplico que reflexione mucho antes de consentir que sepulten a ese desventurado en una cárcel, que sería para él la tumba en cuyas negruras quedarían enterradas todas las probabilidades de enmienda y de rehabilitación futuras! ¡Oh! Usted que tan tiernamente me ha amado y me ama, usted, que me ha prodigado tanto cariño, que ha conseguido reemplazar el de mis padres, que me han faltado casi desde que vine al mundo, piense que también yo pude caer en el mismo abandono en que cayó a no dudar ese niño, piense que sin usted arrastraría quizás yo una existencia tan miserable como la del infeliz que yace en aquella cama, y tenga lástima de él, compadézcase de su situación, ahora que todavía es tiempo.

—¡Mi querida niña! —exclamó la anciana, estrechando contra su corazón a la joven, bañada en llanto—. ¿Crees que puedo desear que caiga un solo cabello de su cabeza?

—¡Oh, no! —contestó Rosa con avidez.

—No —repuso la señora con voz conmovida—. Mi carrera sobre la tierra toca a su fin, y ojalá encuentre en Dios la misma piedad que deseo encuentren en mí los desgraciados. ¿Qué puedo hacer para salvarle, doctor?

—Déjeme pensar un poco, señora, déjeme pensar.

El doctor Losberne metió las manos en los bolsillos y comenzó a pasear por la estancia, deteniéndose de vez en cuando y frunciendo horriblemente el entrecejo. Después de haber exclamado repetidas veces: «¡Lo encontré!», seguidas inmediatamente de estas otras: «¡No, no lo encontré!», y de reanudar el paseo con su obligado fruncimiento de cejas, detúvose al fin y habló en los términos siguientes:

—Creo que si usted me concede poderes plenos para entenderme con Giles y con el inocente Britles, conseguiré arreglarlo todo. El primero es un servidor leal, lo sé; pero usted tiene mil medios de recompensarle, y hasta puede felicitarle por su destreza en el manejo de la pistola. ¿Merece su aprobación mi pensamiento?

—Veo cuál es su plan, doctor, y no me opongo, siempre que no haya otro medio de salvar al muchacho.

—No hay otro —afirmó el doctor—. Créame usted bajo mi palabra.

—Siendo así, mi tía le confiere poderes plenos —terció Rosa, sonriendo a través de sus lágrimas. Le ruego, sin embargo, que no trate a esos fieles servidores con mayor severidad de la que sea absolutamente necesaria.

—Voy creyendo, señorita —replicó el doctor—, que usted se imagina que todo el mundo, con excepción de usted sola se siente hoy inclinado a la severidad. En obsequio al sexo feo, lo que yo desearía es que el primer joven digno de usted que llame a las puertas de su corazón implorando piedad, la encuentre tan bien dispuesta a la conmiseración como ahora está, y lo que deploro con amargura es no ser yo un joven para aprovechar ahora mismo la ocasión.

—Es usted un niño grande, tan niño como Britles —contestó Rosa ruborizándose.

—¡Bah! —exclamó el doctor, riendo con toda su alma—. Casi, casi estoy por decir que tiene usted razón... pero volvamos al muchacho. Debemos estipular aún el punto más grave de nuestro acuerdo. Según mis cálculos, el herido despertará dentro de una hora poco más o menos, y aunque he asegurado al imbécil representante de la justicia que hay abajo que el muchacho no puede moverse ni hablar sin que su vida corra peligros gravísimos, creo que por el contrario no existe el menor inconveniente en que conversemos con él. Ahora bien; el punto capital de nuestro convenio es el siguiente: yo le someteré a un interrogatorio a presencia de ustedes, y si de lo que diga, inferimos, sin que nos quepa la menor duda, que está completamente pervertido (lo que considero más que posible), lo abandonaremos a su suerte, o por lo menos yo, no me mezclaré ya en nada, suceda lo que suceda.

—¡Oh, no, tía mía! —exclamó Rosa con acento suplicante.

—¡Oh, sí, tía mía! —dijo el doctor—. ¿Quedamos conformes?

—¡No creeré nunca que esté endurecido en el vicio! —exclamó Rosa—. ¡Es imposible!

—¡Magnífico! —replicó el doctor—. Razón de más para aceptar mi proposición.

Cerróse al fin el trato, y las partes contratantes esperaron con impaciencia el despertar de Oliver.

La paciencia de las señoras hubo de pasar por una prueba más larga de lo que el pronóstico del doctor las había hecho suponer, pues pasaron horas y más horas, y Oliver

continuaba durmiendo. Era ya más del mediodía cuando el buen doctor las hizo saber que el herido estaba en disposición de hablar. Añadió que en realidad estaba muy enfermo, pues la pérdida de, sangre le había debilitado en extremo; pero, que el pobrecillo mostraba tan vivo anhelo por hacer revelaciones, que creía preferible acceder a sus deseos y no obligarle a permanecer quieto y callado hasta la mañana siguiente.

La conferencia fue muy larga, pues Oliver les refirió toda su historia, con frecuencia interrumpida como consecuencia de sus dolores y carencia de fuerzas. Apenaba verdaderamente escuchar en aquella habitación envuelta en majestuosa semioscuridad la débil voz del herido narrando la serie interminable de desgracias y calamidades que le había hecho sufrir hombres crueles e instintos pervertidos. ¡Oh! Si cuando oprimimos a nuestros semejantes si cuando los hacemos objeto nuestros vejámenes, dedicáramos solo pensamiento a las espantosas consecuencias de los horrores de justicia humana, a esas iniquidad que, semejantes a densas y pesadas nubes suben, con lentitud, es cierto pero indefectiblemente, hasta los cielos, clamando venganza que tarde o temprano ha de caer terrible sobre nuestras cabezas; si con los ojos de la imaginación nos fuera dado ver a los muertos alzarse airados sus tumbas y con los oídos del al escuchar sus voces, que ningún poder humano, por alto que sea, puede ahogar ni reducir al silencio, ¿ofrecería el mundo tantos ejemplos violencia y de injusticia, de sufrimientos, miserias, crueldades y agravios?

Aquella noche, manos de ángel ahuecaron la almohada sobre cual Oliver descansaba su cabeza y la hermosura y la virtud velaron su sueño. Tan feliz se sintió el cuitado, que habría muerto sin quejarse.

No bien terminó la conferencia Oliver se dispuso a reanudar el reposo, el doctor, después de secar los ojos, lo que hizo con furia cual si quisiera castigarlos por no había demostrado la entereza e insensibilidad propias de un hombre, bajó encontrar a Giles. Como a nadie encontrara en las habitaciones, ocurriósele que acaso conviniera romper las hostilidades en la cocina, a la cocina se encaminó.

Allí encontró reunidos y en cónclave a toda la servidumbre femenina de la casa, juntamente con Giles, Britles y el calderero, invitado a regalarse allí durante el resto del día, en consideración a los relevantes servicios prestados, y al alguacil del juzgado. Este último caballero ostentaba un bastón descomunal, una cabeza descomunal, unas facciones descomunales y unas botas de montar descomunales, y si no mentían las apariencias, que no mentían, había envasado en su estómago una cantidad descomunal de cerveza.

Las aventuras de la noche anterior constituían el tema de la conversación. El señor Giles ponía sobre los cuernos de la luna su presencia de ánimo en el instante en que entraba el doctor, y Britles, teniendo en la mano un jarro de cerveza, corroboraba todas las afirmaciones de su superior jerárquico.

—No se molesten —dijo el doctor haciendo un gesto con la mano.

—Muchas gracias, señor —contestó Giles—. Las señoras me han mandado que repartiese un poco de cerveza, y como hoy siento deseos de encontrarme acompañado, he venido a la cocina.

Britles y los demás expresaron con un murmullo de aprobación cuánto agradecían la condescendencia de Giles, quien a su vez paseó sobre los circunstantes una mirada de protección, como queriéndoles significar que no les abandonaría mientras se condujeran bien.

—¿Cómo sigue el herido, señor? —preguntó Giles.

—¡Así, así! —contestó el doctor—. Me temo que se ha metido usted en un mal negocio, amigo mío.

—No quisiera que sus palabras significaran que existe peligro de que muera, señor —dijo Giles temblando de miedo—. Si tal desgracia ocurriera, creo que jamás podría consolarme. Por todo el oro del mundo, señor, no querría... ni Britles tampoco, ser causa de la muerte de un niño.

—No se trata de eso —replicó con expresión de misterio el doctor—. ¿Es usted cristiano, Giles?

—Sí, señor... ¡por tal me tengo! —respondió Giles, poniéndose intensamente pálido.

—¿Y usted, muchacho, es también cristiano? —repuso, volviéndose hacia Britles.

—¡Dios santo, señor! —respondió Britles, dando un salto sobre su asiento—. Yo soy... lo que es el señor Giles, señor.

—Pues bien: contesten mi pregunta... los dos. ¿Se atreverían a asegurar bajo juramento que el herido que arriba sufre fue el que anoche penetró por la ventana? ¡Contesten!... ¡Pronto! ¡Nada de vacilaciones!

El doctor, cuya dulzura de carácter era universalmente conocida, puso en su pregunta acentos tan irritados, que Giles y Britles, cuyos cerebros no regían muy bien como consecuencia de la excitación, y más todavía de las libaciones, quedaron contemplándose uno a otro, perfectamente estupefactos y sin saber qué contestar.

—Tome usted nota de lo que contesten, alguacil —repuso el doctor—. Más adelante veremos qué resulta.

El alguacil, adoptando la actitud más digna que le fue posible, tomó el descomunal bastón que momentos antes había dejado reclinado indolentemente en un rincón de la chimenea.

—Se trata de una cuestión sencilla de identificación, conforme puede usted observar —añadió el doctor.

—Así es, señor —contestó el alguacil, tosiendo con desusada violencia.

No le faltaba motivo. Habíase engullido el resto del contenido del jarro de cerveza de un golpe, y el líquido equivocó el camino.

—Tenemos aquí una casa que ha sido objeto de un asalto —dijo el doctor—. Dos hombres vislumbran la silueta de un muchacho a través del humo de la pólvora y en circunstancias anormales, es decir, con muy poca luz y mucha excitación, consecuencia de la sorpresa.

A la mañana siguiente, se presenta en la misma casa un muchacho, y sin más razón ni motivo que tener el brazo vendado, esos hombres ponen sobre él sus manos violentas, comprometiendo muy seriamente su vida, y juran y perjuran que es el ladrón. Se trata ahora de saber si los hechos justifican y abonan la conducta de esos hombres, o en caso contrario, determinar la situación en que deben quedar colocados.

El alguacil hizo una inclinación profunda, y contestó que si la ley no estaba hablando en aquel instante por la boca del doctor, desearía saber cómo hablaba aquella señora.

—¡Pregunto por segunda vez! —tronó el doctor—. ¿Os atrevéis a asegurar, bajo juramento solemne que el herido que arriba yace es el ladrón?

Britles miró a Giles con expresión de duda; Giles fijó en Britles una mirada de indecisión. El alguacil colocó la mano detrás de su oreja con objeto de no perder palabra de la respuesta; las criadas y el calderero adelantaron sus cuerpos y el doctor dirigía a todos miradas penetrantes, cuando se oyó llamar a la puerta y llegó a oídos de los circunstantes el rápido rodar de un coche.

—¡La policía! —exclamó Britles, respirando con libertad.

—¿Qué policía? —preguntó el doctor, sin poder disimular su turbación.

—Los agentes de Bow Street, señor —respondió Britles tomando una palmatoria—. Yo y el señor Giles los enviamos a buscar esta mañana.

—¡Cómo! —exclamó el doctor.

—Sí —repuso Britles—. Envié el recado por conducto del mayoral de la diligencia, y ya me extrañaba que no hubiesen llegado todavía.

—¡Ah! ¿Disteis parte? ¡El diablo cargue con las diligencias... y con todos vosotros! —murmuró el doctor, saliendo de la cocina.

Capítulo XXXI
Situación crítica

—¿Quién llama? —preguntó Britles, abriendo un poco la puerta, piel, sin soltar la cadena.

—Abra usted —contestó una voz—. Somos los agentes de Bow Street a quienes enviaron a buscar esta mañana.

Tranquilo al oír aquellas palabra Britles abrió la puerta de par en par y encontróse frente a un individuo corpulento, envuelto en un levitón, que penetró en la casa sin hablar palabra y fue a limpiarse zapatos en la estera con el mismo desparpajo que si en su propia resistencia se encontrase.

—Que salga uno inmediatamente para revelar a mi compañero, que ha quedado en el carruaje —dijo el agente—. ¿Hay aquí cochera donde podamos colocar nuestro coche durante cinco o diez minutos?

Como Britles contestara afirmativamente, el del levitón salió a la verja del jardín y ayudó a su compañero a entrar el coche, mientras el que he mencionado en primer lugar les hacía luz presa de admiración. Colocado el coche, volvieron los tres a la casa y entraron en recibimiento, donde se despoja los dos agentes de sus levitones sombreros dejando al descubierto sus humanidades respectivas.

El que había llamado a la puerta era un personaje grueso y de estatura regular, de unos cincuenta años, pelo negro, muy espeso bien pobladas patillas, cara redonda y ojos de mirar penetrante; su compañero era alto, enjuto y huesudo, de pelo rojo, mala catadura, extraordinariamente arremangada, y mirada siniestra. Calzaba bota montar.

—Diga usted a su amo que es aquí Blathers y Duff —dijo el robusto, ahuecándose el pelo y dejando sobre la mesa un par de esposas—. ¡Ah! ¡Buenas noches, señor! ¿Me permitirá decir a usted dos palabras en secreto? —añadió, dirigiéndose al doctor, que llegó en aquel momento.

Por medio de un gesto indicó el doctor a Britles que se retirase, hizo entrar a las dos señoras, y dijo, indicando a la dama anciana:

—La señora de la casa.

Blathers hizo una reverencia. Se le indicó que tomase asiento y, dejando su sombrero en tierra, se arrellanó en una silla, diciendo a Duff que hiciera otro tanto. El caballero mencionado en último lugar, que, o no estaba acostumbrado a frecuentar la buena sociedad o bien no se encontraba a gusto entre personas elevadas, se sentó haciendo mil contorsiones y concluyó por meter el puño de su bastón en su boca, sin duda porque, en su turbación, no se le ocurrió otra cosa mejor.

—Con respecto al robo aquí cometido, señor —preguntó Blathers—, ¿tiene usted la

bondad de explicarme las circunstancias que en el hecho concurren?

El doctor Losberne, quien al parecer no deseaba otra cosa que ganar tiempo, hizo un relato detalladísimo e interminable. Los dos agentes tenían aspecto de entender perfectamente, y de tanto en tanto cambiaban entre sí miradas de inteligencia.

—Nada puedo asegurar hasta tanto haya hecho una inspección ocular detenida, claro está —dijo Blathers—; pero me atrevo a decir... no me importa aventurar una opinión, que creo han de corroborar los hechos, me atrevo a decir que no es ningún novato el que ideó el golpe, ¿eh, Duff?

—¡Oh! Eso es indudable —confesó Duff.

—Traduciendo al lenguaje vulgar la palabra novato, a fin de que la comprendan las señoras, diré que este señor quiso significar que el robo no lo ideó ningún campesino —dijo el doctor Losberne sonriendo.

—¡Exacto! —exclamó Blathers—. ¿No pueden darnos más detalles?

—Ni uno —respondió el doctor.

—¿Qué hay sobre ese muchacho de que hablaron los criados? —preguntó Blathers.

—Nada absolutamente —contestó el doctor—. El miedo metió en la cabeza a uno de los servidores de esta casa la idea de que el muchacho en cuestión había tomado parte activa en el conato de robo, lo que, como ustedes comprenderán, es un absurdo, una majadería.

—Decirlo cuesta muy poco —terció Duff.

—Tiene razón mi compañero —dijo Blathers, haciendo con la cabeza movimientos de aprobación y jugueteando negligentemente con las esposas, que manejaba como si fueran unas castañuelas—. ¿Quién es el muchacho? ¿Qué antecedentes da de su persona? ¿De dónde ha salido? Porque supongo que no habrá caído de las nubes...

—Desde luego aseguro que no ha caído de las nubes —replicó el doctor, dirigiendo a las señoras una mirada expresiva—. Yo conozco su historia completa, desde que nació, pero no es cosa de narrarla en este instante, pues supongo que lo primero que ustedes desearán, será visitar el sitio por el que penetraron en la casa los ladrones, ¿no es verdad?

—Sí, por cierto —contestó Blathers—. Necesitamos ante todo reconocer el teatro de los acontecimientos y luego, tomaremos declaración a los criados. Es el orden que habitualmente seguimos en los procedimientos.

Trajeron luces inmediatamente, y los dos agentes, seguidos por el alguacil, por Giles, Britles y... en una palabra, por toda la gente de escalera abajo de la casa, pasaron a la reducida estancia del extremo del corredor y reconocieron la ventana. Salieron luego al prado y volvieron a estudiar la misma ventana, bien que desde fuera, después de lo cual examinaron el postigo a favor de la luz de la bujía. Cumplida esta diligencia, que presenciaron sin atreverse a respirar los profanos, entraron nuevamente en la casa y obligaron a Giles y a Britles a hacer una representación melodramática del papel que en las aventuras de la noche anterior habían desempeñado, papel que hubieron de repetir seis veces consecutivas, no habiendo más que una discrepancia substancial entre uno y otro actor la vez primera, y sobre una docena la última. A continuación, Blathers y Duff mandaron salir a todo el mundo y procedieron a celebrar consejo secreto, pero tan secreto y solemne, que en su comparación, el más solemne de los congresos de medicina convocado para resolver el punto más escabroso de esta ciencia, sería juego de niños.

Mientras tanto, el doctor, paseaba en la habitación contigua con las manos en los bolsillos, presa de visible intranquilidad y contagiándola a las señoras, que le contemplaban sin atreverse a interrogarle.

—¡Palabra de honor! —exclamó el doctor al fin, poniendo término a su nervioso pasear—. ¡No sé qué hacer!

—Yo creo que si refiriéramos a esos hombres la historia del niño, tal como él nos la refirió a nosotros, no haría falta más para justificarle —dijo Rosa.

—Me permito dudarlo, mi querida señorita —replicó el doctor, moviendo la cabeza—. No creo que la historia de su vida bastase para justificarle, ni a los ojos de esos hombres, ni a los de otros funcionarios de justicia más elevados. ¿Quién es, después de todo?, se preguntarán. ¡Un vagabundo! Su historia, examinada desde el punto de vista de las consideraciones y probabilidades ordinarias, es sumamente dudosa.

—Pero usted la cree —objetó Rosa.

—La creo, no obstante ser inverosímil, y quién sabe si creyéndome acredito de mentecato; pero no puedo creer que le conceda el mismo valor un agente de policía de alguna experiencia en su oficio.

—¿Por qué no? —inquirió Rosa.

—Porque... mi querido y rígido juez, porque examinada con lente policíacos, presenta muchos punto feos. El muchacho solamente puede probar lo que le perjudica, y nada en absoluto de lo que le favorece. Esos sujetos quieren saber siempre por qué y el cómo, y nada admiten sin pruebas. Según confesión propia del herido, ladrones son su compañeros desde hace algún tiempo: sólo con ladrones ha vivido, fue preso en una ocasión como presunto autor del escamoteo de pañuelo. El dueño del pañuelo le recogió en su casa, y de ésta fue conducido a viva fuerza a un lugar que no puede indicar, y acerca de cuya situación no tiene la idea más remota. Trajéronle a Chertsey hombres que por lo visto le quieren entrañablemente, y a cuyo cariño ignoramos si corresponde o no, y grado o por fuerza le introdujeron por una ventana para robar un casa. En el preciso momento en que quiere dar la voz de alarma a los moradores de la casa, lo que hubiera sido prueba fehaciente de su inocencia, tiene la desgracia de tropezar con un servidor leal que le descerraja un pistoletaza, cual sí todo mundo tuviera empeño decidido impedir que el desgraciado haga menor bien. ¿Va usted comprendiendo?

—Comprendo, sí —replicó Rosa, sonriendo con dulzura al doctor—; pero, a pesar de todo, no veo motivos que arguyan culpa en el muchacho.

—¡No! ¡Claro que no! ¡Dios conserve la vista perspicaz de las de su sexo! Jamás saben ver más que uno de los lados de las cosas, y el lado que ven, es el primero que ha sabido herir su imaginación.

Formulada esta máxima filosófica, el buen doctor hundió nuevamente las manos en los bolsillos y dióse a pasear la habitación con mayor rapidez que nunca.

—Cuantas más vueltas doy al asunto, más me afianzo en la creencia de que poner a esos hombres al corriente de la historia de ese muchacho, no servirá más que para embrollar el asunto y pará agravar las dificultades. Seguro estoy de que no creerán nada; y aun admitiendo que nada probasen en definitiva contra él, y resultase absuelto, la publicidad de las sospechas sería obstáculo formidable a la realización de las generosas intenciones de ustedes, encaminadas a salvarle de la miseria.

—¡Oh! ¿Qué hacemos, pues? —exclamó Rosa—. ¿Por qué enviarían a buscar a esas gentes, Dios mío?

—Eso pregunto yo; ¿por qué? —repitió la señora Maylie—. Daría cualquier cosa por verlos a cien leguas de aquí.

—No se me ocurre más que un recurso —dijo el doctor, sentándose, con la calma de la desesperación—, que intentaremos y procuraremos sacar adelante a fuerza de audacia. El

fin que perseguimos es bueno, y si los medios que empleamos no son en sí del todo laudables, quedan, ya que no justificados por aquél, al menos muy atenuados. El herido presenta síntomas de fiebre intensa y no está en disposición de hablar ni de que se le hable, lo que es una ventaja no pequeña. La aprovecharemos para nuestros fines, y si no salimos bien, al menos nos cabrá el consuelo de haber hecho cuanto en nuestra mano estaba... ¡Adelante!

—Pues bien, señor —dijo Blathers, entrando en la habitación seguido por su colega, y cerrando la puerta antes de pronunciar una palabra más—. Se trata de un golpe con correspondencia.

—¿Y qué diablos es golpe con correspondencia? —preguntó impaciente el doctor.

—Un golpe con correspondencia, señoras —dijo Blathers dirigiéndose a las damas, cual si la ignorancia del doctor en un asunto de tanta importancia le inspirase lástima—, es el que se lleva a cabo en connivencia con los criados.

—Nadie sospecha contra ellos en este caso —replicó la señora Maylie.

—Es muy posible, señora —objetó Blathers—; pero el hecho de que no hayan excitado sospechas no significa que no sean culpables.

—Con doble razón en el caso presente —apoyó Duff—.

—Hemos visto en él la mano de los profesionales de la ciudad —continuó Blathers—. El estilo así lo prueba, pues es de primer orden.

—Estilo perfeccionado —añadió Duff.

—Lo llevaron a cabo dos hombres con el auxilio de un muchacho —repuso Blathers—. Esta última circunstancia la evidencia el hueco de la ventana. Nada más puede asegurarse por el momento. Ahora, sí ustedes nos lo permiten, interrogaremos al muchacho que hay arriba.

—¿No le parece a usted, señora que estos caballeros deberían tomar alguna cosita antes de proseguir sus luminosos trabajos? —preguntó el doctor sonriendo, cual si una idea feliz acabase de iluminar su mente.

—¡Ah, sí! —exclamó Rosa con avidez—. Inmediatamente.

—¡Oh, muchas gracias, señorita! —contestó Blathers, pasándose la manga por la boca—. A decir verdad, el desempeño de nuestras funciones excita la sed de una manera extraña, señorita... Tomaremos lo que tengan a mano, pero no quisiera que se molestasen por nosotros.

—¿Qué quieren ustedes tomar? —preguntó el doctor, siguiendo a la joven.

—Una copita, señor, si usted nos lo permite. En nuestro viaje desde Londres hemos pasado un frío horrible, señoras, y creo que nada mejor que una copita para abrigar el estómago.

La señora Maylie escuchó con muestras de interés la manifestación de Blathers, mientras el doctor aprovechaba la oportunidad para salir sigilosamente de la habitación.

—¡Ah, señora! —exclamó Blathers, tomando el vaso por el fondo entre sus dedos pulgar e índice y alzándolo a la altura del pecho. ¡Cuántos casos como el presente he tenido que resolver durante mi carrera!

—Por ejemplo, aquel robo con fractura perpetrado en una callejuela solitaria, por Edmomon, Blathers —observó Duff, como para refrescar la memoria de su compañero.

—Por cierto que fue muy semejante a éste —contestó Blathers—. Obra de Conkey Chickweed, ya lo sabe usted, compañero.

—Siempre se empeña usted en afirmar que fue su autor Conkey, cuando quien lo llevó a cabo fue la familia Pett. Conkey tuvo en él la misma participación que yo.

—¡Tonterías! ¡Si sabré yo lo que me digo! —replicó Blathers—. ¿Se acuerda usted de cuando robaron a Conkey? Fue un golpe maestro que puso en conmoción al mundo entero. ¡Novela como aquella no se lee en los libros!

—¿Qué pasó? —preguntó Rosa, en su deseo de adelantar el buen humor y la locuacidad de sus importunos visitantes.

—Fue un robo, señorita, como nunca se había visto otro —respondió Blathers—. El tal Conkey Chicweed...

—Conkey significa *Narizota*, señorita —interrumpió Duff.

—La señorita lo sabe tan bien o mejor que usted, compañero —replicó con vivacidad Blathers—, y ya que se me presenta ocasión, advertiré a usted, Duff, que no me agrada que me interrumpan a cada paso. El tal Conkey tenía en el camino de Battlebridge una taberna que frecuentaban muchos jóvenes lores deseosos de presenciar riñas de gallos, de hacer apuestas y de disfrutar de pasatiempos por el estilo. El tabernero dirigía los negocios de la manera más intelectual que puede usted figurarse, según he podido observar yo mismo, que he tenido ocasión de juzgar *de visu*. Sucedió pues, que, en ocasión en que se encontraba solo en su casa, una noche le fueron robadas trescientas veintisiete guineas que guardaba en un saco por un hombre alto que llevaba un parche negro en un ojo el cual hombre se había escondido debajo de su cama, y luego que cometió el robo, se descolgó por una ventana, que estaba en el primer piso. Rápido fue el ladrón en sus movimientos, mas no lo fue menos Conkey. Parece que le despertó el ruido, y saltando veloz de la cama disparó un trabucazo que puso en conmoción al barrio entero. Todo el mundo se lanzó a la calle, la gritería que se armó fue espantosa, todos corrieron tras el ladrón, no lograron darle alcance, y ni siquiera verle, hallaron no obstante que el trabucazo le había herido, pues dejo en su huida rastros de sangre que continuaban durante un trecho d consideración. En resumen: Conkey se quedó sin el dinero, y como consecuencia, cúpole el honor de que su nombre apareciera, pasado algún tiempo, en la *Gaceta*, entre los de otros comerciantes que habían hecho quiebra. Abrióse una suscripción, diéronse funciones a beneficio de aquel desgraciado a quien había visitado el infortunio; pero todos los socorros materiales no pudieron restablecer el equilibrio en sus facultades mentales, trastornadas como resultado del robo. Pasábase los días sin despegar los labios, extraviada la mirada, arrancándose el cabello, Y haciendo tales extremos, que las gentes creían que terminaría por suicidarse. Una mañana se presentó corriendo en las oficinas de policía y celebró una conferencia reservada con el comisario, terminada la cual, sonaron con insistencia los timbres y se dieron órdenes terminantes y precisas a Jaimito Spyers (un agente de los más activos y sagaces), para que prestase su apoyo al señor Chickweed y se apoderase de la persona del ladrón.

«Ayer le vi pasar por delante de la puerta de mi casa, Spyers», dijo Chickweed al agente. «¿Cómo no salió usted tras él y le agarró por el cuello?», preguntó Spyers. «Porque su vista me dejó tan trastornado que cualquiera hubiese podido matarme con un mondadientes —replicó el pobre hombre—. Pero le cogeremos de fijo, porque por la noche, entre diez y once, le vi pasar otra vez» Proveyóse Spyers de ropa blanca y de peine, por si tenía que pasar uno o dos días ausente de su casa, salió, y fuése a situar en la ventana de una taberna, detrás de una cortinita, bien encasquetado el sombrero y dispuesto a lanzarse en persecución del ladrón no bien le echase la vista encima.

»La noche estaba ya muy avanzada. Spyers fumaba filosóficamente su pipa, cuando de pronto oyó que bramaba Chickweed: «¡Aquí está! ¡Al ladrón!... ¡Al asesino!» Salió Jaimito Spyers con la rapidez del rayo, y ya vio a Chickweed que corría como alma que lleva el diablo gritando con todas sus fuerzas. Devora distancias Spyers, vuela Chickweed,

las puertas de las casas vomitan gentes, todos corren, todos se atropellan, todos gritan *¡Ladrones, ladrones!* gritos que inicia siempre Chickweed, que brama y ruge como un loco. Spyers, que le ha perdido un momento de vista a la vuelta de una esquina, se precipita como un huracán, dobla la esquina, ve un grupo, penetra en su centro y grita: «¿Dónde está el ladrón? ¿Quién de éstos es?» «¡Voto al...! —ruge Chickweed—. ¡Se me ha vuelto a escapar!»

»No dejaba de ser extraño el suceso, pero como no se veían por ninguna parte rastros del ladrón, volvieron nuestros hombres a la taberna, y a la mañana siguiente, Spyers se instaló de nuevo en su observatorio y acechó, desde detrás de la cortina encarnada, el paso de un hombre alto que llevara un parche negro sobre un ojo, hasta que los suyos le dolieron a fuerza de mirar. El dolor le obligó a restregárselos, y en el preciso instante en que los tenía cerrados, hiere sus oídos el grito de: «¡Aquí está!», de Chickweed. Lánzase Spyers a la calle en pos de Chickweed que corría desatinado delante, y después de una carrera furiosa, que se prolonga doble que la de la noche anterior, el ladrón se pierde de nuevo. La escena se repitió tres o cuatro veces más dando lugar a que la gente propalara la especie de que Chickweed había sido robado por el diablo en persona, el cual se entretenía, además, en hacerle objeto de sus burlas. Los pocos que no dieron crédito a esta versión, aseguraban a pie juntillas que el pobre Chickweed se había vuelto loco»

—¿Y Spyers, qué decía? —preguntó el doctor, que había vuelto a entrar en la habitación momentos después de principiado el cuento.

—Jaimito Spyers —contestó el narrador— no dijo esta boca es mía en bastante tiempo, pues se limitaba a escuchar a todo el mundo y a tomar nota de cuanto oía, bien que fingiendo indiferencia, lo que demuestra que sabía su oficio. Una mañana, salió a la sala de la taberna, y mientras tomaba un polvo de su caja de rapé dijo: «¿Sabe usted, amigo Chickweed, que he descubierto al ladrón?» «¿De veras? —inquirió Chickweed—. ¡Oh, mi querido Spyers! ¡Que pueda tener la satisfacción de vengarme, y moriré contento! «¿Dónde está el villano, mi querido Spyers?» «¡Vaya! —replicó Spyers—. ¡Basta de bromas, Chickweed! ¡El ladrón es usted!». Así era en efecto. La farsa le había valido mucho dinero, y a buen seguro que nunca se hubiera descubierto el enredo de no haber mostrado tanto afán por salvar las apariencias. ¿Qué les parece? —terminó Blathers, dejando el vaso sobre la mesa y agitando las esposas.

—Curiosísimo, no puede negarse —contestó el doctor—. Si ustedes quieren, podemos subir a ver al herido.

—Estamos a sus órdenes, señor.

Los dos agentes, siguieron al doctor Losberne, quien a su vez pisaba los talones a Giles, que rompía la marcha alumbrando, subieron al piso superior y entraron en la alcoba donde descansaba Oliver.

Estaba amodorrado el muchacho, parecía encontrarse peor de lo que en realidad estaba, y la fiebre era bastante intensa. Auxiliado por el doctor, pudo, empero, sentarse sobre la cama, y comenzó a mirar a los que acababan de invadir su cuarto sin comprender lo que iba a pasar, mejor dicho, sin recordar al parecer quién era él mismo, dónde se hallaba ni qué le había ocurrido.

—He aquí —dijo el doctor, hablando en voz baja pero con mucha vehemencia—, he aquí el muchacho que, herido accidentalmente en la posesión del señor... no sé cuántos, situada a espaldas de la en que nos encontramos, se presentó aquí esta mañana demandando socorro, y el socorro que le dio ese ingenioso personaje que está frente a nosotros con la palmatoria en la mano, fue agarrarle y maltratarle en forma tal, que ha puesto su vida en

peligro inminente, como no tengo inconveniente en certificar en mi calidad de médico.

Blathers y Duff clavaron sus ojos en el hombre sobre quien el doctor acababa de llamar su atención, el cual, atolondrado y presa de la más profunda estupefacción, paseaba sus espantadas miradas desde los agentes a Oliver, y desde Oliver al doctor, reflejando en su cara una mezcla cómica de terror y de perplejidad.

—Supongo que no se atreverá usted a negarlo, ¿eh? —preguntó el doctor, acostando nuevamente a Oliver.

—¡Yo lo hice todo para... con la mejor intención! —balbuceó Giles—. Creí firmemente que era mismo muchacho, pues de no haberlo creído, me hubiera guardado muy mucho de maltratarle. No tengo instintos crueles, señor.

—¿Qué muchacho creyó usted que era? —preguntó Blathers.

—El que acompañaba a los ladrones, señor —contestó Giles. Es indudable... creo yo que es indudable que con los ladrones iba un muchacho.

—¡Bien! ¿Y cuál es ahora su opinión? —preguntó Blathers.

—¿Mi opinión sobre qué? señor —inquirió Giles mirando con aire atontado a su interlocutor.

—¡Sobre el muchacho, pedazo de estúpido! —gritó Blathers con impaciencia.

—No lo sé... si he de decir verdad, no lo sé... No me atrevería a jurar que fuese el mismo.

—Pero en fin, sepamos qué piensa usted —insistió Blathers.

—No me atrevo a pensar nada... creo que no es el mismo... casi, aseguro que no lo es... Ustedes comprenden perfectamente que no puede ser el mismo.

—¿Pero está borracho este hombre? —preguntó Blathers, volviéndose hacia el doctor.

—¡Es un imbécil de tomo y lomo! —exclamó Duff.

El doctor Losberne, que durante el breve diálogo que queda copiado, había estado tomando el pulso al herido, levantóse de la silla en que estaba sentado y dijo que, puesto que, según parecía los agentes no abrigaban dudas sobre el asunto parecíale acertado pasar a la habitación contigua donde podrían continuar el interrogatorio de Giles y tomar declaraciones a Britles.

Aceptada la proposición y puestos en la habitación inmediata, llamaron a Britles, quien embrolló de tal suerte el asunto y se enredó a sí mismo y a su superior jerárquico en tan laberíntica maraña de contradicciones, que fue imposible sacar nada en limpio, como no fuera el hecho indubitable del inconcebible error en que ambos habían incurrido, y la seguridad, confesada por él mismo, de que aun cuando le pusieran frente a los ojos en aquel instante al muchacho que había visto acompañando a los ladrones, le sería imposible identificarlo, pues si aseguró antes que el muchacho en cuestión era Oliver, hízole porque Giles así lo había dicho, añadiendo que cinco minutos antes declaraba el propio Giles en la cocina que temía mucho haber obrado con demasiada ligereza.

Puestos a dudar, llegóse a poner en tela de juicio que Giles, hubiera herido a nadie. Reconocida la segunda pistola, que Giles no llegó a disparar, hallóse que sólo estaba cargada con pólvora y tacos, descubrimiento que causó sensación profunda en todos excepto en el doctor, que había sacado de la misma la bala diez minutos antes. A nadie, sin embargo, afectó tanto como a Giles, quien comido desde algunas horas antes por el remordimiento de haber herido mortalmente a un semejante, respiró tranquilo, se aferró a la idea nueva y contribuyó más que nadie a que arraigara la creencia de que la pistola con que hizo fuego no estaba cargada con bala. Los agentes al fin, sin acordarse apenas de Oliver,

dejaron al alguacil en la casa y regresaron a la ciudad, prometiendo volver al día siguiente.

Cundió el rumor en la mañana del siguiente día de que en la cárcel de Kingston había encerrados dos hombres y un muchacho, presos durante la noche por sospechosos, rumor que indujo a Blathers y a Duff a trasladarse a Kingston sin pérdida de momento. Hecha una investigación acerca de las circunstancias sospechosas que motivaron la prisión de aquellos hombres, resultó que quedaban reducidas al hecho de haber sido sorprendidos durmiendo dentro de un pajar, lo cual, si bien no puede negarse que constituye un crimen gravísimo, no lleva aneja más vena que la de prisión correccional y, ante los tutelares ojos de la misericordiosa ley inglesa, no es, por sí sola, prueba bastante para evidenciar que el durmiente, o los durmientes, hayan llevado a cabo un allanamiento de morada con vistas al robo, y, como consecuencia, la sanción venal que al delito mencionado corresponde no es la muerte afrentosa. Blathers y Duff, averiguados los extremos que quedan consignados, hubieron de volverse como habían ido.

A vuelta de muchas pesquisas y como resultado de largas conferencias, convínose en que la señora Maylie v el señor Losberne responderían de Oliver por si la justicia tenía a bien llamarle. Blathers y Duff, contentos con algunas guineas que recibieron a título de recompensa por sus trabajos, volvieron a la capital, más desacordes que nunca acerca de la apreciación del hecho delictivo que motivó sus trabajos, pues el último seguía aferrado a la idea de que había sido obra de la familia Pett v el primero juraba y perjuraba que el autor no pudo ser otro que el gran Crickweed.

Oliver, mientras tanto, mejoraba rápidamente merced a los solícitos cuidados combinados de las señoras Maylie y Rosa, no menos que a los del compasivo doctor Losberne. Si hasta el excelso trono del Altísimo llegan las plegarias de los corazones que rebosan agradecimiento, que deben negar... (¿para qué servirían, sino, las plegarias?) las que dirigió el pobre huérfano en favor de sus protectores, no pudieron menos de atraer sobre las cabezas de aquéllos una lluvia benéfica de dicha y de felicidad.

Capítulo XXXII
Oliver comienza a saborear las delicias de una existencia feliz en la morada de sus amables protectoras

Muchos y dolorosos fueron los sufrimientos de Oliver. El frío y la humedad a que quedó expuesto al borde del foso, unidos a la fractura del brazo, ocasionáronle una fiebre traumática, que a la postre degeneró en intermitente, rebelde al tratamiento médico durante varias semanas, que minó extraordinariamente su débil constitución. Inicióse al fin, aunque muy poco a poco, la mejoría, y ya pudo de vez en cuando exteriorizar con palabras, y más aún con lágrimas, lo muy reconocido que estaba a las dos caritativas señoras, y cuán grande era su deseo de recobrar la salud para probarles con hechos todo el agradecimiento de su corazón, haciendo algo que diese a conocer que no habían sembrado favores en terreno ingrato, algo, por poco que fuera, que demostrase que sus angelicales cuidados los guardaba como tesoro sagrado en el fondo del alma el pobre niño a quien arrancaran de la miseria, acaso de las garras de la muerte, el cual no anhelaba otra cosa que servirlas y dar por ellas la vida.

—¡Pobrecillo! —exclamó Rosa un día que los trémulos y descoloridos labios dejaban escapar algunas palabras de gratitud—. Ocasiones de servirnos no han de faltarte, si en realidad lo deseas. Vamos al campo, y la intención de mi tía es llevarte con nosotras. La tranquilidad de aquellos sitios, el ambiente puro que allí respirarás, y la frescura y

encantos de la primavera, serán para ti el mejor de los médicos. Verás como en unos cuantos días quedas fuerte como un roble. Cuando estés restablecido, cuando tu estado te permita soportar la fatiga, corre nuestra cuenta buscarte ocupación.

—¡Fatiga! —murmuró Oliver—. ¡Cuánto daría yo por tener el placer de regar sus flores, cuidar sus pájaros, y subir y bajar, correr todo, día de una parte a otra, cumpliendo encargos suyos, señorita!

—Sin necesidad de dar nada conseguirás —replicó Rosa sonriendo—. Te repito que te ocupare en mil cosas, y con que hagas mitad de las que ahora te propones, quedaré contenta y satisfecha.

—¡Satisfecha y contenta! ¡Cuánta es su bondad al hablarme así!

—Más satisfecha estoy ya de que puedes suponer. El solo pensamiento de que mi buena y querida tía ha podido arrancarte de la miseria que nos has descrito, me produce una sensación de felicidad inenarrable, y si a eso añades que objeto de su bondad y de su compasión se muestra agradecido y corresponde con lealtad a los favores recibidos, quizá llegues a conjeturar hasta dónde llega mi dicha ¿me comprendes?

—¡Oh, sí, señorita! —contestó Oliver emocionado—. Siempre he creído que tenía un corazón agradecido; y, sin embargo, en este momento soy un ingrato.

—¿Con respecto a quién?

—Con respecto a aquel caballero tan amable, y a aquella enfermera tan angelical, que me prodigaron mayores atenciones de las que merecía. Si supieran lo feliz que soy, a buen seguro que se alegrarían.

—No me cabe la menor duda —contestó el ángel tutelar de Oliver—. Tranquilízate, sin embargo; que el señor Losberne nos ha prometido que te llevará a verles tan pronto como tu estado de salud lo permita.

—¡Qué felicidad! —exclamó Oliver, cuyo rostro rebosó alegría—. ¡El júbilo me trastornará cuando tenga el placer de ver de nuevo sus dulces semblantes!

Al cabo de algún tiempo, Oliver se había repuesto lo bastante para poder hacer el viaje sin peligro, y una mañana, el doctor y él montaron en un carruaje propiedad de la señora Maylie. Emprendieron la marcha, y al llegar a Chertsey Bridge, Oliver se puso espantosamente pálido y lanzó una exclamación.

—¿Qué te pasa, muchacho? —preguntó el doctor—. ¿Ves algo?... ¿Oyes algo?... ¿Sientes algo?

—¡Aquella... aquella casa! —contestó Oliver, sacando un brazo por la ventanilla y extendiéndolo hacia un edificio.

—¡Y qué!... ¡Pare usted cochero! ¿Qué tiene que ver esa casa?...

—¡Que es la de los ladrones... la casa a la que me llevaron! —respondió el muchacho bajando la voz.

—¡Demonio! —exclamó el doctor—. ¡Abre la portezuela!... ¡Voy a salir!

Antes que el cochero tuviera tiempo para saltar del pescante, ya el doctor había abierto la portezuela y llegaba frente a la puerta de la casa indicada por Oliver, sobre la cual comenzó a descargar patadas.

—¡Qué escándalo es éste! —gritó un jorobado de aspecto repugnante, abriendo con tal brusquedad la puerta que el doctor estuvo a punto de caer de bruces en su interior. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa, preguntas? —bramó Losberne, agarrando al jorobado por el pescuezo sin andarse con contemplaciones—. ¡Pasa más de lo que debiera pasar! ¡Ante todo, tienes que darme cuentas de un robo!

—Puede que las dé también de un asesinato, si no me deja usted enseguida —replicó con acento glacial el jorobado—. ¿Ha oído usted?

—He oído perfectamente —dijo el doctor, sacudiendo con furia al jorobado. ¿Dónde está... ¡maldita sea su alma negra! ese desalmado?... ¿cómo se llama?... ¡Ah, ya! ¡Sikes! ¿Dónde está Sikes, ladrón?

Quedó el jorobado mirando al doctor con la boca abierta, cual si el asombro y la indignación le hubieran dejado mudo, y seguidamente, desasiéndose con diabólica destreza de la zarpa del doctor, barbotó un torrente de blasfemias e imprecaciones y entró corriendo en la casa. El doctor, sin darle tiempo para cerrar la puerta, había penetrado tras él, colándose de rondón en una habitación, donde, con asombro que no es para descrito, no encontró muebles ni objeto alguno, nada en absoluto que correspondiera a la descripción de la habitación hecha por Oliver.

—¡Vamos a ver ahora! —dijo el jorobado, clavando en la cara del doctor sus ojos—. ¿Qué se propone usted al penetrar en mi casa en esa forma tan violenta? ¿Viene a robarme o piensa asesinarme? ¿Qué se le ofrece?

—¿Has visto alguna vez que un hombre vaya a robar o a cometer un asesinato en coche de dos caballos, vampiro miserable? —replicó el irascible doctor.

—Entonces, ¿qué quiere usted? ¿Me hace el favor de largarse antes que le ocurra una desgracia? ¡Cargue el diablo con su alma!

—Me iré cuando me venga en gana —replicó el doctor, reconociendo con la vista la otra habitación que, lo mismo que la primera, en nada se parecía a la descrita por Oliver—. ¡Algún día te encontraré fuera de aquí, amigo!

—¿Lo desea usted mucho? —preguntó el jorobado con sorna—. Si alguna vez me necesita, aquí estoy; no vaya a creer que he vivido aquí veinticinco años solo y recluido como un loco para tenerle miedo. Me las pagará usted; sí, señor. No lo olvide: me las pagará.

A estas palabras acompañó el repugnante jorobado un alarido horroroso seguido de furiosas patadas.

—Estoy haciendo el papel del tonto —murmuró para sus adentros el buen doctor—. Ese muchacho ha debido equivocarse... no hay duda... ¡Vaya! Tome usted esto, y enciérrese en su huronera —prosiguió el doctor en voz alta, dando al jorobado una moneda y volviendo al carruaje.

Acompañóle el jorobado hasta la portezuela barbotando mil imprecaciones y blasfemias, pero aprovechando el momento que el doctor se volvía hacia el cochero para hablarle, miró dentro del coche y clavó en Oliver una mirada tan fiera, siniestra y preñada de amenazas, que el pobre muchacho no pudo olvidarla en mucho tiempo. Sus horribles imprecaciones no cesaron hasta que el coche se perdió de vista.

—¡Soy un asno! —exclamó de pronto el doctor—. ¿No lo sabías, Oliver?

—No, señor.

—Un asno, sí —repuso el doctor, al cabo de algunos momentos de silencio—. Aun cuando esa casa hubiese sido la que creía, y en ella hubiera encontrado a los ladrones, ¿podía acaso hacer yo sólo nada de provecho? Y aun dado caso que hubiese recibido auxilio, no veo que para mí hubiera podido resultar más que algún golpe probable, y una prueba no probable, sino evidente de que he obrado como un idiota. Lo primero me hubiera estado bien empleado; hay que reconocerlo, pues cuando uno se deja llevar del primer impulso, nada más natural que le acostumbren a ser más prudente a fuerza de garrotazos.

Hay que decir en honor a la verdad que el doctor jamás dejó de seguir las

inspiraciones de sus primeros impulsos, y la prueba mejor de la bondad de los impulsos que informaban sus operaciones es que respeto de haberle acarreado disgustos y compromisos, granjeáronle el respeto v la estimación de cuantos le conocían. A decir verdad, motivó su descontento su mal humor de momento, consiguiente al chasco que le produjo el hecho de no encontrar pruebas que corroborasen la historia narrada por Oliver. Pronto recobró, sin embargo, su buen temple habitual; y al observar que las respuestas del muchacho a sus preguntas continuaban siendo tan claras precisas como siempre, y que rostro reflejaba lealtad y sinceridad resolvió no retirar a aquél su confianza.

Como Oliver recordaba el nombre de la calle donde vivía el señor Brownlow, pudieron dirigirse a él en línea recta. El corazón del muchacho latía con violencia inusitada cuando el carruaje entró en la calle.

—¿Qué casa es, hijo mío? —preguntó el doctor.

—¡Aquélla... aquélla! —contestó Oliver, indicando una—. ¡La blanca!... ¡Oh, deprisa, por favor ¡Paréceme como si fuera a morir!... ¡Tiemblo tanto!...

—¡Vaya, vaya, tranquilízate —dijo el doctor, dando al muchacho algunos golpecitos en el hombro—. Dentro de un momento los verás, ellos experimentarán viva alegría verte sano y feliz.

—¡Oh, sí! ¡Son tan buenos!

Continuó el coche rodando detuvo... ¡No! ¡No era aquélla casa, sino la contigua¡Rodó un poquito más, y paró de nuevo. Oliver levantó la cabeza mirando a las ventanas. Lágrimas de felicidad rodaban por sus mejillas.

¡Fatalidad! ¡La casa blanca estaba desocupada, y de una de sus ventanas pendía un fatídico cartelón que decía:

SE ALQUILA

—Llamaremos en la puerta inmediata —dijo el doctor, enlazando su brazo con el de Oliver.

Y dirigiéndose a una sirvienta preguntó:

—¿Puede usted decirme qué ha sido del señor Brownlow, que vivía en esa casa?

Ignorábalo la sirvienta, pero fue a informarse.

Momentos después reapareció para decir que el señor Brownlow, después de venderlo todo, se había marchado seis semanas antes a las India Occidentales. Oliver, al escuchar la nueva, se retorció las manos y a punto estuvo de caer desmayado.

—¿Se fue también su ama de gobierno? —preguntó el doctor, después de una pausa.

—Sí, señor —contestó la criada—. Se fueron juntos el anciano señor, el ama de gobierno, y otro caballero que era amigo del primero.

—¡A casa! —exclamó el doctor dirigiéndose al cochero—. ¡Y no tenga usted piedad de los caballos hasta que nos saquen de este maldito Londres!

—¡Y el librero, señor! —dijo Oliver—. ¡Sé dónde vive... quisiera verle!

—¡Pobre muchacho! —exclamó el doctor—. ¡Basta de desencantos por hoy, que con los sufridos tenemos de sobra para los dos! Si vamos a la casa del librero, a buen seguro que nos encontraremos con que o ha muerto, o se le ha quemado la casa, o ha huido a países desconocidos. ¡No, no! ¡A casa!

Y a casa regresaron, obedeciendo el primer impulso del doctor.

Fue para Oliver motivo de viva pena que amargó su naciente felicidad aquella

decepción inesperada, pues con frecuencia, mientras duró su enfermedad, habíase complacido pensando en lo que le dirían el señor Brownlow y la simpática señora Bedwin y en la alegría con que él les haría historia de los sufrimientos que experimentó al verse separado de su querida compañía, y de las veces que de ellos se acordó en las noches eternas de continuo padecimiento. Habíale también dado alientos para resistir las terribles pruebas recientes la esperanza de explicarse con aquéllos, y de referirles de qué modo le arrebataron en plena calle; pero hasta de ese consuelo se veía privado: aquellas santas personas se fueron a las Indias llevando consigo la convicción de que habían tendido una mano salvadora a un impostor y a un ladrón, convicción que jamás se modificaría y sólo el pensar en ello, le destrozaba el alma.

Afortunadamente, las desdichadas circunstancias que quedan apuntadas en nada influyeron en la conducta de sus bienhechoras. Quince días después de estos sucesos, pasados ya los fríos invernales y llegado el buen tiempo, cuando los árboles se vistieron de verde follaje y las flores abrieron sus pétalos, preparóse la familia para dejar durante algunos meses su residencia de Chertsey. Enviada al Banco la plata que había excitado la codicia del judío, y dejando confiada la casa a Giles y a otro criado, marcharon al campo, llevando consigo a Oliver.

¿Qué pluma podría dar una idea del placer, del encanto, de la paz del alma, de la dulce tranquilidad, que el pobre convaleciente experimentó al respirar aquel ambiente embalsamado, al verse en medio de verdes colinas, al recorrer los espesos bosques de aquella aldea campestre? ¿Qué lengua podría expresar lo profundamente que se graban aquellas escenas en el alma de los que han arrastrado una vida miserable en medio del ruido de las grandes ciudades, la suave frescura que infiltran en los corazones lacerados? Hombres que, entrenados al trabajo, han vivido largos años en calles estrechas, empinadas y populosas, de las cuales nunca desearon salir; hombres vara quienes la costumbre constituyó una segunda naturaleza y que llegaron a encariñarse con cada ladrillo, con cada piedra de las que formaban el estrecho límite de sus paseos diarios; hombres, en fin, sobre cuya cabeza había extendido ya la muerte su huesosa mano, anhelaron al fin contemplar, siquiera fuera por breves instantes, el brillante espectáculo de la Naturaleza; y transportados lejos del teatro de sus antiguos placeres y sufrimientos, comenzaron a disfrutar de pronto de una nueva existencia, y buscando todos los días algún sitio risueño, cubierto de verdor, asistieron al despertar de tantos recuerdos a la sola contemplación del cielo, de las colinas, de las llanuras, del cristal de las aguas, y el goce por adelantado de las delicias de los cielos endulzó su rápido agotamiento vital, y bajaron a sus tumbas con placidez encantadora, cuando el sol, cuyo ocaso acechaban desde la ventana de su cuarto solitario, desapareció de sus débiles y nublados ojos. Los recuerdos que las sencillas escenas campestres despiertan en la imaginación ni son de este mundo, ni tienen nada de común con los pensamientos o con las esperanzas terrenales. Su dulce influencia nos enseña a tejer frescas guirnaldas para adornar las tumbas de los que hemos amado, puede purificar nuestros sentimientos y extinguir en nuestros pechos la enemistad y el odio, y sobre todo, despierta en el alma, por lo menos en el alma reflexiva, vagas reminiscencias y algo así como la conciencia de haber experimentado ya, en tiempos muy remotos, sensaciones análogas que dan nacimiento a ideas solemnes de un porvenir remoto, en el cual no se conoce el orgullo y del que se han desterrado las pasiones mundanas.

El punto de residencia era magnífico. Oliver, que hasta entonces había vivido entre seres degradados y en medio del tumulto y de las pendencias, creyó entrar en una nueva existencia. La rosa y la madreselva festoneaban los muros de la casa, abrazábase la hiedra

trepadora a los troncos de los árboles y las flores del jardín embalsamaban el aire con sus deliciosos perfumes. Cerca de la casa, había un pequeño cementerio donde, si eran muy contados los panteones de piedra, en cambio abundaban mucho las tumbas humildes cubiertas de musgo y de césped, en cuyo fondo dormían el sueño eterno los habitantes del lugar que habían pasado a mejor vida. Oliver paseaba con frecuencia por aquel sitio que le recordaba la mísera sepultura en que yacía pobre madre. El recuerdo arranca, lágrimas a sus ojos y sollozos a pecho; pero cuando separaba s miradas de la tierra para fijarla en el tranquilo firmamento, secábanse sus lágrimas y cesaban sus sollozos, porque ya no la veía en la tumba, sino en el cielo.

El pobre huérfano se considera feliz. Deslizábanse para él los días tranquilos y serenos, las noches no eran mensajeras de sobresaltos de terrores. Ya no languidecía e una prisión tétrica ni se veía entre viles ladrones. Sus pensamientos eran alegres, halagüeñas sus ilusiones. Todas las mañanas iba a la casa un anciano de cabellos blancos como la nieve, que vivía muy cerquita de la pequeña iglesia, el cual le enseñaba a leer mejor de lo que y a escribir. Hablábale con tanto cariño, y era tan vivo el interés que por él se tomaba, que Oliver no sabía cómo pagarle tantos desvelos, cómo corresponder a sus bondades. Acompañaba luego a la señora Maylie y a la encantadora Rosa en lo paseos, y las oía cómo, hablaban de libros, o bien tomaba asiento a su lado en algún sitio protegido por la fronda contra los rayos del sol escuchaba con avidez la lectura de la señorita, que duraba de ordinario hasta que las sombras de la noche impedían a la hermosa lectora ve las letras. Ya de regreso en la casa tenía que estudiar las lecciones día siguiente, tarea que emprendía con ardor, convenientemente encerrado en un cuartito con vistas a jardín. Cuando cerraba la noche, las señoras salían de nuevo y Oliver las acompañaba, atento el oído a cuanto decían, considerándose feliz si podía proporcionarles una flor que les hubiera agradado, y bendiciendo su suerte si alguna vez habían dejado olvidado algo en casa y le enviaban a buscarlo. Cuando la hora avanzada obligaba a los paseantes a recogerse en la casa, la señorita se sentaba al piano y tocaba alegres piececitas, o bien cantaba con voz dulce y melodiosa canciones antiguas que extasiaban a su tía. No se encendían luces en esas ocasiones, y Oliver, sentado cerca de la ventana, escuchaba aquella música deliciosa con arrobamiento imposible de pintar.

¿Y qué diré de los domingos? En nada se parecían a los que hasta entonces había presenciado. ¡Qué felices transcurrían! Por la mañana iba a la iglesia, cuyos ventanales festonaban hermosas guirnaldas de verde follaje, y hasta cuyo interior llegaban los trinos de los pajarillos que cantaban en la espesura y la fragancia de las flores y hierbas odoríficas. Los vecinos de la aldea, aunque pobres, acudían tan limpios, tan aseados, y rezaban con tal piedad que claramente se advertía que para ellos el cumplimiento de sus deberes cristianos, lejos de ser obligación molesta, era un verdadero placer. Sus cánticos podían ser rudos, pero partían del alma y parecían más armoniosos (por lo menos a Oliver) que ninguno de los que antes habían llegado a sus oídos. Terminada la misa, se entregaban a los paseos de costumbre o bien visitaban a los aldeanos en sus limpias casitas, y llegada la noche, Oliver leía uno o dos capítulos de la Biblia, que había estado estudiando toda la semana, de lo que se sentía tan orgulloso como si fuera el párroco en persona.

Oliver se levantaba muy temprano. Las seis de la mañana le encontraban todos los días recorriendo los campos y saltando cercas y vallados en busca de flores silvestres con que hacer ramilletes, con los cuales volvía cargado a casa para adornar, no perdonando medio para sacar todo el partido posible, la mesa a la hora de almorzar. No dejaba nunca de traer hierba para los pajarillos de la señorita y con aquélla, Oliver que había estudiado a

conciencia el asunto bajo la inteligente dirección del maestro del lugar, decoraba las jaulas con gusto exquisito. Atendidos los pájaros, ordinariamente se le encargaban comisiones caritativas, y a falta de éstas, jugaba alguna partida de cricket, aunque poco frecuentes, y de todas suertes, nunca faltaba algo que hacer en el jardín o con las plantas, a las cuales Oliver, que había estudiado arboricultura bajo el mismo maestro, jardinero de profesión, consagraba sus desvelos hasta que bajaba la señorita Rosa, que premiaba con graciosas sonrisas y frases de encomio su inteligencia y buena voluntad.

Tres meses transcurrieron de esta suerte, tres meses que para los mortales más dichosos y favorecidos hubieran sido de júbilo, pero que para Oliver fueron de felicidad suprema. Habiendo tesoros de noble generosidad por una parte, y raudales de vivo v sincero agradecimiento por la otra, no era extraño que al cabo de aquel breve espacio de tiempo Oliver Twist se hubiera identificado en absoluto con la anciana dama y con su sobrina, y que el afecto sin límites que les había consagrado su tierno y sensible corazón fuera para aquéllas motivo de orgullo y una razón más para quererle. No apetecía él mejor recompensa.

Capítulo XXXIII
Sufre un golpe imprevisto la felicidad de Oliver y de sus protectoras

Pasó rápidamente la primavera y llegó el verano. Hermoso estaba el campo durante aquélla, pero en verano desplegó todo su esplendor e hizo ostentación de todas sus riquezas. Los árboles, antes desnudos, hacían ahora alarde de fuerza y de robustez, y extendiendo sus verdes brazos sobre la tierra sedienta, trocaban los lugares desnudos en preciados rincones desde donde, disfrutando de una sombra deliciosa, podía contemplarse el extensísimo paisaje dorado por el sol que se extendía a lo lejos. Toda la tierra lucía ya sus galas más ricas, ostentaba su encantador manto de verdor y saturaba el ambiente de las emanaciones más agradables al olfato. Era la estación mejor del año y por doquier se respiraba alegría y todas las cosas mostraban anhelos de vivir.

En la linda casita en que veraneaban las señoras Maylie, la vida continuaba deslizándose tranquila y sus moradores saboreaban la misma dulce serenidad de los primeros días. Oliver había recobrado la salud, y con ésta la fuerza, pero enfermo o sano, débil o con fuerzas, los sentimientos de su alma eran los mismos, pues en ellos no influyeron poco ni mucho los padecimientos o las alegrías de índole material, aunque es lo cierto que suelen influir en gran escala en los sentimientos de muchas personas. El muchacho mostrábase tan dulce, tan fiel, tan afectuoso como lo fuera cuando la enfermedad minaba sus fuerzas, cuando dependía en todo de las atenciones de los que, cariñosos y compasivos, le cuidaban.

Una noche, prolongaron el paseo mucho más tiempo que el que por costumbre tenían, pues el día había estado caluroso en demasía, brillaba la luna en todo su esplendor y había nacido una brisa más fresca que en los anteriores días. Por otra parte, Rosa estaba más animada y de mejor humor que nunca, durante el paseo se sostuvieron alegres conversaciones y, como consecuencia, aquél rebasó por mucho los límites ordinarios. Cuando la señora Maylie manifestó síntomas de cansancio, emprendieron lentamente la vuelta a casa. Rosa, no bien se quitó el sombrero, sentóse al piano, como de costumbre. Sus delicados dedos recorrieron el teclado del instrumento al que arrancaron algunos arpegios, con frente nublada y mirada distraída tocó una sonata muy triste, y sus oyentes pudieron oír que suspiraba, que sollozaba.

—¡Rosa... niña querida! —exclamó la dama.

Por toda contestación, Rosa tocó con aire más animado, como si voz de su tía hubiera ahuyenta de su mente tristes pensamientos.

—¿Qué te pasa, Rosa? —preguntó su tía, levantándose precipitadamente e inclinándose sobre la joven—. ¡Cómo! ¿Lloras? ¿Qué es lo que te apena, ángel mío?

—¡Nada, tía mía, nada! —respondió la doncella—. No sé lo que es... No podría describirlo... pero siento...

—¿Estás enferma, niña? —exclamó la señora Maylie, interrumpiendo a su sobrina.

—¡No, no, no! No estoy enferma —replicó Rosa, estremeciéndose pies a cabeza como a impulso de un escalofrío violento—. Esto pasará enseguida... Si me hicieran el favor de cerrar la ventana...

Oliver se apresuró a complacerla.

Rosa, haciendo un esfuerzo para recobrar su buen humor comenzó tocar una pieza más alegre, mas tardaron sus dedos en quedar inmóviles sobre el teclado, la joven ocultó la cara entre sus manos y, dejándose caer sobre un sofá, dio rienda suelta a las lágrimas, que ya le era imposible contener.

—¡Hija mía! —exclamó la anciana, estrechándola entre sus brazos—. ¡Nunca te he visto así!

—Hubiera deseado no llevar la intranquilidad a su alma, tía querida, pero me ha sido imposible evitarlo... ¡y crea usted que lo he procurado con todas mis fuerzas...

—Sí —dijo Rosa—; me parece que estoy enferma.

Y lo estaba en realidad. Cuando trajeron luces, vieron que en el breve tiempo transcurrido desde que llegaron a casa, a las rosas de sus mejillas había sucedido una palidez marmórea. Su rostro, sin perder nada de su belleza, estaba alterado, y sus ojos, tan serenos como el azul del cielo, reflejaban expresión de vaga inquietud. Al cabo de un minuto, cesó la palidez y sus mejillas se cubrieron de vivos arreboles purpúreos, y su mirada, tan dulce siempre, se extravió. No tardaron en desaparecer estos fenómenos, que pasaron sobre su rostro como una nube de verano, para volver la palidez, lívida, más mortal que antes.

Oliver, que observaba anhelante a la anciana, notó que ésta se alarmaba, y él se alarmó también; pero como reparara en que aquélla fingía no concederles importancia, procuró él hacer otro tanto, consiguiéndolo en tal medida, que cuando Rosa, siguiendo las indicaciones de su tía, se retiró a descansar, había recobrado su confianza y hasta parecía encontrarse mejor, tanto, que aseguró que confiaba despertar a la mañana siguiente restablecida por completo.

—Espero, señora, que esto no tendrá importancia —dijo Oliver cuando quedó a solas con la anciana—. No parece que la señorita se encuentra muy bien esta noche; pero...

La señora Maylie indicó a Oliver que no hablara, y tomando asiento junto a una ventana, permaneció largo rato guardando silencio, que al fin interrumpió con voz temblorosa para decir:

—Quiero creer que no, Oliver. Su compañía me ha dado largos años de felicidad... acaso de demasiada felicidad. Puede que haya llegado el momento en que deba yo recibir la visita del infortunio; pero no es de esperar que se me presente bajo esa forma.

—¿Bajo qué forma?

—Bajo la de arrebatarme a la que desde tanto tiempo es mi consuelo único, mi única felicidad —contestó la dama con emoción intensa.

—¡Dios mío! —exclamó Oliver—. ¡No lo permita el Cielo!

—¡Amén, hijo mío! —dijo la dama, juntando fervorosamente las manos.

—No es posible que se cierna sobre nosotros desgracia tan horrenda... ¡Se encontraba tan bien hace dos horas...!

—Pero ahora está bastante mal, y estoy segura de que se pondrá peor —replicó la señora Maylie—. ¡Rosa... Rosa querida! ¿Qué será de mí sin ella?

Hasta punto tal se dejó dominar por la pena la buena señora, que Oliver, imponiendo silencio a su propia emoción, atrevióse a hacerle algunas observaciones y se permitió Suplicarle que, en obsequio a la querida señorita, procurase serenarse.

—Considere usted, señora —dijo Oliver, sin poder contener las lágrimas que desde rato antes pugnaban por salir de sus ojos—, considere usted que es muy niña, que es muy buena, y que Dios no puede llevarse a la que constituye el encanto, la felicidad de los que la rodean. Yo estoy seguro... convencido... muy convencido, de que por usted, que es tan buena, por la señorita, que es un ángel, y por todos aquellos a quienes tan felices hace, no morirá. ¡El Cielo no puede segar una existencia tan preciosa, una vida que apenas comienza!...

—¡Mira, hijo mío! —interrumpió la dama, colocando una mano sobre la cabeza de Oliver—. Tus razonamientos son de niño... ¡pobrecillo! pero, esto no obstante, me muestran el sendero de mi deber. Lo había olvidado por un momento y espero que se me perdonará el olvido, en atención a mis años, que son muchos, pero he visto muchas enfermedades, he asistido no pocas veces a la visita de la muerte, y sé cuán lacerante agonía produce la separación de los objetos de nuestro cariño. Mi experiencia es también bastante para saber que no siempre son los más jóvenes ni los mejores los que quedan en el mundo para consuelo y felicidad de los que los aman. Pero no olvides, hijo mío, que hasta nuestras aflicciones más grandes vienen acompañadas de cierto consuelo. Dios es muy justo; y esas mismas pérdidas irreparables nos demuestran por modo evidente que hay un mundo mejor y más hermoso que éste, y que el camino que a él nos lleva es breve. ¡Cúmplase la voluntad de Dios! ¡La amo...! ¡La amo mucho... Dios sabe hasta qué extremo!

Sorprendió no poco a Oliver ver que la dama, no bien pronunció las palabras anteriores, se sobrepuso de repente a su aflicción y dio pruebas de la mayor firmeza de ánimo y energía. Mayor fue todavía su asombro al ver que la firmeza no la abandonaba en los días sucesivos, al encontrarla siempre serena, siempre resignada, cumpliendo sus deberes con entereza ejemplar. Verdad es que Oliver, como niño que era, ignoraba de cuánto son capaces las almas fuertes probadas por el huracán del infortunio. ¡Cómo había de saberlo él, si los mismos que poseen esa fuerza no suben medir su alcance!

Siguió una noche de ansiedad y de temor. Cuando amaneció, las tristes predicciones de la señora Maylie se habían visto demasiado confirmadas por los hechos: Rosa había entrado en la primera fase de una fiebre alta y peligrosa.

—Precisa, mi querido Oliver, acudir al remedio con actividad, en vez de consentir que nos domine un dolor estéril —dijo la señora Maylie, poniendo un dedo sobre su boca y mirando con fijeza al muchacho.

El doctor Losberne debe recibir lo antes posible esta carta. Hay que llevarla al pueblo, que dista cuatro millas escasas si se sigue un sendero de travesía por los campos, y entregarla allí a un mensajero que a todo el correr de un caballo se encargue de conducirla a Chertsey. El mismo dueño de la posada se obligará a cumplir la comisión, y cuento contigo para todo lo demás.

Por toda contestación, Oliver dio pruebas de desear con verdadero anhelo salir sin pérdida de segundo.

—Toma esta otra carta, aunque no sé si enviarla enseguida a su destino o si conviene diferirlo hasta que sepamos el estado de Rosa —añadió la señora Maylie reflexionando—. No la enviaría si no temiera una desgracia.

—¿Es también para Chertsey, señora? —preguntó Oliver, impaciente por desempeñar la comisión y tomando la carta con mano temblorosa.

—No —respondió la anciana, entregándosela automáticamente.

Oliver miró las señas, y vi que iba dirigida a Enrique Maylie residente en la morada de un gran señor del país.

—¿He de llevarla a su destino señora? —preguntó a Oliver.

—No; decididamente no; esperaré hasta mañana —contestó la dama quedándose con la carta.

Entregó un bolsito al muchacho quien sin detenerse un momento más, salió con cuanta prisa le fu posible.

A todo correr emprendió Oliver la marcha a través de los campo ora entre los crecidos trigos, ora atravesando barbechos, sin cruzar la palabra con los campesinos ni detenerse más que contados segundos y muy de tarde en tarde para tomar aliento, hasta que llegó, sudoroso, rendido y cubierto de polvo a la plaza de la aldea.

En ella hizo alto y tendió la vista en derredor buscando la posada. Vio un edificio blanco, una cervecería de paredes encarnadas y una casa consistorial pintada de amarillo, y de un ángulo, una casa de grandes proporciones, cuyas maderas eran todas verdes, sobre cuya puerta había un cartelón que, con letras muy grandes, decía:

EL JORGE

Hacia la casa grande enderezó Oliver la marcha no bien divisó la muestra. Expuso su deseo a un postillón que encontró en la puerta, quien una vez enterado le envió al mayoral, y éste, a su vez, después de escuchar su historia, le remitió al dueño del establecimiento. Era éste un hombre de aventajada estatura que llevaba corbata azul, sombrero blanco, calzón de paño burdo y botas de montar, el cual se encontraba recostado contra una bomba inmediata a la puerta de la cuadra, limpiándose la dentadura con un mondadientes de plata.

Este caballero, después de escuchar a Oliver, dirigióse al mostrador y, con cachaza ejemplar, escribió la cuenta, operación en la que invirtió mucho tiempo, y una vez preparada y pagada, mandó que ensillasen un caballo y que se vistiera un hombre, en lo cual se perdieron otros diez minutos muy cumplidos. Era tal la impaciencia que a Oliver devoraba, tan viva la inquietud que le aguijoneaba, que de buena gana hubiese montado a caballo y partido a galope hasta el primer relevo. Como tarde o temprano todo llega en este mundo, llegó el instante en que estuvo listo el caballo y en disposición de montar el jinete, y éste, después de recibir una pequeña valija con la carta, y muchas recomendaciones de que la llevase cuanto antes a su destino, puso espuelas a su corcel y partió a galope.

Siempre es motivo de satisfacción saber que se ha enviado a buscar socorro y que no se ha perdido el tiempo. Oliver salió de la cuadra y se disponía a franquear la puerta de la posada, cuando tropezó por casualidad con un hombre vestido de negro que entraba en aquel momento.

—¡Ah! —exclamó el desconocido, clavando sus ojos en Oliver y dando bruscamente un paso atrás—. ¿Qué diablos es esto?

—Perdone usted, caballero —contestó Oliver—. La prisa que llevo hizo que no le

viera a usted.

—¡Mil rayos! —murmuró aquel hombre, mirando al muchacho con ojos centelleantes—. ¿Quién había de pensarlo? ¡Maldita sea su alma...! ¡Yo creo que si lo encerrasen en un panteón de mármol, de él saldría para interponerse en mi camino!

—¡Cuánto siento lo ocurrido, caballero! —balbuceó Oliver, aterrorizado al reparar en la mirada feroz del desconocido—. Sería para mí muy doloroso haberle hecho el menor daño.

—¡Ira de Dios! —barbotó el hombre, presa de furor violento y rechinando los dientes—. ¡Pensar que si hubiera tenido valor para pronunciar una sola palabra me hubiese visto libre de él para siempre en una sola noche! ¡Caiga una nube de maldiciones sobre tu cabeza, miserable, y lleve el demonio tu alma, impío! ¿Qué haces aquí?

El misterioso desconocido enarboló el puño crispado y lo agitó amenazador mientras pronunciaba las palabras incoherentes que quedan transcritas, y adelantaba con frente sañuda hacia Oliver, cual si su intención fuera asestarle terrible golpe; pero antes de llegar hasta aquél, cayó pesadamente en tierra, donde quedó revolcándose y echando espumarajos por la boca.

Quedóse Oliver contemplando las contorsiones espantosas de aquel loco (por loco le tuvo él, al menos), y luego penetró de nuevo en la posada pidiendo socorro a gritos. Luego que vio que el desconocido había sido entrado en la cocina, emprendió a todo correr el regreso a la casa de sus protectoras, ganoso de recobrar el tiempo perdido, y recordando, con muchísimo asombro y algún pavor, la conducta singular e inexplicable de la persona de quien acababa de separarse.

Verdad es que el incidente no ocupó mucho tiempo su imaginación, pues en la casa encontró sobrados motivos de preocupación que pusieron en fuga cuantos pensamientos de interés personal pudieran ocupar sus facultades.

Rosa se había agravado mucho, tanto, que antes de media noche, empezó a delirar. Ni un momento se separaba de la cabecera del lecho el médico del lugar, quien a las primeras de cambio declaró a la señora Maylie que la enfermedad era de gravedad extrema y que «era preciso, punto menos que un milagro, para salvar la vida de Rosa».

¡Cuántas veces, en aquella noche de agonías, se levantó Oliver de la cama y se deslizó cautelosamente hasta la escalera, para escuchar si salía algún ruido de la alcoba de la enferma! ¡Cuántas veces se estremeció de pies a cabeza, cuántas veces invadieron su frente calenturienta raudales de sudor frío, cuando súbito rumor de pasos le hacía temer que hubiera sobrevenido una espantosa desgracia! ¡Y qué valía el fervor de todas las plegarias que al Cielo había elevado en toda su vida, comparado con el que acompañó a las de aquella noche, al pedir la salud y la vida de la angelical criatura que se balanceaba sobre los negros abismos de la muerte!

La incertidumbre cruel, el temor, esa suspensión desgarradora que nos tortura cuando inmóviles junto a un lecho nos estremece el pensamiento de ver extinguirse la vida de una persona que amamos con ternura, los pensamientos desconsoladores que asaltan furiosos nuestra mente, dando violencia extrema a los latidos de nuestro corazón y dificultando nuestra respiración por efecto de las terribles imágenes que aquélla evoca, el ansia desesperada con que anhelamos *hacer algo* que mitigue el sufrimiento y atenúe el peligro contra el cual somos impotentes, el abatimiento, la postración que en nosotros produce el triste convencimiento de nuestra impotencia, son tormentos que con nada pueden compararse. ¿Cabe, en circunstancias tan críticas consuelos, reflexiones que contrarresten el oleaje de pena en que nos anegamos?

Alboreó el día siguiente, y en la casa, antes tan animada, habitan sentado sus reales la tristeza y el silencio. Las gentes hablaban en voz muy baja, a las puertas se asomaban vez en cuando rostros que reflejaban dolorosa ansiedad, y mujeres niños se alejaban bañados en lágrimas. Durante todo aquel día eterno y hasta después de haber tendido la noche sus negros tules sobre la tierra, Oliver permaneció en el jardín paseando lentamente, ora clavada la mirada en tierra, ora alzándola a las ventanas del cuarto de la enferma, siempre temiendo ver que se extinguía la luz débil que la iluminaba, porque sería señal de que la muerte, que por allí rondaba, había concluido por penetrar dentro Ya muy avanzada la noche llegó el señor Losberne.

—¡Triste, doloroso es decirlo! —exclamó el buen doctor—. ¡Muy triste... sí... pero queda muy poca esperanza!

Y a la noche sucedió el día. Alzóse el sol radiante, tan radiante como si no viniera a iluminar desgracias y dolores, o bien como si dichas o miserias fueran para él indiferentes.

Mientras las flores hacían ostentación de toda la riqueza de sus matices, mientras todo respiraba vida, pujanza, salud, alegría, la pobre Rosa moría por momentos. Oliver se encaminó al viejo cementerio, y sentado sobre una de las tumbas cubiertas de césped, lloró silenciosamente.

Tan bello, tan tranquilo era el escenario, tenía tanto brillo, tanto encanto el paisaje, dorado por los rayos del sol, tan hermoso despliegue de galas hacía la Naturaleza, era tan armonioso el canto de los pajarillos, tan rápido el vuelo de las cornejas que cruzaban por el espacio, respirábase, en una palabra, tanta vida, tanta alegría por doquier, que cuando Oliver elevó sus ojos, enrojecidos por el llanto, y los tendió en derredor, instintivamente se le ocurrió la idea de que con semejante tiempo y en semejante ocasión no cabía la muerte... que sería monstruoso que muriera Rosa cuando todos los seres, hasta los más humildes, derrochaban vida y alegría, que las tumbas abren heladas y tristes bocas en invierno, cuando la nieve las cubre a manera de sudario, mas no en verano, cuando la luz radiante del sol y la fragancia incitan a vivir. Hasta estuvo tentado a creer que los sudarios no están llamados a envolver más que a personas viejas, sin que nunca se les consienta ocultar bajo sus fúnebres pliegues la hermosura, la gracia y la juventud.

El fúnebre tañido de la campana de la iglesia vino a cortar con cruel brusquedad los pensamientos del muchacho... ¡Otro tañido!... ¡Otro!... ¡Doblan a muerto! Un grupo de aldeanos franquearon las puertas del lúgubre recinto... Llevaban cintas blancas, prueba de que el cadáver era de persona joven. Detuviéronse al borde de una sepultura, descubiertas las cabezas... Entre ellos iba una madre... ¡madre que había dejado ya de serlo!... Todos lloraban, y, sin embargo, el sol brillaba con el mismo esplendor, v los pajarillos, cantaban alegres, y la Naturaleza reía...

Oliver volvió a la casa, pensando en los muchos favores que la señorita le había prodigado y haciendo votos porque se le presentasen nuevas ocasiones de demostrar cuán grandes eran su gratitud y su adhesión. Nada tenía que echarse en cara con respecto a negligencias u olvidos por su parte, pues al servicio de su angelical bienhechora se había consagrado en absoluto, y, sin embargo, alzáronse ante sus ojos cien ocasiones en que creyó que pudo mostrar más celo, y muy de veras lamentó no haberlo mostrado.

Nuestro comportamiento para con las personas que nos rodean debiera ser objeto preferente de nuestras solicitudes, pues es bien cierto que cada muerte recuerda a los que sobreviven lo poco que hicieron, lo mucho que dejaron de hacer, la infinidad de cosas que olvidaron y la infinidad de las que por culpa nuestra mortificaron al ser querido que nos ha abandonado para siempre. No hay remordimientos más amargos que los producidos por

faltas que no está en mano nuestra reparar: evitémoslas o reparémoslas cuando es tiempo, si queremos librarnos de sus lacerantes torturas.

Llegado a casa, encontró a la señora Maylie sentada en el recibimiento de confianza. Estremecióse Oliver al verla, pues como no se separaba un momento del lecho de su sobrina, tembló al pensar en las causas que pudieran haberla alejado. No tardó en saber que Rosa se hallaba sumida en un sueño profundo del que no despertaría sino para restablecerse y vivir, o para darles el postrer adiós.

Tomó asiento, y se pasó varias horas escuchando con ansiedad, sin osar pronunciar palabra. Sirvieron la comida, y la retiraron sin que ni la señora Maylie ni Oliver probaran bocado. Con mirada que revelaba que sus pensamientos estaban en otra parte, contemplaron cómo el astro rey se iba hundiendo poco a poco en el horizonte, cómo al fin envió la tierra esas tintas pálidas que son a manera de heraldos de su ocaso. A sus oídos atentos al menor rumor, llegó ruido de pisadas que se acercaban: ambos se precipitaron instintivamente hacia la puerta en el momento que en su marco aparecía el doctor Losberne.

—¿Y Rosa? —preguntó con afán la dama—. ¡Hable usted!... ¡Pronto, por favor! ¡Todo puedo resistirlo menos la incertidumbre! ¡En nombre del Cielo, hábleme con franqueza!

—¡Cálmese usted, mi querida señora! —contestó el doctor, sosteniéndola. ¡Tranquilícese... yo se lo suplico!

—¡Por Dios santo, déjeme salir! —exclamó la dama con voz desfallecida—. ¡Hija mía!... ¿Ha muerto, verdad? ¡Está agonizando!

—¡No, y mil veces no! —gritó el doctor con arrebato—. ¡Dios, tan bueno y misericordioso, quiere dejarla entre nosotros, para que le bendigamos y demos gracias durante muchos años!

Cayó postrada de hinojos la señora e intentó unir las manos; pero la energía que hasta entonces la sostuviera subió al Cielo envuelta en la primera plegaria que brotó de sus temblorosos labios, y cayó desvanecida en los brazos que se extendieron para recibirla.

Capítulo XXXIV

Algunos datos preliminares acerca de un caballerito que se presenta en escena, y relato de una aventura ocurrida a Oliver

Aquella era demasiada felicidad. La inesperada nueva dejó a Oliver estupefacto, aturdido, sin lágrimas, sin voz, y sin posibilidad de permanecer sentado ni quieto. Hubo de salir corriendo a respirar el aire libre, sin comprender más que muy confusamente lo que había pasado, y hasta después de largo rato de ejercicio no se abrieron las compuertas de sus ojos para dar paso a las lágrimas de júbilo en ellos agolpadas, ni despertó de la especie de sopor letárgico en que parecía sumido, ni se dio cuenta cabal del feliz cambio producido, ni se libró de la agonía insoportable que oprimía y atenazaba su tierno corazón.

Era bien cerrada la noche cuando Oliver regresaba a casa, cargado de flores recogidas con cuidado especial para adornar el cuarto de la enferma. Mientras avanzaba por el camino con paso ligero, a sus espaldas el rodar de un coche que adelantaba a galope tendido. Volvió la cabeza y vio que era una silla de posta tirada por cuatro caballos que volaban. Como el camino era estrecho y el vehículo venía encima, hubo de pegarse casi a una puerta para dejarlo pasar.

Aunque la silla de posta pasó como una exhalación, pudo Oliver vislumbrar en su interior a un hombre tocado con gorro de dormir blanco, cuyas facciones le parecieron

familiares, aunque sin llegar a identificarle. Un segundo más tarde asomaba por la portezuela de la silla de posta el gorro de dormir, y una voz estentórea daba al postillón orden de parar, orden que fue obedecida tan pronto como aquél logró contener a los caballos. Apareció inmediatamente de nuevo el gorro y sonó la voz estentórea llamando a Oliver por su nombre.

—¡Aquí, Oliver, ven aquí! —gritó la voz—. ¿Qué noticias hay ¿Y la señorita Rosa? ¡Oliver!

—¿Es usted, señor Giles? —contestó Oliver precipitándose hacia la portezuela del carruaje.

Otra vez asomó el gorro de dormir de Giles, sin duda para formular —su propietario, no el gorro—, nuevas preguntas, cuando el buen mayordomo hubo de ceder la ventanilla a un joven, que a su lado venía sentado, quien preguntó anhelante noticias sobre la enferma.

—¡Una sola palabra! —exclamó—. ¿Está mejor o peor?

—¡Mejor, mucho mejor! —contestó Oliver.

—¡Dios sea loado! —exclamó fervorosamente el joven—. ¿Estás seguro de ello?

—Segurísimo, señor. El cambio sobrevino hace muy pocas horas, y el señor Losberne asegura que pasó el peligro.

El joven abrió inmediatamente la portezuela, saltó del carruaje y, asiendo por un brazo a Oliver, llevóle aparte y le preguntó:

—¿Pero es cierto lo que dices? ¿No habrá error por tu parte, hijo mío? ¡Por favor, no me engañes! —añadió con voz que la emoción hacía temblar—. ¡No me hagas concebir esperanzas que acaso no se realicen!

—Por todo el oro del mundo no haría yo eso, señor —replicó Oliver—. Puede usted creerme. Las palabras del doctor Losberne fueron que el Dios misericordioso y bueno nos la deja para que le bendigamos y demos gracias durante muchos años. Yo mismo las oí de sus labios.

Asomaron las lágrimas a los ojos de Oliver al recordar la escena que fuera el comienzo de tanta felicidad, y el joven caballero volvió la cabeza y permaneció silencioso durante algunos momentos. Más de una vez creyó Oliver que le oía sollozar, pero no quiso desviar el curso de sus pensamientos, que desde luego supuso el rumbo que llevaban, haciendo nuevas observaciones, y quedó callado, fingiendo prestar toda su atención al colosal ramillete que llevaba en las manos.

Mientras tanto, Giles sentado en el estribo del carruaje, con la cabeza enfundada dentro del gorro de dormir apoyada sobre las manos, y éstas a su vez sobre las rodillas, limpiábase los ojos con un pañuelo de algodón azul con motitas blancas. Que la emoción del honrado servidor no era fingida demostrólo elocuentemente el rojo subido de sus ojos cuando los fijó en el joven caballero, que acababa de dar media vuelta y le dirigía la palabra.

—Mejor será, Giles, que continúe usted en la silla de posta hasta la casa de mi madre. Yo prefiero caminar despacito a fin de que usted tenga tiempo de prevenirla, diciéndole que llego.

—Si el señor perdonara mi atrevimiento —contestó Giles, limpiándose la cara con el pañuelo—, le suplicaría que diese al postillón el encargo que acaba de confiarme. Si la servidumbre me ve en el estado poco conveniente en que me encuentro, a buen seguro que pierdo para siempre la autoridad moral que tengo y debo tener sobre ellos.

—Está bien —respondió Enrique Maylie sonriendo—. No hay inconveniente. Que

siga el postillón con el carruaje, y usted puede venir con nosotros; pero, por favor, cambie ese gorro por cualquier cubre cabezas más apropiado, si no quiere que los que nos vean nos tomen por locos.

Apresuróse Giles a quitarse el gorro de dormir, que guardó en un bolsillo, y a ponerse un sombrero que sacó del carruaje. Seguidamente prosiguió la marcha el postillón, dejando a los viajeros que, juntamente con Oliver, siguieron a pie con paso lento.

Durante la marcha, Oliver dirigía de vez en cuando miradas llenas de interés mezclado de curiosidad al recién llegado. Representaba tener unos veinticinco años, y era de estatura regular, guapo de rostro y de mirada franca. La elegancia de su traje y la soltura graciosa de sus movimientos hablaban desde luego en su favor. A pesar de la distancia que separa a la vejez de la juventud, ofrecía tan notable parecido con la anciana dama, que Oliver habría sospechado desde luego el estrecho parentesco que los unía aun cuando no le hubiese podido decir que era su madre.

Con la ansiedad pintada en el semblante, esperaba la señora Maylie la llegada de su hijo a la casa, siendo intensa la emoción que entrambos demostraron al abrazarse.

—¡Madre mía! —balbuceó el joven—. ¿Cómo no me escribiste antes?

—Escribí —replicó la dama—; mas después de reflexionar, resolví suspender el envío de la carta hasta después de oír la opinión del señor Losberne.

—De todas suertes, madre mía, ¿por qué habías de exponerte a que sobreviniera la desgracia que a punto ha estado de herirnos?... Si Rosa hubiese... mis labios se resisten a pronunciar la palabra... si su enfermedad hubiera tenido otro desenlace, ¿hubieses podido perdonarte nunca? ¿Dónde habría encontrado yo nunca más una gota de felicidad?

—Si hubiera ocurrido la desgracia a que te refieres, Enrique, creo en efecto, que tu felicidad sobre la tierra habría terminado; pero creo asimismo que tu llegada aquí un día antes o un día después, poca, muy poca importancia hubiese tenido.

—¿Quién sabe, madre mía? ¡Por supuesto!... ¡Tienes razón! En nada podía influir mi presencia... ¡Tú lo sabes... sí... lo sabes mejor que yo!

—Sé que Rosa merece el amor más ardiente y puro que pueda ofrecer el corazón de un hombre; sé que su condición dulce y noble es acreedora a un afecto poco común, a un afecto profundo y eterno. Si no abrigase esa convicción, si no estuviera persuadida de que la inconstancia del hombre a quien ella entregara su amor destrozaría su corazón, creo que mi misión sería más fácil de cumplir y que sin luchas ni temores atemperaría mi conducta a lo que me parece norma inflexible del deber.

—Mal juzgas mis sentimientos, madre mía —dijo Enrique—. ¿Es que me crees aún un niño que no se conoce a sí mismo, capaz de engañarse respecto a los impulsos de su alma?

—Creo, hijo mío —replicó la dama, colocando una mano sobre el hombro del joven—, que las almas jóvenes tienen muchos impulsos generosos que no son duraderos, y que, entre estos impulsos, abundan los que, una vez satisfechos, se borran, se pierden, desaparecen para siempre. Creo, sobre todo —añadió la dama, clavando los ojos en el rostro de su hijo—, que si un hombre entusiasta, ardiente, ambicioso, enlaza su existencia a la de una mujer sobre cuyo apellido hay una mancha aun cuando ésta tenga su origen en persona que no es la amada, puede encontrar en los senderos de la vida almas bastardas que cometan la vileza de lanzar esa mancha al rostro de la compañera de su existencia, miserables que la hagan extensiva a sus hijos y hasta a su misma persona, en cuyo caso, al verse envuelto en oleadas de fango, es más que probable que, dando al olvido sus sentimientos generosos, imponiendo silencio a su buen natural, se arrepienta un día de los

lazos que contrajo en sus años juveniles, y su esposa haya de pasar por los suplicios consiguientes a un arrepentimiento tardío.

—Madre mía —exclamó el joven con impaciencia—; el hombre que así obrase, sería un bruto egoísta, tan indigno del nombre de hombre como de la mujer que describes.

—Ahora piensas así, Enrique —dijo la madre.

—Y pensaré siempre lo mismo —replicó el joven—. La agonía mental que viene atormentándome horriblemente desde hace dos días me obliga a confesar abiertamente y con sinceridad una pasión que, conforme sabes perfectamente, ni es de ayer, ni nació a la ligera. Rosa, ese ángel de bondad, esa niña tan dulce como hermosa, posee mi corazón para siempre. En ella están cifrados todos mis proyectos, todas mis esperanzas, mi vida entera; nada quiero sin ella, y ten por cierto que, si haces oposición a este sueño, el más hermoso de mi vida, tomas en tus manos mi paz y mi felicidad y la arrojas a los vientos. Reflexiona bien, madre mía: ten mejor opinión de tu hijo, y no cierres los ojos a su felicidad, en la que parece que tan poco piensas.

—Precisamente porque sé lo que son los corazones apasionados, Enrique, quisiera evitarles, ahora que es tiempo, decepciones dolorosas, heridas crueles. Pero me parece que hemos hablado bastante, y hasta demasiado, sobre este punto por ahora.

—Que decida Rosa, entonces —repuso Enrique—. No creo que tus opiniones sean inmutables ni que sea tu ánimo sostenerlas hasta el extremo de alzarme obstáculos entre aquélla y yo.

—No los alzaré; pero quisiera que reflexionases...

—¡He reflexionado ya! —interrumpió el impaciente joven—. Años y más años ha que vengo reflexionando; como que es la reflexión que me hago desde que tengo uso de razón. Mis sentimientos no han variado ni variarán: ¿a qué, pues, diferir por más tiempo su declaración, si guardar los secretos me hace sufrir y de nada ha de servir? ¡No! ¡No me iré yo de esta casa sin que Rosa me oiga!

—Te oirá —contestó la dama.

—Hay en el tono con que me hablas algo que parece indicar que me oirá con frialdad, madre mía —observó el joven.

—Te oirá sin frialdad —repuso la señora—; muy al contrario.

—¿Entonces?... ¿No ha mostrado inclinaciones en otro sentido?

—Ciertamente que no —contestó la madre—. O mucho me engaño, o te has hecho dueño de sus afectos. Lo que quiero decir —añadió la buena señora, adelantándose a su hijo, que hizo además de hablar—, es lo siguiente: Antes que te entregues por completo a esa idea, antes que te abandones sin reserva a esa esperanza, reflexiona, medita bien, hijo mío, sobre la historia de Rosa, y considera el efecto que el conocimiento de su nacimiento misterioso ha de ejercer a no dudar en su decisión... por lo mismo que se ha consagrado a nosotros con toda la intensidad de su noble alma y con ese espíritu de abnegación que en todas las circunstancias, grandes o pequeñas, ha sido la característica de su conducta.

—¿Qué quieres decirme con eso, madre mía?

—Te dejo el trabajo de adivinarlo... Voy a ver a Rosa... ¡Qué Dios te bendiga!

—¿Volveré a verte esta noche? —preguntó anhelante el joven.

—Dentro de un momento: cuando salga del cuarto de Rosa.

—¿Piensas decirle que estoy aquí?

—Naturalmente.

—Dile también cuán grande ha sido mi angustia, cuánto he sufrido y cuánto deseo verla: ¿no me negarás este favor, madre mía?

—No; le diré todo lo que deseas que le diga —contestó la dama, estrechando cariñosamente la mano de su hijo y saliendo de la habitación.

Mientras madre e hijo sostenían la conversación que queda transcrita, el doctor Losberne y Oliver habían permanecido separados en el extremo más alejado del cuarto. El primero dio entonces la mano a Enrique Maylie, con quien cambió cordiales frases de bienvenida, y luego le hizo, contestando diversas preguntas de su joven amigo, una historia completa y detallada de la enfermedad y estado actual de la enferma, estado tan satisfactorio y lleno de esperanzas como le hicieran esperar las breves palabras de Oliver. Huelga decir que Giles, aunque parecía atento única y exclusivamente al arreglo de los equipajes, escuchó con orejas ávidas el relato del doctor.

—¿Ha hecho usted algún buen tiro de poco tiempo a esta parte, Giles? —preguntó el doctor.

—No, señor —contestó el criado, enrojeciendo hasta en el blanco de los ojos.

—¿Ni cogido ningún ladrón ni descubierto la identidad de ningún salteador nocturno?

—Nada, señor —respondió con mucha gravedad Giles.

—Lo siento de veras, porque son cosas que hace usted a las mil maravillas. Dígame: ¿cómo está Britles?

—Muy bien, señor —respondió Giles, adoptando de nuevo el tono de protección que le era habitual—. Me ha encargado que salude a usted muy respetuosamente.

—Perfectamente. La presencia de usted, Giles, me recuerda que la víspera del día en que tan bruscamente fui llamado, llevé a cabo, a petición de su señora, una pequeña comisión en favor de usted. ¿Quiere usted acercarse y le diré dos palabras sobre el particular?

¡Giles siguió al doctor hasta un rincón de la estancia con aires de persona importante, y pudo saborear el honor de que el señor Losberne conversase con él en voz muy baja, después de lo cual el primero se retiró con paso majestuoso no sin antes hacer al doctor muchas y profundas reverencias.

No se hizo público en el salón el asunto tratado en la conferencia, Tas no tardó en saberse en la cocina, pues hacia ésta se encaminó Giles en derechura y luego que mandó que le sirvieran un jarro de cerveza, anunció, con aires de majestad que no dejaron de producir efecto, que la señora, deseando premiar su valeroso comportamiento con motivo del robo intentado en su casa, había tenido a bien depositar en la Caja de Ahorros y a favor suyo, la suma de veinticinco libras esterlinas. La servidumbre elevó al cielo las manos y los ojos dieron a entender que temían que el señor Giles acaso se mostrase orgulloso en lo sucesivo, a lo que el buen mayordomo, poniendo la diestra sobre la chorrera de su camisa, contestó que no temieran tal cosa de él, y que, si alguna vez observaban que trataba con altanería a sus inferiores, los agradecería que se lo advirtiesen. Hízoles otras mil observaciones no menos demostrativas de su condición y carácter humilde, que fueron acogidas con gran favor y aplauso por cierto con razón sobrada, toda vez que eran tan importantes originales como suelen serlo cuantas manifestaciones hacen los gran hombres.

De escalera arriba, el resto de la tarde se pasó alegremente, pues el doctor estaba de buen humor, y Enrique, aunque fatigado como secuencia del viaje y un tanto, preocupado, sobre todo al principio, no pudo resistir el carácter humorístico del digno caballero, que se tradujo en mil chistes matizados con aventuras profesionales y en variada chanzonetas que encantaron a Oliver, a cuyos oídos nunca llegaron cosas tan graciosas, y le hicieron reí a más no poder, con evidente satisfacción del doctor, que también ría de la manera más

inmoderada, risa que, sin duda por simpatía, se contagió a Enrique. Pasóse, pues, tiempo todo lo distraídamente que podía pasarse dadas las circunstancias, y era ya muy tarde cuando se disolvió la reunión para entregarse al descanso, del que todos tenía mucha necesidad después de las ansiedades e incertidumbres que tanto les habían afligido.

A la mañana siguiente, levantóse Oliver muy temprano y muy contento, y se entregó a sus ocupaciones habituales con satisfacción y placer que no saboreaba desde una porción de días. Lanzaban los pájaros sus trinos más armoniosos, y bien pronto, las flores más hermosas, recogidas por las manos del huérfano, formaron un ramillete cuya fragancia y belleza tanto habían de agradar a Rosa. La melancolía que en días pasados apagaba el brillo de los ojos de Oliver, habíase disipado como por encanto. Parecíale que el rocío brillaba más, que nunca sobre las verdes hojas, que los susurros de la brisa eran más armoniosos, que el azul del cielo jamás fue tan puro y hermoso como entonces. ¡Tan inmensa, tan decisiva es la influencia que hasta sobre el aspecto del mundo exterior ejercen los pensamientos que embargan nuestro espíritu! Los hombres que, al contemplar la Naturaleza, al tender sus miradas sobre sus semejantes, se lamentan de verlo todo negro, sombrío y melancólico, no se engañan del todo: lo que ignoran tal vez es que los colores sombríos son reflejos de sus ojos y de sus corazones ictéricos, falseados. El colorido verdad es tan delicado, que sólo pueden apreciarlo ojos muy claros y corazones muy limpios.

Como circunstancia digna de observación, que no pasó inadvertida a Oliver, diré que por aquellos días, las expediciones matinales del muchacho no fueron ya solitarias. Enrique Maylie, desde el primer día que vio entrar en la casa a Oliver cargado de flores, aficionóse a ellas de tal modo, y demostró un gusto tan exquisito para arreglarlas y combinarlas, que no tardó en dejar muy atrás a su juvenil compañero. Verdad es que si Oliver hubo que quedar relegado a segundo término en lo que a la combinación y gusto se refiere, en cambio no tenía rival para conocer los sitios en que se ocultaban las flores más bellas y delicadas, y todas las mañanas recorrían ambos jóvenes los campos y se llevaban a casa las más hermosas. La ventana del cuarto de la enferma, abierta para que aquélla pudiera saborear el placer de respirar el embalsamado y puro ambiente del verano, ofrecía siempre a sus ojos un ramillete especial, que todas las mañanas manos solícitas renovaban con exquisito cuidado. No pudo menos de observar Oliver que, renovados los ramos, jamás se arrojaban las flores marchitas, como tampoco dejó de llamarle la atención el hecho de que el doctor, cada vez que penetraba en el jardín, dirigía invariablemente la vista al ramo de flores de la ventana, movía la cabeza en forma muy expresiva, y continuaba luego su paseo matinal. El tiempo se deslizaba sereno en medio de estas y de otras observaciones, y la enferma mejoraba de día en día.

No se le hacía largo el tiempo a Oliver, aunque la señorita no había abandonado todavía su cuarto, y como consecuencia, no se daban los paseos por la tarde, excepción hecha de algunos, muy contados, que hacía con la señora Maylie. El muchacho estudiaba con asiduidad redoblada, aprovechaba mejor que nunca las lecciones del anciano de los cabellos blancos que le habían dado por maestro y trabajaba tanto, que la rapidez de sus progresos maravillaba a sus protectores y hasta le admiraba a él mismo. Precisamente cuando con mayor ardor se consagraba al estudio, fue cuando le aconteció un suceso imprevisto que le llenó de espanto.

La pequeña habitación donde solía encerrarse para estudiar estaba situada en la planta baja y parte posterior de la casa. Era un cuartito cuya ventana ocultaba casi una cortina de enredaderas y plantas trepadoras mezcladas con jazmines y madreselvas que saturaban el aire con deliciosos perfumes. La ventana daba al jardín, y éste, por medio de

una puerta, comunicaba con un prado, que lindaba con extensas praderas y bosques.

Una tarde deliciosa, cuando las sombras del crepúsculo comenzaban a enseñorearse de la tierra, Oliver se sentó junto a la ventana y se abismó en el estudio de sus libros.

No quisiera que lo que voy a decir redundara en desdoro de los autores de los libros que Oliver estudiaba; pero es el caso que, había sido tan caluroso el día, y el muchacho había hecho tanto ejercicio, que leyendo, leyendo, se quedó dormido.

Hay una clase de sueño que a veces se apodera de nosotros sin sentirlo, sueño que, si bien se enseñorea del cuerpo, no arrebata al alma la facultad de darse cuenta de los objetos del mundo material, ni le priva de la facultad de viajar por donde le acomoda. Si puede darse el nombre de sueño a esa pesadez que agobia, a esa postración de fuerzas que impide los movimientos, a esa incapacidad de dirigir nuestros pensamientos a que nos reduce, sueño es en realidad; pero por encima del sueño sobrenada la conciencia de lo que en torno nuestro pasa, y aun cuando soñemos cuando en ese estado nos encontramos, las palabras que en realidad de verdad se pronuncian, o los sonidos verdaderos que hieren nuestros oídos, se adaptan con pasmosa oportunidad a nuestras visiones imaginarias, hasta que lo ficticio y lo positivo y real se mezclan y confunden tan íntimamente, que resulta punto menos que imposible distinguir lo uno de lo otro. Y no es ése el fenómeno más sorprendente de los que acompañan al estado de sopor en cuestión. Imposible poner en tela de juicio que, si bien es verdad que nuestros sentidos del tacto y de la vista se hallan entonces paralizados, no lo es menos que nuestros sueños, así como también las escenas que crea nuestra imaginación, sufren la influencia material de la *presencia puramente silenciosa* de cualquier objeto externo que no estaba a nuestro lado en el momento que cerramos los ojos, o de cuya proximidad no tuvimos noticia consciente.

Oliver sabía perfectamente que se encontraba en su cuartito, que ante sus ojos, y colocados sobre la mesa, estaban sus libros, que la brisa de la tarde penetraba por entre las plantas trepadoras que daban sombra a su ventana agitando dulcemente sus hojas, y, sin embargo, no puede negarse que dormía. La escena sufre de pronto un cambio brusco, radical; cree respirar un ambiente denso, viciado, y se encuentra transportado, sintiendo en su alma el terror consiguiente, a la guarida hedionda del judío. En el rincón de costumbre ve sentado al espantable viejo, quien le señala con el dedo mientras conversa en voz baja con otro sujeto a quien no conoce por estar vuelto de espaldas al muchacho.

He aquí el diálogo que suena en sus dormidos oídos:

—¡Silencio, amigo mío! ¡Él es, no hay duda! ¡Vámonos!

—¡Claro que es él! ¿Crees que puedo confundirlo con otro? Aunque, un ejército de demonios adoptasen su figura, y él se encontrara en el centro de ese ejército, una voz interior me indicaría cuál de ellos era el verdadero, haciendo que le reconociese sin exponerme a errar. Sí le enterrasen a cincuenta pies bajo tierra, y yo pasara sobre su tumba, sabría yo, sin necesidad de que sobre la tumba hubiera señal alguna, que allí estaba él enterrado.

¡Ya lo creo que lo sabría!

Tal odio, tanta ferocidad destilaban las palabras de aquel hombre, que despertó Oliver y se levantó sobresaltado.

¡Cielo santo! ¿Qué fue lo que vieron sus ojos, para que toda su sangre afluyese a su corazón y quedara privado de voz y de movimiento? ¡Allí... sobre la ventana, apoyados sobre el alféizar, tan cerca que hubiera podido tocarlos con la mano antes de retroceder presa de horrible pánico, fijos los ojos en el interior del cuartito estaban el mismísimo judío en persona, y a su lado, blanco de cólera, trémulo de rabia o de miedo, quién sabe si de

ambas cosas, el desconocido de aspecto amenazador con quien tropezara días antes en la posada!

La visión no duró más que un instante; cruzó ante sus ojos como un relámpago, y se borró: pero los intrusos habían reconocido a Oliver y Oliver les había reconocido a su vez, pues sus fisonomías estaban grabadas en su memoria tan indeleblemente cual si con buril las hubieran esculpido en duro mármol. El infeliz Oliver quedó inmóvil durante breves segundos, y luego saltó por la ventana al jardín, y comenzó a pedir socorro con todas sus fuerzas.

Capítulo XXXV

Habla del resultado poco satisfactoria de la aventura de Oliver y copia una conversación interesante habida entre Rosa y Enrique

Cuando la gente de la casa, atraída por los gritos de espanto de Oliver, llegó al sitio de donde aquéllos partían, encontráronle pálido y trastornado, señalando con el brazo extendido en dirección a las praderas que lindaban con el jardín, y sin que su garganta agarrotada pudiera dejar escapar más palabras que éstas:

—¡El judío!... ¡El judío!

Giles no comprendió lo que aquel grito significaba, pero Enrique Maylie, cuyas operaciones mentales eran más rápidas que las del grave mayordomo, y que por otra parte había oído referir a su madre toda la historia de Oliver, comprendió desde el primer momento lo que significaban las entrecortadas palabras del muchacho.

—¿Qué dirección tomó? —preguntó armándose de un garrote que encontró en un rincón.

—Aquélla —respondió Oliver, señalando la que los hombres habían seguido—. En un momento los perdí de vista.

—Entonces, están en el foso: sígueme procurando no separarte de mí.

Así diciendo, Enrique saltó la cerca y echó a correr con tanto brío, que no sin gran dificultad lograron seguirle los demás.

Giles siguió a Enrique como buenamente pudo, y otro tanto hizo Oliver, y no habrían transcurrido más de uno o dos minutos, cuando el doctor, que volvía de dar su paseo, saltaba también la cerca, y desplegando una agilidad de que nadie le hubiera creído capaz, corría en la misma dirección a marcha vertiginosa, y preguntando al propio tiempo a voz en cuello por la causa de aquella trifulca.

Nadie disminuyó la celeridad de su carrera, ni siquiera para tomar aliento, hasta que Enrique, llegado al ángulo del campo indicado por Oliver, comenzó a reconocer detenidamente el foso y el seto contiguo, lo que dio a los demás tiempo para reunírsele y a Oliver para referir al doctor el incidente que había motivado aquella persecución encarnizada.

Las investigaciones no dieron resultado alguno; ni siquiera se encontraron huellas recientes que acusasen el paso de los fugitivos. Los perseguidores se encontraban en la cima de un altozano que dominaba en todos sentidos una llanura de tres a cuatro millas de radio. A la izquierda, en una hondonada, se veía la aldea; pero para llegar a ésta, suponiendo que hubieran seguido la dirección indicada por Oliver, el judío y su acompañante tuvieron que pasar por un llano, completamente abierto, y era imposible que lo hubiesen franqueado en tan breve tiempo. Por otro lado bordeaba la pradera un bosque espeso; pero por la misma razón indicada, había que desechar la idea de que lo hubieran

ganado.

—Habrás soñado, Oliver —dijo Enrique, llamando aparte al muchacho.

—¡Oh, no, señor! —respondió Oliver, estremeciéndose al solo recuerdo de la expresión feroz del rostro del que acompañaba al judío—. Los he visto con mucha claridad; con tanta como estoy lo viendo a usted en este momento.

—¿Y el otro, quién era? —preguntaron a un tiempo Enrique y el doctor.

—El mismo que tan brutalmente me habló en la posada: nos miramos los dos a la cara y juraría que era él.

—¿Y estás seguro de que tomaron ese camino? —repuso Enrique.

—Tan seguro estoy de que tomaron ese camino, como de que estuvieron en mi ventana —replicó Oliver—. Por allá saltó el más alto —añadió el muchacho, señalando con el brazo extendido el seto que dividía al jardín de la pradera—; y el judío se desvió corriendo hacia la derecha, y pasó por aquel portillo.

El doctor y Enrique hubieron de rendirse ante el sello de seguridad que reflejaba el rostro de Oliver. Cambiaron entre sí una mirada y, satisfechos, al parecer, de la precisión de detalles, prosiguieron los reconocimientos, pero en vano; ni la huella más insignificante encontraron de los fugitivos. La hierba, muy crecida, estaba intacta; los bordes de los fosos, cubiertos de barro blando, no presentaban el menor indicio de haber sido hollados por planta humana en mucho tiempo.

—¡Es extraño! —murmuró Enrique.

—¡Y tan extraño! —repitió el doctor—. Los mismísimos Blathers y Duff, con ser tan duchos, habrían de confesarse impotentes.

No obstante el resultado negativo de las pesquisas, continuáronse con ardor hasta que la llegada de la noche convenció a todos de que continuarlas era de todo punto desesperado, y aun entonces, no las abandonaron sin repugnancia. Giles fue enviado a varias tabernas de la aldea y de los alrededores, provisto de cuantos datos pudo facilitar Oliver acerca del aspecto exterior y traje de los misteriosos fugitivos. Fácil era identificar, sobre todo, al judío, suponiendo que rondase por los alrededores o hubiera entrado a beber en cualquiera de aquéllas; pero Giles volvió a casa sin traer dato alguno que pudiera disipar o arrojar alguna luz sobre el misterio.

Prosiguieron las pesquisas al día siguiente, pero con el mismo éxito. Un día más tarde, Oliver acompañó a Enrique hasta el pueblo, aprovechando la circunstancia de ser día de mercado, con la esperanza de averiguar algo sobre los dos individuos, pero tampoco dio resultado ese paso. Al cabo de algunos días comenzóse a dar al olvido el incidente, como sucede con todos los incidentes cuando la curiosidad o asombro, privados del alimento que les es necesario, mueren por consunción.

Volvamos a Rosa. Su restablecimiento avanzaba a pasos de gigante. Ya salía de su cuarto, podía pasear al aire libre y comenzaba compartir la vida de familia, con lo cual sembraba la alegría en los corazones de todos.

Aunque este cambio feliz ejercicio se visible influencia en el reducido círculo de aquella familia, y por más que en la casa se oyeran de nuevo conversaciones alegres y sonaran animadas y ruidosas risas, lo cierto que había ocasiones en que algunos de sus moradores, y hasta misma Rosa, ofrecían cierta expresión de reserva que no pasó inadvertida a Oliver. Con frecuencia encerraban la señora Maylie y hijo, permaneciendo horas enteras en la habitación, y no era raro ve huellas de llanto reciente en los ojos de Rosa. Estos síntomas se acentuaron, cuando el doctor señaló el día en que pensaba regresar a Chertsey en tales términos, que era evidente que en el seno de la familia ocurría algo que

perturbaba la tranquilidad de Rosa y de alguna otra persona.

Una mañana, al fin, en ocasión en que Rosa se encontraba sola en el comedor, entró Enrique y le pidió, con vacilación manifiesta, permiso para hablarle durante algunos minutos.

—Pocos... muy pocos... bastarán, Rosa —dijo el joven, acercando su silla la de la niña—. Seguramente adivinas lo que de eso decirte pues no te son desconocidas las esperanzas más queridas de mi corazón, aun cuando hasta ahora no te las hayan confesado mis labios.

Densa palidez había cubierto el rostro de Rosa no bien vio entrar a Enrique. No seamos maliciosos, que muy bien podía aquélla ser efecto de la reciente enfermedad. Cuáles fueran sus pensamientos, no es posible saberlo, pues limitóse a inclinarse sobre una maceta que cerca de su silla había y esperó callada a que Enrique se explicase.

—He debido... creo... me parece que debía haberme marchado ya —dijo Enrique.

—En efecto —contestó Rosa—. Me perdonarás que te lo diga; pero desearía que te hubieses ido ya.

—Me trajo aquí el más doloroso, el más cruel de los temores —repuso el joven—, el miedo de perder para siempre a la persona querida en la cual tengo concentrados todos mis deseos y esperanzas. Estabas moribunda, Rosa, suspendida entre el Cielo y este mundo material. Todos sabemos que cuando la enfermedad visita a las personas llenas de vida, a las que son prodigios por la hermosura y ángeles por la bondad, sus espíritus inmaculados tienden insensiblemente a refugiarse en la brillante mansión del eterno descanso, y no ignoramos que, con dolorosa frecuencia, la parca fatal siega los tallos de las flores más hermosas del género humano.

Temblaban dos perlas en las pestañas de la encantadora Rosa mientras escuchaba las tiernas palabras de Enrique, y cuando una de aquéllas cayó en la flor sobre la que se inclinaba, brilló en su cáliz, multiplicando su belleza. No parecía sino que aquella lágrima, rocío destilado de un corazón puro, alegaba derechos a confundirse con las creaciones más bellas de la Naturaleza.

—¡Un ángel —repuso el joven con acento apasionado—, una criatura tan hermosa, tan inocente, tan limpia de culpa como los mismos ángeles del Cielo, suspensa entre la vida y la muerte! ¡Oh! ¿Quién podía esperar que, cuando aquélla mansión lejana y celestial para la cual ha nacido le medio abría sus puertas, se decidiría a permanecer entre nosotros, para compartir las penas y miserias de esta vida de dolores? ¡Rosa, Rosa! ¡Tener la cruel convicción de que ibas a disiparte como una sombra, a extinguirte como una luz que Dios envió a la tierra para que brillase un momento nada más, perder las esperanzas de conservarte para los que acá abajo sufrimos, más aún, comprender que no es éste tu mundo, porque los ángeles en el Cielo están, saber que tu centro está en aquella mansión brillante hacia la que casi todos los seres privilegiados han emprendido su temprano vuelo; y sin embargo, pedir llorando a Dios que te dejase entre los que acá abajo te aman, son tormentos demasiado crueles para las fuerzas humanas! Pues bien: yo los sufrí, día y noche; a ellos se unió el temor indecible y el sentimiento egoísta de que murieras sin saber al menos cuán ardientemente te amo. No sé cómo los embates del dolor no me arrebataron la razón. Has curado. De día en día, de hora en hora, ha vuelto la salud, gota a gota, y aquel hilo débil de vida que circulaba con languidez por tu cuerpo, hoy es ya torrente impetuoso. He acechado ese feliz paso de la muerte a la vida con ojos que humedecían el anhelo, la ansiedad y el cariño más hondo... ¡No me digas que hubieses deseado privarme de ese espectáculo, que te aseguro que ha despertado en mi corazón una piedad inmensa hacia toda la humanidad

doliente!

—No fue eso lo que quise decir —contestó llorando Rosa—. Si manifesté deseos de que te hubieras ido ya de aquí, fue porque siento que no continúes consagrando todas tus fuerzas a empresas elevadas y nobles... a empresas dignas de ti.

—No hay empresa más elevada, más noble, más digna de mí, más digna del mortal más privilegiado que exista, que luchar para merecer un corazón como el tuyo —replicó el joven, tomando entre las suyas la mano de Rosa—. ¡Rosa... mi Rosa querida!... ¡Hace años, muchos años que te adoro! ¡Hace años que vivo de la esperanza de conquistar honores, para volver a casa lleno de orgullo y jurarte que sólo los ambicioné para tener el placer de compartirlos contigo! ¡Hace años que, mientras sueño despierto, pienso cómo te recordaré, en aquel momento feliz, las mil pruebas silenciosas de cariño que desde niño te vengo dando, y cómo fundaré en ellas mis derechos a tu mano, cual si entre nosotros existiera de antiguo un convenio mutuo, ratificado y sellado! Ese momento no ha llegado aún; pero hoy, sin honores conquistados, antes de ver realizados los sueños de mis años juveniles, vengo a poner a tus pies un corazón que desde hace tanto tiempo es tuyo, y a suplicarte de rodillas que aceptes la ofrenda.

—Siempre ha sido elevada, noble y generosa tu conducta —respondió Rosa procurando adueñarse de la emoción que la agitaba—; como quiera que sabes muy bien que ni soy insensible ni ingrata, vas a oír mi contestación.

—Que trate de merecerte; ¿es ésa la contestación, Rosa querida?

—La contestación es que trates de olvidarme —replicó Rosa—; no como a una amiga fiel, a amiga cariñosa, pues si como amiga me olvidases, me harías sufrir horriblemente, sino como a objeto de tu amor. Tiende tus miradas por el mundo, piensa en los muchos corazones que en él encontrarás dignos de ti, cambia la naturaleza de tu pasión, y encontrarás en mí la amiga más sincera, la más constante, la más cariñosa.

Sobrevino una pausa, durante la cual, Rosa, que con una mano medio ocultaba su rostro, dio rienda suelta a sus lágrimas. Enrique retenía la otra entre las suyas.

—¿No podría saber, Rosa, los motivos que te inducen a adoptar la decisión que acabas de manifestarme? —preguntó Enrique, bajando la voz.

—Tienes derecho a conocerlos —contestó la niña—. Principiaré por decir, que nada de cuanto me digas ha de modificar mi resolución. Se trata de un deber, de una obligación que no puedo menos de cumplir. Sé lo que debo al mundo y a mí misma, Enrique.

—¿A ti misma?

—Sí, Enrique. Faltaría a lo que a mí misma me debo si yo, muchacha sin fortuna y sin amigos, llevando un apellido poco limpio, aceptase una situación que daría a tus amigos y al mundo entero motivo para creer que aproveché sórdidamente tu pasión primera y destruí para siempre con mi enlace las elevadas esperanzas de un porvenir brillante. Además, por ti, por tu familia, que me ha colmado de favores, me opondré siempre a que un impulso de tu natural generoso alce un obstáculo que paralizaría para siempre la carrera que puedes hacer en el mundo.

—Si tus inclinaciones están en armonía con lo que llamas tu deber... comenzó diciendo Enrique.

—No lo están —respondió Rosa cuyas mejillas se cubrieron de vivo carmín.

—¿Luego correspondes a mi amor? ¡Dímelo, Rosa querida, dímelo, y así dulcificarás la amargura de este cruel desengaño!

—Si me fuera dado corresponder sin perjudicar mucho al hombre que amase, habría...

—Habrías recibido de otra manera mi declaración, ¿no es verdad, Rosa? ¡No me ocultes esto al menos!...

—Tal vez —contestó Rosa—. Pero... —añadió, retirando la mano que Enrique había tenido asida—, ¿a qué prolongar esta entrevista dolorosa? Dolorosa sobre todo para mí, aun cuando engendrará su recuerdo una dicha perdurable, puesto que me hará feliz la certeza de que he ocupado en tu corazón el lugar preferente que ahora ocupo, y que en algo he contribuido a que coseches los triunfos que te esperan en la vida, cada uno de los cuales acrecentará mi, valor y mi firmeza. ¡Adiós, Enrique! ¡No volveremos a encontrarnos como nos hemos encontrado hoy; pero lazos de índole distinta de los que han motivado esta conversación nos unirán para siempre, y ojalá las fervientes plegarias nacidas de un corazón recto y cariñoso hagan descender del trono donde se asienta la verdad y la bondad eterna toda clase de bendiciones y de prosperidades sobre ti!

—Una palabra más, Rosa. Quisiera escuchar de tus propios labios las razones a que obedece tu conducta.

—El mundo te brinda un porvenir brillantísimo —respondió Rosa con firme resolución—. Puedes aspirar a todos los altos honores que la vida pública reserva a los que atesoran gran talento y cuentan con poderosos protectores. Pero es que los protectores son orgullosos; y yo no alternaré jamás con los que menosprecien a la madre que me dio el ser, no atraeré el deshonor o el fracaso sobre el hijo de la que ha sido para mí una segunda madre. En una palabra —añadió la joven dando media vuelta para impedir que la vendieran las lágrimas—: hay en mi nombre una mancha que el mundo suele hacer recaer sobre seres inocentes, y con la cual no quiero contaminar a nadie. Yo sola sobrellevaré el peso de mi desgracia.

—¡Una palabra, Rosa, una sola! —exclamó Enrique, cayendo de rodillas—. Si fuera yo menos... afortunado, diría el necio mundo, si mi destino hubiera sido vivir una existencia obscura... si fuera pobre, desgraciado, si no tuviera amigos... ¿me rechazarías de la misma manera? ¿Es la perspectiva de mis riquezas, la probabilidad de los honores que acaso me esperan, la que ha dado nacimiento a esos escrúpulos con respecto a su origen?

—No me obligues a contestar —respondió Rosa—. Te suplico que no insistas si no quieres hacerme sufrir.

—Si tu contestación es como casi me atrevo a esperar —repuso Enrique—, sería a manera de rayo brillante de felicidad que proyectaría alguna claridad sobre mi solitaria vida, y, sobre todo, sobre el penoso y árido camino abierto ante mí. No es pedir mucho solicitar dos palabras que podrían hacer tanto bien a quien te ama sobre todas las cosas. ¡Oh, mi querida Rosa! ¡En nombre de mi amor ardiente e inextinguible, en consideración a todo lo que por ti he sufrido y a todo lo que me resta que sufrir, te conjuro a que contestes esa sola pregunta!

—Contestaré, puesto que te empeñas. Si tu posición hubiera sido otra, si fueras un poquito superior a mí, un poquito, no tanto como lo eres, si yo hubiese podido ser para ti una compañera llena de abnegación y un apoyo y consuelo en una vida retirada y tranquila, en vez de una mancha a los ojos de los grandes y una rémora en tu carrera, no pasaría por la dura prueba por la que paso. Me sobran motivos ahora para considerarme feliz, Enrique, pero aceptando tu proposición, confieso que lo hubiese sido mucho más.

Recuerdos antiguos, esperanzas acariciadas en otros tiempos brotaron pujantes en la imaginación de Rosa al hacer la confesión que queda copiada, pero fueron recuerdos y esperanzas que vinieron acompañados de lágrimas, como ocurre siempre cuando vemos desvanecerse ilusiones que nos son queridas.

—Me es imposible vencer esta debilidad, aunque ella me afirma cada día más y más en mi resolución —añadió Rosa—. Es preciso que nos separemos de una vez —terminó, alargando la diestra a Enrique.

—Deseo que me hagas una promesa —replicó Enrique—. Me reservo el derecho de hablarte otra vez... una sola, que será la última, sobre este particular, dentro... de un año; quizá mucho antes.

—No te obstines en querer alterar mi determinación, pues te prevengo que ha de ser inútil —contestó Rosa sonriendo con amargura.

—Será para que me repitas esto mismo, si tal es tu deseo, para que me lo digas una vez más y con carácter definitivo. Yo pondré a tus plantas mi posición y mi fortuna, sean las que sean: si tú persistes en tu resolución actual, ni con actos ni con palabras intentaré combatirla.

—Está bien —dijo Rosa—. Será renovar la llaga; pero para entonces, espero que habré hecho acopio de fuerzas y podré resistir la prueba con mayor entereza.

Nuevamente ofreció su mano a Enrique; pero éste la atrajo a sus brazos, estampó un beso sobre su hermosa frente y salió presuroso de la habitación.

Capítulo XXXVI
Que será muy breve y parecerá perfectamente inútil, pero que debe ser leído, porque completa el anterior y es la clave de otro que seguirá cuando sean tiempo y sazón

—¿Conque está usted decidido a ser mi compañero de viaje? —Preguntó el doctor, al presentarse Enrique en el comedor, donde se encontraba con Oliver—. ¡No era eso lo que pensaba usted hace dos horas y media! ¡Por supuesto, que ya sé que suele usted cambiar de parecer con más frecuencia que de camisa!

—No me dirá usted lo mismo dentro de pocos días, doctor —contestó Enrique con cierto embarazo que al parecer no tenía motivo justificado.

—Trabajillo le costará convencerme —replicó el doctor—. Ayer por la mañana, sin ir más lejos se ocurre a usted de pronto permanecer aquí, con objeto de acompañar como buen hijo, a su madre a los baños de mar: la misma mañana antes del mediodía, me anuncia que va a hacerme el honor de acompañarme hasta Chertsey, siguiendo el viaje hasta Londres; llega noche, y viene con gran misterio, más interés a rogarme que me vaya solo antes de levantarse la señora de todo lo cual ha resultado que ahí tenemos al pobre Oliver clavado en esa silla, cuando debiera encontrarse corriendo por esas praderas a la caza de fenómenos botánicos de toda clase. Es una desgracia; ¿no es cierto, Oliver?

—Hubiera sentido mucho no encontrarme en casa en el momento de marcharse usted y el señor Maylie —contestó Oliver.

—Es un buen muchacho —observó el doctor—. Pero hablando seriamente, Enrique, ¿obedece su por marcharse a alguna carta recibida de los inmortales?

—Los inmortales —replicó Enrique—, entre los cuales incluye, no me engaño, a mi inmortalísimo tío, no han tenido la dignación comunicarse conmigo desde que llegué aquí, ni es probable que la estación presente, ocurra nada que haga necesaria mi presencia inmediata entre ellos.

—De todas suertes, no puede negarse que es usted un hombre singular. Pero menos mal; es seguro que para las elecciones de Navidad conseguirá usted un puesto en el Parlamento, y que no puede darse preparación mejor para entrar de lleno en la vida política que esa movilidad maravillosa de parecer que le distingue, esos cambios bruscos, esas

transiciones repentinas que forman su carácter. Algo es algo. Bueno es reunir condiciones para cualquier carrera y ejercitarse para obtener el premio, consista éste en un destino en una copa o en una suma de importancia.

Enrique Maylie abrió dos o tres veces la boca como con deseos de hacer alguna observación que probablemente habría sorprendido no poco al buen doctor, pero se contentó con decir:

—¡Veremos... veremos!

Poco después de sostenido este breve diálogo, estaba preparada la silla de posta, Giles daba la última mano al arreglo del equipaje, y el doctor salía de la estancia para ultimar los preparativos de marcha.

—Oliver —dijo Enrique—; necesito decirte cuatro palabras.

Acercóse Oliver al hueco de la ventana obedeciendo a una seña de Enrique, no poco sorprendido al observar la expresión de tristeza que reflejaba el rostro de aquél.

—Creo que has aprendido ya a escribir bien, ¿verdad? —preguntó, poniendo una mano sobre el hombro del muchacho.

—Me parece que sí, señor —contestó Oliver.

—Es probable que pase algún tiempo antes que yo vuelva por aquí, y desearía que me escribieras... cada quince días, por ejemplo... sí, un lunes sí y otro no... dirigiendo las cartas a la Dirección General de Correos en Londres; ¿lo harás así?

—¡Oh!... ¡Con mucho gusto, señor! Será para mí motivo de orgullo obedecer su indicación.

—Deseo tener noticias de... de mi madre y de la señorita Rosa. Procura ser extenso llenando algunas páginas con detalles minuciosos acerca de los paseos que deis, de lo que habléis, sobre todo manifestándome si ella... ellas, quise decir, gozan de buena salud y parecen contentas y felices... ¿Me comprendes?

—Sí, señor, sí; perfectamente.

—Te recomiendo que a nadie hables sobre el encargo que te dejo, pues si mi madre lo supiera, acaso quisiera escribirme con más frecuencia, lo que sería para ella una molestia inútil. Sea esto un secreto entre nosotros y recuerda que deseo saberlo todo: en ti confío, Oliver.

Lleno de orgullo Oliver, respirando satisfacción por todos los poros de su cuerpo, prometió muy formalmente ser discreto y explícito en sus cartas. Enrique Maylie se despidió de él, prometiéndole que se interesaría muy de veras por su suerte y asegurándole que podía contar desde aquel momento con su decidida protección.

El doctor había tomado ya asiento en el carruaje; Giles tenía abierta la portezuela; las criadas estaban en el jardín, curioseándolo todo, y Enrique, no sin dirigir una mirada rápida a la ventana que le interesaba, entró en el coche.

—¡En marcha! —exclamó—. ¡Vivo, vivo... a galope! ¡Hoy necesito volar!... ¡No me conformo con menos!

—¡Eh!... —gritó el doctor bajando presuroso la ventanilla y dirigiéndose al postillón—. ¡Yo no tengo empeño por volar! Me conformo con mucho menos... ¿oye usted?

Partió la silla de posta como una exhalación, no tardando en perderse entre nubes de polvo. Los que la seguían con la vista no se dispersaron hasta después de haberse perdido las nubes en que aquélla iba envuelta.

Hubo, sin embargo, una persona que continuaba con los ojos fijos en el punto por donde desapareciera el carruaje cuando éste se había alejado ya muchas millas. Oculta tras

la cortina blanca de la ventana hacia la cual había vuelto Enrique sus miradas antes de montar en el coche, estaba Rosa, que era la persona a que nos referimos.

—Parece contento y feliz —murmuró la joven, exhalando un suspiro—. Temí que no fuera así, pero felizmente me engañé. ¡Me alegro... me alegro mucho!

Síntomas son las lágrimas de felicidad y contento lo mismo que de tristeza y quebranto; pero las que rodaban por las mejillas de Rosa, mientras sentada junto a la ventana continuaba con la mirada perdida en la dirección que siguiera la silla de posta, más parecían de amargura que de júbilo.

Capítulo XXXVII
Donde el lector encontrará un contraste bastante frecuente en los matrimonios

Volvemos a encontrar al egregio señor Bumble sentado en el salón recibimiento del hospicio-asilo, clavada la mirada en la estufa que, dada la estación, verano riguroso, no lanzaba más fulgores que los producidos por algunos pálidos rayos de sol que venían a quebrarse en su fría y brillante superficie. Pendía del techo una jaulita de papel para moscas, hacia la cual alzaba de vez en cuando sus ojos el bedel, sumido al parecer en pensamientos sombríos, y cuando reparaba en la indiferencia con que los aturdidos insectos revoloteaban alrededor de la jaula, su pecho dejaba escapar un suspiro muy hondo y se ensombrecía más y más su semblante. El señor Bumble meditaba, y parece que las moscas aprisionadas evocaban en su mente tristes recuerdos relacionados con alguna circunstancia dolorosa de su vida.

Y no era la expresión sombría del rostro del bedel lo único indicado para excitar en el pecho de cualquier espectador un sentimiento de melancolía agradable, que sobraban en aquel personaje otros indicios, estrechamente relacionados con su persona, anunciadores de que en su posición se había operado un cambio trascendental. ¿Dónde estaba la levita galoneada? ¿Dónde el famoso tricornio? Cierto que vestía calzón corto y medias negras de algodón, pero el calzón corto que adornaba la parte interior de su cuerpo no era el *calzón*. Largos faldones tenía la levita, y en esto ciertamente parecía a *la levita*. ¡Pero cuán distinta era! Por añadidura, el tricornio imponente, el tricornio majestuoso, había sido reemplazado por un modesto y vulgar sombrero redondo. En una palabra: ¡el buen Bumble no era ya bedel!

Existen en la vida ciertos cargas sociales que, independientemente d las ventajas de orden substancial que reportan, derivan un valor peculiar y una dignidad especial de las levitas y chalecos afectos al cargo en cuestión. Viste el Capitán general hermoso uniforme, sotana morada obispo y usa el bedel tricornio ricamente galoneado; despojad al Capitán general de su uniforme, al obispo de su sotana morada y al bedel de su tricornio, y, ¿qué queda?

¡Hombres... hombres como los demás! Y es que la dignidad, y no pocas veces la santidad, son con harta frecuencia, y en mayor escala de lo que muchos creen, cuestión de traje.

El señor Bumble se había casa con la tierna señora Corney y era director del hospicio-asilo. Otro bedel le había sucedido en su antiguo cargo, y heredado su autoridad, su tricornio, su levitón galoneado y su bastón.

—¡Dos meses mañana! —murmuró Bumble, exhalando un suspiro con el que pareció que salía toda su alma—. ¡Parece que ha pasado un siglo!

Muy bien podían significar las palabras de Bumble que todo un siglo de felicidad se

había concentrado en el breve lapso de ocho semanas; pero aquel suspiro... ¡aquel suspiro significaba mucho más!

—Me vendí —continuó el señor Bumble, siguiendo el hilo de sus pensamientos— por seis cucharillas de té, una tenacilla de azúcar y una lechera... más algunos muebles muy usados y veinte libras esterlinas en metálico... ¡Barato... horriblemente barato!

—¡Barato! ¿eh? —gritó una voz agria en su mismo oído—. ¡Tenga usted entendido, señor mío, que por muy poco que por usted hubieran pagado, habrían hecho un mal negocio! ¡Vale usted bastante menos de lo que yo pagué... bien lo sabe Dios!

Volvió la cabeza el señor Bumble, y tropezó con el rostro de su dulce mitad, la cual, aunque no había escuchado más que las palabras últimas de su esposo, y como consecuencia, sólo de una manera imperfecta pudo comprender su significado, aventuró las palabras que acababa de leer el lector, las que no dejaban de venir al caso.

—¡Querida mía! exclamó Bumble con ternura sentimental admirablemente fingida.

—¿Qué hay? —preguntó la dama.

—Ten la bondad de mirarme a la cara —dijo Bumble, clavando los ojos en los de su cara mitad.

—Si resiste esta mirada —pensó el buen bedel para su capote—, es capaz de resistirlo todo. Jamás dejó de producir efecto en los pobres; si en mi mujer no lo produce, ¡adiós para siempre mi autoridad!

Puede que una mirada cualquiera baste para intimidar a los pobres, los cuales, por lo mismo que están pésimamente alimentados, suelen adolecer de defecto de entereza varonil; puede que la ex señora de Corney estuviera hecha a prueba de miradas de águila; asunto en ése opinable, acerca del cual me abstendré de dar una decisión; lo que sí aseguro, es que la matrona, lejos de intimidarse, midió a Bumble de arriba abajo, y luego de abajo arriba, con una mirada que respiraba desdén, y hasta se permitió soltar una risotada muy significativa.

La expresión del rostro del bedel al oír la carcajada fue de incredulidad al principio, y luego de estupefacción. No sabiendo qué partido adoptar, resolvió entregarse de nuevo a sus reflexiones, de las que no despertó hasta que sonó en sus oídos la voz estridente de su dulce compañera.

—¿Piensas estar ahí roncando como un becerro todo el día? —preguntó aquélla.

—Pienso permanecer aquí todo el tiempo que tenga por conveniente, señora —replicó el señor Bumble—; *no estoy roncando* en este momento, pero roncaré, toseré, estornudaré, reiré o lloraré, según me venga en gana, porque a ello me da derecho mi prerrogativa.

—¡Tu prerrogativa! —exclamó la dama con sorna.

—Mi prerrogativa, sí; la prerrogativa del hombre es mandar.

—¿Y la prerrogativa de la mujer? ¿Cuál es? ¿Tiene el señor la bondad de decírmelo?

—¡Obedecer, señora, obedecer! ¡Su difunto marido debió habérselo enseñado así, y quién sabe si aun viviría!... ¡Cuánto daría yo porque viviera!... ¡Pobre señor!

Comprendiendo la señora Bumble que había llegado el momento decisivo, que en aquel punto y hora se decidiría de modo irrevocable quién de los dos empuñaba el cetro de la autoridad doméstica, y que para conquistar ésta precisaba dar un golpe que fuese final y concluyente, no bien sonó en sus oídos la delicada alusión a su difunto marido, se dejó caer sobre una silla, y diciendo a grito herido que el señor Bumble era un bruto sin corazón ni conciencia, rompió a, llorar desaforadamente jamás encontraron las lágrimas el camino que conducía al corazón de Bumble, sencillamente porque la víscera indicada, si es que

realmente existía en el pecho del ex bedel, se encontraba protegida con tres o cuatro capas perfectamente impermeables. De la misma manera que los sombreros de hule brillan y lucen más cuanto mayor es la cantidad de agua que reciben, así los nervios de Bumble ganaban vigor y fortaleza cuando más desecha era la tempestad de lágrimas que se les venía encima, fenómeno muy natural, pues las lágrimas, a la par que prendas de debilidad, son confesiones tácitas de sumisión, y reconocimiento, también tácito, de la autoridad de la persona que, en circunstancias como las presentes, las provoca. Bumble, pues, contento y satisfecho de sí mismo, dijo a su cara consorte que la aconsejaba que llorase mucho, hasta caer rendida, toda vez que la ciencia médica aseguraba que el ejercicio no podía ser más sano.

—Ensancha los pulmones —añadió—, lava la cara, ejercita los ojos, suaviza el carácter y baja los humos. Mi mayor alegría, será verte llorar eternamente.

Pronunciadas estas palabras, Bumble tomó el sombrero de la percha, se lo encasquetó de lado como hombre orgulloso por haber afianzado de una vez y para siempre su autoridad, metió ambas manos en los bolsillos y echó a andar hacia la puerta, contoneándose con aire jocoso y retozón.

Pero era el caso que la ex viuda Corney había apelado al registro de las lágrimas porque entendió que era más cómodo que un asalto material, pero dispuesta y siempre preparada a recurrir a lo segundo, si la obligaban, como no tardó el señor Bumble en descubrir.

La primera prueba la recibieron los oídos de Bumble en forma de ruido sordo, seguido inmediatamente por el vuelo del sombrero que partió desde su cabeza hasta el rincón más lejano de la estancia. Desnuda la cabeza del buen bedel como consecuencia del procedimiento preliminar apuntado, la experta matrona le agarró con una mano por el cuello, y con la otra le propinó una lluvia torrencial de golpes, con vigor poco común y acierto maravilloso. En su deseo de variar el ejercicio, a los puñetazos sucedieron sendos arañazos que dejaron en la cara de eximio Bumble caprichosos dibujos, matizados con tirones de pelo que aclararon un poco el que cubría su cuero cabelludo; luego creyó que el castigo correspondía la magnitud de la ofensa, derribó de un empellón sobre una silla, que afortunadamente recogió su cuerpo y le desafió a que en su vida volviera a hablar de prerrogativas maritales si se atrevía.

—¡De pie y largo de aquí, si no quieres que apele al recurso extremo! —gritó la matrona con voz autoritaria.

Bumble se levantó con aire compungido y preguntándose mentalmente qué entendería su mujer por cursos extremos. Recogió del su sombrero y volvió sus ojos a la puerta.

—¿Te vas? —preguntó la señora.

—¡Enseguida, querida mía, enseguida! —respondió con acento meloso Bumble—. La verdad... no fue mi intención... ¡Ya me voy, querida, ya me voy! Estás hoy un poquito violenta y yo...

Avanzó en aquel instante la señora Bumble unos pasos con ánimo de extender la alfombra que se había arrugado en la lucha, lo que bastó para que su marido saliera presuroso sin terminar la frase y dejando a su señora completamente dueña del campo.

La sorpresa de Bumble había sido grande, casi tan grande como la paliza recibida. Hombre propenso por temperamento a la matonería, aficionado al ejercicio de las pequeñas crueldades, que le proporcionaban un placer inmenso, era, como comprenderá el lector, un perfecto cobarde. Y cuenta que no me propongo con esta observación echar un borrón

sobre su carácter, pues son muchas las personas que desempeñan altos cargos oficiales, a quienes se respeta y teme, que son víctimas de debilidades de la misma índole. Más que con ánimo de perjudicarle, hice la observación con el propósito de favorecerle y a fin de que el lector se penetre muy bien de su aptitud en el desempeño de las funciones de su cargo.

Mayores habían de ser todavía sus humillaciones. Después de dar una vuelta por el hospicio—asilo y de ocurrírsele por vez primera en su vida el pensamiento de que las leyes que regulaban la vida de los pobres eran excesivamente rígidas y de que los maridos que abandonaban a sus tiernas esposas dejándolas a cargo de la parroquia no deberían, en justicia, ser castigados, antes bien recompensados como beneméritos que habían sufrido mucho, volvió el señor Bumble a la estancia en la que de ordinario estaban las pobres encargadas del lavado de ropa del asilo, de donde partía rumor de voces enzarzadas en animada conversación.

—¡Hum! —murmuró el antiguo bedel, adoptando toda su dignidad nativa—. ¡Al menos esas mujeres continuarán respetando la prerrogativa! ¡Eh!... ¡Eh! —gritó—. ¿Qué significa ese ruido, brujas condenadas?

Barbotando estas palabras cariñosas abrió la puerta y penetró con fiero continente y ceño adusto en la habitación, fiereza que se trocó en humildad y ceño que se convirtió en dulce sonrisa no bien sus ojos tropezaron con la persona de su cara mitad, que se encontraba en el centro del grupo.

—¡Querida mía! —exclamó—. Ignoraba que estuvieses aquí.

—¿Ignorabas que estuviese aquí? —replicó la matrona—. ¿Y qué se le ha perdido a usted en este sitio?

—Se me figuró que hablaban aquí demasiado para que no se resintiera el trabajo —respondió Bumble, mirando de soslayo a dos viejas que exteriorizaban la maravilla que les producía la humildad del director del establecimiento.

—Conque te parecía que hablaban demasiado, ¿eh? ¿Y te importa algo eso?

—Yo creo... amiga mía... entiendo...

—Repito: ¿te importa algo que hablen o no?

—Confieso, querida mía, que el ama eres tú... pero creí que no estarías aquí y...

—¡Óigame usted bien, señor Bumble! Aquí no hace usted maldita la falta. Es usted muy aficionado a meter la nariz donde no debe, a presentarse donde no le llaman, sin pensar que todo el mundo se ríe de usted apenas vuelve la espalda, sin tener en cuenta que da motivos sobrados para que le llamen imbécil a todas las horas del día y de la noche... ¡Largo de aquí!

El buen Bumble, reparando con dolor lacerante en la expresión de júbilo que reflejaban las arrugadas caras de las dos viejas y en los guiños significativos que se dirigían, titubeó, como no decidiéndose a marcharse, pero su mujer, cuyo fuerte parece que no era la paciencia, cogiendo una vasija llena de agua de jabón, le indicó la puerta, amenazándole en caso contrario con arrojar el líquido sobre su majestuosa persona.

¿Qué podía hacer Bumble? Tendió alrededor una mirada de desesperación y salió, entre las risotadas de las viejas, que no pudieron contener ya su hilaridad. ¡Era lo único que le faltaba para que el calvario fuera completo! Veíase deshonrado a sus ojos, degradado públicamente, despojado de su autoridad ante los mismos asilados, derribado desde las alturas del importante cargo de bedel hasta el abismo sin fondo de la más baja de las abyecciones, convertido de orondo director de la casa, en despreciable Juan Lanas.

—¡Y todo en dos meses! —murmuró Bumble, presa de lúgubres ideas—. ¡Dos meses! ¡Dos meses atrás era yo dueño absoluto, no ya sólo de mi persona, sino también de

todo aquel que tuviera algo que ver con el hospicio-asilo parroquial; y ahora...!

¡Aquello era demasiado! El señor Bumble obsequió con un tirón de orejas brutal al muchacho que se adelantó a abrirle la puerta, y salió a la calle.

Nervioso, agitado, recorrió calle tras calle hasta que el ejercicio calmó la primera explosión de su dolor, después de lo cual, la revulsión de sus sentimientos despertó en él una sed rabiosa. Pasó sin detenerse frente a varias tabernas, y al fin encontró una en cuyo interior, según pudo observar mirando recatadamente por la ventana, no había más que un parroquiano. La lluvia, que principió a caer en aquel momento, acabó de decidirle. Entró; y al cruzar frente al mostrador, mandó que le sirviesen algo de beber y se dirigió a la sala que había reconocido desde la calle.

El individuo que allí encontró era moreno, alto y usaba capa. Tenía trazas de extranjero y parecía, a juzgar por el cansancio que revelaba su expresión y por el polvo que cubría su vestido, que acababa de hacer un largo viaje. Dirigió una mirada oblicua a Bumble al entrar éste, y apenas si se dignó contestar con una inclinación de cabeza al saludo que el ex bedel le dirigió.

La desatención no afectó gran cosa a Bumble, quien tomó asiento, bebió sin despegar los labios el vaso de ginebra mezclado con agua que le sirvieron, y comenzó a leer el periódico con aire de suprema dignidad.

Ocurrió, sin embargo, lo que casi siempre ocurre cuando se encuentran dos hombres desconocidos en circunstancias análogas, es decir, que el señor Bumble, de vez en cuando, sentía comezón irresistible de mirar furtivamente a su compañero de taberna, y cuantas veces cedía a la tentación, había de bajar los ojos con cierta confusión, porque encontraba fija en él la mirada del desconocido. Vino a aumentar la torpeza y azoramiento del señor Bumble la expresión peculiar de los ojos del desconocido, brillantes y de mirar perspicaz, pero a la par reflejando recelos y desconfianzas.

Varias veces se habían tropezado las miradas de entrambos, cuan el desconocido preguntó con voz dura y aguardentosa:

—¿Me buscaba usted por ventura cuando asomó las narices por la ventana?

—Que yo sepa, no; a no ser que sea usted el señor...

Bumble, que sentía curiosidad por conocer el nombre del desconocido calló, esperando que aquél, en su impaciencia, completaría la frase.

—Veo que no me buscaba a mí —contestó el desconocido con expresión irónica—; pues de buscarme mí, conocería mi nombre. Ignora usted quién soy, y le aconsejo que intente averiguarlo.

—No es mi intención hacer a usted daño alguno, joven —dijo Bumble con expresión de gran majestad.

—Ni sé que me haya hecho ninguno —replicó el desconocido.

Siguió una pausa, que al cabo un rato interrumpió otra vez el desconocido.

—Si no me equivoco, no es esta vez primera que le he visto a usted. Vestía usted otro traje y no le vi más que al paso en la calle, un segundo, pero no necesito más para recordarle. Era usted bedel; ¿es cierto?

—En efecto —respondió Bumble sin poder ocultar su sorpresa—; bedel del parroquial.

—Eso es; y ahora, ¿qué es usted?

—Director del hospicio-asilo —contestó Bumble con acento de solemnidad, a fin de poner coto a familiaridades posibles del desconocido—. Director del establecimiento joven.

—No dudo que velará por sus intereses con tanto celo como siempre —repuso el

desconocido, dirigiendo a Bumble una mirada penetrante—. No tenga reparo en contestarme con franqueza absoluta, buen hombre que le conozco perfectamente.

—Siempre he creído que un hombre casado —contestó Bumble, colocando sobre los ojos una mano a guisa de pantalla y examinando con inquietud visible de pies a cabeza a su interlocutor—, debe estar tan atento a ganarse honradamente un chelín como cuando era célibe. No están tan bien retribuidos los funcionarios parroquiales para que desdeñen un sobresueldo, siempre que se les ofrezca ocasión de ganarlo decente y honradamente.

Sonrió el desconocido e hizo un movimiento de cabeza que parecía significar que no se había engañado, y llamó seguidamente.

—Llene usted ese vaso de algo que sea fuerte —dijo, alargando el de Bumble al mozo que acudió al llamamiento—. ¿No es así como le gusta?

—Demasiado fuerte no —contestó Bumble, tosiendo ligeramente.

—¿Me has oído, muchacho? —preguntó el desconocido con sequedad.

Sonrió el mozo, desapareció, y un momento después volvía con un líquido cuyo primer sorbo hizo saltar las lágrimas a Bumble.

—Présteme usted atención —dijo el desconocido, después de haber cerrado la puerta y la ventana de la estancia—. Vine hoy a esta población con objeto de buscarle a usted, y por una de esas casualidades que el diablo depara algunas veces a sus amigos, llega usted a esta taberna cuando más pensaba yo en su persona. Necesito que me facilite usted unos datos que, aun cuando apenas si tienen importancia, estoy dispuesto a pagarle. Tome usted esto para hacer boca.

Acompañando la acción a la palabra, alargó a su interlocutor dos soberanos en forma recatada, cual si deseara que el retintín de las monedas no llegase fuera. Luego que Bumble las hubo examinado diligentemente para cerciorarse de que eran de buena ley y guardado en el bolsillo, prosiguió el desconocido:

—Dirija usted una mirada retrospectiva... evoque recuerdos pasados... ¡A ver!... ¡A ver!... Doce años hizo el invierno pasado...

—Larga es la fecha —contestó Bumble—; pero no importa.

—La acción tiene lugar en un hospicio-asilo.

—Muy bien.

—Es de noche.

—Adelante.

—Y la escena, esas huroneras repugnantes donde mujeres sin ventura dan vida y salud... de que ellas carecen las más de las veces, echando al mundo niños destinados a pesar sobre la parroquia y yendo a ocultar su vergüenza... ¿para qué servirá la vergüenza? yendo a ocultar su vergüenza a la sepultura.

—Si no entiendo mal, se refiere usted a la sala de partos.

—Sí. En esa sala nació un niño.

—En esa sala han nacido muchos niños —replicó Bumble.

—¡Me importa un comino todos los diablillos que allí hayan nacido! —exclamó con impaciencia el desconocido—. Hablo de uno determinado, de un cachorro de aspecto manso y cara pálida, que fue aprendiz de un fabricante de ataúdes... ¡Lástima que no hubiera fabricado uno para el aprendiz y encerrado dentro su maldito cuerpo!... y de quien se supone que al cabo de algún tiempo huyo a Londres.

—¡Habla usted de Oliver... de Oliver Twist! —exclamó Bumble—. Le recuerdo perfectamente, claro. ¡Pillete! más testarudo no lo he visto en los días de mi vida!

—Tampoco me interesa saber nada de lo que usted pueda decirme a su propósito,

pues he oído hablar de él más de lo que quisiera —replicó el desconocido interrumpiendo la letanía de atrocidades que se disponía a decir del pobre Oliver.

—Se trata de una mujer: de la bruja que cuidó a su madre. ¿Dónde está?

—¿Qué dónde está? —preguntó con aire socarrón Bumble—. Ha debido quedar cesante, pues en el lugar al que fue no ejercen funciones las parteras.

—¡Hable usted claro! —¿Qué quiere decirme?

—Que murió el invierno pasado.

Clavó el desconocido sus miradas en Bumble al oír la respuesta anterior, y aunque sus ojos persistieron un buen rato sin variar de dirección, la mirada fue perdiendo gradualmente expresión hasta quedar como perdida. El interlocutor de Bumble pareció sumirse en hondas cavilaciones, sin que de su expresión fuera fácil colegir si la noticia le alegraba o le contrariaba, pero al fin respiró con mayor libertad, animóse su mirada, dijo que aquello era demasiado poco y se levantó como con ánimo de marcharse.

Era Bumble sobrado ladino para comprender que se le venía a las manos una ocasión de sacar buen partido del secreto que poseía su cara mitad. Recordó inmediatamente la noche en que murió la vieja Sara, y a fe que tenía motivos poderosos para recordarla, pues fue la de feliz recordación en que declaró sus ansias amorosas a la señora Corney. Nunca había llevado la dama su confianza hasta el punto de alzar el velo que ocultaba una escena de la que fuera ella el único testigo, pero sí dicho algunas palabras que indicaban que la vieja enfermera del establecimiento había revelado algo relacionado con la madre de Oliver Twist. Para Bumble fue obra de un momento acoplar los datos y reunir los recuerdos, hecho lo cual, manifestó con aire misterioso al desconocido que conocía a una mujer que estuvo encerrada con la bruja en cuestión momentos antes de su muerte y que casi se atrevía a asegurar que la referida mujer podría arrojar alguna luz sobre el punto que deseaba investigar.

—¿Cómo puedo encontrar a esa mujer? —preguntó el desconocido, olvidando su reserva y evidenciando palpablemente que la noticia había despertado de nuevo su temor.

—Únicamente por mediación —contestó Bumble.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—A las nueve de la noche puso el desconocido, sacando pedazo de papel y escribiendo unas señas con mano agitada—. A las nueve de la noche tráigala usted al sitio indicado en este papel. No necesito recomendar a usted el secreto pues se lo recomienda su propio interés.

Dichas las anteriores palabras, encaminóse a la puerta, después detenerse frente al mostrador tiempo necesario para pagar el consumo hecho, y seguidamente, luego que manifestó a Bumble que los caminos que debían seguir respectivamente eran diferentes, marchó sin más ceremonias.

El funcionario parroquial vio que se le citaba en un paraje solitario, en una casa sita a orillas del río pero sin que en las señas que en mano conservaba constase el nombre del sujeto de quien acababa despedirse. Como éste se había alejado poco, corrió en su alcance.

—¿Qué quiere usted? —preguntó el desconocido, volviéndose bruscamente al sentir que Bumble le tocaba en un hombro—. ¡Me está siguiendo!

—Para hacerle una pregunta, —contestó Bumble mostrando el pedazo de papel—. ¿Por quién he preguntar?

—¡Por Monks! —respondió desconocido, alejándose precipitadamente.

Capítulo XXXVIII
Hace historia de lo que pasó entre el matrimonio Blumble y Monks en la entrevista nocturna

Era una noche de verano calurosa, obscura, nublada. Las nubes, que durante el día habían amenazado tormenta, esparcidas por el cielo en forma de espesas y pesadas masas de vapor, enviaban a la tierra resecada anchas gotas de agua que parecían presagio de una tormenta deshecha. No convidaba a pasear la noche; pero, esto no obstante, el matrimonio Bumble se había lanzado a la calle y se dirigía, después de dejar la calle principal de la población, hacia un caserío ruinoso, distante sobre milla y media del núcleo de aquélla, emplazado en un terreno pantanoso y malsano, a orilla del río.

Ambos vestían trajes muy usados y deteriorados que quizá obedecían al objetivo doble de defenderse contra la lluvia y de burlar la observación de que pudieran hacerles objeto. Llevaba el marido una linterna, de la que no salía un solo hilo de luz, y caminaba delante, sin duda para preparar el camino a su mujer, pues, como más que camino, parecía lodazal inmundo, no dejaba de ser una ventaja poder sentar sus pies sobre las anchas pisadas que aquél iba dejando. Caminaban sin pronunciar palabra. De tanto en tanto moderaba el paso el señor Bumble y volvía la cabeza para asegurarse de que su cara mitad le seguía, y al ver que la llevaba pegada a los talones, aumentaba la velocidad de la marcha. Ambos se aproximaban por momentos al término de su expedición.

No era el objetivo de su viaje uno de esos lugares de reputación dudosa, pues desde antiguo se le conocía generalmente como cuartel general de los rufianes de más baja ralea, guarida de los criminales más peligrosos y centro de las gentes de pésima condición que, pretextando vivir de su trabajo, tenían como principal recurso el robo y el crimen. El caserío lo formaban una colección de míseras barracas, construidas unas a la ligera con ladrillos sueltos, y con maderas viejas otras, sin orden alguno, y emplazadas, en su mayor parte, a muy pocos pies de distancia de la orilla del río. Algunos botes averiados, medio hundidos en el fango y sujetos a la especie de muelle que bordeaba el lodazal, juntamente con algún que otro remo o cable, parecían indicar a primera vista, que los moradores de aquellos parajes tenían sus ocupaciones en el río; pero bastaba dirigir una mirada a los diversos objetos allí expuestos para adivinar, sin grandes esfuerzos de imaginación, que aquellos utensilios inútiles y fuera de servicio, más que para ser empleados en algo, estaban allí para salvar las apariencias.

En el centro de aquella agrupación monstruosa de covachas, a la orilla misma del río, alzábase un gran caserón, fábrica de algo en tiempos mejores, donde probablemente encontrarían ocupación los habitantes del caserío. Su estado ruinoso databa ya de mucho tiempo. Las ratas, los gusanos y la acción de la humedad habían debilitado y podrido los pies derechos de madera que al edificio servían de cimientos, y gran parte de aquél se habían venido abajo y estaba sumergida en el agua. La que conservaba su posición... bastante modificada, pues presentaba una inclinación decidida sobre el río, parecía no esperar más que una ocasión favorable para seguir el ejemplo de la parte desaparecida, compartiendo su suerte.

Frente a este edificio en ruinas es donde fueron a detenerse los dignos paseantes nocturnos, precisamente cuando el trueno comenzaba a retumbar a lo lejos y la lluvia a caer con fuerza.

—Debe ser por aquí —dijo Bumble, consultando el pedazo de papel que llevaba en la mano.

—¿Quién va? —preguntó una voz.

Bumble alzó la cabeza y vio a un hombre asomado a una ventana del segundo piso.

—¡Esperen un momento! —repuso la voz—. Bajo enseguida.

El hombre desapareció por la ventana cerrando las maderas de la misma.

—¿Es ése el que buscamos? —preguntó la dulce compañera de Bumble.

—Sí.

—Entonces, ten muy presente lo que voy a recomendarte —dijo la dama—. Habla todo lo menos que te sea posible, pues de lo contrario, vas a vendernos a las primeras palabras.

Bumble, que no cesaba de dirigir al edificio miradas de inquietud, se disponía probablemente a manifestar sus dudas acerca de la conveniencia de seguir la aventura, cuando se lo impidió la presencia de Monks, quien apareció en la puerta y les indicó que pasaran.

—¡Vamos! —gruñó con impaciencia—. ¿Piensan tenerme aquí eternamente?

La mujer, que fue la que mayor vacilación reveló en el primer momento, entró resueltamente sin esperar nuevas instancias, y Bumble entonces, fuera que sintiese vergüenza, fuera que temiese quedarse solo, siguió a su cara mitad, con repugnancia, es verdad, y sin conservar ni rastros de aquella dignidad y prosopopeya que fueron siempre sus características principales.

—¿Qué demonios hace usted ahí, clavado en el lodo y con la boca como un papanatas? —preguntó Monks a Bumble, cerrando la puerta luego que aquél entró.

—Estábamos... estábamos tomando el fresco —respondió Bumble, mirando a su interlocutor con miedo manifiesto.

—¡Tomando el fresco! —replicó Monks—. Toda el agua que ha caído desde que existe el mundo, y la que caerá hasta el día del juicio, no es bastante para apagar el infierno ardiente que puede encerrar un hombre en su pecho. ¡No es empresa fácil refrescarlo a usted, amigo! ¡Téngalo por seguro!

Pronunciadas estas palabras tan agradables, Monks se encaró bruscamente con la matrona y fijó en ella una mirada tan amenazadora, que aquélla, no obstante ser de las que difícilmente se acobardaban, hubo bajar los ojos y clavarlos en el suelo.

—Es ésta la mujer ¿no? —preguntó Monks a Bumble.

—Sí —contestó Bumble, acordándose de las recomendaciones de su esposa.

—¿Es que cree usted que las mujeres no podemos guardar secreto —preguntó la matrona, devolviendo a Monks las miradas escrutadoras que éste le dirigía.

—Sé, por lo menos, que siempre guardan un *secreto*, hasta que el diablo lo descubre —contestó Monks con displicencia.

—¿Qué secreto es ése? —inquirió la dama en el mismo tono.

—El del naufragio de su reputación —replicó Monks—. He aquí por qué no temo confiar a una mujer un secreto que puede conducirla a la horca o a galeras, seguro de que a nadie ha de revelarlo. ¡Ah, sí! ¿Va usted comprendiendo?

—No —contestó la matrona, ruborizándose ligeramente.

—¡Ah, claro! —exclamó Monks con expresión de ironía—. Natural el que no lo entienda.

Después de dirigir a sus visitantes una sonrisa que tenía tanto de sardónica como de amenazadora, y repitiéndoles que le siguiesen, Monks atravesó con paso rápido una pieza muy extensa, pero de techo sumamente bajo. Iba a tomar el primer peldaño de una escalera que conducía a los visos superiores, cuando le cegó el cárdeno fulgor del relámpago, al que

siguió el tableteo de un trueno, que conmovió el edificio hasta en sus cimientos.

—¡Han oído! —exclamó Monks, retrocediendo asustado—. ¡Han oído! ¡Oyen ese trueno que parece eco monstruoso repetido por mil cavernas, donde se esconden millones de demonios! ¡Me horripilan esos truenos!

Guardó Monks algunos instantes de silencio, y como luego separase bruscamente las manos con que ocultaba su rostro, Bumble pudo observar, no sin sobresalto, que sus facciones estaban lívidas y descompuestas.

—Me dan alguna que otra vez estos accesos —dijo Monks observando la expresión de alarma de Bumble—. Con frecuencia los provocan los truenos, pero no hagan caso: ya pasó.

Apenas terminó de hablar, continuó subiendo por la escalera, entró en una habitación, cuyas maderas se apresuró a cerrar, y descolgó una linterna suspendida de una de las vigas del techo. Los reflejos inciertos de aquella luz cayeron sobre una mesa y tres sillas desvencijadas que había debajo.

Una vez sentados, dijo Monks:

—Cuanto antes hablemos del asunto, mejor. Supongo que esta mujer sabrá ya de qué se trata, ¿no es cierto?

A Bumble iba dirigida la pregunta, pero fue su señora la que contestó, anticipándose a su marido, que estaba en autos de todo.

—¿Es verdad que, la noche que se fue a los infiernos aquella bruja, habló usted con ella, y oyó de sus labios algo...?

—Sobre la madre del niño que usted nombró; sí —contestó la matrona, interrumpiendo a Monks.

—Pues ahí va mi primera pregunta: ¿qué fue lo que aquella vieja dijo?

—Esa pregunta debe ocupar el segundo lugar —replicó con intención la dama; la primera debe ser ésta: ¿Cuánto me valdrá la revelación?

—¿Y quién diablos puede decir lo que valdrá, sin antes saber en qué consiste? —objetó Monks.

—Nadie mejor que usted; eso es indudable —dijo la señora Bumble dando una vez más pruebas de aquella resolución y presencia de espíritu que tan a costa suya conocía su marido.

—¡Hum! —rezongó Monks, mirando a su interlocutora con avidez—. Hay el propósito de ganar dinero, ¿eh?

—Es posible —respondió la dama con calma y compostura.

—Se trata de una cosa que le fue robada... —dijo Monks—; de algo que llevaba... y que...

—No continúe usted —interrumpió la señora Bumble—. Con lo que acaba de decirme tengo bastante para saber que es usted el hombre a quien tenía que dirigirme.

Bumble, a quien su cara mitad no había comunicado detalle alguno acerca del secreto, escuchaba el diálogo con el cuello tendido y los ojos desmesuradamente abiertos, que dirigía ora hacia su mujer, ora hacia Monks, revelando un asombro que ni cuidaba de disimular, asombro que tomó mayores vuelos cuando oyó que el segundo preguntaba con dureza qué suma exigía por la revelación.

—¿Cuánto vale para usted? —preguntó la señora Bumble.

—¡Vaya usted a saber! Pudiera ser que nada, pudiera ser que veinte libras. Hable usted pronto si quiere que lo sepa.

—Añada cinco libras a la suma que usted ha mencionado, y asunto concluido.

Entrégueme veinticinco libras; y le revelaré lo que sé.

—¡Veinticinco libras! —exclamó Monks retrocediendo un paso.

—He hablado con cuanta claridad me ha sido posible. Me parece que la cantidad no es exagerada.

—¡Que no es exagerada, tratándose de un secreto insignificante, que acaso me resulte perfectamente inútil! —gritó Monks con impaciencia—. ¡Un secreto muerto y enterrado desde hace más de doce años!

—Son asuntos que tienen espera y que, semejantes al buen vino, aumentan en valor con el tiempo —replicó la matrona, sin abandonar el tono de indiferencia que desde el principio de la conversación había adoptado—. Por lo demás, muertos ha habido que después de permanecer enterrados muchísimos años, se han levantado de sus tumbas para contar historias muy singulares.

—¿Y si pago lo que nada vale? —preguntó Monks, vacilante.

—No le será difícil recobrar su dinero. Mujer soy sola... y sin amparo de nadie.

—¡Sola no, querida mía, y sin amparo tampoco! —murmuró Bumble con voz que el miedo hacía temblar—. Me tienes a mí, querida; fuera de que el señor Monks es demasiado caballero para cometer violencias con funcionarios parroquiales. Sabe perfectamente el señor Monks que no soy un niño, sino más bien un hombre duro de pelar, y un funcionario resuelto, dotado de fuerzas prodigiosas y peligroso cuando monto en cólera. Conque monte un poquito en cólera, no necesito, más.

Mientras hablaba, el señor Bumble hizo ademán de blandir la linterna con fiereza, pero el miedo que su rostro reflejaba pregonaba bien a las claras que le hacía falta montar *mucho* en cólera, y *no poquito*, para atreverse a algo, no tratándose de asilados, con los cuales era *bravo* como el que más.

—Eres un estúpido que debería guardarse la lengua en el bolsillo —observó la señora Bumble.

—Y aun hubiera sido preferible que se la cortase antes de venir aquí, si no sabe hablar con voz más baja —dijo Monks—. ¿Conque ese hombre es su marido?

—¡Mi marido él!... —exclamó la dama, esquivando la contestación.

—Me lo figuré cuando vinieron —repuso Monks, sorprendiendo la mirada furiosa que la señora dirigió a su Juan Lanas—. ¡Tanto mejor! Prefiero tratar con dos personas que, si parecen distintas, no tienen más que una voluntad. Hablo muy serio, quiero llevar adelante el negocio y aquí está la prueba.

Esto diciendo, echó mano a un bolsillo interior, sacó un saquito de lona, contó veinticinco libras, y las colocó apiladas sobre la mesa frente a la mujer.

—Guárdelas usted; y cuando hay resonado ese maldito trueno que amenaza estallar sobre la casa, me contará la historia.

El trueno retumbó en efecto, por cierto mucho más cerca que los anteriores, y una vez se restableció silencio, Monks se aproximo a dama para no perder palabra de lo que ésta tuviera que decirle. Casi se tocaban las caras de los tres personajes, pues los dos hombres habían alargado los cuellos para oír mejor, y la mujer hizo otro tanto con el suyo, a fin de hacer la narración con voz muy queda. La luz incierta que la linterna suspendida de la viga derramaba sobre sus cabezas, intensificaba la palidez y la expresión inquieta de sus rostros. Cercados de oscuridad por todas partes, más que seres de carne y hueso parecían fantasmas.

—Cuando murió aquella vieja que llamábamos Sara —comenzó diciendo la señora Bumble—, estábamos solas ella y yo.

—¿No habría por las inmediaciones alguna otra persona? —preguntó Monks con voz que parecía un suspiro—. ¿Alguna vieja maldita en otra cama? ¿Alguna enferma idiota que escuchase acaso?...

—Nadie absolutamente —replicó la mujer—. Estábamos solas. Yo, y nadie más que yo, me encontraba junto a su cuerpo cuando sobrevino la muerte.

—Muy bien —contestó Monks—. Adelante.

—La moribunda me habló de una joven que años antes había dado a luz a un niño, no sólo en la misma habitación, sino también en la misma cama en que ella moría.

—¡Cristo! —exclamó Monks temblando—. ¡Qué caprichosa es la casualidad!

—El niño era el mismo de quien anoche habló éste —añadió la matrona, señalando con indiferencia a su marido—. La madre fue robada por la enfermera.

—¿Estando viva? —preguntó Monks.

—Después de muerta —contestó la señora Bumble, estremeciéndose ligeramente—. Robó a la difunta, cuando apenas era cadáver, lo que la madre le había suplicado que guardase para su hijo.

—¿Y lo vendió? —preguntó Monks con ansiedad—. ¿Lo ha vendido? ¿Dónde? ¿A quién? ¿Cuándo ¿Cuánto tiempo hace?

—No bien me confesó, por cierto con gran dificultad, que había cometido el robo, quedó muerta.

—¿Sin decir más? —exclamó Monks con voz ahogada—. ¡Mentira! ¡A mí no se me engaña! ¡Soy perro viejo! ¡Habló más! ¡Algo más dijo, y yo quiero saberlo, yo lo sabré, aunque haya de arrancarles a los dos las palabras con la vida!

—No dijo ni una palabra más —replicó la dama sin muestras de temor, no ocurriendo lo propio con Bumble, a quien llenaron de espanto las frases airadas de Monks—. La vieja agarró con fuerza mi vestido no bien pronunció las palabras que acabo de repetir, y cuando a viva fuerza logré desasir su mano, hallé que entre los dedos agarrotados tenía un pedazo de papel.

—¿Qué era? —preguntó Monks.

—Poca cosa: una papeleta del Monte de Piedad.

—¿De qué objeto?

—Lo sabrá usted a su tiempo. Yo creo que la vieja había conservado por espacio de bastante tiempo el objeto, a fin de sacar mejor partido, concluyendo por empeñarlo. Parece que fue reuniendo dinero para pagar anualmente las renovaciones del empeño, evitando perder el objeto, por si se le presentaba ocasión de utilizarlo. La ocasión no se presentó, y conforme acabo de manifestar, la vieja murió con la papeleta, arrugada y sucia, en la mano. La renovación debía haber sido hecha dos días antes; y por si el objeto podía serme útil algún día, decidí desempeñarlo.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Monks.

—Aquí —contestó la señora Bumble.

Como si se alegrase de deshacerse de aquella prenda, la mujer dejó sobre la mesa un saquito de piel, que tomó inmediatamente Monks apresurándose a abrirlo con dedos temblorosos. No contenía más que un medalloncito de oro, dentro del cual había dos rizos de cabello, y una sortija de oro muy sencilla.

—Lleva grabada dentro la palabra Inés —explicó la mujer—. Queda un hueco para grabar el apellido, y luego se lee una fecha, que es la del año anterior al nacimiento del niño. Todo ello lo he averiguado yo misma.

—¿Nada más? —preguntó Monks, después de reconocer detenidamente los objetos.

—Nada.

—Respiró Bumble como si se viera libre de un peso enorme al ver terminada la historia sin que se hablase de devolver el dinero, y se atrevió a secar el sudor que abundante caía por su rostro.

—No sé más sobre la historia, aunque claro está que algo me parece adivinar, ni deseo saber más —observó la señora Bumble—. ¿Me permitirá usted que le haga dos preguntas?

—Puede usted hacerlas —contestó Monks con cierta expresión de sorpresa—; si las contestaré o no, es cosa que está por ver.

—Primera: la historia que acaba de oír, ¿es la que deseaba saber?

—Sí —contestó Monks—. ¿Y la otra?

—¿Qué objeto persigue usted? ¿Puede servirse en contra mía de lo que le he dicho? ¿Pueden perjudicarme los objetos que le he entregado?

—¡Nunca! Ni a usted ni a mí. Mire usted... pero sin moverse, que un movimiento cualquiera podría costarle el pellejo.

Acompañando la acción a la palabra, retiró vivamente la mesa, agarró una anilla de hierro y tiró de ella, dejando abierta una trampa casi debajo de los pies de Bumble, que se retiró vivamente y con muestras de terrible pánico.

—Mire usted al fondo —repuso Monks, bajando la linterna—. No me tengan miedo, que si hubiera querido, fácilmente y sin ruido hubiera podido precipitarlos a los dos mientras estaban sentados tranquilamente.

Más tranquila la matrona, acercóse al borde de la trampa, y otro tanto hizo Bumble arrastrado por la curiosidad. Bramaba en las profundidades del abismo la turbulenta corriente cuyo caudal y fuerza había aumentado el reciente aguacero, dominando los demás ruidos producidos por el chocar constante del líquido elemento contra los verdosos y desgastados pies derechos sobre los cuales se asentaba el edificio. En tiempos pasados había habido un molino, y las aguas, al precipitarse furiosas sobre la vieja rueda, alzaban mares de espuma y continuaban, con fuerza centuplicada, luego que habían vencido los obstáculos que por un instante detuvieran su impetuoso curso, su carrera invariable hacia el mar.

—Si se arrojase al fondo el cuerpo de un hombre, ¿dónde se le encontraría mañana? —preguntó Monks, iluminando con la linterna la boca del negro pozo.

—Doce millas aguas abajo, y por añadidura hecho pedazos —contestó Bumble retrocediendo horrorizado.

—Monks sacó de su pecho el saquito, que presuroso había ocultado antes, y después de atarle sólidamente un pedazo de plomo, que en tiempos mejores fue parte de una polea, lo arrojó al abismo. Las aguas lo recibieron sin dejar casi oír el ruido, más insignificante.

Los tres personajes se miraron y respiraron, al parecer, con mayor libertad...

—¡Vaya! —exclamó Monks, dejando caer la compuerta que cerraba la trampa—. Si el mar devuelve alguna vez los muertos que guarda en su seno, según dicen los libros, es lo cierto que guarda avaro el oro y la plata, y de consiguiente, no es de temer que nunca más vuelva a ver la luz del día ese saquito. Nada más tenemos que decirnos, y creo que podemos dar por terminada esta entrevista.

—Cuanto antes —respondió Bumble apresuradamente.

—Supongo que no será usted largo de lengua ¿eh? —preguntó Monks, dirigiendo a Bumble una mirada terrible—. En cuanto a su mujer, seguro estoy de que no ha de hablar.

—Puede usted estar tranquilo, joven —respondió Bumble con mucha finura y

haciendo una reverencia en la escalera—. El interés general así lo exige, joven; el de usted y el mío propio, señor Monks.

—Por usted me alegro que piense así —observó Monks—. Encienda la linterna, y lárguense de aquí cuanto antes.

Fue una fortuna que terminase en aquel punto la conversación, pues Bumble que no cesaba de hacer reverencias, llegó hasta el borde de la escalera y hubiera caído irremisiblemente por ella, salvando la altura de un piso del primer salto. Después de encender la linterna en la de Monks, tomó la escalera, seguido de su mujer, sin tratar de prolongar la conversación. Monks cerraba la marcha, siguiendo silencioso y con el oído atento, al que no llegaba más que el ruido de la lluvia que caía a torrentes.

Lentamente y con precaución atravesaron la pieza de la planta baja, pues Monks se asustaba hasta de su sombra, y Bumble, linterna en mano, avanzaba cautelosamente, pero al propio tiempo con una rapidez nada común en un hombre de su corpulencia, creyendo tropezar a cada paso con trampas y abismos. Monks abrió con sigilo la puerta por la cual habían entrado, y el cariñoso matrimonio, después de cambiar con aquél una inclinación de cabeza, se puso en marcha, no tardando en perderse entre las tinieblas.

Apenas hubieron marchado, Monks, a quien la soledad parece que inspiraba una repugnancia invencible, llamó a un muchacho que estaba escondido en la planta baja, y mandándole que rompiese la marcha llevando en la mano la linterna, volvió a la habitación de la que momentos antes había salido.

Capítulo XXXIX

Hace la presentación de algunos personajes respetables que conoce ya el lector, y demuestra que el judío y Monks se entendían perfectamente

La noche que siguió a la en que los tres dignos personajes a quienes se ha referido el capítulo anterior trataron y concluyeron el pequeño negocio allí narrado, el respetable Guillermo Sikes, al despertar de un sueño, preguntó con voz cansada qué hora podría ser.

No era el cuarto de Sikes el mismo que ocupara antes de su malograda expedición a Chertsey, aun cuando estuviese en el mismo barrio y a corta distancia de su anterior alojamiento, ni parecía tan apetecible como aquél, pues su mobiliario era pobre y escaso, pequeño el cuarto, y por añadidura no recibía más luz que la que dejaba pasar una ventanita sumamente estrecha, abierto por el borde mismo del alero del tejado, que daba a una callejuela solitaria y sucia. Ni faltaban tampoco otras indicaciones de que aquel hombre había sufrido reveses de fortuna, pues la escasez de muebles, a la pobreza de los pocos que quedaban, había que añadir la carencia casi absoluta de ropa blanca y de vestir, la falta total de *confort*, y mil otras cosas que acusan pobreza extrema, sin contar, con que la demacración del egregio señor Sikes era confirmación harto evidente de su precaria situación.

Encontramos al amigo de lo ajeno tendido sobre la cama, envuelto en un gran levitón blanco, que hacía las veces de bata de casa, y presentando una cara a la cual favorecía muy poco el tinte cadavérico que la cubría, el sucio gorro de dormir que le servía de remate y la hirsuta barba negra, privada de las caricias de la tijera desde algún tiempo antes junto al lecho estaba sentado el perro, que tan pronto miraba a su amo como

enderezaba las orejas y lanzaba gruñidos sordos, cada vez que los rumores de la calle llamaban su atención. Sentada al lado de la ventana, remendando con ardimiento un chaleco del ladrón, había una mujer, tan pálida y extenuada como consecuencia de las vigilias y de las privaciones, que nos sería sumamente difícil reconocer en ella a la Anita que ha figurado ya en varios capítulos de esta historia, de no ser por la voz con que contestó a la pregunta de Sikes.

—Poco más de las siete —respondió la joven—. ¿Cómo te encuentras, Guillermo?

—¡Más débil que el agua! —gritó Sikes, lanzando una maldición a sus miembros y a sus ojos—. ¡Ven! ¡Dame la mano para que pueda salir de esta maldita cama!

Parece que la enfermedad no había dulcificado el temperamento de Sikes, pues mientras la joven le ayudó a dejar la cama y a sentarse en una silla, su boca no cesó de barbotar imprecaciones y blasfemias, matizadas con quejas sobre la torpeza de su enfermera, a la que concluyó por pegar.

—¿Ya estás lloriqueando? —gruñó Sikes—. ¡A callar! ¿Oyes? ¡si no sabes hacer otra cosa, preferible es que revientes de una vez! ¿Me entiendes?

—Sí, hombre, sí; te entiendo —contestó la muchacha con risa forzada—. ¡Qué cosas se te ocurren a veces!

—Parece que lo has pensado mejor, ¿eh? —dijo Sikes, viendo que temblaba una lágrima en las pestañas de Anita—. ¡Tanto mejor para ti!

—¿Es que tenías gana de pegarme esta noche, Guillermo? —preguntó la joven, poniéndole una mano sobre el hombro.

—¡Bah! ¿Por qué no?

—Hace muchas noches —dijo la muchacha, poniendo en su voz acentos de ternura que le dieron cierta dulzura—, hace muchas noches que te cuido y atiendo como si fueras un niño; vuelves en ti hace un momento, y lo primero que se te ocurre es pegarme. No te hubieras comportado así, si hubieses reflexionado, ¿verdad? ¡Vamos! ¡Dime que no!

—¡Bueno!... ¡No lo hubiera hecho! ¡Por vida de...! ¿Otra vez llorando?

—No es nada, Guillermo, no hagas caso —respondió la joven dejándose caer sobre una silla. Pronto se me pasará.

—¿Y qué es lo que pasará pronto? —gritó Sikes con furia salvaje—. ¿Qué tonterías son ésas? Levántate, trabaja, haz algo, y no me desesperes con tus locuras de mujer.

En otras circunstancias, aquellas palabras, y sobre todo, el tono con que fueron pronunciadas habrían producido el efecto deseado; pero, la muchacha, extenuada y falta de fuerzas, inclinó su cabeza sobre el respaldo de su silla y se desmayó, antes que el señor Sikes tuviera tiempo de intercalar unos cuantos juramentos apropiados, que en circunstancias parecidas solían ser compañeros obligados de sus amenazas. No sabiendo qué hacer en aquel caso verdaderamente excepcional, pues los accesos de histerismo de la señorita Anita eran de ordinario de los que producen en el paciente deseos de pelea. Sikes recurrió primero a las blasfemias, y como observara que éstas eran ineficaces, pidió socorro.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Fajín abriendo la puerta.

—Cuida de esa chica —contestó Sikes con impaciencia—. Cuídala, pero sin charlar tanto ni mirarme con ojos de bruto.

Apresuróse el judío a socorrer a Anita, no sin antes lanzar un grito de sorpresa, mientras Dawkins, por mal nombre el *Truhán*, que había entrado siguiendo a su respetable maestro, y dejaba sobre el suelo un paquete, con el que iba cargado, y arrebataba una botella de las manos de Carlos Bates, pegado a sus talones, la descorchaba con los dientes

en un abrir y cerrar de ojos, y vertía parte de su contenido en la boca de la paciente, no sin antes haber hecho pasar una buena dosis por su propia garganta.

—Hazle aire con el fuelle, Bates, y usted Fajín, frótele bien las manos mientras Sikes le afloja el vestido —dijo el *Truhán.*

Los esfuerzos combinados de todos, aplicados con energía sin igual, y sobre todo el del fuelle, que parecía mucho a Bates, encargado de administrarlo, no tardaron en producir el efecto apetecido. La joven fue recobrando gradualmente el conocimiento, y levantándose de la silla, aproximóse a la cama, hundió su cara en la almohada, y dejó que Sikes se las entendiera con los tres personajes extraños, cuya presencia en la habitación la había sorprendido.

—¿Qué mal viento te trae por aquí? —preguntó a Fajín.

—No es mal viento el que me trae, amigo mío —respondió Fajín—, pues nunca traen nada bueno los malos vientos y yo traigo algo que le alegrará la vista. *Truhán*, amigo mío —añadió—, deslía ese paquete y da a Guillermo las cosillas en que hemos empleado nuestro dinero esta mañana.

Cumpliendo presuroso la orden de Fajín, el *Truhán* deslió el paquete, que era bastante voluminoso y estaba envuelto en un mantel, y alargó uno por uno a Bates los objetos que contenía, que éste fue dejando sobre la mesa, encomiando su calidad.

—De conejo, Guillermo, de conejo auténtico —dijo, mostrando un pastel enorme—, de esos seres delicados de miembros tan tiernos, Guillermo, que hasta los huesos se deshacen y funden en la boca, sin que haya medio de encontrarlos; media libra de té verde, de setenta y seis peniques, tan fuerte y bueno, que basta echarlo en agua hirviendo para que salte por los aires la tapa de la tetera; una libra y media de azúcar de primera de ése que no ven los negros y menos tienen ocasión de probar... ¡oh, no! dos panes frescos y apetitosos, un queso de Glocester, y para coronarlo todo, el líquido más rico que jamás ha pasado por su garganta, Guillermo.

Terminado el panegírico, Bates sacó de las profundidades de su bolsillo una botella de buen tamaño, llena de vino y cuidadosamente tapada, mientras el Truhán escanciaba de otra, que a su vez traía, un gran vaso de licor, que el enfermo echaba entre pecho y espalda sin demostrar un momento de vacilación.

—¡Ah! —exclamó el judío, frotándose satisfecho las manos—. ¡Eso va bien, Guillermo, muy bien!

—¡Bien! —replicó Sikes—. ¡Bien estaría hace cien siglos si hubieras pensado en socorrerme! ¿Qué intención era la tuya al dejarme aquí abandonado durante más de tres semanas, perro vagabundo... corazón traidor?

—¿Pero no estáis oyendo? —exclamó el judío encogiéndose de hombros—. ¿Oís lo que nos dice, precisamente cuando acabamos de traerle cosas tan buenas?

—No son tan malas —contestó Sikes, un poco apaciguado al volver los ojos hacia la mesa—. Pero dime, ¿cómo puedes excusar tu conducta, después de dejarme aquí enfermo, pobre, postrado, sin salud y sin nada que llevar a la boca, como si fuera un perro? A propósito del perro... ¡Échalo afuera, Carlos!

—No he visto en mi vida perro tan gracioso como este —dijo Bates, cumpliendo la orden de Sikes. Huele los víveres con tanto esmero como suelen hacerlo las viejas en el mercado. Si se hubiera dedicado al teatro, hubiera hecho fortuna ese perro, sobre todo cultivando el género dramático.

—¡Quieto! —gritó Sikes a su perro, que se había escondido debajo de la cama y gruñía amenazador—. Repito, zorro viejo: ¿Qué disculpa me das de tu conducta?

—He estado fuera de Londres más de una semana, amigo mío —contestó Fajín.

—¿Y los quince días restantes? ¿Qué me dices de las dos semanas que me has tenido aquí como una rata enferma en su agujero?

—No pude remediarlo, Guillermo. No entraré ahora en detalles, porque no son para dichos delante de gente, pero juro por mi honor que no pude hacer otra cosa.

—¿Por tu honor? —exclamó Sikes—. ¡Vaya, muchachos! Cortadme un pedazo de ese pastel, para que me quite el mal gusto que me ha dejado esa palabra.

—No se enfade usted, amigo mío —suplicó el judío—. Ni un instante he dejado de pensar en usted... se lo aseguro.

—¿No? ¡Eso sí que lo creo! —exclamó Sikes, sonriendo con amargura—. Seguro estoy de que has pensado mucho en mí, mientras he permanecido aquí, tiritando unas veces y ardiendo otras, para variar; pero ha sido para madurar tus planes, para tomar medidas, diciendo que Guillermo hará esto, o hará aquello, tan pronto como se ponga bueno, y lo hará por cualquier cosa, regalado, casi de balde. ¡Bandido! ¡De no haber sido por esa infeliz estaría ya muerto!

—¡Conformes, Guillermo! —exclamó Fajín, aprovechando la frase al vuelo—. Dice usted que no ha muerto gracias a la muchacha: ¿y a quién debe usted el tenerla a su lado? ¿No es al viejo Fajín?

—Es verdad —terció Anita, acercándose a los interlocutores—. Pero hablemos de otra cosa; ¿no les parece que se ha discutido lo que tratan con toda la extensión que merece?

La presencia de Anita dio nuevo rumbo a la conversación. Los muchachos, obedeciendo una seña que les hizo el judío, instáronla a beber, y ella bebió, bien que con parsimonia, mientras Fajín, desplegando una alegría que no era en él natural, consiguió aplacar a Sikes, fingiendo tomar a broma sus amenazas y riendo y celebrando sus fanfarronerías.

—Todo eso está muy bien —dijo Sikes al fin—; pero necesito que esta misma noche me envíes *luz*.

—Ni una mala moneda tengo —replicó el judío.

—Pero las tienes de buena ley en casa, y por cierto a montones. Parte de las que allí están muertas de risa, deben venir aquí.

—¡A montones! —exclamó el judío, alzando los brazos—. No llega lo que tengo a...

—No quiero saber lo que tienes, lo que sería difícil averiguar, porque ni tú mismo lo sabes y te costaría mucho tiempo contarlo; lo que me interesa es que esta noche misma me envíes algo.

—¡Bien!... ¡Está bien! Luego te enviaré al *Truhán* con...

—No harás tal —replicó Sikes.

El *Truhán*, es demasiado *truhán* y podría olvidar las señas de mi casa, o confundir el camino, o caer en cualquier trampa, o bien encontrar otra causa que estorbase el cumplimiento de la comisión. Irá contigo Anita, lo que es más seguro. Mientras va y viene, yo quedaré aquí descabezando un sueño.

Tras acalorada discusión, en el curso de la cual se regateó mucho, el judío consiguió rebajar la suma de cinco libras, pedidas por Sikes, a tres, cuatro chelines y seis peniques, jurando por todos los Patriarcas del Antiguo Testamento que no le quedarían en su casa más de dieciocho peniques, a lo que contestó Sikes con hosca expresión que se contentaría con aquella suma, toda vez que le era imposible obtener más. Mientras el *Truhán* y Bates

guardaban los comestibles en un armario, Anita se preparó para acompañar al judío. Este, después de despedirse de su cariñoso amigo, emprendió la vuelta a su casa acompañado por la muchacha y sus dos discípulos, dejando a Sikes tumbado en la cama.

Sin contratiempo llegaron a la morada del judío, donde encontraron a Tomás Crackit y a Chitling jugando la décima quinta partida de cartas que, como es natural, perdió, lo mismo que todas las anteriores, el nombrado en último lugar, y con la décima quinta partida, el último penique. Las risotadas, cuchufletas y chistes a que la desgracia de Chitling dio lugar, no son para descritas aquí. Crackit, un poquito avergonzado de que le encontrasen entreteniéndose con quien tan inferior le era en posición y facultades mentales, bostezó, y después de preguntar cómo estaba Sikes, se encasquetó el sombrero para marcharse.

—¡Naturalmente! ¡Es un alto honor!... ¡No le importe que hablen, Chitling! Esos dos son un par de envidiosos que rabian porque el señor Crackit, que jamás se digna tener familiaridades con ellos, las ha tenido con usted.

—¡Eso es! —exclamó Chitling con expresión triunfante—. Cierto que me ha dejado sin un penique; pero no me importa; cuando me dé la gana repondré mis pérdidas, ¿no es cierto, Fajín?

—¿Quién lo duda? —replicó el judío—. Por cierto que esas cosas cuanto antes se hacen mejor. Reponga usted sus pérdidas sin desperdiciar momento... Y vosotros, *Truhán* y Bates, no sé si sabéis que ya deberías estar en campaña... ¡Vaya! ¡Van a dar las diez y no habéis hecho nada todavía!

Apresuráronse los jóvenes a obedecer la insinuación. Salieron los muchachos de la estancia, no sin antes despedirse de Anita con sendas cortesías, acompañando a Chitling, a quien hicieron objeto de mil burlas, sin tener en cuenta que la conducta de éste nada tenía de extraño, pues son muchos los jóvenes de buen tono que pagan bastante más caro que Chitling el honor de ser admitidos en la buena sociedad, y no pocos los caballeros de reputación confesada y reconocida generalmente que la han fundamentado sobre bases tan recomendables y honrosas como las que a la del brillante Tomás Crackit servían de cimiento.

—Voy a darte ese dinero, Anita dijo el judío luego que quedaron solos—. Esta llave es la de la alacena en que guardo las chucherías que me traen esos buenos muchachos, que en cuanto al dinero, nunca lo encierro, hija mía, porque... ¡ja, ja, ja, ja! ¡porque no tengo dinero que encerrar! Ya ves si la razón es convincente. El oficio está perdido, Anita, perdido sin remedio. Lo habría dejado ya tiempo ha; pero me gusta ver en mi derredor a esos buenos muchachos, y por eso lo sobrellevo... lo sobrellevo... ¿Qué es eso? —dijo, escondiendo con precipitación la llave.

—¿Has oído?

No pareció que interesase poco ni mucho a la muchacha, que cruzada de brazos estaba sentada frente a la mesa, la llegada de ninguna persona, extraña o conocida, hasta que hirió sus oídos el murmullo de una voz de hombre, pero apenas sonó ésta, quitóse el sombrero y el chal y con la rapidez del rayo los arrojó debajo de la mesa. Cuando un segundo más tarde se volvía hacia ella el judío, oyó éste que la joven se quejaba de sentir mucho calor con una languidez que contrastaba singularmente con la extremada ligereza de su movimiento anterior, que no había observado Fajín, vuelto de espaldas hacia ella cuando lo hizo.

—¡Bah! —exclamó el judío, como si le contrariase la llegada de un extraño. Es el que estaba esperando... Ya baja la escalera... Ni una palabra acerca del dinero mientras esté

aquí, Anita... Se irá muy pronto... antes de diez minutos.

Poniendo sobre sus labios su descarnado índice, acercóse a la puerta con la luz en la mano, llegando a ella al mismo tiempo que el visitante, el cual penetró presuroso en la habitación, y tropezó casi con la muchacha antes de darse cuenta de su presencia.

Era Monks.

—Es una de mis discípulas —dijo Fajín, viendo que Monks retrocedía al encontrar allí a una joven que no conocía—. No te vayas, Anita.

La joven se acercó más a la mesa y, después de dirigir al recién llegado una mirada de suprema indiferencia, volvió los ojos hacia el judío, en cuya cara los clavó de una manera tan penetrante y con tanta intención, que cualquier observador que hubiese reparado en las dos miradas, con dificultad habría creído que eran obra de la misma persona.

—¿Hay noticias? —preguntó Fajín.

—Importantes —contestó Monks.

—¿Y... buenas? —inquirió el judío con vacilación, como si temiera contrariar a su visitante.

—No son malas —respondió Monks sonriendo—. Por esta vez he manejado bien... Quisiera hablar dos palabras a solas con usted.

No parecía la joven dispuesta salir de la estancia, aunque comprendió perfectamente la *indirecta* de Monks. El judío, tal vez por teme que aquélla pudiera hacer alusión al dinero, hizo una seña a Monks para que le siguiese y salió de la habitación.

—Supongo que no me llevará aquel agujero infernal donde estuvimos la otra vez —oyó Anita que decía Monks, mientras subían.

El judío contestó con una carcajada seguida de algunas palabras que no llegaron a oídos de la joven, la cual, por el crujido de las tablas que gemían bajo los pies de los dos hombres, comprendió que subían al piso segundo.

No se había extinguido el rumor de los pasos, cuando ya Anita estaba descalza y, levantada la falda sobre su cabeza, salía a la puerta y quedaba en ésta, escuchando con interés palpitante. Cuando se apagó el ruido de las pisadas salió como una sombra, subió la escalera y no tardó en perderse entre las tinieblas de los pisos superiores de la casa.

La habitación quedó sola durante media hora, acaso más. A poco de haber vuelto a ella la joven, tan sigilosamente como había salido, sonaron en las escaleras vasos de los dos hombres, que bajaban. Monks se fue en derechura a la calle, al paso que el judío subió de nuevo escalera Cuando volvió encontró a Anita con el sombrero puesto y echándose el chal sobre los hombros, como disponiéndose a marchar.

—¿Qué te pasa, Anita? —preguntó el judío al dejar la luz sobre la mesa—. ¡Qué pálida te encuentro!

—¡Pálida! —repitió la muchacha, poniendo las manos sobre sus ojos a guisa de pantalla como para mirar de frente al judío.

—¡Horriblemente pálida, sí! ¿Qué has hecho mientras te hemos dejado sola?

—Que yo sepa, no he hecho otra cosa que aguantar con paciencia la eterna espera que el visitante me ha proporcionado —contestó la joven con negligencia—. ¡Vaya! ¡Despachemos pronto, que tengo prisa!

El judío contó el dinero, exhalando un suspiro por cada moneda que pasaba por sus dedos, lo entregó a Anita, y ésta se fue sin que se cruzara entre ella y Fajín más palabras que las «Buenas noches» de despedida.

Una vez en la calle, Anita sentóse sobre el umbral de una puerta donde permaneció largo rato sumida en meditaciones tan profundas, que no parecía sino que hasta le robaron

las fuerzas para seguir su camino. Levantóse de pronto con movimiento nervioso y echó a andar precipitadamente en dirección opuesta a la casa en que Sikes estaba esperándola, no tardando en convertirse en carrera desenfrenada lo que en los comienzos fuera paso sumamente rápido. Falta de fuerzas, detúvose para tomar aliento, y entonces, cual si volviera en sí, o cual si deplorara la impotencia en que acaso se encontraba de llevar a cabo algo que la preocupaba, se retorció desesperada las manos y rompió a llorar.

Fuera que las lágrimas desahogaran un poco su pecho oprimido, fuera que se diese cuenta cabal de lo desesperado de su situación, el hecho, es que volvió sobre sus pasos, tomando casi con tanta rapidez como antes, rumbo opuesto al que traía, sin duda para ganar el tiempo perdido, o bien para armonizar su marcha con la de su desenfrenado pensamiento. No tardó mucho en llegar a la casa en que la estaba esperando el bandido.

Si al entrar reflejaba su rostro alguna agitación, no reparó en ella Sikes, quien se contentó con preguntar si traía el dinero, y al recibir contestación afirmativa exhaló un gruñido de satisfacción, dejó caer nuevamente la cabeza sobre la almohada y reanudó el sueño interrumpido.

Fue para la joven una suerte que Sikes, viéndose con dinero, dedicara todo el siguiente día a sus placeres, consistentes en comer mucho y beber más, gracias a lo cual se suavizó tanto su bronco temperamento, que además de no tener tiempo, tampoco sintió deseos de criticar y hasta ni de reparar en la conducta singular de su compañera. Que la expresión nerviosa e inquieta de Anita era la de la persona que está en vísperas de tentar una de esas empresas aventuradas a las cuales no se revuelve uno sino después de largas y enconadas luchas internas era cosa que no habría pasado inadvertida a los ojos de lince del judío, quien es más que probable que, de haber reparado en ello, habría dado inmediatamente la voz de alarma; pero Sikes, menos ladino que aquél y refractario a toda clase de preocupaciones que no fueran tratar con brutalidad a cuantos con él estaban en contacto, disfrutando por añadidura de uno de esos paréntesis, raros en él, de buen talante, conforme hemos podido observar, nada extraño observó en la conducta de su amiga, o, mejor dicho, tan escaso interés prestó a la persona de aquélla, que aun cuando su turbación hubiera sido mil veces más visible de lo que era, es casi seguro que no llamara su atención.

Acrecentábase la agitación de Anita a medida que el día avanzaba. Cuando cerró la noche, se sentó callada, esperando que el bandido cayera dormido a fuerza de libaciones. Tal era la palidez de sus mejillas, tanto fuego brotaba de sus ojos que hasta Sikes hubo de notarlo al fin.

—¡Cargue el diablo con mi cuerpo —exclamó, al alargar a la joven el vaso para que lo llenase de ginebra por tercera vez—, sí no estás más blanca que un cadáver! ¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa, preguntas? ¡Nada! —respondió la joven—. ¿Por qué me miras así?

—¿Pero qué tonterías son ésas? —insistió Sikes, agarrándola por la muñeca y sacudiéndola brutalmente—. ¿Qué significa eso? ¿En qué piensas?

—En muchas cosas, Guillermo —contestó la joven estremeciéndose y escondiendo el rostro entre las manos—. En muchas... si, ¿pero qué importa?

Mayor impresión pareció producir en Sikes el tono de alegría fingida con que pronunció las palabras anteriores que la descompuesta fisonomía anterior.

—Voy a decirte lo que es —repuso Sikes—. Si no te ha atacado la fiebre, lo que en todo caso habrá ocurrido hace muy poco, es que hay algo en la atmósfera, y algo peligroso. ¿Será que te vas a...? ¡No... no me...! ¡Tú no harás eso!

—¿El qué? —preguntó la joven.

—No hay muchacha de corazón más leal que ésta —murmuró Sikes, como hablando consigo mismo y mirándola con fijeza—, pues si así no fuera, más de tres meses hace que le hubiese cortado el pescuezo... ¡Es la fiebre, no me cabe duda!

Tranquilo el ladrón con esa idea, trasegó de un trago el contenido del vaso y seguidamente pidió su medicina entre blasfemia y blasfemia. Levantóse la muchacha presurosa, y vertió la poción en una taza, pero vueltas sus espaldas a Sikes, y la acercó a los labios de éste para que bebiera su contenido.

—¡Mira! —exclamó el criminal—. Siéntate a mi lado, pero con tu cara de los días de fiesta, si no quieres que la altere de manera que no la reconozcas en mucho tiempo cuando te mires al espejo.

Obedeció la joven. Sikes, tomando su mano, la estrechó entre las suyas y dejó caer la cabeza sobre la almohada, fija siempre la vista en los ojos de Anita. Cerró ojos, volviólos a abrir, repitió la operación dos o tres veces, se resolvió en el lecho como buscando la posición más cómoda, se incorporó una porción de veces dirigiendo en torno suyo miradas casi de terror hasta que al fin sus párpados se cerraron pesadamente y quedó sumido en una especie de letargo. Soltó la mano de Anita, dejó caer el brazo con languidez, y quedó inmóvil.

—¡Al fin ha producido efecto láudano! —exclamó Anita levantándose—. ¿Será ya tarde?

Vistióse apresuradamente, se puso el sombrero y el chal lanzando de vez en cuando miradas inquietas a la cama, cual si temiera que Sikes, a pesar del narcótico, despertara. A cada instante esperaba sentir en sus hombros la presión de la zarpa del bandido. Al fin, inclinándose sobre el cuerpo del enfermo, le dio un beso en los labios, abrió sin hacer ruido la puerta de la habitación, y salió a la calle.

Un sereno cantaba las nueve y media en el callejón obscuro que Anita debía atravesar para salir a una calle céntrica.

—¿Hace mucho que dio la media? —preguntó la muchacha.

—Van a tocar los tres cuartos —contestó el sereno alzando el farol a la altura del rostro de la que acababa de interrogarle.

—¡Y no puedo llegar en menos de una hora! —murmuró Anita alejándose a buen paso.

Iban cerrando la mayor parte de las tiendas en las calles que recorría, dirigiéndose desde Spitalfields hacia el extremo occidental de Londres. Un reloj, que envió a sus oídos las diez campanadas, lentas, sonoras, vino a centuplicar su impaciencia. La joven avanzó con paso más rápido todavía, dando codazos a los transeúntes que se interponían en su camino, entorpeciendo su marcha, y saltando de una acera a otra sin reparar en los coches, que más de una vez estuvieron a punto de atropellarla. Así atravesó una porción de calles muy concurridas, llamando la atención de cuantos la veían.

—¡Esa mujer está loca! —exclamaban muchos.

Menos concurridas estaban las calles cuando llegó al barrio más rico de la ciudad, pero la curiosidad y extrañeza que su apresuramiento venía excitando entre los transeúntes, fue allí mucho mayor. No pocos apretaron el paso para seguirla y otros quedaron mirándola, sin saber qué pensar de aquella mujer; pero poco a poco fueron dejándola, y cuando llegó cerca del término de su viaje, se encontró ya sola.

Dirigíase a un hotel situado en una calle tranquila, pero de las más elegantes, no lejos del Hyde Park. Un farol pendiente sobre la puerta, que derramaba torrentes de viva luz

sobre la calle, guió sus pasos. La joven llegó hasta frente a la puerta, se detuvo como irresoluta, pero sonaron en aquel instante las once, y cual si la voz de la campana disipase sus vacilaciones, penetró resueltamente en el Vestíbulo, Después de pasear alrededor una mirada de incertidumbre, adelantó hacia la escalera.

—¡Eh... joven! —gritó una mujer, vestida con atildado esmero—. ¿Qué busca usted aquí?

—A una señora que vive aquí —contestó Anita.

—¡Una señora! —replicó la portera midiendo a Anita de pies a cabeza—. ¿Qué señora es ésa?

—La señorita Maylie —dijo Anita.

La portera, que ya había examinado a su sabor a Anita, limitóse a dirigirle una mirada de desdén llena de virtud, y llamó a un hombre, a quien nuestra conocida hizo la misma pregunta.

—¿A quién he de anunciar? —preguntó el llamado.

—Es inútil que le diga mi nombre, puesto que la señorita no me conoce.

—¿Y el objeto de su visita?

—Ni el nombre ni el objeto de mi visita. Necesito ver a la señorita, y nada más.

—¡Vaya! —exclamó con impaciencia el portero, empujando a Anita hacia la puerta—. ¡Fuera de aquí... largo!

—Para que me vaya será preciso que me saquen arrastrando —gritó con violencia Anita—, y para sacarme arrastrando, necesito que se reúnan tres hombres como usted. ¿No hay aquí nadie que quiera llevar a la señorita un recado de una desventurada como yo?

El llamamiento produjo al parecer cierto efecto en un cocinero de expresión bonachona que con otros criados había salido a ver qué sucedía.

—Sube el recado, Pepe, que eso poco cuesta —dijo el cocinero.

—¿Para qué? —contestó el aludido—. ¿Crees tú que la señorita querrá recibir a una mujer de esa clase?

Aquella alusión a la conducta dudosa de Anita excitó una tempestad de furia casta en los puros pechos de cuatro doncellas de la casa, las cuales aseguraron con acentos de fervor que aquella mujer era la deshonra de su sexo y que era preciso arrojarla al arroyo sin más contemplaciones.

—Háganme el favor que les pido y arrójenme luego a la calle, si quieren —instó Anita—. No me desatiendan; se lo pido por amor de Dios.

Gracias al cocinero, que reiteró su intercesión, el hombre que primero había salido accedió a subir el recado.

—¿Qué he de decir? —preguntó, puesto ya un pie en la escalera.

—Diga usted que una joven desea hablar a todo trance y a solas con la señorita Maylie —contestó Anita—. Añada que, si la señorita se digna escuchar las dos primeras palabras, ella verá si le interesa seguir escuchando, o si debe echarme a la calle por impostora—. Algo fuerte me parece el recado, joven.

—Délo usted sin alterar palabra, y tráigame la respuesta —replicó Anita con entereza.

Subió el criado. Anita quedó esperando, pálida y casi sin aliento, escuchando con cólera reconcentrada las expresiones insultantes que con voz bastante alta para que llegara a sus oídos le dirigían las castas y pudibundas doncellas, insultos que arreciaron cuando volvió el criado y dijo que la señorita recibía a la desconocida.

—En este mundo de nada sirve ser decente y honrada —exclamó una de las

doncellas.

—Hay quien prefiere el cobre brilloso al oro mate.

—Las señoras se inclinan siempre hacia...

—¡Eso es vergonzoso!

Tales fueron los comentarios de las cuatro Dianas.

Anita, cerrando los oídos, siguió al criado hasta una antecámara iluminada por una lámpara que pendía del techo, donde su guía la dejó sola.

Capítulo XL
Entrevista extraña que es la continuación del capítulo precedente

Anita había malgastado su miserable vida en las calles de Londres y en los burdeles y guaridas más inmundas de la ciudad, mas no se habían borrado aún del todo en ella los instintos femeninos; ¡tan profundamente los graba la Naturaleza en el pecho humano! Cuando llegó a sus oídos ligero rumor de pasos de una persona que se acercaba a la puerta que daba frente a la que ella franqueara momentos antes, y pensó en el extraño contraste que muy en breve iba a presenciar el reducido saloncito recibimiento, al encontrarse frente a la señorita Maylie, sintióse agobiada bajo el peso de propia vergüenza y retrocedió, considerándose sin fuerzas para soportar la presencia de la persona quien tanto y con insistencia tan extremada había deseado ver.

Pero vino el orgullo a combatir con furia esos sentimientos; el orgullo, vicio tan común a los seres más bajos y degradados como a las naturalezas más nobles y elevadas. La vil compañera de rufianes y ladrones, la que ni digna era de pisar las chozas más humildes la que clamaban las guaridas más infames la cómplice de las basuras y piltrafas de cárceles y presidios, la que vivía bordeando a todas horas el patíbulo... hasta aquel ser envilecido sintió oleadas de orgullo que le impedían revelar un destello débil d sentimientos femeninos, que pella eran debilidades, no obstan ser los vestigios que de aquéllos que, daban en su corazón, el eslabón único que la unía todavía a la raza humana, cuyas características habíanse borrado de su alma, en su mayor parte, ya cuando era muy niña.

Alzó, pues, los ojos lo suficiente para ver que tenía delante a una criatura hermosa y espiritual, y clavándolos a continuación en tierra, movió la cabeza con indiferencia afectada, y dijo:

—Es difícil empresa poder llegar hasta usted, señorita. Si yo, dándome por ofendida, como hubieran hecho tantas otras en mi lugar, me hubiera ido, usted lo habría lamentado, y con razón sobrada por cierto.

—Si alguien en esta casa le ha inferido algún agravio, crea usted que de veras lo deploro —contestó Rosa. Ruego a usted que lo olvide y que me diga qué es lo que de mí desea, pues soy la persona por quien usted preguntó.

La dulzura con que Rosa contestó sus palabras, la voz musical, la afabilidad de expresión, la ausencia absoluta de orgullo y de desagrado, de tal suerte sorprendieron a Anita, que rompió a llorar.

—¡Ay, señorita, señorita! exclamó, ocultando el rostro entre sus manos—. ¡Si abundaran más los ángeles como usted, a buen seguro que escasearían mucho los demonios como yo!...

—Siéntese —repuso Rosa—. Me aflige usted extraordinariamente—. Si la pobreza, la miseria se han cebado en usted, tendré un placer especial socorriéndola en lo que pueda; pero tenga la bondad de sentarse.

—Permítame que continúe en pie, señorita —replicó Anita sin cesar de llorar—, y no me hable con tanta dulzura hasta que me conozca mejor. Se hace tarde... ¿Está... está cerrada esa puerta?

—Sí —contestó Rosa, retrocediendo algunos pasos, como si deseara encontrarse más cerca de los habitantes de la casa para el caso en que pudiera necesitar pedir socorro—. ¿Por qué?

—Porque voy a poner en manos de usted mi vida y la de muchos otros. Soy la mujer que llevó a viva fuerza a Oliver a la casa del judío Fajín la noche que el muchacho salió de la casa de Pentonville.

—¡Usted! —exclamó Rosa.

—Yo, señorita. Soy una de esas criaturas infames, de las cuales acaso haya usted oído hablar, que viven entre ladrones y asesinos y que no recuerdan haber conocido otra existencia ni oído otro lenguaje que el de aquellos miserables. ¡Tenga Dios piedad de mí! ¡No le importe a usted demostrarme abiertamente y con franqueza el horror que le inspiro, señorita! ¡Menos años tengo de los que usted supone, de los que aparento, pero estoy muy acostumbrada a ser para las personas honradas objeto de horror! ¡Hasta las Mujeres más pobres retroceden o se apartan cuando conmigo se cruzan en la calle!

—¡Qué cosas tan horribles me está usted diciendo! —exclamó Rosa desviándose involuntariamente de su extraña interlocutora.

—¡Dé usted gracias al Cielo, señorita, que la ha rodeado de personas buenas y cariñosas que la cuidaron solícitas en su infancia y han velado siempre por usted, no la han dejado expuesta al frío y condenada a los rigores del hambre, la han aislado de la depravación, de la borrachera... y de otras cosas mil veces peores, que han sido los compañeros de la mía, el ambiente que desde que vine al mundo he respirado, las brisas que oreaban mi frente ya cuando estaba en la cuna! ¡Nadie podrá decir con mayor propiedad que yo que el fango del arroyo fue mi cuna y que el fango del arroyo será mi lecho de muerte!

—Me apena oírla hablar así —contestó Rosa con voz conmovida.

—Dios la bendiga por su bondad —repuso la muchacha—. Más me compadecería, aún así, supiera quién soy y lo que en algunas ocasiones sufro. Pero, vamos a mi asunto; me he escapado de entre los que sin piedad me asesinarían si llegaran a saber que he venido aquí, y me he escapado para revelar a usted un secreto terrible que acabo de sorprender. ¿Conoce usted a un individuo llamado Monks?

—No —respondió Rosa.

—Pero él la conoce a usted y sabe donde vive, pues si yo he podido presentarme en esta casa, es porque a él le oí las señas.

—No recuerdo haber oído pronunciar nunca ese nombre.

—En ese caso, será un nombre falso, supuesto, lo que ya me recelaba yo. Hace algún tiempo, a raíz de haber recogido ustedes en su casa a Oliver, después del robo de que quisieron hacerlas víctimas, yo... que sospechaba de ese hombre, sorprendí una conversación reservada que tuvo con Fajín. Inferí de aquélla, que Monks... el individuo que he preguntado a usted si conocía...

—Comprendo, sí.

—Que Monks había visto accidentalmente a Oliver, acompañado de dos muchachos, el día mismo que nosotros lo perdimos por primera vez, y que conoció inmediatamente que era el mismo niño que él andaba buscando con afán, aunque no pude entonces averiguar por qué. Yo no sé lo que se proponía; pero sí que convino con Fajín que

le entregaría una cantidad, si el último conseguía apoderarse de Oliver, y que la cantidad sería mayor, si Fajín lograba hacer del muchacho un ladrón, que es lo que Monks deseaba por motivos que él se sabrá.

—¿Pero, con qué objeto?

—Es lo que yo deseaba averiguar, señorita; pero vieron mi sombra proyectada en la pared, y hube de escapar. ¿Cómo? No lo sé; sólo diré que hubieran sido muy contadas las personas que hubiesen podido hacerlo en las circunstancias en que yo me encontraba. Escapé, y no he vuelto a ver a aquel hombre hasta anoche.

—¿Qué ocurrió anoche?

—Es lo que voy a decir a usted, señorita. Volvió anoche ese hombre, y, repitiendo lo de la vez anterior, subió con Fajín al piso alto de la casa. Envuelta yo en forma que no fuera probable que me vendiera mi propia sombra, escuché pegada a la puerta. Las primeras palabras de Monks fueron éstas: «En consecuencia, lo único que podría probar la identidad del muchacho está en el fondo del río y la bruja que recibió las pruebas de la madre se está pudriendo bajo tierra». Soltaron los dos la carcajada después de pronunciadas las palabras anteriores, se vanagloriaron de haber dado un golpe que ponía los laureles de la victoria en sus manos, y Monks, hablando del muchacho cada vez con mayor fuego y entusiasmo, dijo que si bien era cierto que ya podía hacerse dueño de la fortuna de aquel diablillo sin riesgo alguno, prefería apelar al otro procedimiento que echaría por tierra el estúpido testamento de su padre, a cuyo objeto era preciso arrastrar al muchacho de cárcel en cárcel y terminar echando sobre él la responsabilidad de un crimen penado con pena capital, lo que para Fajín sería cosa sencillísima conseguir y le valdría un buen premio.

—¿Pero qué me está usted diciendo? —preguntó Rosa.

—La verdad, señorita, la pura verdad, aun cuando salga de unos labios como los míos —contestó Anita—. Añadió luego, entre maldiciones y blasfemias a las que a mis oídos están por desgracia demasiado habituados aunque hubiesen escandalizado a los suyos, que si le hubiera sido dado satisfacer su odio arrancando la vida al muchacho sin riesgo de su pescuezo, lo habría hecho con el mayor placer, pero que como semejante solución llevaba aparejados graves peligros, estaba resuelto a vigilarle de cerca, a seguirle paso a paso, y si algún día averiguaba que el muchacho se proponía aprovechar en su favor las ventajas que le daban su nacimiento y su historia, concluiría con él sin remordimiento. «En una palabra, Fajín —añadió— por judío que usted sea, yo le juro que en su vida ha tendido redes tan admirables como las que yo tendré a mi buen hermanito Oliver»

—¡Su hermano! —exclamó Rosa.

—Tales fueron sus palabras —repuso Anita, tendiendo alrededor sin cesar miradas de espanto como si temiera ver aparecer en todo momento a Sikes—. Y no es eso todo.

Cuando habló de usted y de la otra señora y dijo que no parecía sin que el Cielo, o mejor dicho los demonios del infierno habían tenido extraño capricho de poner al muchacho en sus manos, sin duda para hacerle rabiar a él, terminó asegurando, entre horribles carcajadas, que en medio de todo era una ventaja, pues no podían calcularse siquiera los miles y centenares de miles de libras que usted daría, caso que las tuviera, a trueque de saber quién era ese perro de aguas de dos patas que tan misericordiosamente habían recogido.

—¿Pero es su intención decirme que aquel hombre hablaba en serio? —preguntó Rosa poniéndose pálida.

—Tan en serio como jamás se haya hablado en el mundo. Es hombre que nunca bromea cuando aborrece. Conozco a muchos otros que dicen cosas mil veces peores, pero

yo prefiero oír a estos últimos cien veces que una sola a Monks. No puedo detenerme más tiempo; se me hace muy tarde, y necesito encontrarme en casa sin que nadie sospeche que he salido. Me voy al instante.

—¿Pero y qué puedo yo hacer? —preguntó Rosa—. Sin usted, ¿cómo utilizar su aviso? ¡Volver!... ¿Por qué ha de volver usted a reunirse con unos compañeros que con colores tan negros me acaba de pintar? Si usted repite las palabras que me ha dirigido a un caballero que se encuentra en la habitación contigua, y a quien llamaré inmediatamente, antes de media hora se la llevará a sitio seguro, a sitio donde no correrá el menor peligro.

—Deseo volver... necesito volver, porque... ¿cómo decir la causa a una señorita inocente y pura como usted? Necesito volver porque entre los hombres de quienes he hablado a usted, hay uno, el más vil, el más criminal de todos, que me es imposible abandonar. ¡No! ¡No le abandonaré nunca, ni aun cuando abandonándole me viera redimida de la vida horrible que llevo!

—La mediación de usted en favor de ese pobre muchacho —dijo Rosa—, su venida a esta casa corriendo riesgos gravísimos para decirme lo que escuchó, su actitud, que me convence de la sinceridad de sus palabras, su arrepentimiento, que salta a la vista, la conciencia, en fin, de su propia ignorancia, todo ello me induce a creer que no está todo perdido en usted, que todavía puede rehabilitarse... ¡Oh! —repuso aquel ángel de bondad, juntando las manos en actitud suplicante y derramando lágrimas abundantes—. ¡No se haga usted sorda a las súplicas de una persona de su mismo sexo! ¡A las instancias de la primera... la primera, tal creo, que dirige a usted palabras de verdadera piedad y conmiseración! ¡Preste oídos a mi voz, y deje que la salve, que la libre del abismo en que ha caído!

—¡Señorita! —exclamó la desdichada Anita cayendo de rodillas—. ¡Señorita querida, señorita dulce y virtuosa, señorita ángel! ¡Es usted, en efecto, la primera que me dirige palabras consoladoras, palabras que si hubiese escuchado algunos años antes, acaso me habrían librado del vicio y de la desgracia! ¡Hoy es tarde!... ¡Demasiado tarde!

—Nunca es tarde para el arrepentimiento y la expiación —objetó Rosa.

—¡Lo es... sí! —insistió Anita retorciéndose las manos con desesperación—. ¡No puedo dejarle!... ¡No quiero ser causa de su muerte!

—¿Por qué había de serlo? —preguntó Rosa.

—Nada podría salvarle —respondió Anita—. Si a otros dijera yo lo que a usted acabo de decirle, si descubriera el lugar donde se encuentra, moriría indefectiblemente. Es el más... resuelto, y ha cometido muchos horrores.

—¿Es posible que por un hombre así renuncie usted a la esperanza de una vida mejor y a la certeza de verse libre inmediatamente? ¡Es una locura; perdone que se lo diga!

—Yo no sé si es o no locura; lo que sí aseguro es que así es, y que no soy yo sola la que así procedo, sino muchos cientos de otras tan malas y tan desdichadas como yo. Necesito volver a casa, y me vuelvo. Quizá sea un castigo de Dios por las malas acciones que he cometido; pero es lo cierto que ese hombre me atrae, a pesar de las crueldades, a pesar de los malos tratos de que me hace objeto, y volvería con toda seguridad a su lado, aun cuando supiese que había de morir a sus manos.

—¿Qué hacer? —exclamó Rosa—. Creo que no debería dejarla marchar.

—Sí, señorita. Debe usted dejarme marchar —replicó Anita levantándose—. Me parece que sería injusta si pusiera obstáculos a la marcha de la que ha venido aquí confiada en su bondad, y le ha hecho revelaciones graves sin exigirle promesa alguna, como hubiera podido hacerlo.

—Entonces, ¿qué uso quiere usted que haga de sus revelaciones? ¿Si no se penetra el misterio, si no se toman medidas, qué beneficio puede reportar su confidencia a Oliver, a quien parece desea usted salvar?

—Seguramente tendrá usted algún caballero bueno que escuchará de sus labios la repetición de mi historia y la aconsejará lo que deba hacer.

—¿Pero y dónde vuelvo yo a encontrarla a usted cuando la necesite? No tengo interés por averiguar dónde viven esos hombres terribles; pero, ¿no le parece que debiera decirme el sitio en que podrá encontrársela un día, un momento que determinaremos?

—¿Me promete usted guardar fielmente el secreto, y que vendrá sola, o acompañada del único confidente a quien con autorización mía puede hacer partícipe del secreto, y que nadie me vigilará ni me seguirá?

—Se lo prometo solemnemente —contestó Rosa.

—Todos los domingos por la noche, desde el instante en que los relojes den las once hasta que suenen las doce —dijo la muchacha sin sombra de vacilación—, pasearé por el Puente de Londres, si vivo todavía.

—¡Un momento más! —exclamó Rosa, viendo que la muchacha se dirigía presurosa a la puerta—. Reflexione una vez más en su situación, y en la oportunidad que salir de ella se le ofrece. Tiene usted derecho a que yo le tienda la mano, no sólo por haber venido espontáneamente a revelarme un secreto, sino también porque es una mujer casi irremisiblemente perdida. ¿Volverá a reunirse con esa gavilla de ladrones, con ese hombre terrible, cuando basta que pronuncie una palabra, para verse a salvo? ¿Qué diabólica fascinación la arrastra a semejantes abismos de oprobio y de miseria? ¡Oh! ¡Será posible que no quede en su alma una cuerda sensible que yo pueda hacer vibra! ¿No queda en usted alguna puerta a la que yo pueda llamar con esperanzas de arrancar de su imaginación las alucinaciones que la arrastran?

—Cuando ángeles tan jóvenes, tan buenos, tan hermosos como usted entregan sus corazones —replicó Anita con decisión—, arrástrales el amor a abismos sin fondo, aun cuando, como usted, tengan casa, amigos, riquezas, admiradores, y todo cuan pudiera halagarles; pero cuando mujeres como yo, que no tienen ni esperan tener otro techo que la tapa del ataúd en que las enterrarán limosna, ni han de conocer otros amigos, cuando la enfermedad haga en ellas presa, que la enfermera de un hospital, entregan su corrompido e impuro corazón a un hombre, permite a éste que llene un hueco que estuvo vacío durante toda la vida, tenga usted por seguro que no hay fuerzas humanas que baste para curarnos. ¡Compadézcanos, señorita! ¡Compadézcanos a las que no quedándonos más que uno solo de los sentimientos de mujer, convertimos, por una fatalidad horrible en manantial de nuevos sufrimientos y violencias, lo que debiera ser nuestro orgullo y consuelo!

—Por lo menos —dijo Rosa, al cabo de algunos momentos de silencio—, me hará el favor de aceptar de mí algún dinero que la permita vivir honradamente... hasta que volvamos a vernos; ¿no es cierto?

—¡Ni un céntimo! —contestó Anita.

—¡No ponga usted obstáculos insuperables a cuantos esfuerzos hago para serle, de algún provecho! Con toda mi alma deseo servirla.

—¡Sólo arrancándome de un golpe la vida podría servirme, señorita! —exclamó la infeliz, retorciéndose las manos—. La conciencia de lo que soy me ha hecho sufrir esta noche torturas más acerbas que nunca, y algo saldría ganando si no muriera en el infierno en que siempre he vivido. ¡Dios la colme de bendiciones, señorita, y derrame sobre su cabeza tanta dicha como vergüenza he acumulado yo sobre la mía!

Hablando de esta suerte y sollozando con desesperación, salió la desventurada Anita, mientras Rosa dolorosamente afectada por aquella extraña entrevista, más semejante a una pesadilla que a un incidente de la vida real, se dejó caer en una butaca e hizo lo posible para recoger y poner en orden sus confusos pensamientos.

Capítulo XLI

Hace nuevos descubrimientos y demuestra que las sorpresas, lo mismo que las desgracias, rara vez vienen solas

A decir verdad, la situación de Rosa no dejaba de ser difícil y complicada. A la par que sentía un deseo ardiente, un anhelo irresistible de rasgar el velo misterioso que envolvía la historia de Oliver, no podía menos de guardar religiosamente el secreto que aquella desventurada mujer, con la cual acababa de hablar, había confiado a su inocente y cándida buena fe. Tanto las palabras como la expresión de Anita habían conmovido profundamente el corazón de Rosa y mezclado al cariño tierno y sin límites que a su joven protegido profesaba, anhelos vivísimos de atraer al arrepentimiento y a la esperanza a aquella desgraciada.

La familia Maylie tenía resuelto no detenerse en Londres más que tres días, pasados los cuales emprendían la marcha hacia un lugar de la costa, bastante distante, donde pasarían algunas semanas. Anita se había presentado en la noche del primer día de estancia en la capital de Inglaterra. ¿Qué resoluciones podía tomar Rosa en el breve espacio de cuarenta y ocho horas? Y si en ese lapso de tiempo no las tomaba, ¿sería posible diferir el viaje sin excitar sospechas?

Con la familia Maylie estaba el señor Losberne, quien debía continuar acompañando a las señoras en los dos días siguientes; pero Rosa conocía perfectamente el temperamento impetuoso de aquel caballero excelente y preveía la terrible explosión de cólera que en el primer momento estallaría en el corazón del buen doctor contra la mujer que fue instrumento principal de los que por segunda vez se apoderaron de la persona de Oliver, para confiarle el secreto e inclinarle en favor de la culpable, sobre todo, careciendo de otra persona de experiencia que la auxiliase en la empresa y secundase sus esfuerzos. Estas consideraciones eran motivos más que suficientes para disuadirla de poner en autos a la señora Maylie, cuyo impulso primero la llevaría infaliblemente a tratar el asunto con el buen doctor. En cuanto a recurrir a los consejos de cualquier abogado, aun suponiendo que Rosa supiera cómo hacerlo no había ni que pensarlo, por las mismas causas. Brotó en su mente la idea de asesorarse de Enrique; pero esa idea despertó el recuerdo de su última despedida, y creyó poco en armonía con su dignidad llamarle cuando... ¡sus ojos se arrasaron en lágrimas al pensar en ello! Quizá habría aquél aprendido a olvidarla y a ser feliz sin ella.

Fluctuando en el agitado mar de pensamientos tan opuestos, adoptando ahora una solución para desecharla como imposible segundos más tarde, aventurándose ora en un rumbo, ora en otro contrario, Rosa pasó la noche sin conciliar el sueño, presa de horrible inquietud. Al día siguiente, después de mucho reflexionar, y no sabiendo qué hacer, decidió consultar a Enrique.

—¡Si a él le es penoso volver aquí —pensó—, mil veces más me lo será a mí! ¿Pero querrá venir? ¡Acaso no!... Escribirá, o vendrá en persona, pero esquivará cuidadosamente mi encuentro. Ya lo hizo cuando se fue... Nunca lo hubiera yo creído, pero así fue... ¡y probablemente sería preferible para ambos!

Rosa dejó caer la pluma y volvió la cabeza, cual si no quisiera que fuera testigo de sus lágrimas ni el papel que debía ser mensajero de sus deseos.

Había tomado y dejado la pluma cincuenta veces y meditado y vuelto a meditar la primera línea de la carta sin escribir ni la primera palabra, cuando Oliver, que había estado paseando por las calles de Londres, llevando por guardián a Giles, penetró en la estancia tan agitado, tan sin aliento, con tal prisa, que fácil era ver que traía a la angelical Rosa alguna sorpresa desagradable.

—¿Qué pasa? —preguntó Rosa, saliendo a su encuentro—. ¿Cómo vienes tan arrebatado?

—Casi no lo sé, aunque comprendo que me ahogo, que me falta aire para respirar —contestó Oliver—. ¡Oh, Dios santo! ¡Cuando pienso que al fin voy a tener la dicha de verle, y que ustedes podrán convencerse de que les dije la verdad, y nada más que la verdad!

—Jamás creí lo contrario —replicó Rosa con dulzura, intentando calmar al muchacho—. ¿Pero pasa? ¿De quién hablas?

—He visto al caballero... al caballero que tan bueno fue para mí —respondió Oliver sin poder articular palabra—. Al señor Brownlow, de quien tantas veces me ha oído hablar.

—¿Dónde? —preguntó Rosa.

—Le vi bajar de un coche y entrar en una casa —dijo Oliver vertiendo lágrimas de alegría—. No le hablé... me fue imposible, pues él no me vio, y yo temblé de modo que comprendí que carecía de fuerzas para acercarme hasta él. Giles preguntó por encargo mío dónde vive, y se lo dijeron. Vea usted —añadió el muchacho, mostrando un pedazo de papel—; aquí están las señas... las señas de su casa ¡Voy a verle inmediatamente! ¡Oh, Dios mío! ¡No sé lo que pasa por mí cuando pienso que voy a verle, a oír de nuevo su voz!

No poco sorprendida Rosa, y muy agitada, leyó las señas del domicilio del señor Brownlow: calle Craven, Strand, y resolvió utilizar el descubrimiento.

—¡Pronto! —exclamó—. ¡Di que enganchen un coche y preparate para acompañarme! Te llevaré ahora mismo, sin perder minuto. Voy a decir a mi tía que salimos y que tardamos una hora en volver.

Sin hacerse repetir la orden, Oliver no tardó ni cinco minutos en ponerse en disposición de acompañar a Rosa, con la cual salió hacia la calle Craven. Una vez hubienron llegado a la casa, Rosa hizo que el muchacho quedara en el coche esperándola, pretextando de preparar al caballero, y entregando su tarjeta a un criado, le rogó que hiciera presente al señor Brownlow que deseaba hablarle de asuntos urgentes. Momentos después reapareció el criado invitando a la joven subir. El criado acompañó a Rosa al piso principal, donde la dejó frente a un anciano de agradable aspecto, que vestía un traje color verde botella junto a él había otro anciano, que vestía calzones de mahón y botas altas, cuyas facciones no respiraban tanta bondad como las del primero, el cual estaba sentado, apoyadas ambas manos sobre el puño de un bastón y sobre las manos la barba.

—¡Dios mío! —exclamó el caballero del traje verde botella, levantándose presuroso al entrar Rosa y saludándola con exquisita cortesía.

¡Perdóneme usted, señorita! Yo creí que era algún importuno que... Le ruego que me dispense... Tenga la bondad de tomar asiento.

—¿Es usted el señor Brownlow, caballero? —preguntó Rosa, dirigiéndose al que acababa de hablarle.

—Para servir a usted, señorita —respondió el anciano—; y éste es mi buen amigo el señor Grimwig ¿Quieres dejarnos solos un momento, Grimwig?

—Creo que no hay inconveniente en que este caballero asista a nuestra conferencia, señor —dijo Rosa—. Si no estoy mal informada, conoce el asunto que motiva mi visita.

El señor Brownlow hizo una inclinación de cabeza y Grimwig, que acababa de hacer una reverencia, que por la rigidez nada tenía que envidiar a la de un autómata, la repitió y se dejó caer de golpe sobre la butaca.

—Segura estoy de que voy a sorprenderle a usted —comenzó diciendo Rosa con timidez manifiesta—. Sin embargo, me consta que en otro tiempo testimonió usted mucha bondad y benevolencia a un amigo mío muy querido, y estoy cierta de que ha de alegrarse de tener noticias suyas.

—¡Será posible! —exclamó Brownlow.

—Me refiero a Oliver Twist, a quien usted...

No bien salió de los labios de Rosa el nombre de Oliver, el señor Grimwig, que parecía embebido en la lectura de un libraco inmenso, cerrólo con estrépito y, echándose sobre el respaldo del sillón, ahuyentó de su rostro toda expresión que no fuera de estupefacción completa y se permitió permanecer largo rato con los ojos clavados en la cara de Rosa; luego, cual si le avergonzase haber exteriorizado tanta emoción, hizo un esfuerzo que pudiéramos llamar convulsivo, recobró la posición anterior y miró de frente, emitiendo un silbido que, en vez de perderse en el aire, pareció volver a esconderse en los repliegues más profundos de su propio pecho.

No fue menor la sorpresa de Brownlow, aunque no la exteriorizó en forma tan excéntrica. Aproximó su silla a la que ocupaba Rosa, y dijo:

—Tenga la bondad, mi querida señorita, de prescindir de la benevolencia de que acaba de hablarme, y que todos ignoran, y, si en su poder tiene pruebas que modifiquen la opinión desfavorable que me vi obligado a formar sobre ese joven, le ruego en nombre del Cielo que me las dé.

—¡Es un tunante! ¡Me como mi propia cabeza si no es un tunante de tomo y lomo! —gruñía el señor Grimwig sin mover los labios, como si fuera ventrílocuo.

—Es un corazón noble y generoso —dijo Rosa ruborizándose—. El señor, que creyó conveniente someterle a pruebas superiores a sus fuerzas, sembró en su pecho afectos y sentimientos que honrarían a personas que tienen seis veces más años que él.

—No tengo más que sesenta y uno —murmuró Grimwig, siempre sin mover los labios—, y si el diablo en persona no anda en ello, como Oliver cuenta doce años por lo menos, no veo a quien pueda aplicarse esa observación.

—No haga usted caso de mi amigo, señorita —dijo el señor Brownlow—. La mayor parte de las veces habla por hablar.

—Dice lo que siente —refunfuñó Grimwig.

—¡No! ¡No siente lo que dice! —replicó Brownlow, montando en cólera.

—¡Se come su propia cabeza si no lo siente! —gritó Grimwig.

—¡Merecería que se la rompieran de un porrazo si habla en serio!

—¡Querría ver si hay nacido que se atreviera a hacerlo!

Llegada la discusión a ese punto, los dos ancianos tomaron rapé varias veces consecutivas, se miraron, y concluyeron por darse sendos apretones de manos, que era el resultado último y definitivo de todas sus disputas.

—Volvamos ahora, señorita al asunto que tanto interesa a su corazón. ¿Tendrá usted la bondad de decirme todo lo que acerca de ese pobre muchacho sepa? Me permitirá que principie por hacer constar que puse en juego, cuando desapareció, cuantos medios me sugirió mi buen deseo para descubrir su paradero, y que desde que salí de Inglaterra, se ha

modificado por completo la opinión, que formé en los primeros momentos, de que me había robado obedeciendo instigaciones de sus antiguos cómplices.

Rosa que había tenido tiempo para coordinar sus pensamientos, hizo una historia sucinta y precisa de cuanto a Oliver había acontecido desde que salió de la casa del señor Brownlow, omitiendo únicamente las recientes revelaciones de Anita, que pensaba declarar en secreto y a solas al anciano, y cerró su narración asegurando que el pesar único del muchacho, desde algunos meses antes, era no poder encontrar a su antiguo bienhechor.

—¡Loado sea Dios! exclamó Brownlow—. Me proporciona usted una verdadera alegría, un placer como no lo experimentaba en mucho tiempo. Pero no me dice usted dónde se encuentra en este momento, señorita Maylie. Perdónome si me quejo; pero, ¿cómo no lo ha traído usted?

—En mi coche, que dejé a la puerta, quedó esperando.

—¡A mi puerta! —exclamó buen caballero.

Sin hablar más palabra, lanzóse fuera de la habitación, descendió precipitadamente la escalera, y segundos después habría la portezuela del carruaje.

No bien salió el señor Brownlow de la estancia, Grimwig levantó la cabeza y convirtiendo en pivote una de las patas traseras de la silla que ocupaba, y auxiliándose con el bastón y la mesa, describió tres círculos completos sin levantarse de su asiento. Ejecutada la maniobra descrita, se levantó, dio diez o doce vueltas por la habitación con paso rápido, y deteniéndose al fin bruscamente frente a Rosa, besó a ésta sin preámbulos ni ceremonias.

—¡Pschis! —susurró, al observar que la señorita se levantaba alarmada ante su singular manera de ser—. No se asuste usted. Por la edad podría muy bien ser su abuelo... Es usted una niña encantadora y yo la quiero mucho... ¡Ya están aquí!

En el instante preciso en que, haciendo una conversión hábil volvía Grimwig a ocupar su asiento, entraba Brownlow acompañando a Oliver, a quien el primero dispensa una acogida amabilísima. En cuanto a Rosa, aun cuando sus cuidados, no la hubieran valido otra recompensa que la felicidad que saboreó en aquellos momentos, hubiérase tenido por suficientemente pagada.

—Alguien queda aún a quien no debemos olvidar —observó Brownlow haciendo sonar la campanilla—. Hágame el favor de decir a la señora Bedwin que venga inmediatamente —añadió, dirigiéndose al criado que había acudido al llamamiento.

No se hizo esperar la antigua ama de llaves, la cual quedó en la puerta de la habitación esperando órdenes.

—Observo que pierde usted vista de día en día, señora Bedwin —dijo Brownlow con cierta sequedad.

—Cierto, señor —contestó la anciana—. A mis años, no suele mejorar con el tiempo la vista.

—Es ésa una verdad que me sé yo de memoria —replicó Brownlow—; pero también lo es que, si usted se calara las antiparras, acaso adivinase el motivo que me obligó a llamarla.

La buena señora comenzó a registrar sus bolsillos en busca de sus anteojos; pero Oliver, cuya paciencia no estaba hecha a prueba de dilaciones, cediendo a su primer impulso, se arrojó en sus brazos.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó la anciana—. ¡Si es mi inocente y querido niño!

—¡Oh, mi idolatrada enfermera! —gritó Oliver.

—¡Ha vuelto... el corazón me decía que volvería!... ¡Y qué bien está, y con qué elegancia viste!... ¡Si parece el hijo de un caballero!... La misma carita dulce, pero menos

pálido... ¿Dónde has estado tanto tiempo? La expresión de la mirada es la misma, aunque menos triste la de hoy que la de aquellos tiempos... Ni un solo día he dejado de ver su dulce sonrisa, pero siempre se me figuraba verle acompañando a mis pobres hijos, muertos cuando yo era aún muy joven...

Mientras hablaba, la buena anciana examinaba a Oliver, intentaba precisar cuánto había crecido, le estrechaba entre sus brazos, pasaba sus dedos por su cabello, y ora lloraba, ora reía.

Brownlow, dejando a la señora Bedwin y a Oliver en libertad de hablar a sus anchas, pasó a otra habitación, donde Rosa le refirió detalladamente la entrevista que con Anita había tenido, relato que le produjo tanta sorpresa como inquietud. También explicó Rosa los motivos que la aconsejaron no confiar el secreto a Losberne. El digno caballero contestó que a su entender había obrado con prudencia, y en el acto resolvió pedir al doctor una conferencia solemne. A fin de proporcionarle ocasión de poner cuanto antes en planta sus propósitos, convinieron en que aquella misma noche, a las ocho, se presentaría Brownlow en el hotel en que residía la señora Maylie, a la cual, en el entretanto, se pondría en antecedentes de lo que ocurría. Convenidos los preliminares expuestos, Rosa y Oliver volvieron a casa.

Había calculado Rosa que la furia del buen doctor rayaría en lo inverosímil en cuanto tuviera noticias de las revelaciones de Anita, y fuerza es convenir que no erró ni exageró sus cálculos. De su boca salieron atropellándose torrentes de amenazas mezcladas con imprecaciones contra los miserables criminales y hasta contra Anita, a la que quiso, en los primeros momentos, confiar nada menos que a los cuidados solícitos de los señores Blathers y Duff. Que hablaba en serio, lo demostró elocuentemente el hecho de que inmediatamente se calara el sombrero con ánimo de lanzarse a la calle y de pedir la cooperación de aquellos dignos funcionarios. A buen seguro que, en los primeros momentos de indignación, hubiera puesto en planta sus propósitos sin consideración a las consecuencias, de no haberle detenido por una parte la diestra de Brownlow, cuyo temperamento no era menos irascible que el suyo, y por otra, la serie de argumentos y razones con que procuraron disuadirle de que cometiera un disparate que probablemente comprometería el asunto en vez de solucionarlo.

—Entonces, ¿qué diablos hacemos? —exclamó el impetuoso doctor cuando estuvieron presentes a la conferencia las señoras—. ¿Quieren ustedes que enviemos un voto de gracias a esa cuadrilla de ladrones y perdidas, rogándoles al propio tiempo que nos dispensen el honor de aceptar un centenar de libras esterlinas por barba, como muestra insignificante de nuestro aprecio y pobre recompensa por las bondades que han testimoniado a Oliver?

—No digo tanto —replicó Brownlow riendo—; pero sí que es preciso proceder con moderación y prudencia exquisitas.

—¡Moderación y prudencia!... —gritó el doctor—. ¡Yo principiaría por enviarlos todos a la...!

—No me opongo a que los envíe a donde quiera —dijo Brownlow interrumpiendo al doctor—, siempre que ello contribuya a facilitar el objetivo que perseguimos.

—¿Qué objetivo es? —inquirió el doctor.

—Conocer a los parientes de Oliver y poner a éste en posesión de la herencia que fraudulentamente le arrebatan, suponiendo que la historia referida por la joven compañera de los ladrones sea cierta.

—¡Ah! —exclamó el doctor, pasando el pañuelo por su frente—. ¡Es verdad! ¡Ni

me acordaba siquiera!

—Comprenda usted que, aun dejando a un lado a esa desventurada muchacha y suponiendo que sin comprometer a ésta, nos fuera posible poner a todos esos miserables en manos de la justicia, poco o nada habríamos adelantado.

—Algo adelantaríamos —replicó el doctor—. Ahorcarían a unos cuantos y deportarían a los restantes.

—Perfectamente —contestó Brownlow riendo—; pero es la suerte que les espera y que se atraerán ellos mismos, con el tiempo, sin intervención nuestra. Si hoy encaminamos nuestros esfuerzos a adelantarla, tenga usted por seguro que haremos el Quijote y perjudicaremos nuestros intereses... o los de Oliver, que viene a ser lo mismo.

—No veo cómo —objetó el doctor.

—Va usted a verlo. Es indudable que hemos de tropezar con dificultades inmensas para penetrar en el fondo del misterio, mientras no arranquemos la máscara a ese sujeto llamado Monks. Pero es que para conseguir esto último, habremos de recurrir a ardides y estratagemas, que no nos darán resultado si no le cogemos cuando esté solo, separado de los canallas que cooperan a sus villanos planes. Supongamos que le hacemos prender: ninguna prueba tenemos contra él; es más, ni sabemos siquiera que haya tomado parte en ninguna de las fechorías llevadas a cabo por la banda. Le absolverían de seguro, o a lo sumo, si la justicia extremaba sus rigores, le condenarían como vago, y nuestro Monks guardaría en lo sucesivo silencio tan obstinado, que para nosotros, o para nuestros proyectos, sería tanto como si hubiese quedado sordo, ciego, mudo e idiota.

—Entonces, vuelvo a preguntar otra vez —contestó con vivacidad al doctor—, si cree usted racional que nos consideremos ligados por la promesa empeñada a una perdida... promesa hecha con la mejor intención, lo reconozco, pero que...

—No discutamos siquiera ese punto... ¡Perdone que no le deje hablar señorita! —dijo Brownlow, observando que Rosa se disponía protestar—. Hay que atenerse a todo trance a la palabra empeñada, palabra que, a mi modo de ver, en nada ha de oponerse a nuestros procedimientos. Sin embargo, antes de convenir un plan preciso de operaciones, juzgo necesario ver a esa joven, a fin de tratar de conseguir que nos dé a conocer a Monks, asegurándole que trataremos directamente con él y sin mediación de la policía, y caso que aquélla no quiera, o no pueda darnos sus señas, recabar de la misma informes detallados y precisos acerca de sus señas personales y sitios que frecuenta, con objeto de ponernos en condiciones de conocerle cuando le encontremos. A la muchacha no podemos verla hasta el domingo por la noche. Hoy es martes. Propongo, pues, que hasta el domingo, permanezcamos perfectamente quietos y guardemos secreto impenetrable, que no revelaremos ni al mismo Oliver.

Por más que Losberne acogió con ceño y de mal talante una proposición que llevaba aparejados cinco días de inacción absoluta, no pudo menos de confesar que no se le ocurría por entonces plan más ventajoso, y como por otra parte, tanto la señora Maylie como Rosa defendieron con tesón lo propuesto por Brownlow, la proposición de éste quedó aprobada por unanimidad.

—Yo desearía —observó Brownlow—, solicitar la cooperación de mi amigo Grimwig. Es un hombre singular, rico en rarezas y excentricidades, pero ladino como el que más. Abrigo el convencimiento de que podría servirnos. Añadiré que fue abogado competente y que abandonó el foro porque en veinte años sólo se le presentó un pleito y de escasa importancia. Ustedes verán si esta circunstancia le recomienda o no.

—No tengo inconveniente en que usted llame a su amigo, siempre que a mí se me

permita llamar a otro que lo es mío —contestó el doctor.

—Someteremos el asunto a votación. ¿Quién es ese amigo suyo? —preguntó Brownlow.

—El hijo de esta señora, amigo antiguo de esta señorita —contestó el doctor, extendiendo un brazo hacia la señora Maylie y dirigiendo a la señorita Rosa una mirada muy significativa.

Tiñéronse de vivo carmín las mejillas de Rosa, la cual no se opuso a la proposición, acaso porque creyera que se encontraría en minoría desesperada. Como consecuencia, acordóse invitar a los dos señores mencionados a formar parte de la junta de defensa de Oliver.

—Huelga decir que no saldremos de Londres en tanto haya esperanzas de que nuestras investigaciones puedan tener resultado —dijo la señora Maylie—. A trueque de ver logrado el objetivo que perseguimos, no perdonaré molestias ni gastos, y con gusto permaneceré en la ciudad aunque sean doce meses, siempre que ustedes me aseguren que queda un rayo de esperanza.

—¡Magnífico! —exclamó Brownlow—. Como quiera que estoy viendo en los semblantes de cuantos merodean el deseo de preguntarme a que fue debido que me viera yo en la posibilidad de corroborar y comprobar la historia que me refirió Oliver y qué causas me obligaron a abandonar repentinamente el reino, me permitirán que les haga presente que deseo que guarden en el fondo de su pecho las preguntas, hasta que yo pueda adelantarme a ellas refiriéndoles mi propia historia. Créanme que abonan mi conducta poderosas razones, no siendo la menor de ellas el estar seguro de que, hablando, podría despertar esperanzas que acaso nunca tengan realización, y aumentar las dificultades y los desencantos, harto numerosos por desgracia. ¡Vaya! Han anunciado que la cena está servida, y no es justo que la mesa espere. Por otra parte, Oliver se encuentra solo en la habitación contigua, y no sería de extrañar que creyese que su compañía nos es molesta, o bien que fraguamos alguna conspiración tenebrosa encaminada a lanzarle de nuevo a los rigores de su infausta suerte.

Diciendo estas palabras, el respetable anciano ofreció su mano a la señora Maylie, el doctor hizo lo propio con Rosa, y las dos parejas se dirigieron al comedor, quedando, por entonces, disuelta la junta de Defensa.

Capítulo XLII
Un conocido antiguo de Oliver da pruebas tan brillantes de genio, que llega a ser un personaje público en la capital

La misma noche que Anita, cediendo a un impulso generoso, hizo a Rosa Maylie las importantes revelaciones que conoce el lector, después de propinar un narcótico a Sikes, acercábanse a Londres, por el Gran Camino Real Norte, dos personas, a las cuales no puede dispensarse esta verídica historia de prestar alguna atención.

Eran las personas en cuestión un hombre y una mujer (quizá les cuadrase mejor la denominación de macho y hembra); el primero, uno de esos ejemplares largiruchos, huesudos, patizambos y de andar perezoso y vacilante, a los cuales es difícil señalar edad determinada, seres que, de niños, parecen hombres entecos y poco desarrollados, y de hombres, podrían pasar por muchachos desarrollados prematuramente.

La mujer era joven, de constitución robusta y grandes fuerzas, pues en caso contrario, habríale sido imposible llevar el pesado fardo que gravitaba sobre su espalda. No llevaba su compañero tanto equipaje, reducido a un paquetito envuelto en un mal pañuelo y

pendiente de la punta de un palo apoyado sobre el hombro, paquetito que tenía trazas de pesar muy poco. Esta circunstancia, unida a la longitud de sus piernas, realmente desmesuradas, permitíale llevar constantemente una delantera de doce pasos a su compañera, hacia la cual volvía la cabeza de tanto en tanto, haciéndole señas que traducidas al lenguaje vulgar, eran otros tantos reproches a su tardanza y excitaciones a que apresurara el paso.

Avanzaban por el camino lleno de polvo, sin fijar su atención en ninguno de los objetos que se les presentaba a la vista, excepto C do divisaban alguna diligencia, entonces solían desviarse unos pasos sin duda a fin de no entorpecer marcha. Cuando hubieron pasado, arco Highgate, el hombre hizo y llamó con impaciencia a su e pañera.

—¿Quieres darte prisa? ¡A fe que eres holgazana, Carlota!

—Pesa mucho este fardo; créeme —contestó la mujer, llegando rendida y sin aliento.

—¡Que pesa mucho! ¿Qué disparates estás diciendo? ¿Es que sirves para nada? —replicó el viajero macho, pasando al otro hombro el pequeño lío que llevaba—. ¡Dios de Dios! ¿Otra vez parada? ¡Si lo que estás haciendo no es para concluir con la paciencia de todos los santos del Cielo, que venga el diablo y lo vea!

—¿Nos falta mucho para llegar? —preguntó la mujer, recostándose contra un poste y secándose con revés de la mano el sudor que in daba su cara.

—¡Que si falta mucho! Allá es el término de nuestro viaje —respondió el viajero extendiendo un brazo—. ¿Ves aquella claridad? Pues son las luces de Londres.

—Me parece que nos quedan por lo menos dos millas largas —añadió la mujer con desaliento.

—Tanto monta que sean dos como veinte —replicó Noé Claypole, que él era en persona el compañero de la mujer—. ¡Ea! ¡En marcha, si no quieres que despierte tu actividad a patadas!

Como quiera que la nariz de Noé, coloreada de suyo, se ponía más y más encendida cuando la cólera rugía en el pecho de su propietario, y como por otra parte, éste cruzó con paso vivo el camino mientras hablaba, la mujer se levantó sin replicar y reanudó penosamente la marcha.

—¿Dónde pasaremos la noche? —preguntó la mujer, luego que hubieron recorrido un centenar de varas más.

—¿Lo sé yo por ventura? —replicó Noé, cuya irritación exacerbaba extraordinariamente la caminata.

—Será cerca, ¿verdad?

—¡No... no será cerca! —gritó Claypole—. ¿Por qué ha de ser cerca? No creas tal cosa si no quieres llevarte chasco.

—¿Pero por qué no ha de ser cerca?

—Cuando yo digo una cosa, basta y sobra con que la diga, y no admito que se me pregunte por que ni cómo —replicó Claypole con dignidad.

—No te incomodes, Noé, que no hay motivo.

—¡Estaría gracioso!, ¿verdad que sí? que fuéramos a hospedarnos en la primera posada que en las afueras de la ciudad encontráramos, para que Sowerberry, si corre, como supongo, en persecución nuestra, no tuviera más trabajo que el de asomar su fea nariz y cargarnos en un carro, bien adornaditos con esposas! ¡Quia! Seguiremos andando hasta perdernos por las callejas más intrincadas y solitarias de la ciudad y no nos detendremos hasta que encuentre una huronera que nos ofrezca garantías de seguridad. Agradece a las

estrellas, Carlota, que me hayan dado talento y astucia para los dos; pues de no haber seguido desde el principio senderos poco frecuentados para caer al fin en este camino, días haría que te encontrarías enjaulada por imbécil, paloma, lo que no te hubiera estado mal empleado.

—Confieso que eres más listo que yo —replicó Carlota—; pero no cargues sobre mis espaldas toda la culpa, y sobre todo, no digas que estaría yo enjaulada, pues supongo que si hubiéramos tenido algún tropiezo, enjaulados estaríamos los dos.

—Fuiste tú la que robaste el dinero —dijo Claypole.

—Pero lo robé para ti, Noé, y por tu encargo.

—¿Lo tengo yo acaso en mi poder?

—No; me lo has confiado a mí, dándome pruebas de una confianza que demuestra lo mucho que me quieres —dijo la mujer, acariciando la barba de Noé y agarrándose a su brazo.

Efectivamente: Claypole había confiado a Carlota la custodia del dinero; pero, como el tal caballerito no tenía por costumbre honrar a nadie con una confianza imprudente, la justicia y la imparcialidad me obligan a hacer constar que, si esta ocasión infringió costumbres de toda la vida, fue porque calculó que, en caso de prisión, era preferible que la justicia encontrase sobre su dulce compañera el cuerpo del delito, lo que le pondría en condiciones de negar su participación en el robo y aumentaría las probabilidades de salir con bien del asunto. Como comprenderá el lector, no creyó oportuno entrar en explicaciones acerca de los móviles de su conducta, y la pareja prosiguió el viaje en medio de la mejor armonía.

Consecuente con su sistema de prudencia. Claypole avanzó sin detenerse hasta llegar al Ángel del Islington, donde la abundancia de transeúntes y la multitud de carruajes hiciéronle creer, no sin razón, que empezaba el verdadero Londres. Sin detenerse más que el tiempo indispensable para observar cuáles eran las calles más concurridas, y como consecuencia, las que con mayor diligencia debía evitar, atravesó el camino de San Juan y no tardó en internarse por las callejuelas laberínticas y sucias comprendidas entre Gray’s Inn Lane y Smithfield, que hacen de aquella parte de la ciudad uno de los distritos más asquerosos que han quedado en el corazón de Londres desafiando los planes de reforma de nuestro siglo.

Por aquellas callejas avanzó Noé Claypole, llevando a Carlota pegada a sus talones, ora deteniéndose en medio del arroyo para estudiar el aspecto exterior de alguna taberna o parador inmundo, ora deslizándose a lo largo de las paredes cuando cualquier circunstancia le inducía a creer que aún era demasiado público para sus planes. Al fin se detuvo frente al establecimiento más humilde y repugnante que tropezó en el camino, el cual, una vez reconocido y examinado con detenimiento desde la acera de enfrente, tuvo el alto honor de ser el preferido, según manifestó Claypole a su compañera.

—Dame ahora el fardo —dijo Noé, soltando los tirantes que lo sujetaban a la espalda de su compañera y cargándole sobre sus hombros—. Cuidadito con hablar palabra a nadie. Sólo podrás hablar conmigo, y cuando yo te pregunte... ¿Cómo se llama esta casa... *Los Tres...* qué?

—*Lisiados* —contestó Carlota.

—*Los Tres Lisiados* —replicó Noé—. ¡Magnífica muestra! ¡Adelante! Sígueme pegada a mis talones.

Dada esta orden, empujó la desvencijada puerta con un hombro y penetró en la casa, seguido por su compañera.

A nadie encontraron en la taberna más que a un judío joven que, apoyado de codos sobre el mostrador, leía un periódico arrugado y sucio. Al entrar Noé, el judío alzó los ojos para clavarlos en los de Noé, quien por no ser menos, clavó también los suyos en los del judío.

—¿Es ésta la taberna de *Los Tres Lisiados*? —preguntó Noé.

—La misma —respondió el interrogado.

—Nos recomendó esta casa un caballero a quien encontramos en el camino —dijo Noé, guiñando un ojo a Carlota, ignoramos si con objeto de llamar la atención de la joven hacia aquel nuevo rasgo de ingenio de que acababa de dar pruebas, o si para recomendarle que no diera muestras de sorpresa—. Desearíamos pasar aquí la noche.

—Ignoro si será posible —contestó Barney, pues Barney, era el judío en cuestión—. Preguntaré.

—Bueno, pero antes condúcenos al comedor y allí sírvenos un pedazo de carne fiambre y un jarro de cerveza.

Introdujo Barney a los viajeros en un cuarto interior, donde les sirvió lo que habían pedido. Momentos después se les presentó de nuevo para informarles que podían pala noche en la casa, y los dejaba haciendo honor a la cena.

Estaba situado el comedor de del mostrador y un poquito bajo que éste, en forma que cualquier persona conocedora de la casa, sin más trabajo que el de levantar una cortinilla que cubría un cristal pequeño colocado en un ventanillo abierto en la pared de la pieza citada, a cinco pies de elevación sobre su suelo, no sólo podía acechar cuanto allí pasase sin peligro de ser descubierta, pues el ventanillo se encontraba en el rincón más obscuro del comedor y protegido por añadidura con una gruesa viga detrás de la cual era sencillísimo ocultarse, sino también sorprender cualquier conversación que en la estancia se sostuviera, aun cuando los interlocutores hablasen en voz baja. Más de cinco minutos hacía que el dueño de la casa se encontraba en su observatorio, cuando entró Fajín para inquirir algunas noticias referentes sus jóvenes discípulos.

—¡Cuidado! —exclamó Barney—. Tenemos forasteros en el comedor.

—¡Forasteros! —susurró Fajín.

—Sí; vienen de provincias, según dicen; pero, si no me engaño de medio a medio, son gentes de nuestra condición.

Parece que la noticia interesó agradó a Fajín, pues subiéndose sobre un banco, acercó cautelosamente sus ojos al cristal, desde donde pudo ver que el galante Claypole se servía una tajada enorme de carne fiambre y trasegaba trago tras trago de cerveza, al paso que administraba a su compañera dosis homeopáticas de ambas cosas.

—Me gusta la facha de ese prójimo —susurró Fajín volviendo la cara hacia Barney—. No dudo que puede sernos de provecho. Por lo pronto, veo que sabe manejarse admirablemente con la muchacha... ¡Chitón! ¡No respires siquiera, que me conviene escuchar la conversación de esa interesante pareja!

El judío, con un ojo pegado al cristal y una oreja a la pared, escuchó con viva atención.

—Pues sí —decía Claypole continuando una conversación precipitada—. Mi intención es ser un caballero. Váyase al diablo los ataúdes y vivamos a lo señor. Yo, al menos, así pienso hacerlo, y si tú no me imitas, Carlota, te acreditarás de tonta.

—Tu proyecto me gusta a rabiar, querido mío —contestó Carlota—; pero ten presente que no todos los días encontraremos cofrecitos que vaciar.

—¡Váyanse al diablo los cofrecitos! ¿Te figuras que no hay en el mundo otras cosas

tan apetitosas como los cofrecitos?

—¿Qué quieres decir?

—¡Bolsillos, joyas, casas, diligencias y Bancos! ¿Te parece poco? —exclamó Claypole, en quien comenzaba a producir efecto la cerveza.

—Pero tú solo no puedes llegar a tanto, querido —observó Carlota.

—Ya me asociaré con los que puedan ayudarme —replicó Noé—. No faltará quien nos proponga algún trabajo, y muy pronto... Tú sola vales por cincuenta mujeres juntas, pues si he de hacerte justicia, diré que no hay quien te iguale en astucia y ligereza.

—¡Oh! ¡Y cómo me entusiasman esos elogios en tu boca! —exclamó Carlota, estampando un beso en el feo rostro de su compañero.

—¡Basta, basta ya! ¡No te enternezcas demasiado, porque me vas resultando empalagosa! —dijo con dignidad Claypole—. Me gustaría ser capitán de cualquier bando, para vigilar las operaciones de mis subordinados, para seguir todos sus pasos, sin que nadie se enterase de ello. El cargo me convendría, y si me fuera posible entrar en relaciones con algunos caballeros de esa clase, te aseguro que me encantaría, aun cuando hubiera de sacrificar ese billete de veinte libras que tenemos... del cual no sé cómo podremos vernos libres sin peligro.

Luego que hubo manifestado su sentir sobre el particular, Claypole miró el jarro de cerveza con expresión de sutil sabiduría, y después de agitar su contenido, bebió un buen trago, que le refrescó al parecer, considerablemente. Disponíase a repetir la libación, cuando le interrumpió la presencia, en el marco de la puerta, que acababa de abrirse bruscamente, de un desconocido.

El personaje que acababa de hacer su aparición era Fajín, quien con amabilidad exquisita, hizo al entrar una reverencia profunda y fue a sentarse junto a la mesa contigua a la que ocupaba la pareja y pidió a Barney que le sirviera algo de beber.

—Hermosa noche, caballero, pero demasiado fría para la estación en que nos encontramos —dijo Fajín restregándose las manos—. ¿De provincias, eh?

—¿En qué lo ha conocido usted? —inquirió Claypole.

—En las calles de Londres no suele recogerse tanto polvo —replicó Fajín, señalando con el dedo los zapatos de Noé y a continuación los de Carlota.

—¡Buena vista tiene usted, señor mío! —exclamó Noé—. ¿Has oído, Carlota?

—Para vivir en esta ciudad, precisa tener vista de lince, amigo mío —observó el judío, bajando extraordinariamente la voz—. No hay más remedio, créame usted.

Fajín terminó su observación dándose un golpecito en la nariz con el dedo índice de la mano derecha, operación que quiso remedar Claypole, sin conseguirlo del todo, a causa de las dimensiones escasas de la suya. Esto no obstante, Fajín aprecio en la tentativa algo así como una coincidencia perfecta de opiniones y ofreció cortés a los viajeros una copa del licor que Barney acababa de servirle.

—¡Bueno es, a fe! —exclamó Claypole haciendo chasquear su lengua.

—¡Ah! Para beberlo de ordinario, amigo mío, preciso es que un hombre esté a todas horas en disposición de vaciar un cofrecillo, o un bolsillo, o las joyas de cualquier mujer, o una casa, o una diligencia o un Banco —dijo Fajín.

Oír Claypole la repetición de las palabras que momentos antes había dirigido a Carlota y caer de espaldas sobre el respaldo de la silla, dirigiendo ora a Carlota, ora al judío, miradas de terror, fue todo una misma cosa.

—No tema usted, amigo mío —dijo Fajín, acercando más su silla a la de su interlocutor—. ¡Ah! Por fortuna, nadie más que yo escuchó lo que ha poco decía usted... Sí,

fue una verdadera fortuna.

—¡No lo vacié yo! —murmuró Claypole, que ya no estiraba las piernas como si fuera un caballero independiente, sino que las había encogido hasta esconderlas casi debajo de la silla—. Fue ésta... Tú lo tienes, Carlota; en este momento... demasiado bien sabes que eres tú la que lo guardas todo.

—Lo de menos es saber quién vació el cofrecillo y quién guarda el dinero, amigo mío —replicó Fajín dirigiendo, sin embargo, miradas de búho a la muchacha y a los dos paquetes—. A los mismos negocios me dedico yo, así que, lejos de parecerme mal lo que ustedes han hecho, lo apruebo y les doy mi enhorabuena.

—¿Dice usted que se dedica...?

—A la misma clase de negocios que usted, sí, yo, y todos los que en esta casa viven —repuso Fajín—. Buen ojo tuvo usted al escoger esta posada, en la que puede considerarse tan seguro como un rey en su lacio. En la ciudad, no hay lugar que ofrezca tantas garantías de seguridad como *Los Lisiados*... es de cuando a mí me conviene que le ofrezca. Tanto usted como la ni que le acompaña me han simpáticos, he dado ya las órdenes oportunas, y pueden estar completamente tranquilos.

Puede ser que las palabras Fajín llevaran la tranquilidad alma de Claypole, pero desde luego aseguro que no la llevaron a cuerpo, y de ello fueron prueba evidente sus extrañas contorsiones, cambiar a cada momento de porción, cual si nunca fuera bastante cómoda, y las miradas dirigidas su interlocutor, miradas que reflejaban temor y desconfianza.

—Añadiré —prosiguió el judío después de tranquilizar a la muchacha con ademanes y palabras amistosas—, que tengo un amigo a quien será fácil satisfacer el ardiente deseo que antes expresó usted, poniéndole en el camino que le conducirá derechura a la clase de negocios que usted prefiera y conozca, y le enseñará los que le sean desconocidos.

—Parece que habla usted en serio —observó Noé.

—¿Le parece a usted que tengo yo cara de hablar en broma? —explicó Fajín, dándole unos golpecitos sobre el hombro. ¡Es usted un genio, querido! ¿Quiere usted salir un momento y hablaremos cuatro palabras a solas?

—No tenemos necesidad de molestarnos —contestó Noé, extendiendo nuevamente sus piernas—. Esta subirá arriba los equipajes mientras hablamos... Carlota, vete con los fardos.

La orden, que fue comunicada con gran majestad, tuvo exacto e inmediato cumplimiento.

—La he enseñado bastante bien, ¿no le parece a usted? —preguntó Claypole, con el tono de quien ha domado una bestia feroz.

—Admirablemente, amigo: bien se ve que lo entiende usted.

—No me encontraría yo en este sitio si así no fuera... Pero no perdamos tiempo, pues no puede tardar mucho en volver.

—Veamos: ¿qué me dice usted? Si el amigo de quién le he hablado le agrada, ¿no le parece que lo mejor sería asociarse a él?

—¿Prosperan sus negocios? —inquirió Claypole guiñando un ojo—. Porque lo importante es eso.

—Sus negocios están en plena producción; sus auxiliares son numerosos, y entre ellos cuenta con verdaderas lumbreras en el arte.

—¿Todos de la ciudad?

—Ni un lugareño ha sido admitido todavía, y es más; hasta creo que no admitiría a usted, no obstante mis recomendaciones, si no fuera porque en estos momentos está falto de auxiliares.

—¿Tendré que *aflojar la mosca*? —preguntó, dándose algunos golpecitos en el bolsillo.

—¡Ah! ¡Es condición precisa! —replicó Fajín con énfasis.

—Veinte libras esterlinas son una cantidad respetable... ¿no le parece?

—No valen gran cosa cuando las representa un billete del Banco del cual es difícil desprenderse —replicó Fajín—. Supongo que habrán tomado el número y la fecha de emisión, que el Banco estará avisado, y que, a su presentación, en vez de hacerlo efectivo... ¡Ah! Comprenda usted que su billete de veinte libras tiene muy poco valor. Mi amigo tendrá que enviarlo al extranjero donde habrá de venderlo con gran quebranto.

—¿Cuándo podré ver a su amigo? —preguntó Noé.

—Mañana por la mañana.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¡Hum! Si me asocio, ¿qué ventajas obtendré?

—Podrá vivir como un caballero... tendrá casa, mesa, tabaco y licores... la mitad de lo que usted gane y la mitad de lo que gane la joven que le acompaña.

Es muy dudoso que Noé Claypole, cuya voracidad era implacable, hubiese aceptado las deslumbrantes proposiciones del judío si hubiera sido dueño absoluto de sus actos; pero, como se le ocurrió la idea de que, si las rechazaba, se encontraba en poder de su nuevo conocido, quien sin vacilar un segundo le entregaría a la justicia, poco a poco se fue convenciendo, y acabó por manifestar que las condiciones merecían su aprobación.

—Sin embargo —añadió Claypole—, en atención a que mi compañera trabajará mucho, me parece natural que a mí se me confíen ocupaciones sencillas y de poco compromiso.

—¿Trabajos de capricho, eh? —inquirió Fajín.

—Algo por el estilo. ¿Qué le parece a usted que podría hacer para empezar? Con que no sea pesado ni ofrezca peligros, lo acepto desde luego.

—Algo me parece que he oído hablar a usted sobre su capacidad para espiar a sus semejantes, querido —observó el judío—. Mi amigo necesita muy de veras a uno que se encargue de esas operaciones.

—No sé si lo he dicho, pero crea usted que sin inconveniente aceptaría ese entretenimiento; pero se me figura que debe ser oficio poco lucrativo.

—Eso es verdad —contestó el judío recapacitando, o haciendo que recapacitaba—. No; desde luego no.

—Entonces, ¿qué? —preguntó anhelante Claypole—. Me gustaría dedicarme a cualquiera de esas ocupaciones que pueden hacerse con facilidad y sin correr más riesgos de los que a uno puedan amenazarle en su casa.

—¿Quiere usted dedicarse a las viejas? —preguntó el judío—. Es negocio muy productivo. Se gana el dinero a espuertas arrebatándoles los saquitos de mano y perdiéndose acto seguido a la vuelta de la primera esquina.

—Sí... pero gritan como condenadas y hasta arañan alguna vez —replicó Claypole, moviendo la cabeza—. Me parece que no me conviene. ¿No quedan otras especialidades que explotar?

—¡Ah... sí! —exclamó el judío, poniendo una mano sobre la rodilla de Noé—. Nos

queda la *zancadilla del cachorro.*

—¿Y qué es eso?

—Llamamos cachorros, querido —explicó el judío—, a los niños que salen por encargo de sus madres a hacer cualquier recado, y llevan chelines o peniques... siempre suelen guardarlos en sus manos, y la zancadilla consiste en escamotearles el dinero derribándoles acto seguido en tierra, alejándose a continuación con paso lento y como si tal cosa, como si se tratara de un niño que ha caído por casualidad y se ha lastimado un poco. ¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja, ja! —rugió Claypole acoceando la mesa—. ¡Eso me conviene ¡Mi especialidad!...

—Indudable. Por cierto que por los alrededores de Camden Town o del Puente de Battle podrá explotar el negocio en gran escala. Siempre transitan por allí muchachos que van a recados y no ha de serle difícil echar muchas zancadillas diarias. ¡Ja, ja, ja, ja!

Noé Claypole hizo coro a las carcajadas de Fajín.

—No hay más que hablar —dijo Noé, luego que se hubo serenado un poco y cuando ya Carlota había vuelto a la habitación—. Quedamos entendidos: ¿a qué hora nos veremos mañana?

—¿Le parece a las diez? —preguntó Fajín.

—Sea a las diez.

—¿Y qué nombre he de dar a mi nuevo amigo?

—Bolter —contestó Noé, que se había preparado por si le hacían una pregunta que consideraba segura—; Mauricio Bolter... Esta es la señora Bolter.

—¡A los pies de usted, señora Bolter! —dijo Fajín, con cómica gravedad—. Será para mí un placer estrechar nuestras relaciones.

—¿No oyes lo que este caballero te está diciendo? —gritó Claypole.

—Sí, mi querido Noé, sí —contestó la señora *Bolter* alargando la diestra al judío.

—En la intimidad me llama Noé —explicó Mauricio Bolter, antes Noé Claypole—. ¿Comprende usted?

—¡Oh, sí! ¡Comprendo perfectamente! —contestó Fajín, diciendo, verdad acaso por primera vez en su vida—. ¡Buenas noches! ¡Buenas noches!

No sin repetir mil veces las despedidas y después de cambiar varias frases agradables con sus nuevos amigos, marchóse el judío. Noé Claypole reclamó toda la atención de su *esposa* para explicarle el trato que, acababa de cerrar con toda la altanería y aire de superioridad que tan perfectamente se armonizan, no diremos ya con un individuo del sexo fuerte, sino con un caballero que en, tanto estima la nueva dignidad que le ha sido conferida, consistente en preparar la *zancadilla del cachorro* a cuantos niños transiten con dinero por las calles de Londres y sus alrededores.

Capítulo XLIII
Donde encontramos que el famoso *Truhán* dio un tropiezo grave

—¿Conque su amigo de usted era usted mismo? —exclamó Claypole, por otro nombre Mauricio Bolter, a poco de haber llegado al día siguiente a la casa del judío, en cumplimiento de lo pactado—. No me la dio del todo, amigo mío, pues si he de decir verdad, me lo había figurado.

—No hay quien de sí mismo no sea amigo, querido —replicó Fajín, dirigiendo a su nuevo amigo una mirada insinuante—. No puede encontrar otro que lo sea tanto.

—Se dan casos —observó Mauricio Bolter, con aires de hombre de mundo—. Sabe usted muy bien que hay personas cuyos únicos enemigos son ellos mismos.

—¡No lo crea usted! —replicó el judío—. Cuando un hombre aparece enemigo de sí mismo, es porque se aprecia demasiado, y cuanto más parezca que le preocupan la felicidad y suerte de sus prójimos, más cuida de las suyas. ¡La abnegación!... ¡Uf! ¡No existe semejante fruta en el huerto de la Naturaleza!

—Y si existe, no debiera existir; es la verdad —observó Bolter.

—Nada más cierto. Algunos hechiceros pretenden que el número tres es un número mágico, otros afirman que es el siete. Todos se engañan; el número mágico es el uno.

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Viva el número uno! —gritó Bolter.

—En comunidades pequeñas como la nuestra —explicó el judío, creyendo que era llegado el momento de determinar su propia posición—, tenemos un número uno general... o lo que es lo mismo: usted no puede considerarse como número uno sin tenerme también a mí por número uno, de la misma manera que por número uno me tienen todos los demás.

—¡Demonio! —exclamó Bolter.

—Comprenda usted —añadió el judío, sin hacer caso de la interrupción—, que dada la trabazón, el enlace íntimo que debe existir entre nosotros, dada la identificación que entre nuestros intereses existe, no puede ser de otra manera. Por ejemplo: obligación suya es velar por la seguridad del número uno... entendiéndose a usted mismo por número uno.

—De acuerdo; tocante a eso no hay cuestión.

—Perfectamente. Usted no puede cuidar de sí mismo, número uno, sin cuidar también de mí, número uno.

—Querrá usted decir número dos —replicó Bolter, egoísta hasta lo infinito.

—No por cierto —replicó el judío—. Para usted, debo tener la misma importancia que tenga usted mismo.

—No puedo dudar que me parece usted un hombre simpático y digno de todo mi aprecio; pero me parece que mi unión con usted no es ni puede ser tan íntima como mi unión con mi interés personal.

—Recapacite usted un momento, amigo mío, nada más que un momento —dijo Fajín, encogiéndose de hombros—. Ha dado usted un tropiezo según el mundo, aunque para mí sea una hazaña digna de respeto, una hazaña que merece mi aprobación y le da un título más a mi cariño; pero hazaña que podría valerle una corbata tan fácil de poner, como difícil de desatar: supongo que habrá comprendido que me refiero a la horca.

Bolter llevó maquinalmente la mano a la corbata, como si le apretara demasiado, y manifestó su conformidad con las palabras de su interlocutor por medio de un gruñido especial.

—La horca, amigo mío —repuso Fajín—, es un poste indicador horrible que, en forma tan brusca como brutal, ha puesto fin desastroso a la carrera de más de un valiente que trabajaba sin recelo por nuestras calles. Pues bien: objetivo número uno debe ser esquivar los obstáculos que pueda encontrar en su camino y maniobrar siempre a distancia respetable de aquella señora.

—Tiene usted mucha razón: pero, ¿por qué me habla de cosas tan desagradables?

—Lisa y llanamente para que me comprenda con toda claridad: Si no quiere usted dar de bruces, cuando menos lo piense, en el poste indicador de que acabo de hablarle habrá de velar por mis intereses de la misma manera que yo, si quiero que prosperen mis intereses, habré de velar por su seguridad de usted. Para usted, lo primero habrá de ser su número uno personal, lo segundo, mi número uno. Cuanta mayor sea la solicitud con que

usted atienda a su número uno personal, en más alto habrá de apreciar mi número uno... y hétenos llegados a la postre a lo que manifesté a usted al principio: el amor hacia el número uno es el lazo que nos une en apretado ejército, que caminará de victoria en victoria mientras subsista ese lazo, pero que, roto éste, caerá precipitado a los abismos del no ser.

—¡Es verdad... es verdad! —exclamó Bolter con expresión meditabunda—. ¡Oh!... ¡Y cómo se advierte que es usted perro viejo!

Con visible complacencia comprendió Fajín que la alusión a su genio maravilloso no era estéril cumplimiento, sino reflejo de la impresión profunda y real que sus argumentos habrían producido en el ánimo de su nuevo recluta. Con el objeto de robustecer y dar mayor consistencia a una impresión tan apetecible como conveniente a sus fines, continuó dando a conocer a aquél, con algún detalle, la extensión y el alcance de sus operaciones, sirviéndole en el mismo plato la verdad mezclada con la mentira, cuando así convenía a sus fines, y combinándolo todo con tal arte, que el respeto del señor Bolter crecía por grados, bien que un tanto templado con cierto grado de saludable temor que a los intereses del jefe convenía despertar.

—Gracias a esta confianza mutua que entre nosotros reina, puedo consolarme de las dolorosas pérdidas que a veces lamento —observó el judío—. Ayer mañana, sin ir más lejos, perdí al que sin exagerar podría llamar mi brazo derecho.

—¿Murió? —preguntó Bolter.

—¡No, no! El mal no es tan grave, gracias a Dios.

—Entonces, será que lo...

—Llamaron —interrumpió el judío—; eso es; lo llamaron.

—¿Lo necesitaban para al asunto particular?

—Lo necesitaban... ¡No es ésa la palabra que mejor le cuadra! Le *acusaron* de haber intentado trabar relaciones demasiado estrechas con el bolsillo de un desconocido y, al registrarle, le encontraron una cajita de rapé de plata... la suya, amigo mía, la suya, pues he de hacer constar que el pobre tomaba rapé, y cierto que le gustaba mucho. Creyendo que conocen al dueño de cajita en cuestión, le han tenido preso hasta hoy... ¡Ah! ¡Vale cincuenta cajitas de oro, y con gusto las pagara yo a trueque de ponerle en libertad! ¡Cuánto siento que no haya conocido usted al *Truhán* amigo mío; cuánto lo siento!

—Espero tener el placer de conocerle; ¿no le parece?

—¡Mucho lo dudo! —contestó el judío, exhalando un suspiro—. Si no presentan pruebas nuevas, el castigo no pasará de seis semanas de cárcel y pronto lo tendremos de nuevo entre nosotros; pero si por desgracia ocurre lo contrario está perdido. Saben que el *Truhán* pierde de listo y harán de él un pensionista... un pensionista perpetuo. ¡Mire usted que hacer del *Truhán* nada menos que un pensionista perpetuo!

—¿Pero qué diablos significa hacerle pensionista perpetuo? ¿Por qué no me habla en forma que lo entienda, dejándose de enigmas?

Disponíase Fajín a traducir al lenguaje vulgar la expresión que significaba «cadena perpetua», cuando vino a poner fin brusco al diálogo la llegada de Carlos Bates, quien se presentó con las manos metidas en los bolsillos de sus calzones y con cara contorsionada, en la que se leía un terror que, por lo exagerado, resultaba cómico.

—¡Se acabó Fajín! —exclamó con acento lúgubre el recién venido, luego que el judío hizo su presentación a Bolter, y viceversa.

—¿Qué estás diciendo? —gritó Fajín, cuyos labios temblaron.

—Ha aparecido el dueño de la cajita; dos o tres testigos más han reconocido la cajita y han identificado a nuestro pobre amigo, el que puede darse por condenado a hacer

el viaje. Necesito un traje completo de luto, Fajín, y un crespón para mi sombrero, a fin de visitarle antes que salga para su destino. ¡Clama venganza al Cielo pensar que Dawkins, el gran Dawkins, el *Truhán* más truhán de todos los truhanes, salga de la nación por una mísera caja de rapé, que bien vendida no valdría dos *perros chicos*! ¡Siempre creí que, si alguna vez caía, sería bajo el peso de algún reloj de oro, de alguna cadena de lo mismo, por lo menos! ¡Oh! ¿Por qué no robaría toda la fortuna de algún caballero tan viejo como rico, y así saldría de entre nosotros como caballero, y no como raterillo vulgar, sin honra, ni provecho, ni gloria?

Pronunciada una oración tan patética sobre la suerte de su infortunado amigo, Carlos Bates se dejó caer sobre la silla más inmediata a su dolorida persona, con expresión triste y compungida.

—¿Qué estás hablando sobre salir de entre nosotros sin honra, ni provecho, ni gloria? —gritó Fajín, fulminando a su discípulo con una mirada de enojo—. ¿No fue siempre el mejor de todos nosotros? ¿Hay alguno que lleve su osadía hasta el extremo de pretender comparársele? ¿Eh?

—¡Nadie! —contestó Bates con voz de bajo profundo—. ¡Absolutamente nadie!

—Entonces... ¿por qué disparatas? ¿A qué vienen esos lloriqueos? ¿Se puede saber lo que quieres?

—¿Que por qué lloriqueo? —replicó Bates, arrastrando por las oleadas de su pena hasta el punto de desafiar lisa y francamente a su venerables maestro—. Lloriqueo porque su causa no se hará pública; lloriqueo porque no se ocupará de él la prensa, porque no resonarán sus proezas por todos los ámbitos del Reino Unido, porque nadie llegará jamás a saber la mitad siquiera de lo que el *Truhán valía*. ¿Qué lugar ocupará en el calendario de Newgate? ¡Quién sabe si ni figurará en él! ¡Dios mío... Dios mío! ¿Puede concebirse desgracia más espantosa?

—¡Ah! —exclamó el judío, volviéndose con cara risueña hacia Bolter—. Viendo está usted el entusiasmo, el orgullo que les inspira su profesión. ¡Es realmente hermoso, consolador!

Por medio de un ademán exteriorizó Bolter su asentimiento, y el judío, después de contemplar durante algunos segundos con satisfacción evidente el aire apesadumbrado de Bates, acercóse a él, le dio unas palmaditas en la espalda, y le dijo con expresión afectuosa:

—No te apures, Bates, que todo se sabrá. Ten por seguro que la publicidad que deseas será un hecho. El mundo entero tendrá noticia de su ingenio, quedará persuadido de su talento sin rival. Nuestro mismo amigo se encargará de ello, y si lo perdemos, no será sin que quedemos cubiertos de gloria los que hemos tenido la honra de ser sus compañeros y maestros. ¡Y tan joven, Carlos! ¿Puede caber mayor gloria que ser enviado a sus años al templo del que no se vuelve?

—Es un honor inmenso; no puedo negarlo —contestó Bates.

—Tendrá cuanto le haga falta, estará como el pez en el agua, vivirá en aquel palacio, que los necios llaman presidio, como un caballero; sí, como un caballero, sin que le falte la cerveza todos los días, ni dinero en el bolsillo por si se le ocurre jugar con sus dignos compañeros a cara o cruz.

—¡Oh! ¿De veras? —gritó entusiasmado Bates.

—Todo eso tendrá, aparte de que le nombraremos un abogado de talla para que se encargue de su defensa, y hasta él mismo, nuestro buen amigo el *Truhán*, podrá pronunciar un discurso, si tal es su deseo, discurso que publicarán todos los periódicos, diciendo entre otras cosas: «Tiene la palabra el *Truhán*... risas... aullidos... Convulsión en los individuos

del tribunal...» ¿Qué te parece, Carlos?

—¡Ja, ja, ja! ¡La verdad es que podría ser gracioso!...

—¿Cómo, podría? Lo será, no te quepa duda, lo será!

—Es verdad. Lo será —repitió Bates, frotándose las manos de gusto.

—Me parece que lo estoy viendo y oyendo ya —repuso Fajín.

—¡Y yo! —exclamó Bates—. ¡Ja, ja, ja, ja! Lo veo como si en este momento lo tuviera delante de los ojos. Fajín, ¡palabra de honor! ¡Por mi vida que será chusco el lance!... ¡Ya lo creo! ¡El señor *Truhán* dirigiendo la palabra a aquella cuadrilla de *empelucados*, graves como figurones de madera, con la misma tranquilidad y sangre fría que si fuera hijo querido del presidente del Tribunal Supremo a quien se le ocurre soltar un discurso después de un banquete opíparo... ¡Ja, ja, ja, ja!

A decir verdad, de tal manera había alentado el judío el carácter excéntrico de su discípulo, que éste, que al principio veía en el *Truhán* una víctima digna de lástima, considerábale ahora como personaje principal en la representación escénica de una obra humorística por antonomasia, y sentía viva impaciencia porque llegase el momento en que su antiguo compañero tuviera ocasión de desplegar sus excepcionales facultades intelectuales.

—Será preciso que hoy mismo tengamos noticias suyas... —observó Fajín—. Habrá que idear un medio... dejadme meditar...

—¿Quiere usted que vaya yo? —preguntó Bates.

—¡Por nada del mundo! —respondió el judío—. ¿Estás loco, Carlos, loco de remate? Únicamente así se concibe que se te ocurra la idea descabellada de meterte tu mismo en... ¡No, Carlos, no! ¡Basta con ir perdiendo uno a uno los brazos!

—Lo digo porque supongo que tampoco pensará ir usted —repuso Bates con cierta expresión irónica.

—Tampoco es prudente, a mi juicio —contestó Fajín.

—Entonces, ¿por qué no envía a nuevo afiliado? —preguntó Bates, poniendo su mano sobre el hombro, de Noé—. Nadie le conoce.

—Si él quisiera —observó Fajín.

—¿Cómo si quisiera? ¿Por qué no ha de querer?

—En realidad no hay motivos para que no quiera, amigo mío —dijo el judío, volviéndose hacia Bolter—. Ninguno absolutamente.

—Me permitirá que le haga observar —contestó Noé, moviendo la cabeza con expresión de alarma—, que sí los hay. Por lo pronto, ese asunto no es de mi negociado.

—¿Qué negociado asignó usted a éste, Fajín? —preguntó Bates, dirigiendo una mirada desdeñosa al escuálido recluta—. ¿El de huir el bulto cuando los negocios toman mal cariz, y el de participar de los beneficios cuando navegan viento en popa?

—¿Y a usted qué le importa? —gritó Noé—. Procure usted no tomarse libertades semejantes con sus superiores, mocoso, pues podría pesarle.

Tan repetidas y ruidosas fueron las carcajadas con que Bates acogió una amenaza lanzada con tono tan grandilocuente, que pasó algún tiempo antes que Fajín pudiera mediar para hacer presente al señor Bolter que ningún peligro correría presentándose en los centros policiacos y de justicia; que, por lo mismo que no habían podido llegar a la metrópoli noticias de la insignificante faltilla cometida ni las señas de su persona, nada tenía que temer, tanto más, cuanto que no era probable que nadie sospechase que en la capital había buscado refugio, y que, en todo caso, convenientemente disfrazado, en ninguna parte de Londres estaría tan seguro como en los mismos centros de policía, por lo mismo que

aquéllos serían los últimos rincones de la ciudad donde a nadie podría ocurrírsele ir a buscarle.

Convencido, en parte, por esas reflexiones, y más por ellas, por el miedo que el judío le inspiraba, Bolter se resignó al fin, bien que a regañadientes y con repugnancia manifiesta, a tomar a su cargo el cometido. Siguiendo los consejos del judío, dejó inmediatamente su vestido y se disfrazó de carretero, poniéndose una blusa, calzones de paño burdo y polainas de cuero, prendas que sacó del guardarropa admirablemente surtido de Fajín. Completó el disfraz un sombrero bien adornado con cédulas de pago de distintos portazgos y una tralla. Equipado de esta suerte debía introducirse en las salas de justicia, fingiendo ser un campesino procedente del mercado de Covent Garden, que acudía arrastrado por la curiosidad. Como Noé era torpe, flaco y desgarbado, Fajín dio por descontado que desempeñaría a maravilla su comisión.

Ultimados los preparativos, diéronle cuantos datos creyeron oportunos para que conociera al *Truhán*, y el mismo Bates se encargó de acompañarle, por las calles tortuosas y poco frecuentadas, hasta las inmediaciones de la Bow Street. Allí le indicaron, con gran lujo y precisión de detalles, la situación exacta de las oficinas de policía, previniéndole que siguiera de frente y sin desviarse el corredor y que, cuando llegara al patio, tomara una puerta que vería a la derecha y en lo alto de una escalera, y se quitase el sombrero al entrar en la sala. Bates terminó sus instrucciones diciéndole que volviera pronto al mismo sitio donde entonces se encontraban, asegurándole que allí esperaría su regreso.

Ejecutó Noé Claypole, o Mauricio Bolter, como el lector prefiera llamarle, las instrucciones que de Bates recibiera, instrucciones tan precisas y detalladas —hay que tener presente que Carlos Bates conocía perfectamente aquellos lugares—, que le permitieron llegar hasta la sala del tribunal sin necesidad de hacer ninguna pregunta ni tropezar en su camino con el obstáculo más insignificante. Encontróse entre un público numeroso de curiosos, mujeres en su mayoría, en un salón sucio y repugnante, en cuyo testero se elevaba una plataforma separada convenientemente por medio de una barandilla. En la plataforma, pegado a la pared de la izquierda, estaba el banquillo donde se sentaban los acusados, en el centro la tribuna para los testigos, y a la derecha la mesa del tribunal. Delante de ésta se alzaba un biombo que tenía por objeto resguardar a los representantes de la Ley contra las miradas del público, al cual, si no podía ver, érale concedido, al menos, imaginarse la majestad grandiosa de la justicia.

Ocupaban en aquel momento el banquillo de los acusados dos mujeres, que saludaban con movimientos de cabeza a sus admiradores mientras el escribano daba lectura a las declaraciones a una pareja de guardias de seguridad y a un hombre vestido de paisano que tenían apoyados los codos sobre la mesa.

El carcelero estaba en pie, recostado contra la barandilla, golpeándose maquinalmente la nariz con una llave que tenía en la mano, operación que de vez en cuando suspendía para imponer silencio a los que sostenían alguna conversación en voz alta o para decir con voz recia y ahuecada a alguna mujer: «¡Saque usted a ese muñeco de la sala!», cada vez que venían a perturbar la gravedad de la sala lloriqueos infantiles, medio ahogados por medio del chal de la madre. La sala olía a humedad, las paredes estaban sucias y descoloridas y el techo ennegrecido. Sobre la repisa de la chimenea veíase un busto viejo y ahumado, y coronaba el banquillo de los acusados un reloj cubierto de polvo, único objeto que al parecer se movía con regularidad y precisión. En cuanto a todos los seres animados allí presentes, la depravación, o la miseria, o las relaciones estrechas y habituales con entrambas cosas, habían acumulado sobre ellos un tinte especial no menos desagradable y

repugnante que la escoria grasienta que cubría todos los objetos inanimados de aquel lugar, capaz de entristecer el ánimo más alegre.

Noé buscó por todas partes al *Truhán*, pero aunque vio muchas mujeres que por su catadura hubieran podido ser madres o hermanas de tan notable personaje, y más de un hombre que por su facha debía parecerse a su distinguido padre como un huevo a otro huevo, a nadie vio cuyas señas personales correspondieran a las que del *Truhán* le habían dado. No sin ansiedad y con bastante inquietud esperó hasta que las mujeres, condenadas por el tribunal, salieron de la sala contoneándose con una desfachatez que le dejó mudo de asombro, y entonces fue cuando terminó su suspensión, pues vino a ocupar el banquillo otro acusado, en quien reconoció al punto al distinguido individuo que motivaba su visita.

Era, en efecto, el señor Dawkins, quien penetró en la sala con mucho donaire, recogidas las mangas de su levitón, como de costumbre, puesta en el bolsillo la mano izquierda y llevando en la diestra el sombrero, siguiendo al carcelero con admirable desenvoltura. No bien ocupó su asiento en el banquillo, preguntó con voz alta y enérgica qué motivos tenían para hacerle sufrir semejante humillación.

—¿Quieres guardar la lengua en, tu bolsillo? —gritó el carcelero.

—Soy ciudadano inglés, si no estoy equivocado —replicó el *Truhán*—; ¿cómo se permiten pisotear, mis privilegios?

—Pronto se te concederán cuantos privilegios te son debidos —observó el carcelero—. Podrás saborearlos... hasta con su poquito de sal y pimienta.

—¡Veremos la cara que pondrá el Ministro de Gracia y justicia cuando sepa lo que hacen conmigo! —exclamó el *Truhán*— ¿De qué se trata? Yo agradeceré a los magistrados que despachen pronto este asuntillo y no me hagan perder un tiempo precioso, que necesito para mis asuntos, entreteniéndose en leer el periódico. En la ciudad me espera un caballero con quién tengo una cita pendiente, y como me precio de ser hombre de palabra y muy puntual en asuntos de negocios, se irá, si no llego a la hora convenida, en cuyo caso, entablaré acción reclamando daños y perjuicios contra los que hayan sido causa de mi demora.

Terminó su discurso el *Truhán* preguntando al carcelero los nombres «de los dos avechuchos que veía en la mesa del tribunal», palabras que excitaron tal hilaridad en el auditorio, que las risotadas es probable que llegaran hasta los oídos de Carlos Bates, aunque entre el juzgado y el lugar, donde esperaba a Noé mediaba una distancia más que regular.

—¡Silencio! —rugió el carcelero.

—¿De qué se le acusa? —preguntó uno de los magistrados.

—De aligerar bolsillos ajenos, señoría.

—¿Ha comparecido alguna otra vez el acusado ante los tribunales?

—Ha merecido comparecer infinidad de veces —contestó el carcelero—; pero si no ha comparecido ante la justicia, en más de cuatro ocasiones han trabado relaciones con él los agentes de la misma. Le conozco demasiado.

—¡Ah! ¿Conque usted me conoce? —gritó el *Truhán*, tomando nota de la afirmación del carcelero—. Está muy bien. Nos encontramos frente a un caso de deformación de carácter, señor presidente.

—Estalló otra carcajada general seguida de otro grito del carcelero imponiendo silencio.

—¡Que se presenten los testigos! —ordenó el escribano.

—¡Ah! ¡Eso digo yo! —exclamó el *Truhán*—. ¡Vengan los testigos!... ¿Dónde están? ¡Me agradaría verlos!

Su deseo quedó satisfecho en el punto y hora en que fue formulado. Un policía se destacó del público avanzando hasta la plataforma, para declarar que había visto con sus propios ojos al acusado en el momento que intentaba desvalijar a un caballero desconocido, a quien por cierto robó un pañuelo, bien que volvió a dejarlo donde estaba al ver que era malo y viejo, no sin antes restregarse con él la cara. Por la causa explicada prendió al ratero no bien pudo llegar hasta su persona, y habiéndole registrado, encontróle en el bolsillo una caja de rapé de plata, en cuya tapa había grabado un nombre. Gracias a la *Guía* pudieron saber dónde vivía el propietario de la cajita. Interrogado éste, aseguró, bajo juramento, que había echado de menos la cajita el día anterior, en el momento de salir de entre un grupo numeroso de gentes. Entre éstas le llamó la atención un joven, que parecía tener interés en eclipsarse, y el joven en cuestión, era el prisionero que yo le puse delante, es decir, el mismo que ahora se sienta en el banquillo.

—Acusado —dijo el presidente—: ¿puede decir algo en su descargo? ¿Desea contestar al testigo?

—No me rebajaré hasta el extremo de cruzar con él la palabra —contestó el *Truhán.*

—¿Nada alega usted?

—¿No oyes que te pregunta su Señoría? —exclamó el carcelero, sacudiendo un codazo al acusado.

—Dispense usted —dijo el *Truhán*, fijando en la mesa una mirada distraída—. ¿Hablaban conmigo?

—¡En mi vida he visto bribón más redomado! —murmuró el carcelero—. ¿Vas a hablar o no, desvergonzado?

—¡No! —replicó el *Truhán*—. No hablaré aquí, que no es en esta tienda donde se vende justicia; además, mi defensor ha ido hoy a almorzar con el Vicepresidente de la Cámara de los diputados. Pero hablaré en otra parte, sépanlo ustedes, y hablaré tan alto, tan claro, y ante amigos tan poderosos y respetables, que la taifa de bolillas y lechuzos que me escuchan en este instante lamentarán haber nacido y maldecirán del día que se atrevieron a molestarme, y...

—¡Visto y condenado! —gritó el escribano—. Conduzcan al acusado al calabozo.

—¡Andando, príncipe! —dijo el carcelero.

Enseguida —replicó el *Truhán*, limpiando el sombrero con la palma de la mano—. ¡Ay de vosotros! —repuso, encarándose con el tribunal—. ¡De nada les servirá poner cara de espanto! ¡Me las pagarán, no tendré piedad ni compasión, seré inexorable! Por nada del mundo quisiera estar en su pellejo, señores míos. Aun cuando de rodillas me suplicaran ahora que me fuera libremente a mi casa, vive Dios que no lo haría. ¡Pueden llevarme a la celda!

Hubo de pasar el *Truhán* por la humillación de dejarse agarrar por el cuello, y salió de la sala amenazando al cielo y a la tierra, asegurando que su prisión suscitaría una cuestión parlamentaria que costaría serios disgustos al Gobierno, probablemente hasta su caída, y no puso fin al torrente de amenazas hasta que llegó al patio, donde comenzó a reír a carcajadas y hacer muecas y visajes al carcelero.

En cuanto a Noé Claypole, luego que vio con sus propios ojos como encerraban al *Truhán* en una celda, volvió corriendo al sitio en que Bates quedara esperándole. Uniósele al cabo de algunos minutos de espera este último, quien no consideró conveniente dejarse ver hasta después de asegurarse de que no había moros en la costa, desde un escondrijo donde había permanecido oculto.

Los dos se apresuraron a llevar a Fajín la consoladora noticia de que su —discípulo

había hecho cumplido honor a su maestro y conquistado para sí mismo una reputación gloriosa.

Capítulo XLIV
Donde veremos que Anita, llegado el instante de cumplir la palabra que empeñó a Rosa Maylie, fracasa

Por muy acostumbrada que Anita estuviera a las artes de la astucia y del disimulo, no le fue posible ocultar del todo la impresión que en su ánimo produjo el paso gravísimo que acababa de dar. Recordó que el pérfido judío y el brutal Sikes habían depositado en ella secretos que celaron cuidadosamente a todos los demás, persuadidos de que merecía toda su confianza y teniéndola por incapaz de faltar jamás a ella. Criminales, muy criminales eran aquellos proyectos, desalmados hasta más no poder sus autores, inmenso el aborrecimiento que profesaba al judío, quien paso a paso la había hecho descender hasta los abismos más tenebrosos de la infamia, y, sin embargo, había ratos en que la desdichada vacilaba, en que lamentaba que sus revelaciones pudieran llevar a Fajín al precipicio que con maña tan diabólica y, por tanto, tiempo esquivara, en que deploraba ser ella la que por su propia mano, le pusiera dentro de la férrea Ley, aunque desde luego comprendía que lo merecía.

Pero todo esto no pasaba de sé aberraciones mentales propias de u ánimo femenino no del todo de prendido de sus amistades recuerdos antiguos, aunque si resuelto a caminar con paso firme hacia un objetivo determinado, y decidido a no detenerse ante ninguna consideración. Los perjuicios que sus revelaciones pudieran acarrear a Sikes habrían sido los únicos motivos que la hubieran detenido, si a tiempo estuviese; pero, de todas suertes, había exigido que se guardara el secreto religiosamente, no había facilitado dato alguno que pudiera conducir a su descubrimiento y hasta por amor a aquél habría rehusado aceptar un asilo seguro, donde hubiera estado a cubierto contra las asechanzas del vicio y los zarpazos de la miseria... ¿Podía hacer más?

¡Nada! ¡Estaba resuelto... había tomado su partido!

Aunque las luchas internas de que, acabamos de hacer mérito la llevaron siempre a la misma conclusión, acometiéronla con cruel insistencia una y otra vez, y terminaron por dejar en ella rastros perfectamente visibles. Enflaqueció, desaparecieron los colores de sus mejillas en el breve espacio de algunos días, a veces no se daba cuenta de lo que pasaba en derredor, ni tomaba parte en las conversaciones que en otra ocasión la hubieran interesado de seguro. Ora permanecía abatida y silenciosa, ora reía sin motivo; hablaba atolondradamente, —y segundos después se sentaba pensativa, apoyada la frente sobre la palma de la mano, y cuando ponía algún empeño en salir de aquel estado, sus mismos esfuerzos evidenciaban más y más sus inquietudes y demostraban que su pensamiento vagaba suelto y sin freno por lugares muy alejados de las personas que en derredor tenía.

Era un domingo por la noche. El reloj de la iglesia vecina comenzaba a sonar una hora. Sikes y el judío estaban hablando, pero suspendieron la conversación para escuchar. También Anita escuchó, alzando la cabeza para contar las horas. Dieron las once.

—Falta una hora para la media noche —observó Sikes, alzando la cortinilla de la ventana y mirando a la calle—. Noche obscura y tempestuosa... admirable para los negocios.

—¡Es verdad! —contestó Fajín—. ¡Qué lástima, Guillermo, que no tengamos ninguno preparado!

—¡Gracias al diablo que hablas con seso una vez! —gruñó Sikes—. Es lástima, no

hay duda, pues hoy me encuentro con verdaderas ganas de trabajar.

Suspiró el judío y movió melancólico la cabeza.

—Fuerza será que nos desquitemos en la primera oportunidad —dijo Sikes—. No puede decir más.

—Así se habla, amigo mío —contestó el judío, tomándose la libertad de poner una de sus manos sobre el hombro de Sikes—. Me entusiasma que un hombre se explique de ese modo.

—Te entusiasma, ¿eh? ¡Vaya! ¡me alegro!

—¡Ja, ja, ja, ja! Hace tiempo que no le veía tan en su centro como esta noche, Guillermo.

—Pero me vas a sacar de mis casillas si continúas apoyando sobre mi hombro esa garra de demonio que me gastas, zorro viejo. ¡Retírala, retírala! —terminó, sacudiéndosela de una manotada.

—¿Le pone nervioso, Guillermo, eh? ¿Le produce una impresión así como sí le agarraran por el pescuezo —preguntó riendo el judío, empeñado en no darse por ofendido.

—Me produce la impresión de que me agarra el mismísimo demonio. A decir verdad, en mi vida vi hombre de catadura más siniestra que la tuya, y hasta dudo mucho que haya existido, como no fuera tu padre, quien seguramente arderá en este instante en los infiernos, si es que has tenido padre, pues no me sorprendería poco ni mucho que descendieras directamente del diablo y no tuvieras nada de común con la raza humana.

En vez de contestar Fajín a tan graciosos cumplimientos, tiró por las y le señaló con la manga a Sikes índice a Anita, que se había aprovechado del diálogo que dejamos transcrito para ponerse el sombrero, y en aquel momento se encaminaba hacia la puerta.

—¡Eh, Anita! —gritó Sikes—. ¿Adónde diablos vas a estas horas?

—No lejos de aquí.

—¿Qué contestación es ésa? —replicó Sikes—. ¿Adónde vas?

—Ya lo he dicho: no lejos de aquí.

—¡Y yo he preguntado que dónde! —insistió Sikes con acento feroz—. ¿Has oído?

—No puedo decirte adónde, porque no lo sé.

—Entonces, te lo diré yo —repuso Sikes—, más irritado por la obstinación de la joven que porque le importara que aquélla se fuera a la calle, si tal era su deseo—. ¡No vas a ninguna parte, ea! ¡Siéntate!

—No me encuentro bien, conforme antes te dije, y quisiera respirar el aire puro de la calle.

—Saca la cabeza por la ventana y tienes conseguido tu objeto —replicó Sikes.

—No me basta: necesito respirarlo en la calle.

—Pues en la calle no lo respirarás.

Levantándose de pronto, cerró la puerta con llave, quitó a Anita el sombrero y lo arrojó sobre un armario, diciendo:

—Quieras o no, habrás de estarte quietecita en casa.

—No será el sombrero el que me impida salir —dijo la joven, poniéndose espantosamente pálida—. ¿Qué es lo que te propones, Guillermo? ¿Sabes lo que haces?

—¿Que si sé lo que...? ¡Vaya! —exclamó Sikes, volviéndose hacia Fajín—. ¡Ha perdido el juicio, pues de no ser así, no obraría como obra!

—¡Me obligarás a tomar una resolución desesperada! —exclamó la muchacha, oprimiéndose el pecho con entrambas manos, cual si necesitase de todas sus fuerzas para contener los latidos de su corazón—. ¡Déjame salir... pero enseguida... ahora... en este

instante!

—¡No! —rugió Sikes.

—¡Dígale usted que me deje salir, Fajín! ¡Será mejor... mejor para él! ¿No me oye? —gritó Anita, dando una patada en el suelo.

—¡Que si te oigo! —rugió Sikes, encarándose con la muchacha—. ¡Te oigo, sí; y si dentro de medio minuto continúo oyéndote, ten por seguro que el perro se encargará de reducirte al silencio agarrando entre sus colmillos tu garganta! ¿Qué diablos de manía es ésa?

—¡Déjame salir! —repitió con insistencia la joven.

Sentándose a continuación sobre el suelo, frente a la puerta, añadió:

—Guillermo... déjame marchar. No sabes lo que estás haciendo... Te aseguro que no lo sabes... Con una hora tengo bastante.

—¡Que me hagan picadillo ahora mismo si esta desventurada no se ha vuelto loca de repente! —exclamó Sikes—. ¡Levántate!

—¡No me levantaré hasta que me dejes salir... no, y no, y no!

Quedó Sikes mirándola con fijeza, esperando una oportunidad favorable, y cuando ésta se presentó, agarróla de pronto por las manos y la llevó arrastrando hasta la reducida estancia contigua, donde la sentó en una silla obligándola a permanecer sentada a viva fuerza. La muchacha se debatió con furia, luchando unas veces y llorando y suplicando otras, hasta que, cuando sonaban las doce, vencida, agotadas sus fuerzas, dejó de resistir. Sikes, después de ordenarla que no volviera a insistir en salir aquella noche, orden que acompañó con una letanía interminable de blasfemias e imprecaciones, la dejó sola y salió a reunirse con el judío.

—¡Canastos! —exclamó el bandido, secándose el sudor que a mares inundaba su frente, ¡Vaya una mujer rara!

—¡Y tanto, Guillermo, y tanto! —contestó el judío con expresión recelosa.

—¿Qué demonios habrá tenido el capricho de meter en su cabeza la estrambótica idea de salir esta noche? ¿Qué me dices, Fajín? Tú que la conoces a fondo, tal vez puedas explicarme el por qué de ese capricho.

—Obstinación... terquedad de mujer, supongo —contestó el judío encogiéndose de hombros.

—¡Eso debe ser! —gruñó Sikes—. ¡Yo creía que la había domado, pero veo que continúa tan mala como siempre!

—¡Continúa peor! —replicó el judío, pensativo—. Nunca la he visto que se pusiera así por tan poca cosa.

—Ni yo tampoco —dijo Sikes—. Quizá se le ha contagiado la calentura y se encuentra bajo sus efectos: ¿no te parece?

—Pudiera ser.

—La sangraré yo mismo sin llamar al médico, si el acceso vuelve a repetirse.

El judío aprobó el tratamiento con un movimiento de cabeza.

—Mientras estuve enfermo, ni de día ni de noche se separó de la cabecera de mi cama, mientras tú, demostrando una vez más que tienes corazón de lobo, ni una vez te presentaste en mi casa. Nuestra miseria en esos días fue espantosa, y no me extrañaría poco ni mucho que su mollera se haya resentido de tantos días de encierro, y que ahora quiera desquitarse tomando el aire: ¿no te parece?

—Eso será, amigo mío... ¡Pschist!

Mientras el judío estaba hablando, la muchacha reapareció en la estancia y fue a

sentarse en el mismo sitio que antes ocupó. Tenía los ojos hinchados y muy encendidos. Una vez sentada, comenzó a mecerse moviendo acompasadamente la cabeza y, al cabo de pocos momentos, rompió a reír estrepitosamente.

—¡Cristo! ¡Ya la tenemos del otro lado! —exclamó Sikes, mirando con sorpresa a Fajín.

Hízole éste una seña para que no hablara más del asunto, y poco después, la muchacha se tranquilizaba y recobraba su aspecto normal. El judío, luego que aseguró en voz muy baja a Sikes que no había peligro de que Anita volviera por entonces a las andadas, tomó su sombrero y dio las buenas noches. Llegado a la puerta, se detuvo, volvió la cabeza, y preguntó si no había quien le hiciera el favor de alumbrarle mientras bajaba la escalera.

—Alúmbrale —dijo Sikes, que estaba cargando su pipa—. Sería una lástima que se rompiera el cuello y chasquease a los aficionados a ver bailar al prójimo en la horca. Alúmbrale.

Anita siguió al judío llevando una vela en la mano. Llegados al portal, Fajín puso el índice sobre sus labios y preguntó con voz muy baja:

—¿Qué pasa, hija mía?

—¿Qué quiere usted decir? —replicó Anita en el mismo diapasón.

—Te lo diré con toda claridad.

—Puesto que ése te trata tan mal cosa muy natural, siendo como es un bestia, un animal feroz... ¿por qué no...?

—Acabe usted —dijo Anita, viendo que Fajín se interrumpía sin terminar la frase comenzada.

—Dejémoslo por ahora —replicó Fajín—. Otro día hablaremos de ello. Ya sabes que en mí tienes un amigo, Anita... un amigo de verdad. Dispongo de medios tan secretos como eficaces. Si quieres vengarte de los que te tratan como a un perro... ¿Como a un perro digo? ¡Peor mil veces que a un perro, pues a éste algunas veces lo acaricia! Si quieres vengarte, acude a mí. Ese animal es para ti un amigo de ayer, al paso que a mí me conoces de antiguo.

—De antiguo y a fondo —contestó la muchacha sin manifestar la menor emoción—. Buenas noches.

Retrocedió cuando Fajín le alargó la mano; pero repitió con voz entera las buenas noches y, contestando la mirada que le dirigió el judío con un gesto de conformidad, cerró la puerta de la casa.

Fajín tomó el camino de la suya, absorto en profundas reflexiones.

Había sospechado, no como consecuencia de la escena que acababa de presenciar, sino poco a poco y por grados, que Anita, cansada de sufrir el trato brutal del bandido, se habría encaprichado por algún otro.

El cambio súbito de carácter, sus repetidas ausencias de la casa, de la cual siempre salía sola, su indiferencia relativa para con los intereses de la banda, en favor de los cuales demostró siempre un celo extraordinario, y por añadidura, su empeño por salir aquella noche, a una hora determinada, eran otros datos que venían a robustecer las sospechas del judío, trocándolas casi en profunda convicción. El objeto de aquel nuevo capricho no era, indudablemente, ninguno de sus discípulos; pero, fuera quien fuera, de todas suertes debía considerarlo como adquisición preciosa, sobretodo, sometidos a la influencia de un auxiliar como Anita, y era preciso, tal pensaba Fajín, ganarlo sin pérdida de momento para la banda.

Quedaba aún por resolver otra cuestión, infinitamente más espinosa que la expuesta.

Sikes sabía demasiado, se había convertido en hombre peligroso, y por añadidura, los groseros insultos que a todas horas dirigía a Fajín, habían herido a éste dolorosamente, aun cuando hubiese tenido cuidado de no darlo a conocer. Anita debía estar bien persuadida de que, si abandonaba a Sikes, jamás se vería libre de su furor, furor que descargaría estropeándola, asesinándola... y quién sabe si quitando de en medio al objeto de su nuevo capricho.

—En estas condiciones —monologaba Fajín—, a poco que se la excite ¿no conseguiremos que se preste envenenar a Sikes? No sería la primera mujer que hace eso, y cosas mil veces peores, cuando de asegurar al objeto de su cariño se ha tratado. Así acabaría yo con ese bandido peligroso, a quien detesto con toda mi alma. Otro ocuparía su puesto, y mi influencia sobre la muchacha, descansando sobre un apoyo tan firme como mi conocimiento de la fechoría por ella cometida, sería decisiva, ilimitada.

Estas reflexiones surgieron ya en la mente del judío mientras permaneció en la habitación del bandido, presenciando la pendencia entre éste y su amante, y como eran los pensamientos que le dominaban, quiso aprovechar la primera oportunidad que se le ofreció para sondear a la muchacha con insinuaciones no determinadas, pero suficientemente transparentes, y lo hizo al despedirse. Anita no reveló sorpresa, debió comprender la significación de aquéllas... las comprendió. La mirada que le dirigió en el momento de despedirse lo pregonaba por modo evidente.

Pero... ¿temblaría ante la idea de matar a Sikes? ¡Y, sin embargo, era ese precisamente el objetivo principal que había de alcanzar!

—¿Cómo podría yo acrecentar la influencia que sobre ella tengo? —se preguntaba Fajín—. ¿Cómo adquirir más imperio sobre esa mujer?

Imaginaciones como la del judío, son siempre fecundas en recursos. Suponiendo que, sin arrancar una confesión a la misma interesada, le fuera dado descubrir la causa de su repentina mudanza, y amenazase a aquélla con revelar toda la verdad a Sikes, a quien temía como al demonio, si no se prestaba a secundar su proyecto, ¿no podría entonces, contar con la obediencia ciega de la joven?

—¡Sí, sí! —exclamó el judío voz alta—. ¡No se atreverá entonces a negarme nada... nada absolutamente! ¡Es cosa hecha! ¡Cuento con el medio que buscaba, y lo pondré en planta sin tardanza!... ¡Oh!... ¡Al fin te tengo, condenado!

Plegáronse sus labios en una sonrisa siniestra, dio media vuelta agitó con aire de amenaza el puño en dirección a la casa de Sikes, prosiguió la marcha hacia la suya, metidas sus huesosas manos en los bolsillos de su raído abrigo.

Capítulo XLV
Fajín encarga a Noé Claypole una misión secreta

A la mañana siguiente, levantóse el judío muy temprano y esperó con impaciencia la presentación de su nuevo discípulo, el cual pareció, a fin, bien que con considerable retraso, a tiempo para asaltar con voracidad de buitre el almuerzo.

—Bolter —comenzó el judío, tomando una silla y sentándose frente a Noé Claypole.

—Presente —contestó el llamado—. ¿Qué se ofrece? No me pregunte usted nada hasta que haya comido. Veo que tiene usted la mala costumbre de no dejar tiempo ni para digerir las comidas, lo que tengo por falta imperdonable.

—Siempre he creído que se puede comer y hablar al mismo tiempo —replicó Fajín,

maldiciendo interiormente la voracidad de su nuevo recluta.

—¡Oh, sí! ¡Puedo hablar! ¡Hasta creo que la conversación azuza mi apetito! —respondió Claypole, cortando una rebanada de pan verdaderamente monstruosa—. ¿Dónde está Carlota?

—Fuera. La hice salir esta mañana con la otra joven, porque necesitaba estar a solas con usted.

—Preferible hubiera sido que le hubiera usted mandado que me preparase una buena tostada con manteca antes de salir; pero, en fin, hable usted, que sus palabras no han de detener el movimiento de mis mandíbulas.

No había, en efecto, peligro de que la conferencia restase alientos a quien se había sentado a la mesa con la firme resolución de trabajar con ardor.

—Ayer hizo usted una buena campaña, amigo mío —comenzó diciendo Fajín—. Seis chelines y nueve peniques y medio en el primer día suponen un resultado soberbio. Auguro que la *zancadilla del cachorro* será para usted la base de su fortuna.

—No olvide usted poner en cuenta los tres botes de estaño y la jarra de leche —observó Bolter.

—Nada olvido, querido. Los tres botes de estaño suponen en usted gran dosis de genio, pero fue golpe magistral escamotear la jarra de leche.

—Para ser principiante, creo que no lo hice del todo mal —dijo Bolter con satisfacción—. Botes y jarra estaban colgados al aire en la puerta de un figón, y yo creí que la lluvia enmohecería a los primeros y aguaría la leche de la segunda, y por eso me los llevé. Además, unos y otra hubieran podido acatarrarse, lo que habría sido una lástima. ¡Ja, ja, ja, ja!

El judío fingió reír también de todas veras mientras Bolter, poniendo brusco fin a sus carcajadas, embauló la primera rebanada de pan y se dispuso a hacer lo propio con la segunda.

—Necesito encargarle una misión, Bolter —dijo Fajín, apoyando los codos sobre la mesa—, que exige mucho cuidado y no menos astucia.

—He de decirle que no se le ocurra ponerme en peligro enviándome a los centros policiacos. No me convienen semejantes comisiones, ya lo sabe usted.

—La comisión que he de encargarle, no ofrece el menor peligro. Se trata de seguir los pasos a una mujer.

—¿Vieja?

—Joven.

—Esa comisión la desempeñaré a maravilla. Ya cuando iba a la escuela era un atisbador muy regular. ¿Y en qué ha de consistir el espionaje? Supongo que no tendré que...

—No tendrá usted que hacer nada —interrumpió el judío—. Nada más que decirme adónde va, a quién ve, y si es posible repetirme lo que aquélla hable. Acordarse de la calle, si en la calle se detiene, y de la casa, si en alguna casa entra: en una palabra, traerme cuantos datos pueda recoger.

—¿Y cuánto me valdrá el trabajo? —preguntó Noé, mirando con descaro a su maestro.

—Si cumple usted bien, le daré una libra esterlina, querido. ¡Una libra! —repitió Fajín, deseando excitar el interés de su discípulo—. Crea usted que jamás pagué tan cara ninguna comisión, fuera de la clase que fuera.

—¿Quién es ella?

—Una de las nuestras.

—¡Diablo! —exclamó Noé, rascándose la punta de la nariz—. Desconfía de ella, ¿eh?

—Parece que ha trabado relaciones nuevas fuera de casa, y necesito saber quiénes son sus nuevos amigos.

—Comprendo. Quiere usted tener el placer de conocerlos, para saber si son caballeros de respetabilidad, ¿no? ¡ja, ja, ja, ja! Cuente usted conmigo.

—Ya sabía que podía contar —respondió Fajín, entusiasmado ante la buena acogida que su nuevo discípulo dispensaba a su proposición.

—¡Claro que sí! ¡Pues no faltaba más!... ¿Y dónde está ella? ¿Dónde debo esperarla? ¿Cuándo he de comenzar el espionaje?

—Todos esos datos se los facilitaré cuando sea sazón oportuna, amigo mío. A su tiempo sabrá usted quien es la interesada. Esté dispuesto a ponerse en campaña, y déjeme a mí el resto.

Aquella noche, la siguiente y la tercera, el espía estuvo vestido de carretero, dispuesto a lanzarse a la calle a la primera indicación, del judío. Pasaron seis noches... seis eternidades para Fajín, todas las cuales volvió éste a su casa con expresión de desencanto y diciendo que no había llegado el momento de obrar. A la séptima, regresó más temprano con cara que reflejaba viva alegría. Era domingo.

—Esta noche sale —dijo Fajín—. Casi me atrevo a asegurar que el objeto de su salida es el asunto en cuestión, pues ha estado todo el día sola y el hombre a quien teme no volverá a casa hasta poco antes del amanecer. Venga conmigo... ¡Volando!

Levantóse Noé sin despegar los labios, impulsado por la excitación que observó en Fajín y que le afectó profundamente juntos salieron de casa sin hacer ruido y, atravesando un verdadero laberinto de calles, llegaron al fin frente a la puerta de una taberna-posada, donde hicieron alto. Noé vio que era la misma en que había pasado la noche el día que llegó a Londres.

Eran las doce de la noche, y la puerta estaba cerrada. Un silbido peculiar del judío bastó para que aquélla girase sin ruido sobre sus goznes. Entraron y la puerta se cerró.

Sin decir palabra, y apelando al lenguaje de los sordomudos, Fajín y el judío que les había abierto la puerta señalaron con el dedo a Noé una ventanita defendida con su correspondiente cristal, y le indicaron que se acercase y observara a la persona que en la habitación se encontraba.

—¿Es la mujer? —preguntó Noé con voz que parecía un susurro.

—Sí.

—No veo bien su cara... Tiene los ojos clavados en el suelo y la luz está colocada detrás de ella.

—Espere ahí —susurró Fajín.

Hizo una seña a Barney y éste desapareció al punto. Segundos después vio Noé que entraba en la habitación en que se encontraba la mujer, que fingiendo despabilar la vela la colocaba de manera que su luz diese de lleno en el rostro de aquélla, y que dirigía a ésta la palabra consiguiendo que alzara la cabeza.

—¡Ya la veo bien! —murmuró el espía.

—¿Con toda claridad? —preguntó Fajín.

—La reconocería entre mil.

Abandonó presuroso su observatorio en el momento en que la muchacha salía de la habitación y se dirigía a la calle. Fajín escondió a Noé detrás de una puerta vidriera provista de cortinillas, desde donde vieron pasar a la joven, conteniendo la respiración.

—¡Ahora! —murmuró Barney, que había salido a acompañar a Anita hasta la puerta.

Noé cambió una mirada de inteligencia con Fajín, y se lanzó a la Calle.

—¡Por la izquierda... acera de enfrente, y cuidado! —murmuró Barney.

Así lo hizo Noé. A la luz de los faroles, no tardó en ver a la joven que le llevaba alguna delantera. Apretó el paso hasta colocarse a la distancia que le pareció conveniente, y siguió por la acera contraria a la que seguía Anita, a fin de no perder ninguno de los movimientos de ésta. La joven miraba de tanto en tanto en derredor con inquietud manifiesta, y en una ocasión interrumpió su marcha para dejar pasar a dos hombres que la seguían de cerca. A medida que pasaba el tiempo parecía cobrar nuevos alientos su paso era más firme y decidido. El espía, siempre a la misma distancia, la seguía sin perderla de ojo.

Capítulo XLVI
La cita

Sonaban las doce menos cuarto en el reloj de la iglesia cuando aparecieron dos bultos en la entrada del Puente de Londres. Uno de ellos, que avanzaba con paso rápido, era una mujer, que miraba anhelante en derredor con la expresión de quien espera encontrar a alguien; el otro era un hombre, que se deslizaba, cauteloso, amparándose en cuantas sombras encontraba, y seguía al parecer a la mujer, regulando su paso por el de ésta, deteniéndose cuando la primera se detenía y prosiguiendo el avance cuando aquélla lo continuaba, pero sin ganar nunca un palmo de ventaja. En esta forma atravesaron el puente desde Middlesex a la orilla de Surrey, donde la mujer, no viendo entre los transeúntes al objeto de sus ansiosas pesquisas, dio media vuelta con expresión de desencanto. Rápido fue su movimiento de conversión; mas no consiguió coger desprevenido al espía, quien, ganando una de las salientes que coronan las pilastras, e inclinándose sobre el parapeto a fin de ocultar su cara, dejó que la mujer pasase frente a él por la acera opuesta. Cuando vio que aquélla le llevaba la misma ventaja que antes, siguióla de nuevo con idéntica cautela. Casi en el centro del puente hizo alto la mujer: el hombre imitó su conducta.

La noche estaba muy obscura. Había sido el día desapacible y lluvioso, y apenas si muy contados transeúntes recorrían aquel lugar a hora tan avanzada. Los pocos que por allí pasaron, hiciéronlo caminando con rapidez, probablemente sin ver al hombre ni a la mujer, y con toda seguridad sin fijar en ellos su atención. No era el aspecto de aquéllos el más indicado para llamar la atención importuna de los mendigos a quienes la casualidad o la miseria llevasen al puente a buscar alguna arcada fría o alguna choza que ofreciera abrigo a sus míseros cuerpos, por cuyo motivo, ni hablaron a ninguno de los transeúntes, ni hubo entre éstos uno solo que les dirigiera la palabra.

Besaba el negruzco canal del río una niebla espesa que daba tonos opacos al rojo esplendor de las linternas encendidas en las pequeñas embarcaciones fondeadas acá y acullá, y acentuando la obscuridad y borrando casi las líneas de los tétricos edificios que se elevan en las orillas. Alzaban los almacenes de entrambas márgenes sus cabezas ennegrecidas por el humo sobre la masa densa de tejados, contemplando con torvo ceño la superficie de las silenciosas aguas, demasiado negra para que pudiera reflejar sus cuarteadas figuras. Aunque confusamente y entre negras sombras, divisábanse la torre de la vetusta iglesia del Salvador y la elevada cúpula de San Magno, gigantescos guardianes desde fechas remotas del antiguo puente, no ocurría lo propio con el bosque de palos y vergas de fa infinidad de barcos anclados debajo del puente, ni con las agujas y

campanarios de las iglesias, perfectamente invisibles a causa de la tenebrosidad de la noche.

Varias veces había pasado y repasado el puente la mujer, siempre espiada por el hombre, cuando el grave tañido de la gigantesca iglesia de San Pablo anunció el fenecimiento de un nuevo día. Era media noche para toda la ciudad; para los que habitan suntuosos palacios como para los que sufren en míseras chozas; para los que viven en las cárceles como para los recluidos en los manicomios; para los que acaban de venir al mundo en un hospicio como para los que le dan el último adiós en el lecho mísero de un hospital; para el rostro rígido y frío del cadáver como para, la carita del niño que duerme un sueño plácido: era media noche para todos.

No habían transcurrido dos minutos desde que sonaron las doce, cuando una señorita joven, acompañada por un caballero de cabellos grises, descendió de un carruaje a escasa distancia del puente, y penetró en éste, despidiendo antes al coche, dando el brazo a su acompañante. No bien adelantaron unos pasos, la mujer que estaba esperando avanzó a su encuentro.

El señor anciano y la joven caminaban mirando en derredor con la expresión de quien teme no encontrar a quien busca, cuando tropezaron de improviso con la que, por lo visto, les estaba esperando. Hicieron alto ahogando un grito de sorpresa al observar que en aquel instante pasaba junto a ellos un hombre que, a juzgar por el traje, debía ser carretero.

—¡Aquí no! —murmuró Anita con azoramiento—. Me da miedo hablarles aquí! Vamos a... sitio más retirado... al pie de la escalera.

Al pronunciar las palabras anteriores, que acompañó con un gesto que indicaba la dirección que deseaba se tomase, el carretero volvió la cabeza, preguntó con tono áspero por qué ocupaban toda la acera del puente, y pasó.

La escalera indicada por la joven era la de la orilla Surrey, inmediata a la iglesia del Salvador, por la cual se bajaba al río. Hacia ella se encaminó en derechura, bien que recatándose con sin igual astucia y maestría, el individuo de aspecto de carretero, el cual, después de escudriñar el terreno, comenzó a descender.

La escalera en cuestión forma parte del puente, y consta de tres tramos. El tramo segundo, bajando, termina en una, pilastra decorativa que da frente al Támesis. En este punto se abre la escalera tramo inferior en tal forma, que una persona, si dobla el ángulo del muro no puede ser vista por las que ocupen peldaños más altos que el suyo, aun cuando se encontraran colocadas en el inmediato. El carrete una vez ganó el punto indica, dirigió en torno suya una mira rápida, y no encontrando otro escondite más conveniente, arrinconóse como pudo, pegando su espalda contra la pilastra, y espero de que los objetos de su espionaje no bajarían más de lo que él ha bajado y abrigando la seguridad que si no le era dable escuchar conversación que sostuvieran, al m nos le sería fácil seguirlos cuando se retirasen.

Tan eterno se le hacía el tiempo en aquel paraje solitario, y tan intensa era la ansiedad del espía por penetrar los motivos de la entrevista, tan distintos de lo que se le había hecho suponer, que más de una vez dio por perdido el asunto creyendo que las personas que esperaba, o se habían quedado arriba, se habían ido a sitio diferente, donde celebrarían su misteriosa conferencia. A punto estaba de abandonar su escondite y de subir, cuando llegó a sus oídos rumor de pasos, y casi al mismo tiempo de voces que hablaban muy cerca de él. Pegado contra el muro, y sin respirar apenas, escuchó con atención infinita.

—Nos hemos alejado demasiado y no consentiré que esta señorita dé un vaso más

—dijo una voz, indudablemente la del caballero anciano—. Muchos no hubieran tenido en usted confianza bastante para seguirla tan lejos; pero ya ve usted que yo estoy dispuesto a seguirle el humor.

—¡Seguirme el humor! —repitió la voz de la mujer que el espía había seguido—. A fe que no es usted muy amable, caballero... ¡Seguirme el humor!... En fin, no hablemos de ello.

—Es que... ¡Dígame! —repuso el anciano con tono más benévolo—. ¿Con qué intención nos ha traído usted a sitio tan extraño? ¿Por qué se ha negado a que tengamos la conversación arriba, donde hay luz y movimiento y vida... no mucha, es verdad, y nos obliga a bajar a este agujero obscuro y tenebroso?

—Ya manifesté antes que tenía miedo de hablar arriba —contestó Anita—. La causa no podré explicarla; pero ello es que, esta noche, me embarga un pánico tan horrible; que con dificultad puedo mantenerme en pie.

—¿Miedo a qué? ¿A quién? —inquirió el caballero, en cuyo pecho nacía un sentimiento de compasión hacia la joven.

—No puedo decirlo; ni yo misma lo sé —replicó la joven—. Todo el día me han acosado horribles presentimientos de muerte, siento un frío interior que me hiela la sangre y al mismo tiempo un terror que me produce una sensación de ahogo, de calor, como si me abrasase en una hoguera. Esta noche abrí un libro para distraer el tiempo, y en sus páginas, en vez de letras, veía imágenes sangrientas.

—¡Imaginación excitada —exclamó el anciano, tratando de calmarla.

—¡No era imaginación! —replicó la muchacha con voz ronca—. ¡Juraría que en todas las páginas del libro leía la palabra *ataúd*, impresa con letras rojas... y ataúdes tropecé en abundancia esta noche a mi paso por las calles!

—No es extraño —observó el caballero—; a mí me ha sucedido lo propio varias veces.

—Usted los habrá encontrado *reales y verdaderos* —replicó la joven—, pero no como los que yo he visto.

Tan singular era el acento de Anita, que el espía se sintió estremecido de pies a cabeza al escuchar sus palabras últimas, y creyó que por sus venas corría hielo derretido en vez de sangre. Jamás experimentó mayor consuelo como cuando sonó en sus oídos la voz musical de la señorita, que suplicó a Anita que se calmase y ahuyentara de su mente ideas tan lúgubres.

—¡Háblela usted con bondad! —dijo al caballero que la acompañaba—. ¡Pobrecilla!... ¡Lo necesita tanto!...

—¡Los orgullosos pastores de almas habrían erguido altivos sus cabezas y me hubieran mirado con desdén si esta noche me vieran como estoy, y no dudo que clamarían venganza al Cielo y al infierno contra mí! —exclamó Anita—. ¡Oh, mi querida señorita! ¿Por qué los que se adornan con el título de ministros de Dios no han de tratar con misericordia y amabilidad a las desventuradas como yo? ¿Por qué no han de hablarles con tanta caridad como usted, que, siendo joven y hermosa, y poseyendo dotes que aquéllos perdieron, tendría mayor derecho que ellos a enorgullecerse?

—¡Ah! —exclamó el caballero—. El turco, después de lavar su cara, la vuelve hacia Oriente cuando reza sus oraciones; pero esos seres ejemplares de quienes usted habla, después de restregar bien sus caras contra el mundo, cual si su propósito fuera borrar hasta los rastros más insignificantes de la sonrisa, las vuelven así mismo, con tanta regularidad como los turcos, pero hacia el lado más tenebroso de los cielos. Entre un musulmán y un

fariseo, la elección no es dudosa: me quedo con el primero.

El discurso anterior fue dirigido al parecer a la señorita, aunque quizá el objetivo de quien lo pronunció fuera dar a Anita tiempo para reponerse.

—El último domingo por la noche no vino usted —repuso, dirigiéndose a la joven.

—No me fue posible —respondió Anita—; me retuvieron a la fuerza.

—¿Quién?

—El hombre de quien hablé ya a la señorita.

—Supongo que nadie sospechará que está usted en comunicación con nosotros a propósito del asunto que nos reúne aquí esta noche, ¿eh? —preguntó el caballero.

—No —contestó la muchacha, moviendo la cabeza—. Me es muy difícil salir sin que él sepa adónde voy y por qué voy. Si pude visitar a la señorita cuando lo hice, fue porque antes propiné una dosis de láudano al hombre de quien dependo.

—¿Despertó antes de volver usted? —preguntó el anciano.

—No. Ni él ni nadie sospechan de mí.

—Perfectamente: escúcheme ahora.

—Puede usted hablar —contestó Anita.

—Esta señorita me ha referido, a mí y a reducido número de amigos de la más absoluta confianza, lo que hace quince días le reveló usted. Confieso que en los primeros momentos abrigué mis dudas acerca de la confianza que en usted pudiéramos tener, pero esas dudas se han disipado: hoy la veo a usted digna de toda mi confianza.

—Lo soy —contestó con calor la joven.

—Repito que así lo creo. A fin de demostrar a usted la confianza completa que me merece, le confesaré sin rodeos ni reservas que nuestro propósito es arrancar, por medio del terror, el secreto, sea el que sea, de ese individuo que dice llamarse Monks. Pero si... si nos fuera imposible apoderarnos de él, o bien, si aun teniéndole en nuestro poder, no consiguiéramos lo que deseamos, será preciso que usted nos entregue al judío.

—¡A Fajín! —exclamó la joven retrocediendo.

—Será preciso que usted nos entregue a ese hombre: sí.

—¡No haré tal! ¡No lo entregaré! —replicó Anita—. ¡Es un demonio, peor mil veces que todos los demonios juntos, pero no seré yo quien lo entregue!

—¿Que no? —preguntó el caballero, quien al parecer esperaba aquella contestación.

—¡Nunca!

—Dígame por qué.

—Por un motivo —replicó con entereza la muchacha—, por un motivo que la señorita conoce y respeta y respetará, porque así me lo ha prometido. Hay, además, otra razón, y es que si él ha llevado una vida criminal, también la he llevado yo. Son muchos los que han seguido los mismos derroteros, y jamás venderé a los que... algunos al menos... habiendo podido venderme a mí, no lo hicieron, no obstante su perversidad.

—Entonces —replicó el caballero, como sí hubieran llegado al punto al que deseaba llegar—, ponga a Monks en mis manos y deje que yo me entienda con él.

—¿Y si Monks denuncia a los otros?

—En ese caso, si él dice la verdad sobre lo que deseamos saber, prometo formalmente a usted que, aun cuando denuncie a los otros, el asunto permanecerá secreto. En la historia de Oliver es probable que haya circunstancias que no convenga hacer del dominio público. Conque sepamos la verdad, nada más ambicionamos, y no seremos nosotros los que prometamos la libertad de nadie.

—¿Y si se niega a hablar?

—Si se negase a hablar, tampoco denunciaremos a la justicia al judío sin consentimiento de usted; pero, si eso ocurriera, yo expondría a usted razones que acaso la decidieran a entregarle.

—¿Empeña la señorita su palabra de que así será? —preguntó con ansiedad la muchacha.

—La empeño; a ello me obligo formal y solemnemente —contestó Rosa.

—¿No sabrá nunca Monks cómo ha llegado esto a noticia de ustedes? —preguntó Anita después de una pausa.

—Nunca —respondió el anciano—. Tomaremos nuestras medidas para que ni remotamente pueda sospechar dónde hemos obtenido nuestros informes.

—Jamás rendí culto a la verdad, y entre embusteros he vivido desde que tengo uso de razón; pero tengo fe en la palabra que me empeñan —observó la muchacha.

Después de recibir nuevas seguridades de entrambos oyentes de que podía confiar tranquila en su discreción y reserva, procedió, en voz baja que muchas veces se veía el espía en gran aprieto para seguir el hilo de su discurso, a describir con minuciosidad la taberna-posada, de la que aquella noche había salido, cuyo nombre y situación dio. A juzgar por las pausas que de vez en cuando hacía, no parecía sino que el caballero anotaba algunos de los datos que la joven facilitaba. Luego que hubo descrito con detalles el lugar, el sitio que permitía observar sin peligro de ser descubierto, y especificado la noche y hora en que Monks tenía costumbre de visitar aquél, interrumpióse por espacio de breves instantes como para recordar mejor las señas personales del hombre objeto de sus informes.

—Es alto —añadió—, robusto, pero no grueso. Se balancea mucho al andar y su cabeza se mueve constantemente a derecha e izquierda, a fin de ver a cuantos pasen por su lado. Sobre todo no olvide que tiene los ojos muy hundidos, más que los de ningún otro hombre, bastando este solo dato para que sin dificultad puedan reconocerle. Su tez es morena y negros sus ojos y pelo, Y aun cuando no tendrá más de veintiséis o veintiocho años, parece un viejo. Sus labios, descoloridos y blanquecinos, están desfigurados a consecuencia de repetidos mordiscos que él mismo se da, pues en sus accesos furiosos, que le acometen con frecuencia, se muerde las manos y las cubre de heridas... ¿Por qué se estremece usted? —preguntó la joven, interrumpiendo su narración.

Él caballero contestó que no tenía conciencia de haberse estremecido, y rogó a la narradora que prosiguiera su relato.

—Casi todos estos datos —repuso la muchacha—, los debo a otras personas que frecuentan la casa que antes describí, pues tan sólo dos veces he tenido ocasión de ver a Monks, y las dos iba embozado en una capa. Creo que son las únicas señas que para que lo conozca usted puedo darle... ¡Ah! En el cuello, a bastante altura para que usted pueda verla, a pesar de la corbata, tiene...

—Una mancha roja, semejante a una quemadura —exclamó el caballero adelantándose a la muchacha.

—¡Cómo! —dijo Anita—. ¿Acaso le conoce usted?

También la señorita lanzó un grito de sorpresa, al cual sucedió un silencio absoluto que se prolongó durante un buen espacio.

—Creo conocerle... le conoceré, gracias a las señas que usted me da —contestó el caballero—. Veremos... veremos. Puede que no sea el mismo... Ofrece el mundo tantos ejemplos de semejanzas maravillosas entre distintas personas...

Mientras afectando indiferencia pronunciaba las palabras anteriores, dio dos o tres pasos en dirección al espía, llegando tan cerca de éste, que no se perdieron las palabras

siguientes, murmuradas entre dientes por el caballero:

—Seguramente es él.

Luego que volvió a acercarse a Anita, repuso:

—Nos ha prestado usted un servicio inmenso, joven, que yo quisiera pagar de alguna manera. ¿Qué puedo hacer en su obsequio?

—Nada absolutamente —contestó Anita.

—Yo le agradeceré mucho que no persista en su negativa —repuso el caballero con acento de bondad capaz de enternecer a un corazón endurecido por el crimen o la desgracia—. Recapacite usted, y dígame con toda franqueza qué puedo hacer en su obsequio.

—¡Nada, señor, nada! —repitió la joven llorando amargamente—. ¡Nada puede hacer por mí... ¡Para mí ya no hay esperanza!

—Es usted la que quiere alejarse de ella —replicó el caballero—. Su pasado es un desierto árido y estéril que ha consumido todas las energías de sus años juveniles y agotado esos tesoros inestimables que sólo una vez en la vida nos concede el Creador, pero puede y debe usted tener esperanzas en el porvenir. No quiero decir con esto que esté en nuestro poder devolver a usted la paz y tranquilidad de espíritu y de corazón, porque ésta sólo con sus esfuerzos propios ha de alcanzarla; pero sí deseamos de todas veras ofrecerle un asilo tranquilo, en Inglaterra o en el extranjero, si temiera usted residir cerca de sus antiguos cómplices. Antes que alboree el nuevo día, antes que las suaves tintas de la primera aurora disipen la negrura de las aguas de ese río, puede usted encontrarse muy lejos del alcance de sus antiguos amigos sin dejar la huella más insignificante de su marcha exactamente lo mismo que si en este instante desapareciera usted de este mundo de miseria. ¡Vamos! ¡No quisiera yo que nunca más volviera a cambiar una sola palabra con ninguno de sus compañeros de disolución, ni dirigir una mirada a las cavernas del crimen en que ha vivido, ni respirar un átomo de aquella atmósfera pestilente que envenena y mata! ¡Abandónelo todo, ahora que es tiempo todavía!

—La convenceremos —terció Rosa—. Vacila... lo estoy viendo... accederá a nuestros ruegos.

—Me temo que no —respondió el caballero.

—No, señor; no accederé testó la joven tras breve lucha sigo misma—. Estoy encadenada, mi vida antigua. La aborrezco, maldigo ahora; pero no puedo abandonarla. He avanzado demasiado para volver atrás... y, sin embargo... ¡quién sabe! ¡Si hace ni poco tiempo me hubiera usted hablado como me habla, le habría contestado riéndome en sus barbas...! ¡Oh! —añadió mirando azorada en derredor—. ¡Me asaltan de nuevo los temores!... ¡Necesito volver inmediatamente a casa!

—¡A casa! —repitió la señora con expresión de infinita tristeza.

—¡Sí, señorita, a casa! ¡A la casa que me he fabricado con el trabajo de toda mi vida! Separémonos... ¡Quién sabe si me habrán espiado visto!... ¡Me voy... me voy! Si algo estiman el servicio que les prestado, no pongan obstáculos mi marcha... dejen que me va sola.

—Veo que todo es inútil —murmuró el caballero, exhalando un suspiro—. Acaso estemos comprometiendo su seguridad reteniendo aquí. Puede que la hayamos obligado a permanecer entre nosotros más tiempo del que ella creía.

—¡Sí... sí! —contestó, anhelante, Anita—. ¡Así es, en efecto!

—¡Dios mío! —exclamó Rosa —¿Qué suerte esperará a esta desventurada criatura?

—¿Qué suerte, señorita? —repitió la muchacha—. ¡Tienda usted vista hacia esas

aguas negruzcas revueltas! ¿Cuántas veces habrá leído usted de personas tan desgraciadas como yo, que se han precipitado en su fondo sin dejar en este mundo alma viviente que les hay dedicado una lágrima de compasión ¡Tal vez tarde algunos años, acaso, sea cuestión de meses, quién sabe, si ocurrirá dentro de breves días... pero tenga usted por seguro que mi fin será ese!

—¡Por favor, no hable usted así! —exclamó Rosa, sollozando.

—No llegará la noticia a sus oídos, señorita... ¡Oh, no! ¡No permita Dios que semejantes horrores vengan a perturbar la plácida tranquilidad de su alma! ¡Buenas noches!... ¡Buenas noches!...

La agitación violenta de la muchacha, y el terror pánico que la dominaba, fueron para el bondadoso caballero motivos suficientes que, le indujeron a dejarla marchar, como era su deseo. No tardó en extinguirse el ligero rumor de los pasos del anciano y de la señorita, quedando todo sumido en el mayor silencio antes que sus bultos aparecieran en el puente.

—¿Qué? —murmuró Rosa, deteniéndose con brusquedad al llegar a lo alto de la escalera—. ¿Ha llamado? Me pareció oír su voz.

—¡No, querida niña, no ha llamado! —contestó el señor Brownlow, que él era el acompañante de Rosa—. Ni ha hablado, ni se ha movido, ni creo que se moverá hasta que nos hayamos alejado nosotros.

Tan afectada estaba Rosa Maylie, que con dificultad podía dar un paso: el señor Brownlow hubo de ofrecerle el brazo.

No bien se hubieron alejado, Anita se dejó caer sobre los escalones de piedra. Las crueles agonías que atenaceaban su corazón se cuajaron en lágrimas amargas que brotaron de sus ojos.

Levantóse al cabo de algún tiempo, y con paso débil y tambaleándose subió la escalera que conducía al puente. El espía continuó en su puesto algunos minutos más, y una vez se hubo convencido de que estaba solo, salió de su escondite y, pegado al muro, subió en la misma forma que antes descendiera.

Llegado a lo alto de la misma, antes de atreverse a asomar la cabeza, escudriñó con mirada de búho los alrededores, y cuando adquirió la seguridad de que nadie le observaba, echó a correr con cuanta velocidad le permitían sus piernas en dirección a la casa de Fajín.

Capítulo XLVII
Consecuencias fatales

Serían sobre dos horas antes del crepúsculo matutino... esa hora que en otoño puede con toda propiedad llamarse el corazón de la noche, cuando las calles están desiertas y silenciosas, cuando el sonido parece dormido en profundo sueño, cuando el desenfreno y la borrachera se han recogido con paso vacilante para soñar en el fondo de las casas. En esa hora tranquila y silenciosa velaba el judío encerrado en su repugnante buhonera, con el rostro tan pálido y contraído, tan inyectados en sangre los ojos, que más bien que ejemplar de la raza humana, parecía espantoso fantasma escapado de la tumba y perseguido por los espíritus de las tinieblas.

Hallábase sentado, acurrucado sobre el frío suelo, arrebujado en un cubrecama viejo y hecho jirones, vuelta la cara hacia una vela consumida colocada sobre una mesa a su lado. Tenía la mano derecha pegada a los labios y, mientras abstraído y meditando, seguramente maldades, mordía sus largas y negras uñas, dejaba ver, en las tenebrosidades de su

hedionda boca sin dientes, unos cuantos colmillos largos y cortantes que muy bien hubieran podido pasar por defensas de perro de presa o de tigre.

Sobre un colchón fementido tendido en tierra estaba Noé Claypole profundamente dormido. Hacia él dirigía de tanto en tanto el viejo sus miradas, que no tardaban en fijarse en la vela, cuyo largo pabilo, así como las gotas de sebo que caían sobre la mesa, demostraban muda pero elocuentemente que los pensamientos del judío estaban muy lejos de allí.

Así era en efecto.

Mortificación lacerante al ver destruidos sus proyectos, rabia insana contra la muchacha que había cometido el horrendo crimen de ponerse al habla con personas extrañas a la banda, desconfianza completa en la sinceridad de la misma muchacha cuando se negó a entregarle, desengaño amargo al creer perdida la ocasión de vengarse de Sikes, miedo de ser descubierto, imágenes de ruina y de muerte en lontananza, y rabia fiera atizada por todas sus ruines pasiones que, empujándose y atropellándose unas a otras en furioso remolino, rugían en el fondo del cerebro de Fajín, mientras en su negro corazón bramaban todos los malos instintos y se elaboraban los planes más tenebrosos.

Y así permaneció sin variar de expresión, sin hacer el menor movimiento, insensible al frío y sin noción del tiempo, hasta que su fino oído sorprendió rumor de pasos en la calle.

—¡Al fin! —murmuró el judío, pasándose el revés de la mano por sus labios resecados por el fuego de la fiebre—. ¡Al fin!

Sonó la campanilla. El judío se levantó, subió la escalera, y no tardó en presentarse nuevamente en su antro, acompañado por un hombre cuya parte inferior del rostro ocultaba el cuello de su abrigo, y que llevaba debajo del brazo un pequeño fardo. Luego que el desconocido se sentó y despojó del abrigo, resultó ser Sikes.

—Ahí tienes eso —dijo, dejando el fardito sobre la mesa—. Tómalo y saca de él el mejor partido posible. Harto trabajo ha costado adquirirlo. Tres horas hace que debía haber llegado aquí.

Tomó Fajín el paquete, lo guardó en la alacena, y volvió a sentarse sin hablar palabra. No separó, empero, sus ojos del bandido durante la operación; y como continuara después de sentado clavada en la de Sikes convulsos sus labios tuviera más contorsionada que nunca por efecto de las emociones que le dominaban, el bandido retiró involuntariamente y llegó a sentir verdadera alarma.

—¿Qué pasa de nuevo? —preguntó—. ¿Por qué me miras modo?

Levantó el judío su huesosa mano y hasta agitó en el aire su tembloroso índice, pero su furor era tan grande, que le fue imposible articular palabra.

—¡Dios de Dios! —exclamó Sikes, verdaderamente alarmado. ¡Este hombre se ha vuelto loco! ¡Habrá que ponerse en guardia!.

—¡No, no! —contestó Fajín, recobrando la facultad de hablar—. ¡No es... no es usted la persona, Guillermo! ¡No tengo... no encuentro en usted nada reprensible!

—¿De veras? ¡Vaya!... ¡Me alegro! —contestó Sikes, mirando al judío con expresión siniestra y pasando descaradamente una pistola de un bolsillo a otro, como para tenerla más a la mano—. No deja de ser una fortuna para uno de los dos... ¡Lo que menos importa es saber cuál es ese uno!

—Lo que tengo que decirle a usted, Guillermo —replicó Fajín—, le pondrá más furioso de lo que estoy yo.

—¿Sí? —preguntó el bandido con expresión de incredulidad—. ¡Lárgalo, pues... pero pronto, no vaya Anita a creer que me he perdido!

—¡Perdido! —exclamó Fajín—. ¡Por perdido le tiene... es decir, para perderle ha hecho lo que ha estado en su mano!

Sikes miró al judío con perplejidad manifiesta, y como nada encontrara en la cara de aquél que fuera explicación del enigma, agarróle por el cuello, le sacudió violentamente, y dijo:

—¿Hablarás, sapo condenado? ¡Habla pronto, si no quieres encontrarte sin aire para hacerlo cuando te resuelvas! ¡Abre esa sima que tienes por boca y di con claridad lo que pasa! ¡Pronto, lobo maldito, pronto!

—Supongamos —comenzó diciendo Fajín—, supongamos que ese muchacho que duerme ahí...

—¡Qué! —exclamó Sikes, volviéndose bruscamente hacia Noé, en quien parecía que no había reparado hasta entonces.

—Supongamos que ese muchacho nos hubiera delatado a todos, buscando primero las personas más convenientes a sus miras y teniendo luego con ellas una entrevista en la calle, para darles nuestras señas y filiación, describir nuestras marcas especiales y revelarles los sitios donde con mayor facilidad y seguridad pudieran encontramos. Supongamos que hubiera hecho todo eso por su propia voluntad... no preso, ni cogido en la trampa, ni engañado ni sometido a interrogatorio, sino espontáneamente, por puro capricho, por satisfacer su gusto, yendo él mismo a buscar a nuestros enemigos para contárselo todo... ¿Me oye usted? —bramó el judío, con los ojos inyectados en sangre—. Pues si me oye, dígame: ¿qué haría usted?

—¿Que qué haría? —repitió Sikes, barbotando una blasfemia horrenda—. Si después de saberlo le encontrase vivo, con los tacones de mis zapatos le destrozaría el cráneo, haciendo de él tantos pedazos como, pelos tiene en la cabeza.

—¿Y si el autor de las revelaciones hubiera sido yo? —aulló el judío—. ¡Yo, que poseo tantos secretos, yo, que puedo hacer ahorcar a tantos, siquiera entre ellos figure yo mismo.

—¡No lo sé! —contestó Sikes rechinando los dientes y poniéndose blanco al solo pensamiento de semejante traición—. Algo haría yo en la cárcel para que me esposasen; y si comparecíamos los dos juntos ante el tribunal, en la misma sala, y a presencia de todo el mundo, con las esposas te haría saltar los sesos... ¡La ira me daría tanta fuerza, que entre mis dedos aplastaría tu cabeza como si sobre ella pasase un vagón cargado!

—¿De veras?

—Pruébalo y te convencerás.

—¿Y si el traidor fuera Bates, o el *Truhán*, o Belita, o...?

—¡No perdamos tiempo! Lo de menos es el nombre. A cualquiera que me vendiese, le daría la medicina que acabo de mencionar.

Fajín miró entonces con fijeza a su interlocutor, e indicándole por medio de un gesto que guardara silencio, llegóse al colchón en que dormía Claypole y despertó al durmiente. Sikes se incorporó, y apoyados ambos codos sobre sus rodillas, parecía preguntarse cuál sería el final de tantos misterios y preparativos.

—¡Bolter!... ¡Bolter!... —llamó el judío—. ¡Pobre muchacho! —añadió con expresión diabólica—. ¡Está rendido!... ¡Es natural!... ¡Ha tenido que *espiarla* tanto tiempo... *espiarla*, Guillermo!

—¿Pero qué quieres decirme? preguntó Sikes irguiéndose en la silla.

Por toda contestación, el judío se inclinó sobre el durmiente y le obligó a sentarse sobre el colchón. No sin que tuviera que repetir varias veces y con voz recia su nombre

supuesto, consiguió que Noé se frotase los ojos, bostezase desaforadamente y dirigiera en derredor miradas soñolientas.

—Cuéntemelo otra vez todo a fin de que lo oiga este señor —dijo Fajín, señalando a Sikes con el dedo.

—¿A contar el qué? —preguntó Noé no bien despierto.

—Lo referente a... Anita —contestó el judío, asiendo a Sikes por la muñeca como para impedirle que se fuera antes de oírlo todo—. La siguió usted, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Hasta el Puente de Londres?

—Sí.

—¿Dónde encontró a dos personas?

—Sí.

—Un caballero y una señora, a quienes había visitado ya anteriormente, los cuales le pidieron que vendiese a sus compañeros... empezando por Monks, lo que hizo; que diera sus señas, a lo que se prestó también, que indicara la casa en que solemos reunirnos, y la indicó sin hacerse de rogar; el sitio desde el cual podían acecharnos... y lo describió, y la hora en que teníamos costumbre de estar juntos... y también la reveló. Todo eso hizo. Lo descubrió todo, en una palabra, sin que nadie le amenazara, sin que ella se resistiera, sin protestar; ¿no es cierto? —gritó el judío, a quien cegaba la cólera.

—Eso es —contestó Noé, rascándose una oreja—. Todo pasó como lo dice usted.

—¿Qué dijeron sobre el domingo último? —repitió Noé recapacitando—. Pues dijeron lo que conté a usted.

—¡Repítalo... repítalo otra vez! —bramó el judío, agarrando con mayor fuerza el brazo de Sikes y agitando la otra mano, mientras echaba espumajos por la boca.

—Le preguntaron... —contestó Noé, que, más despierto, comenzaba a comprender quien era Sikes—, le preguntaron por qué no había ido el domingo último, conforme tenía prometido, y ella contestó que no le fue posible.

—¿Por qué?... ¿Por qué? —preguntó el judío con expresión de triunfo—. Díganos por qué.

—Porque la retuvo por fuerza en casa un tal Guillermo, el hombre de quien antes les había hablado.

—¿Qué más dijo sobre ese hombre? ¿Qué más dijo sobre el hombre de quien antes le había hablado? ¡Dígaselo... dígaselo!

—Pues... que no podía salir de casa sin que aquel hombre supiera adónde iba, y que, la primera vez que visitó a la señorita, le... ¡Ja, ja, ja, ja! ¡No reí poco cuando lo oí! La primera vez que visitó a la señorita, para poder salir, se vio obligada a propinarle una dosis de láudano.

—¡Mil rayos! —rugió Sikes—. ¡Suelta... déjame salir!

Desasiéndose de la zarpa del viejo y dando a éste un empellón, salió de la estancia y se precipitó escalera abajo como un loco furioso.

—¡Guillermo!... ¡Guillermo! —gritó el judío, corriendo tras él —¡Una palabra... una sola palabra!

¿Ni esa palabra hubiera podido pronunciar Fajín si el bandido hubiese podido abrir la puerta de la calle, que encontró cerrada; pero como ésta resistiera sus esfuerzos, el judío llegó a tiempo para encontrarle blasfemando y maldiciendo como un condenado.

—¡Déjame salir!... ¡No me hables!... ¡Es peligroso!

—Una sola palabra —insistió Fajín, mientras abría la puerta—. No lleve la...

—¿La qué?

—... la violencia demasiado lejos, Guillermo.

La aurora, que se había anunciado minutos antes, enviaba a la tierra claridad bastante para que aquellos hombres pudieran verse las caras.

Cambiaron una mirada rápida: los ojos de entrambos despedían fulgores siniestros que no dejaban lugar a duda. El pensamiento de los dos era el mismo.

—Quiero decir —repuso Fajín, comprendiendo que ya era inútil el disimulo—, que no lleve la violencia hasta extremos que comprometan su seguridad... ¡Astucia, Guillermo! ¡Nada de escándalos!

Sikes, sin contestar palabra, se lanzó a la calle, no bien el judío franqueó la puerta.

Sin detenerse a reflexionar un momento, sin volver una sola vez la cabeza hacia la derecha o hacia la izquierda, sin alzar los ojos al cielo, ni bajarlos a la tierra, sino con la mirada fija al frente y llena de resolución salvaje, tan apretados los dientes que parecía que las mandíbulas amenazaban romper la envoltura de carne que las cubría, el feroz bandido emprendió frenética carrera y no despegó los labios, no cedió la horrible tirantez de ninguno de sus músculos hasta que llegó a su casa. Abrió sigiloso la puerta de la misma con la llave que consigo llevaba, subió con paso de lobo la escalera, entró en su habitación, cuya puerta volvió a cerrar con llave y doble vuelta y no contento con eso, la barricó colocando detrás una mesa muy pesada, y descorrió la cortina del lecho.

La joven estaba acostada, a medio vestir. Al entrar Guillermo; despertó sobresaltada.

—¡Levántate! —rugió el bandido.

—¿Eres tú, Guillermo? —preguntó Anita, con expresión de alegría.

—Yo soy; ¡levántate!

Lucía una vela cerca del lecho, Guillermo la arrancó del candelero que la sostenía, y la tiró debajo de la estufa. Anita, viendo que era de día, se levantó y fue a descorrer la cortina de la ventana.

—¡Déjala! —dijo Sikes deteniéndola—. Para lo que voy a hacer, tenemos luz sobrada.

—¡Guillermo! —llamó la joven con cierto temor—. ¿Por qué me miras así?

Dilatadas las narices y con respiración jadeante, el bandido permaneció sentado algunos momentos, mirándola con fijeza aterradora, y de pronto, agarrándola por el cuello, la arrastró hasta el centro de la habitación y, dirigiendo una mirada a la puerta, tapóle la boca con su pesada manaza.

—¡Guillermo!... ¡Guillermo!... —murmuró la joven con voz ahogada, debatiéndose con la energía que da el terror producido por la proximidad de la muerte—. ¡No... no gritaré... no diré palabra... escúchame... háblame... dime qué es lo que he hecho!...

—¡Lo sabes de sobra, infame! —bramó el bandido, con voz concentrada—. Te vigilaron esta noche... han escuchado todas tus palabras.

—En ese caso, por amor de Dios, perdóname la vida, como yo perdoné la tuya, Guillermo. ¡Guillermo... Guillermo querido... no, no es posible que tengas corazón para matarme! ¡Piensa en lo mucho que siempre, y hasta esta noche misma, he rehusado por ti! ¡Tendrás tiempo para reflexionar y no cometerás este crimen... porque yo no te soltaré, y tú no emplearás conmigo la fuerza bruta! ¡Guillermo... Guillermo... por Dios... por ti... por mí... detente antes de verter mi sangre! ¡Por mi alma, llena de cieno ¡ay! te juro que siempre te fui fiel, que jamás te hice traición.

Sikes hizo un esfuerzo violento para desprender su brazo; pero con fuerza tal le

sujetaba la joven, que no pudo conseguirlo.

—¡Guillermo! —exclamaba Anita, procurando apoyar su cabeza contra el pecho del miserable—. El bondadoso caballero y la dulce señorita con quienes hablé esta noche me han ofrecido un refugio en cualquier país extranjero donde podré terminar tranquilamente mis días. Déjame que vuelva a verles, y, que les suplique de rodillas que te concedan a ti la misma merced. Los dos juntos podremos abandonar esta horrorosa casa, alejarnos de esta ciudad y vivir mejor, dando al olvido nuestra existencia pasada, excepto cuando pidamos a Dios perdón de ella, y no volviéndonos a ver nunca más. Nunca es tarde para arrepentirse. Así me lo dijeron... y ahora veo que tenían razón... ¡Tenemos tiempo... no mucho, pero sí el suficiente!

El bandido consiguió al fin desasir uno de sus brazos y empuñó seguidamente una pistola. No obstante la cólera que le enloquecía, cruzó por su mente la idea de que sería descubierto en el acto si disparaba el arma, y entonces, con la culata de aquella descargó dos golpes tremendos contra la cara vuelta hacia arriba de la joven, que casi estaba pegada a la suya.

Tambaleóse la joven y cayó desplomada en tierra, cegada por la sangre que en abundancia brotaba de una herida terrible que los golpes habían abierto en su frente. Pudo incorporarse, sin embargo, y ponerse de rodillas gracias a un esfuerzo sobrehumano, y entonces, sacando del seno un pañuelo blanco, que le había dado Rosa Maylie, y elevándolo al cielo entre sus manos cruzadas, murmuró una plegaria impetrando la misericordia de Dios.

La escena era espantosa. El asesino se acercó a la pared con paso vacilante, agarró una tranca, y volviendo la cabeza a fin de no ver a su víctima, la remató a trancazos.

Capítulo XLVIII
Fuga de Sikes

Fue el que dejamos reseñado en el capítulo anterior el más horrendo de los delitos que, a favor de las tinieblas de la noche, se habían cometido dentro del vasto recinto de Londres; fue, entre todas las hazañas rufianescas cuyo vaho nauseabundo emponzoñó el suave ambiente de la mañana, la más cobarde y cruel.

El astro rey, que no sólo trae consigo la luz, sino también vida nueva, esperanza nueva y energía nueva al hombre, alzóse sobre la ciudad envolviéndola en hermosas nubes de gloria radiante. Sus rayos luminosos lo mismo penetraron a través de los costosos cristales de delicados colores que por los amarillentos vidrios remendados con papel, lo mismo inundaron los ventanales de las soberbias cúpulas de las catedrales que las grietas de las casuchas cuarteadas.

También iluminó la estancia en cuyo piso yacía el cadáver de la mujer asesinada. Bien hubiera querido el bárbaro matador cerrarle paso, desterrar la claridad de la escena de su crimen, pero pese a sus esfuerzos, la luz penetró a torrentes... ¡Espantosa era la escena la incierta luz del crepúsculo matutino, pero infinitamente más cuando el sol la bañaba con sus radiantes resplandores!

No se había movido Sikes; el terror le tenía como yerto. A sus oídos había llegado un quejido lastimero, sus ojos vieron que su víctima movía una mano, y su rabia acrecentada por el terror, le impulsó a herir, a herir y una y otra vez. Echó una colcha sobre el cadáver... ¡Peor... mucho peor!... ¡Más terrible era representarse, ver con la imaginación los ojos de la víctima vueltos hacia él, que contemplarlos fijos, clavados en el techo, cual si

mirasen en éste la imagen del mar de sangre que reflejaban los rayos del sol! El asesino tiró de la colcha... Allí estaba el cadáver... carne y sangre, nada más... ¡pero qué carne, qué sangre!

Encendió fuego y arrojó a él garrote. En el extremo de éste había pegados algunos cabellos, que chisporrotearon al convertirse en cenizas y subieron describiendo espirales por la chimenea al tomarlo entre sus alas una ráfaga de aire. Hasta este detalle, con ser tan insignificante, aterró al asesino, no obstante su barbarie, bien que su terror no le impidió mantener el arma hasta que la vio reducida a carbones, primero, y últimamente a cenizas. Se lavó entonces, cepilló su traje, pero como hubiera en éste manchas que era imposible hacer desaparecer, cortó el paño y lo arrojó al fuego... ¡Ah! ¡Las manchas que observara en el vestido inundaban la habitación! ¡Hasta las patas del perro estaban tintas en sangre!

Durante todo ese tiempo, el asesino no había vuelto la espalda al, cadáver... ¡no! ¡Ni por un instante! Cuando hubo terminado sus preparativos, dirigióse a la puerta, pero retrocediendo, sin perder de vista a su víctima y arrastrando consigo al perro, temeroso de manchar de nuevo sus pies y llevar consigo hasta la calle nuevas huellas del horrendo crimen cometido. Entornó sin hacer ruido la puerta de la calle, dio doble vuelta a la llave, y abandonó la casa.

Cruzó la calle y desde la acera opuesta alzó los ojos hasta la ventana a fin de asegurarse de que nada se veía desde fuera. Continuaba corrida la cortina que Anita había querido descorrer para dar entrada a la luz que nunca más debían ver sus ojos... ¡Junto a la cortina estaba el cadáver!... ¡Él lo sabía perfectamente!... ¡Oh, Dios! ¡Cómo inundarían aquel sitio los rayos del sol!

El examen no duró más que un instante. Algo más tranquilo al verse fuera del teatro de su villana acción, silbó al perro y se alejó caminando con rapidez.

Cruzó por Islington, subió a la colina de Highgate que sirve de asiento a la estatua erigida en honor de Wellington, descendió de nuevo, caminando a la ventura y sin saber adónde dirigirse, torció a la derecha casi en los comienzos del descenso y, tomando un sendero que atravesaba los campos, bordeó el bosque de Caen y llegó a Hampstead Heath. Cruzando la hondonada por el Valle de Health, subió por el repecho opuesto y, atravesando el camino que pone en comunicación a Hampstead, con Highgate, prosiguió la marcha por los campos de North End, en uno de los cuales se tendió al abrigo de un seto y se durmió.

Pronto volvió a levantarse y a proseguir su marcha, pero no en dirección al campo, sino para aproximarse de nuevo a Londres por el camino real. A poco volvió sobre sus pasos, tomó luego dirección distinta, cruzó terrenos que antes había atravesado ya, y rondó de una parte a otra, a la ventura, ora tendiéndose en el fondo de algún foso para dar algún descanso a su cuerpo, ora levantándose asustado en busca de refugio más seguro, que no encontraba en ninguna parte.

¿Habría algún lugar, no muy apartado ni demasiado público, donde pudiera encontrar algún alimento, algo con que refrescar su resecada garganta? Sí... Hendon: era un pueblecillo que respondía a sus deseos, situado a corta distancia y casi despoblado. A Hendon dirigió sus pasos, tan pronto corriendo con todas sus fuerzas como andando a paso de caracol o suspendiendo la marcha y entreteniéndose en descargar bastonazos contra los setos. Llegó al pueblo, y se imaginó que todo el mundo, hasta los niños, le miraban con desconfianza y recelo. Sin valor para comprar un mendrugo de pan ni un vaso de agua, salió del pueblo aunque no había probado bocado en muchas horas, y retrocedió hacia Heath, sin saber adónde dirigir sus pasos.

Después de recorrer millas y millas de distancia, volvió a encontrarse casi en el

punto de partida. Pasó la mañana, llegó la tarde, feneció el día, y el asesino continuaba caminando de aquí para allá, ora subiendo, ora bajando, sin dar punto de reposo a sus piernas, y, sin embargo, encontrándose siempre en el mismo sitio. Al fin tomó decididamente dirección hacia Hatfield.

Las nueve de la noche serían cuando el hombre, extenuado y falto de fuerzas, y el perro, renqueando y cojeando a consecuencia de un ejercicio al que no estaba acostumbrado, descendían por la colina que conduce al pueblo, torcían al llegar a la iglesia, avanzaban por una calle y se deslizaban al fin en el interior de una taberna, a la cual los había guiado la escasa luz que iluminaba su puerta. Sentados alrededor de la lumbre había algunos campesinos que entretenían el tiempo bebiendo. Apresuráronse a dejar entre ellos un sitio al recién llegado; pero Sikes fue a sentarse en el rincón más alejado y obscuro, donde comió y bebió solo, mejor dicho, acompañado por su perro, al cual arrojaba de vez en algún pedazo de pan.

Hablaban los que estaban reunidos en la taberna de campos, cosechas, y cuando agotaron el tema, de la edad de un viejo a quien habían enterrado el domingo anterior, acerca del cual aseguraban los jóvenes que era muy viejo, al paso que los viejos sostenían que era muy joven, de la edad poco más o menos de un abuelo allí presente, cuyos cabellos de nieve y espalda encorvada eran fe de bautismo harto elocuente, el cual juraba y perjuraba que habría vivido seguramente veinticinco años más... a poco que se hubiese cuidado.

La conversación no era para llamar la atención ni para producir alarma a nadie. El asesino, después de pagar el gasto hecho, permaneció en su rincón y concluyó por dormirse, cuando lo medio despertó la entrada en la taberna de un individuo.

Era éste un sujeto grotesco, entre buhonero y juglar, que recorría el mundo a pie, vendiendo piedras de afilar, suavizadores de navajas, navajas de afeitar, pastillas de jabón, cosméticos, medicinas para perros y caballos, artículos de perfumería barata, pastas y cosas por el estilo, que llevaba en una caja sujeta a su espalda a guisa de mochila. Su entrada dio lugar a un chaparrón de chistes tan baratos y malos como sus mercancías, chaparrón que no cesó hasta que el buhonero dio fin a su cena y abrió su caja desplegando ante el público los tesoros que encerraba.

—¿Y ese ladrillo? ¿Es bueno para comer? —preguntó un labriego, haciendo guiños altamente cómicos y señalando a unas pastillas colocadas en un rincón de la caja.

—Esto, mi querido paisano —contestó el buhonero tomando una en sus manos—, es una composición preciosa e infalible que borra y hace desaparecer toda clase de manchas, herrumbres, mohos, mugres, roñas, lunares, macas, máculas y mancillas, salpicaduras y suciedades de las telas de seda, algodón, sean de raso, liberty, bengalina o *moire*, de lienzo, madapolam, holanda, nipis, o nansú o batista, de jerga, cheviot o patén, merinos o muselinas, alfombras, tapices y terciopelos, moquetas, felpas y peluches. Borra las manchas de vino, las manchas de fruta, las manchas de cerveza, las manchas de agua, las manchas de pintura, las manchas de betún, de brea, de alquitrán, de pez, de resina, toda clase de manchas salen y desaparecen con que se las frote una sola vez con esa composición infalible y maravillosa. Si una dama, damisela o señorita, casada, soltera o viuda, doncella o no doncella, mancha y ensucia su honor, no tiene que hacer más que tragarse una pastilla y queda limpia e inmaculada como un rayo de sol. El caballero que desee probarlo, engúllase una pastilla y quedará convencido, pues es de efectos tan seguros y rápidos como los de un pistoletazo, aunque de sabor menos desagradable. ¡un penique la pastilla!... ¡No vale más que un penique, no obstante poseer tantas y tan preciosas

cualidades!

Surgieron inmediatamente dos compradores y en el auditorio se vieron otros que titubeaban, lo que, observado por el vendedor, aumentó considerablemente su locuacidad.

Todo lo que producen las fábricas se vende en el acto —añadió—. Hay catorce molinos con motores hidráulicos, seis de vapor, y otro con baterías galvánicas, todos trabajando, todos produciendo sin cesar, Y aun así, no bastan para satisfacer las necesidades del mercado, aunque los obreros de las fábricas trabajan día y noche hasta caer muertos sobre las máquinas. Verdad es que las viudas que dejan cobran desde el instante de serlo una pensión de veinte libras esterlinas al año, otras veinte por cada uno de los hijos, Y un premio de cincuenta cuando se trata de gemelos... ¡Un penique vale la pastilla!... También las vendo por dos medios peniques, y si me apuran, hasta las daré por cuatro cuartos de penique. ¡Manchas de vino, manchas de fruta, manchas de cerveza, manchas de pintura, manchas de honra, manchas de sangre! En el sombrero de aquel caballero veo una mancha que haré desaparecer en menos tiempo del que tarde él en mandarme servir una pinta de cerveza.

—¡Eh! —gritó Sikes, poniéndose en pie de un salto—. ¡Traiga usted el sombrero!

—No tardaré en limpiarla el tiempo que usted tarde en cruzar la habitación para tomarlo —contestó el charlatán—. Vean ustedes, caballeros, la mancha que presenta este sombrero, una mancha obscura, de menor diámetro que un chelín, pero más espesa que una media corona. Tanto si es de vino, como de fruta, cerveza, agua, pez, pintura o alquitrán, sea de fango o de sangre...

No pudo terminar el charlatán su discurso porque Sikes barbotando una blasfemia espantosa, se lanzó sobre él derribando la mesa y algunas sillas, y salió como un loco del figón.

Dando una vez más pruebas de la irresolución que desde que cometió el crimen le dominaba, el asesino, al observar que nadie le seguía, y creyendo que los sujetos que escuchaban al charlatán le supondrían borracho, volvió a entrar en la población, y se disponía a pasar frente a la parada de diligencias, alejándose todo lo posible del resplandor de los faroles que iluminaban la calle, cuando reconoció la diligencia de Londres y vio que acababa de llegar. Desde luego supuso lo que iba a suceder; pero, a pesar de todo, se acercó a escuchar.

Delante de la puerta esperaba el conductor del correo, con la valija de la correspondencia en la mano. Llegó un hombre vestido como de guardabosque, a quien el primero entregó una cesta que antes había dejado en la acera.

—Para sus señores —dijo el conductor—. ¡Menos calma, hombre, menos calma...! ¿me va a tener aquí eternamente? Anteayer tampoco tenía listo el correo y eso no puede seguir así... ¿Oye usted?

—¿Ocurre algo de nuevo en la ciudad, Benjamín? —preguntó al guardabosque, sin parar mientes en la reprensión del conductor.

—Nada que yo sepa —respondió el conductor poniéndose los guantes—. Algo he oído hablar sobre un asesinato cometido por Spitalfields, pero tal vez no sea cierto.

—Lo es, sí señor —exclamó el viajero, asomando la cabeza por la portezuela—. Por cierto que ha sido un asesinato horrible.

—¿Y es hombre o mujer la víctima? —preguntó el conductor, llevando la mano al sombrero.

—Mujer —contestó el viajero—. Se cree que...

—¡Benjamín! —gritó el mayoral con impaciencia.

—¿Pero viene esa maldita valija? —preguntó el conductor—. ¿Es que se han dormido dentro?

—¡Voy! —contestó el encargado de la estafeta.

—¡Voy! —gruñó el conductor—.

—¡Voy... pero no llegas nunca!... ¡Al fin!

Sonó la bocina y partió la diligencia como una exhalación.

Sikes permaneció inmóvil en la calle, indiferente, al parecer, a lo que acababa de oír y sin pensar en otra cosa que en la dirección que le convendría tomar. Al fin dio media vuelta, y tomó el camino que conduce desde Hatfield a San Albano.

Comenzó caminando con paso firme y resuelto; mas no bien dejó a sus espaldas la población y se aventuró por el camino obscuro y solitario, sintió que penetraba hasta la medula de los huesos una impresión de terror que le oprimía el corazón. Cuantos objetos tropezaban sus ojos fueran reales o sombras, se movieran o permanecieran inmóviles, parecíanle imágenes terroríficas, bien que no eran nada comparadas con los pensamientos que le acosaron aquella mañana, pensamientos que le producían el efecto de un fantasma sangriento que le fuera pisando los talones. No tardó, empero, en presentarse el mismo fantasma, cuya sombra veía en la obscuridad, acompañándole en el camino con expresión solemne y rígida actitud. Sus oídos distinguían el roce de las faldas de su víctima al pasar sobre los matorrales y todas las ráfagas de viento repetían el grito de angustia que brotó de los labios de Anita al recibir el golpe de muerte. Si el asesino suspendía la marcha, el fantasma hacía lo propio; si corría aquél, corría el fantasma, pero no moviendo las piernas, que esto hubiera sido, en medio de todo, un consuelo, sino deslizándose sobre el suelo, como empujado por un soplo melancólico de la brisa, que ni aumentaba ni moría.

A veces se volvía desesperado, resuelto a cerrar contra el fantasma y acribillarlo a golpes, no obstante presentar todas las características de la muerte; pero se le erizaba el cabello, y la sangre se le helaba en las venas al ver que el fantasma se volvía también, quedando siempre a su espalda. Por la mañana caminaba el fantasma como mostrándole el camino, delante de él; pero entonces volaba detrás... siempre detrás.

Recostóse contra un talud, y el fantasma quedó ante sus ojos, como suspendido entre la tierra y el profundo azul del cielo: se tendió en medio del camino, boca arriba... y pegada a la cabeza vio una losa sepulcral, en una inscripción escrita con sangre.

¡Que no se diga que hay asesinos que burlan la acción de la justicia, que no se hable de que la Providencia duerme nunca! ¡Los terrores, las agonías que Dios infiltra en el corazón del asesino son más terribles que veinte muertes violentas!

A su paso encontró Sikes una, cabaña que parecía brindarle abrigo para pasar el resto de la noche. Frente a la puerta se alzaban tres álamos gigantescos que acrecentaban la obscuridad. Gemía el viento al cruzar por entre sus ramas. El asesino *no podía* continuar la marcha hasta que llegase el nuevo día, y decidió tenderse al abrigo de la choza... para sufrir nuevas torturas.

Asaltóle allí otra visión, tan obstinada como las anteriores, pero mucho más terrorífica. En medio de las densas tinieblas aparecieron aquellos ojos extraviados, de mirada vidriosa y fija, que hubiera preferido ver con los suyos de la carne a representárselos con los de la imaginación, y aparecieron luminosos, pero sin comunicar su claridad a los objetos inmediatos. Los ojos sólo eran dos, pero aparecían por todas partes. Si entornaba los párpados, su fantasía le presentaba la estancia en que cometió el asesinato, con todos los objetos, hasta los más insignificantes, hasta los que él había olvidado, y todos en el sitio de costumbre. En su lugar continuaba también el cadáver, cuyos ojos ofrecían la misma

expresión pavorosa que cuando él salió huyendo. Se levantó y echó a correr desatinado, loco, por los campos, mas al ver que el fantasma no le dejaba, volvió a la choza y se tendió en el suelo. En la choza le esperaban los ojos fosforescentes, los ojos que le enloquecían.

Y allí permaneció. No hay lengua humana capaz de dar una idea aproximada de las horribles torturas que hubo de apurar, ni imaginación, no siendo la misma del asesino, tan potente que pueda concebir los terrores que le atenaceaban, produciéndole temblores convulsivos y haciendo que el sudor brotase a chorros por todos los poros de su cuerpo.

¿Qué pasaba en el exterior de la choza? ¿Qué significan esos gritos lejanos, ese bramar de voces, esos alaridos como de alarma o de admiración que en alas del viento llegan a sus oídos? El asesino lo ignora, pero ¡ah! cualquier eco humano tiene para él en aquellas circunstancias la misma significación. El criminal se estremece, nuevos terrores le invaden, y ante la perspectiva de un peligro personal, recobra las fuerzas y las energías perdidas, se pone en pie violentamente y emprende desatinada carrera.

El firmamento semeja inmensa bóveda encendida. Millones de chispas elevándose en pavoroso remolino, mezcladas con lenguas de fuego, iluminan la atmósfera en un radio de algunas millas, y en dirección al sitio en que el asesino se halla avanzan densas nubes de humo arrastradas por él aire. Aumentan los gritos, nuevas voces centuplican el tumulto, y al fin llegan a oídos del feroz asesino las fatídicas palabras ¡fuego... fuego! mezcladas con el repicar alarmante de las campanas que tocan a rebato, y el estruendo que producen enormes masas pesadas al desplomarse, y el bramar de las llamas al enroscarse en algún obstáculo, que a la postre se convierte en alimento nuevo arrojado al elemento destructor. A la luz siniestra del incendio ve el asesino muchas personas, hombres y mujeres... vista que para él es algo así como un soplo de vida. Corre... corre de frente, con carrera frenética, salvando zanjas y terraplenes, puertas y cercas, corre con carrera tan desatinada como la de su perro, que mostrándole el camino vuela ladrando y aullando.

Llegó al lugar del siniestro. Personas a medio vestir corrían de acá para allá, unas procurando sacar de las caballerizas a los enloquecidos caballos, otras forzando las puertas de los corrales para dar salida a las reses y otras saliendo de la casa con cargas sobre sus hombros, entre mares de chispas y trozos de maderos encendidos que caían de lo alto. Los huecos del edificio, una hora antes defendidos con ventanas, dejaban ver un mar agitado de fuego que rugía y bramaba en el interior agrietábanse las paredes y concluían por derrumbarse con estruendo, y los objetos de hierro o de metal, puestos al rojo blanco, se fundían, enviando al suelo chorros de hirviente líquido. Las mujeres y los niños lanzaban alaridos de espanto, que los hombres procuraban acallar, animándolas con formidables gritos. También gritó el asesino, gritó hasta quedar sin voz, y lo olvidó todo, todo, hasta sí mismo, y siguiendo el ejemplo general, se precipitó en lo más espeso de las turbas.

¡Lo que trabajó aquella noche! Tan pronto se le veía en las bombas, ayudando a los bomberos a lanzar ríos de agua sobre las maderas ardiendo o sobre las paredes calcinadas, como pasando entre nubes de humo o entre mares de llamas. Ora trepaba por las escaleras de cuerda, ora corría sobre los tejados que se desplomaban, ora sobre los pisos que temblaban bajo su peso, ora saltaba sobre piedras o ladrillos ardiendo. Donde el fuego era más voraz, allí estaba él; pero cual si potencias sobrenaturales protegieran su persona, ni sufría quemaduras, ni se fatigaba, ni se rendía, ni pensaba tampoco. Cuando asomaron las primeras claridades de la aurora, lo que fueran edificios no eran ya más que informes montones de ruinas ennegrecidas que, semejantes a inmenso pebetero, enviaban al cielo nubes de humo.

Disipada la excitación, volvieron, con fuerza centuplicada, los terrores

consiguientes a la conciencia de su abominable crimen. Sikes miró receloso en derredor, pues los hombres formaban grupos y conversaban entre sí, y temió ser él el objeto de sus conversaciones. El perro, obediente a un gesto significativo que le hizo, se acercó al criminal y ambos se alejaron cautelosamente. Al pasar junto a la bomba, en rededor de la cual había sentados varios hombres, fue llamado por éstos para que tomara un refrigerio. Aceptó un bocado de pan y un trozo de carne, y mientras bebía un trago de cerveza, oyó que decía uno de los bomberos:

—Dicen que ha huido hacia Birmingham, pero le cogerán: han salido correos en todas direcciones, y mañana por la noche resonarán en toda la región los gritos de alarma.

Huyó Sikes de aquel lugar, y corrió hasta caer rendido. Gracias al cansancio pudo dormir, pero con sueño agitado. Cuando despertó, continuó vagando indeciso, sin rumbo fijo, poseído de terror al pensar en la noche de torturas que le esperaba.

De repente tomó el partido desesperado de volver a Londres.

—Allí, al menos, tendré personas con quienes hablar —pensó—. Además, no me faltará sitio donde esconderme. No es de esperar que me busquen en la ciudad después de haberme perseguido por el campo. ¿No podré permanecer oculto una o dos semanas, y luego, a fuerza de amenazas, obligar a Fajín a que me ayude a pasar a Francia? ¡A fe que voy a correr ese riesgo!

Cediendo a este primer impulso, emprendió sin dilación el viaje de regreso, buscando los caminos menos frecuentados, decidido a esconderse a poca distancia de la capital y a entrar en ésta a favor de las sombras de la noche, hasta llegar al sitio que había resuelto fuera su refugio.

—¿Pero y el perro? Si las autoridades habían enviado requisitorias, seguramente no habrían olvidado que faltaba el perro, y que según todas las probabilidades acompañaría al criminal. Esta circunstancia podía muy bien ser causa de su aprensión al pasar por las calles. Resolvió, pues, ahogar a su fiel compañero, y, a este efecto, continuó caminando en busca de un estanque, cogiendo de paso una piedra de algún peso que ató con su pañuelo.

Miraba el perro a su amo mientras éste hacía los preparativos, y fuera que el instinto le advirtiese el peligro, o que Sikes le mirara con, expresión más ceñuda y amenazadora que de ordinario, el hecho es que: seguía a distancia muy respetable. Cuando el asesino hizo alto al borde de un estanque y llamó al animal, éste, lejos de acudir a su voz, se detuvo de repente.

—¡Aquí! —gritó Sikes—. ¿No me oyes?

La fuerza de la costumbre hizo que el perro se acercase, pero al ver que Sikes se disponía a atarle el pañuelo al cuello, lanzó un gruñido, y retrocedió.

—¡Ven aquí! —bramó el bandido, pateando de coraje.

El animal meneó la cola, pero sin moverse. Sikes preparó un nudo corredizo y volvió a llamar.

El perro avanzó, retrocedió, se detuvo, miró a su amo, y echó a correr.

Silbó Sikes repetidas veces, sentóse al borde del estanque creyendo que el animal acudiría al fin; mas, convencido de la inutilidad de la espera, prosiguió su marcha.

Capítulo XLIX
Se encuentran al fin, Monks y Brownlow. Celebran una conferencia que es interrumpida

La noche comenzaba a enseñorearse de la tierra cuando el señor Brownlow, descendiendo de un coche frente a la puerta de su casa, llamaba suavemente. Abierta la puerta, saltó del coche un hombre robusto y tomó posiciones junto a la portezuela del carruaje, mientras otro hombre saltaba del pescante y se colocaba al otro lado. Obedeciendo una seña de Brownlow, entre los dos hombres mencionados sacaron del interior del coche a un tercero, a quien obligaron a entrar en la casa. Este tercero era Monks.

Sin hablar palabra subieron los cuatro hombres la escalera. Rompía la marcha Brownlow, quien no paró de andar hasta que entró en un cuarto del interior de la casa, adonde le siguieron los demás. En la puerta del cuarto en cuestión, Monks, que había llegado hasta allí con repugnancia perfectamente visible, se detuvo. Los dos hombres entre los cuales caminaba miraron al anciano caballero como pidiendo instrucciones.

—Sabe muy bien cuál es la alternativa —dijo Brownlow—. Si vacila, si se resiste, si mueve un dedo llevadle a la calle, llamad a la policía, y hacedle prender en mi nombre como criminal que es.

—¿Cómo se atreve usted a darme semejante nombre? —preguntó Monks.

—Y usted, joven, ¿cómo se ha atrevido a obligarme a ello? —replicó Brownlow, mirando con severidad a su interlocutor—. Su locura, ¿llega hasta el punto de desear salir de esta casa? ¡Soltadle!... ¡Vaya, señor mío! ¡Ya está usted en libertad! Puede usted irse, si ése es su deseo, como nosotros podemos seguirle: pero le prevengo, le juro por todo lo que hay de más sagrado, que tan pronto como pise la calle, haré que te prendan como ladrón y falsario. Estoy resuelto, y mis resoluciones son inquebrantables. Si usted se obstina en salir, no se queje de las consecuencias.

—¿Y con qué derecho se ha apoderado usted de mí en la calle y ha hecho que estos perros me traigan aquí secuestrado? —gritó Monks, paseando sus miradas desde el uno hasta el otro de los hombres que silenciosos, estaban a su lado.

—Con el mío propio —replicó Brownlow—. Estas personas han obedecido órdenes mías, y yo asumo toda la responsabilidad del acto. Si cree usted que al privarle de la libertad le he inferido un agravio, medios y ocasión tendrá para quejarse cuando salga de aquí, aunque creo que optará usted por callarse... Se lo repito: invoque usted la Ley... que a la Ley recurriré también yo en ese caso: pero cuando haya avanzado demasiado para retroceder, cuando el poder, que ahora está en mis manos, haya pasado a otras, no espere usted indulgencia de mí ni diga que soy yo quien le precipita a un abismo en cuyo fondo se habrá arrojado usted mismo.

Monks, desconcertado y visiblemente alarmado, titubeó.

—Preciso es que se decida pronto —repuso Brownlow, con calma y resolución—. Si prefiere que le persiga judicialmente, atrayendo sobre usted un castigo cuya sola idea me espanta, no seré yo quien le ponga obstáculos: abierto tiene el camino; si por el contrario apela usted a mi indulgencia e impetra la conmiseración de aquellos a quienes tan criminalmente ha perjudicado, siéntese, sin hablar palabra, en aquella silla. Hace dos días que le estaba esperando.

Monks murmuró algunas palabras ininteligibles, y continuó vacilando.

—¡Pronto! —insistió Brownlow—. Si deja que yo pronuncie una palabra, puede dar por perdidas las esperanzas de salvarse.

Aun entonces no se disiparon las vacilaciones de Monks.

—Poco inclinado soy por carácter y por temperamento a parlamentar —añadió Brownlow—; pero, cuando defiendo, como ocurre ahora, intereses ajenos, además de carecer de inclinación, carezco de derecho.

—¿No hay... —preguntó Monks con voz temblorosa— otro... recurso?

—Ninguno.

Monks miró anhelante al anciano; pero como en su rostro no encontrase otra cosa que severidad y determinación, penetró en la estancia y se sentó, encogiéndose de hombros.

—Cerrad la puerta por fuera, y entrad cuando yo llame —dijo Brownlow a los dos hombres.

Obedecieron éstos, dejando a los dos hombres solos en la habitación.

—¡A fe que me trata bien el que se precia de haber sido amigo de mi padre! —exclamó Monks, quitándose el abrigo y el sombrero.

—Precisamente por haber sido el mejor amigo de su padre, joven —replicó Brownlow—, precisamente porque cifré todas las ilusiones, todos los deseos de mis felices años juveniles en su padre y en aquella hermosa niña, hermana suya, que Dios llamó a su lado en la primavera de su vida, sumiéndome a mí en los dolores de la soledad y del aislamiento, precisamente porque su padre, cuando todavía era niño, cayó de rodillas conmigo junto al lecho de muerte de su hermana única, la mañana misma en que lazos sagrados debían unirme para siempre con aquella celestial criatura... ¡el Cielo lo quiso disponer de otra manera!... precisamente porque mi corazón lacerado le reservó siempre el puesto principal, a pesar de sus faltas y errores, hasta el día de su muerte, precisamente porque antiguos recuerdos llenan mi alma y hasta el ver a usted hace que de su padre me acuerde, precisamente por todas estas razones siento impulsos de tratarle con piedad... ¡Sí, Eduardo Leeford!... ¡Le trato con conmiseración, aunque la vergüenza me abrase la cara al ver que deshonra usted el apellido de su padre!

—¿Y qué tiene que ver el apellido? —replicó Monks, reparando con sorpresa en la agitación de su interlocutor—. ¿Qué me importa el nombre?

—¡Nada, ya lo sé! Pero ese apellido lo llevo *ella*, y aun hoy, a pesar del tiempo transcurrido, evoca en mi memoria, en la memoria de un viejo, la emoción que experimentaba en otros tiempos cuando la oía pronunciar... ¡Oh! ¡Cuánto me alegro de que lo haya dejado usted para vivir bajo nombre supuesto!

—Todo eso está muy bien —respondió Monks (continuaremos llamándole así) después de un silencio prolongado, durante el cual adoptó una actitud de reto, mientras Brownlow tenía el rostro cubierto con las manos—. ¿Pero qué es lo que usted desea de mí?

—Tiene usted un hermano, cuyo nombre, pronunciado por mí en su oído cuando le seguía por la calle, bastó para que usted se decidiera a acompañarme, lleno de terror y alarma.

—Yo no tengo hermano alguno —replicó Monks—. Sabe usted perfectamente que soy hijo único: ¿por qué, pues, me habla de hermanos? Tan bien como yo mismo sabe que no los tengo.

—Va usted a oír cosas que yo sé, y que usted ignora, cosas que de seguro le interesarán —dijo Brownlow—. Sé perfectamente que es usted el fruto único y miserable de un matrimonio desdichado que el orgullo de familia y la más sórdida de las ambiciones obligaron a contraer a su padre cuando apenas había salido de la niñez.

—Las frases huecas y palabras de relumbrón me importan muy poco —contestó Monks riendo con impudencia—. Conoce usted el hecho, y eso me basta.

—Conozco el hecho; pero conozco también las torturas lentas, los sufrimientos horribles, las agonías que resultaron de aquella unión fatal prosiguió el anciano—. Conozco cuán pesada, cuán insoportable fue la cadena que arrastraron los dos por el mundo, cuán tristes fueron los días de su emponzoñada vida: conozco las discordias abiertas que sucedieron a la galantería estudiada, conozco el desamor que reemplazó a la fría indiferencia, sé que el desamor se trocó en odio, y el odio en desesperación, hasta que al fin, los que por su unión debían vivir siempre juntos, acabaron por separarse, rompiendo lazos que sólo la muerte podía desatar, y buscaron nuevas relaciones para vivir entre ellas bajo nombres supuestos. Su madre consiguió olvidarlo todo muy pronto, mano así su padre, cuyo corazón continuó lacerado y dolorido por espacio de muchos años.

—Se separaron, sí... ¿y qué?

—Al cabo de algún tiempo de separación, su madre encontró en el continente distracciones frívolas, a las que se entregó por completo, olvidando, en absoluto a su marido, diez años más joven que ella, el cual, viendo destruido para siempre su porvenir, permaneció en su patria y contrajo nuevas amistades. Supongo que por lo menos conocerá usted *esta* circunstancia: ¿no es verdad?

—No, señor: no la conozco —contestó Monks bajando los ojos y dando una patada, como hombre resuelto a negarlo todo—. Se engaña usted... no sé nada.

—El tono con que me habla, no menos que los movimientos con que acompaña sus palabras, me demuestran que no sólo la conoce usted, sino también que la recuerda perfectamente, que la ha recordado siempre, y que siempre ha pensado en ella con rabia —replicó Brownlow—. Hablo de quince años atrás, cuando usted no pasaba de once años y su padre no había cumplido los treinta y uno, pues repito que era casi un niño cuando su *padre* le obligó a casarse. ¿Será preciso que detalle sucesos que manchan la memoria de su padre, o quiere evitarme esa necesidad poco grata, revelándome toda la verdad?

—Nada tengo que revelar —replicó Monks—; puede usted decir lo que le venga en gana.

—Hablaré, pues. Esos nuevos amigos eran un antiguo oficial de marina, retirado del servicio activo, cuya esposa había fallecido medio año antes, dejándole dos hijas, pues si el matrimonio tuvo más descendencia, afortunadamente había muerto. Una de ellas, hermosa como un ángel del Cielo, contaba diecinueve años: la otra sólo contaba dos o tres.

—¿Y a mí qué me importa? —interrumpió Monks.

—Residían —prosiguió Brownlow, sin parar mientes en la interrupción—, en una parte del país al que su padre de usted había ido a parar, fijando su estancia. Se conocieron, se trataron, nació la intimidad, y tras ésta vino la amistad sincera. Poseía su padre dotes como pocos hombres han poseído.

Participaba de las gracias de su hermana y su alma era gemela de la que aquélla. Con el trato, crecía el cariño que el oficial de marina le profesaba. ¡Si el Cielo hubiera querido que fuera sólo el del oficial!... ¡Por desgracia con su hija ocurría otro tanto!

Hizo una pausa el narrador. Monks se mordía nervioso los labios, mientras mantenía los ojos clavados en tierra.

—Al cabo de un año —repuso Brownlow—, contraía solemnes compromisos con la niña en cuestión, y se hacía objeto del primero, del verdadero amor, objeto de la pasión única y ardiente de un ángel, más puro que un rayo de sol.

—Su cuento no acaba nunca —dijo Monks, revolviéndose agitado en la silla.

—Es una historia de tristeza, de dolores, de pruebas terribles, de amarguras, joven, y las historias de esa clase suelen ser por regla general interminables —replicó Brownlow—.

Si de un relato de dichas y felicidades se tratase, tenga usted seguro que sería muy breve. Murió por entonces uno de aquellos parientes ricos, a cuya benevolencia y protección había sido sacrificado su padre de usted, repitiéndose una vez más un caso desgraciadamente muy frecuente, y para reparar en parte las desdichas de que fuera causa ocasional, legó a su padre de usted lo que consideró sería panacea universal que disiparía todas las penas... ¡Dinero! El heredero hubo de partir inmediatamente a Roma, donde acababa de morir dicho pariente, dejando todos sus negocios embrollados; pero apenas llegado allí mi amigo y autor de los días de usted sintióse a su vez atacado de una enfermedad mortal. Al saberlo su madre, que estaba en París, fue a reunirse con él, llevándole a usted consigo; mas al día siguiente de su llegada, murió el esposo sin dejar ningún testamento. *Ningún testamento*, ¿me entiende usted? De este modo toda la fortuna recaía en la madre y el hijo, es decir, ustedes dos.

Llegado el relato a este punto, Monks, sin respirar apenas, escuchaba con singular atención, aun cuando sus ojos no se fijaban en el narrador. Cuando Brownlow dejó de hablar, cambió de compostura como un hombre que experimenta un alivio inesperado, y se pasó una mano por su ardorosa frente.

—Antes de ponerse en camino, su padre de usted pasó por Londres —dijo Brownlow con lentitud, mirando fijamente a su interlocutor— y vino a verme.

—Nunca he oído hablar de eso —repuso Monks con aire de afectada incredulidad, mas no sin experimentar una desagradable sorpresa.

—Vino a verme y me dejó entre otras cosas un retrato de aquella pobre joven, pintado por él mismo, el cual no pudo llevarse consigo, con gran sentimiento suyo. Me dijo en términos vagos e incoherencias que había perdido y deshonrado a una familia, y me manifestó asimismo que tenía la intención de convertir su fortuna en fincas para asegurarles a usted y a su madre una parte de los bienes últimamente adquiridos, después de lo cual iba a expatriarse para siempre. Prometió escribir para decírmelo todo, y aseguró que volvería a verme por última vez antes de alejarse para siempre. Mas ¡ay! aquélla era nuestra última entrevista. Ni recibí ninguna carta suya ni le volví a ver.

Me dirigí —prosiguió Brownlow, después de una pausa—, me dirigí a la escena... emplearé la palabra que usaría el mundo despiadado, toda vez que para él son ya lo mismo las dulzuras que las asperezas de los hombres... a la escena de su amor criminal, resuelto, si mis temores se trocaban en realidad, a ofrecer a la pobre niña abandonada un corazón que la comprendiese y compadeciese, y un techo que la abrigase y defendiese. La familia había desaparecido ocho días antes. Pagaron las pequeñas atenciones que tenían pendientes y se fueron durante la noche. ¿Adónde? ¡Nadie puede decirlo!

Monks comenzó a respirar con más libertad, y hasta se atrevió a dirigir al narrador una mirada de triunfo.

—Cuando una mano más potente que la de la casualidad —añadió el anciano, acercando más su silla a la de Monks—, puso en mi camino a su hermano de usted... niño abandonado, harapiento, débil, arrancado por mí de la vida de vicio y de infamia a que se...

—¿Qué? —gritó Monks.

—Gracias a mí; sí. Ya previne a usted al principio que oiría cosas que merecerían su interés. He dicho y repito, que gracias a mí. Veo que su cómplice de infamias ha tenido por conveniente callar mi nombre, aunque, o mucho me engaño, o debía suponer que jamás habría sonado en sus oídos de usted. Pues bien: cuando aquel niño, a quien usted quería precipitar en los negros abismos de la infamia, se cruzó en mi camino, y merced a una serie de circunstancias que usted conoce, vino a mi casa, donde curó de una buscando la salud,

su semejanza con el retrato de que le he hablado hace poco me llenó de asombro. Desde la primera vez que le vi, a pesar de su miseria y de sus harapos, observé en su semblante una expresión de languidez que me recordó de pronto como en un sueño las facciones de aquella a quien tanto había querido. No necesito decirle qué existencia arrastraba antes de que yo conociese su historia.

—¿Por qué me dice usted que...?

—Porque me consta que fue obra suya.

—Yo...

—Es inútil que me lo niegue. Pronto se convencerá usted de qué sé muchas otras cosas además de ésa.

—¡Usted... usted nada puede probar contra mí! —barbotó Monks—. ¡Le desafío a que demuestre nada!

—Ya veremos —replicó el anciano, dirigiendo a su interlocutor una mirada penetrante—. Perdí al muchacho, y cuantos esfuerzos hice para encontrarle fueron ineficaces. Como su madre de usted había muerto, comprendí que nadie más que usted podía darme la clave del misterio, y como yo sabía que usted se encontraba en sus posesiones de las Indias Occidentales, a las cuales... usted lo sabe mejor que yo... a las cuales se había retirado después de la muerte de su madre, a fin de librarse de las consecuencias de su viciosa conducta, a las Indias Occidentales me fui yo. A mi llegada encontré que usted se había ido ya, sin que nadie pudiera decirme adónde, aunque era creencia general que a Londres. Regresé. Sus mismos agentes no tenían noticia de su residencia: me dijeron que iba y venía de una parte a otra como siempre había hecho, permaneciendo a veces en un mismo sitio varios días, algunas horas otras, y eclipsándose por espacio de meses enteros, aunque, al parecer, frecuentaba las mismas guaridas y cultivaba las mismas relaciones bajas y criminales que cultivó cuando era muchacho ingobernable. Cansé a los agentes mencionados con mis insistencias sin obtener resultado, y me dediqué a rondar día y noche las calles, siempre con éxito negativo hasta hace dos horas que acerté a encontrarle...

—Y ahora que ya me ve usted a su gusto, ¿qué? Robo y falsificación son dos palabras demasiado gruesas para echármelas en cara sin más razón ni fundamento que existir una semejanza imaginaria entre un pillete vagabundo y el retrato de una mujer muerta... ¡Hermano mío!... ¡Ni siquiera sabe usted si de aquella pareja de... mentecatos nació hijo alguno! ¡Atrévase usted a afirmar que lo sabe!

—*No lo sabía* —replicó Brownlow levantándose—; ¡pero en los quince días últimos lo he averiguado todo! Usted tiene un hermano; conoce usted el hecho y conoce usted la persona. Existió un testamento que su madre de usted destruyó, confiando a usted el secreto y los provechos de su indigna acción en su lecho de muerte. El testamento hablaba del nacimiento de un niño, fruto de desgraciadas relaciones, y ese niño nació y ese niño tuvo la desgracia de que usted le encontrara fortuitamente, y sospechara quién era al observar el parecido que con su padre tenía. Se presentó usted en el lugar de su nacimiento, donde existían pruebas... pruebas que ha tiempo han desaparecido... de su nacimiento e identidad. Usted destruyó esas pruebas, y hoy, según palabras de usted, dirigidas al judío, tan miserable como usted, *«las únicas pruebas de la identidad del niño están en el fondo del río, y la vieja bruja que las recibió de la madre se pudre en su ataúd»*. ¡Hijo indigno desnaturalizado, cobarde y embustero, usted, que maquina maldades y vilezas reuniéndose con ladrones y asesinos en lugares tenebrosos durante la noche, usted, cuyas infames tramas han ocasionado la muerte violenta de una persona que valía millones de veces más

que usted, usted, que desde que vino al mundo fue manantial de amarguras y de desesperación para su padre, usted, en cuyo negro corazón anidan todas las malas pasiones, todos los vicios, todas las disoluciones, usted atacado por enfermedades vergonzosas que han hecho de su cara reflejo asqueroso de su conciencia, usted, Eduardo Leeford... ¿se atreverá aún a desafiarme?

—¡No, no, no! —contestó el cobarde, agobiado bajo el peso de acusaciones tan terribles.

—Todas las palabras —gritó el anciano—, todas las palabras que han mediado entre usted y aquel aborrecible villano me han sido repetidas. Las sombras que usted vio proyectadas recogieron sus secretos y me los revelaron. El aspecto del pobre niño, perseguido con saña, ha conmovido hasta al vicio, y ha inoculado a éste las características de la virtud. Se ha cometido un odioso asesinato, del que usted es cómplice moralmente si no le alcanza también responsabilidad real.

—¡No, no, no! —repitió Monks. ¡Yo... yo no sé nada de eso! Precisamente iba a enterarme de la verdad del caso cuando usted me sorprendió en la calle... La causa me es completamente desconocida... Yo creo que el crimen debe ser resultado de una disputa vulgar.

—Ha sido consecuencia de la revelación parcial de los secretos de usted... ¿Me los revelará todos?

—¡Sí... los revelaré!

—¿Se presta a consignarlos por escrito, a detallarlos en una declaración de su puño y letra, y a repetir luego la declaración ante testigos?

—¡También... también me comprometo a eso!

—¿Se obliga a permanecer aquí hasta que quede redactada esa declaración, y a acompañarme después al lugar que yo crea oportuno, a fin de ratificarla?

—También... si en ello tiene usted gran empeño.

—Aún tiene usted que hacer más —repuso Brownlow—. Debe restituir lo que es de un niño inocente que jamás ofendió a nadie, siquiera sea fruto de un amor culpable. No habrá usted olvidado las cláusulas del testamento. Cúmplalas en la parte que a su hermano se refiere, y podrá luego irse adonde le acomode. La justicia de acá abajo habrá quedado satisfecha y nada más le exigirá.

Todavía paseaba Monks por la estancia cual fiera enjaulada, pensando con perversas intenciones la proposición que acababa de serle hecha y midiendo las probabilidades de evadirla, sintiendo en su alma las dentelladas del miedo por una parte, y los zarpazos del odio por otra, cuando se abrió bruscamente la puerta de la habitación y penetró un caballero, el señor Losberne, en estado de la más violenta agitación.

—¡Prenderán a ese hombre! —exclamó—. ¡Lo prenderán esta noche!

—¿Al asesino? —preguntó Brownlow.

—Sí, sí —contestó el recién venido—. Ha sido visto el perro rondando en torno de una guarida antigua, y no ofrece duda de que en ella está escondido su amo. Un ejército de policías y de espías vigila por todas partes. He hablado con los encargados de prenderle, y me aseguran que no puede escapárseles. Esta noche han ofrecido las autoridades un premio de cien libras esterlinas al que lo prenda.

—A las que yo añadiré cincuenta más, y este ofrecimiento lo publicaré yo mismo, con mis propios labios, y en el mismo lugar donde se oculta, si me es posible llegar hasta él. ¿Dónde está el señor Maylie?

—¿Enrique? No bien vio que usted subía sano y salvo a su coche con este amigo

suyo, se fue corriendo al lugar donde se supone que está el asesino para reunirse con los que de su persona quieren apoderarse. Montó a caballo y es probable que haya llegado ya a él.

—¿Y el judío? —inquirió Brownlow—. ¿Qué noticias hay de él?

—Las últimas que tengo son que no había caído en poder de la justicia, pero que caerá infaliblemente. Puede que a estas horas esté ya preso. De todas suertes, su prisión la consideran indefectible.

—¿Se ha decidido usted ya? —preguntó Brownlow a Monks, bajando la voz.

—Sí —contestó el interpelado—. ¿Me guardará usted el secreto?

—Lo guardaré. Permanezca usted aquí hasta que yo vuelva: es la única esperanza de salvación que le queda.

Seguidamente salió de la estancia el doctor acompañando a Brownlow.

—¿Ha conseguido usted algo? —preguntó con voz muy baja el doctor.

—Todo cuanto podía esperar, y hasta más. Acoplando los datos suministrados por la infortunada joven, con los que yo poseía y con los que han sido resultado de las investigaciones practicadas sobre el terreno por nuestro buen amigo, le he cerrado todas las salidas sin dejarle escapatoria, y le he hecho ver claro como la luz del sol el horror de su conducta. Escriba usted señalando la reunión para pasado mañana a las siete de la tarde. Yo llegaré allí con algunas horas de anticipación, pero será preciso conceder algún tiempo de descanso, sobre todo a la señorita Rosa, la que acaso tenga más necesidad de valor del que usted y yo podemos prever en este momento. Hierve la sangre en mis venas al pensar en que vamos a vengar a esa pobre joven, bárbaramente asesinada. ¿Qué camino han tomado?

—Si va usted en derechura y sin perder tiempo a las oficinas de policía, llegará con oportunidad: yo me quedo aquí.

Separáronse los dos amigos, ambos poseídos de violenta agitación.

Capítulo L
La persecución y fuga

A orillas del Támesis, no lejos de la iglesia de Rotherhithe, allí donde se alzan sobre el río los edificios más sucios y ruinosos, y los barcos son más negros como consecuencia del polvo de la hulla y del humo que escapa de los caserones emplazados al borde mismo de las aguas, existía, y existe en la actualidad, la más inmunda, la más singular, la más extraordinaria de las localidades que encierra en su seno la ciudad de Londres, y que desconocen, hasta de nombre, la inmensa mayoría de sus habitantes.

Para llegar hasta el sitio a que me refiero, preciso es atravesar una enmarañada red de callejas estrechas, tortuosas y cubiertas de lodo, frecuentadas por la población más pobre y grosera de la ribera, y dedicada al tráfico que los lectores adivinarán sin esfuerzo.

Encierran las tiendas las provisiones más baratas y menos delicadas: penden de la puerta del tendero, de las fachadas de las casas y de las ventanas los tejidos más burdos y ordinarios y las ropas menos conformes con las exigencias de la moda. El que penetra por aquel lugar, ha de pasar entre apiñados grupos de obreros sin trabajo, cargadores de lastre, descargadores de carbón, ha de codearse con turbas de mujeres desvergonzadas, con ejércitos de muchachos harapientos, con la escoria, la hez de la playa, ha de cerrar los ojos a espectáculos nauseabundos, y la nariz a miasmas de corrompidos, y los oídos al estruendo ensordecedor que producen los millares de carros que cruzan por todas partes, transportando pesadas mercancías desde los almacenes a los barcos, o desde éstos a

aquéllos. Cuando al fin llega a calles más distanciadas y menos transitadas que las que acaba de dejar a sus espaldas, encuentra el visitante edificios que se sostienen de milagro, casas desmanteladas, paredes que amenazan caer sobre su cabeza, chimeneas medio derruidas, ventanas defendidas con barrotes de hierro enmohecido, más que enmohecido, comido por la herrumbre, y todas las características de la desolación y del abandono.

En esos parajes, más allá de Dockhead, en el poblado de Southwark, hállase la llamada Isla de Jacob, circundada por un foso lleno de fango, de unos seis a ocho pies de profundidad por quince o veinte de anchura, en otro tiempo llamado Mill Pond, nombre que en nuestros días ha sido reemplazado por el de Folly Ditch. El foso desemboca en el Támesis y puede llenarse de agua a todas horas abriendo las esclusas de Lead Mills, que fueron las que le dieron el nombre antiguo. Cualquier extraño que en ocasiones semejantes escogiera como observatorio uno de los puentes de madera tendidos por Mill Lane, vería que los habitantes de las casas de entrambas orillas bajaban desde las ventanas cubos, pozales y vasijas de toda clase que luego izaban llenas de agua, y si luego, separando la vista de tales operaciones domésticas, la dirigía a las casas en sí, sorprendería escenas que llevarían su sorpresa hasta un punto indecible. Desvencijadas galerías de madera comunes a la parte posterior de media docena de casas, provistas de agujeros abundantes para contemplar, sin duda, el mar de cieno que duerme debajo; ventanas rotas, sin cristales, de los cuales sobresalen largas pértigas que servirían para tender en ellas ropa blanca si la ropa blanca no fuera allí artículo desconocido; habitaciones tan estrechas, tan sucias, tan infectas, que el aire no se atreve a visitarlas por temor a contaminarse, casuchas de madera emplazadas sobre el fango, que amenaza tragarlas, y que más de una se ha tragado ya, paredes ennegrecidas en ruinas... en una palabra: sus espantados ojos encontrarían la miseria, la pobreza, con todo su horrible séquito de suciedad, de basura, de hediondez.

En la Isla de Jacob, los almacenes están vacíos y las casas se derrumban; las ventanas no son ya ventanas, las puertas yacen en el centro de las calles, las chimeneas son negras, pero no despiden ya humo. Treinta o cuarenta años atrás, antes que aquel distrito fuera teatro y víctima de interminable serie de pleitos, era centro comercial de primer orden; pero hoy es una isla desierta en toda la extensión de la palabra. Las casas no pertenecen a nadie, carecen de puertas, y las habitan los que tienen valor para penetrar en ellas, los cuales viven y mueren allí sin que nadie les moleste. A decir verdad, preciso es tener motivos muy poderosos para vivir oculto, o verse reducido a la condición más miserable, para buscar refugio en la Isla de Jacob.

En el piso alto de una de las casas aludidas, edificio aislado y de grandes proporciones, en estado ruinoso bajo todos los aspectos, pero defendido con sólidas puertas y ventanas, emplazado sobre el borde mismo del foso descrito, hállanse reunidos tres hombres, los cuales permanecen sentados, dirigiéndose mutuamente miradas de inquietud, como si esperasen algún suceso desagradable, pero sin osar moverse ni romper el silencio. Uno de ellos es nuestro antiguo conocido Tomás Crackit, el otro el señor Chitling, y el tercero, un bandido de cincuenta años cuya nariz debió quedar, en su mayor parte, como trofeo de alguna pendencia antigua, y cuya cara presenta una cicatriz horrorosa, recuerdo probablemente de la misma o de alguna otra pendencia. Llámase este último Kags y es licenciado de presidio.

—Cuando el calor excesivo te indujo a abandonar la antigua huronera en que vivías con tus amigos —dijo Tomás a Chitling— bien hubieras podido escoger cualquier otro palacio que no fuera éste, amigo mío.

—¿Por qué no te has ido tú, pedazo de bruto? —contestó Kags.

—Yo creí que me recibirías mejor —dijo Chitling con aire pensativo.

—Debes comprender, joven —replicó Tomás—, que cuando un hombre se resuelve a vivir completamente solo, como yo lo he hecho, y se encierra en una casa para que nadie fiscalice sus actos, es muy poco agradable recibir una visita de un caballero de tus méritos, por muy entretenido que resulte jugar con él alguna que otra partida de cartas.

—Y sobre todo —observó Kags—, cuando ese caballerito lleva consigo a un amigo, que ha llegado repentinamente y antes de tiempo del extranjero, y es, por añadidura, demasiado modesto para pasar su tarjeta a los jueces participándoles su regreso.

Siguió un momento de silencio. Tomás Crackit, comprendiendo que le sería imposible continuar la conversación en la forma humorística comenzada, volvióse hacia Chitling y le preguntó:

—¿Cuándo prendieron a Fajín?

—A la hora de comer... a las dos de la tarde de hoy. Carlos Bates y yo pudimos disiparnos como el humo, por la chimenea: Bolter se metió de cabeza en la tinaja, que estaba sin agua; pero sus hermosas piernas eran demasiado largas, sobresalían, y le echaron también mano.

—¿Y Belita?

—¡Pobrecilla! —exclamó Chitling con tristeza—. Fue a ver el cadáver, y su vista la enloqueció de tal suerte, que al salir, gritando y dándose de cabezadas contra las paredes, tuvieron que ponerle una camisa de fuerza y llevarla al hospital. Allí está.

—¿Y qué se ha hecho de Bates? —preguntó Kags.

—Anda por ahí rondando, sin atreverse a llegar aquí hasta que cierre la noche, pero no tardará en aparecer —contestó Chitling—. No puede refugiarse en ninguna otra parte, pues todos los individuos de *Los Lisiados* están sometidos a estrecha vigilancia, y hasta la taberna... me acerqué y lo vi con mis propios ojos... hasta la taberna está llena de esbirros.

—Ha sido un cataclismo —observó Tomás, mordiéndose los labios—. Más de uno caerá esta vez.

—Están ya instruyendo la causa —dijo Kags—; si van con actividad y Bolter declara... que declarará, no me cabe duda, quedará demostrada la complicidad del judío, mejor dicho, la inducción al crimen, dictarán sentencia el viernes, y dentro de seis días, a contar de hoy, bailará en el aire.

—¡Había que oír los gritos de las gentes! —exclamó Chitling—. Los agentes de policía tuvieron que luchar como demonios para que no lo hicieran pedazos. Hubo un momento en que consiguieron derribarlo en tierra, y fue necesario formar un círculo y conducirlo en medio hasta la cárcel. ¡Si le hubieras visto cubierto de fango y de sangre, lanzar en derredor miradas de espanto y abrazarse a los policías como si sus mejores y más cariñosos amigos fueran! ¡Me parece que los estoy viendo, resistiendo las acometidas furiosas de las turbas y arrastrando entre ellos al judío! ¡Estoy viendo a los hombres, que se precipitaban unos tras otros, rechinando los dientes y acosándole como bestias feroces! ¡Veo la sangre que empapaba su cabello y barbas y resuenan en mis oídos los alaridos de las mujeres que querían despedazarle a dentelladas, que juraban que con sus uñas le arrancarían el corazón!

El que fue testigo de aquella escena horrorosa, presa de espanto al recordarla, se tapó con las manos los oídos, y cerrando los ojos, comenzó a pasear agitado por la estancia, con el aspecto del que corre peligro de perder la razón.

Mientras Chitling paseaba agitado, sin mirar a sus compañeros, que permanecían silenciosos con la mirada clavada en el suelo, oyóse un ruido en la escalera y segundos

después penetraba saltando en la habitación el perro de Sikes. Todos corrieron a la ventana, bajaron presurosos por la escalera y salieron a la calle. El animal había entrado por una ventana, y como no hizo movimiento alguno para seguirlos, supusieron que venía solo.

—¿Qué significa esto? —preguntó Tomás, luego que volvieron los tres a la habitación—. No es posible que venga aquí... yo... yo... espero que no vendrá.

—Si hubiese de venir aquí, habría llegado con el perro —contestó Kags, inclinándose para examinar al animal, que se había echado en el suelo sin aliento—. ¡Vaya! Le daremos un poco de agua, pues ha corrido tanto, que está medio muerto.

—Ni una gota ha dejado —observó Chitling, después de contemplar al perro mientras bebía—. Cubierto de fango, cojo, medio ciego... mucho ha debido de correr.

—¿De dónde vendrá? —preguntó Tomás—. Sin duda ha ido a muchas partes, y no encontrando más que personas desconocidas, ha llegado aquí, donde ha estado muchas veces: ¿pero dónde se habrá separado de su amo y por qué llega solo?

—Yo no creo que él —nadie se atrevía a pronunciar el nombre del asesino—, se haya quitado de en medio con sus propias manos —dijo Chitling—. ¿Qué os parece?

Tomás movió la cabeza.

—Si se hubiese matado —dijo Kags—, el perro haría lo posible por llevarnos al sitio donde dejó su cadáver... No; lo que yo creo, es que habrá encontrado forma de abandonar el país y dejado el perro de una manera u otra... no sé cómo, si no le ha dado esquinazo.

Como esta suposición ofrecía más visos de probabilidad, fue aceptada por todos. El perro se agazapo debajo de una silla, donde no tardó en dormirse sin hacer caso de nadie.

Como la noche había cerrado ya, cerraron las ventanas y encendieron una vela que colocaron sobre la mesa. Los terribles sucesos acaecidos en los dos días anteriores habían producido en los tres hombres impresión profunda, a la que daban mayor fuerza todavía el peligro y la, incertidumbre de su propia situación. Acercando sus sillas y hablando en voz tan baja, que parecía susurros, estremeciéndose al menor ruido, cualquiera hubiese podido creer que el cadáver de la joven asesinada se hallaba en la estancia contigua.

En tal actitud se encontraban hacía ya rato, cuando oyeron llamar con insistencia a la puerta de la calle.

—Debe ser Bates —dijo Kags.

Llamaron de nuevo... ¡No... no era Bates! Bates nunca llamaba así.

Llegóse Crackit a la ventana, sacó la cabeza, miró... y no tuvo que molestarse en decir quién era el que llamaba, pues la palidez de su rostro lo dijo con tanta claridad como hubiera podido hacerlo su lengua, El perro despertó inmediatamente y corrió ladrando a la puerta.

—No hay más remedio que dejarle entrar —dijo Crackit, tomando la vela.

—¿No hay más remedio? preguntó Kags con voz ronca.

—No; no lo hay.

—No nos dejes a obscuras —exclamó Kags tomando otra vela y encendiéndola, pero con mano tan torpe y temblorosa, que el llamamiento se repitió otras dos veces.

Crackit bajó a abrir, no tardando en subir, seguido por otro hombre cuya cara ocultaba casi por completo una bufanda. Al quitársela, dejó ver un rostro blanco como un sudario, unas facciones lívidas, unos ojos hundidos, unas mejillas demacradas, una barba muy crecida y enmarañada... en una palabra: un hombre que apenas si era una sombra de Sikes.

Puso la mano sobre el respaldo de una silla que había en el centro de la habitación,

pero agitó su cuerpo un estremecimiento violento en el instante en que iba a sentarse, y mirando con terror en torno suyo, arrastró la silla hasta llegar con ella a la pared, y se sentó.

Nadie había desplegado los labios. Sin hablar palabra paseó Sikes sus miradas, que reflejaban recelo, por las caras de los tres hombres allí reunidos, los cuales volvieron disimuladamente sus cabezas para no verle. El asesino rompió el silencio con voz tan hueca, que los tres hombres sintieron un espasmo de terror. Jamás habían oído voz humana de acento tan pavoroso.

—¿Cómo ha venido aquí el perro? —preguntó.

—Llegó solo... hará unas tres horas.

—Los periódicos de la noche dicen que han prendido a Fajín: ¿es cierto?

—Sí.

Nuevo silencio.

—¡Cargue los demonios con todos vosotros! —gritó Sikes, pasándose la mano por la frente—. ¿No tenéis nada que decirme?

Sus tres oyentes se miraron con sobresalto, pero no despegaron los labios.

—Tú, que pareces el dueño de esta casa —repuso Sikes, encarándose con Crackit—, ¿tienes intención de venderme o quieres concederme asilo hasta que pase la tormenta?

—Puedes permanecer aquí, si el sitio te merece confianza —contestó el interpelado, no sin demostrar cierta vacilación.

Sikes volvió sus ojos hacia la pared, como con intención de volver la cabeza aunque sin moverla en realidad, y preguntó:

—¿Han ente... rrado... el cadáver?

Todos movieron negativamente las cabezas.

—¿Por qué no lo han enterrado? ¿A qué dejar sobre la tierra tan espantosos despojos? ¿Quién llama?

Crackit, significando por medio de un ademán que no había nada que temer, salió de la estancia para reaparecer segundos después acompañando a Carlos Bates. Como Sikes estaba sentado frente a la puerta, no bien entró Bates, se encontró con el asesino.

—¡Tomás! —gritó el muchacho al verle—. ¿Por qué no me dijiste abajo que estaba aquí ése?

Tan fría había sido la acogida que los tres hombres dispensaron al asesino, que éste, en su deseo de atraerse por lo menos a Bates, se levantó con además de ofrecerle la mano.

—¡Dejadme pasar a cualquier otro cuarto! —exclamó el joven, retrocediendo vivamente.

—¡Cómo! —respondió Sikes—. ¿Será posible que no me conozcas, Carlos?

—¡No se acerque usted!... —gritó Bates, retirándose—. ¡No se me acerque, monstruo!

El criminal se detuvo a medio camino. Bates le miraba horrorizado, y los ojos del primero, poco a poco fueron bajándose a tierra.

—¡Sed testigos los tres! —gritó Bates agitando el puño y animándose más por momentos—. ¡Sed testigos los tres!... ¡No le tengo miedo!... ¡Sí vienen a buscarle aquí, lo entregaré... sí... lo entregaré! Lo digo claro y de una vez... Podrá matarme, si quiere o si se atreve... o si puede... pero si yo estoy aquí cuando lleguen, lo entregaré. ¡Lo entregaré aun cuando lo hayan de asar a fuego lento! ¡Al asesino!... ¡Socorro!... ¡Si entre vosotros tres hay alguno que de hombre se precie, que me ayude!... ¡Al asesino!... ¡Auxilio!... ¡Muera el tigre!... ¡Muera!...

Lanzando estos gritos, que acompañaba con gestos violentos, el muchacho se lanzó solo, sin esperar auxilio ajeno, sobre aquel criminal robusto, pero con energía tanta, con tal rapidez, que le derribó en tierra con estrépito.

Ni pensaron siquiera en intervenir los testigos de aquella escena inesperada, cuya estupefacción rayó en lo inverosímil.

El hombre forzudo y el muchacho rodaron juntos por el suelo. El primero descargaba terribles y repetidos puñetazos sobre el segundo, quien ni parecía sentirlos ni los contestaba, atento únicamente a no soltar la presa que en el cuello del asesino había hecho y a pedir auxilio a grito herido.

Era demasiado desigual la lucha para que pudiera durar mucho. Sikes había conseguido montarse sobre su enemigo, cuyo pecho oprimía ya con una rodilla, cuando le obligó a suspender el ataque una mirada de supremo terror de Crackit acompañada de un movimiento de su brazo que extendió en dirección a la ventana. Brillaban abajo infinidad de luces, oíanse conversaciones sostenidas con voz recia y gemían las tablas del puente inmediato bajo el peso de la procesión interminable de hombres que lo atravesaban. Debía ir entre las turbas un hombre montado, pues se destacaba perfectamente el chocar de los cascos de un caballo contra la madera. El resplandor de las luces se hizo más vivo; el ruido de pisadas aumentaba y se acercaba, sonaron segundos después golpes redoblados en la puerta, y al fin rasgó los aires un coro ensordecedor de gritos capaz de hacer temblar al hombre más intrépido.

—¡Socorro! —chilló Bates con voz más estridente—. ¡Al asesino!... ¡Está aquí!... ¡Aquí!...

¡Echad abajo la puerta!

—¡Abrid en nombre del rey —gritaron abajo.

Las voces y el griterío arreciaba.

—¡Derribad la puerta!... —bramaba el muchacho—. ¡No esperéis que abran... os aseguro que no abrirán nunca!... ¡Corred a la habitación donde brilla a luz!... ¡La puerta... la puerta... derribadla!

Golpes violentos comenzaron a resonar en la puerta y en las ventanas no bien Bates dejó de gritar, golpes acompañados de gritos estruendosos, ensordecedores, que daban idea de la importancia de las gentes que rodeaban la casa.

—¡Abridme la puerta de cualquier habitación donde pueda encerrar a este alborotador de los demonios! —rugió con fiereza Sikes, arrastrando al muchacho con tanta facilidad como si fuera una paja—. ¡Esa misma... pronto!

Luego que arrojó dentro del cuarto a Bates, y cerró con doble vuelta de llave la puerta, preguntó:

—¿Está cerrada la puerta de la calle?

—Cerrada con llave, pasados los cerrojos y sujeta con cadenas —contestó Crackit.

—¿Son sólidas las tablas?

—Sí; sólidas y reforzadas con guarniciones de hierro.

—¿Y las ventanas?

—Las ventanas también.

—¡Mal rayo os parta! —rugió el bandido mirando con ojos de hiena a la muchedumbre—. ¡Gritad, gritad, que aún no me tenéis en vuestras manos!

Imposible formarse idea del aterrador bramido que lanzaron las muchedumbres. Gritaban unos a los que más inmediatos a la casa se encontraban que le prendiesen fuego; otros aconsejaban a los agentes de policía que matasen de un tiro al deslenguado asesino.

Nadie, empero, parecía tan encolerizado como el jinete, quien metiendo espuelas a su corcel llegó en menos tiempo del que en referirlo tardamos a la puerta de la casa, y gritó, con voz que se destacó sobre el griterío, como se destaca el trueno sobre el bramar de un mar embravecido:

—¡Veinte guineas al primero que me traiga una escalera!

Repitieron el grito los que más próximos al que lo lanzara se encontraban, y a éstos hicieron eco mil voces más. Pedían unos escaleras, otros mazos de hierro, muchos corrían desalados agitando antorchas en sus manos, la mayor parte gastaban sus alientos lanzando maldiciones de impotencia y execrando al asesino, aquí un grupo compacto avanzaba arrollando cuanto encontraba al paso, presa de excitación delirante, y allá otros intentaban escalar las ventanas, trepando por el muro.

—Subía la marea cuando yo vine —dijo el asesino, retirándose de la ventana y cerrándola—. Dadme una cuerda... una cuerda muy larga. Esos mastines están todos por el frente de la casa. Yo bajaré al Folly Ditch y los dejaré chasqueados. ¡Venga inmediatamente la cuerda, si no queréis que aumente mis cuentas con la justicia cometiendo tres crímenes más!

Crackit y sus compañeros, muertos de miedo, dijeron dónde había cuerdas. Escogió la más larga y resistente y desapareció.

Desde largos años antes estaban tapiadas todas las ventanas de la parte posterior de la casa, excepción hecha de una abertura abierta en la pared del cuarto en que Sikes encerrara a Carlos Bates. La abertura en cuestión era demasiado estrecha para dar paso al cuerpo del muchacho, pero éste, desde que quedó encerrado, pegó a ella su cara y no cesó de gritar a los de fuera recomendándoles que vigilasen la parte de atrás, gracias a lo cual, cuando el asesino llegó al punto por el que se proponía descender al foso, una tempestad de gritos anunció su presencia.

Sikes atrancó la puerta que le dio acceso al tejado con una tabla que llevó a prevención, después de lo cual, se deslizó hasta el alero y examinó el foso.

La marea había bajado y en el foso no había más que fango.

La multitud había permanecido silenciosa durante los momentos en que acechaba los movimientos del asesino sin comprender las intenciones de éste, pero al darse cuenta de sus propósitos, segura de que fracasarían, lanzó un alarido de execración triunfante tan inmenso, que en su comparación, los estruendosos gritos anteriores apenas si el nombre de susurros merecían. El alarido se repitió una y otra vez. Los que a consecuencia de hallarse demasiado lejos no podían comprender su significación, se sumaron al coro que, repetido en mil ecos, semejaba la voz de todos los habitantes de una ciudad inmensa que hubiera salido a maldecir al asesino.

A la luz de las hachas se veían las gentes que se estrujaban, se arremolinaban, se atropellaban en su afán por avanzar, corriendo frenéticos con caras contraídas espantosamente por la rabia que rugía en sus pechos, convertidos en imágenes vivas del odio y del furor. Inmenso gentío había invadido las casas situadas al lado opuesto del foso. Volaban hechas pedazos las maderas de las ventanas, en cuyos huecos no tardaban en parecer racimos de cabezas humanas. Los puentes de madera tendidos sobre el foso (había tres) crujían, se doblaban y amenazaban caer arrastrando en su caída a la inmensa muchedumbre apiñada sobre ellos. Todos querían ver al asesino.

—¡Hurra! —gritó uno de los hombres que ocupaban el puente más inmediato a la casa cercada—. ¡Ya le han cogido!

Redoblaron los gritos.

—¡Cincuenta libras esterlinas al que me presente vivo al asesino! —gritó un caballero anciano, desde el mismo sitio—. ¡No me moveré de aquí hasta que vengan a reclamármelas!

Resonó otra tempestad de gritos.

Cundió en aquel instante la voz de que al fin habían derribado la puerta, y que el jinete que antes había pedido la escalera había asaltado ya la habitación. La noticia, al propagarse de boca en boca, determinó un movimiento del torrente humano hacia la casa, las gentes que ocupaban las ventanas las abandonaron al ver que los de los puentes retrocedían, y, desbordándose por la calle, engrosaron las olas que, furiosas, avanzaban hacia la puerta, ávidas de ver pasar al criminal. Los gritos de los que se veían en peligro de morir asfixiados eran espantosos; las angostas calles estaban obstruidas por completo, y entre el ardimiento de los unos para avanzar, y la resistencia de los que no se resignaban a perder su puesto, se perdió de vista al asesino cuando mayor era el deseo de verle preso.

Habíase acurrucado en el tejado el asesino loco de terror al oír los gritos de ferocidad de la muchedumbre y convencerse de la imposibilidad de escapar, pero la nueva dirección que tomaron los enemigos, que advirtió con rapidez pasmosa, hizo que se levantase presuroso, resuelto a tentar el último esfuerzo para salvar su vida, lanzándose al foso sin importarle el peligro de ahogarse en el cieno, pues sólo así podría acaso escapar, deslizándose a favor de la obscuridad y de la confusión.

Sintiendo que renacían sus fuerzas y energías, que vino a estimular extraordinariamente el ruido que hacían dentro de la casa, pues le demostró que ya sus enemigos habían penetrado en ella, apoyó su pie contra la base de un cañón de chimenea, ató a la misma una de las extremidades de la cuerda e hizo en la otra un lazo corredizo, ayudándose de sus manos y de sus dientes. Ya podía descolgarse por la cuerda hasta muy poca distancia del suelo, y para cuando le faltase cuerda, cortaría ésta con un cuchillo que a ese objeto había empuñado.

En el momento en que pasaba la cabeza por el nudo corredizo, que debía sujetarle por debajo de los brazos, vióle el caballero anciano de quien hemos hablado antes, el cual permanecía aferrado a la barandilla con objeto de resistir los empujones de las gentes y conservar su posición. A voz en cuello dio el grito de alarma, descubriendo la tentativa de evasión. El asesino oyó el grito, comprendió que se le cerraba el camino único de salvación que creyó le quedaba, y volvió la cabeza desesperado. ¡El alarido de terror que en aquel punto brotó de sus labios no parecía de criatura humana!

—¡Los ojos... siempre los ojos! —aulló.

Como herido por un rayo se tambaleó, vaciló, perdió el equilibrio y cayó desde el alero del tejado con el lazo corredizo al cuello. Cayó desde una altura de treinta y cinco pies. El peso de su cuerpo cerró el lazo, se tendió la cuerda, prodújose una sacudida brusca, una convulsión terrible, pero muy breve, agitó todos los miembros del criminal, y éste quedó suspendido, agarrando con mano convulsa el cuchillo que no tuvo ocasión de utilizar.

Retembló la vetusta chimenea, pero resistió valiente la sacudida. El cuerpo sin vida de Sikes quedó balanceándose frente al ventanillo del cuarto en que Bates estaba encerrado. Loco de espanto el pobre muchacho, pidió a gritos y por el amor de Dios que le sacasen de allí.

Un perro, que nadie había visto hasta entonces, apareció en el tejado y comenzó a correr desatinado en todas direcciones. Hizo al fin alto en el alero, lanzó un aullido lastimero, pareció medir con la vista la profundidad, y quiso arrojarse sobre los hombros

del cadáver. Erró el blanco y cayó precipitado al fondo del foso con tan mala fortuna, que al paso chocó su cabeza contra el borde del mismo y en el borde en cuestión se dejó los sesos.

Capítulo LI

Donde se da la explicación de más de un misterio y se habla de una proposición matrimonial, pero sin mencionar la dote ni el presente para alfileres

Dos días después de ocurridos los sucesos narrados en el capítulo anterior, Oliver montaba en un coche de camino que debía conducirle velozmente a la población en que vio la luz primera. Acompañábanle la señora Maylie y señorita Rosa, la buena señorita Bedwin y el excelente doctor, y, ocupando una silla de posta, seguían el señor Brownlow y otra persona, cuyo nombre no mencionaremos por ahora.

Poco, muy poco se hablaba durante el viaje, pues Oliver se sentía dominado por una agitación y una incertidumbre que le impedían poner en orden sus pensamientos y le privaban casi del uso de la palabra, y esa agitación y esa incertidumbre producían efectos casi idénticos en todos sus compañeros. La señora Maylie y Rosa sabían ya por Brownlow las declaraciones de Monks, y aunque todos estaban persuadidos de que el objeto del viaje era acabar una obra con tan brillantes auspicios comenzada, no es menos cierto que el asunto se presentaba envuelto en dudas y misterios que a todos traían recelosos y suspensos.

Tanto Brownlow como el doctor tuvieron buen cuidado de impedir que llegara a oídos de las señoras la noticia de los trágicos acontecimientos ocurridos recientemente.

—Es verdad —observó el primero—, que no pasará mucho tiempo sin que lo sepan; pero nada se pierde dejándolas por ahora en la ignorancia, y en cambio, puede ganarse mucho.

El viaje, pues, nada tenía de alegre: todos los viajeros guardaban silencio, todos hacían mil reflexiones acerca del objeto que en el coche los había reunido, pero nadie estaba dispuesto a exteriorizar en forma sensible los pensamientos que le embargaban.

Pero si Oliver había permanecido silencioso mientras se dirigía a su ciudad natal por un camino que le era perfectamente desconocido, no le sucedió lo mismo al cruzar sitios que le recordaron tiempos antiguos. ¡Qué de emociones nacieron en su pecho al recordar la época en que había recorrido aquel mismo camino a pie, pobre, desvalido, huérfano, sin protección, sin hogar, sin un techo compasivo que le ofreciera asilo!

—¡Mire usted... mire usted! —exclamó Oliver, asiendo anhelante la mano de Rosa y sacando el brazo por la ventanilla del carruaje. ¡Por aquel portillo pasé!... ¡Al abrigo de aquellas cercas me escondí, temiendo que me dieran alcance mis perseguidores y me obligaran a volver!... ¡Aquel sendero que cruza los campos conduce a la casa en que me tuvieron de niño, a la sucursal del hospicio-asilo!... ¡Oh, Ricardito, Ricardito!... ¡Qué placer, amigo mío, si pudiera verte ahora!

—Muy pronto podrás disfrutar de esa alegría —contestó Rosa, tomando entre sus manos las de Oliver—. Le dirás que eres muy feliz, que te has hecho rico, y que tu mayor placer es volver a buscarle para hacerle feliz también a él.

—¡Sí... sí... —exclamó entusiasmado Oliver—. ¡Y lo... lo sacaremos de allí, y lo vestiremos y lo instruiremos, y lo enviaremos al campo para que crezca y engorde!... ¿verdad que sí?

Rosa contestó con una señal afirmativa, pues las lágrimas de felicidad que corrían por las mejillas del muchacho mientras sonreía, la, habían afectado profundamente y casi le

impedían hablar.

—Usted será para él muy buena, muy dulce, porque lo es para todo el mundo —repuso Oliver—. Ya sé que llorará usted cuando Ricardito le cuente su historia... ¡Oh, sí, llorará! ¡Pero no importa! Se secarán las lágrimas y volverá a sonreír... ¡Ya lo creo que volverá!... También mi historia la hizo llorar a usted, y, sin embargo, ahora sonríe... Cuando yo me escapé, mi amiguito me dijo: «¡Dios te bendiga!» —prosiguió el muchacho, profundamente afectado—. Cuando yo le vea ahora, le diré: «¡Dios te bendice!»

Llegados a la población, y sobre todo, cuando penetraron por sus estrechas calles, hízose no poco difícil contener al muchacho dentro de los límites racionales. Allí continuaba en el sitio mismo en que antes estuvo la funeraria de Sowerberry, aunque con menos lujo que en tiempos pasados, si no mentían los recuerdos de Oliver; allí estaban las tiendas, las casas que tan bien conocía, la mayor parte de las cuales le recordaban algún incidente de su vida; allí estaban el carro de Gamfield, el mismo carro que siempre vio, frente a la puerta de la vieja posada; allí el hospicio-asilo, triste prisión donde se deslizaron sus años más tempranos, con sus ventanas que, ceñudas, miraban a la calle; allí, en la puerta, el mismo portero tan flaco, tan chupado como siempre, a cuya vista retrocedió involuntariamente Oliver, aunque segundos después se rió de su tontería; allí, en las puertas de las casas o asomadas a las ventanas docenas de rostros que Oliver recordaba perfectamente; allí lo encontró todo igual, como si lo hubiera dejado la víspera, como si su vida reciente no hubiese sido más que, un sueño feliz.

Era, sin embargo, una realidad, realidad pura, feliz, deliciosa. El carruaje rodó en derechura a la fonda principal de la población (edificio que siempre había mirado Oliver con religioso temor, tomándolo por suntuoso palacio, y que ahora creía que había desmerecido mucho en grandiosidad y proporciones), donde encontraron al señor Grimwig que les recibió con muestras de alegría, que besó a la señorita y también a la dama cuando descendieron del carruaje, exactamente lo mismo que si él hubiera sido el abuelo de toda aquella familia, y que se deshizo en sonrisas y frases agradables, sin que ni una sola vez se le ocurriera indicar que estaba dispuesto a comerse su propia cabeza, ni aun cuando un postillón viejo le llevó la contraria acerca de cuál fuera el camino más recto para ir a Londres, y sostuvo con tesón que lo conocía mejor que nadie, no obstante no haberlo recorrido más que una vez, y ésa, profundamente dormido. La comida estaba preparada, para todos había habitaciones dispuestas y todo estaba arreglado y previsto cual por arte mágico.

A pesar de todo, al cabo de media hora, pasada la primera emoción, todos quedaron tan silenciosos y preocupados como durante el viaje. El señor Brownlow no acudió a la mesa, común, pues se hizo servir la comida aparte. Los otros dos caballeros entraban y salían azorados, sus rostros reflejaban ansiedad y con frecuencia se hablaban al oído. En una ocasión llamaron a la — Maylie, la cual, al cabo de una hora de ausencia, volvió con los ojos hinchados a fuerza de llorar. Todos estos detalles llenaron de inquietud a Rosa y a Oliver, únicos que al parecer no estaban al tanto de los nuevos secretos. Esperaban, pues, silenciosos; y si alguna palabra cambiaban, hacíanlo en tono muy bajo, cual si hasta el timbre de sus propias voces les diera miedo.

Al fin, a eso de las nueve, cuando creían que nada averiguarían por aquella noche, entraron en la habitación los señores Losberne y Grimwig, seguidos por Brownlow y otro hombre cuya presencia arrancó a Oliver un grito de sorpresa, pues le aseguraron que era hermano suyo, y, sin embargo, era el mismo con quien tropezó en la posada de la población a la cual llevó la carta para el doctor cuando Rosa estuvo enferma, y el que junto con Fajín

se presentó en la ventana de su cuarto. Monks lanzó al muchacho una mirada de odio, que ni aun allí supo disimular, y tomó asiento cerca de la puerta. El señor Brownlow, que llevaba algunos papeles en la mano, se acercó a la mesa junto a la cual estaban sentados Rosa y Oliver.

—He de cumplir un deber penoso —dijo—; pero es preciso que repita aquí la substancia de estas declaraciones, firmadas en Londres a presencia de varios testigos. De buen grado hubiera perdonado a usted esta humillación; pero antes de separarnos, es necesario que las oigamos de boca de usted, ya sabe porqué.

—Adelante —dijo el interpelado, volviendo a medias la cabeza—. Despachemos cuanto antes. Me parece que he hecho bastante; no me entretenga mucho tiempo aquí.

—Este muchacho —dijo el señor Brownlow, poniendo su mano sobre la cabeza de Oliver—, es su hermanastro; el hijo ilegítimo de su padre Edmundo Leeford, mi amigo más querido, y de la pobre Inés Fleming, fallecida a raíz de haberle dado a luz.

—Sí —respondió Monks, mirando de soslayo a Oliver, cuyo corazón apenas latía, y que temblaba como un azogado—. Ese es su hijo bastardo.

—La frase que usted acaba de emplear —repitió con duro acento Brownlow—, envuelve una censura contra los que ha mucho tiempo se encuentran fuera del alcance de las del mundo. Es un insulto que no puede ya deshonrar a nadie más que a usted... Pero dejemos esto... ¿Nació el muchacho en esta población?

—En el hospicio de esta población —contestó Monks con expresión sombría—. Ahí tiene, usted la historia —terminó, señalando con el índice a los papeles.

—Lo sé; pero quiero que nos la refiera usted de viva voz —replicó Brownlow.

—¡Escuchen, pues! —gritó Monks—. Habiendo enfermado su padre en Roma, mi madre, separada de él desde largo tiempo antes, salió de París, donde residía, llevándome en su compañía, para acudir al lado de su marido, impulsada única y exclusivamente por el deseo de asegurar su fortuna, pues si no estoy muy engañado, ni mi madre profesaba a su marido afecto alguno, ni este último se lo profesaba a la primera. No nos reconoció mi padre, pues cuando llegamos había perdido las facultades y estaba sumido en un letargo que se prolongó hasta el momento de morir, que fue al día siguiente al de nuestra llegada. Entre los documentos que encontramos en su mesa, fechados la noche misma que se sintió enfermo, había un sobre dirigido a usted (al señor Brownlow) el cual sobre, además de su nombre y señas, tenía unas líneas en las que decía que no le fuera entregado hasta después de su muerte. Uno de los documentos a que me refiero era una carta dirigida a la llamada Inés y el otro, un testamento.

—¿Qué decía la carta? —preguntó Brownlow.

—¿La carta? Era un pliego de papel escrito en todos sentidos, una especie de confesión, general, llena de frases de arrepentimiento y de plegarias dirigidas a Dios para que lo tomase bajo su protección. Parece que había engañado a la joven diciéndole que un misterio secreto... que algún día le revelaría... hacía imposible su matrimonio por entonces; la muchacha fió por lo visto demasiado en él, y perdió lo que nadie podía devolverle. Cuando murió mi padre, la tal Inés estaba en los últimos meses de su embarazo. Mi padre le revelaba todo lo que, de haber continuado viviendo, tenía intención de hacer para ocultar su deshonra; y le suplicaba, en caso que muriese, que no maldijera su memoria ni creyera que las consecuencias de su falta recaerían sobre ella ni sobre el fruto de su desdichado amor, puesto que la culpa era suya y de nadie más que suya. Le recordaba asimismo el día en que le regaló un medallón y una sortija, con su nombre de pila grabado en el interior y un hueco que siempre creyó que podría llenar en su día con su apellido. Rogábale que conservase la

sortija y llevase siempre el medallón junto al corazón, como lo llevó hasta entonces, y continuaba, repitiendo infinidad de veces las mismas palabras, como si hubiera perdido la razón. Yo creo que, en efecto, la había perdido.

—Háblenos usted del testamento —dijo Brownlow.

Lágrimas abundantes corrían por las mejillas de Oliver.

Como Monks guardara silencio, dijo Brownlow:

—En substancia, el testamento era repetición de la carta. Hablaba de las desgracias que su mujer había acarreado sobre su cabeza; de su carácter rebelde, de su temperamento inclinado al vicio y a la maldad, de las malas pasiones que prematuramente habían inficionado el alma de usted, de su hijo único, a quien desde la cuna habían enseñado a aborrecer a su padre. Legaba una renta anual de ochocientas libras esterlinas a usted y otra de la misma cantidad a su madre, y hacía de su fortuna dos partes iguales, nombrando heredara de una de ellas a Inés Fleming, y de la otra al hijo de su culpable amor, dado caso que naciera vivo y llegase a edad de poder heredar. Si era niña, heredaría la parte de fortuna mencionada si condiciones; pero si era niño, di ponía el testamento que sólo heredaría si llegaba a la mayoría edad sin manchar su nombre con ningún acto público deshonroso, con ninguna bajeza o cobardía. Hace constar que imponía la condición expuesta para dar una prueba de confianza sin límites que le merecía la madre, y exteriorizar su convencimiento, que la proximidad de muerte robustecía más y más, de que el fruto de su amor heredaría el corazón noble y sentimientos elevados de la madre. Caso que estas esperanzas resultaran falsas, la mitad la herencia recaía sobre usted, pues entonces y sólo entonces, es decir cuando el tiempo demostrase que los dos hijos eran iguales, reconocería en usted prioridad de derecho la herencia de su bolsa, bien que nunca a la de su afecto, que desde niño había usted rechazado con frialdad y aversión.

—Mi madre —replicó Monks hizo lo que cualquiera otra mujer hubiera hecho en su caso: quemó testamento. La carta no llegó jamás a manos de su destinatario, pero la conservó, juntamente con otras pruebas, por si algún día le convenía hacer pública la deshonra de Inés. El padre de ésta no tardó en sabe la verdad, aunque revestida y adornada con cuantas circunstancias agravantes pudo inspirar a mi madre el odio violento que le profesaba, y que yo apruebo y le he agradecido siempre. Abrumado bajo peso de la vergüenza y el deshonor, el padre huyó al rincón más remoto y solitario del condado de Gales, donde tomó nombre supuesto, a fin que nunca sus amigos pudieran saber dónde se había refugiado. La hija había abandonado algunas semanas antes la casa paterna. El padre la buscó por todas partes, recorrió solo y a pie pueblos y ciudades y parece que, la noche que desesperando encontrarla, regresó a su casa diciendo que aquélla se había arrancado la vida con sus manos, el pesar, los sufrimientos, la desesperación, llevaron a la fosa al pobre viejo.

Siguió un silencio que se prolongó hasta que Brownlow reanudó el hilo de la narración.

—Algunos años más tarde me hizo una visita la madre de Eduardo Leeford, del hombre que tenemos delante. Habíala abandonado su hijo, cuando apenas si contaba dieciocho años, después de robarle su dinero y alhajas. El hijo, luego que dilapidó la fortuna en burdeles y tabernas, se hizo jugador y falsario y huyó a Londres, donde por espacio de dos años vivió entre individuos de las más bajas capas sociales. Languidecía su madre mientras tanto, caminaba con pasos de gigante hacia el sepulcro, en alas de una enfermedad incurable, y aquélla quiso ver a su hijo antes de morir. Practicáronse pesquisas, por cierto muy escrupulosas, que, si bien es cierto que resultaron completamente estériles

durante algún tiempo, viéronse al fin coronadas por el éxito. La madre volvió a Francia llevando en su compañía a su hijo.

—Murió —dijo Monks—, después de una enfermedad muy larga. En su lecho de muerte, me reveló los secretos, legándome al propio tiempo un odio implacable y mortal contra todas las personas que con los mismos tenían relación, aunque a decir verdad, hubiera podido ahorrarse la molestia de legarme un aborrecimiento que desde muchos años antes había yo heredado. Nunca creyó en el suicidio de la que fue querida de su marido antes de dar a luz, antes por el contrario, daba por seguro que había nacido de ella un hijo varón, y que éste vivía. Yo le juré que, si alguna vez lo tropezaba, lo perseguiría sin tregua ni descanso, y le haría víctima de la más cruel e implacable de las animosidades, y que, para satisfacer el odio que tan profundo arraigaba en mi corazón, y para mofarme de aquel testamento insultante, no cejaría hasta llevar a la horca o a presidio al hijo de la infame adúltera. Mi madre tenía razón. De los amores criminales había nacido un niño, que al fin tropecé en mi camino. Principié muy bien; y de no haber sido por las habladurías de una miserable, habría terminado mejor.

Mientras Monks, cruzado de brazos, desahogaba su rabia impotente lanzando espantosas imprecaciones, el señor Brownlow se volvió hacia los mudos y aterrados testigos de aquella escena y les explicó cómo el judío cómplice y confidente de aquel hombre, había recibido una cantidad respetable cuando Oliver cayó en sus lazos, de la cual debía restituir una parte si el muchacho se le escapaba, y cómo, a consecuencia de una disputa sobre el mismo tema, hicieron los dos un viaje a la casa de campo en que veraneaba con la señora Maylie con el objeto de identificarle.

—¿Y el medallón y la sortija —preguntó Brownlow, volviéndose hacia Monks—, dónde están?

—Los compré al hombre y a la mujer de quienes hablé a usted, los cuales los habían robado a una enfermera, que a su vez los robó a un cadáver —contestó Monks, sin alzar la vista—. Ya sabe usted lo que hice de ellos.

Hizo Brownlow una seña a Grimwig, quien salió de la habitación inmediatamente, para regresar segundos después empujando a la señora Bumble, la cual traía a remolque a su dulce consorte.

—¿Me engañan mis ojos o es este mancebo mi querido Oliver? —exclamó Bumble, con entusiasmo perfectamente fingido—. ¡Ah, Oliver! ¡No puede formarse idea de las inquietudes que he sentido por usted.

—¡Cállate, estúpido! —murmuró la dulce — Bumble.

—¿Acaso no es natural... muy natural? —replicó el director del hospicio-asilo—. Yo, que le eduqué parroquialmente, ¿puedo menos de exteriorizar la alegría que me embarga al verle entre estas señoras y estos caballeros de aspecto tan distinguido? Siempre quise a este niño como si hubiera sido mi propio... mi... mismo abuelo —añadió Bumble, como no encontrando término de comparación bastante apropiada—. ¡Oliver... mi querido Oliver!... ¿te acuerdas de aquel caballero del chaleco blanco? ¡Ah! ¡Subió a los Cielos la semana última, encerrado en un féretro de roble con asas de plata, Oliver!

—¡Basta, señor mío, basta! —interrumpió Grimwig de mal talante—. ¡Guarde sus lamentaciones para mejor ocasión!

—Procuraré contenerme, caballero —contestó con humildad Bumble—. ¿Cómo está usted, caballero? Celebraré infinito que su salud sea tan perfecta como para mí la deseo.

El saludo iba dirigido a Brownlow, quien se había adelantado unos pasos

colocándose junto al interesante matrimonio.

—¿Conoce usted a ese hombre? —preguntó Brownlow, señalando con el índice a Monks.

—No, señor —respondió Bumble sin titubear.

—Tal vez le conozca usted —repuso Brownlow, dirigiéndose a la esposa de Bumble.

—No le he visto en mi vida —contestó la interrogada.

—¿Ni le ha vendido nunca nada?

—Nada.

—¿No ha tenido usted nunca en su poder un medallón de oro y una sortija del mismo metal?.

—No, señor —contestó la matrona—. ¿Nos ha hecho usted venir aquí para dirigirnos preguntas tontas?

Brownlow hizo otra seña a Grimwig, quien salió de nuevo con rapidez extraordinaria. Cuando volvió a entrar, no le acompañaban, como antes, un hombre robusto y una mujer de sólida constitución, sino dos viejas paralíticas, que vacilaba y se tambaleaban al andar.

—Usted cerró la puerta la noche que murió la vieja Sara —dijo la primera de las recién llegadas, e tendiendo su brazo temblón hacia la — Bumble—, pero ni pudo, ahogar el sonido ni tapó las rendijas de la puerta.

—No —añadió la otra, tendiendo miradas cansadas en derredor—. ¡No, no, no!

—Oímos muy bien que la moribunda trataba de confesarle a usted lo que había hecho, y vimos que usted arrancaba de su mano, un papel. Al día siguiente, la seguimos cuando fue usted al Monte de Piedad.

—Sí —repuso la otra—. Se trataba de un medallón y una sortija de oro. Vimos que entregaban a usted esos objetos... ¡Oh! ¡Estábamos, cerca... muy cerca!

—Y aún sabemos más —añadió la primera—. Hace mucho tiempo que nos refirió la vieja Sara todo lo que aquella — joven le dijo antes de morir, a saber: que sabiendo que su fin estaba próximo, quería morir cerca de la tumba del padre de su hijo, y que hacia ella se encaminaba cuando la sorprendió la enfermedad.

—¿Quiere usted que hagamos entrar también al dependiente del Monte de Piedad? —preguntó Grimwig, dando un paso hacia la puerta.

—No —contestó la matrona—. Puesto que ese hombre —añadió, señalando a Monks— ha tenido la cobardía de confesar, y por otra parte han sonsacado ustedes a estas brujas, nada tengo que decir. *Vendí* los objetos que son motivo de sus preguntas, y se encuentran donde no han de poder recogerlos. ¿Qué más quieren saber?

—Nada —contestó Brownlow—. Nada más deseamos saber ni nada más tenemos que hacer, sino evitar que, en lo sucesivo, usted y su digno marido ocupen un cargo de confianza. Pueden retirarse.

—Espero —dijo Bumble con acento compungido en el momento que Grimwig se retiraba acompañando a las dos viejas—, espero que este desdichado incidente no nos privará de nuestro cargo parroquial.

—Tenga usted la seguridad de que se quedará sin él —replicó Brownlow—. Vaya acostumbrándose a la idea, y dé gracias a Dios de lo que nos conformamos con tan poco.

—Fue todo obra de mi—: ella me obligó —observó el ex bedel después de asegurarse de que su cara mitad se había ido ya.

—No sirve la excusa —contestó Brownlow—. Usted se hallaba presente cuando

arrojaron al río los objetos en cuestión, y a los ojos de la Ley, es el más culpable de los dos, pues legalmente se supone que su mujer obedece en todos sus actos sus instrucciones.

—Si la Ley supone semejante desatino —replicó Bumble, estrujando el sombrero entre sus manos—, la Ley es una estúpida de tomo y lomo. Si, como dice usted mira la Ley, a buen seguro que mira con ojos de soltero, y lo peor que a la Ley puedo desearle, es que le abra los ojos la experiencia... sí; la experiencia.

Dichas las palabras anteriores, Bumble se encasquetó el sombrero, metió las manos en los bolsillos del pantalón, y salió siguiendo a su mujer.

—Señorita —dijo Brownlow, dirigiéndose a Rosa—. Déme la mano... pero no tiemble, que no son para asustarla las pocas palabras que me restan decir a usted.

—Si tienen... no comprendo que puedan tenerla... pero si tienen relación directa conmigo, le agradecería que las dejase para otra ocasión: en este momento me encuentro sin fuerzas y sin valor.

—Está usted en un error —replicó Brownlow—, Tiene más valor del que dice; se lo aseguro... ¿Conoce usted a esta señorita?

—Sí —respondió Monks, que era a quien la pregunta iba dirigida.

—No creo haber visto a usted nunca —terció con voz débil Rosa.

—Yo, en cambio, la he visto a usted muchas veces —dijo Monks.

—El padre de la infortunada Inés tuvo dos hijas —repuso el señor Brownlow—. ¿Cuál fue la suerte de la otra... de la niña?

—La niña —contestó Monks—, luego que murió su padre en país extraño, bajo nombre supuesto, sin dejar una carta, un libro, un pedazo de papel, un objeto cualquiera que pudiera ser indicación del sitio en que podían encontrarse sus parientes o amigos... la niña, repito, fue recogida por unos pobres aldeanos que cuidaron de ella como si hija suya fuera.

—Adelante —dijo Brownlow, indicando a la señora Maylie que se acercase—. Siga usted.

—No pudo usted descubrir dónde estaba la niña —repuso Monks—, pero allí donde la amistad se estrella sale a veces triunfante el odio. Mi madre dio con ella después de un año de pesquisas diligentes, llevadas a cabo con astucia sin igual.

—¿Y se la llevó consigo?

—No. Los aldeanos que la habían recogido eran muy pobres, y comenzaban, sobre todo el marido, a cansarse de su generosidad. Mi madre, que lo comprendió así, les entregó una pequeña cantidad de dinero, que duró muy poco tiempo, y les ofreció que les enviaría más, aunque con ánimo de olvidar su promesa. No pareciéndole garantía bastante de la infelicidad futura de la niña la pobreza y el descontento de los aldeanos, quiso robustecerla contándoles la historia de la deshonra de su hermana, historia que alteró en la medida que más convenía a sus miras. Les recomendó que tuvieran cuidado con aquella niña, por cuyas venas corría mala sangre, y añadió que era ilegítima y que seguramente con el tiempo había de ser una mala pécora. Creyeron el cuento los aldeanos, y la niña arrastró una existencia miserable, tan miserable, que hasta a nosotros nos llenó de satisfacción. Una señora viuda de Chester, metiéndose donde no debía, la vio por casualidad y tuvo lástima de ella. La llevó a su casa. El diablo debió volvernos las espaldas por entonces, pues a pesar de todos nuestros trabajos, que no fueron pocos, la niña continuó en casa de la viuda y fue feliz. Hace dos o tres años la perdí de vista, y no volví a tropezarla hasta hace dos o tres meses.

—¿La ve usted ahora?

—¡Claro que sí! Apoyada en su brazo de usted.

—Mas no por eso deja de ser mi sobrina —terció la señora Maylie, abriendo sus

brazos a la niña, próxima a caer desmayada—; no por eso deja de ser mi hija querida. ¡Por todos los tesoros del mundo no renunciaría ahora a ella! ¡Mi dulce compañera... mi hija idolatrada!...

—¡La única persona que me ha querido!... —exclamó Rosa, abrazando a la dama—. ¡La que yo más quiero y reverencio en el mundo!... ¡Oh! ¡Mi corazón va a estallar!... ¡No puedo resistir tanta emoción!

—Y tú eres y has sido siempre para mí la mejor, la más dulce de las hijas, la que me has dado a probar las delicias de una felicidad que con ninguna otra de la tierra puede compararse —dijo la bondadosa dama, abrazándola una y otra vez—. Pero... ¡vaya, querida mía! ¡No olvides que hay quien espera anhelante tus brazos!... ¡Pobrecillo!... ¡Mírala... mírala... ahí tienes a tu tía!

—¡No! ¡Mi tía no! —gritó Oliver, echándole los brazos al cuello y besándola con transporte—. ¡Nunca la llamaré tía!... ¡La llamaré hermana, hermana cariñosa, hermana adorable, a quien mi corazón me enseñó a amar con ternura desde el momento que la vi! ¡Rosa... mi querida Rosa... cuanto te quiero... oh!

Respetemos las lágrimas que rodearon por las mejillas de los dos huérfanos, y las palabras entrecortadas que se cruzaron durante el prolongado abrazo que siguió; son lágrimas y palabras sagradas. En un momento, y en el mismo instante, encontraban y perdían a un padre, una hermana y una madre. La misma copa les ofrecía dulces alegrías y tristezas amargas. No eran, empero, de pesadumbre sus lágrimas, pues la misma pena que anegaba sus almas aparecía tan dulcificada por recuerdos los más gratos y tiernos, que quedaba limpia de toda sensación dolorosa y convertida en dicha solemne.

Mucho tiempo permanecieron solos. Unos golpecitos dados a la puerta anunciaron que alguien esperaba fuera.

Abrióla Oliver, y se fue presuroso, cediendo el puesto a Enrique Maylie.

—Todo lo sé —comenzó diciendo éste, sentándose junto a la encantadora joven—. Mi querida Rosa... nada ignoro... No me trae aquí el azar —añadió, al cabo de una pausa prolongada—; ni ha sido tampoco hoy cuando me han revelado lo que pasa. Lo supe ayer... no antes. ¿No adivinas que vengo a recordarte una promesa?

—¡Alto! —exclamó Rosa—. ¿Dices que lo sabes todo?

—Absolutamente todo. Recuerda que me diste permiso para volver sobre el asunto que en nuestra última entrevista tratamos, siempre que lo hiciera dentro del plazo de un año.

—En efecto.

—No para insistir en que modificaras tu resolución —añadió el joven—, sino para que la expusieras por segunda vez, si tal era tu deseo. Yo me comprometí a poner mi posición social y mi fortuna a tus pies, pero sin hacer nada para conmoverte en el caso en que persistas en tu primera resolución.

—Los mismos motivos que entonces guiaron mi conducta habrán de guiarla ahora —contestó con entereza Rosa. ¿Cuándo, en la medida de esta noche, me han ligado obligaciones sagradas para con aquella cuya bondad me libró de una vida de miseria y de sufrimientos? ¡Es una lucha... lucha terrible —añadió Rosa—; pero lucha que me llena de orgullo! ¡Es un golpe cruel, pero mi corazón sabrá sufrirlo con denuedo!

—Las revelaciones de esta noche —comenzó diciendo Enrique.

—Las revelaciones de esta noche —interrumpió Rosa—, me dejan, por lo que a mí respecta, en la misma situación de antes.

—¡Te empeñas en tratarme con crueldad, Rosa! —exclamó Enrique.

—¡Oh... Enrique... Enrique! —contestó la joven, rompiendo a llorar—. ¡Ojalá me fuera dado evitarme ese dolor!

—¿Por qué, pues, han de imponértelo? —replicó Enrique tomándole una mano—. ¡No olvides, Rosa querida, no olvides lo que has oído esta noche!

—¿Y qué es lo que he oído? —exclamó Rosa—. ¿Qué es lo que he sabido? Que la deshonra, al envolver a mi familia, tan profundamente afectó a mi pobre padre, que le obligó a esconderse donde... ¡Oh! ¡No hablemos de ello Enrique, que harto se ha hablado ya!

—¡No, no! ¡Aún no! —gritó Enrique, deteniendo a la joven que se levantaba para marcharse—. Esperanzas, deseos, sueños, ilusiones, sentimientos, todo... todo, excepto el amor que te profeso, ha sufrido en mí un cambio radical. Hoy no te ofrezco ya un puesto elevado entre una sociedad consagrada a las agitaciones y grandezas del mundo, de ese mundo envidioso y miserable, donde hay que sonrojarse de todo menos de lo que realmente es vergonzoso y vil: te ofrezco nada más que una cosa... un corazón y un hogar... Rosa, querida, única cosa que te puedo ofrecer.

—¿Pero qué significan tus palabras? —preguntó la joven.

—Significa que cuando me despedí de ti, lo hice con la resolución firme de destruir todos los obstáculos que pudieran alzarse entre nosotros dos, decidido a pedir un puesto en tu rango social si me era imposible llevarte a ti al mío, y a volver mis espaldas con desprecio a todo aquel que te mirase con desdén. Eso es lo que he hecho ya. Los que por ese motivo se han alejado de mí, se han alejado también de ti, demostrándome que tenías tú razón. Protectores poderosos, amigos influyentes, individuos de mi familia que entonces me prodigaban sonrisas, me miran con indiferencia... ¡No importa! Quedan en Inglaterra risueñas campiñas y árboles seculares en una de las regiones más ricas, con una aldea, y una iglesia... ¡que son míos; míos, querida! Allí me espera una casita rústica, Rosa, donde viviré contigo más orgulloso y contento que rodeado de todos los esplendores del mundo. He aquí mi rango, he aquí mi posición actual. ¡Ambos los pongo a tus pies!

—Nada tan desagradable como tener que esperar a enamorados a la hora de cenar —dijo Grimwig, que acababa de descabezar un sueño.

A decir verdad, la cena estaba esperando hacía bastante tiempo. Ni la señora Maylie, ni su hijo, ni Rosa, pues los tres se presentaron juntos en el comedor, pudieron encontrar nada que justificase su tardanza.

—Esta noche sí que me han asaltado tentaciones muy serias de comerme mi propia cabeza, pues he llegado a temer que no tendría otra cosa para satisfacer mi hambre —repuso Grimwig—. Si se me permite la libertad, ofreceré mis respetos a la futura de Enrique.

Sin esperar permiso, Grimwig abrazó a la pobre niña, cuyas mejillas se pusieron encendidas como la grana; y como el ejemplo es contagioso, seguidamente imitaron la conducta de Grimwig y el doctor Losberne. No faltaban maliciosos que aseguran que quien había roto el fuego fue Enrique Maylie, antes de salir de la habitación obscura inmediata; pero otras personas dignas de crédito dicen que el joven no se atrevió a tanto.

—¡Oliver... hijo mío! —exclamó la señora Maylie—. ¿De dónde vienes? ¿Por qué esa tristeza? ¡Veo lágrimas en tus ojos!... ¿Qué te pasa?

¡Cuán fecundo en decepciones es el mundo! ¡Nuestras esperanzas más queridas, precisamente las que más honran a nuestra naturaleza, son con frecuencia las primeras en disiparse!

¡El pobre Ricardito había fallecido!

Capítulo LII
Última noche del judío

Inmenso gentío llenaba la espaciosa sala de justicia, en la que no quedaba ni una pulgada de terreno que no estuviera ocupada por un rostro humano. Desde la barra hasta el rincón último de las galerías más apartadas, las miradas de todos se encontraban en un solo punto, buscaban a un mismo hombre, se clavaban en un mismo ser humano: en el judío. De frente y a sus espaldas, por su derecha y por su izquierda, el infame viejo parecía ocupar el centro de un firmamento cuajado de ojos brillantes, de ojos que centelleaban como estrellas, cuyas veces hacían.

Bañado en raudales de viva luz aparecía el miserable, puesta una mano sobre la balaustrada y la otra junto a la oreja, estirando el cuello y ansiosa la mirada, a fin de no perder una sola de las palabras que con abrumadora claridad pronunciaba el presidente del tribunal al hacer el resumen de la causa. Las contadas veces que de los labios del orador brotaban palabras que suavizasen algún tanto la luz siniestra bajo la cual se le presentaba, el reo fijaba miradas medrosas en los individuos del jurado, con el fin de apreciar el efecto que en su ánimo pudieran hacer, mientras que, cuando con claridad y precisión aplastantes, se puntualizaban cargos y circunstancias agravantes, volvía hacia su defensor sus ojos con expresión de suprema angustia, como conjurándole a intentar un esfuerzo desesperado para salvar su mísera existencia. El reo había permanecido inmóvil desde que dieron comienzo la vista, y cuando el presidente de la Sala puso fin a su discurso, todavía perseveró aquél en la misma actitud de atención intensa, cual si en sus oídos siguieran resonando las palabras de su acusador.

Murmullos apenas perceptibles del público parecieron volverle al sentimiento de la realidad. El criminal alzó los ojos, y vio que el jurado se retiraba a deliberar. Sus miradas se desparramaron entonces por la galería, y vio que las gentes se levantaban para verle la cara, que muchos recurrían a sus anteojos y que otros cuchicheaban con sus vecinos, clavando en él miradas de aborrecimiento. Eran muy pocos los que sin acordarse al parecer de él, esperaban con impaciencia la reaparición del jurado, admirándose de que tardase tanto en ponerse de acuerdo sobre el veredicto. En ninguna cara, ni aun entre las de las mujeres, que había muchas, pudo encontrar la más ligera muestra de simpatía hacia su persona, ni otra expresión que la del deseo de que fuera condenado.

Cuando con mirada extraviada se hacía cargo de todo, restablecióse el silencio, y volviendo la cabeza, tropezaron sus ojos con el calabocero, quien le tocó en un hombro sin decir palabra. El reo le siguió como un autómata hasta el banquillo.

Desde allí, volvió de nuevo sus miradas a la galería. Algunas personas estaban comiendo, otras se hacían aire con los pañuelos, pues la aglomeración de gente había caldeado la atmósfera. Un joven dibujaba al lápiz su cara.

La imaginación del reo volaba suelta, mariposeando de un pensamiento a otro con rapidez pasmosa. Si aquél veía a sus jueces, preguntábase por qué vestirían aquellas togas, cómo se las pondrían y cuál sería su precio. Reparó en un caballero gordo que había salido sobre media hora antes y acababa de volver, y esa circunstancia le sugirió la idea de que habría ido a comer y fue motivo suficiente para que hiciera mil cábalas acerca, de la comida que le habrían servido, y dónde se la habrían servido.

Y no quiere esto decir que ni por un instante se viera libre su imaginación del espectáculo pavoroso y opresor de la fosa abierta a sus pies, no: era una imagen que le acosaba insistente, pero en forma vaga, sin concentrar, sin absorber toda su potencia

imaginativa. Así, por ejemplo, mientras temblaba y se estremecía ante la idea de su muerte próxima, contaba los clavos que adornaban una puerta monumental que tenía enfrente, y se preguntaba quién y cuándo habría roto la cabeza de uno de ellos, y deseaba saber si la arreglarían o la dejarían como estaba.

Alzábase ante sus espantados ojos la silueta siniestra del cadalso, y cuando se estremecía al pensar en los horrores de la horca, puso fin a sus reflexiones para seguir los movimientos de un hombre que comenzó a regar el suelo para refrescarlo un poco.

Sonó al fin un grito imponiendo silencio. El reo volvió la cabeza, y vio que salían los individuos del jurado junto a él pasaron, más nada pudo leer en sus rostros,, impasibles como el mármol.

Reinó un silencio profundo, aterrador, un silencio de muerte. Nadie se movía, nadie respiraba... hubiérase dicho que no había nadie en la sala.

Luego se oyó una voz que dijo:

—¡Culpable!

Gritos frenéticos estallaron en el auditorio, gritos que repitieron mil gargantas, gritos a los que hicieron eco la infinidad de personas que, no hallando asiento ni hueco en la sala, esperaban en la puerta y en la calle. Aquellos gritos, semejantes al horrísono bramar del trueno, eran de alegría. Aquellas buenas gentes se regocijaban y saboreaban por anticipado el placer de ver ahorcar a un hombre el lunes próximo. Calmóse el tumulto, y preguntaron al reo si quería oponerse a la sentencia de muerte que pesaba sobre él. Fajín había vuelto a su actitud de antes y miraba con fijeza al que acababa de interrogarle; pero éste hubo de repetir dos veces más la pregunta antes que el judío diera pruebas de haberla oído, y cuando se dio por entendido, de su garganta no salieron más que palabras entrecortadas, siempre las mismas: que era un viejo... un viejo... un viejo y nada más.

Leyeron la sentencia de muerte en medio de un silencio terrible; y el sentenciado la escuchó con la impasibilidad de una estatua de mármol, sin que se contrajera uno solo de los músculos de su cara. Todavía continuaba escuchando con el cuello estirado, la cara de espectro, abiertos y sin expresión sus ojos y torcida la boca, cuando el carcelero le puso una mano sobre el hombro y le indicó que le siguiera. El reo le miró con expresión de imbecilidad perfecta, y siguió sin replicar.

Obligáronle a cruzar una sala baja donde esperaban varios presos turno para comparecer ante sus jueces. Muchos hablaban con sus parientes o amigos a través de una reja que separaba la sala del patio donde aquéllos se encontraban. Nadie dirigió la palabra al *condenado*. En cambio, a su paso, los presos se separaron para que pudieran verlo bien los que se apiñaban en la reja, le silbaron y dirigieron mil denuestos. El judío enarboló el puño y a buen seguro que lo hubiera dejado caer sobre alguno; pero los que le conducían se interpusieron, y le obligaron a penetrar por un corredor tétrico que apenas si medio iluminaban algunos faroles.

Una vez en el calabozo, registráronle a fin de privarle de los medios de anticiparse al fallo de la Ley, y llenado este requisito, le condujeron a una de las celdas reservadas para los condenados a muerte, donde le dejaron solo.

Sentóse sobre un banco de piedra que había frente a la puerta, y que debía servirle de silla y de cama, y bajando al suelo sus ojos, intentó poner algún orden en sus pensamientos. A poco comenzó a recordar fragmentos sin ilación de lo que el juez había dicho, aunque cuando fueron pronunciados no se dio cuenta de haber oído una palabra. Poco a poco fue ordenando las frases y uniendo los conceptos, y al cabo de algunos esfuerzos mentales la verdad de su situación se desplegó con toda claridad ante sus ojos.

¡Morir ahorcado... morir ahorcado!

Cuando las tinieblas se enseñorearon del calabozo, por la imaginación del desdichado reo comenzaron a desfilar todos los hombres que había conocido y que habían muerto sobre el patíbulo, algunos de ellos por causa suya. Levantábase en sucesión tan rápida, que a duras penas podía contarlos. A muchos los había visto morir, y de no pocos se habían reído porque subieron al patíbulo con la oración en los labios.

Muchos de los condenados que veía debieron pasar sus horas postreras en la misma celda en que él se encontraba. Las tinieblas eran tan densas que se podían palpar.

¿Por qué no encenderían luz? ¡Cuántos siglos haría que habían construido aquel calabozo!... ¡Y cuántos criminales habrían pasado desde allí al otro mundo! ¡Parecía lúgubre cripta atestada de cadáveres!... ¡La hopa, el nudo corredizo... brazos agarrotados... rostros lívidos que él conocía perfectamente... cabezas envueltas en el fatídico velo!... ¡Luz!... ¡Luz!

Cuando sus manos, a fuerza de golpear las paredes y las puertas del calabozo, estaban magulladas, aparecieron dos hombres, uno de ellos llevando una vela que introdujo en un candelero de hierro empotrado en el muro, y el otro arrastrando un jergón donde debía pasar la noche en compañía del condenado, que no estaría solo ni un momento más.

Llegó la noche... tétrica, siniestra, silenciosa. Hay quien cuando pasa la noche en vela se alegra de oír sonar las horas de la iglesia, porque las campanadas le anuncian la continuación de la vida y la proximidad del nuevo día: para el judío, las horas eran mensajeras de desesperación. Cada sonido era para él la señal de agonía, cada campanada llevaba a su calabozo, envuelta en sus vibraciones graves, profundas, monótonas, una sola palabra: ¡Muerte! ¿De qué le serviría el ruido, el movimiento, la alegre algazara del despertar de la mañana? No sería otra cosa que repetición del mismo fúnebre rumor que le recordaría su próximo e inminente fin.

Pasó el día. ¿Día dije? No hubo día... fue un rayo de sol que murió apenas nacido, una ráfaga de luz que se extinguió casi sin que los ojos del condenado pudieran apreciarla. Vino la noche... noche interminable, y al propio tiempo brevísima. El reo se la pasó, ora blasfemando, ora mesándose los cabellos, ora haciendo entrambas cosas. Varones respetables de su misma religión entraron en el calabozo para rezar con él, y el condenado los rechazó, barbotando imprecaciones. Insistieron en sus laudables deseos, y el reo los golpeó brutalmente.

Llegó la noche del sábado; era la única que le quedaba de vida, y no bien formuló el criminal este pensamiento, alboreaba ya el domingo.

Hasta la noche de este día postrero y terrible no se dio cuenta de su situación desesperada, del desenlace espantoso que por momentos iba acercándose. Y no quiere esto decir que el desgraciado hubiese abrigado esperanzas positivas de perdón, no; sino que sólo muy confusamente había entrevisto la posibilidad de morir tan pronto. No había dirigido la palabra a los dos guardianes encargados de vigilarle, los cuales tampoco hicieron nada por llamar su atención. Hasta la noche postrera había permanecido inmóvil, sentado en su banco, soñando, pero despierto; más próximo a su fin, levantábase a cada instante, y con facciones espantosamente contraídas, la frente ardiendo y la espuma en los labios, corría de aquí para allí como fiera enjaulada, presa de un terror y de una rabia llevadas hasta el paroxismo, y con ademanes tan fieros, que hasta sus guardianes, acostumbrados a semejantes escenas, se apartaron de él horrorizados.

Recostóse en su banco de piedra y pensó en su pasado. Habíanle alcanzado algunas de las piedras lanzadas por la muchedumbre el día de su prisión, y su cabeza estaba cubierta

de vendajes. Mechones de cabellos rojos caían en desorden sobre su cara, blanca como la de un fantasma; su espesa barba causaba horror, y de sus ojos brotaban destellos de fuego, no tan ardientes como el que corría por sus venas y que encendía la fiebre... ¡Las ocho... las nueve... las diez!... Si no era un sueño, si no se trataba de una burla preparada para aterrorizarle, si aquellas eran horas reales y positivas que se perseguían unas a otras con rapidez vertiginosa... ¿dónde estaría él cuando las agujas de los relojes hubieran dado una vuelta al cuadrante y las horas volvieran a sonar? ¡Las once!... ¡Cómo! ¿No han cesado aún las vibraciones de las once campanadas, y suenan ya las doce? ¡A las ocho de la mañana sería él el único que formaría el duelo en su propio funeral!

Jamás los espantosos muros de Newgate, testigos de tantos sufrimientos, de tantas agonías, velo tenebroso que les ha ocultado, no ya sólo a la vista, sino también al pensamiento de los hombres, presenciaron espectáculo semejante. Si las contadas personas que aquella noche pesaron frente a la sombría prisión, preguntándose qué habría en aquellos momentos el desgraciado a quien ejecutarían al día siguiente, le hubieran visto tal como estaba, a buen seguro que no habrían podido pegar los ojos.

Desde las primeras horas de la noche hasta próximamente las doce, penetraban de tanto en tanto in la cárcel grupos formados por dos o tres personas, para preguntar, con la ansiedad pintada en sus semblantes, si habían llegado nuevas de que el reo fuera indultado. Recibida la alegre contestación negativa, apresurábanse a transmitirla a los grupos que impacientes la esperaban en la calle, examinando la puerta por la cual saldría el condenado y mostrándose unos a otros el sitio en que se alzaría el patíbulo, después de lo cual se alejaban, bien que con el firme propósito de asistir al espectáculo. A medianoche la calle quedaba completamente desierta.

Acababan de despejar los alrededores de la cárcel y de colocar una valla pintada de negro que sirviera de dique de contención a las muchedumbres que a no dudar acudirían a presenciar la ejecución, cuando se presentaron el señor Brownlow y Oliver, provistos de una orden de ser admitidos en el calabozo del reo, firmado por el juez. No bien la presentaron al alcaide, se les permitió pasar.

—¿Ha de entrar también este joven? —preguntó el encargado de guiarles—. Lo pregunto porque no es espectáculo para niños.

—Ciertamente que no lo es, amigo mío —contestó Brownlow; pero el asunto que aquí me trae tiene relación muy íntima con este mancebo. Además, mi joven compañero ha visto al reo en pleno éxito de maldades y villanías, y aun cuando el espectáculo forzosamente ha de ocasionarle terrible impresión, bueno será que le vea cuando la muerte afrentosa se cierne sobre su cabeza.

No había oído Oliver estas palabras, cambiadas aparte y en voz baja. El empleado de la cárcel llevó la mano al sombrero y, dirigiendo a Oliver una mirada de curiosidad, abrió otra puerta que daba frente a la que los visitantes acababan de franquear, y los condujo por corredores obscuros y tortuosos a las celdas de los condenados.

—Por aquí ha de pasar —dijo el guía, deteniéndose en un sitio tenebroso donde dos operarios hacían algunos preparativos—. Aquélla es la puerta por donde saldrá.

Hízoles pasar por una cocina, atestada de vasijas y calderas de cobre, y les señaló con el dedo la puerta, provista de una reja, por la cual penetraban el rumor de voces humanas juntamente con el golpear insistente de martillos y el ruido de tablas. Estaban levantado el patíbulo.

Hubieron de atravesar muchas otras puertas de hierro, que a su paso eran abiertas desde el interior de las mismas, y salieron al fin a un patio, que cruzaron, entrando a

continuación en otro corredor. El guía llamó a una puerta de hierro con su manojo de llaves. Los dos guardianes del reo salieron al corredor, y no bien supieron cuál era el deseo de los visitantes, se apresuraron a cederles el puesto junto al condenado.

Este estaba sentado en su banco, balanceándose acompasadamente y con aspecto y expresión más bien de animal feroz que de hombre. Sin duda evocaba recuerdos de su vida pasada, pues sus labios murmuraban sin cesar y no pareció darse cuenta de la presencia de los recién venidos, como no fuera para tomarlos por los personajes imaginarios que desempeñaban algún papel en sus visiones y ensueños.

—¡Soberbio... Carlos! —murmuraba—. ¡Buen golpe... magnífico! ¡También Oliver!... ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Oliver también!... ¡Está hecho casi un caballero!... ¡Mira! ¡Lleva a la cama a ese muchacho!

El carcelero tomó a Oliver por la mano y le dijo al oído que no tuviera miedo.

—He dicho —que le llevéis a la cama... ¿Pero no me oye nadie? —gritó el judío—. Ha sido... sí, él... ha sido la causa de todo esto... Me valdrá mucho dinero hacerle ladrón... ¡Mira, Guillermo! ¡Córtale el pescuezo a Bolter! ¡La muchacha no te importe... degüéllala!... ¡La cabeza... la cabeza... rebánasela... sin miramiento!

—¡Fajín! —llamó el carcelero.

—Yo soy —contestó el condenado volviendo en sí—. ¡Un pobre viejo, caballero... un pobre viejo... un pobre viejo!...

—Me acompañan dos personas que creo desean hacer a usted algunas preguntas —repuso el calabocero—. ¡Fajín... Fajín!... ¿Es usted hombre?

—¡No lo seré muchas horas! —replicó el judío, alzando la cabeza con expresión de rabia insana—. ¡Malditos sean todos!... ¿Quién les ha dado derecho para arrancarme la vida?

Acertó a ver a Brownlow y a Oliver mientras decía las palabras que quedan copiadas, e inmediatamente les preguntó qué hacían allí.

—¡Quieto, Fajín! —exclamó el carcelero, obligando al reo a permanecer sentado—. Diga usted lo que desee decir, caballero, pero cuanto antes, pues el furor de ese hombre aumenta por momentos.

—Usted guarda unos documentos que, para mayor seguridad, fueron puestos en sus manos por un hombre llamado Monks —dijo Brownlow adelantando unos pasos.

—¡Mentira! —gritó el judío—. ¡No tengo nada!... ¡No guardo ningún documento!

—¡En nombre de Dios, ante cuyo severo tribunal va usted a comparecer, dígame la verdad! —replicó con acento solemne Brownlow—. ¡No mienta en el momento que se encuentra al borde de la tumba! ¿Ignora usted que Sikes ha muerto, que Monks ha confesado, que usted va a morir, y que debe renunciar ya a la esperanza de obtener de los papeles ganancia alguna? ¿Dónde están los documentos en cuestión?

—Oliver —dijo el judío, haciendo al muchacho una seña para que se acercase—; Ven aquí... Necesito decirte algo.

—No tengo miedo —dijo Oliver en voz baja, desasiéndose de la mano del señor Brownlow.

—Los documentos —repuso el judío al oído de Oliver— están en un saco de lona escondido en un agujero que hay cerca de la chimenea de la habitación del piso más alto de la casa. Tengo que hablarte, amigo mío; quiero decirte una cosa.

—¡Sí... sí! —contestó Oliver—. ¡Déjeme que rece una oración... una sola... arrodíllese a mi lado... rece conmigo, y luego hablaremos hasta mañana!

—¡Fuera... fuera de aquí! —gritó de pronto el condenado, empujando a Oliver en

dirección a la puerta y mirándole con ojos de loco—. ¡Di que me he retirado a dormir... a ti te creerán!... ¡Sácame de aquí, pero pronto... pronto!

—¡Oh! ¡Que Dios perdone a este desventurado! —exclamó Oliver, derramando torrentes de lágrimas.

—¡Así... eso es!... —murmuró el judío—. ¡Muy bien... saldremos por esa puerta!... ¡Si cuando pasemos junto al patíbulo ves que tiemblo, no hagas caso!... ¡Adelante... siempre adelante!

—¿Desean preguntarle algo más? —preguntó el calabocero.

—No —contestó Brownlow—, ¡Si hubiera esperanzas de hacerle comprender la posición en que se encuentra!...

—Es inútil, caballero —respondió el calabocero moviendo la cabeza—. Sería trabajo perdido. Creo que lo mejor es dejarle.

Volvieron a entrar los guardianes del condenado.

—¡Deprisa... deprisa! —repuso el viejo—. ¡Sin ruido, pero deprisa!... ¡Así... así!

Los guardianes obligaron al judío a retroceder hasta el banco. Con tan furiosa desesperación se resistió el reo, tales gritos dio, que atravesaron los macizos paredones y llegaron hasta el patio.

Brownlow y Oliver salieron de la cárcel. Faltó poco para que la espantosa escena que acababan de presenciar rindiera desmayado al muchacho, quien en más de una hora apenas si, ayudado por su acompañante, pudo dar muy contados pasos.

Cuando salían de la cárcel alboreaba el día. Inmensas muchedumbres llenaban las calles; las ventanas estaban atestadas de curiosos, que entretenían el tiempo fumando y riendo. Era un cuadro lleno de vida y de animación, un cuadro alegre y de brillante colorido... si en el centro no se hubieran alzado algunos objetos siniestros... Un tablado negro... un madero, una cuerda... con todos los demás accesorios terribles de las ejecuciones.

Capítulo LIII
Y último

Toca a su desenlace la suerte de cuantas personas han figurado en esta historia. Lo poco que resta por decir, lo referirá el historiador con breves y sencillas palabras.

A los tres meses de haber ocurrido los sucesos que referidos quedan, contraían matrimonio Rosa Fleeming y Enrique Maylie en la iglesia de la aldea que debía ser escena de su feliz vida futura y tomaban posesión de su nuevo hogar.

La señora Maylie fue a vivir con los recién casados, para saborear, durante el resto de sus tranquilos días, la dicha mayor que la edad y la virtud pueden apetecer en este mundo: la contemplación de aquellos a quienes se ha consagrado el afecto más tierno a quienes se han prodigado los cuidados más solícitos.

Dio por resultado una investigación concienzuda que, si se dividían por igual entre Monks y Oliver los restos de la fortuna de que el primero se había apropiado, fortuna que nunca prosperó en sus manos ni en las de su madre, corresponderían a cada uno poco más de trescientas libras esterlinas. Ateniéndose a las disposiciones testamentarias de su padre, hubiera podido Oliver quedarse con todo; pero el señor Brownlow, a fin de no privar al hijo mayor del único medio que le quedaba de corregirse de sus antiguos vicios y de vivir honradamente, propuso la partición de la fortuna, y su proposición fue aceptada con alegría por Oliver.

Monks, sin renunciar a su nombre supuesto, se retiró con su dinero a una región remota del Nuevo Mundo, donde, después de dilapidarlo en muy poco tiempo, volvió a entregarse a sus malas costumbres. Una estafa le valió varios meses de cárcel, y apenas salido de ésta, otro delito mayor volvió a encerrarle, muriendo al fin en presidio. También murieron miserablemente y lejos de su patria, casi todos los individuos restantes de la cuadrilla de Fajín.

Brownlow adoptó por hijo a Oliver y fue a vivir con él y su anciana ama de gobierno muy cerca de la morada de la pareja de los recién casados, formando así una familia reducida tan feliz como mortal pueda serlo en este mundo.

Poco después del matrimonio de Rosa, el buen doctor volvió a Chertsey, donde, privado de la compañía de sus buenos amigos, no habría tardado en experimentar honda pesadumbre si esta señora hubiese sido compatible con su temperamento, y se hubiera vuelto gruñón y displicente de haber sabido cómo hacerlo. Por espacio de dos o tres meses se contentó con insinuar que temía que los aires de Chertsey fueran perjudiciales a su salud, y más tarde, convencido de que el pueblo no era ya para él lo que había sido, cedió su clientela a su ayudante, alquiló una casita de campo sita en las afueras de la aldea en que vivían sus antiguos amigos, y recobró la salud y el buen humor como por encanto. Con la impetuosidad que constituía el fondo de su carácter, se dedicó a la agricultura, a la pesca, a la caza, a la carpintería y a mil otros oficios similares, y en todos ellos se hizo famoso y autoridad única en la materia por todo el contorno.

Antes de levantar su casa de Chertsey había cobrado profundo cariño a Grimwig, al que el excéntrico anciano correspondió con todo su corazón. Huelga decir que, mediando tan viva amistad, Grimwig menudeaba sus visitas a la casita de campo del doctor, y mientras aquéllas duraban, Grimwig plantaba, pescaba y se dedicaba a la carpintería con tanto ardor como el buen doctor. Lo que no ha perdido es la afición a llevar a todos la contraria.

No pasa domingo que no critique el sermón que a sus feligreses dirige el cura de la aldea, pero en las barbas del interesado, lo que no obsta para que luego, cuando se encuentra a solas con el doctor, confiese que le parece orador excelente. Brownlow se divierte con mucha frecuencia recordando a su amigo la profecía que hizo sobre Oliver la noche en que ambos estuvieron esperando, llenos de ansiedad, el regreso del muchacho, a lo que contesta Grimwig que acertó en lo principal, toda vez que el muchacho no volvió.

Noé Claypole, absuelto libremente como recompensa por haber denunciado a Fajín, y teniendo en cuenta que su nuevo oficio tenía más quiebras de las que eran de desear, vivió como Dios le dio a entender durante algún tiempo, bien que cuidando de que el trabajo no le matase. A fuerza de pensar en su porvenir, acabó por encontrar un puesto en la policía secreta, puesto que le permitió vivir en lo sucesivo honradamente. Su trabajo se reduce salir a la calle un día a la semana la hora de la celebración de las funciones religiosas, siguiendo a Carlota, que viste respetablemente. La señora cae desmayada frente a la puerta de la casa de alguna persona caritativa, el caballero corre a buscar tres peniques de brandy, gracias a los cuales recobra aquélla el conocimiento; al día siguiente da parte, y cobra la mitad de la multa impuesta a los que facilitan bebidas alcohólicas. A veces es el mismo señor Claypole quien cae desmayado; pero el resultado definitivo es el mismo.

Destituido, privado de su cargo el matrimonio Bumble, quedó gradualmente reducido a la mayor indigencia y miseria, concluyendo por ingresar como pobres asilados en el establecimiento de caridad donde en otro tiempo habían reinado como señores absolutos. No faltan personas que han oído decir al señor Bumble que no puede menos de

bendecir una degradación que le libró de la compañía de su dulce mitad.

Giles y Britles continúan firmes en sus puestos, aunque el primero está completamente calvo y el segundo tiene el cabello blanco. Duermen en la casa del matrimonio Maylie, pero como reparten sus atenciones y servicios entre todos los habitantes de la aldea, y tan pronto se les ve sirviendo a Oliver, como al señor Brownlow o. al doctor, éste es el día en que no ha sido posible poner en claro de quién son en realidad criados.

Carlos Bates, lleno de saludable horror a raíz de haber cometido Sikes su repugnante crimen, comenzó a pensar si no sería mejor entregarse a una vida decente y honrada. Pensó que sí, y decidió romper con su pasado y rendir culto a la laboriosidad. Luchó con tesón, tropezó con obstáculos numerosos y muy grandes, hubo de sufrir mucho y por mucho tiempo, pero triunfó al fin, y hoy es uno de los ganaderos más próspero y alegres del Condado de Northampton.

La mano del que traza estas líneas vacila al llegar al final de su tarea, porque de buena gana continuaría el hilo de las aventuras de muchos de sus personajes.

Me duele decir adiós a las personas entre las cuales me he movido tanto tiempo, me duele no compartir la dicha que saborean pintándola. Quisiera presentar a Rosa Maylie en todo el esplendor de sus gracias, inundando de viva luz los caminos de la vida de sus amigos y de gozo sus corazones. Quisiera trazar un cuadro de la dicha y encanto domésticos, de los puros goces del hogar; quisiera seguir a Rosa en sus paseos a través de los campos a la luz de la luna en las embalsamadas noches de verano; quisiera acecharla cuando visita la aldea, sorprenderla cuando se dedica a sus obras de caridad, cuando sonriente se entrega en su casa a las faenas domésticas, quisiera asistir a las conferencias que con frecuencia celebra con el hijo de su infortunada hermana, y verles cómo pasan juntos horas y más horas, hablando de los seres queridos que la muerte implacable arrebató de su lado y quisiera admirar las caritas de los ángeles que, sentados sobre sus rodillas, charlan con voz de plata y secan la lágrima que a veces tiembla en las pestañas e los azules ojos de la madre. Todo ello quisiera recordarlo, describirlo; pero me veo precisado a renunciar a deseo tan grato.

Junto al altar de la hermosa iglesia de la aldea hay una lápida de mármol blanco en la cual solamente una palabra han grabado: ¡Inés! No hay ningún ataúd debajo de aquella lápida, y ojalá pasen muchos, muchos años antes que figure ningún otro nombre junto al de Inés.

Si es verdad que las almas de los muertos descienden alguna vez a la tierra para visitar los lugares consagrados por el amor... el amor que sobrevive a la muerte, el que no se detiene en la tumba... creo que la sombra de Inés vagará muchas veces sobre la lápida; creo que no la ahuyentará el hecho de que la lápida se encuentre en una iglesia, pues, en realidad la desgraciada no cometió más falta que la de ceder a una debilidad harto disculpable.

Tabla de Contenido